LA HEREDERA

serie Visibles e Invisibles 8



ÁNGELA M. RUIZ

LA HEREDERA

LA HEREDERA

ÁNGELA M. RUIZ

© 2025 Ángela M. Ruiz

ISBN:

Todos los derechos reservados. Publicado en España

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Epílogo

PARTE 1

ALASKA

Capítulo 1

Trago saliva, me planto una sonrisa y entro con el culo en modo desfile. Por fuera, reina de la calma; por dentro, sudor frío, taquicardia, agujetas de pánico, a dos pasos de desmayarme y a tres pulverizaciones de desodorante de anunciar mi fallecimiento en *stories*. Nota mental: un tequila la próxima. O dos. O directamente anestesia general.

No es que me falte práctica: voy de lista, y en mentiras tengo currículum con foto retocada, máster y posgrado. Aun así, hoy estoy cagada: suplantar a mi hermana aquí no es una de nuestras tonterías sin importancia.

La genética se vino arriba y nos regaló copia y pega, así que el fallo hay que exprimirlo: carita calcada, pelo idéntico, mismo rojo en los labios, técnica de morder uñas sincronizada, ansiedad en estéreo. Nos hemos pasado media vida haciendo intercambio: hoy te comes la bronca de la profe porque yo me he quedado dormida; mañana me hago tu examen de mates porque tú no sabes ni dónde va la X. La gente pica siempre; es triste y a la vez útil. Bendita miopía colectiva. Y hoy toca comprobarlo otra vez: la tómbola trae premio con barriga: un señor de cuarenta y pico, *look* de hacer yoga por prescripción médica y desayunar avena con lágrimas. Mucha intensidad, poca alegría. Ricachón con más billetes que pelo, bajito, cuello tenso y una panza redonda que ocupa toda la camisa. No soy superficial; lo llamo descripción artística.

La culpa de esta movida no es mía, que conste en acta. La tiene Vega, mi hermana: cerebro de operaciones con agenda cuadriculada que ni estornuda sin aviso. Me ha obligado a empollar tanto del señor de hoy que ya le sé las manías, el nombre del perro y cómo le gusta el *whisky*, y yo, con la braga de la suerte temblando.

Vega ha logrado que el señor suelte pasta con alegría. Lleva meses haciéndose pasar por su novia en fiestas de apellidos

kilométricos, eventos donde la peña charla bajito y sonríe sin enseñar diente, en hoteles de moqueta gruesa y precio indecente. Y sí, el tío paga de lujo. Por fin no hay queja: este curro a mi hermana se le atragantó desde el día uno.

Según su teoría, él es gay y el noviazgo de pega le sirve para guardar fachada delante de esos apellidos rancios. Prefiere quedar de *sugar daddy* antes que salir del armario en ese club de gente tiesa. Él no se lo ha confesado entre galletitas y *gin-tonics*, ya te lo digo. Pero Vega se ha visto todas las series de detectives y detecta el postureo en segundos. Mientras no le deslice la mano a la rodilla debajo de la mesa, ella feliz, brindando con Moët y atacando canapés.

Mientras tanto, yo, que a estas alturas confundo amor con transferencia instantánea, ¿para qué voy a juzgar? Firmo el recibí y sigo a lo mío.

Por si queda duda, no me da pudor decirlo: somos escorts.

Yo trabajo solo con mujeres. Porque cada una hace de sus caprichos su religión y porque en mis fantasías solo hay drama lésbico y orgías en yates robados.

Y mira, que a esto no llegamos por sueños de grandeza ni nada de eso. Caímos en este turbio y glamuroso mundillo de rebote, por obra y gracia de una amiga del centro que nos enseñó que el dinero no da la felicidad, pero sí paga el psicólogo y el *sushi* caro.

Vamos, que soy una puta fina: de las que saben pedir la copa en hotel caro y no se manchan el pintalabios ni con bacalao al pilpil. Lujosa, sí, pero con rebaba de barrio en el ADN.

Mi hermana, en cambio, es otra película. Acompaña a caballeros —yo lo llamaría aguantar, pero ok, vamos a dejarlo en acompañar—; ella de manitas, solo con la suya. Que no se le suban a la chepa, que lanza codazo. Yo sí me acuesto con mis clientas. No en todas las citas: decido yo, horarios, ritmos y cuerpo.

Entre tú y yo, a mí el dinero me pone más burra que cualquier poema de Bécquer leído a oscuras mientras cuento billetes en la mesilla. Si la clienta está tremenda, ni te cuento. Y si no, pero trae billete grande y perfume de señora de bingo, tampoco me pongo

exquisita. Al final del mes, el terrazón de Malasaña no se paga con monedas de chocolate.

Gracias a este curro vivimos en un ático que ni en mis delirios más flipados, con terraza, luz natural y vecinos de esos que estudian sueco y reciclan con sentimiento. Que yo antes era más de bocata de mortadela y Aquarius, y ahora desayuno tostada de aguacate con sal del Himalaya.

El salto ha sido tan *heavy* que algunas mañanas me miro al espejo pensando que voy a ver a la Alaska del centro, toda ojeras y uniforme del Primark, pero no: aquí ando disfrazada de chica bien, controlando el tembleque y rezando para no cagarla hoy.

Y aquí estamos, con la vida dando vértigo. El caso es que Vega está con fiebre nivel «voy a morir y además te lo voy a recordar cada cinco minutos», y claro, no quería dejar plantado al tío este.

Total, me acerco y le clavo una sonrisa. Por dentro rezo en todos los idiomas inventados para que no se dé cuenta del cambiazo. Porque si este capta la jugada, apaga y vámonos. Como Vega pierda este chollo, no sé yo si va a soportar otra vez a tíos como los que le tocaban antes, que la mitad lo que querían era llevársela a la cama, y menudo festival de lágrimas me tocó escuchar al principio.

Y no quiero ni pensar en la agencia, que nos echa en diez minutos, sin carta ni sello. Me las imagino montando reunión para cantar nuestra expulsión, yo con cara de «claro que sí, esto nos pasa por listas», y a partir de ahí, tutoriales de YouTube para aprender a vivir bajo un puente, venta de libros chungos en Wallapop y dieta de sopa instantánea.

Así que nada: sonrisa canallita pero dulce, mejillas arriba, hombros atrás y a vender seguridad mientras me tiembla el estómago. Que luego la jefa no diga que no le saco partido a mi cara.

El tío me mira y, por un segundo, me da el soplo de que ha pillado que vengo de sustituta barata. Luego caigo: va con su escaneo estándar de señor que manda. Yo me hago la tonta, ese papel me sale sin ensayo, y planto cara de que me fascina estar aquí, adoro el beige y las tardes de domingo con suegros.

Para apuntalar la fantasía de novia devota, me lanzo y le casco dos besazos, sin miedo, uno por mejilla y bien sonoros. Ojito, que si hay que aparentar seguridad, yo me meto a fondo. Aquí se viene a actuar o nada.

—Vega, estás radiante —dice con voz grave.

—Gracias. —Y me vengo arriba—. Y tú te conservas, ¿eh? Ese traje pide un baile, mínimo dos.

¿Te conservas? Me arrepiento al instante, pero el señor se ilumina y se le arregla el día.

—Luego echamos uno. O dos —contesta, encantado, y me guiña.

—Hecho. Pero no pises, que estos tacones son traicioneros —le digo de colegueo.

Me acomodo el vestido y rezo por dentro para no sudar. Igualitas somos, sí, pero Vega tiene un lunar en la sien y yo no, así que me he pintado un puntito antes de salir de casa. Si el sudor me lo borra, saco una alergia a escena y tiro.

Nos sentamos y, en dos segundos, aparece el camarero: repeinado, chaleco planchado a conciencia. Ray levanta la mano con seguridad y suelta el nombre de un vino que suena a matrícula de Tesla. Lo pide por botella grande; le sobran billetes y se aburre.

—Qué detallazo —le digo—. Hoy vienes generoso.

—Tú te lo mereces —responde, feliz.

El camarero deja la copa, Ray asiente y me la pasa para catar. Atención, Alaska sumiller. Meneo la copa con un gesto que vi en un vídeo, acerco la nariz y asiento con mucha pompa. Huele a fruta, hay madera, vainilla. Digo que tiene cuerpo y un final largo que acompaña.

Traducción real: distingo Rioja de Don Simón porque uno va en botella y el otro en caja de cartón. Y gracias.

—Está redondo —sentencio—. Entra bien, no molesta. Me sirve.

Ray me mira rendido, el camarero con respeto, y yo por dentro abro hilo en Twitter diciendo que soy catadora *freelance* y acepto pagos en *cash*.

Me guardo la risa, levanto la copa y brindo.

—Por los bailes pendientes —digo.

—Y por ti —responde Ray.

Y entonces, entre sorbo y sorbo, el tío saca el móvil y Dubái entero se despliega ante mis narices. Ni me da tiempo a pestañear y ya tengo plantada en la cara la foto de un camello. Otra de un yate y, para rematar, un *selfie* con un «jeque» que, con toda la fe del mundo, jura que es su colega. Pero te digo yo que ese es más portero de hotel con toalla creativa en la cabeza que príncipe árabe.

Me aguanto la risa y solo suelto una sonrisa educada. Aunque como me cuente otra batallita de ricachón en Mónaco, saco mi móvil y le enseño mi mejor foto: yo con churro en la piscina municipal tratando de esquivar a la señora Paqui, que vigila más que un dron militar.

Pero no: me aguanto la tentación, que me pagan por sonreír y aguantar el postureo, ¿no?

Sin venir a cuento me agarra la mano. Yo pego un brinco interior, pero me hago la *cool*, le suelto un «ay, qué tonto eres» y sonrío. Él, intensito, me trata como si estuviéramos en una telenovela y me dice que le flipa lo auténtica que soy. Casi me atraganto. Si este hombre supiera lo auténtica que soy de verdad, ya estaría llamando al 112 pidiendo refuerzos.

Pero bueno, aquí una hace lo que tiene que hacer. Sigo el teatro, atenta a todo para luego contárselo a Vega. Porque, mira, si este tío va a seguir soltándole billetes, yo, si hace falta, le bailo hasta la Macarena. O la conga. O las dos. Que no se diga que no tengo recursos.

Después de la cena, Ray va con dos copas de autoestima y una sonrisita de «hoy me aplaude hasta el parquímetro».

Me suelta el notición:

—Nos vamos a una gala benéfica. Te va a encantar.

—Planazo.

Por dentro me derrumbo despacito, porque es justo lo que me faltaba para rematar la noche: paseíto de pavo real delante de toda la aristocracia madrileña. Pero disimulo con otra sonrisa radiante pegada a la cara.

Aquí la clave para sobrevivir, prima, es hacerte la diva: nunca, pero nunca, muestres síntomas de pánico.

Entramos y me invade una risa nerviosa. Salón gigante de peli de época, candelabros asesinos colgando, mesas interminables, canapés de postureo con cara adorable.

Paso de la comida y del fiestón; voy con el radar girando a toda pastilla, porque a mí nadie me garantiza que no aparezca alguna clienta de las que pagan por desahogarse del marido y luego me llenan el WhatsApp de audios a las tres de la mañana prometiendo revolución para acabar llorando en el baño. Fantaseo con el desastre: yo del brazo de Ray, sonrisa de novia de catálogo y, de repente, la Martina de Pozuelo gritándome: «Oye, reina, ¿tú no eres la que me dijo que dejara a mi marido?». Me sube un sudor frío y unas ganas tremendas de abrir una trampilla en el suelo.

Ray va encantado y yo pegada a él en plan figurita de tarta nupcial. Me juro repartir encantadas y muchas gracias a diestro y siniestro; hoy soy amable a jornada completa. También decido borrar nombres en cuanto los oigo, para no saturar la RAM. Total, me presentan a una marquesa con apellido que suena a urbanización privada, a una CEO con nombre extranjero y a un señor con cara de pedirte el CV antes del segundo canapé.

—Encantada —le digo a la marquesa—. Qué evento tan cuidado.

—Qué estilazo —me suelta la CEO—. ¿De dónde es el vestido?

—De Madrid, de toda la vida —respondo, muy fresca.

—Ray, chaval, te superas —dice el del CV—. Menuda pareja.

—Gracias, estamos muy contentos —contesto, nodriza del tópico.

Voy moviéndome entre plantas, fingiendo interés por cuadros de manchas. Ray no me suelta ni con espátula: brazo y brazo, foto y foto. Si me localiza una clienta, me da un yuyu delante del *photocall* y luego acabo en un hilo malicioso. Busco la salida de emergencia, calculo metros, evalúo si el vestido permite *sprint*.

El champán corre sin pudor. Yo, cuando curro, ni tocarlo —bastante tengo con no llamar jefe al primer señor de corbata que me tope—, pero Vega dice que las galas se sobreviven bebiendo, y yo hoy vengo a ser Vega. Le pego un trago: me arde la tráquea. Sabe a problema. Aun así, me planto cara de señora elegante del Renacimiento y sigo.

Entre saludo y saludo, cuando ya creo que he esquivado el ridículo, *zas*: mi mirada se cruza con una rubia platino de pelo cortísimo, piernas kilométricas, traje perfecto, aire de jefa. Me taladra con los ojos y mi espalda abre el grifo del sudor. El cerebro me lanza una alerta: corre, Alaska, que te está calando toda la farsa. Y sí, claro que quiero salir rodando; estoy a una pestañeada de fingir un desmayo y dejar a Ray con el canapé en la boca. Aunque, con mi suerte, la tía se creería que soy la típica dama en apuros y me soltaría un bofetón para espabilarme. Además, Malasaña y su alquiler al borde de la estafa me miniapaciguan la conciencia. El dinero, esa musa de las valientes.

—Cariño —dice Ray, que nota la rigidez—, te voy a presentar a Eire.

—Encantada —suelto automático, sonrisa implantada.

—Vega, ¿no? —me saluda—. Te he visto por ahí, te defiendes bien.

—Se hace lo que se puede —respondo con modestia ensayada.

Me repito mentalmente que llevo el papel estudiado, con un pinganillo imaginario y la voz de Vega gritando: postura recta, vocabulario neutro, nada de chistes.

—¿Trabajas en comunicación? —pregunta.

—Sí, en estrategia —le digo, plan serio—. Análisis, gestión de crisis, medir temperatura del ambiente.

—Ray, luego te busco —añade ella, y se va flotando sin rozar a nadie.

Respiro a medias. Otro trago. Me entra la risa y la disfrazo mordiendo un canapé. Ray me mira de lado.

—Estás de diez —dice, convencido.

—Estoy en piloto automático —respondo—. Si prendo fuego, me apagas con cava.

Él se ríe y me arrastra a otro corrillo. Yo sigo con la gira. Empiezo a disfrutar el teatro, fíjate. Hago ver que entiendo de arte, de bolsa, de caballos, de *catering* sostenible; todo depende de la cara del de enfrente. Si me sueltan términos en inglés, asiento con autoridad y anoto mentalmente: asentir y no prometer nada.

Por dentro redacto notas de voz para luego: Alaska, recordar todo, aprender a decir no sin pedir perdón, revisar contrato de datos del móvil que me cobran el giga a precio de trufa.

Cruzo de nuevo la sala y me topo con un grupo de señoras con bronceado de cabina. Una me frena con uñas perfectas.

—Tú sales en vídeos de internet —me suelta.

Mi corazón hace *parkour*. ¿Cliente… *influencer*… fantasma del pasado?

—Puede ser —le digo—. Hago colaboraciones puntuales.

Por favor que hable de los *reels* de recetas falsas de Vega y no de lo otro. ¿Es imposible, no?

—Te queda genial el rojo —remata—. Te hace poderosa.

—Gracias, qué mona —contesto, y me escabullo con elegancia.

Ray me ofrece otro champán. Lo olfateo y decido que basta. Cambio a agua y a sonrisa al sesenta por ciento; ahorro energía para el final de fiesta. Me doy una vuelta estratégica, chequeo salidas, contabilizo banquitos, calculo si el baño tiene ventana. Sí, la tiene. Tranquilidad.

Al rato la rubia vuelve a cruzarse conmigo. Levanta la copa con un gesto mínimo. Yo también. No tiemblo. Me siento orgullosa: he pasado de extra nerviosa a actriz secundaria. Siguiente objetivo: cobrar y dormir. Si no me atropella un tacón ajeno, salgo de aquí invicta. Y si me cruzo con una clienta, sonrío, respiro, suelto discurso y ya lloraré en casa.

Ray, para mi sorpresa —porque no me creía nada de lo que contaba Vega—, es un príncipe azul edición limitada: me abre la puerta, me sirve champán y me pregunta todo el tiempo si necesito algo. El tío está obsesionado con que yo engulla canapés cada dos minutos. Me recuerda a mi vecina Pepi cuando viene de visita y me obliga a comer croquetas hasta que veo borroso.

—¿Estás bien? —me pregunta el *lord*.

—Sí, sí, mejor imposible —digo, pero la sonrisa ya casi me da calambre en la ceja.

—Te veo tensa. —Voz de drama, como si estuviera a una caída de hacerme la lisiada en mitad del salón. Se preocupa y todo. En mi mente ya hay una escena de hospital, con médicos entrando en

cámara lenta, Ray desfallecido al notar mi desmayo y la rubia sujetándonos a los dos a la vez porque ella puede con todo.

Vuelvo a la realidad porque Ray insiste:

—Si quieres, nos marchamos en cuanto acabe la subasta, ¿vale?

Yo, con la ternura que no tengo ni practicada, saco megamáster en carita de cordero.

—Ay, no, tonto, es que estas cosas me ponen nerviosa. Hay tanta gente importante… —le digo, y le aprieto la mano fingiendo que me da cosa defraudarlo, cuando en realidad estoy rayadísima con la tía esta de la otra esquina.

Ray asiente y me sonríe de medio lado. Si no supiera que le pone más un traje de Armani que cualquiera de mis encantos, hasta me daría penilla estarle mintiendo. Pero bueno, cada uno tiene sus dramas.

El caso es que la tía no se mueve ni medio milímetro. La rubia, digo. Se la ve cómoda, emperatriz de la pista. El traje sastre negro, el reloj de pasta gansa, muy *tomboy*. Me tiene el radar bollero en alerta máxima y la cabeza me va a cinco teorías por segundo: ¿ha venido por mí?, ¿nos hemos liado en alguna fiesta? Aunque, a lo mejor, simplemente le he gustado, que tampoco sería tan raro, ¿no? Porque, siendo realista, me acordaría de semejante monumento si me lo hubiera cruzado antes.

Levanto la vista y ahí la tengo, auditando cada gesto. Igual espera un patinazo mío para verme plantar un canapé en el escote de alguna señora. Y yo, que aguanto miradas hasta que el otro parpadea, resisto. Aunque me tiembla el párpado izquierdo.

Ray no afloja el cuidado.

—Postre: tarta de queso o mousse de chocolate —dice, con ojillos de animador—. Pide los dos, Vega, para ti lo que haga falta.

—Lo que tú digas —le contesto, niña buena activada.

Me siento farsante con tartaleta en la mano. Y encima me da gustito este suspense de no saber si la tipa me ha reconocido o si solo quiere invitarme a una copa en el baño de señoras. Confieso el vicio: necesito gotitas de drama; aunque, por ahora, lo único urgente es mi vejiga protestando.

No sé si las demás van al baño a tener epifanías. Yo necesito escapar de la mirada fija de la rubia y del entusiasmo de Ray.

—Voy un segundo a retocarme —anuncio—. Vuelvo en nada.

Entro, me miro en el espejo y, oye, no es por nada, pero hoy tengo *flow*. El vestido negro me queda de escándalo; lo pillé en rebajas después de pasar por un combate mortal con dos señoras en Mango. El maquillaje me hace ojazos de gata y hasta el pelo, milagrosamente, ha decidido no rebelarse.

Me doy un par de toques, sonrío como una idiota y pienso que, igual, se abre la puerta y entra la rubia: fanfarria, aplausos, me pide un autógrafo porque jura haberme visto en *La casa de papel* y yo le tiro una frase digna de Almodóvar mientras suena una banda sonora de fondo. Pero, bueno, antes de cualquier drama, lo primero es lo primero: necesidades básicas. Sí, la vida no se detiene. Así que me meto en el cubículo, me bajo las bragas y, mientras meo, reflexiono sobre mis malas decisiones —una tradición personal que nunca falla en los baños públicos—: ¿por qué no puedo ser una persona normal, tipo la gente que viene a estos eventos y no tiene que fingir ni su nombre ni su parentesco? Claro que la normalidad es para los aburridos. Y para los que no tienen una gemela que te mete en líos.

Cuando ya estoy terminando, escucho la puerta abrirse. *Chan, chan, chan*. Alguien más quiere formar parte de mi monólogo existencial. Así que, con la elegancia de quien se pone las bragas a toda prisa y casi se engancha una pierna, salgo fingiendo que soy la definición de la calma.

Y mira quién está aquí —claro que sí—: la rubia. Me observa desde el espejo. Y yo, idiota rematada pero sin problemas de visión, me trago el susto mientras lo admito: la piba es un escándalo.

Te juro que por medio segundo me imagino empotrándola contra el lavabo —nivel épico— y besándola con lengua. Pero no. La realidad es mucho más triste y viene con nombre de Alaska en modo cobardona: lo máximo que hago es apretar el bolso y sudar de nervios. No soy tan valiente. Y menos con Ray esperándome fuera. No vaya a ser que entre a buscarme y nos pille en pleno episodio de telenovela.

La tía me atraviesa con la mirada. Y yo, que ya tengo el culo pelado de hacerme la dura —me falta el diploma, aunque me lo daría yo misma—, le mantengo el careo.

—Te pareces mucho a alguien que conozco —me suelta la fulana, en un susurro de película. Vamos, que por poco se me cae un ovario al suelo con el chispazo que me recorre por dentro.

Me acerco al lavabo, me mojo las manos y me las seco despacito, enrollándolas en la toalla de papel esa que parece lija.

—¿Ah, sí? Pues lo siento por esa persona.

Ella sigue tranquilita, pegada al mármol, con pose de documental de leonas cazadoras. Yo hago ver que me hace gracia, pero noto el vestido empapado por la espalda.

—Te pareces demasiado.

Es insistente, aunque lo hace con clase. Le sonrío y tuerzo el cuello.

—Qué estrategia de ligue más rancia, tía. ¿Sabes otra o te mando un PDF con repertorio? Di también que tienes un *déjà vu*, venga, rematalo.

—No suelo ligar con gente que no me interesa —me suelta, como si yo fuera una oferta de supermercado que no le convence.

Yo hago mueca de «vale, perfecto, me importa un pito». Y, aun así, me sube una curiosidad que me da miedo admitir. Me pica todo, literal. Tengo ganas de darle un toquecito en la frente para que deje de mirarme así, pero se me lía el cerebro con lo guapa que es y me sale el borde. No sé si echar a correr o pedirle que adoptemos un gato en común.

—Pues menos mal, reina. Ya iba a clavar la rodilla en el suelo este y pedirte la mano con un anillo de huevo sorpresa.

Ella me escanea de arriba abajo, sin cortarse un pelo.

—Relaja. Boda después. Primero, lo básico: tu nombre. O igual eres de las que se inventan alias en las fiestas —suelta, con ganas de pinchar.

Me río, pero por dentro siento que mi autoestima se asa a la parrilla.

—¿Y si sí? Igual me mola ser una incógnita, ¿a ti qué? Si ya tienes decidido que soy sospechosa, pues misterio resuelto, cariño.

Ella se acerca, huele a perfume carísimo y a problemas con antecedentes penales.

—Me da igual, solo que me recuerdas mazo a una amiga —me suelta.

Me cruzo de brazos y levanto el mentón. Si voy a hacer el ridículo, que sea con algo de clase suburbana.

—Pues suerte la tuya. Hoy hay promoción. Clones a granel. Igual tu amiga y yo compartimos signo y adicción a los audios de cinco minutos.

La tía saca una sonrisa bisagra, de esas que te dejan en la duda: ¿me va a pasar la lengua por la cara o el número de su terapeuta? Mi sistema de alerta dice «cuidado» y mi sistema básico dice «sí a todo».

—O no sé igual es otra cosa —deja caer en plan avance de culebrón. Buah, qué intensidad maneja esta señora.

Yo, para tanto, no tengo batería. Así que agarro el pintalabios, me repaso los labios por cuarta vez. Voy a dejarlo sin punta, y me da igual.

—Oye, si te aburres, sigue el CSI por otro lado. Yo he venido a mear, no a pasar un *casting* de la Interpol.

Encoge los hombros, finge que le importa una mierda. Pero los ojos no dicen lo mismo.

—Tranquila, Miss Misterio. Seguro que nos volvemos a cruzar —me larga la profecía.

—Ojalá que no —le vacilo con mi mejor cara de «me caes regular, pero te follaría si te dejas».

Me giro para salir, pero me nace el diablillo que quiere fiesta y decido regalarme treinta segundos extra.

Ella chasquea la lengua, me mira la boca y me corta el rollo de golpe.

—Última cosa. Tu nombre —insiste—. No muerdo. Hoy.

—Alaska.

—Sabía que no ibas a decir María —dice, medio riéndose.

—Anda, mi abuela aplaudiría tu intuición. ¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

—Depende de quién pregunte.

—Pues dale, lista. Suéltalo o lo adivino a la tercera. Primera apuesta: Carla. Segunda: Vera. Tercera: ni idea.

Sonríe y no confirma.

Odio eso. Y me pone a la vez. Qué asco de química.

—Tenemos prisa, Alaska —dice, imitando mi tono—. Te esperan.

—Instagram o nada —se me ha ido la lengua otra vez—. Tu usuario. Te stalkeo y ya, si eso, me denuncias.

—Prefiero verte en persona. Nos veremos, Alaska.

Salgo con el corazón a todo gas. No sé si la odio o la quiero poner de perfil. O las dos cosas. Está buenísima. Está majara. Y yo aquí, perdiendo el tiempo, mientras Ray seguro que ya se imagina que me he fugado por la ventana.

La fiesta se va desinflando poco a poco. La gente ya dobla chaquetas y caza taxis con una ansia que parece que regalaran oro en la parada.

Yo sigo en modo estelar, sintiendo que hay un foco apuntándome directo a la frente.

Me hago la interesante con Ray, que me cuenta no sé qué movida de su ex o de su perro, o de su experro, ni idea, porque yo solo asiento y hago ruiditos de aprobación mientras me atiborro de los últimos canapés que veo. Juro que uno de ellos era tan pequeño que tuve que mirarlo dos veces para confirmar que no era una miga. Pero bueno, al menos me sirven para tener la boca ocupada y no decir tonterías.

No la miro. Ni de broma. Porque cada vez que intento no pensar en el rayo destructor de Barbie platino, *pum*, ahí está de nuevo. Me noto roja. Y eso que yo le planto cara a exámenes sorpresa, a la vecina que patrulla el rellano, a la lluvia traicionera cuando bajo la basura. Pero la rubia tiene un ojo clínico que me lee el historial entero. Seguro.

Me pican las ganas de preguntarle si se ha quedado atascada en mi careto o está ensayando para un concurso de miradas intensitas. Pero, vamos, con mi suerte, fijo que lo interpreta como un flechazo lésbico y sale corriendo despavorida… O peor: se queda y acaba confesándome su amor platónico o pidiéndome opinión sobre su nueva rutina de sérums. Así que yo sigo pegada al papelón,

preguntándome si tengo restos de paté campando por mi barbilla o si, de tan brillante, la chavala no puede dejar de mirarme.

Ray sigue caballeroso perdido. Alguien brinda por algo, la mesa se vacía y cuando ya todos sueltan besitos al aire, él me ofrece el brazo con educación. Bajamos las escaleras del hotel y, tachán, un cochazo negro con chófer. O sea, ni taxista trajinando por el móvil ni conductor de Uber conduciendo a lo loco. Al lado de esto, mi vena de chica humilde se queda tiesa, pero yo pongo cara de que a mí estos cochazos me vienen ya de serie desde el bautizo.

El trayecto, una fantasía. Todo superpeli, pero de esas lentas donde la gente se enamora mucho y folla poco porque nunca pasa nada. Ray se coloca a mi lado, marcando frontera. Ni un milímetro de más, las manos bien educadas, la conversación pulida: que si hace frío, que si los canapés estaban rancios, que si tal… Así todo el viaje. El nivel de decencia de este hombre es tan alto que me dan ganas de preguntarle si es real o si lo han programado en Silicon Valley. Encima el tío es majo, conversa de verdad, se interesa, se ríe con las chorradas que digo y finge que no se da cuenta de que las suelto para no quedarme dormida en el asiento. Normal que Vega no lo deje, colega. Así sí da gusto currar en lo nuestro.

Cuando llegamos a mi portal, Ray se baja antes que yo, abre la puerta (caballerosidad nivel leyenda urbana), me ofrece el brazo, porque debe pensar que mi vida depende de sus bíceps, y me da dos besos en la mejilla. Punto pelota. Ni suelta babilla, ni asomo de lengua furtiva, ni un suspiro raro. Y me suelta un «Cuídate, Vega. Nos vemos pronto». Yo, por dentro, aplaudo. Por fuera, una sonrisita así muy de que estoy acostumbrada. Porque si todos fueran como Ray, este mundo sería una utopía para gemelas con crisis de identidad y ganas de comerse la vida.

Cierro la puerta del coche y, mira tú por dónde, me da por hacer la ronda sospechosa: una miradita a la izquierda, una a la derecha. Y, *pum*, premio gordo: ahí está, camuflado en la acera de enfrente, un coche con los cristales tintados. Y en el asiento del conductor, redoble de tambores: la loca del baño. Lo flipo.

¿Pero qué coño? ¿Me ha seguido hasta mi casa?

Me quedo congelada unos segundos, dudo entre saludar, sacar el dedo o esconderme debajo de un contenedor de basura. Pero al final hago lo de siempre: pongo cara de «aquí no pasa nada» y me meto en el portal. Que digo yo, ¿esto hay que denunciarlo, buscar en Google «cómo saber si tienes una acosadora antes de acabar descuartizada», o qué?

Lo peor de todo es que, mientras me quito los tacones y corro hacia arriba, lo único que pienso es: «joder, cómo le quedaba ese traje».

Capítulo 2

Llego al primer descansillo echando el bofe y me estampo contra la pared. El corazón me hace *bum-bum-bum*. Me acerco a esa ventanita que está tan guarra que si se me ocurre frotarla igual se me aparece la Virgen o veo la ciudad de *Futurama*, pero solo distingo mi cara de pánico y polvo de siglos.

Se apaga la luz del pasillo. Muy bien, universo, siempre tan oportuno, gracias por la colaboración en mis ataques de ansiedad. Localizo el coche negro y, cómo no, la señora con pinta de dirigir un cártel se baja tan tranquila. La veo cruzar la acera hacia mi portal. No corre, no mira a los lados, nada, la tía viene con aire de presidenta de la escalera.

Yo rozo el límite entre dar un salto mortal por la barandilla o subir a toda pastilla hasta mi piso en el quinto sin desmayarme. Mi cuerpo quiere salir corriendo y mi yo dramático está ya poniendo el móvil en modo directo por si tengo que contar mis últimas palabras para el TikTok de sucesos.

La muy loca se pone a pulsar porteros. Pero a ver, señora, en este bloque no abre ni el fantasma del segundo, pues toma, timbrecito, zumbido y puerta abierta. Siempre hay un vecino con fe en el prójimo.

Me descuelgo casi a cámara lenta por el peldaño, medio escondida, con el abrigo arrastrando y el bolso apretado al pecho. Lo mío ya no es miedo, es *performance*.

Se enciende la luz automática y yo me quedo tan pegada a la pared que si me camuflo un poco más, igual acabo formando parte del gotelé. Plan: si no respiro, igual no me caza. Corazón en modo rave, *bum* en las sienes, en la garganta, hasta en los dedos gordos de los pies. ¿Y si sube y me encuentra aquí tirada? ¿Qué hago, le digo «Hola, soy el adorno antirrobo del edificio, encantada?».

Pero total, que la tipa ni sube. Se queda abajo y se pasea delante de los buzones. Yo asomo el hocico, porque lo de la prudencia me dura nada. Y la veo sacar el móvil. ¡Atención, que se monta un *shooting*! Y venga, foto a los buzones, uno por uno, con una parsimonia que me dan ganas de bajar y aplaudirle. ¿Pero esto qué es?

Te juro que la tentación de bajar y soltarle: «¿Te paso también la clave del wifi, mi talla de bragas y el pin del móvil, preciosa?» es real. Pero nada, me contengo. No vaya a ser que encima mi primer intento de hacerme la dura en la vida acabe con una denuncia o un cabezazo. Así que me quedo momificada en la escalera, viendo cómo termina su sesión de *paparazzi* casera y se larga tan pancha.

No respiro hasta que oigo el portazo. Me desinflo, medio tirada en el rellano, empapada de sudor frío y con la sensación de que si esto es la emoción de la aventura, yo firmo lo del carnet familiar de Ikea y hasta los puntos de la gasolinera. ¿Alguien tiene un Ventolín, por favor?

Cuando por fin entro en mi casa, Vega está tirada en el sofá, una princesa destronada por la gripe, el moño más horrible que nunca, seguro que cruje si lo aprietas, y una montaña de pañuelos alrededor. La tele está puesta en *mute* y ella tiene cara de haber sobrevivido a una guerra bacteriológica.

—¿Ya? —me dice, arrastrando la voz y sonándose los mocos—. ¿Qué tal con mi prometido?

—Prometido dice… —Tiro el bolso al sillón y le planto el termómetro en la axila, que la conozco y seguro que sigue con fiebre. Ella pone cara de asco, pero ni protesta—. No veas, tía. El Ray es más majo de lo que cuentas. Cero manos largas, ni un roce, ni una insinuación. Solo le ha faltado ponerme una mantita y leerme un cuento.

Vega suelta una carcajada de esas que empiezan en la garganta y terminan en ataque de tos mortal, nivel va-a-salir-un-pulmón-rodando por el suelo.

—Te lo dije, mona. Aunque ojalá pudiéramos dejar esto.

—Coño, tú tampoco te quejes, que te flipa el dinero facilito y sin IVA —la pincho, haciéndome hueco en su nido de pañuelos—. Pero

escúchame, que lo de Ray es lo de menos. Tía, hoy he vivido un capítulo que vas a flipar.

Vega me mira desde el fondo de sus legañas, con el ojo medio abierto, ya con la pose de «aquí viene la flipada», pero si algo me define, es que si no lo dramatizo, me ahogo.

—En la fiesta había una rubia… —inicio mi narración, porque esto es una obligación moral—. Pero no una tipa cualquiera, ¿eh? Alta, fuerte, pelo corto, traje negro de los que lo mismo valen para un funeral que para dominar medio barrio. Un camión de tía, así te lo digo, de esas que te arrollan y luego retroceden marcha atrás para comprobar si sigues respirando. Me ha mirado toda la santa noche. Te juro que en un momento era «me va a descubrir, la he liado», y al segundo siguiente pensaba «¿y si a la que me va a merendar es a mí?». Terror y morbo al cincuenta cincuenta.

Vega, en vez de compadecerme, se suena los mocos con tanta pasión que el pobre termómetro tiembla.

—¿Pero estaba buena?

—Tía, no era guapa de escaparate, era energía peligrosa. Me clavaba la mirada y me entró la idea de apoyar la espalda en el lavabo sin negociar nada. Yo por fuera diva relajada, por dentro rezando al dios del esfínter.

—Ay, Alaska, qué películas te montas. ¿Y luego qué pasó? —me dice Vega, limpiándose la nariz.

Le cuento todos los detalles del episodio y Vega abre los ojos, con el termómetro colgando de la axila.

—¿Pero tú tienes claro que no es una fan loca de OnlyFans?

—Ojalá fuera eso, tía. Era una piba que me ha puesto el culo para darle la vuelta, flipando entre si me la cepillaría o si debería llamar al 112. Y ella trasteando buzones a saber con qué mala intención. Entre el susto y el morbo, yo voy a pillar fiebre por imitación, te lo digo.

Vega abre los ojos y se carcajea. Luego la tos le rompe el ritmo y yo, que soy una santa, le cojo el termómetro, clínex nuevo, toque cariñoso en la frente y a callar.

—¿Cuánto tengo? —gruñe.

—Treinta y ocho y medio…

—Pues con tu cuento de la bollo acechadora, seguro que subo a treinta y nueve. Tía, en serio, ojo, que una cosa es un lío sexi y otra que acabe la Guardia Civil abriéndonos el portal.

—A ver, princesa del catarro, tranquila. Mañana bajo a los buzones, a ver si dejó algún mensaje o un corazoncito o una amenaza. Si me la cruzo, igual le pregunto si quiere mi número de DNI o si mejor se lo doy en horizontal, por agilizar papeleo…

Vega me tira un cojín blandito con la fuerza justa para espantar polillas, pero yo lo ato al pecho rollo banda de Miss Universo de los barrios chungos.

—Eres una inconsciente, te lo juro, te quiero, pero eres de traca.

—Yo también, mocosa. Anda, duerme otro rato, que si mañana toca secuestro, quiero que estés fresca y lista para negociar el rescate.

Y ahí nos quedamos las dos, riéndonos entre mocos, paranoia y existencialismo, porque para drama y humor negro ya estamos nosotras. Al final, cuando se apaga el mundo, solo se cuelan los coches lejanos y Vega roncando, yo me dejo caer en el sofá, reina del postureo triste, y me entra la vena filosófica de la madrugada.

¿Cómo hemos acabado aquí? Pues por cabezotas, por tontas de remate y por supervivientes a tiempo completo.

Nuestra madre, versión barrio y carnet de madre temprana, nos tuvo, nos quiso regular y un día hizo *pum* y se fue. Ni nota, ni instrucciones, ni vídeo explicativo. Nos dejó con ocho años a la intemperie del sistema.

El sistema, por si tienes curiosidad, es una jodida mierda. Trabajadores sociales que te sonríen, centros de menores donde aprendes a comerte los mocos, las lágrimas y el orgullo en la misma cucharada. Nos graduamos en llorar para adentro, en querernos torcidas y en guardar el último caramelo como si fuera la herencia de un duque. Allí nos pasaron cosas de las que no hablamos ni entre nosotras, así que tampoco te las voy a contar ahora. Nos quedó esa cosa de medir puertas y esquinas sin darnos cuenta.

Total, que a los dieciocho, ni lágrimas ni musicón de final de peli. Nos fuimos del centro de los horrores sin drama y sin abrazos

motivacionales. Gracias y hasta nunca. Solo nuestra mochila, que pesaba más de ansia que de ropa.

De ahí en adelante curramos en lo que fue saliendo. De las que huelen a fritanga a las siete de la mañana y reparten paquetes que nunca son para ti. Pasamos por bares con la barra pegajosa y un verano entero limpiando pisos de guiris forrados que dejan el baño oliendo a una mezcla letal de queso gorgonzola y Chanel número 5.

Y de pronto apareció la Patri. Graduada antes que nosotras en el arte de buscarse la vida. Patri nos iluminó con su sabiduría de superviviente y nos dio una *masterclass* en un banco del parque entre pipa y pipa: «Ser gemelas no es solo para ligarte a los feos con chándal en el bar, tías. Si sabéis moveros, esto es como tener superpoderes. Podéis vivir como si fuerais las Kardashian, pero sin aguantar cámaras hasta lavándoos los dientes». La reina tenía razón, qué coraje me da admitirlo.

¿Resultado? Míranos ahora: casi veintiún tacos, ático en Malasaña con más metros que vergüenza, la cuenta corriente que ya no da pena y una complicidad entre nosotras que ni compra compartida de condones en el súper.

Madre no tenemos, qué le vamos a hacer, pero nos hemos regalado una vida con trama rara, sí, pero nuestra. Cosas nos faltan, un montón, no voy a mentir: no en la nevera. El amor materno lo buscamos en las *playlists* tristes y la terapia con un psicoterapeuta caro. Pero aquí va mi dogma, mi religión, mi mantra: pase lo que pase, caiga quien caiga o la liemos gorda, entre nosotras hay algo sagrado: la certeza de que no nos soltamos nunca. Aunque se abra el suelo y salgan demonios samuráis. Aunque toque ir de la mano, a la mierda, pero juntas.

Hoy solo piso la calle porque Vega, sonando mocos y con ojazos de gata atropellada por un camión de tristes, me lo ruega: «Tráeme pastillas, porfa. Y pañuelos, que los míos parecen churros». Así que cumplo mi papel de hermana mayor por cinco minutos de diferencia, me visto lo justo para no escandalizar al vecindario: vaqueros, sudadera, coleta de guerra y zapatillas. Nivel moda menos cinco. Pero va bien para cruzar el barrio un domingo por la mañana.

He dormido a hostias con mi propio cerebro, entre sueños de buzones que me insultaban, rubias acechadoras que me espiaban desde papeleras y Ray transformado en mayordomo británico, sirviéndome sopa en bandeja de plata.

El cerebro me va a explotar, y encima ya sospecho que la epidemia de moco y miseria de Vega me está invadiendo por ósmosis. Yo me noto rara, con el cuerpo flojo, el ánimo a la altura del felpudo y las ganas de salir por la puerta reducidas a cero pelotero. Luego voy de dura, pero dile tú que no al cachorro humano apestoso que tengo tirado en el sofá. Imposible, vamos.

El barrio hoy parece sacado de una peli de zombis. Domingo, el día internacional del abandono: la gente con la vida resuelta ha desaparecido y solo quedamos los que no sabemos ni en qué año vivimos. Y encima, octubre va metiendo el hocico, con ese frío cabrón que se cuela directo por la sudadera.

Algunos bares abren ahora las persianas, ni una tienda dando señales de vida. Por la calle pululan dos unicornios depresivos: un abuelo con carrito de la compra última generación para arrastrar naranjas y achaques del Lidl y una señora emperrada en pasear un perro gigante que me clava la mirada, igualito que su dueña.

Yo voy por la acera con la batería vital al 2%, medio desenchufada de la vida real y planteándome cosas existenciales tipo: ¿me muero hoy de gripe o me sacrifico, mártir de la procrastinación crónica? También me asalta la gran duda: ¿y si la rubia misteriosa era producto de mi fiebre y mis delirios? O sea, ¿qué es más probable: una acosadora lésbica de película o mi imaginación rodando un *spin-off* de mi vida?

Voy repasando la lista de Vega en el móvil, que cuando escribe recados se transforma en jefa de obra en inspección:

> **Vega:** Pastillas para la garganta 💊
> Pañuelos grandes 🤧
> Miel
> Nada de menta que me sienta fatal
> Si llegas sin una de estas cosas
> Lloro y te maldigo 🥲

Yo le contesto por nota de voz mientras esquivo una caca de perro:

—Vale, ¿quieres también un cura para la extremaunción o lo dejamos en propóleo y ya?

Ella me manda un audio tosiendo.

Estoy a puntito de atravesar la puerta de la farmacia como una persona civilizada, y *zas*, la rubia con su cochazo negro. Se me eriza la piel entera, hasta los pelitos de las canillas, y me da un escalofrío masivo que me recorre la espalda.

Hago lista de opciones: salir disparada, fingir normalidad y entrar, tirarme al suelo y montar un *show* de peatona accidentada para que la gente me haga corro y la rubia tenga que bordear. Mi vida, siempre rozando el ridículo.

Esto ya huele raro. No sé si es una fan intensa de esas que primero te acorralan y luego te piden un *selfie* para *stories*, sería mi debut y despedida en viral. Lo de tener fans suena bonito hasta que una te fija la mirada desde la acera y ahí se evapora la gracia. Y líos, de eso voy servida, mi cardio oficial.

Al final, me tiro por el camino de la madurez extrema: entro en la farmacia con cara de normalidad total, la imbécil más paranoica de Malasaña. Dentro me hago la interesante: pido hasta lo que no necesito: pastillas, caramelos, un termómetro, venga, dame también esas tiritas con dibujitos de dinosaurio, por si hay guerra. Pago la bolsa. Salgo a la calle haciendo ese numerito de «no pasa nada» que, francamente, solo se cree la farmacéutica y las abuelas con cataratas.

Respiro, giro la cabeza de lado a lado, escaneo de esquina a esquina. Nada. Sin coche. Sin rubia. Ni rastro. Se me pega en el cerebro la musiquita de *Misión Imposible* y marco el ritmo con los dedos, muy discreta. Aprieto el paso, la bolsa me da en la pierna como si llevara dentro la cabeza de mi extutor en el centro. Ojalá. Me cuelo por las callejuelas del barrio. No echo cuenta al móvil. Tampoco me paro a puntuar en las terrazas quién lleva hoy la derrota premio gordo. Que hagan *ranking* sin mí.

Mi paranoia va a tope. Me pego a mi sombra y me narro el movimiento en voz de locutora interior: atención, Alaska gira, frena,

ajusta moño, revisa cristal con visillo. Cada ruido me pega un susto. Pasa un motor. Pasa una señora con andador. Yo giro el cuello tan rápido que me veo pidiendo cita en el fisio. Y lo más raro: no pasa nada. Calle tranquila. Yo acelerada.

Llego al portal y nada de timbre, llave directa. Subo las escaleras de dos en dos, cardio gratis. Respiro fuerte. El corazón se me dispara y mi cerebro repite la misma pregunta boba en bucle: estoy a salvo o estoy siguiendo el tutorial para palmarla en domingo. Por si acaso, sonrío a la cámara imaginaria del rellano y suelto bajito mi plan de domingo, manta, peli y cero movidas, mientras en mi cabeza ya estoy escondida bajo la cama hasta que pase la tormenta que igual ni existe.

Capítulo 3

Ha pasado una semana y ni rastro de la rubia. Dudo hasta de mi memoria: igual fue un delirio de fiebre y paracetamol mezclado con esa pizza recalentada que me comí a las tres de la mañana. Pero, vamos a ver, ¿a quién intento engañar?

Porque aquí estoy, bendita Alaska, presidenta del club de fans del drama, cotilleando por la ventana cada vez que se asoma un coche negro a mi calle. Finjo que barro la terraza cuando en realidad estoy en modo vigilante jurado, esperando que mi archienemiga baje la ventanilla y me guiñe el ojo. Y ni hablar de eso de salir a hacer recados, que es la tapadera más cutre jamás inventada, porque la única exploración que hago es peinar el barrio en modo Dora la Exploradora pero versión fauna rubia: ¿dónde está la rubia? ¿Aquí? ¿Allí? Ni el Google Maps me ayuda. Es ridículo. Me da un miedito que me cago, pero la verdad, y esto lo digo bajito, también me puede el morbo. Me tiene con taquicardias, la cabrona, y cuando no miro por la ventana, fantaseo con que me secuestra en una furgoneta para declararme su amor criminal.

Hoy es sábado, el gran día de las gemelas. Pasta gansa y reinado absoluto. Sábados con S de Sueldazo y de «suelta el tacón que esta noche vamos a romper la tarima». En este piso hoy se respira dinero fácil, laca industrial y la promesa de un dramón nocturno.

Vega ya está recuperada y se pasea por el piso con una bata de seda y el móvil pegado a la oreja, poniéndose al día con Ray, que esta se cree ya que son una pareja de verdad. La veo frente al espejo del pasillo, metiéndose el pintalabios y practicando esa sonrisita de «soy una señora finísima y jamás me he hecho un calimocho en una litrona».

Yo también me arreglo, pero hoy tengo ese nervio en el estómago de cuando la clienta es nueva. No es de las habituales, de esas que ya sé lo que quieren y cómo lo quieren. No, el menú de hoy me lo

ha puesto Bea, la jefa de la agencia, que tiene la agenda en la cabeza y el vino permanente en la mano, como buena bruja de los negocios.

Cuando Bea suelta «clienta VIP», ya puedes ir preparándote: o te toca una diosa millonaria con gustos que solo existen en Vogue o una marciana que quiere rezar el rosario entre coitos. No hay término medio.

Mientras me peleo con unas medias y rebusco algún pendiente que no grite «viva El Rastro», repaso los WhatsApp de la señora jefa:

> **Bea:** Te va a gustar, Alaska
> Es discreta, buen gusto y paga bien
> Pero yo mucho no la conozco
> Ya sabes: precaución 😑

Claro, Bea, gracias por la charla de seguridad, no me hacía falta. Vega asoma por la puerta, con el pelo recién planchado y el morro rojo. Se apoya en el marco con cara de «aquí viene la sabiduría de hermana mayor aunque nací después».

—¿Nerviosa, hermanita?

—Un poco. No me mola cuando son nuevas. Dan vibra de entrevista de trabajo, pero con más escote.

Ella se ríe, porque es mi hermana y le hace gracia todo lo que a mí me pone ansiosa.

—Tranquila, seguro que es una pija con pasta y cero imaginación. Si ves que es rara, me mandas un emoji de calavera y voy a montarte un Operación Rescate.

Le saco la lengua, porque soy madura y sofisticada, pero también porque me tranquiliza saber que si me pasa algo, por lo menos alguien vendrá a recoger mi cadáver y le dirá a la policía que yo era maja, pero un poco desastre.

Total, que llego al hotel con los nervios en el estómago y cara de tenerlo todo bajo control, porque soy una profesional. El truco lo tengo ensayadísimo: postura de jefa, paso firme, pose de «si me caigo, me levanto bailando». Cierro el puño sin uñas, automatismo de cuando aprendimos a no temblar delante de nadie. Me recoloco

la chaqueta como si en vez de una escort con problemas existenciales fuera la heredera de Zara. Respiro y entro en el restaurante este con lámparas gigantes y camareros que parecen modelos a punto de jubilarse.

Voy donde la *hostess*, suelto mi nombre creyéndome importante y me preparo para el clásico paseíto de «por aquí, señorita», hasta la mesita del rincón, con vino y charla incómoda. Pero no. Hoy no. Sale el *maître*, con aura de estar por encima del bien y del mal, y me planta en la mano una tarjeta magnética, blanca y dorada, con el número 107.

—La señora la espera en la *suite* presidencial —me cuchichea, tan pancho, lo más normal del mundo, vamos, ir a habitaciones de desconocidas sin pasar por la casilla de salida.

Me quedo un microsegundo pegada al suelo y miro la tarjeta. Esto no me mola. Vega siempre dice que si algo huele raro, cuentas hasta once: si en el nueve sigues temblando, foto y te largas. Si llegas a once, ya estás dentro. Yo nunca subo directo, ni loca. Siempre es «Hola, ¿qué tal? ¿Tienes cara de asesina en serie? ¿No? Pues seguimos». Me entra sudor frío. Instinto viejo: localizo dónde están las salidas, siempre. Valoro largarme, pedir un Uber y volverme a casa a abrazar mi bote de helado y olvidarme de la vida. O pasarle el muerto a otra de la agencia. Vega odia las sorpresas: «si no puedes leer la escena, no te la juegues», me repite.

Plan de emergencia: llamar a Bea. Saco el móvil y marco, lista para hacerle el drama.

—¿Sí, Alaska?

—Tía, ¿esto es lo normal ahora o me estáis vacilando? —le susurro, agazapada, mirando a mi alrededor paranoica perdida—. Me han dado la tarjeta de una habitación. O sea, ni copita ni pollas, directo a la 107. ¿Tú sabes cómo es la clienta? Porque yo a lo peli porno con desconocida, oye, me da yuyu.

Bea larga ese resoplido que se gasta cuando intenta ir de jefa seria, pero le sale la risa de fondo y la profesionalidad a tomar por saco.

—Tranquila. Yo también lo he visto raro, pero la señora insistió. Dice que necesita discreción absoluta. Si no te da buena espina,

vete. Pero si subes y ves cualquier cosa rara, te largas y me llamas. ¿Vale?

Me muerdo el labio, entre mosqueada y medio convencida.

—Vale. Pero si mañana no vuelvo, dile a mi hermana que le he dejado la contraseña del móvil pegada a la nevera.

—Tía, eres mongola —me dice Bea, descojonada ya, sin disimulo y con esa risa que le da cuando manda el drama a paseo—. Pero eres mi favorita. Tú llama igual, ¿vale? Y si tienes que salir por patas, que sea con estilazo, Alaska, nada de dramas feos.

Cuelgo y miro la tarjeta, ¿es mi pase VIP al desastre o solo una cita laboral más? La semana no podía ponerse más rara, pero aquí estoy, lista para meterme en la boca del lobo, como siempre.

Entro al ascensor y, nada más cerrarse las puertas, siento que estoy metida en una caja fuerte. Llevo la tarjeta de la habitación apretada en la mano, como si fuera el billete dorado para la fábrica de Willy Wonka, pero en realidad es la entrada al parque de atracciones de los sustos, versión adulta: Hotel Misterioso y Clientes Raras S.A.

Imagina esto: abro la puerta y aparece la rubia en versión *femme fatale* de calendario pirata, en la cama 107, con ojos de loba y el traje medio abierto como diciendo «aquí se viene a pecar con estilo».

En mi cabeza ella cruza las piernas con elegancia, copa en la mano y esa mirada que, juro, te radiografía hasta las bragas y te pone nota. Yo me hago la chunga, pero en realidad ya estoy en modo pánico. Y ella, con voz de locutora de radio, me suelta: «Sabía que ibas a caer. Es lo que haces, ¿no?». Yo, entre que me flipo y que me orino, ni sé si va a hacerme un tercer grado… o algo de grado sexual con excusa de interrogatorio.

En mi peliculón mental le saco el lado Alaska valiente, la que solo aparece si sé que luego nadie puede rastrearme en internet, y le suelto la frase: «¿Esto es para invitarme a una copa, o me bajo ya los pantalones para la ronda de preguntas?». Ella ni pestañea, saca su libreta invisible y empieza el test. Preguntas a quemarropa y lo único que acaba esposado es el sujetador. Al tercer «dime la verdad», saltamos en la cama. Fuera buzones, fuera fotos, que esto

se convierte en un desparrame hormonal de los que hacen historia, y a mí ya se me olvida hasta el apellido.

Pero vamos, que con la pedazo de potra que manejo, fijo que abro la puerta y lo único que hay dentro es el comité de clientas místicas, esas que coleccionan dildos de cuarzo, traumas familiares y drama con ascendente en Leo. Lo veo clarísimo: yo dejándome caer en una butaca rococó, evitando dormirme mientras una ejecutiva intensa me cuenta porqué su gato Perséfone desapareció una noche de luna llena y ahora ve señales en el plato del *sushi*.

Ding. Pitido del ascensor. Puertas abiertas. *El Resplandor* sin hacha ni niño *creepy*. Respiro. Voy de chula malasañera, pero se me encogería el culo si la rubia estuviera ahí, no te voy a mentir.

Empiezo la cuenta mental: si en el nueve sigo con la pierna dando botes, *selfie* y me esfumo. Llego al once. Entro. Me asomo con el mismo arte que cuando miras a ver si la pizza está hecha o se te ha carbonizado. No sé si me van a saltar encima, me van a besar o me van a leer los derechos. Tampoco cierro del todo (la oportunidad de huida rápida, fundamental).

Esto no es el típico hotel de carretera donde lo más atrevido es una biblia con olor a azufre y una tele que solo pilla Intereconomía, no. Aquí han puesto luces indirectas de esas que te quitan años y sofás cómodos. Todo lujo.

Doy dos pasos y el ambiente se vuelve espeso. Y, *pam*, veo a una tipa sentada: piel morena, vestido azul seda, ese tipo de porte de reina o de jefa. Edad indefinida, pero seguro que si le preguntas cuántos cumple te manda a recoger flores al cementerio. Una mujer con tal energía que mi autoestima hace la maleta y se va a tomar vinitos a Cuenca.

No se levanta, no sonríe, ni siquiera hace el amago de saludarme. Solo me observa con unos ojos tan negros que si me caigo seguro que no me levanto. Me siento juzgada y abrazada al mismo tiempo, o ninguna de las dos, quién sabe, igual ella solo piensa en lo que va a pedir de cenar después.

Lleva el pelo cubierto con un pañuelo de seda y tiene una distancia encima como si la rodeara un campo de fuerza. No sé si va a contarme un secreto o a expulsarme del país.

—Siéntate, por favor —me suelta, y ese «por favor» suena más a orden que a sugerencia; el acento imposible de ubicar, pero fijo que habla idiomas solo para reñir a la gente—. No tengo mucho tiempo y necesito ser directa.

Me dejo caer en la punta del sillón, postura de salir rodando si hace falta. Las manos sin destino claro: rodillas, bolso, cuello, cruzadas por si hay que rezar. Ni me pregunta el nombre ni se molesta en decirme el suyo. Me clava la mirada y veo mi propio historial en Google flotando a su alrededor. Con eso te digo todo.

—Escucha —suelta, mientras mira la puerta, rollo «igual entra la secreta o mi suegra con las compras—. Mi marido es…

—Tu marido es mi padre —me sale del alma, manita al pecho, corazonada de telenoche. Me flipo sola.

—¿Qué? ¿Tu padre?

Parece genuinamente perdida y yo me desinflo.

—Nada, perdona, una tontería mía. ¿Qué me decías de tu marido?

—Bueno, mi marido es de esos que si se entera de esto, igual apareces en el telediario y yo en la sección «mujeres arrepentidas».

Siento el pulso a mil, la boca seca y la mente gritando «HUYE» y «SHHH, QUÉDATE, *MONEY*». Parte de mí visualiza ya mi funeral con cortina de purpurina. Ella cruza las piernas lento, con ese aire de quien ha visto tronos caer y ahora le da igual todo. Y me suelta:

—Te pagaré seis mil euros por esta noche.

Se me afloja la vida. Seis mil. Repite mi cerebro con eco. Por una noche. Me muerdo el labio y hago que lo pienso, teatrillo básico, aunque desde que ha dicho seis mil ya me he visto gastándolos en tonterías y llorando al ver el extracto.

—¿Seis mil? —repito para rellenar silencio y dar plano de cara presentable por si hay cámara.

Ella asiente, despacio, con esos ojos de esfinge egipcia que no sabes si te va a besar o a sacrificar a los dioses.

—Seis mil. Pero recuerda lo que te he dicho: nadie puede saberlo.

Yo asiento, juego con la cremallera del bolso para no aplaudir. En mi cabeza ya abro Excel: deuda, uñas, alquiler, dos caprichos indecentes y un paquete de papel de cocina para sentirme adulta.

Por seis mil pavos, me da igual si tengo que disfrazarme de superheroína cutre, enfundarme mallas de carnaval y tirarme en plancha a una piscina de gelatina con pirañas. Valiente, lo que viene siendo valiente, tampoco soy, ¿eh? Yo luego en casa lo cuento como si nada, pero ahora mismo tiemblo, tal cual.

Y no es por desconfiar, pero esta señora tiene más cara de «aquí se viene a jugar fuerte» que de «soy clienta achuchable». Y sigue con el discursito: mi marido es peligroso… blablablá.

Pero bueno, tampoco me voy a hacer la santa. Me pongo a hacer inventario de la fauna que tengo por clientas. Porque si algo me ha dado este curro, además de historias para emborrachar a cualquiera en un bar, es una colección de tipas que ni el programa ese de *realities* donde encierran a famosos que nadie conoce.

Primero está la pija aburrida, mi Pokémon menos favorito pero el que más propina deja. Flipas, lo máximo que le excita a estas señoras es que me quede a dormir en la *suite* del hotel tope de gama, solo para que le dé unos achuchones y le diga «qué bien hueles, Nati». Su concepto de fiesta salvaje es pedir dos postres al *room service* y comentar el hilo musical. Y no se acuesta hasta que no me asegura que el desayuno viene con *croissants*.

Luego tenemos a la ejecutiva treintañera, que viene con su estrés, sus ojeras y su agenda digital, pero lo único que quiere es que la abraces bien fuerte y le digas que todo irá bien. Se sienta y me pone cara de querer llorar y gritar a la vez, pero no puede porque tiene Botox en el lagrimal. Ella pide cena doble, postre triple… y yo hago la digestión de lo que me va a contar después, porque fijo que acabamos discutiendo sobre si la vida tiene sentido o si mejor lo buscamos en Tinder.

Ojo, que llega mi categoría preferida: la intensa emocional. Esa se enamora duro y sin mirar atrás. Ni me he terminado de quitar los calcetines cuando ya me está escribiendo poemas en WhatsApp. Tres de la mañana: «¿Estás pensando en mí?» Por dios, ¡ni yo me entiendo a esas horas, tía! Pero nada, lo de estas es para nota.

Las artistas también tienen su huequito en mi colección. Llegan con sus aceites mágicos, sus poesías de Tumblr y sus ganas de bailar en pelotas con la luna llena. A veces, lo del sexo ni lo tocan.

Vienen a hacer un ritual para conectar con su yo interior. Mientras yo pienso si me pagarán extra por hacer de chamán.

Y el lote Raras-de-la-vida, que me encanta, porque nunca sé si voy a terminar con copa de champán o en un tutorial exprés de nudos que aprendieron en un retiro en Jordania. Ahí entra la señora de enfrente de hoy, que trae mirada de decisión y bolso que pesa, y yo escucho a Alaska Consejera Gritona diciendo «corre, niña, corre», y a mi otro yo práctico contando la lluvia de billetes y diciendo «tira, si hay que poner cara de sumisa se pone, y si toca pino puente, se intenta, y si me da tirón llamo al fisio que me debe un favor».

Estoy sentada y repaso testamento mental por si acaso. Dudo si soltar cláusulas claras: pago por adelantado, nada de marcas sospechosas, nada de cámaras. No quiero quedar de paleta ni pasarme de lista en voz alta. Que si se enfada, me manda a paseo con mis pestañas recién puestas.

Estoy en ese limbo existencial, cuando la tía se suelta una risita. Me observa con esos ojos brillantes y dice en voz bajita:

—Tranquila. Te trataré bien. Siempre me han gustado las mujeres, pero en mi país y en mi situación, me es imposible tener una relación con una.

Me pasa la mano por la cara, lento, y yo me desinflo medio centímetro. Vale, intensa sí, torturadora no parece, al menos de primeras. Mi instinto de supervivencia sigue en alerta naranjita, pero mi corazoncito panadero me sopla que quizá esta noche me rompe el esquema y ya. Y me compensa.

Saca un móvil de esos que vibran sin motivo y yo pienso en una serie de espías, pero me muerdo la lengua, que me queda muy bien morderme la lengua cuando hay dinero en el aire. Me recojo el pelo, me aplico brillo de labios que huele a sandía, respiro en cuatro tiempos.

—Una cosa —le digo—. Lo de tu marido es peligro real o postureo. Porque si esto se pone feo, salto por la ventana y no me ves el pelo, lo aviso ya.

—Bueno, peligro controlado. Estoy harta, de verdad. Quiero estar con alguien sin miedo.

Me sale la risa tonta, la de cuando firmo cosas importantes. Y me entra un parraque metafísico, de esos de «¿quién soy, de dónde vengo, por qué siempre termino vendiendo mi cuerpo?». A ver, ¿cuándo fue la última vez que me lie con una tía sin que hubiera transferencia bancaria de por medio? *Spoiler*: desde que salí del centro de menores ese con olor a queso y drama. Ahí me enrollaba a veces con Lidia, la de las manos congeladas y la risa nerviosa.

Luego me tocó currar y el sexo se volvió eso: trabajo. Como quien aprende a hacer cafés de máquina o a rellenar excels sin morirse de aburrimiento, pues yo aprendí a fingir gemidos y a cobrarle a señoras que tienen la autoestima en oferta. Pura economía de supervivencia, pero con lubricante y sábanas limpias.

Y lo más loco: la mayoría de las veces… me lo paso bien. Así, como lo oyes. No con todas, que algún monumento a la desgana he tenido, hay clientas que ni con una botella de ron y una *playlist* de temazos se me levanta el ánimo, pero muchas… oye, molan.

A veces es más terapéutico que morboso: me flipa ser esa especie de hada madrina que le da a una tía el superpoder de sentirse deseada. Aunque tenga la autoestima por el suelo. Yo ahí, capa invisible, condón en vez de varita, y ¡*pum*!, les regalo la fantasía de que el mundo, por cinco minutos, no apesta tanto. Que su pasta no solo sirve para cremas antiarrugas ni terapias cutres, sino para pillarse una resurrección portátil.

La gente dice que «eres lo que das», pues toma, Robin Hood del orgasmo en versión choni *deluxe*. Sin mallas verdes ni flechas. Y mientras, pienso que peor sería madrugar para un jefe que huele a loción contra piojos y te da los buenos días con cara de lunes perpetuo. Será curro raro, pero ni tan mal, colega.

Capítulo 4

Tres horas después salgo de la habitación con el pelo revuelto, el pintalabios repartido por media cara y la braga emocional puesta de corona. El sobre con el dinerito lo agarro tan fuerte que me sudan las manos, que me imagino un ladrón emboscado detrás del mueble bar, esperando para robarme el pelotazo de la semana, y ya te digo yo que por este fajo me peleo con uñas y dientes si hace falta.

¿El sexo? Pues a ver, el guionista de mi vida cogió vacaciones. La tía: intensidad máxima, mirada penetrante y unas manos… te lo digo: manos de diabla. Directas, seguras. Ha sido de esas veces que hasta olvidas la tarifa, y eso que cuando te pagan seis mil euros, el subconsciente te hace una conga con banderitas y vals de la alegría, pero hoy ni eso.

Antes de largarme, ella me ha soltado una sonrisa de verdad: suave, dulce, casi en secreto, y va la tía y me da las gracias al oído. Pero no unas gracias sosas, no, unas gracias que me han dejado temblando.

Salgo flotando por el pasillo, con el ego inflamado y las piernas blandas. Y me sorprendo pensando, así toda existencial, que a veces el sexo con factura y pago al contado es más real, más de verdad, que todos los polvos románticos de las pelis de domingo por la tarde. O igual es que me ha tocado la lotería de clientas… o me estoy volviendo mística, vete tú a saber.

Son las dos de la mañana cuando salgo, todavía con las mejillas calientes. El *lobby* está vacío. Solo el recepcionista, con su corbata floja y cara de estar haciendo sudokus para no dormirse, me mira de reojo. Yo le sonrío educada, casi con ganas de hacerle un saludo militar.

Siempre pienso que estos tipos saben perfectamente lo que hay. O sea, ¿a quién voy a engañar? Chica joven, sola, arreglada, saliendo de la *suite* a estas horas… Vengo de estar con un cliente,

punto. Antes me rayaba mucho con eso, con si la gente imaginaba mi curro. Ahora… pues ni me molesto en poner cara de «ay, me he perdido buscando el ascensor». Él lo sabe, yo lo sé, los fantasmas del hotel también. Y, vaya, me la sopla lo que piense. Que con lo que le pagan, milagro que no se duerma de pie.

Me planto en la calle y *zas*, bofetón de aire nocturno. Esa brisa fresquita mezclada con aroma a asfalto recalentado y drama acumulado que me despeja más rápido que el café de gasolinera. Madrid es otro bicho por la noche, ¿eh? Apenas coches, solo farolas naranjas proyectando sombras retorcidas. Y el portero, que se queda ahí plantado sin mirarme. Yo me pego a su órbita, por si acaso su chaqueta con botones sirve para algo más que para lucirla. En mi cabeza hay banda sonora, chófer secreto, metralleta, todo muy *GTA*; en verdad solo quiero que llegue el taxi antes de que me intercepte un asesino en serie, una exclienta con mono o, peor, mi padre, ese misterio sin resolver.

Desde lo de la rubia ando con sensación de miradas en la nuca. Me giro cada dos segundos y no hay nadie, ni un mísero gato. Solo el *tac-tac* de mis tacones.

El portero pasa. Me mira dos segundos y vuelve a su móvil. Ese gesto me grita que le pagan por aguantar despierto y que mi culebrón no entra en su convenio.

Bostezo, me recoloco el pelo y me prometo que si no llega el taxi en dos minutos me voy a pata y que sea lo que tenga que ser.

Por fin, milagro divino: taxi a la vista. Cuando me siento, me sube un alivio raro, medio salvación, medio me quedo a vivir aquí. La taxista es un espectáculo: señora de las que dominan el asfalto, pelo rubio *fake*, raíces para hacer trenzas, uñas rojas que podrían servir de abrecartas y sonrisa de «cuéntame lo tuyo, que fijo supero tu drama». Se gira, me escanea y me suelta:

—¿Dónde vamos, guapa?

Me lo dice con ese tonillo de madre divorciada que te pregunta si has desayunado bien y si el lubricante era bueno. Yo, por un segundo, fantaseo con decirle que me lleve a Las Vegas o a un taller de autoestima, pero no, le suelto la dirección y nos vamos a confesar en la carretera.

Frena en un semáforo y me examina por el retrovisor, cero juicio, todo salseo cariñoso.

—¿Lío sentimental, lío laboral o lío familiar que te deja sin uñas?

—Combo. Y una rubia que me va a traer la ruina.

—Ah, las rubias. Yo tuve una amiga rubia. La dejé de ver. Me debía veinte euros.

—A mí no me debe dinero, me debe tranquilidad. Que devuelva eso y le pago yo los veinte.

Nos reímos. Paso de contarle la versión gore, aunque me tienta. Tiene cara de señora que te hace caldo y te borra al ex con varita mágica.

El trayecto es rapidito, pero al llegar a mi portal, se me mete el corazón en la garganta. El coche de Barbie platino está aparcado plan peli de terror de esas malas donde siempre matan a una tía con flequillo. Me quedo petrificada con la mano en la manilla.

La taxista, que ya iba a poner primera y largarse a su casa a ver *Sálvame* en diferido, baja la ventana y me suelta, con ese acento de barrio que te hace sentir protegida y en peligro al mismo tiempo:

—¿Qué pasa, reina? ¿Te ha dado un jamacuco?

Me acerco a su ventanilla haciendo el paseíllo más maruja de mi historia y le confieso mis movidas en un susurro:

—Señora, yo no salgo en *Cuarto Milenio* ni veo vírgenes en tostadas, pero ese coche me persigue desde hace días. Es de una tía que mete miedo solo con apoyar el codo. No sé si está dentro o si está por aquí esperando para tirarme del pelo.

La señora abre los ojos.

—Ay, hija, esto sí que es salseo. ¿Una acosadora? ¡Esto promete más que una boda de pseudofamosos! ¿Y qué hacemos, mi vida?

—Pues, ¿podemos quedarnos aquí un ratito?—le digo, mientras agarro la puerta como si el coche fuera ya parte de mi herencia—. Es que meterme ahora mismo en el portal parece el arranque de un capítulo de *Investigación Policial*. No estoy yo para que me saquen borrosa en la tele luego, señora.

La mujer apaga el taxímetro con la destreza de quien ha hecho esto mil veces y se gira, lista para una noche de cotilleo fino.

—Escúchame, llevo en la calle más horas que un semáforo. El otro día cacé a un señor disfrazado de superhéroe robando buzones y ni pestañeé. Cierra la ventana y nos quedamos en guardia.

Aquí estamos: Remedios la taxista, y yo, versión Sherlock y Watson de Malasaña, de madrugada y con olor a tabaco barato. Yo con el móvil abierto en el 112, lista para llamar a la poli, a mi hermana, a mi vecina del quinto y al señor del chino de abajo si me da la neura. Ella, faros apagados, consejos de señora que pule todo y una ansia de vivir drama ajeno que da gusto.

—Cualquier cosa, tú me das un codazo—murmura—. Que yo tengo el móvil a mano y, si me apuras, saco el ambientador ese que escuece más que el gas pimienta. Aquí no entra nadie sin que yo me entere.

—Las lunas están ahumadas, no se ve nada. Si estuviera dentro ya habría hecho un gesto. Esta gente se delata.

—Hago una ronda suave —propone—. Me acerco, pego un avance y si hay alguien le meto largas, que se queda tiesa.

—Ni te muevas, que me angustio —respondo—. Dame dos minutos y una señal del universo. Yo qué sé, que se encienda la luz de la entrada y salga el vecino del quinto, que da clases de ukelele, ese hombre espanta a cualquiera.

Silencio. Se oye de fondo un perro que ladra sin ganas. El coche negro, quieto. Ni un intermitente, ni un portazo, nada. Remedios abre una botella de agua con ese sonidito que te da vida y yo me pregunto si la rubia dormirá o estará ahí con los ojos abiertos como una muñeca diabólica, sin pestañas, con una ceja tatuada que me juzga.

—Tengo Ruffles al jamón —dice Remedios—. Y una linterna que alumbra medio barrio. Si hace falta, giro el coche y le saco foto a la matrícula. Tengo pulso de cirujana.

—Me apunto a las patatas. Si esto sale bien, te invito a churros.

A mitad del tercer resumen vital, la Remedios me clava un codo en el costado que casi me deja marca y susurra emocionada:

—¡Mira! ¡Se mueve algo ahí dentro!

Asomamos la cabeza las dos, y ahí está, no hay pérdida, en el coche, sentada, la rubia, quieta pero con ese toquecito inquietante.

Yo suelto el aire que llevaba retenido desde la prehistoria y me dan ganas de darme con la palma porque vaya alivio idiota, que no desaparece el problema, pero al menos no está plantada en el portal ni detrás del contenedor, está ahí dentro, planchando el asiento con toda la paciencia del mundo.

—Remedios, voy —le digo mientras me subo la cremallera de la chaqueta—. Este es mi momento. Si me salvo, traigo churros y tú me haces café; si no vuelvo, me buscas en el programa de Iker, versión fantasma de barrio con coleta mal hecha.

—Menos drama y más paso firme. Si veo algo raro, claxon y que se entere hasta el del ukelele. Y llévate esto. Me planta en la mano un bote de laca que te barniza las pestañas y, si apuras, abre latas, y yo me río pero me lo meto en el bolsillo, que una no está para ir de valiente.

—Si la cosa se tuerce, haces la señal acordada.

—¿Qué señal? —pregunta ella, muy seria.

—La que acabamos de inventar. Yo grito y tú armas el Apocalipsis.

—Anda tira, criatura, que me estás crispando. —Y me da un abrazo apretado, del estilo «aquí no se muere nadie hoy»—. Y cuidado, anda.

Salgo disparada pegada a la pared, sintiéndome ninja de barrio sin sueldo ni seguro médico, llego al portal con las manos tiritonas, meto la llave a la primera por milagro y por instinto de supervivencia, subo las escaleras a toda leche, de dos en dos, respiro fatal, entro en casa, cierro y echo todos los cerrojos, el de la puerta, el del pasador, el de abajo que cruje, el del baño por si acaso, y el de la terraza mental porque me encantaría apagarme la cabeza con un botón rojo y no existe. Me desplomo contra la puerta y me quedo ahí, agarrada al pomo, muy señora del susto.

Duermo a trompicones y me despierto destrozada, cabeza espesa, ideas cruzadas, y la rubia ocupando medio disco duro de mi mente, así que me voy a la ducha, agua caliente, silencio, respiro, y se me baja un poco la histeria, me miro en el espejo y veo el panorama: ojeras marcadas, pelo encrespado, piel pidiendo socorro en seis idiomas. Venga, Alaska, protocolo guerra: abro el cajón y me unto crema sin moderación, me doy contorno de ojos con fe religiosa, me

pongo vaqueros limpios, camiseta sin manchas visibles, deportivas sin barro, y remato con dos cafés fuertes del tamaño de una crisis.

Antes de salir, me asomo a la habitación de Vega, solo para comprobar que la gemela sigue entera. Nada, la veo ahí, madeja humana bajo las mantas, el moño a medio deshacer y una pierna fuera con actitud rebelde. Sonrío. No sé si es amor de hermana o alegría de saber que por lo menos hay una igual de desastre que yo. La realidad es que, con ella dormida en casa, me siento menos vulnerable al apocalipsis rubio.

Decido que voy a hacer la compra, aunque sea solo para tener una excusa para salir a la calle y respirar otro aire que no sea el de la paranoia doméstica. Además, la nevera da pena: un tomate arrugado, medio limón y un táper que ya da miedo abrir. Así que, allá voy, con el bolso cruzado y la cabeza medio en las nubes, medio pendiente de que no me siga ningún coche negro por la calle.

Me toca patearme medio barrio porque es domingo y, claro, los supermercados pijos están cerrados. Acabo, como siempre, en ese súper que parece regentado por un gnomo insomne, que abre hasta en Nochevieja a las seis de la mañana. Puedes pillar leche, sal, una almohadilla en forma de rana y, si te descuidas, una novia. Lo bueno es que solo tengo que andar quince minutos; lo malo es que llego y ya hay más gente de la que debería estar despierta a estas horas.

Entro y hago mi ritual: cojo una cesta en vez de un carro, porque ya me conozco. Si cojo el carro, me emociono y acabo cargando seis bolsas, arrastrando el alma y jurando en arameo por el camino de vuelta. Así que, cesta. Autocontrol. Bueno, el que se pueda.

Paseo por los pasillos, con la lista mental de «cosas que no dan asco en la nevera». Y, por supuesto, parada existencial delante de las bebidas vegetales: ¿Leche de coco, leche de avellana o, total, leche de unicornio? Todo porque Vega considera beber la leche de vaca un acto criminal.

Y *zas*: la veo. A la rubia. En el puto súper, moviéndose entre las galletas como si tal cosa. Y yo con mi cesta y mi cara de zombi, observando a la tipa que me está dando más quebraderos de cabeza que Vega cuando le dio por hacerse vegana extrema.

Va de negro, con una chaqueta militar que seguro ha confiscado a algún general sexi del Este y unas botas de esas que podrían aplastar un ego o dos. Es más alta de lo que me pareció en la gala y tiene aura de jefa de comando. Y lo peor, lo admito, es que me pone, pero me pone mal. Es tan atractiva que parece que la han renderizado en Photoshop, no parida por una señora de verdad.

Yo, con mi cestita agarrada, aparento indiferencia, pero la nuca me arde y los sobacos me sudan.

Y lo jodido no es solo el escaneo facial, es que la piba me sigue. Cojo una lata de fabada que ni de coña me voy a comer y en lo que pestañeo, ella trastea las legumbres, igual de intensa. Me voy al área *fitness* a palpar manzanas dudosas. Y ella detrás, analizando las frutas con seriedad de funcionaria, toda profesional.

El disimule es nulo. Ni móvil, ni leer precios, ni toquetear revistas de cotilleos. No hace ni la triquiñuela de los psicópatas de película. Ella va a lo que va: a intimidar de frente y sin vergüenza.

Y mientras tanto, yo… colega, yo ya no sé ni dónde estoy ni si esta cesta es mía o de algún señor jubilado al que he espantado con mi cara de susto. He metido mayonesa, arroz basmati que ni me gusta, latas de atún tamaño familia numerosa y, por algún misterio cósmico, comida para perros. Para perros. Y no tengo perro. Pero ahí va, porque cuando te espían, tú tiras de pánico y te vuelves clienta *random*.

Todo esto, y yo autoconvenciéndome de que debe de haber una cámara oculta, un experimento social, una broma de mal gusto. O que la rubia tiene un problema de insomnio y me está usando de oveja negra para contar para dormirse.

Pero nada, giro en la esquina y *pum*: mirada láser, sonrisa chunga, cara de «te estoy espiando y ni lo oculto». Me dan ganas de lanzarle la compra a la cabeza para terminar con el melodrama, o invitarla a una caña, depende si me canso antes del miedo o del subidón.

Pero lo peor, que esto ya es universo riéndose en mi cara: con esas luces de supermercado que le sacan las arrugas hasta a las zanahorias, la tía sigue estando guapísima. Así no se puede, de verdad.

Me coloco en la cola para pagar. Delante de mí está la típica señora con cara de resolver integrales o invocar demonios con el mismo gesto: profesora de matemáticas seguro, de esas que te dan pesadillas con raíces cuadradas. Se enzarza con la cajera porque le ha cobrado una bolsa de más. La pobre cajera, una chavalilla con coleta tirante, uñas fosforitas y una sudadera de Bob Esponja que me está mareando solo de mirar, mastica chicle resignada.

Justo detrás de la Yaya Pi, un tío con chándal gris, auriculares, tan absorto en el móvil que si explota algo ni se entera. Creo que hasta mete el atún en la bolsa por telepatía porque no levanta la vista ni para echarle un ojo a las ofertas.

Y… por supuesto, lo que me faltaba para el combo del absurdo: la rubia. Puesta a mi espalda. Me roza la nuca con el aliento, y yo, modo faro de nervios, atenta a la mínima.

—Hola, Miss Misterio.

Tócate el pie. ¿Miss Misterio yo? Vale, pero como no lleves premio de consuelo, ni te acerques. Me entran ganas de partirme de la risa en su cara y, al mismo tiempo, correr y meterme de cabeza en el arcón de los congelados. Y los ojos… Azules nivel celeste polar, vamos. Mirarla de reojo y no perder la compostura es más bien complicado, así que finjo que me fascina el catálogo de chicles, que ya es decir.

Y de repente, ¡*pam*!, noto un tirón en la cabeza. Pinchazo capilar. Me giro *ipso facto*, y la rubia, tan digna ella, pero con la mano a medio camino de robarme el ADN.

—¿Pero tú eres gilipollas o qué? ¿Me has arrancado un pelo? —le salto casi gritando, que se me activa la Alaska versión polígono y me da igual si estamos en el súper o en la Casa Real: nadie me toca el cuero cabelludo gratis, y menos esta *madame* del suspense. El tema injusticias me pone fiera.

Pero la pava se hace la loca:

—Uy, ¿yo? No sé de qué habla esta chica.

Bruja. Pero elegante.

La cajera, que estaba en modo autómata con su chicle y su sudadera hortera, agita el boli como si fuera una porra reglamentaria.

—¿Aquí qué pasa, majas? Nada de broncas en mi caja, ¿eh? Que lo digo por las cámaras y porque a mí mancharme el historial de peleas me baja el sueldo.

Fantaseo con que ahora aparece Ana Rosa y me pone un micro, pero lo que tengo de verdad es un corro a mi alrededor: la señora de los decimales deja la cuenta a medias, el tío del chándal se quita un auricular y se queda atento.

Aprovecho la atención, me vengo arriba y señalo a la rubia.

—¡Que la rubia esta me ha arrancado un pelo! ¡Del cráneo, no del moño! Me arranca mi ADN y aquí paz y después gloria.

Ella, por supuesto, a lo Virgen de Lourdes pero con las cejas perfectas, ladea la cabeza y actúa como si yo fuera una pobre loca.

—No sé de qué habla… Yo solo quería comprar unas naranjas, como cualquier persona de bien.

CASI ME DA UN INFARTO DE LA IRRITACIÓN. ¡Qué nivel de caradurismo! Y la peña, claro: el jurado popular ya ha dictado sentencia, y no es a mi favor. La profe de mates niega con la cabeza, el del chándal se encoge como diciendo «yo no me meto, que tengo el Uber esperando» y la cajera, reina del salseo, me remata con el estoque:

—Chata, relájate. Aquí no hay peleas ni arrancadores de pelos. Si te vienes arriba así, vete al herbolario y píllate una tila XXL, que las hay de oferta y te hace más falta que a nadie.

Sujeto mi orgullo y lo que queda de mi cabellera, fulmino a la rubia que me clava una sonrisita congelada. Ella está convencida de que ha ganado la ronda. Pero no, corazón. Por mis ovarios bien puestos que esto no se queda así. Que igual salgo de aquí sin dignidad ni pelo, pero con el coño bien puesto.

Capítulo 5

Salgo a toda velocidad, casi atropellando el expositor de chicles. La bolsa del súper me corta la circulación del brazo. Pero ni lo noto, porque voy a tope de *mood* Alaska vengadora. Se acabó ser la damisela tonta que sufre por un pelo arrancado; hoy soy vigilanta con licencia de barrio.

En cuanto pongo un pie en la calle, me doy cuenta de que no tengo ni idea de cómo se planta cara a una rubia peligrosa con botas militares. Así que hago lo más sensato: me escondo detrás de un coche. El sigilo me dura lo que tardo en meterle un cabezazo al retrovisor. Me agacho cerca del capó sintiéndome la espía suprema, pero la verdad es que tengo el flequillo pegado de sudor, la bolsa con los garbanzos haciéndome agujeros en el antebrazo y cara de que si ahora llega la policía seguro que encima me detienen a mí.

Me asomo lista para espiar a la rubia, a ver si la pillo haciendo algo raro, aunque de momento me quedo medio agachada, con el corazón a mil y esperando verla salir para, no sé, ¿gritarle? ¿Pedirle el pelo de vuelta? ¿Ofrecerle una croqueta vegana? Yo qué sé. El plan aún está en desarrollo, pero esta vez, por lo menos, la que espía soy yo.

La veo salir del súper con su bolsita de tela ecológica. Lo primero que hace es mirar a todas partes. Escanea la acera, el paso de peatones, la frutería, el cartel luminoso de la farmacia. No engañas a nadie, guapa, claramente me buscas.

La muy cabrona da un par de pasos, se queda quieta, gira la cabeza hacia mi lado. Yo me acojono y me tiro al suelo. La bolsa se me engancha en una matrícula y, en un intento de disimular, casi tiro el móvil. Cuando se da por vencida, no anda, desfila.

Yo voy detrás, mantengo la «distancia de persecución» que aprendí viendo series de polis. Que en mi caso significa saltar de

coche en coche y tropezar con un patinete mal aparcado y, en un momento, casi me meto de morros en un seto.

Y claro, mientras, no puedo no admirarla. Madre mía, lo que me follaría yo esa espalda. Es que camina que es pura jefa. Me la imagino arrancándose la chaqueta militar y quedándose en camiseta, pero de esas pegadas, enseñando bíceps para arrasar a las heteros del barrio… y yo ahí, a dos segundos de soltarle: «Agente, si me va a cachear, hágalo con calma y, si eso, pídame el DNI para siempre». No me aguanto y me río sola, porque mi cabeza es Telemadrid versión porno con presupuesto nulo. Pero oye, en la fantasía, yo siempre follo.

Total, que la rubia se planta en un paso de cebra y trastea con el móvil. Yo me pego al escaparate de la ferretería y me veo en el reflejo de una sartén, tan graciosa, si esto fuera una peli guay ahora nos cruzaríamos una risa, haríamos el amago de tropezar y acabaríamos restregándonos en el capó de un coche… pero no, en vez de eso, el abuelo de turno me arrea un codazo porque le tapo la entrada. Casi me deja sin bazo.

Por fin, la rubia reanuda su camino, llega a su coche y vuelve a hacer un escaneo alrededor. Yo me abrazo a una farola intentando activar mi modo transparente, pero me sale regular. Tengo el sudor pegado al sujetador y la respiración fuerte.

Ella mete la bolsa en el maletero, se gira y me mira directamente. Yo ni parpadeo, turulata, en mi mundo paralelo donde ahora mismo me saca de la farola, me sube al coche y me dice: «Vámonos, Alaska, a robar bancos o pollos o lo que se tercie».

Lo único que ocurre es que cierra el maletero, arranca el coche y me deja sola, chorreando vergüenza, medio mosqueada, pero deseando que, si va a espiarme, al menos la próxima me invite a cenar y, vamos, que me devuelva el pelo, que me hace falta para cuando me dé por ir de *influencer* despeinada.

Y en esas, la veo parar en un ceda. Y yo ya, con el pulso que parece que haya hecho *CrossFit* y el sudor metiéndose hasta entre los dedos de los pies, saco el móvil, abro cámara, le meto *zoom* a la matrícula y ¡*zas*! foto. Toma. Documento judicial, colección personal para una futura denuncia y, si me apuras, material para carpeta de

stalkers. Estoy *living*. Me siento la detective de *Barrio Sésamo*, pero con más *flow* y la cara llena de granos de sudor.

Llego a casa flipando, con la bolsa medio rota, el pelo lleno de electricidad estática y el móvil en la mano. Entro en la cocina y Vega está desayunando cereales ignorante de que hay una rubia peligrosa suelta por el mundo.

—Tía, no sabes lo que me ha pasado —le suelto, tirando la bolsa en la mesa y echando el pestillo por si la rubia puede derribar puertas.

No pierdo el tiempo: le suelto todo. Que si persecución en el súper a lo Carmen Sandiego, que si lo del pelo, que si la espía de barrio mimetizada detrás de un Prius, el ataque sorpresa al retrovisor, la foto de matrícula (*CSI*, toma nota), y mi cerebro haciendo *overtime* con fantasías donde la rubia es una mezcla entre villana y mi nueva religión. Me flipa. Me acojona.

Y Vega, nada. Ni una risa, ni un «tía, lo tuyo es para terapia». Se le pone cara de marmota preocupada, esa que solo saca cuando el drama es verdadero o cuando descubre que se ha acabado el Nesquik.

—Alaska, escúchame… —dice en modo secreto—. No te lo conté antes para que no te montaras más pelis en la cabeza, pero… el otro día sentí que me seguían. Noche cerrada, salgo del curro, y todo el viaje con un coche pegadito detrás, o sea, tipo peli de psicópatas. No vi a nadie, pero la mala onda se me quedó pegada. Y si…

Ella no termina la frase y yo me bloqueo en mitad de la cocina, con la bolsa con las croquetas veganas apretada contra el pecho por si tengo que defenderme con ellas, el móvil temblando y el cerebro en modo colapso. Porque si yo era la paranoica de la familia, ahora resulta que la rubia *stalker* no solo es mi pesadilla húmeda.

Houston, estamos jodidas. Y no solo porque la rubia esté para cruzar el Atlántico a nado detrás de ella.

Total, pasan unos días que parecen vacaciones en residencia de ancianos. Todo tan tranquilo que hasta me mosqueo. Ni rastro de Barbie mafiosa, ni coches siniestros ni un puto pelo arrancado a traición. Dormir, duermo casi normal, aunque mis sueños son una mezcla de persecución, sexo con rubias equipadas de látigo y algún

cameo de la sirenita. Mi cabeza es un parque de atracciones sin seguro.

Hoy Vega y yo nos marcamos ruta fashionista por El Corte Inglés. Yo voy olisqueando perfumes de esos que cuestan más que toda mi vida, echándome medio bote en la muñeca y soñando con ir por la calle dejando olor a «bollo con clase». Vega se pierde entre los vaqueros caros, porque según ella hoy toca capricho. Me río: la nuestra es la definición de placer culpable.

—Tía, he pensado una cosa —suelta Vega con esa voz de profe que sabe que lo que viene es chungo—. ¿Y si le damos la chapa al Lolo?

Se me paraliza la neurona del sentido común, probador de colonia en mano y cara de «escoge otro universo, por favor».

—¿Lolo? ¿El mini Tarzán del centro? El de halitosis a chicle y sobaco a testosterona.

Vega asiente, agarra el móvil y busca la foto de la matrícula.

—Ese. ¿Sabes que ahora es poli? Igual con la matrícula puede contarnos si la rubia esa es solo follable o además peligrosa. Un favor cortés y nos sacamos la duda de encima.

La dramática que llevo dentro pone los ojos tan arriba que por poco los pierde.

—Ya, claro. Dime que lo quieres ver y te encierro en el vestidor de Calvin Klein hasta que se te pase la fiebre.

Vega se parte, literal. Casi se le cae la bolsa de los vaqueros.

—Ay, calla, que me sale urticaria solo de pensarlo.

—Y ni un adiós decente cuando se largó, ¿recuerdas? Solo «*ciao*, pringadas». ¿Tú de verdad quieres buscarlo?

Medio se encoge, como si el orgullo le rozara pero le diese más miedo el expediente X del coche misterioso.

—No quiero verle, pero oye, si el pringado puede investigar la matrícula de la rubia, me como el drama y le mando un WhatsApp.

Me marco el momento teatrera y me desmayo.

—Qué imagen tan baja, hermana: las reinas del corte, pidiéndole ayuda al Lolo. Netflix nos cancela a los dos capítulos, ya lo verás.

Vega pasa de mi numerito. Me echa el brazo por los hombros y seguimos de *shopping* como supergemelas infiltradas en la clase

media.

—Relaja, Alaska. Peor sería no saber nada y tener que buscarle la matrícula a la rubia a pulso. Si el poli nos hace el apaño, nos reímos un poco para el anecdotario.

Volvemos a casa a lo *sherpas* del Himalaya, bolsas hasta en las orejas. Subimos las escaleras sudando ganas de morirnos porque el ascensor está parado. Segunda planta. Y… el flashazo: ¡el puto móvil! Lo he dejado en el coche. Mi móvil, con la vida entera ahí y la matrícula *top secret* de la rubia misteriosa.

—Tira tú para arriba, que bajo a recuperar el búnker portátil —le digo a Vega, que arrastra las bolsas y ya va en modo zombi.

Bajo las escaleras a toda pastilla, reventada pero con ese instinto de madre protectora por mi teléfono. Y cuando llego abajo, ¡*zas*!, la realidad me da un bofetón: ahí está la cabrona esa, saliendo de mi portal tan tranquila, chaqueta negra, pelo que ni la humedad del infierno lo despeina y esa cara de chula maciza. Todas las moléculas de aire se apartan para dejarla pasar. Manda narices.

Yo, que ya no tengo filtro ni orgullo, salgo corriendo detrás de ella.

—¡Eh, tú! ¡Rubia! ¡Que ya está bien de tanto misterio!

Ella se gira despacio y me suelta con voz fría:

—Baja la voz, que aquí no queremos montar un espectáculo.

Pero yo voy en modo Alaska peliculera total, así que me planto en la puerta, me pongo las llaves entre los nudillos (por si acaso, estilo puño americano de señora de barrio) y levanto los brazos fingiendo que sé algo de boxeo.

—Te aviso que sé defensa personal, ¿eh? Como me líes, rodillazo en la entrepierna y media vuelta.

La tía se descojona. Literal. Se ríe en mi cara, pero sin mala leche, solo en plan «qué mona eres pensando que eres peligrosa». Ni respeto, ni miedo, ni siquiera un poquito de piedad. Solo una risa suave, de esas que te hacen sentir el doble de ridícula y el triple de pringada.

—Anda, déjate de películas y entra.

Y con la misma, me pega un pequeño empujón hacia el portal.

Como yo tengo titulitis en dar la nota y no me callo, la tía se aburre, estira el brazo y, en cero coma, ¡*zasca*! Me tiene contra la pared, acostumbradísima a reducir personas todos los días. Me planta la mano en la boca, ni delicada ni bruta, pero el mensaje bien clarito: cállate, que aquí mando yo.

Y yo, con las llaves clavadas en la mano y la vergüenza, los ojos como dos huevos fritos y el ego bailando bachata. Y lo peor: ni estoy cagada ni estoy enfadada. Estoy… buf, que me muero del morbo, que tengo el pulso saltando a lo loco.

Ella se acerca un poco más, su cuerpo pegado al mío, y me susurra al oído, con voz suave pero firme:

—Si te callas y me escuchas, te suelto. Pero no vamos a montar un circo aquí, ¿de acuerdo?

—¿Y si no, qué? ¿Me vas a meter mano?

—Eso quisieras tú, guapa.

Vale, me ha calado. Me suelta. Rebotito mínimo y ya estoy recomponiendo ropa que ni se ha movido. Me aliso el pelo por teatro. Doy dos pasos atrás con las llaves aún tiesas entre los dedos, por si me sale el espíritu ninja y le hago una coreografía de *Kill Bill*. No sale. La miro con cara de mosqueo y algo de encaprichamiento. Sí, soy idiota. Con gusto.

—A ver, lista, ¿qué coño quieres de mí? ¿Por qué me vas espiando por todas partes? ¿Me falta firmar alguna multa o solo coleccionas vídeos malos de mí corriendo por el barrio?

La rubia pierde toda aura de villana. Ni asesina, ni sicaria, ni drama. Rímel apurado, culpita en la frente, hombros que bajan un centímetro. Suspira. Se frota las manos y baja la voz.

—Vale, esto es un lío. Me llamo Nat, soy… detective.

Yo me quedo con la boca medio abierta, porque, claro, lo de detective no lo tenía en mi bingo de rubias misteriosas.

—Llevo años buscando a una persona… y pensaba que eras tú. Te tenía fichadísima. Y justo cuando creía que lo había conseguido… me encuentro con la señora sorpresa: sois dos. Gemelas. Lo nunca visto, colega. Y ahora, pues bajón, porque la chica que busco… va sola por el mundo, nada de duplicados. Así que todo esto… todo cagada mía. *Sorry*.

No sé si reírme, llorar, pedirle un besito de consuelo o darme con la cabeza contra el buzón. Porque me ha dado un subidón y un bajón instantáneo. Ni mi padre ruso buscándonos, ni ajuste de cuentas, ni amor *psycho*, ni nada. Solo una detective desorientada y yo, Alaska, haciendo el ridículo como siempre.

Pero la rubia se pone intensa y yo ya me preparo para morirme de vergüenza aquí mismo. Se arrima más y se mete en mi zona personal.

—¿Eres Alaska? ¿O eres la otra?

Me entra un calor raro por la espalda. Entre el mosqueo y el agotamiento, me nace una respuesta que en mi cabeza gana un premio literario y en voz alta suena a fregona contestona.

—¿Y qué más da? ¿También me vas a pedir el informe médico? Ya me has seguido, me has pegado un arranque de pelo que ni mi hermana cuando no le dejo la crema, y te juro que eso tiene que ser un delito menor. Estoy por llamar a la policía y denunciarte.

Ella suelta una risa bajita, peligrosa, cariñosa, todo a la vez. Voz ronca, directa a zonas que no voy a detallar. «Ay, Alaska, ponte hielo».

—¿Denunciarme? —Se acerca tanto que si llevo chicle se lo regalo sin manos—. No flipes tanto, anda. Ya no eres parte del caso, guapa. Podemos hacer lo que queramos. Podemos follar si te apetece.

Me monto tres telenovelas y dos son porno: nos besamos, le rompo el traje, me mete mano y hasta jugamos a policías y ladronas con final feliz. Llámame tonta, pero es que es verme en este careo con la rubia y mi mente ya está programando el OnlyFans de nuestras vidas. Pero claro, me hago la dura, levanto la ceja y la miro como si vendiera aspiradoras puerta a puerta.

—Alaska, o Vega… —me dice, y me da dos hostias neuronales de golpe—. Me da igual. La que me mira así eres tú. Si quieres, aprovecha que estoy aquí —me suelta con la mandíbula apretada.

Flipa. De verdad. Me entran ganas de reírle la gracia y de partirle las gafas imaginarias a la vez.

—¿Pero tú qué te crees, rubia platino? —grito con la boca chica—. Si has hecho los deberes y me has stalkeado, ya sabes que a mí me

pagan por servicios personalizados. Así que, guapa, ve sacando la Visa, que el amor de alquiler cotiza al alza. Y soy Alaska, ¿vale? No te líes.

La muy perra sonríe.

—¿Que te voy a pagar, dices? —me susurra en la oreja—. Lo llevas claro. Ahora, chata, vas a suplicarme y encima vas a disfrutarlo.

Y digo yo que no pienso morderme el labio, que no pienso perder la dignidad, ¡pero la muy bruja me saca del sitio! La situación me supera; mi cerebro grita «huye, huye», pero el cuerpo ya está regalando entradas para el festival. Me cruzo de brazos para disimular y me autocritico. Si esto lo ve Fleabag, me mira a cámara y me aplaude en silencio. Si lo ve Villanelle, me pone nota en la frente y me roba el pintalabios.

—Tú lo flipas, ¿eh? —le susurro con voz de gaticornio asustado.

Y la muy lista, que te juro que ha leído todos los libros de autoayuda menos el mío, se me arrima más. Siento su perfume caro, carísimo, recién salido del laboratorio de Marvel. Y va y me deja encajonada entre su cuerpo y mi falta de plan B.

Cierro los ojos porque, tía, lo que hay delante me da miedo, pero si me besa… si me besa, ay, se me cae todo. Maldita sea, no me besa. No me toca. Solo me mira con una intensidad que yo, de golpe, me hago pequeñita. Echo de menos mis taconazos, que sin ellos me siento una pringada recién llegada al club de las «a tu merced, rubia gigantona». Y joder, no sé si me encanta sentirme así o si me va a dar un bloqueo.

Ella me coge la mano y me arrastra hacia una zona más oscura, cerca de los contadores. La luz hace su numerito dramático, *pum*, fuera, y nos quedamos en una penumbra que si esto fuera una peli, ya pondrían banda sonora de saxofón y *flashes* de cuerpos sudados. Pero ni saxofón ni narices: aquí lo único que suena es mi corazón y el sudor preparándose para la fiesta.

Me arrincona contra la pared y me aprieta con el cuerpo.

El plan es que ahora debería hacerme la dura y convocar a todos mis antepasados para frenarla. Pero nada, no me sale.

—¿A que esto te pone, Alaska?

Las piernas casi me hacen sentadillas de nervios. Si no fuera porque estoy tan cachonda que no puedo pensar, me largaría a montar un sindicato de vírgenes redimidas, pero el cuerpo me traiciona antes de que pueda abrir la boca. No sé ni para qué hago la *performance* de chica dura, si se me nota el tembleque hasta en la sombra.

Asiento, ese tipo de sí de borrega entregada, porque su mano, ese prodigio evolutivo, se cuela por debajo de mi vestido fresco de rebajas y yo ya me despido de mi último pensamiento lógico. Sus dedos, largos, fríos y de malas intenciones, suben por mis muslos.

Intento contenerme, no quiero que se dé cuenta de lo que me pone, pero es inútil. El labio inferior me tiembla, me lo muerdo para no soltar un gemido, pero es una batalla perdida. La muy puta me tiene en sus garras y yo me dejo.

—Te mola, ¿eh? —dice, sonriéndose.

Me da una rabia que te cagas la creída esta, pero solo consigo cerrar los ojos y pensar en mantras de monja para no soltarle un grito que despierte al bloque entero. Su mano va directa a mi entrepierna, y me pone aún más que sienta el calor de mis bragas húmedas. La muy zorra sabe lo que hace, y yo, estúpida, me dejo llevar.

Capítulo 6

Igual tú piensas que por ser escort soy una tía fácil, de las que con un «hola, guapa» y un chupito ya se bajan las bragas en el baño del garito. No, no, no. Yo no soy de esas, ni de las que caen por una mirada intensa en mitad de la calle. Así lo juro por la Virgen del Barrio y por todos los pintalabios carmín que he gastado en mi carrera.

Pero también te digo que esto que me está pasando es otro universo. Ni las veces que me han entrado en una discoteca jurando que iban a cambiar mi vida con un cubata aguado, ni los polvos de emergencia en el urinario de un bar con ambientador a eucalipto cutre, ni los ligues esos de «venga, total, qué más da».

Vale, en mi curro he follado con muchas mujeres. Pero eso es trabajo. Facilito, mecánico, casi como responder emails: das lo que tienes que dar, te pagan y para casa calentita (o a pillar comida china para que el drama sea completo). Cero mariposas, cero tembleque, cero esa movida de «uy, ¿me están rozando los límites del alma o solo son gases?». Todo frío, todo controlado.

Y ahora… Se me encoge el estómago por una loca que se me ha pegado como una sombra psicópata, que tiene el récord olímpico en arrancar pelos furtivos en el pasillo del súper y que, de paso, me monta la película de «soy una Sherlock lesbiana, investígame tú a mí». ¡A ver quién se cree eso! ¿Será verdad? ¿O igual la tía en realidad quiere hacer un vudú con mi pelo y venderme en el mercado negro? Con mi suerte no descarto nada.

Encima va de chula. De las que van por la vida como si tú te fueras a arrastrar detrás de ella. Me río yo de eso. ¿Suplicarle yo a esta? Ja. Antes me apunto a clases de *patchwork* y me hago monja en el convento del Sagrado NoMeDaLaGana.

El problema real: estoy excitada. Nivel ojalá me toque la lotería y también la rubia esta. No me sale una idea sensata. ¿Pero qué

hago? ¿Me hago la chula y me largo con mi orgullo barato y mis uñas recién hechas, o me tiro a la piscina y que decida la diosa de las bolleras? Me da vergüenza admitirlo, pero el cuerpo me pide guerra.

Nat me empuja contra la pared, brusca y sexi.

Me pega un subidón de adrenalina.

No me besa, me mete mano directamente.

Y yo no me extraño. Vamos a ver, con algunas clientas yo tengo que currarme el papel de sargento. Otras ni se atreven a levantarme la voz sin pedir cita en el Google Calendar. Pero siempre es eso: curro, teatro, yo suelo dirigir la orquesta con batuta de acrílico. Aquí, ni de coña. Aquí la orquesta la dirige ella, y yo estoy feliz y mojadísima.

Me da la vuelta, me agarra las muñecas con una mano. Con la otra me recorre sin prisa y sin pedir permiso. Me sube la falda y en un tirón me deja medio desvestida y sin margen para hacerme la lista. Me entra el aire entre las piernas y me sale un suspiro que no controlo. Me imagino que soy la prota de un *thriller* erótico dirigido por Almodóvar en sus años gamberros.

No digo nada. Bastante tengo con no doblarme. Los nervios me zumban, el pulso en la boca, piernas flojas. Intento pensar en Hacienda para cortar el rollo y no me sale.

Sus dedos llegan ahí, donde todo se enciende. Tiene una mano que da respeto. Mezcla firmeza con mimo. Tres segundos y me pierdo. Norte, sur, todo puesto en modo avión. Qué arte. Esto debería salir en la guía de recursos del ayuntamiento: taller intensivo de dejar de hacerse la dura con rubias peligrosas.

—Te gusta, eh, preciosa —me sopla en la oreja y, *zas*, frena. Manos fuera. Se aparta un pelo y me deja con las piernas fallando y la cara de mosquita atolondrada.

Me giro buscándola, toda ansiosa, modo perrita. Lo único que quiero es su boca, pero la lista me esquiva, se mueve con una sonrisa de esas que dicen «hoy no, mañana sí, si te portas bien».

—Te avisé de que ibas a suplicar, guapa. —Su tonito se me mete bajo la piel. Me entran ganas de dos cosas: darle un guantazo o suplicar como ella quiere. En mi cabeza ya la tengo esposada con

cordones del chándal y muteada. En la vida real, cero valentía, solo hambre.

Me mosqueo, me recoloco la falda a lo torero. Le lanzo mirada de reina del *after* con pintalabios torcido.

—No me llames guapa, ¿vale? Soy Alaska, para lo bueno y para lo drama. Y no te voy a suplicar nada —le digo con tonillo de diva macarra, aunque estoy a un micro suspiro de tirarme a sus pies, pero antes me arranco la lengua que darle ese gusto.

Ella se parte, literal, la tía se apoya en la pared con una sonrisa de «te va a faltar aire, tonta», y yo hago el paripé de cruzar los brazos, controladísimo todo.

—Oh, perdón, Alaska —dice mi nombre saboreándolo a sorbitos, la muy idiota—. Pero si sigues así de chula, me va a costar no vacilarte.

Yo me subo las bragas: dobladas, torcidas y sin vergüenza ninguna. La miro de arriba abajo, cara de cabreo nivel bizca, pero ni cuela. Si se me pudiera ver el antojo en la frente, brillaría en neón.

—No te vengas arriba —le espeto. Cruzo de nuevo los brazos, con puchero incluido.

Nat avanza. Caminito lento. Me vuelve a encerrar, pero no me toca; se planta a un pelo de mi boca y ese perfume suyo me da vueltas en la cabeza y un par de ideas muy ilegales en la entrepierna.

—¿Ni un poquito vas a suplicarme? —Me roza la oreja, voz bajita, reprogramación forzada—. Tragarte el orgullo te va a flipar, bonita.

Le aguanto la mirada. Esos ojos dicen «ven aquí y olvida hasta tu contraseña del banco». Mis neuronas salen corriendo.

—No me da la gana —le suelto con la voz muerta, porque me tiembla la mandíbula.

Y mira tú por dónde, ella se parte, pero bajito, cada risita es una palmadita en mis ganas de mandar.

Me sujeta la barbilla. Ni fuerte ni blando. Lo justo para obligarme a mirar. Mis rodillas ya firmaron la rendición hace rato.

—Me encanta lo terca que eres. Tranquila, acabarás pidiéndomelo. —Me roza la boca sin beso—. Cada vez que entres aquí te voy a venir a la cabeza.

Yo, por dentro, llevo media hora suplicando y encima me hace gracia el teatro este que se trae. Por fuera, quieta. Casi no respiro, el deseo me descoloca. Jamás pensé que se podía odiar y querer morder a alguien a la vez. Saco pecho y pongo mi mejor cara de estatua, pero me derrito.

—¿Sabes qué? —Mentón arriba, teatrillo *deluxe*—. Yo no suplico ni aunque repartan orgasmos a domicilio. Si quieres algo de mí, te toca currártelo, rubia del demonio, que yo no doy premios por la cara.

Surrealismo puro, amiga. Yo, que reparto el sexo como si fueran *flyers*, ahora mismo me siento una novata.

La rubia se enciende. Cree que ha ganado el pase VIP para dejarme de rodillas. Da un paso y me pega a la pared. Se nota que puede. Y que le apetece.

—¿No suplicas, eh? —me ronronea, sonrisa torcida—. Ni estando tan mojada que haríamos charco.

—Tampoco eres para tanto —digo, pero claro, mi voz suena más a gemido que a amenaza.

Ella se ríe y me acaricia la cara interna del muslo, despacito. Cada vez que me roza, me atraviesa una descarga. Y yo, en serio, cada centímetro que sube la mano es un centímetro menos de Alaska luchadora y más de Alaska «vale, hazme lo que quieras».

—Tú aguanta la pose, en un rato me pedirás cosas bonitas.

Mantengo el tipo cinco segundos. Diez. Quince. El cerebro ya nada en mis propios fluidos y mi plan de tía dura se va a la basura. Cedo.

—Joder, rubia… Hazlo, pero YA.

Se le estira la sonrisa, rollo «ya he ganado antes de empezar». Levanta la ceja, muy jefa.

—¿Eso es suplicar? Y yo pensando que sabías rogar con gracia.

Eh, que tengo la falda donde ya ni protege y las bragas dándome guerra. Mi cerebro intenta sacar pancarta de «No más humillaciones en directo», pero los bajos me gritan que nos flipa este rollo desde siempre.

—¿Y si en vez de suplicar te subo la apuesta? —me sale chula, aunque la voz me traiciona y se me mezcla con la respiración, que parece que he subido veinte pisos.

Nat se ríe, pero risa de «ya te tengo, guapa». Me gira de un manotazo, me arrincona y me sopla en la oreja que le va a encantar oírme pedirle las cosas bien, que doy pinta de hacerlo y que suene fino. Y yo pensando que yo vengo del sexo normalito a pesar de todo, del de tocar, desvestir y ya, sin cuerditas ni manual de instrucciones con prólogo de París. Y mírame, jugando a perra doméstica con esta señora que tiene aura de ponerme collar con chapita.

Vale, suelto el freno. Igual toca aceptar el caos, firmar el papelito y ver qué pasa. Total, en el peor de los casos acabo con la voz rota diciendo que un poquito más, porfa.

Intento el rescate de mi ego, me despego un pelo y me hago la jefa.

—Paso de teatrillos. Si quieres algo, currátelo.

Pero la muy perra se limita a sonreír, me talla con la mirada y me da vergüenza real. Me suelta un pellizco en el culo para dejarme claro de quién es la última palabra. Salto y ella aprovecha para apretarme contra la pared más fuerte.

Me cago en todo.

Me suelta y, en vez de hablar, solo me hace un gesto con la cabeza, como diciendo «vamos», y yo, sin tener claro si subo a mi casa o a mi perdición, la sigo subiendo escalones como una idiota, rezando porque no se note que me tiemblan hasta las pestañas.

En cuanto cruzamos la puerta, nos topamos con Vega, que pone cara de pocos amigos. Nat, con su altura y su porte de mando, la examina.

—Vega, ella es Nat. Nat, ella es mi hermana, Vega.

Nat asiente con la cabeza, con esa sonrisa de «claro, la hermana», y Vega me lanza la mirada triple salto: qué haces, por qué está aquí, por qué me haces señas raras. Mi mente abre el editor de excusas, me ofrece tres *presets* y le doy al primero.

—Nat es amiga. Se queda un rato. Directo de última hora.

Vega me mira con los ojos desorbitados. Y yo, que paso de explicaciones largas pero la conozco y no quiero dramas antes de mojar (literal), le lanzo la tarjeta resumen:

—Verás, la rubia aquí presente es detective. Me ha estado siguiendo porque se creía que yo (o tú, sorpresa) éramos alguien que buscaba para su culebrón privado. En fin, un error, ya hemos aclarado el cuadro.

El cuento le suena a chino, remato con lo que importa, al grano.

—Y ahora, Nat va a quedarse un rato. En mi habitación.

Ella se queda con la boca abierta, que parece que va a empezar a hacer gárgaras de palabras y no le sale ninguna. Para evitar charlas de madre plasta, le clavo una mirada y un gesto de «no te líes, reina, que la vida es corta y mis ganas largas». En lenguaje de gemelas, eso se traduce a «me voy a follar a esta tía, cierra el pico».

—¿Pero tú estás gilipollas? —Me coge del brazo, me aparta un poco y me suelta de golpe, bajito pero con volumen de drama—. ¿Y si la tía es una psicópata? ¿Y si te roba el portátil? ¿Y si nos mete en vete tú a saber qué? —Y venga, que le da por apretarme el brazo con esa fuerza de chihuahua nervioso.

—Es una tía con la que voy a follar, Vega —le digo, cortando la discusión—. Estoy cachonda, me apetece y punto. Así que, por favor, vete a dar una vuelta y déjanos un rato a solas.

Sé que Vega tiene ganas de darme una charla de media hora, pero al final traga, coge la chaqueta y las llaves, y se va con un «ten cuidado» que me entra por un oído y me enciende por el otro.

Yo me giro a Nat, que sigue ahí con cara de torneo ganado, y pienso que la vida ahora mismo es esto: un portal, una rubia peligrosa, mi hermana huyendo para no ver nada y yo a dos pasos de una mala decisión con pinta de recuerdo favorito.

Capítulo 7

Entramos en mi habitación y menos mal que está decente. Es amplia, con una ventana enorme que da a la calle y que, por motivos obvios, me apresuro a tapar bajando la persiana. Hay una alfombra peluda, un par de pósteres enmarcados que me encantan (uno de Bowie y otro de *Scarface*) y una planta que lleva muerta desde el año pasado, pero que sigo regando por si resucita.

La cama, milagrosamente, está hecha. Ni un calcetín huérfano a la vista, ni bragas en la lámpara ni nada vergonzoso. Hasta las sábanas hacen juego. Para ser yo, esto es nivel visita de la suegra.

—Bonita habitación —dice ella.

Yo me quedo apoyada en la puerta mientras ella pasea la mirada por el cuarto. Me aliso el vestido por undécima vez, me rebano el flequillo con la mano como si de verdad lo llevara peinado y pongo mi mejor cara de «esto es totalmente rutinario, paso noches enteras trayendo rubias peligrosas a mi guarida». Fíjate tú.

Entonces Nat se quita la chaqueta. Debajo lleva una camiseta de manga corta, blanca, pegadita, y ahí me doy cuenta de que lo de fuerte no era solo actitud: los brazos le marcan hasta los tendones.

Mamma mía, qué menú degustación de trauma y proteína. Intento decidir si esto va a salir en mi currículum o en mi esquela. Me tiene entre acojonada y caliente, un combo explosivo que ya es marca de la casa con esta señora: miedo, morbo y ganas de gritar «socorro» y «hazlo ya» al mismo tiempo. El corazón, por cierto, me va tan a empujones que casi se me sale por la boca, pero el cuerpo no me responde.

—¿Te mola mirar, Alaska? —dice con esa voz grave diseñada por Dios para empapar bragas—. ¿O lo tuyo es que te miren a ti?

Se me queda la garganta tan seca que si escupo hago polvo, pero yo, en modo diva del cine mudo, le planto una sonrisilla que es puro postureo. En mi cabeza le lanzo un discurso supersexi en francés, en

la vida real, pues eso, me quedo embobada, con medio cerebro planeando mi funeral de la vergüenza y el otro medio gritándole que dé un paso más, que total ya estoy perdida.

—Te estás poniendo nerviosa —arrastra la voz, peligrosísima—. ¿Qué te da más miedo, lo que quieres hacer o lo mucho que te va a molar en cuanto te sueltes?

Yo me regalo el premio a la dura del barrio.

—Qué va, no me acojona nada.

Mentira. Por dentro tengo a una virgen procesionando por mis trompas con un rosario tamaño XL.

Se coloca detrás. Me cierra la cintura con esos brazos de hacer flexiones por *hobby*, pega su calor, su olor, su fuerza y otra cosa que mejor no detallo si quiero conservar un poco de misterio. Me suelta al oído un hilo de voz que me eriza entera y me dispara los pezones.

—Estoy divina.

—¿Seguro? Porque a mí me parece que estás atacada, Alaska.

Y ahí, con su aliento en mi cuello, me doy cuenta de que estoy tan cachonda que hasta me da vergüenza.

—No estoy nerviosa —miento, aunque mi voz suena floja—. Solo estoy… expectante.

Pero ella, ni caso. Se ríe bajito, porque sabe que si me aprieta un poco más empiezo a maullar. Me gira con un gesto y *zas*, de frente al espejo. Alta definición de mi cara de vicio. Me veo y me quiero regañar, pero también me miro con interés, que una es crítica y fan a la vez.

—Alaska —me susurra, y ese saludo me recorre la columna—. ¿Quieres ver cómo te desnudo?

Spoiler: quiero. Pero no contesto. Y sin que pueda reaccionar, la tía muta a maga gitana: un botón, dos botones, tres… Me deja en ropa interior, que por fortuna hoy es del *pack* «me lo creo» y no de las braguitas de algodón con estampado de aguacate y compresa XL. Que si llego a venir en modo braga vieja, te juro que simulo infarto y me tiro por la ventana antes de que llegue la acción.

Me estudia en el espejo con una sonrisa lenta, segura, mandona.

—Mírate bien. Esto te gusta y te lo estás negando por deporte.

—Me niego nada, estoy gestionando —largo muy seria—. Hay un comité en mi cabeza y están votando, escrutinio lento.

—Pues dile al comité que hoy hay sesión doble —susurra ella, pegada—. Tú decides si en palco o en general.

Venga, *striptease* emocional frente al espejo, no doy crédito: despelotada y graduada ya en la asignatura de «cachonda de récord histórico». De verdad te lo digo, nunca me había sentido tan a mil que casi salgo propulsada por la ventana, directa al telediario de sucesos: «Joven local explota de puro gustito, vecinos aplauden».

Tengo las tetas duras, la piel caliente, el coño mojado. Respiro alto. Me entra risa nerviosa, ganas de esconder la cara. Quiero arrancarle la camiseta con los dientes y pedirle pared. Pero solo estiro el cuello y me muerdo el labio.

—Te estás poniendo golfa —dice, y me agarra de la cintura.

—Tú me estás poniendo golfa.

Me acaricia el vientre, baja a la cadera, juega en el borde de la braga. Me tiembla el cuerpo. Ahora igual me tira al suelo, me abre las piernas y me deja sin habla. Pero joder, todavía no. Solo aprieta, desliza un dedo por el elástico y lo suelta, con mala idea. El sonido me pone más.

—Quítate el sujetador —ordena suave.

Obedezco sin hablar. Tirita fuera. Teta fuera. Sus ojos ahí, fijos. Se me escapa un *ay*, bajito. Mano suya, piel mía. Me roza el pezón y gimo.

Total, que sí, claro que he estado a punto de incendiarme con otras, pero esto es diferente. Mi cuerpo se ha transformado en una zona erógena gigante. Y mientras Nat me baja las bragas a cámara lenta, yo pienso que ojalá todo hubiera sido así de BESTIA siempre.

—¿Te mola esto, Alaska? —me lanza al oído mientras me desliza el dedo por la entrepierna.

La clavo en el espejo, me vibra todo, me quedo sin aire y con un hilo de orgullo que se va a la basura en tres, dos, uno.

—Joder, tía… —me sale una vocecita que no me representa, versión niña buena pidiendo turno.

Ella se ríe a boca llena, feliz con el mando en la mano y yo en modo juguete. Me roza, me acaricia y nada de meter dedos en serio

ni bajar la boca. Va lenta, lenta. Casi le quito la mano y me la meto yo, directo al lío, pero me aguanto temblando porque me sé la teoría del misterio y además me va la marcha.

Me tiene con el clítoris ardiendo y la respiración en la nuca. Me tortura con suavidad y empiezo a mosquearme porque no se lanza, solo sigue con el jueguecito, muy artista ella.

—Joder, rubia, ¿vamos a follar o vas a dejarme colgada aquí, como a los jamones? —suelto seca, temblorosa.

Ella ni despeinada. Me pasea la yema y me hace el quite, toreíto sutil, y yo con ganas de soplarle para que se caiga y a la vez pedirle perdón por existir.

—Tranquila, Alaska.

La muy cabrona se ríe de mi urgencia, una clase práctica de desesperación lésbica. A mí lo único que me sale es el grito:

—¡Joder, rubia, fóllame de una vez, hostia!

Y ella, nada, con esa sonrisilla maquiavélica, me sigue torturando despacito mientras se acerca a mi oreja y me susurra con esa voz baja que me deja la piel encendida:

—¿Suplicando, Alaska? ¿Ya no te haces la dura?

Y claro, yo en este momento ya no valgo ni para fingir. Doy todas las señales de emergencia y me rindo sin condiciones:

—Sí. Ya. Por favor. —Me escucho y me quiero meter debajo de la cama—. Manda hasta que yo diga basta.

Sonrío por dentro y por fuera, cara resbalando a felicidad y deseo, y admito que si hay cielo, lo tengo en este cuarto con una rubia que huele a lío caro y a vodka cortito de hielo.

Nat se separa un pelín, me mira en el espejo con su sonrisilla de «esta partida era mía desde el minuto uno».

—¿Te queda clara la lección o lo escribimos cien veces?

Se me calienta la sangre, pero no en plan sexi, en plan «te reviento el ego con la chancla». Aun así no me muevo ni medio centímetro, pegada a este teatro de humillación consentida que me da la risa y la vida.

—Uy, qué simpática —le lanzo, entre elegante y payasa, que ese papel se me da perfecto—. ¿Ahora toca el postureo misterioso? ¿Te crees que puedes tenerme así y ya está?

Ella es la que se aparta. Cruza los brazos, mirada de suficiencia que pide maceta voladora.

Yo saco mi última bala:

—Venga, bésame. Y suéltate tú también, joder, que yo no he venido a verte dar clase.

Nat se arrima lo justo. Me llega su aliento, huele a perder la cabeza.

—Si quieres algo, pídelo bien.

Me deja el ego por los suelos y las bragas haciendo huelga de brazos caídos. Aun así me aferro al rol de rebelde por puro vicio.

—Pues no me da la gana —le planto, imitándole el tonito, aunque me tiembla más la voz que el pulso.

Ella se ríe bajito y me habla medio divertida.

—¿No te da la gana, Alaska? —dice, ronca, y me roza los pezones con un dedo lento.

Me hago la fuerte, pero para discutir tendría que tener sangre en el cerebro y, ahora mismo, ocupa otros órganos más… necesitados.

—¡Joder, rubia, venga va! —chillo ya fuera de órbita.

Se me pega, brazos en mi cintura, presión rica, voz al oído que me recorre hasta el dedo gordo del pie:

—¿Vas a hacer lo que yo diga, Alaska?

Y yo, que ya no puedo más, me rindo.

—Sí, joder, vale —grito, con la voz rota, mientras ella me muerde el cuello, suave, pero con intensidad.

Me lleva a la cama de la manita. Se coloca encima de mí, besos y caricias y yo en modo experimento sociológico: todo dejarme hacer, ni una queja, ni una neurona en pie.

Tan valiente me pongo que hasta dejo que me coja las manos. Me las cruza sobre la cabeza y se saca el cinturón del pantalón. Me entra un ataque de sentido común de esos tardíos:

—Eh, eh, eh, ¿te crees que soy una de tus aprendices o qué? Que yo de fiarme, poquito, ¿eh?

La tía se parte y me da la risa también, porque estoy haciendo el teatrillo de «me resisto pero me pone» y se me nota hasta en la frente.

—Alaska, si quisiera hacerte daño, no necesitaría un cinturón. Esto va de que lo pases bien. Confía. Ya sé que no me conoces, por eso mismo te lo digo.

Es verdad y hasta me hace gracia. Qué básica soy. Pero nada, que aún me hago la dura:

—Pues que quede claro que si me dejas aquí colgada, te denuncio en Instagram y en comisaría. Que soy muy pesada si me pongo, ¿eh?

Nat baja la cabeza, me mira a los ojos y se pone seria, pero de esa seriedad que te deja sin respiración.

—No te voy a dejar tirada, bonita. Llevo con esto en la cabeza desde la gala. Tienes un cuerpo y una mala leche que me pone, esos ojos de gata me tienen pillada. Eres muy mona, Alaska. Voy a comerte entera y luego vemos si te queda energía para seguir haciéndote la chula.

A mí se me sube el guapo, la autoestima y hasta el insomnio. Se me encienden las ganas, suelto brazo, modo peluche, y le pongo la cara de haz lo tuyo, bruja, te he visto y me entrego.

—Venga, ¿qué te crees, que soy cobarde?

Ella triunfa. Sonríe de medio lado, y yo me dejo atar, porque por una vez, sí, confío en que esta locura va a salir bien. O al menos, va a ser muy, muy divertida.

Capítulo 8

El cinturón no corta la circulación ni está flojo; lo justo para tener las muñecas quietas y no querer soltarlas. Me entra la risa tonta y me dan ganas de pedir silencio a mi propia cabeza. ¿En qué momento me ha dado la vida esta jugada? Que yo esto no me lo dejo hacer ni por dinero y, mírame, aquí ando, posando. Y sí, obedecer me activa un recuerdo antiguo que no me hace gracia y aun así me excita. Yo me entiendo, mi psicóloga también, que para algo cobra.

Nat se sube encima a lo amazona versión porno y me mira con hambre. Me pasa la mano por la tripa, lenta, y me suelta al oído:

—Separa las piernas. Lo que quieres es quedarte temblando.

—Qué pesada eres —le digo con voz de niña buena que no me sale natural—. Y sí.

La odio un poco porque acierta y porque encima me lo suelta con ese tono. Me muerdo el labio, casual, pero lo que quiero es morderle un dedo para ver si reacciona. Me sigue tocando; las uñas rascan suave y yo arqueo la espalda sin vergüenza. Baja hasta el pubis y ahí ya mi cerebro se va, se muda. Me besa el cuello y recorre el hombro. Cuando se acerca al escote, yo ya estoy soltando gritos, suspiros y, seguramente, mi número de la Seguridad Social, porque se me olvida todo menos su nombre. Me juro en silencio que sobreactuar no, que suplicar ni muerta, pero hija, me conozco: en dos minutos le canto una saeta si me lo pide.

Cada dos por tres me sujeta la cara con una mano, me obliga a abrir los ojos —que yo quería seguir en el nirvana, pero vale, reina —, me hace levantar los párpados a la fuerza para que la mire bien. Quiere foco total en su cara, la muy pesada.

Me pega un bocado en el lóbulo y me sopla al oído, pegadita:

—Mírame. Ojos abiertos. Te pone obedecer cuando lo digo yo.

—Tú no sabes nada —resoplo y me río—. Vale, sí sabes.

Entre cada roce y cada burrada que me suelta, pierdo la vergüenza y el control. Ella marca el ritmo, yo voy atrás sin pelear, que me viene bien dejar de decidir. Me acaricia la cara, baja por el cuello, me lame la clavícula y se me eriza todo el cuerpo que no sabe disimular. Me besa el pecho, me aprieta la cintura, me provoca cada nervio.

Pam, palmada en el muslo. Fuerte. Me levanta las piernas, otra en el culo. Más fuerte.

Yo suelto una queja muy teatrera:

—Tía, oye, que tengo piel.

—Tienes culo de anuncio. —Me guiña—. Y lo quiero rojo.

Me vuelve a besar el pecho, juega con mis pezones sin prisa y sin vergüenza, me los lame, me los pellizca, se detiene, retoma, repite porque le da la gana y porque puede. Y sí, esto de ceder me remueve cosas y a la vez me arregla cosas. Asiento, que para una vez que no llevo el volante me siento rara y feliz.

No sé ni dónde estoy, ni qué hora es, ni si esto es real o me he quedado dormida viendo porno de autor. Solo sé que tengo las manos atadas, las mejillas ardiendo, el ego por los suelos y el cuerpo en llamas. Y que si esto es perder el control… pues que me quiten lo bailado.

Ella no para ni para echarse aire, vamos. Da hasta rabia verla tan a gusto en su papel de ama del universo. Me come el cuello medio mordiéndome, me da lametones en la oreja y yo voy tragando saliva, intentando no soltar un chillidito ridículo que, como lo oiga la vecina, igual me trae un botellín para animarme desde el patio.

Me frota el clítoris con los nudillos, despacio al principio, en círculos cada vez más cortos. Se me escapa un *ay* y ella me mira, feliz de la vida.

—Eso —susurra—. Dame esa cara. No te tapes.

—No me tapo —miento.

La tía es una *crack*, te lo juro. Sabe exactamente por dónde pasar la uña (¿habrá hecho curso?). Luego me aprieta la cadera con esa mano de mujer que podría partir nueces y, si me pongo tonta, hasta sandías. Detalle que, por cierto, pienso contarle a mis nietos, si alguna vez salgo viva de este polvo con efectos secundarios.

Me pellizca el pezón y se lo mete en la boca, rollito degustación, y yo ya no sé si pedir que siga o invitarla a empadronarse conmigo. Su mano baja, lenta, le mola verme sufrir. Si tuviera un botón de pausa en la entrepierna, te juro que le daba. Pero claro, nada de pausa, que va: me encuentra como dos niveles más allá de empapada y sonríe. En ese momento me mete dos dedos y empuja dentro y afuera, me tantea el punto. Me muerdo el labio y me tiembla el abdomen. Ella hunde la otra mano en mi pelo y me inmoviliza la cabeza contra la almohada.

—Al techo no —me ordena—. A mí. Aquí.

—Aquí —repito, obediente y fatal.

—Siéntate —me dice desatándome.

Me da otra palmada en el culo, corta y seca, y yo pongo cara de indignada de barrio:

—Eso duele.

—Luego me das las gracias. —Me sonríe—. Calladita y abierta —dice, y yo me río con tos.

Abro. Ella baja la boca, me lame el pezón, me muerde un poquito, me sopla aire caliente. Yo agarro la sábana con las dos manos para no arañarle la espalda. Me puede el ansia y le tiro de la nuca.

—Más, joder.

—Pídelo bonito.

—Hazme tuya —me sale sin filtro.

Me empuja hasta que nos vemos otra vez en el espejo. Yo obedezco, porque total, ya he perdido y algo hay que ver. Y joder, vaya careto. Colorada, boquita abierta, ojitos de cordero desubicado y el pelo como si me hubieran electrocutado en directo.

Y encima me entra la risa, porque no sé si soy sexi o un cuadro cubista. A ella eso le pone, porque sonríe más.

Se sienta sobre mi cadera y empieza a moverse despacio, frotándose conmigo, marcando su ritmo. Me pone la palma en la garganta, aprieta un poco, guapa y dueña.

Me quedo quieta y dejo que pase. Cosas de confiar y de soltar el drama.

—Respira conmigo —dice—. Cuenta.

—Uno —jadeo—, dos…

—Tres —termina ella—. Eso es.

Se levanta un poco y me mete otro dedo. Tres en total. Me abre desde dentro y me deja en trance. Los tira hacia arriba y casi me pongo a gritar, pero me aguanto en un sonido raro, muy mío.

—Dilo —me pide—. ¿Te gusta?

—Sí.

—Más claro.

—Me encanta. No pares. No pares, no pares.

Se me escapa un gemido del alma, fuerte, vergonzoso. El calor me sube: barriga, pecho, cuello, cara. Y Nat ni un respiro. Ni una rebaja en el ritmo. Cero compasión; puro vicio y control.

Me aparta el pelo de la cara, me da un beso corto y luego un mordisco en el labio inferior. Casi me corro ahí mismo. Me aguanto tirando de su cadera hacia mí. Me moja con su boca bajando por la tripa y se queda sobre mí, respirándome en el pubis, sin tocar todavía. Me tiene a puntito y se ríe bajito.

—Di por favor —susurra.

—Por favor.

—Otra.

—Por favor. Por favor. Por favor ya.

—Así sí.

Me chupa el clítoris. Directo, sin rodeos. La lengua me hace vibrar entera, me marca la velocidad mientras sus dedos dentro no aflojan. Yo respiro mal. Las piernas me tiemblan y le aprieto la cabeza sin medir. Ella gruñe, le pone aún más ganas, me toma el ritmo y me lleva.

Me susurra con voz de secreto de confesionario lésbico:

—Córrete, Alaska. Venga. Déjate.

Y yo, que muy digna y todo, pero aquí la resistencia no la he traído conmigo hoy, me pierdo. *Boom*, Tierra, Plutón y toda la banda del Sistema Solar: me estallo por dentro, veo lucecitas y me convierto en el líquido elemento. Me desarmo, me deshago y renazco, edición limitada y temblona. El orgasmo me sube a golpes, me corta la voz y me dobla la espalda. Grito su nombre y una palabra fea seguida de otra peor. Ella no para hasta que me

estremezco entera y luego sigue un poco más, cruel y dulce, solo para que me ría entre lágrimas.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí. Mejor que bien.

—Te asustaste un segundo con la garganta.

—Sí —admito jadeando—. Tengo historial. Hoy me vino bien. Un día te cuento, o no.

Joder, si tuviera huesos saldrían rodando por el suelo. Intento mirarla y apenas veo: la tía está con toda la ropa puesta menos los pantalones. Yo, en pelotas por fuera y, para colmo, en bolas sentimentales por dentro. En mi fantasía ella empieza un *striptease* tipo Britney Spears, con ventilador, confeti y yo de público gritándole «brava, brava», pero la realidad es que ni un calcetín se remanga, la muy bruja.

—Nat, tía, ¿por qué no te has quitado ni la ropa? —logro balbucear, que ni de protesta cuela—. ¿Tanto misterio, para qué?

La muy zorra lleva puesta esa sonrisa de «te tengo cogida por las ganas y lo sabes», y me suelta al oído:

—¿Quieres verme desnuda, Alaska? —La voz bajita, ronca, adictiva.

Ya me veo desnudándola, mientras le acaricio el alma y le susurro poesía… Pero qué poesía ni qué niño muerto: intento tocarla y ella se aparta toda juguetona.

Se saca las bragas, se quita la camiseta y el sujetador con una sola mano, me lo tira a la cara y se sienta en mi boca. Me agarra del pelo y me muestra su ritmo, firme, sabiendo lo que quiere. Yo la lamo sin vergüenza, directo al clítoris, con lengua plana, con presión. Ella gime, me aprieta contra su centro, me moja la barbilla, el cuello. Me pide más.

—Dentro —dice—. Dos dedos. Lento.

Obedezco. Entra tibia, apretada, deliciosa. La siento apretarme los dedos con cada vaivén. Le succiono el clítoris, le trago los gemidos. Se deshace sobre mí, me salpica las manos, me agarra la cabeza con fuerza y se deja ir con un quejido que me taladra.

Cae a un lado y nos reímos, sudadas y felices. Me acaricia el muslo, traza líneas sin prisa.

—Qué bien te portas cuando quieres —me cuchichea.

Sin hablar más, me tumba de espaldas a ella, reina de la sumisión *random*, y de nuevo me mete los dedos, despacio, cuidadosa, y yo ahí, desafinando a gemidos. Me dejo hacer porque sí, porque a veces una quiere olvidarse de llevar los mandos.

Me gira con un movimiento limpio, quedo panza arriba, y *zas*, pellizco en el pezón, directo, fuerte, cero aviso. Grito. Me sale de verdad, del susto y del dolor. Intento apartar su mano, pero me bloquea, seria.

—Shhh, tranquila, Alaska. Aguanta un poquito, que te va a flipar.

Te va a flipar, dice, pero qué casualidad: a la que le flipa es a ella. Y en vez de parar, la muy lista se pone a masajearme suave, me los chupa y no te voy a mentir, no quiero que pare.

Entonces, otra vez: pellizco nivel «nunca pensé que mi umbral del dolor fuera tan flexible». Me sale otro grito más honesto todavía.

—¡Tía, ¿qué haces?!

Ella sonríe, más profesional que yo en el placer ajeno, y me dice bajito, enrollándose en el papel de sexóloga de consultorio pirata:

—Esto es *nipple play*, cariño. Así, con denominación anglosajona para que suene fino.

Me suelta la teoría: el placer, el dolor, la frontera es fina y tal, pero la práctica me la está dando en tiempo real. Y oye, que algo de razón tiene, la maldita: entre el dolor y el placer, acabo confundida.

Me mira un segundo, muy cerca, con esa calma que desconcierta, y me suelta:

—Relaja los hombros. Respira conmigo. Si algo no va, me lo dices.

Y yo, que soy muy chula para el salseo y muy blandita para lo íntimo, le digo que sí con la cabeza y suelto una carcajada nerviosa, porque entregarme a ella me da vértigo y me excita, menuda mezcla.

Me pierdo en ese ir y venir, que si masaje, que si bocado, que si grito, que si suplico, ella no descansa. Cada vez que me deja tomar aire, vuelve a empezar. Al cabo de no sé cuánto, mi cuerpo es un revoltijo de sudor y baba. Y cuando ya no puedo más, ni correrme más veces, saca la sonrisita de villana, se levanta, se pone la ropa.

—Encantada, Alaska. Repetimos cuando quieras. La próxima vienes domadita desde el principio, ¿vale? —me dice toda chula.

La muy lista coge mi móvil, me lo planta en la cara para desbloquearlo, mete su número y deja un único contacto nuevo con un emoji que no pienso describir. Me da un toquecito en la nariz y se va. Así, sin beso de postre ni mirada dulce, puerta, pasillo, adiós.

La veo salir y me monto la película de que vuelve corriendo, se me tira encima y me planta un beso que me resucita media adolescencia. La realidad no coopera. Me quedo temblando, con su número en el móvil, el cuarto oliendo a victoria ajena y yo sonriente, derrotada y feliz.

Y digo yo, menuda forma gloriosa de perder el control y enterarme de algo que ya sospechaba: la rubia juega en primera y hoy la copa se la lleva ella.

Capítulo 9

No llevo ni dos minutos pegada a la cama, medio viva, medio en pausa, con el cuerpo reventado y la cabeza haciendo ruido, juraría que voy a caer redonda y mañana solo me levantan con café en vena y dos palmadas bien dadas, cuando *zas*, puerta abierta y aparece Vega con esa risilla de hiena en rehabilitación y una preocupación que en ella solo sale en días de tormenta ajena, o sea, los míos. Se planta en el marco, brazos cruzados y cara de haberlo oído todo. Me entran ganas de lanzarle la almohada, pero ni para rascarme una legaña tengo fuelle.

—¿Qué haces aquí? Mírate, llevas cara de saber secretos delictivos.

—¿Yo? Aquí, cuidándote, no te jode. ¿Tú crees que te iba a dejar a solas con la rubia esa, que tiene pinta de guardarte en bolsas de congelados si parpadeas? He estado al otro lado de la puerta, por si había que entrar en misión rescate.

—¿Me has estado espiando? —gruño, y me tapo el culo con la sábana, que total, después del festival auditivo que le he regalado, ya da lo mismo.

—Espiar, dice. Pro-te-gien-do. Esto se llama protocolo de emergencia: monitorizar, evaluar y marcar 112 si se huele tragedia. Ha habido un momento en que pensé que la rubia te estaba troceando. Luego he entendido que lo tuyo era rendimiento. Eres una *rockstar*, Alaska. Menudo torrente.

Me hundo bajo la almohada, con ganas de apagar el día, pero solo hay plumas, sudor y vergüenza.

—Vega, vete a la mierda.

—A la mierda dice. Las gracias me debes. Me has regalado un culebrón de tres capítulos, intermedios y todo. Esto va directo a mi carpeta de traumas compartidos.

Me sale una risa tonta que me afloja hasta la vergüenza. Vega es la única persona a la que le contaría la peor cosa y aún me pediría detalles.

—No vuelvo a traer a nadie a casa. Jamás. Esto se convierte en convento. Lo juro por mi almohada.

—Sí, sí, ya. Te dura el voto hasta el martes. Dúchate con agua fría y luego hablamos. —Me guiña—. Por cierto, ¿le pediste el número? Si vas a repetir, yo reservo Airbnb en Cuenca.

En cuanto Vega sale haciendo teatro y tirando consejos por el pasillo, yo me dejo caer y desaparezco en un sueño negro, profundo, sin notificaciones. Si ahora entra un meteorito, yo ni me entero. Mi cerebro, en cambio, decide programar un pase privado de sueños guarros.

Yo, estrella indiscutible, aparezco en una habitación con luces bajas, velas por todas partes y una cama enorme, exagerada, pensada para lesbianas estresadas con hambre atrasada.

La rubia entra con traje de cuero, pelo reluciente de ricachona y esa mirada mitad «te follo», mitad «te robo el DNI». Debería salir corriendo, pero mis piernas me venden y me dejan a tiro en sus brazos.

Arrancamos un baile lento, de esos que en realidad son excusa para respirar cerca. Ella me suelta guarradas nivel experto, voz baja, pausada, muy de no te voy a soltar hoy. Yo roja, intentando mantener la compostura, haciendo ver que controlo el temario.

Y cuando el calor ya está a pleno rendimiento, me besa con intención seria, cero baboseo. Me empotra contra la pared, me mira con intensidad, todo en modo sueño guarro sin cortes. Le cedo el mando sin protestar. Me arrastra a la cama y el aire se me escapa, intento decir algo y solo me sale un *ay* que ni yo reconozco. Me suelta burradas en la oreja y yo asiento con la cara ardiendo y una necesidad muy clara de repetir hasta que se acabe la noche.

En plena faena, la habitación se llena de gemidos y risas, y yo me lo paso de escándalo. Nada de ñoñadas. La cosa va tan bien que el sueño se alarga sin fin: sexo bien, placer a la carta, cero traumas. Hasta que mi ansiedad me despierta de golpe.

Despierto sudando, con la sábana pegada y el pulso disparado. Aun así, sonrío. Menuda noche.

No me contengo: abro su WhatsApp en cuanto despierto y *zas*, la rubia en modo *selfie* responsable. Nada de pose de *femme fatale* o de enseñar cacha con filtro de «recién follada», no, aquí la señora va con un perro de aguas y una sonrisita sin sensualidad premeditada, ninguna pista de su potencial para el crimen o el sado: solo ella, tan normal, que la cabrona hasta da rabia de natural.

Analizo la foto al detalle, Alaska en versión bollera compulsiva. Me fijo en todo: ese pelo rubio de anuncio (¿será natural o se lo teñirá con agua oxigenada de Mercadona?), los ojazos que me miran como si supieran que ya estoy planchando ropa para otra cita.

Está guapísima, pero no de portada de revista con Photoshop, sino en «me he puesto lo primero que he pillado, pero sigo siendo un pibón». Hasta la sonrisa me parece otra: no la de ayer, esa de «te voy a follar el alma», sino una de «pues aquí, de relax, con el perro y cero dramas».

Le construyo la mitología a una foto como una pringada, mientras en mi cabeza la rubia posa para Vogue subida a un unicornio y yo le hago la ola y le aplaudo el cuerpazo.

Me rayo pensando: ¿y si está ahora mismo soñando conmigo? O peor, ¿y si está viendo vídeos de cómo hacerle trenzas al perro mientras yo le doy vueltas a si le escribo o me hago la interesante? Igual está echando una siesta, igual ya me ha silenciado, igual… Yo qué sé, igual está buscando nuevas víctimas. Todo puede ser. A saber.

Total, que me lo curro y le escribo algo megapicante, pero luego el dedo me traiciona, las tripas se me encogen y voy y le mando el «Hola» más soso que jamás se haya escrito.

Y ahora, pues eso, la espera. A ver cuánto aguanto sin desinstalar la *app* por ansiedad.

El móvil me arde en la mano. Igual me contesta un GIF de perritos, o igual nada y me deja en visto para que me dé una embolia. ¿Esto es ligar siglo XXI?

La respuesta, después de quince minutos mordiéndome las uñas:

Nat: Te has recuperado ya…
O sigues temblando?
Yo: Jajajaja qué graciosa 😔
Yo estoy perfecta, gracias
Y tú?
Sueles dejar así a la gente?
Nat: Cuando me lo piden por favor 😉
Al final se te daba bien
Yo: No me acuerdo de nada de eso
Nat: Te refresco la memoria… 🔥
Yo: Si te vas a inventar cosas…
Que sean elegantes, vale?
Que como mucho dije…
Más fuerte
Porque me gusta la educación
La cortesía, nena 😔
Nat: Más fuerte
No pares
Madre mía…
Vas sobrada de repertorio, eh?
Siempre eres tan poeta en el sexo?
O es solo porque te inspiré?
Yo: Romántica solo si pagan tarifa *premium* 😌
Aunque contigo, ejem…
Fue tarifa emocional
Con suplemento
Y menú degustación
Nat: Oh… qué honor
Me siento como una oferta 🖤
Quieres repetir la promo?
Prometo añadirte complementos
Yo: Depende del complemento
Si incluye látigo, paso
Ya me duele el orgullo de anoche
Nat: Qué pena
Tenía preparado el *kit*
Esposas rosas
Mordaza con brillantina
Y un *plug* en forma de unicornio 🦄
Muy en tu línea
Yo: Bueno…
Igual el unicornio me lo pienso

Pero solo si brilla en la oscuridad
Por seguridad
Nat: Me encantas
No te conozco de nada
Pero me encantas
Quieres tomar algo esta noche?
Prometo no llevar juguetes
Solo vino.
Y ropa
Al principio 😉

¿Una cita? ¿Cita, cita? ¿O cita de las que acaban con mi dignidad al lado del cabecero?

Yo: Si el vino no sabe a perfume
Y no me haces sudar
Ok
Nat: Te lo juro
Por el unicornio 🦄
20:30
Paso a por ti
Ponte algo bonito…
O algo fácil de quitar 😇

Entro en la habitación de Vega como una concursante de *reality* a punto de confesar que se ha enamorado del jardinero. Ella está tirada en la cama, con una mascarilla verde de aguacate y una pinza gigante sujetándole el moño. Me tiro encima con el móvil en la mano.

—¡TÍA! —grito, sin respirar—. ¡ME HA ESCRITO!

Le lanzo el móvil, «bomba, corre», rebota en la cama.

Vega ni caso. Me mira desde debajo de la silicona fúnebre con ese ojillo de «ay, Dios, Alaska y su festival lésbico otra vez». Entiendo que la pobre ya tiene callo.

—¿Qué pasa ahora? —me dice, medio bostezo, medio «me tienes harta»—. ¿La rubia te ha pedido matrimonio? ¿Te ha venido la regla de la emoción?

—LÉELO. —Apunto al móvil—. PERO LÉELO YA. NECESITO VALIDACIÓN EXTERNA O ME DERRITO.

Vega pilla el móvil y, con el arte de la gemela ladrona de identidades, lo desbloquea con su careto. Se pone seria… durísimo… durante dos segundos, porque acto seguido se descojona.

—¿Complementos? —repite ya llorando de la risa— ¿*Plug* en forma de unicornio? ¿Pero esto qué es, un Toys "R" Us para pervertidas?

—¡CÁLLATE! —grito, enterrando la cabeza en la almohada—. Estoy perdiendo la vergüenza por dejarte leerlo. Y tú, en vez de ayudarme, me saboteas la autoestima.

—Pero tía, ¿tú de verdad estás bien? ¿Te ha dado un cortocircuito en la amígdala, algo raro? Porque lo que estoy oyendo, hermana, eres tú, pero versión catorce años hormonada, y ni eso, porque ni en la ESO te he visto tan flipada.

—¡QUE ARDO, VEGA! —le salto, pegando un brinco en la cama que si hubiera mesas de sacrificio, me plantaría encima a lo Juana de Arco—. ¡Me ha escrito! ¡Me ha dicho cosas! ¡SE HA REÍDO! ¡Y HA DICHO QUE QUIERE VERME!

Me falta hacer la ola con la sábana.

Tiene cara de madre que sabe que su criatura está a dos pasos de meterse en un lío de los buenos y ni ganas de soltarle la correa.

—Alaska… —Se pone tan seria que me voy a poner a rezar a la virgen de las bolleras ansiosas—. ¿Te escuchas? ¿Te das cuenta de quién eres tú? Alaska, la apóstol del *ghosting*. ¿Y me vienes ahora, ventilando emociones porque una piba con pinta de madrastra sexi de cuento te manda cuatro WhatsApps y encima le mete emojis?

—¡Que no es una tía *random*! —berreo desde la zona abismal de las sábanas—. Es LA tía. Misteriosa, echada para adelante, está cañón y tiene unas manos… Es para escribirle canciones.

—Eso no es amor, Alaska, es agobio genital con *topping* de miedo al abandono —me recita, tranquilísima—. Me alegro de que el polvo te haya puesto a orbitar Saturno, pero no sabes nada de esa piba. Igual vive en un castillo y colecciona huesos, tú sabrás.

—Bueno… —Me encojo de hombros—. Igual me da un poco de morbo eso del castillo.

—Eres idiota —resopla Vega, dándome con una toalla en la cara —. Idiota profunda.

—Ya lo sé —digo, riéndome—. Pero tía… es que no me pasa esto. Nunca. Ya sabes. Yo me lío, cobro, me ducho y me olvido. Pero esto… esto es otra cosa. Me dijo que le encanté. Y no lo dijo con voz de pagadora habitual, ¿sabes? Lo dijo como… como si lo pensara. Como si de verdad le gustara. Y yo me reí y fingí que no me importaba, pero… joder, sí me importa. ¿Estoy enferma?

Vega se sienta conmigo, me da ese meneíto de pelo que hacía cuando compartíamos litera y trauma.

—No estás enferma, hermana. Solo que tienes una cepa aguda de gilipollismo romántico. Que viene a ser lo mismo, pero con más flujo vaginal. Mira, haz lo que quieras: vuelve a verte con la rubiaca, líatela, grítale «más fuerte» en arameo si te apetece. Pero no pierdas el norte, ¿ok? Recuerda: que una tía te haga vibrar no significa que te vaya a invitar a vivir juntas en veinte metros cuadrados. Lo sabes mejor que nadie.

Mi hermanísima. Bruta, sin remordimientos, pero con esa ternura de fondo. La que nunca falla, aunque haga ver que le sobro. Y bueno, el amor de hermana es eso: a ratos tralla, a ratos abrazo de peluche con navaja escondida.

—Gracias, tía —le digo, bajito, enrollándome a su espalda, medio oso amoroso, medio parásito emocional—. El día que haga caso a la razón, te mando un audio de cinco minutos. Y oye, ¿tú para cuándo? Un polvo te ventila la cabeza, palabrita. Mírame.

—Sí, claro, tú sin traumas, la señora zen —bufa levantándose—. Suelta, pesada, que me clavas el codo.

Sé que Vega no quiere hablar de esto. Se le pone la cara larga en cero coma, así que no insisto. Le doy un apretón, le huelo la mascarilla de aguacate y cambio de tema.

—Eres una pringui.

—Y tú la tolili que me arrastra a la ruina cada mes —murmura, apoya la cabeza en mi hombro y me pringa un poco de crema de la mascarilla sin querer—. Te quiero igual, eh, aunque eso de los unicornios me da un poco de vergüencita.

—Eh, yo no he dicho que eso me fascine, relaja —hago una pausa teatral con la mano en alto—. Igual lo pruebo y luego suelto reseña en Google. Cinco estrellas si me hace ver lucecitas.

Vega resopla y me da un manotazo flojo. Nos da la risa tonta. Risa de carcajada fea. Total, que pase lo que pase, ya estamos nosotras para liarla, siempre el tándem catástrofe: Vega y yo, combo letal.

Si al final la rubia esa resulta ser una chunga con estilazo, pues mira, tampoco tan mal. Que me pille el apocalipsis follada y con el flequillo en su sitio, gracias.

Capítulo 10

Vale, a ver. Estoy depilada hasta detrás de las orejas, perfumada y embutida en el sujetador más canalla de mi colección, que además va a juego con mi tanga de pecar *top*. Porque… si me va a recoger una mujer con aura de espía bollera, ¿voy yo a plantarme con unas bragas de algodón con pollitos? Ni de coña. Sería una traición total a todo lo que representa el lesbianismo moderno. Y a la ciencia básica, ya que estamos. Me envaso en un minivestido que me sube la autoestima y me baja la circulación, tacón afilado, brillo en piernas, perfume caro que pide guerra. En el bolso: toallitas, *gloss*, chicle, DNI, ganas. Me miro al espejo y suelto una sonrisa mientras Vega me da la chapa.

—Te has vuelto majara.

—Original tu discurso. —Abro un cajón, busco el rojo nuclear.

—Quedar con una tía que te ha espiado por medio barrio desde un coche con lunas tintadas es de portada de sucesos. Igual tiene en el maletero una mazmorra con manual en cirílico y todo.

—Mejor, así practico idiomas.

—Tía, pon un límite en tu vida. Uno. Uno solo.

—Tengo límites —cuento con los dedos—: sin Crocs, sin fascistas y sin gente que no lame.

—Estoy hablando en serio.

—Yo también.

Vega me mira con pena y me da una botella de agua.

—Hidrátate, al menos.

—Si la deshidratación emocional no me deja la piel más luminosa, ya es problema mío.

La *coach* de las relaciones saludables está de guardia y yo estoy sorda del oído bueno.

—No sabes quién es —insiste—. Igual te mete un GPS en el útero.

—Perfecto, así no me pierdo.

—A ver si vuelves entera. Mándame ubicación.

—Te mando audio con jadeos.

—Guarra.

—De nada.

Cuando Nat llega, se me acelera la sangre. El coche es un BMW negro y reluciente, de los caros, esto no lo paga un sueldo de detective, me salta una alarmita pequeña, pero la ignoro. En el interior huele bien, suena música suave y hay una temperatura ideal, todo lujo.

La muy bruja va de negro, en su línea; hoy lleva un abrigo que me da ganas de casarme en la acera. Pelo perfecto, boca roja, uñas cortitas. Me recorre entera, sin prisa.

En mi cabeza ya está negociando tratados de paz, desarmando una bomba con las tetas y pidiéndome que le sujete el mechero. Yo aún sin subirme, minivestido y tembleque leve; sensación de becaria en prácticas de citas de alto voltaje.

Por cierto, esta es mi primera cita formal con una mujer que no me va a pagar después; fiesta, sí, pero de las que me ponen firme y me dejan blandita a la vez, con ganas de portarme mal y bien y de no arruinarlo en el minuto dos.

Subo al coche, cierro la puerta suave. El asiento es bajito, el cinturón me roza el pecho. Ella va y me planta un beso en la mejilla. Suave, discretito. Ni una pista de que anoche me dejó temblando durante un par de horas largas de lengua y dedos. Hola cordial. Protocolo de cortesía. ¿Esto qué es, Nat? ¿Juego psicológico? ¿Marca del territorio de adultas civilizadas? Me acomodo, sonrío y finjo que sé hablar.

—¿Lista? —dice ella, voz grave que me tiembla en la rótula.

—Nací lista —miento, bien plantada—. ¿A dónde?

—Vamos al restaurante con las mejores hamburguesas de Madrid.

Me entra de todo por el cuerpo.

—Ehm, no, lo siento, no me gustan las hamburguesas, paso total.

—Bueno, pues entonces sorpresa. Confía un poco.

—Confío un montón. En tu mano derecha y en tu boca, nivel *top*.

Se ríe bajito, sin enseñar dientes. Me mira a los ojos y luego al escote.

—Eres peligrosa.

—Tú ni te mires. Tienes delito.

El coche arranca. Música suave, batería lenta, bajo que me sube por las piernas. La ciudad pasa en luces y charcos. Me coloco el tanga porque se me mete hasta el hígado. Las piernas me vibran, la piel me pica. Me comería su cuello en este semáforo. Le bajaría la cremallera del abrigo con los dientes y me sentaría en su cara y que se apague el mundo. Pero digo:

—¿Has dormido?

—Un rato.

—Mentirosa.

—Tú peor —responde—. Tienes cara de no haber pegado ojo.

—He pegado cosas. El colchón, sobre todo.

—Qué pena no estar debajo.

Me trago un quejido. Giro la cabeza a la ventana para no saltarle encima y dejarle la tapicería mojada. Le huelo la colonia y me revienta el cerebro de bien. Abro el bolso, saco un chicle, me tiembla la mano.

—Te queda bien el vestido —dice, dedito en el volante con anillo discreto.

—Me queda mejor en el suelo.

—No me tientes.

—Te llevo tentando desde que me seguiste por media calle.

—Trabajo es trabajo.

—Ah, que eres funcionaria del deseo.

¿Le digo que me remate en su casa o me hago la fina y dejo que me pida permiso tres veces? Si me coge la nuca ahora, aparco yo el coche con la rodilla. No, calma. Fluye. Actúa normal, boba.

—Tu hermana no te ha quitado las ganas de quedar conmigo. Me miró mal cuando salí de tu habitación.

—Te tiene cariño, en su idioma.

Nat me agarra la mano un segundo y me suelta, para fastidiarme. No me quejo, me caliento.

El GPS canta una rotonda y yo solo oigo su respiración y tiemblo un poco en el asiento.

—Anoche te corriste precioso —dice de golpe, sin drama.

Se me corta el aire.

—No digas eso que me resbalo en el asiento.

—Relájate —dice—. Me apeteces tranquila.

¿Qué hago aquí? Vine porque me puede. Vengo para que me pueda otra vez. Sonrío de pose. Me hago la diva y me olvido de hablar tres calles seguidas.

Llegamos al restaurante. El típico italiano de luz baja, velitas de mentira y camareros con cara de «tú aquí no perteneces, mona, pero deja propina». Nos sientan en una mesita de esas que si estiras la pierna tocas la de la otra persona. Ideal para rozar tobillos, tener revelaciones existenciales y fingir que te interesa el pan mientras gastas la mitad de tu sueldo en una copa.

Arranca el starter *pack* de primera cita.

—¿Series? ¿Pelis? —me suelta, tranquila, traguito de cerveza y sonrisita de póster.

Yo, que miento sin pensar, le clavo:

—*Succession* me tiene loca, me la sé de memoria.

No he pasado del piloto. Me dormí. Ni sé los nombres. Pero le quiero gustar y ella tiene pinta de que le van esas series.

—¿Y pelis? —insiste.

—Mil. Últimamente tiro de acción. —Otra mentira con brillo.

Paso de decirle lo que me gusta de verdad. Tampoco le cuento lo del vicio de los libros. Eso me lo guardo. Leer me ordena el cerebro, me silencio, me siento en casa. Pero es la primera cita y no saco mi altar de portadas ni mi libreta llena de citas robadas. Me doy un aire de chica moderna que sabe de series y ya. La rata de biblioteca que llevo dentro no entra aún en escena.

—¿Algo para picar, señoritas? —pregunta el camarero con una *tablet* en la mano.

—Provolone y aceitunas gordas, gracias —digo yo, que con el estómago lleno miento menos.

Nat sonríe con los dientes perfectos y se pone evasiva cuando le pregunto por su trabajo.

—Mi curro… bueno, proyectos, datos, equipo, un lío, ya sabes.

—¿Te mola? —pregunto.

—Hay días. Viajo algo, no tanto —responde, dándome titulares que no dicen nada.

Se dispersa a posta. Me suelta palabras que valen para todo. Proyecto, *deadline*, cliente, sin nombres, sin detalles. Traducción: no quiere soltar info. Igual le da pereza. Igual solo es de las que juegan a hacerse la interesante. Yo asiento y me hago la interesada.

—Guay. ¿Equipo majo o secta?

—Hay de todo. Gente muy *crack* y gente que está por estar.

Consulta el móvil medio segundo y lo guarda, educada.

Yo, por dentro, le pongo una lámpara en la cara y le hago un interrogatorio. ¿Salario? ¿Jefe tóxico? ¿Ex que manda WhatsApps de madrugada? ¿Contraseña del Instagram? ¿Papeles de antecedentes? Por fuera, sonrisa flojita, nada agresiva.

—Qué bien que viajes. Yo lo llevo fatal, me mata el jet lag.

No me he montado nunca en un avión y si cruzo la M-30 en coche me mareo.

Sonríe. Huele bien, muy bien. Me distrae de la conversación eso.

Me recoloco el pelo sin teatro. Relájate, Alaska. Habla claro. Levanta la mano y pide carta honesta. Jefa, una de sinceridad, por favor. Abro la boca y me sale:

—Pues nada, me caes bien. Me estás gustando. Y ya.

Ella suelta una risa bajita.

—Tú vas directa.

—Si no, me mareo —digo, y me bebo medio vaso de una.

Se apoya en la mesa.

—Vale. Yo también. Me gustas.

—Entonces dime otra cosa —la pincho—. Tu merienda favorita, tu trauma con la piscina, algo que no salga en LinkedIn.

—Merienda: pan con chocolate. Trauma: casi me trago el tapón de la piscina con seis años. LinkedIn: me da alergia. Dime otra cosa tú.

Eso. Más de esto. No sé qué me pasa, pero quiero saberlo todo de ella. Le enseño los dientes, planazo.

—Ok, Nat. Yo colecciono marcapáginas raros.

La salsa del ravioli brilla, el queso huele a gloria, el vino me está subiendo a las mejillas y yo estoy pendiente de que el maldito ravioli

no se me lance al canalillo. Sería muy yo. Casi lo dejo caer y hago un aspaviento de equilibrista. Me río para disimular.

La muy pájara aprovecha y me cuela la mano por el muslo. Bien, estupendo, plan íntimo en un italiano con lámparas de abalorios. Yo me hago la madura. Postura recta, mirada al plato, sonrisa de persona que ha visto de todo y ya ni pestañea. Esto es lo más normal, aquí la gente cena y recibe caricias ilegales a la vez. Sigo el teatrillo de «yo no noto nada», cuando en mi mente fantaseo con arrancarle la ropa aquí mismo.

Pero la lista no se conforma y mi compostura sale volando: los dedos se le descarrilan un poco, me recorre el muslo con paciencia, roza piel, aprieta un poco y ya está explorando terreno privado en el punto exacto donde quiero y no quiero que me toque. Mi estómago se dobla, el tenedor se me resbala y me engaño a mí misma con un sorbo de vino. Trago mal. Toso. Me lloran los ojos. Me inclino sobre el plato y me abanico con la servilleta. Me hierve la cara.

—¿Todo bien? —me pregunta, toda inocente, como si no me acabara de hacer una exploración ginecológica con la yema del dedo.

Asiento y carraspeo. Tengo la garganta seca y la nuca caliente. El camarero me mira con pena. Yo sonrío por educación y me guardo la risa. Nat lleva una sonrisilla y la mano vuelve ahí, justo donde me excita. No la aparto. No quiero.

Pienso en levantarme y fingir que voy a por servilletas, plan fuga. Pienso en meterle la mano también y que se caiga la mesa.

—¿Te molesta? —me sopla al oído, voz de conspiración, dedo con itinerario decidido y cero pudor, y yo me quedo tiesa entre su mano y la silla, con media neurona atendiendo a la educación y la otra en salvaje.

Me dan ganas de decirle que lo único que me molesta es la ropa. Lo que digo en voz alta, por desgracia, es un hilillo.

—Solo que… eh… esto en público no es muy habitual —le confieso con pose de señora seria, mientras mi cabeza pide más y mi boca activa el modo pánico.

Ella deja resbalar un dedo y juro por Paquita Salas que voy a pedir cita para que me ajusten el autocontrol; intento mantener el

decoro y el decoro no aparece.

Se me tensan las rodillas, acerco el cuello sin querer, respiro alto y me delato, y claro, ella se da cuenta.

—Me encanta lo expresiva que eres —suelta, toda autosatisfacción.

Me limpio una lágrima traicionera del rabillo del ojo y sonrío sin credibilidad, y Nat vuelve a mi oreja, sonríe contra mi piel, y a mí se me afloja el cuerpo un milímetro.

—Si estuviéramos solas, ya te habría atado a esta silla.

Glups, me entra risa nerviosa y me muerdo el labio para no liarla.

—¿Tú estás bien? —Me oigo a mí misma, voz estrangulada entre el susto y el morbo, dos pestañas abiertas en la cabeza, portarme bien y portarme fatal, y *clic* en ambas.

—Mucho mejor ahora que puedo imaginar todo lo que te haría sin estas cincuenta almas mirando —responde tranquila, pulgar en mi muslo, círculos pequeños y eficaces, y yo dejo de obedecerme.

Dilema en estéreo: ¿meterme debajo de la mesa o soltar la vergüenza, dejar de mirar alrededor y permitir que esta mujer me haga olvidar hasta el pin del móvil? La vida me pone en unos dilemas para los que no estoy lista.

Me acerco a su boca y luego me retiro por pura mala leche mía. Quiero ver si se le rompen las ganas en la cara. Se le rompen. Bien.

—Tu ravioli se enfría —me suelta seria, con intención de regañina, autoridad y maldad total, mientras intenta posar de jefa y se le ve la risa.

—Tu mano está donde no toca —le susurro, con convicción nula.

—Pues quítamela —responde sin parpadear.

Alrededor la gente parte pan, moja salsa, se manda *selfies*, habla de dietas y de perros que se comen el mando de la tele. Mi mesa es otro planeta. Yo ya no mastico, yo sobrevivo. Me aparto un mechón de la cara y decido hacer algo que me sorprende incluso a mí. Le agarro la muñeca con suavidad. No la aparto. Solo la freno, un segundo. Le aguanto la mirada. Ella entiende. La curva de su boca sube medio centímetro. Me tiembla la risa.

—¿Plan? —pregunta, bajito, voz de incendio elegante.

—Cenar, pagar y perder el norte —le digo con una tranquilidad que no me creo ni yo.

Perder el norte, he dicho. El norte, el sur y el reloj. Me doy de baja de todo menos de su cama. No lo digo en voz alta. De milagro.

Pido otra copa con un gesto al camarero. El pobre llega disparado.

—¿Todo correcto?

—Todo perfecto —respondo con voz de niña buena.

Me guiña un ojo. Igual se le ha quedado un tic. O igual ha pillado el percal. Ojalá no. Me roza la muñeca que la sujeta y me besa el nudillo. Me fundo sin aviso, sin defensa posible. No lo digo en alto, me sale un *ay* interno que me sube hasta la lengua y me la deja floja.

—Te lo vas a pasar fatal de bien —murmura, y lo suelta con esa seguridad que te borra el carnet de prudente y te pone en pista.

Le revoleo una sonrisa torcida, la mía de toda la vida, la que saco cuando me tiembla el estómago y no quiero que se note.

—Te crees muy lista.

—Me creo aplicada. Lista estás tú —dispara, y yo casi le estampo el pan en la boca para ver qué más le cabe ahí, por ciencia.

Entre plato y plato me tira chistes malos y preguntas que rascan. Yo hago funambulismo: verdades a medias, bromas tontas, alguna confesión a traición, y seguimos con la cena, o con la sombra de la cena, porque a mí ya no me baja nada al estómago sin que la cabeza se me vaya a cuerdas, sillas, *plugs* con forma de animales mitológicos y unas ganas absurdas de hacerme la jefa cuando en realidad las rodillas me vibran. Me entra risa nerviosa.

Paga ella sin preguntar. Tarjeta, pitido, sonrisa mínima. Deja una propina que roza el insulto positivo. El camarero nos desea buena noche y a mí se me activa el modo maruja: bolso, media arriba, chicle por higiene básica, y me levanto, porque me conozco y me deshago si la miro dos segundos más. Nat me agarra la cintura, ni fuerte ni flojo, exacto. Me sopla al oído:

—No te asustes luego.

—Me asusto ahora —le disparo riéndome con poca dignidad, perdón, sin dignidad, que esa palabra me da urticaria.

Al salir, me coloca el abrigo con una finura que me provoca risa y vergüencita a la vez. Voy de diva contenida, mentón arriba, paso firme, ristra de seguridad que en Instagram engañaría a cualquiera. Por dentro voy empapada. Si me aprieto el muslo, chorreo, fin del comunicado. Ella lo tiene fichado, me lo marca con la mirada, sin soltar nada, y yo me derrito más.

Subimos a su cochazo. Cinturón, puertas selladas, silencio largo. Ni cursiladas ni discurso. La radio suelta un *chill* suave que me entra por la nuca y mi cabeza arranca sin permiso: ciencia ficción de tarde, luces frías, mi asiento se vuelve cabina, y ella se transforma en androide con ojos clínicos y manos precisas. Me habla en tono robot con vocales nítidas: Terrícola, tu expediente indica humedad extrema y tendencia a la obediencia intermitente. Y yo, en mi mundo paralelo, aplaudo en *slow*, doy gracias y pido turno. En voz real no digo nada.

—¿Te llevo a tu casa? —pregunta en voz baja.

Asiento. ¿Qué opción tengo? ¿Bajarme en el descampado y esperar a que un señor con furgoneta me invite al bingo del barrio? No me da la vida para esa anécdota. Asiento, todo cuello y pestaña, mientras por dentro berreo: llévame a casa, desátame el moño a mordiscos, bórrame los apellidos y el pin del móvil.

El trayecto se me hace eterno y, a la vez, nada. Semáforos, luces, su mano en el cambio, mi garganta sin saliva. Intento hablar, me sale aire.

—¿Esto… es plan o improvisamos?

—Es lo que me apetece —responde con media sonrisa—. Y lo que te apetece a ti.

—A mí me apetece todo —se me escapa—. Menos dormir.

—Dormir no entra —remata, sin regalar ni una sílaba más.

Aparca frente a mi portal, motor apagado, y nada de beso, abrazo o una caricia mínima.

—Dúchate. Ponte cómoda. Si luego te apetece, me mandas un mensaje. Solo un emoji.

—¿Cuál? —pregunto en automático, en vez de saltar y llamarla de todo por mandarme a la ducha, que ni que viniera de correr la San Silvestre por Vallecas. Pero me muerdo la lengua: Alaska, céntrate,

que esto es *show*, *performance dominatrix* con máster en EAE y certificado de calidad, y tú aquí haciéndote la ofendida.

—El que te salga de dentro. Nada soso. Que se entienda.

Y se larga. Ni un adiós. Yo me quedo plantada en la acera con las piernas flojas, la cabeza en *reboot* y preparando la llamada a emergencias nerviosas. Saco el móvil, reviso emojis y me atraganto con el catálogo. Berenjena, muy evidente. Diablillo, demasiado 2017. Gotitas, me deja en evidencia. Chispas, suena a falla de Valencia. Cuerda, no existe. Anzuelo, me criminaliza. Pizza, me retrata. Pienso en el melocotón y me da la risa. Me siento en el portal un segundo, respiro raro y me pregunto si esta vez me ingresan en psiquiatría o me hacen un *podcast*.

Subo en el ascensor, me veo en el espejo, pelo decente, ojos de ida. Entro en casa, tiro las zapatillas, luz tenue, toalla lista. Ducha, agua caliente, jabón de supermercado con olor a fresa. Albornoz.

Me siento en la cama con el móvil en la mano y los dedos temblones. Abro el WhatsApp. Chat de Nat, vacío, limpio, esperando mi crimen. Pienso en poner una palabra, pero ella pidió emoji. Solo uno. Abro de nuevo la parrilla. Me tiembla la risa. Me acuerdo de mi profe de literatura diciendo que los emojis son para gente sin letras, me acuerdo de Paquita Salas y su niña de oro, me acuerdo de la cuenta a once. Cuento hasta tres, me salto el resto. Selecciono el candado. No sé si es literal, no sé si es cursi, pero me clava el pulso.

Envío. Apago el móvil dos segundos, me arrepiento, lo enciendo, modo drama, y espero deseando que vibre. Me entra hambre, pico dos aceitunas, me reviso las uñas y me tumbo sin tumbarme, posición de estatua nerviosa. Si esto sale bien, mañana le hago un Bizum a San Pancracio y a la Virgen del wifi. Si sale mal, me apunto al taller de cerámica y abandono el sexo hasta el *Benidorm Fest* del año que viene.

El móvil vibra. Corazón a cien. Lo cojo con manos torpes. Hay una notificación. Un solo emoji. La llama.

Me planto delante del espejo. Pelo mojado, rímel medio corrido, piel recién duchada. Me doy un aplauso interno. Me veo sexi con esta pinta de desastre controlado. Pero me cae el rayo de lucidez.

Un *flash* de ¿pero tú estás viendo lo que haces, Alaska? ¿Me he convertido en una *groupie* de mi propio ligue?

Ella dijo dúchate y yo acaté. Me perfumo porque viene y me visto en modo cómodo, traducción: sin bragas y *top* que se abre en dos tirones, para ponérselo más fácil todavía. ¿En qué momento me he deslizado en la escala evolutiva? ¿Dónde quedó esa Alaska *punk* que iba sin depilar en primavera y le daba igual todo? ¿He firmado algún tipo de contrato y no me he enterado?

Ojo al dato: que encima ME DA MORBAZO. Que lo de anoche fue tan marciano que no puedo pensar en otra cosa.

Me da por ordenar la habitación. Escondo el sujetador tirado, meto las bragas en el cajón con un manotazo, saco una sábana arrugada y la estiro. Me siento en la cama, móvil en la mano. Entro al chat, veo la llama mirándome. Abro el teclado.

«¿Y esto qué significa, jefa?» Borro antes de enviar.

Tecleo: «¿Vienes?». Lo borro. «Trae vino». Lo borro. Me muerdo el labio. Dejo el móvil en la mesilla. Lo vuelvo a coger. Reviso su foto de perfil. Reproduzco mentalmente su risa. «Alaska, no mendigues», me ordeno, y me hago la interesante cinco segundos.

Me unto crema para no caer en el mensajito desesperado. Cierro los ojos y me saltan escenas. Su mano en mi cuello, su aliento en la oreja, su palma bajando. Se me acelera otra vez el cuerpo entero. Vuelvo al espejo. Estás fatal. Me río. Me pellizco las mejillas para bajar el rojo.

Desde que la rubia me metió el dedazo por debajo de la mesa, estoy que si me roza el aire me empotro contra el sofá. Y lo sé. Sé lo que viene. Sé que en cuanto suene el timbre, me voy a abrir de piernas como una caja de bombones en Navidad. Y eso, oye, me cabrea que flipas. Mi parte digna querría quemar sujetadores en la plaza. Pero mi parte guarra está que bebe los vientos por volver a ver a la rubia esta.

Suena la puerta del pasillo y yo afino el oído como si esperara la llegada del destino. ¡Pero *meh*! Nada. No es ella. Es Vega arrastrando las chanclas, una bolsa de Doritos pegada al pecho y pinta de peregrina que vuelve del chino con una bolsa que tiñe los dedos de naranja.

—¿Qué haces? —Mi clon malvada asoma la cabeza, cruje un triángulo y se cuela en mi cuarto sin pedir permiso.

—Meditación guiada por WhatsApp —respondo con el móvil en alto—. Nivel pro: no escribirle.

—Sedienta de drama —dice, hurgando en mis cajones—. ¿La rubia?

—Estoy esperando una visita diplomática. —Me hago la misteriosa; la terapeuta dice que a veces va bien fingir elegancia.

—¿Pero no estabas con ella? ¿Va a venir ahora? Mira que no tengo ganas de escucharte otra vez, que me da grima.

La muy perra mete la mano en la bolsa y sonríe.

—Déjame en paz y ponte los cascos, pero los de verdad. Hoy necesito modo fortaleza medieval, con doble foso y puente levadizo electrificado, ¿vale? O mejor vete a dar una vuelta.

En mi cabeza, por cierto, el búnker tiene una bola de espejos y una pista de baile llena de *drag queens* bailando *Fiesta* de Raffaella Carrà. Es lo que hay en mi mundo secreto.

Vega me mira de arriba a abajo, sonríe con esa sorna genética y mastica más fuerte, disfrutando del cotilleo en directo.

—Joder, Lasky, ¿otra sesión de pilates horizontal con voz en *off* amenazante? Lo siento, pero no me fío de esa tía, no te voy a dejar sola en el piso.

Yo me imagino a Nat de sargento, pero con látigo de pelusa rosa, gritándome «*burpee*, ahora», mientras me pega en el culo con una toalla mojada. Pero a Vega, solo le digo:

—Pues entonces te aguantas. Y ni se te ocurra soltar luego esa risita tuya de hiena, ¿eh? —intento cara neutra, pero llevo la sonrisa sucia—. Es… un asunto especial.

—¿Especial de agujetas en todo o especial de ojos en blanco? —insiste la parienta, que hoy viene con ganas de sacar chiste para un mes.

—Las dos, campeona. Quiere repetir. Así que colabora: récord de silencio, modo mudo total, nada de oreja pegada a la pared. Que me veo negociando mis escrúpulos a cambio de… eso que sabes —confieso, porque a estas alturas, ¿para qué mentir? Total, si anoche me oyó gemir como una gata en celo con megáfono—. Mira, tía,

hazme el favor de tu vida y haz como que no estás, ¿vale? Porque me ha dicho que me duche y que ahora venía.

Vega se descojona. Pero no una risa normal, no. Es esa carcajada que mezcla la crueldad de quien te ha visto llorar por un tampón perdido en las profundidades vaginales y el amor incondicional de quien te recogería de una cuneta borracha y vestida de Teletubbie.

—Pero tía… —dice, secándose una lagrimilla traicionera—, estás en contrato de esclava sexual consentida y sin nómina. Amor, así no se gestiona una carrera.

—Exagerada —me sale la voz rara—. Ella sugiere, yo, por educación, cumplo. Detallito de anfitriona, vaya.

—¿Sugiere? ¿En qué idioma, Alaska? Si te ha dicho que te duches y tú estabas enjabonándote antes de que acabara la frase.

—ES QUE ME PONEN SUS FRASES —le digo desesperada—. El calentón no se me ha bajado desde anoche. Me tiene cachonda perdida. Quiero que me abra las piernas, que me agarre del pelo, que me tire de la cadera y me folle sin pausa. Y que me diga al oído qué hacer.

—Ya verás cuando te pida disfraz manga, látigo de peluche y botas de charol para lamer.

Fantaseo, por supuesto: orejitas puestas, látigo blandito y la rubia con cara de «muy bien, mi pequeña minina». Me baja la decencia hasta las bragas, pero como tampoco tengo, pues eso.

—Pues depende de las botas, ¿no? Si son botas buenas y me dice gatita, igual hago un esfuerzo.

Vega aplaude. Aplaude en serio, feliz, operística. Me daría vergüenza, pero estoy tan salida que me da igual.

—Esto es mejor que cualquier serie, Lasky. Voy a por los cascos. Y por puro respeto voy a fingir sordera selectiva. Eso sí, como te oiga gritar «sí, mi ama, azótame más fuerte», entro y te doy con la escoba en la cabeza hasta que se te pase la tontería.

—Te quiero, joder —le digo, con una mezcla de risa y ganas de que me trague la tierra y me escupa en una isla desierta sin cobertura.

—Y yo a ti, mi pequeña perra en celo con crisis de identidad.

Sale de la habitación contoneándose y canturreando algo así como «Azótame, azótame mucho, que tu látigo tiene embrujo», y yo me quedo sola, con el móvil en la mano, el corazón desbocado y la entrepierna en alerta roja.

Y el timbre que sigue sin sonar. Maldita sea. Pero sonará. Lo sé. Y cuando lo haga, me voy a ir derechita al infierno.

Cuando por fin escucho el bendito sonido, se me aflojan las rodillas. Respondo al portero con voz que pretende serenidad.

—Sube —digo, seca.

Móvil en vibración, pantalla boca abajo, notificaciones silenciadas. Ando por el pasillo y siento el suelo frío en los pies. El espejo de la entrada me devuelve una versión de mí que me gusta. Ojos brillantes, pelo en rebeldía organizada, boca medio torcida. Me doy una colleja suave para espabilar. Este es el plan: cero drama, cero discurso, sí a todo lo que no me dé alergia.

Suenan los pasos en la escalera y me planto frente a la puerta. Mano húmeda en el pomo, mente metida en su sitio. Abro. Y ahí está. Nat. Labios rojos, abrigo negro, olor a colonia que me parte la voluntad en cinco. Se me escapa un *hola* que no llega a palabra. Ella sonríe, entra, cierra y me mira sin prisa.

—Ducha hecha —le digo, obediente y orgullosa.

Ella asiente, suelta el abrigo, me rodea la cintura. Me roza el cuello, habla bajito, la casa tiembla sin temblar.

—Hoy mandas tú —miento, dócil por cachondeo.

Ella se ríe y me gira, empuja la puerta con el pie, me besa la cara con control. El resto, ya tal. Vega sube la música, yo apago el mundo. En mi cabeza, las *drag queens* aplauden. Raffaella canta. Y yo entro en la escena sin freno, feliz, sin plan B.

Capítulo 11

—¿Lista? —me suelta con una mirada que me registra entera.

Asiento. Me sale ese gesto automático cuando me late la frente y el cerebro va a pedales. Respiro, ordeno la cara, intento no sudar drama.

—Palabra de seguridad —dice, más suave.

¿He oído bien? Repito mentalmente por si la antena interna pierde señal con tanto nervio. Necesito segunda toma, versión con subtítulos.

—¿Eh? —respondo, con la elocuencia bajo mínimos. Elegancia pura, lo mío.

—Una palabra —explica, paso a paso—. La eliges tú. Si la sueltas, paro. Si te apetece agua, lo dices. Si quieres luz, lo dices. Si te rayas, me miras. Yo estoy atenta. Si necesitas freno total, va esa palabra. Esto no va de aguantar: va de poder elegir.

Se me deshincha un poco la tamborilada del pecho. No me pongo a aplaudir, ni falta, pero agradezco el protocolo. Pienso, sin decirlo: allí yo podía gritar y no pasaba nada; aquí digo una palabra y el mundo frena. Esa diferencia me ordena el pulso.

Y entonces, mi neurona creativa arranca *casting* de palabras serias y me salen nombres de fragancia barata o gato dormilón. Horror.

—¿Qué tal «mortadela»? —suelto, porque si hay algo que me define es eso: sensual como un embutido barato.

Ella sonríe, sin carcajada, minimalista y letal, con esa vibra de jefa que firma el contrato y te mira a ver si sabes leer. Vale, se lo esperaba. Vale, ya me tiene calada, sabe que soy incapaz de tomármelo en serio.

—Perfecto —dicta—. Mortadela será. Si algo no te gusta, lo dices.

—Ok. Y yo también pongo normas. Nada de cámaras, ni vídeos ni fotos, esto va en serio. Tampoco me gusta que me metan cosas

raras sin avisar. Y… si me pongo nerviosa, me agarras la mano. Me aterriza.

—Hecho. —Se acerca—. ¿Algo más?

—Ni se te ocurra pegarme en la cara. Me saca de quicio.

—Quitado del menú.

Y hala, se me echa encima con la seriedad de quien va a recitarme un poema, pero en vez de rimas me acaricia la mejilla y el pelo. Mi operativa cerebral colapsa: persona derretida en 3, 2, 1. Su boca baja por mi cuello y me da besos lentos, y cuando me susurra, se le pone tono de *hotline*.

—Esta vez haces solo lo que yo te diga sin quejarte. Y si te quejas no te voy a hacer caso. Solo la palabra para parar de verdad. Por lo demás obedeces y punto.

Mi aura rebelde se levanta del sofá de golpe. Tengo espíritu de encargada borde de bazar, sello y grapadora, y de repente acepto órdenes. ¿En qué momento he pasado del comité de huelga al «sí, jefa»? ¿Tú arrodillada, de qué vas, Alaska? Me preparo un discurso mental: amiga, regla número uno, no dejes pasar a casa a quien no puedes gestionar en la puerta. Incluso me imagino repartiendo *flyers* con puntos clave. Lo pienso. Lo disfruto. Y no suelto ni media. La boca va por libre y se dedica a asentir. Una traidora. Un *ok* silencioso. Un mortadela en la lengua listo para salir si hace falta.

Se planta a un paso. Me sujeta la barbilla con dos dedos y yo bloqueo el pulso para que no cante.

—Última pregunta —dice—. ¿Quieres esto hoy?

—Sí. Mucho. —La voz me sale ronca.

—Sofá —ordena.

—Sofá —repito, muy aplicada, mientras rezo por el alma de Vega y para que no salga de su cuarto.

Me guía con una mano en la cintura. Me sienta y se pone de pie frente a mí. Yo, al borde. Ella se desabrocha la camisa sin teatralidad. Botón a botón. Sin darse aires. Sostén negro. Pezones marcados. Me mira a los ojos. Abro la boca sin contenido. No me sale nada. Tengo las manos inquietas. Me las pongo en los muslos para no saltarle encima.

—¿Puedo tocar? —pregunto. La voz me tiembla por el hambre.

—Sí. Aquí. —Me coge la mano y la lleva a su cintura—. Y aquí. —Me la pone en el borde del sostén—. Aquí todavía no. —Me aparta de los pezones con una sonrisa mínima—. Te lo ganas. Ahora ponte de rodillas en el suelo —dice bajito.

Me dejo caer entregada al juego. Las rodillas me arden contra la alfombra barata del piso, la de pelito corto que raspa y suelta pelusa, y yo ahí, feliz, medio riéndome por dentro de lo vendida que voy y a la vez sin ganas de disimular. Me mira desde arriba y me peina con los dedos, me coloca la cara, me dirige sin prisa, se inclina y suelta un sonido grave que me enciende el estómago y me pone en marcha.

—Quítame el pantalón —ordena.

Le desabrocho el botón con paciencia, bajo la cremallera despacito, tiro de la tela y ella se lo termina de sacar con un movimiento muy suyo, arrastra los calcetines y los pierde por el suelo, tiene los pies bonitos.

Me mira esperando y yo ya con la baba hecha charco. Tiro de las bragas, fuera, me queda el universo a dos centímetros de la cara, huele a piel, a sudor reciente, a mi vicio, se me hace agua la boca y me tengo que frenar para no ir a lo bruto.

—Manos limpias —me recuerda.

—Recién lavadas. —Las levanto para que las vea—. ¿Puedo?

—Tócame.

Le abro los labios con dos dedos, resbala, caliente, húmeda, el pulgar va al clítoris, suave, mínimo. Ojos cerrados: le gusta. A mí me vibra la garganta de pura ansia, le hago círculos lentos y se me escapa un gemido. Ella sube la cadera, muerdo aire para no acelerar a lo tonto.

—La lengua —dice, sin temblar.

La pruebo. Caliente, salado, limpio. Le sostengo las caderas y la lamo despacio. La toco donde me guía, suave, con ganas pero con cerebro. Cierro los ojos un segundo para escucharla bien. Sube la cadera contra mi mano, marca el ritmo sin contar, respira. Yo escucho, pruebo, corrijo.

Ella se desordena un poco y yo me siento muy lista pero también muy suya, que es nuevo y me pone perra y buena a la vez.

No cuento maniobras, no doy clase; solo digo que el cuerpo le habla y yo traduzco sin faltas.

Meto un dedo despacio. Ella exhala hondo.

—¿Dos? —pregunto contra su piel.

—Dos.

Entro con dos. Le sostengo el clítoris con la lengua. Le marco el ritmo con la muñeca. Me muevo sin torpeza.

Ella se aprieta. Acelero. Le noto el temblor. Me agarro fuerte.

—Para —dice con la respiración agitada.

—¿Todo bien? —Me aparto, manos arriba.

—Sí. Te quiero arriba ahora. —Su sonrisa torcida me mata.

—Vamos a mi cuarto, que Vega está en casa.

Me sigue a la habitación y cierra la puerta. Yo respiro, me coloco el pelo, me quito la sonrisa de idiota y aun así me sale otra.

—Mírame —ordena.

Me sostiene con esa cara de jefa. Sonríe al encontrarme ya sin bragas. Me roza el clítoris con dos dedos. Yo me derrito. Me da dos cachetes en el muslo. Pequeños. Me río.

—Habla —exige—. Dime qué quieres.

—Quiero que me folles. Quiero dedos dentro. Quiero que me aprietes el cuello un poco. Quiero que me muerdas el hombro. Quiero que me digas que soy tu capricho.

—Mi capricho —repite, y entra con dos dedos hasta el fondo.

Grito. Me muerdo el puño porque no quiero que Vega me escuche. Nat me aprieta la garganta con la mano libre, leve, control total. Me pregunta sin preguntar. Yo le hago una seña de *ok*. Ella aumenta el ritmo y mi cuerpo sube. Se me va la cabeza. Estoy al borde.

—Dímelo —susurra—. ¿Vas a correrte?

—Sí. —No me reconozco la voz—. Sí, sí, sí.

Me remata con tres movimientos cortos y un giro con el pulgar. Veo chispas internas que no cuento a nadie. Me corro fuerte y le araño el brazo sin querer. Ella aguanta, baja ritmo y me sostiene mientras tiemblo. Me cae una lagrimita estúpida. Me río y me tiro en la cama, desparramada.

Hoy viene preparada con el paquetito de *bondage* de lujo, saca cuerda buena de verdad, me ata las muñecas con calma, meticulosa y segura, se nota que sabe, me deja espacio para la circulación y me lo dice con esa voz bajita que me hace de mantra. Yo me dejo, la autoestima se me enrolla en la cuerda y me quedo contenta de ser su juguete un rato, con risita de fan entregada en primera fila.

La sensación es un escándalo en el buen sentido, suave, sedosa, el cerebro se me apaga y se enciende otra parte que no sé explicar sin quedar cursi, dura cinco segundos, porque me pica la nariz, la vida real entra por la puerta a lo loco, morbo y placer y yo sudando por no poderme rascar. Todo muy *hot*, pero si no me rasca la nariz me muero aquí y mi fantasma la ronda para siempre.

Ella se acerca por detrás. Me murmura cosas en plan susurro de la muerte: «Confía, no te muevas, siente todo». Yo me pongo más nerviosa a cada segundo. ¿En qué momento he pasado de cobrarle a mujeres mustias por hacerles sentir algo a entregarme gratis a una rubia que podría ser mi castigo bíblico… o mi premio al valor, según el minuto? Pero nada, me sale fatal lo de la resistencia. Lo que me sale jodidamente bien es flipar: de miedo, poco; de incertidumbre, triple ración; de irme para el otro barrio emocionalmente, un montón.

—Ráscame la nariz o declaro huelga.

Se ríe, me rasca con la yema y vuelvo a la paz, me da un beso en la frente rollito premio, me recoloca el pelo detrás de la oreja y me sujeta la cara

—Buena chica —murmura, y yo me derrito y me revuelvo, porque odio esa frase, aunque no tanto como para parar.

Me abre las piernas sin prisa, me separa un poco más las muñecas por encima de la cabeza, la cuerda tira lo justo, me entra un calor rico y me doy cuenta de que me estoy entregando con una alegría que da risa.

Me muerde el hombro sin pasarse, me aprieta el cuello, y a mí se me abre un escalofrío desde la nuca que me lanza directa otra vez. Ya solo suelto sonidos raros y promesas que voy a olvidar. Me aseguro de respirar bien para no marearme, y en un momento de lucidez me sale:

—Soy tu capricho, vuelve a decirlo.

—Mi capricho —dice, me lo sella con la mano más firme y un empuje dentro que me quita cualquier duda.

Se levanta, abre la mochila y saca una venda negra. Yo me acojono, porque suelo ser de ver venir la hostia, de medir la salida de emergencia y de guardarme un plan B cutre, y aun así cedo el mando a una rubia con pinta de saber dónde aprieta.

Me entra la paranoia: y si esto no va de sexo y termina en secuestro exprés y salgo en *Equipo de Investigación*, o le da por hacerme un flequillo ritual y acabo con *look* de muñeca del pasillo de *Halloween*. La cabeza me corre una maratón.

—Espera —le salto, que a mí el micro no me lo quita nadie ni con cinta americana—. Y si, yo qué sé… me caigo de morros y tengo que explicarlo en Urgencias, parte incluido y todo, delante de una residente que me sigue en Instagram.

—No te vas a mover, no tengas miedo —me suelta, me araña la clavícula lo justo para resetearme—. Yo te cuido.

Pum. Ahí se me cruza un cable. Yo te cuido. Mi cerebro da a aceptar sin leer términos y condiciones, firmo el contrato y tiro el boli al suelo.

Empieza suave, muy suave, solo manos, boca, voz. Nada de artificios, nada de circo, atención plena. Me pregunta al oído si me pone no saber qué va a pasar ahora y a mí se me afloja la lengua.

—En realidad prefiero un menú ilustrado, foto incluida y extras detallados en la hoja aparte —le digo con ese tonito de hacerse la difícil que me dura dos segundos.

Huir, nanai. Si he llegado hasta aquí, por algo será.

—Entonces, ¿por qué te dejas?

—Porque estoy empapada y no soy idiota.

Y se me abre un festival de sensaciones: besos, lametones, mordiscos, intervalos de respiración que me desordenan el cerebro. Yo hago el papel de perra bien entrenada, panza arriba y con el alma rellenita de gasolina.

Zas, palmada en el culo que me pone en órbita.

—Pero tía —me sale la indignación en falsete y la risa pegada—. ¿Eso era necesario?

—No. Pero te despertó, ¿verdad?

Realidad: me deja atenta total. A partir de ahí pierdo la cuenta. Dedos que entran, boca que encuentra, órdenes susurradas «no digas nada, no preguntes, abre bien las piernas, reina». Yo asiento, obedezco, hago respiraciones y voy notando subidas de volumen. Me aprieta la cara entre las manos, me da instrucciones de ángulo y velocidad, y yo me entrego al tutorial, sin anuncios, sin botón de saltar. Me pide que mantenga los ojos tapados y la boca lista, que no me aparte, que le dé sitio, que no cierre, que aguante, y vaya si aguanto.

Me lame despacio, me muerde donde pica el vicio, se pasea por mi pecho, me chupa un pezón, luego el otro, y me tiene con la espalda en arco, los pies haciendo fuerza, las manos temblando en la almohada y soltando quejidos que me darían vergüenza si supiera qué es eso.

Me mete dos dedos y me los curva con mala idea y buena puntería. Me manda subir una rodilla y luego la otra, me da con la palma en la pelvis. Aunque no vea nada, siento su mirada clavada y me excita más. Me dice que diga que soy suya, que no me escape, que aguante ese punto, que no me corra todavía. Me muerdo el labio, digo que sí, que soy suya, que no me muevo, que aguanto, que me haga lo que quiera.

Yo, la de los límites marcados, la que decide, la de tarifario por horas, la que presume de control en cenas con amigas, aquí entregadita y sin que me chirríe. Me pega otra palmada, menos teatro y más foco, me vuelve a abrir, baja, sube, vuelve a bajar. Yo le pido agua y oxígeno y que no pare.

Me hace decir gracias, me hace repetir lo bien que me portaré, me hace admitir que necesito su mano, su lengua, su ritmo, y yo lo digo todo, sin filtro, sin vergüenza, versión confesionario.

Voy y vengo, me pierdo, regreso, me vibra hasta el párpado, se me escapa un gemido que podría denunciar el vecino de abajo, me aguanto otro por puro juego, ella me avisa «ahora sí», me da rápido y me estalla un orgasmo que me deja sin fuerza en las piernas, la respiración rota, los ojos húmedos y un bienestar que me relaja de golpe. No me suelta, me mantiene a punto, me lleva a otro, más

pequeño, muy seguido, y yo ya ni cuento, solo respiro y digo «sigue, sigue, sigue, por favor».

Cuando dejo de temblar, me quita la venda con calma y me desata despacito, me aparta el pelo de la cara, me peina con los dedos, me da agua del vaso de la mesilla, me coloca la manta encima, me besa la frente, atenta total. Vuelvo en mí y me entra la risa tonta del final, sin motivo.

Con la voz rota, suelto:

—Y si la próxima usamos una palabra de seguridad que no suene a embutido triste.

—¿Cuál propones?

—Hipoteca. —Se nos escapa la carcajada al mismo tiempo, sin coordinación y sin pudor.

Primera vez en mi vida que después de follar no me siento usada ni culpable. Me sube el ego, se me ordena el autoestima, me veo ganadora de gala final, con un gorro en la cabeza y una pose ridícula, La Elegida. Fin de la bajona postsexo, amor propio arriba del todo.

Estoy tirada a su lado, forrada hasta las cejas con la mantita, y ella tan fresca. Te juro que ni una gota de sudor, ni un remolino en el pelo. Ni siquiera un *sniff* de rímel corrido para solidarizarse con mi cara de *after* y mi peinado *punky*. En serio, la odio. Si algún día descubren que ser diosa viene en la genética, seguro que mi muestra la tienen en el laboratorio para control negativo.

Nat me acaricia el brazo con esos deditos suyos de experta en robos sentimentales, cualquiera diría que hace cinco minutos me ha tenido atada, gimiendo y prometiendo cosas que ni recuerdo. Y claro, ahí me sale la vena dramática:

—¿Me das un beso? —lo suelto bajito, ojito húmedo.

Con mis clientas no me va el morreo. Lo evito salvo petición escrita, contrato y sello. Menos lío, menos babas y tontunas. Pero ahora me sube una necesidad rara, directa al estómago. Quiero boca. Su boca. Quiero ese cruce de respiraciones que te deja tonta y te arregla el día.

Nat me mira y yo pillo que está entre ternura y burla. Su sonrisilla, cruel, te lo digo.

—¿No te he besado suficiente?

—En la boca, lista —aclaro, compostura ya ausente, mendigando amor con una teta fuera de la manta, nivel bochorno legendario—. En la boca no, Nat. Ni hoy, ni ayer, ni nunca.

La tía mantiene el morro estable y profesional. Apoya la cabecita en la mano y, te juro, parece que le estoy contando la trama de mi nuevo negocio de bufandas y no el vacío existencial que tengo en la boca. Una paciencia la suya… o lo mismo se está descojonando por dentro, que también me lo creo.

—¿Y eso te molesta?

—¿Que si me molesta? —Salto de la cama, la manta medio colgando, la vergüenza entera en el suelo y mi amor propio hecho nudo en la lámpara—. ¿Qué pasa, eh? ¿Tengo halitosis? ¿El rojo del pintalabios te parece muy proletario para tu boca imperial? ¿Se me ha quedado una espinaca en los dientes desde la cena y no te atreves a decírmelo?

Le sale una risita que no sé si es burla o ternura. Me arde la cara. El rímel me baja por la rabia y por la caída de endorfinas, me pega duro. Me cruzo de brazos para no temblar.

—No es nada personal, eh —dice, dulcísima—. Es solo que me gusta guardarme algo.

—¿Guardarte el beso, tía? —me burlo, y juro que lo intento, pero el tembleque me sale a través del sarcasmo—. ¿Pero tú qué eres, la Elsa del BDSM? ¿La reina del hielo con política antimorreo, pero sí a todo lo demás? ¿O aquí hay un pacto secreto y yo estoy de extra?

Ella se levanta y se pone frente a mí. Baja la mano hasta mi cuello y ya estoy domada a medias, se me activa el chip sumisa-juego, me entra el punto payasa, me apetece seguirle el rollo, me pone tensa y contenta a la vez.

—Nada de eso —me suelta, tan llena de misterio que me dan ganas de tirarle la almohada en la cara. Y me coge el cabreo de los grandes, porque esto ya me parece el colmo.

—Mira, rubia, deja el teatro. ¿Tienes un gato que te araña si besas? ¿Pisito embrujado con regla de la casa? ¿Una ex viviendo en el lavadero que te vigila el hocico? Si hay trauma, avisa y lo abrazo.

Pero dame una pista, joder. Estoy aquí en bolas haciéndote preguntas y tú con el candado puesto.

Cruzo los brazos y saco morrete de «me niego», solo me falta el abanico para armarme el dramón andaluz. Por dentro, estoy imaginando que tengo mantilla, me abofeteo, me echo perfume barato y, sí, soy la Rosalía de los culebrones lésbicos postsexo. Me siento en el borde del colchón y me callo cinco segundos. Cinco exactos. El colchón hace *gri*, *gri*. Mi clítoris aún late, el muy pesado. Me entra sed. Quiero el beso y un vaso de agua.

—Alaska —me corta Nat, grave. Se incorpora despacio. Los pechos se le mueven un poco, apenas, y yo me pierdo. Mierda de concentración.

—Bésame y luego me cuentas quién eres en realidad. Y no me sueltes el cuento de la cena, que te vi esquivar todo —reviento, porque ya me la pela—. ¿Qué soy, tu vibrador con orejas? ¿Me usas un rato, te quedas a gusto y que pase la siguiente? ¿Esto qué es, rifita de bollería? Tía, te conocí ayer y ya me tienes los chakras revolucionados. Me dejas KO y ni un gracias.

Nat callada. Esos ojos suyos de «me lo cuento todo, pero por dentro». Y durante un nanosegundo pienso que la he calado, ahora sí, pero el universo dice NOPE, y la tía… me acaricia la cara. Suave. Lo justo para que casi me eche a llorar.

—Uff, vaya, ¿te has enamorado? Récord mundial, Alaska —me vacila la bruja, dulcísima y cabrona.

—Enamorada mis cojones —salto, en llamas—. Odio que me mareen. Me estás liando y ni una sonrisa de cortesía. Te denunciaría por terrorismo sentimental si no fuera por esas manos, joder.

—Relaja, fiera…

—¡Ni fiera ni pollas, que tú me has domado y ni lo sabes! —le grito tirando la manta al suelo a lo diva enloquecida, lista para salir a la calle y cantarle el drama a los vecinos—. No soy tu peluche, ¿eh, guapita?

Se acerca. Me coge del mentón y ahí sí que tiemblo, y no porque tenga frío: es el orgullo intentando no arrastrarse.

—¿Y qué necesitas ahora mismo?

Para empezar, lo que necesito de verdad es que me declares que me amas, que mi drama te pone mucho, que antes de mí tu vida era un erial de aburrimiento. Quiero cenas de domingo, perro salchicha con nombre hortera y que nos despertemos con cotilleo y magdalenas. Quiero promesas, chismes y una declaración de intenciones en Instagram. Pero, claro, ¿cómo voy y se lo digo? Soy desfachatada, pero tampoco quiero que crea que vengo a pedirle matrimonio por folleteo.

Así que me muerdo la lengua…

—Pues ni puta idea —le digo, con la voz esa que te sale cuando estás a un paso de caerte redonda—. Ahora mismo aspiro a no desmayarme del subidón, que fíjate tú, qué cosas pido.

—Entonces, guapa, déjame darte lo que quieres aunque te hagas la interesante —replica ella, con esa sonrisita de «sé lo que cenaste anoche y también lo que vas a gemir en cinco minutos»—. ¿Sí? —susurra, cerquita—. Asiente si es que sí.

Asiento. Y antes de que pueda decir nada, me clava contra la pared. Una mano en el cuello, que no sé si es para cortarme el rollo o para que no se me escape el alma del cuerpo. Con la otra me sube la pierna. Y su boca, madre mía, su boca, esa fábrica de promesas cochinas y sueños húmedos que debería venir con manual de advertencias, aterriza directa en la mía. POR FIN, COÑO. Que ya estaba yo pensando que me iba a tocar pagarle por el servicio de morreo.

Me besa. Me besa como si le fuera la vida en ello, como si el mundo se acabara mañana. Y yo, pues nada, colaboro más encantada que nunca.

Y me rompo. Me fundo. Me rindo. Porque esta boca en la mía era lo que me faltaba para que el día tuviera sentido.

Ella sigue su labor de demolición controlada de mis neuronas. Y qué decir del control que maneja. Porque sí, aquí la marioneta soy yo. Ella tira de los hilos como si supiera tocarme todas las cuerdas flojas, y yo, rendida. Lo peor de todo es que una parte de mí sueña con sabotearle el momento, pero mi cuerpo va en modo sumiso nivel «tómame, jefa, y si quieres me callo cinco minutos, pero solo si me lo pides besando».

Para colmo, me monto mi flipada mental: imagíname rollo Xena la princesa guerrera, plantando cara al destino y haciéndole la cobra al amor… Pero la realidad: soy la rubita pringada, Gabrielle, que pone ojitos y saca la lengua de gusto con cada movimiento.

Y en algún punto, justo cuando estoy a punto de alcanzar el nirvana orgásmico, *pum*, se me enciende la neurona precavida. Esa neurona cansada que vive a base de cafeína y comentarios cínicos y que nunca falla en dar por culo en el peor momento: «Nena, te estás enganchando a una piba que conoces hace veinticuatro horas. Mira el cuadro.»

Y, aun así, con esa lucidez momentánea que me dura dos segundos, la dejo hacer. Porque claro, en este instante se me va la revolución. Porque esto, esto que me da ella, es tan criminal, tan íntimo, tan de perder el carnet de persona responsable… que decido que igual esta fantasía es el sitio donde tengo que vivir hoy: empapada, sin planes, la mente hecha cloro y el cuerpo dando gracias al universo. Porque, sinceramente, ¿a quién le importa nada más ahora mismo?

Capítulo 12

—¿Se puede saber a qué hueles? —Vega asoma por la puerta con su careto de vecina maruja—. Porque aquí el aire está espeso. —Olisquea sin pudor—. Lubricante industrial, vainilla de burdel y pecado mortal. Me sangran los poros, Lasky, que lo sepas.

Yo ando desparramada en la silla, camiseta vieja, sin sujetador, sin dignidades decorativas, toalla tibia en las caderas que no tapa nada y molesta mucho, pelo pegado a la nuca, piernas temblonas. Si buscas mis bragas limpias, las tiene el camello de la esquina de *souvenir*.

—Sexo, Vega, qué va a ser. Sexo denominación de origen, del bueno, del que suda certificado y deja eco en las paredes, sexo consentido y con instrucciones, qué elegancia. —Y ni me sale meter dramatismo, porque no me queda saliva.

Vega aparca el culo delante de mí con la ceja levantada y actitud de presentadora de tertulia de madrugada. Si abro la boca sin orden, me crucifica. Ella viene buscando folklore para el alma y polémica para el desayuno, que su *feed* necesita contenido.

—Vamos a lo jugoso, ¿eh? ¿Cuántos días llevas en este festival del porno afectivo?

—Once —le planto la cifra, sin flaquear.

—¿Once días dándole al fornicio intensivo con la señora de mirada asesina y acento de Siberia?

—No, ONCE noches. Por el día dormimos. Nosotras en modo superhéroe nocturno, capa de satén y el murciélago es una polla de silicona. Vampiresas con *squirt*, hazte la película.

—Qué estampa más bucólica, Alaska, gracias —remuga—. ¿Y todo bien? ¿La pelvis sigue entera? ¿Las paredes vaginales en pie?

—Pelvis y chocho sobreviviendo, pezones rasposos, muslos en huelga cada vez que me siento. Vergüencita ya no, esa se largó el primer día con un taxi.

Se ríe y sigue con el interrogatorio.

—¿Os habéis convertido en pareja oficial entonces o qué?

—No, pero no es solo sexo, tía, esto es liturgia erótico-festiva. Hay normas, hay trajes, o ninguno, hay secuencia. Yo llego, me ducho, me pongo lo que me dice ella, que suele ser nada cuando entra en modo teniente general, y venga, *briefing* previo y a obedecer. *Girl scout* del vicio, sin medallitas, con orgasmos de recompensa. Y me flipa. Marraneo con cariño, todo claro, todo hablado.

Se le escapa una risilla escéptica.

—¿Me estás diciendo que tú, la misma Alaska que no deja que nadie le diga ni la leche del café, ahora se deja mandar por una tía?

—Sí, nena. Triste y maravilloso. Lo sé, pero mi cerebro ha pasado el relevo y ahora manda el coño. Y es un descanso. Fluyo. Y gimo. Mucho. Los vecinos ya están barajando presupuestos en el grupo de WhatsApp de la comunidad para insonorizarme el cuarto.

No se ríe. Se pone más seria.

—Pero a ver, niña, ¿no te da cosa que esa dinámica te esté comiendo la cabeza?

—Que no tía, que me lo pregunta todo. Me siento segura. Si digo basta, se para. El tema es que no digo basta. No me sale. Tengo un maleficio o una lobotomía selectiva. Tú elige.

—Joder, qué mal te veo. ¿Ni una vez le has dicho que no a nada?

—A la vela, Vega. Le dije «eh cuidadito, que no quiero acabar chamuscada», y la tipa toda Slytherin, y yo con susto en el ojo, aunque a los cinco minutos estaba explotando de gusto y pidiendo bis. No entiendo nada.

—Estás enganchada —sentencia.

—Que no, joder, esto es un retiro espiritual con mucho sexo y poco incienso, vale, cero incienso, pero mucha toallita húmeda y muchos juguetitos. Y yo feliz.

—Poesía BDSM, tú misma. Tu próximo libro, *Sonetos con correa*.

—Mira, yo solo sé que cada noche me dice que soy suya, me revienta el orgasmo con puntería y luego me hace mimitos en el pelo, me deja un vaso de agua en la mesilla y me tapa si me quedo tiritando. Sucio y bonito a la vez.

—Pero Alaska… ¿Sabes algo de ella? ¿En qué curra de verdad? Esa tía maneja pasta. ¿Has visto su coche? Eso tiene llanta de 19 y pantalla que parece una tele del Mediamarkt. ¿Dónde vive? ¿Cuál es su apellido? ¿Tiene consola o es de crucigramas con sangre? ¿Algún dato con el que al menos podamos googlearla sin invocar a Iker Jiménez?

—Ni zorra idea —admito, y la risa se me muere—. Solo sé lo que me hace sentir y lo bien que duerme mi ansiedad después, y eso es todo… y a la vez un mojón monumental.

Vega suelta un suspiro que pesa medio kilo.

—No te vengo a pinchar el subidón, pero mírate. Te tiene bailando a palmadas y no te ha dicho ni su apellido. Tú, la reina del ando sola y nadie me tose, aquí tirada, enamorada, con los pezones pidiendo vaselina y cara de tonta.

—Es que… es diferente, Vega. No sé explicarlo sin quedarme corta.

—¿Y si solo quiere tenerte hasta que se le pase el capricho? —remata, a dos dedos de lanzarme agua bendita.

—Pues igual sí —digo mosqueada, aunque por dentro me salta una alarma cutre—, mira, si viene con fecha de caducidad, que me lo ponga en la etiqueta y me lo fumo mientras dure. Yo sé a lo que juego. Y si me rompe el corazón, tú me recoges en la salida, me das Aquarius, me insultas un poco, me pones paella del chino y seguimos.

—Qué valiente te veo desde la silla y la toalla.

—Anoche me dejó el culo rojo, eso también me da valor —le suelto y Vega se atraganta de risa—. Detalle técnico: me va trayendo juguetitos, nuevecitos. Yo obedezco y ella celebra.

—Me estás preocupando y entreteniendo a partes iguales, lo cual me jode, porque me cae bien tu estabilidad mental.

—Estoy más estable que nunca, Vega. Se me han ido los dramas de las cuatro de la madrugada. No me persiguen los fantasmas, no me arde el pecho de ansiedad, no me echo a llorar mirando la lavadora. Solo me duele el muslo y eso tiene solución con árnica y descanso activo.

—Vale, pero investiga un poco. Nombre completo, DNI, LinkedIn falso, algo. Que no nos vuelva a pasar lo de la DJ esa de Murcia que al final era comercial de alarmas.

—Le saco info hoy. Plan A, charla postpolvo, sin interrogatorio. Plan B, robo de cartera para leer tarjetas. Plan C, foto al seguro del coche cuando se despiste. Plan D, le pregunto directo, que también soy capaz, no te creas.

El móvil vibra en la mesilla, pantalla encendida con su nombre. Mensaje breve. Me dice que hoy ducha previa, pelo recogido, sin bragas, collar en la mesilla y que no meriende azúcar que me quiere con hambre. Me entra la risa, me entra el vértigo, me entra la obediencia. Me muerdo el labio, respiro, asiento sin darme cuenta, me levanto a trompicones, recojo la toalla. Vega se empieza a partir. Me lanza una galleta que aterriza entre tetilla y orgullo.

—Pero prométemelo —me dice, con el dedito levantado—, que si un día la rubia te llama «mi cachorrita» y tú no te meas de risa, me dejas internarte en un convento rural de esos que venden mermelada.

—Vale, trato hecho —le respondo, solemne—, pero solo si tú te apuntas y nos hacemos monjitas juntas.

—Por cierto, yo esta noche no vuelvo —suelta mi gemela del alma y experta en escapismo, mientras se repinta el morro con un rojo tan agresivo que me da miedo mancharme solo de mirarla—. Te dejo el reino libre, así que si te da por colgarte del ventilador mientras la rubia te dice guarradas al oído, adelante, reina del mambo. Solo pido limpieza, fregona, lejía y ninguna sorpresa viscosa entre cojines, que el domingo vienen las del centro.

—Patrimonio cultural, cariño, medalla al mérito civil. —Lo digo mientras lucho por mi vida en la cocina. Estoy aquí jugándome el tipo contra un cuchillo que ha decidido suicidarse fundiéndose el mango contra el fuego.

Vega se parte, me señala el drama con el dedo, recoge las llaves, mete medio bazar en el bolso grande, me lanza un beso de *vedette* de Malasaña y yo espero un aplauso grabado saliendo del microondas, porque la estampa me pide público.

—Pásalo guay, nena. Y no me la líes, que no quiero ir a identificarte al anatómico con el toto en primer plano.

Y se pira taconeando por el pasillo, portazo suave, libertad.

Me quedo con el cuchillo zombie y el ego torcido, recojo, apago los fogones, paso la bayeta, mando al cubo el mango derretido y me voy a la terraza, mi rincón de paz cutre con visión directa de los calzoncillos del vecino. Si giro un poco la silla veo su planta de aloe y me entra la risa tonta, porque necesito centrarme y el cerebro decide que no, que hoy va de saboteo.

Estoy acelerada, tengo hormonas a tutiplén, se me cruza la idea de hacer pasta casera, rodillo, harina en la encimera, vídeo tutorial, pero recuerdo de la última vez: el extractor ardiendo, los bomberos sudando, yo con la mantita térmica de papel de plata, la foto dando vueltas por el grupo del centro, mi hermana con audios, mi vecina de abajo poniendo velas a la Virgen. Paso. Llamo al *sushi* caro, al de la caja negra con logo *minimal*, el que trae palillos de bambú y soja en botellita de cristal, pido *gyozas*, *sashimi*, *uramakis* y también *edamame* que luego ni me lo como, pero queda fino y me relaja tener boles llenos.

Mientras espero al *rider*, monto el chiringuito en la terraza, *mood* cine indie cutre pero con intención, velas de bazar para disimular el gotelé del siglo pasado, mantelito que heredé de una excompañera que ahora vive en Berlín y dice que medita, *playlist* de temazos viejos que me sé enteros, vino tinto abierto, otra botella de reserva por si la noche se alarga, sirvo agua fría en jarra de cristal para hacerme la sensible. Doblo servilletas siguiendo un tutorial de TikTok, me sale una cosa triste, una tortuga coja, me río, las dejo normal y punto, que la meta es comer y luego ya se verá.

Me ducho a ritmo de Bizarrap, exfoliación rápida, crema que huele a vainilla, todo muy niña buena de perfumería, pelo recogido bajo, raya al medio, pestaña cargada. Me enfundo un vestido negro sueltecito, no marca barriga, no aprieta, a mí me sirve para ir de misterio sin esfuerzo. Bragas, no. Logística pura: ¿y si en mitad de la cena surge la necesidad de oxigenar el folclore? Mejor estar preparada.

Unas gotitas de perfume detrás de las orejas, como si eso fuera a camuflar el tembleque de piernas que me entra solo de pensar en la que se avecina al aire libre. Tengo la esperanza (o el miedo, vete tú a saber) de que ninguno de esos vecinos cotillas de enfrente descubran que aquí se está cocinando algo más picante que su tortilla de patatas de dieta.

Suena el timbre, *sprint* a la puerta, *rider* con casco, intercambio rápido, propina en monedas que guardo en una taza de los Minions, gracias, disfrútalo, cierro, retiro la soja de la bolsa, coloco el *sushi* bonito en platos de Ikea, alineo los *makis*, dejo los palillos cruzados, saco salsa picante en bote pequeño porque a Nat le encanta verme llorar un pelín, dice que me pone cara de santa arrepentida, y yo me aguanto la risa porque santa no he sido nunca y arrepentida menos.

El móvil vibra.

Nat: Estoy abajo
Yo: Sube 😜

Me miro en el cristal oscuro de la ventana, me hago un gesto de ánimo, me recoloco el vestido, me palpo el cuello por si llevo marca, nada, limpia, y me repito, tú a lo tuyo, obedece, disfruta, no hagas chistes en el peor momento y si te tiemblan las piernas, apóyate en la mesa que aguanta, que es maciza.

Y ahora sí, abro la puerta y TACHÁN: aparece la rubia de mis tormentos y mis mejores orgasmos. Más guapa que nunca, más impecable. Con ese pelo que hoy trae sin engominar.

Entra, echa un vistazo rápido escaneando el percal y cuando sus ojos se posan en la mesita de la terraza, me dedica una de esas miradas suyas ladeadas que te hacen dudar de si te va a besar o a pedirte los papeles del seguro.

—¿Has cocinado tú? —pregunta, olisqueando el aire con la sutileza de un sabueso especializado en encontrar trufas o amantes escondidos. Tiene una nariz que ya la quisiera yo para mis *selfies*.

Y me dan ganas de decirle que sí, claro que sí, que me he dejado la vida montando un festín cinco estrellas: flambeados, esferificaciones y discurso a los ingredientes. Pero es que mi cara me

ha vendido rapidísimo. Si hay una olimpiada de impostoras en la cocina, yo salgo en el mural de «las que no lo intentaron».

—Sí. O sea… no. Bueno… para serte sincera, he… ehmmm… ¡pedido! —balbuceo al final, que parece que acabara de confesar un crimen contra la gastronomía mundial. Clavo la mirada en la bandeja de makis como si a alguien se le fuera a ocurrir que los he hecho yo con mis manitas y una licenciatura en *sushi* de YouTube.

Nat se acerca a la mesa, levanta una de las tapas.

—Huele a esfuerzo —sentencia, con esa voz grave que me pone los pelos de punta y otras cosas también—. De restaurante. Concretamente, del japonés de la esquina que tiene un dos por uno los martes.

—No sé cocinar —admito, bajando la voz—. Ni una cebolla sé pelar, tía. Si intentas que me saque un sofrito, acabo con la Guardia Civil en la puerta y con el extintor en la otra mano. Mi máxima hazaña culinaria es saber usar el microondas sin que salte la chispa de la muerte. Y el *sushi* es del bueno, lista.

Ella no dice nada. Y ese silencio es peor que si me echara la bronca por intentar envenenarla con mi arte culinario. Me imagino que en su cabeza repasa todas las banderas rojas que ha visto en mí y añade «inútil en la cocina» a la lista.

—En serio, eh —sigo, bocaza activada—. Yo pongo a Arguiñano y me engancho, luego *MasterChef* y creo que puedo, y al final me corto pelando un pepino. En la cocina soy amenaza nacional. Nunca tuve cocina decente, ni madre instructora. En el centro hacíamos la receta de te lo comes o te lo comes, y fuera era supervivencia con micro y latas del súper, menú estudiante.

Ni me lo planteo: sale a lo bruto. Me quedo un poco en bolas (emocional, eh, lo otro ya se verá), con la sensación de haber hecho un *striptease* del alma y no llevar ni medias buenas.

Nat se sienta. Y ni gota de caridad en los ojos, lo juro, que yo siempre sufro con la gente que me mira con pena. No, a ella le da curiosidad mi cutrez vital. En vez de poner cara de «pobrecita tú», me observa. O sea, me lo curro, pero que tampoco le dé pena, que todavía acabo llorando y, ¿para qué?

—¿Y después de eso?

Me hago la campeona, me encojo de hombros, pero la pierna se me pone a bailar sola, zapateaito de los nervios bajo la mesa.

—Tú ya sabes de qué va el rollo para pagar el alquiler, ¿no? Que aquí no me gano las lentejas dándolo todo en bodas de Cayetanos, aunque ojo, con la cara que tengo, igual si me lanzo acabo forrada.

El ambiente se espesa. Ni el Ribera del Duero este me apaña el miedito. Hasta el vino me mira como diciendo «nena, te lo estás montando peligroso, dale suave». Pero es lo que hay. Sigo tirando millas, que aquí la estrategia de barrio siempre funciona: si te van a pillar, que por lo menos sea dando espectáculo.

—Y tú, ¿de dónde sacas tanto misterio, eh? ¿Me vas a rajar ya tu apellido? ¿Dónde vives? Dime si eres de las que mete la piña en la pizza para romper la relación o solo te va el postureo con el reciclaje del cartón. ¡Mira tú que no sé ni si tienes mascota o si coleccionas cabezas de ex en el sótano! Que sí, que me atas y me pones fina, pero después ni palabra.

Vamos, que aquí, entre lo que calla ella y lo que invento yo, ya me puedo montar mi propia biografía sobre nosotras. Pero tú dale, Nat, tú pregunta, que yo te hago la competencia.

La voz se le cristaliza.

—Solo quería saber algo de ti.

—Pues enhorabuena, premio gordo —respiro—, soy un desastre andante con tetas, traumas antiguos, mal dormir, humor raro, una lista de reproducción que pasa de Bad Gyal a Camarón sin avisar y cero habilidades culinarias, pero doy besos que te dejan pensando y tengo manos educadas y encima obedezco cuando me lo pides, jefa.

Sus ojos se encienden un punto y a mí se me enciende todo. Me hace gracia mi papel y, aun así, me coloco derecha en la silla, fan del teatro.

Nat, tan tranquila, se pone a pescar un maki con los palillos, como si no acabara de soltarle el especial de mi vida. Lo moja en soja con elegancia de *it girl* japonesa y se lo lleva a la boca. Lo mastica lento, degustando el hedonismo, la tragedia y el arroz pegajoso, y, mientras, me mira fijo, pero fijo de verdad.

—Está bueno —dice, tan cómoda—. Buen gusto eligiendo.

Buen gusto, dice. Sí, claro, eligiendo *sushi*, porque si nos ponemos a revisar lo de elegir a la mujer que me tiene la vida patas arriba, ahí he tenido un gusto tirando a suicida.

—Come —dice, y yo asiento, cojo un maki, lo mojo lo justo, nada de desastre con soja, y me lo llevo a la boca, lenta, sin escándalo, para que vea que sé seguir un ritmo.

—Vas a contarme lo del centro —añade, tan tranquila, sin prisa, con esa calma que usa para sacarme lo que llevo, y yo asiento, porque en realidad quiero, porque me pesa guardarlo y porque me pone que me lo quite ella.

Le cuento lo justo y lo que me sale, edades, camas duras, desayunos tristes, personas que entran y salen, sensación de estar de paso en todas partes. No doy pena, doy datos, meto chistes, meto gifs en vivo, me río de mis trucos para colarme en el cine, de lo bien que mentía en la secretaría del insti, del día que aprendí a hacer transferencias sin tener un duro, escuela de vida no homologada. Me callo lo que más me duele.

Ella no pestañea, solo mastica, bebe, me escucha. Yo voy flojita y a ratos me pasa una chispa por la cabeza de salir corriendo, pero me quedo, porque quiero, porque este juego entre nosotras me salva de mi tendencia a sabotearlo todo en el minuto tres.

Total, la pantomima de la cena sigue, el vino gira, el *sushi* entra, yo ya ni mastico, me lo trago por pura ansiedad. Ella de confesiones sigue en lo justo: cero patatero. Pero eso sí, las miraditas, uf. Esta noche no duermo aunque me pinche un cóctel de Orfidal. Debajo de la mesa nuestras piernas hacen huelga de distancia, su rodilla presiona, mi muslo responde, sus uñas rascan, yo río bajito y juego al despiste, y aun así tengo el cuerpo entregado y la cabeza haciendo pantallazo de cada roce, y me digo «basta ya» y a la vez acerco la silla, y encima me pillo a mí misma buscando su zapato con la punta, muy sutil, muy finita, maruja con posgrado en vicio.

Hasta que, por fin, el universo y todos los santos deciden apiadarse de mí, y la cena, coño, SE ACABA. Menos mal, porque estoy tan pasada de vueltas y tan a rebosar de ganas que si me acerco a una vela, exploto.

Me incorporo y ya. La vergüenza se ha largado sin mirar atrás y yo me quedo aquí, ardiendo, sin bragas y sin freno. Ni pido permiso: me subo encima de Nat, a horcajadas, a saco, con las rodillas clavadas en sus caderas y el corazón a mil. Mi vestido traicionero firma pacto con el mal y se abre por el sitio menos oportuno.

Ella me coge de la cintura, *zas*, me pega a ella, me coloca donde quiere y yo vibro sin pilas ni cargadores, solo por vicio y mala vida.

—¿Aquí? —susurra—. ¿Te pone que nos puedan ver?

Cariño, a mí me pone hasta el repartidor de Amazon cuando me pilla con la bata del Primark y el moño mal hecho, así que con cielo abierto, terraza y la vecina fumando en el balcón de enfrente esto me parece directo con picos de audiencia.

—La verdad es que sí —me hago la chula, porque el teatro me alimenta—. Que se entere todo el bloque, me da igual.

Arranca la verbena. Otra vez. Me estampa un morreo que me deja sin aire y sin queja, me lleva de la mano a la barandilla, hacemos la pose *Titanic* de barrio dos segundos y yo ya me monto la escena cursi en la cabeza con balada cutre y las velas estas del chino, y va ella y me desmonta el guion, me sube el vestido hasta la cintura, me aprieta el cuello y me sopla en la piel caliente del cuello, me dice que me quede quieta y que no mire mientras la oigo trastear detrás con el bolso de los juguetes, *clic*, *clac*, látex, ese ritual que me puede.

Yo ya me huelo el plan y rezo para que caiga un «vuelve a ponerte arriba, guapa», pero no, viene con pose nueva del catálogo Nat, de esas que mi cabeza niega y mi cuerpo firma, me dobla hacia delante y ya estoy con las piernas abiertas agarrada al borde de la terraza, el aire de Madrid metiéndoseme entre las nalgas y yo sin abrigo ni vergüenza, entra con el arnés primero lento y luego sin paciencia, el lubricante frío y mi gemido que se cuela a la calle, me muerde la espalda sin chupar, deja marca sin chupetón, me agarra la cadera, me corta el aire con esa voz que me acelera y me ordena que no me mueva.

El ritmo me pone a sudar, mete y saca con ganas y yo pido más, la punta del arnés me roza donde tiene que rozar y me agarro más fuerte a la barandilla, que está fría, y me entra la risa tonta. Ella me

tira del pelo, me gira la cara, me tapa la boca para bajarme el volumen y me dice sin romper el ritmo:

—Mañana te tengo una sorpresa.

Yo me corro de la intriga, mi cabeza ya monta una película con antifaz, lazo rojo y caja grande de Correos, y no me sale otra cosa que asentir con el culo arriba y los pezones tiesos, el viento pegándome el pelo en la cara y el agobio por si el vecino del quinto estará grabando desde la ventana.

—¿Ah, sí? ¿Y eso?

Intento dar tono fino y me sale ladrido de chihuahua, dientes tiritando y «ojitos de dime ya, mami, dime ya», ella baja la voz a volumen secreto y me da más fuerte, me roza el cuello con el aliento, yo acepto el misterio, gimo, jadeo, me tiembla todo, me pide que aguante y yo aguanto, hasta que la función ejecutiva de mi cerebro levanta la mano con la peor noticia.

—Oye… la sorpresita esa tendrá que esperar, mañana curro.

PAM. Se hace un silencio raro, ella se queda quieta, todavía dentro, me entra un nudo, me dan sudores, mi chocho late con mala leche por interrupción brusca y mi cara se queda en modo error.

—¿Trabajo?

Me lo suelta con foco en la frente. Yo me pongo chula dentro de lo posible, con el pulso a tope, todavía abierta en canal.

—Sí. Tengo que ver a una clienta.

El silencio no raspa, enfría, huele a control, a disciplina de academia militar y yo sin uniforme, yo en bolas y con un ramalazo macarra que me sube por la espalda, me sujeto a la barandilla y sigo mirando la calle para no darle una patada por ansiedad, me sale el humor negro.

—Entiendo.

—¿Entiendes el qué? ¿Que tengo vida? ¿Que no soy tu putita Barbie de colección para cuando a ti te apetece?

—No, eres la putita de otras —dice muy, muy seca.

Me entra la risa interna, el comentario es de meme, me la imagino diciéndolo en un *reel* con subtítulos blancos, y es que es literal, lo tengo en LinkedIn, en la factura con IVA.

—Novedades pocas, reina, desde el primer momento sabías el menú, soy escort, de mujeres, sí, les arreglo la autoestima, les hago un plan bonito, les doy sexo decente, ellas pagan, me dejan propina si el servicio vuela, yo doy las gracias y me voy. Ese es el negocio, lo mismo que tú me haces gratis, pero con Bizum.

Ella me mira con un brillo tenso, el labio le tiembla, a mí me apetece besarle el tic y distraerla, meterle la lengua y reiniciar la partida, pero se pone más seria todavía.

—Pues eso se acaba si vamos a seguir juntas.

Me jode el subidón, me clava el bajón, se me encoje la tripa, sigo en pelotas y me tiembla todo, no sé si acabo de reventarlo o si por fin la toco en el sitio que no reconoce ni su psicóloga.

—¿Te molesta?

Giro la cara lo justo para verla de reojo, cuello estirado, reina de polígono con brillo de sudor y pelo pegado a la sien.

—Sí.

Sale de mí del todo, me deja hueca, siento la ausencia, me recoloco, apoyo las manos, respiro, intento que no se me noten las ganas de volver a empujar para dentro y cerrar el tema a empujones.

—¿Qué parte exactamente? ¿Que trabaje? ¿Que tenga vida? ¿O que no esté 24/7 disponible para que me pongas mirando a Rumanía con la cuerda *fancy*?

—Alaska, no puedo follarte sabiendo que luego te vas y te calzas a otra, aunque haya billetes de por medio.

Me toca el orgullo y la cartera, me da risa y me da miedo, me sale la abogada del diablo con acento de Carabanchel y también la novia pastelera que no existe pero a veces se me activa, y hablo con calma para no liarla más.

Me doy la vuelta, me acerco despacio, me pongo frente a ella, le cojo la mano y me la pongo en la garganta sin apretar, le dejo ver que sigo mojada, no disimulo, le digo bajito que me tiene, que me haga lo que quiera ahora, que el debate de recursos humanos lo aparcamos después del orgasmo, y si le jode tanto, que me proponga reglas en condiciones, y si no, que se aparte y me paso el

satisfyer, que no me pienso ir a dormir con las piernas temblando y el cerebro a medias.

Ella no sonríe, no se ablanda, pero me toca con el pulgar, me respira encima, me confirma que sigue aquí.

—A ver, Nat, aterriza. ¿Qué narices somos tú y yo? ¿Esto es una relación, una movida con reglas? Porque si me quieres con alma, con bragas y con horario, lo mínimo es saber quién eres. Ni siquiera sé tu nombre real y estoy aquí con las piernas marcadas por tus cuerdas y el coño haciendo palmas, que muy normal no es.

Ella no dice nada al principio, suelta aire.

—Velikanova. Natasha Velikanova. Raíz rusa.

—Vale, guay. ¿Y qué hago con ese dato, reina? ¿Te guardo en el móvil como Ama Velikanova, con corazoncito negro, te busco en Facebook, te pongo tono de llamada soviético o qué?

—Querías saberlo. Ahora lo sabes.

—No me vale. Quiero más. Quiero saber si roncas, si dejas uñas en la bañera, si bloqueas a tus ex o les das *like* pasivo agresivo, si te has enamorado alguna vez y te dejaron en visto, si te rajaron el pecho y te hiciste la dura delante de tu abuela. Y también quiero saber si vienes aquí a atarme, a girarme de espaldas, a ponerme de rodillas y a decirme «nena, quieta, buena, eso es», mientras yo pienso en quién te hizo esa coraza.

—No se me da bien contar cosas personales, Alaska —responde —. Y no cambia lo que quiero.

—Perfecto, pues seguimos. ¿Tú qué? ¿Te sales del mercado o me pides exclusividad del chichi mientras tú sigues de gira por camas ajenas con la excusa del misterio?

—No voy a estar con nadie más —dice lenta, sin drama—. No mientras esté contigo.

—Entonces, define. ¿Somos pareja oficial con foto cutre en navidad, somos dos que se lo montan y ya está pero con reglas, somos follamigas? Necesito rótulo, que luego me lío.

—Lo que tú quieras, Alaska. Lo único que no pienso es compartir.

Me entra una risa nerviosa, medio ataque de ternura, medio me cago en todo. Y aun así levanto la barbilla, que se note que tengo dos neuronas peleando por el control de la nave.

—Espérate, que no me cuadra. ¿Me estás pidiendo que cuelgue el curro que paga la calefacción, el *sushi* del finde y la terapia de los martes, todo por esa vena posesiva que te ha entrado justo hoy?

—Sí.

—¿Así, sin plan B, sin un «te quiero», sin promesa de *sugar baby* hasta la jubilación, sin cláusula de devoluciones si se me rompe el corazón antes de Navidad?

—Sí.

Yo me quedo quieta. Piel calentita, la cabeza sacando listas de pros y contras. Me dan tentaciones de decir que sí y que me suba la falda, que me use, que me remate contra la mesa y que me deje dos días sin pensar, porque esta parte sumisa mía es un juego que me pone tontísima. Y a la vez sale mi lado contable: esto no cuadra, niña, que tú tienes facturas, no estampitas.

Me acerco sin hacerme la fuerte.

—Te juro que me trago el orgullo y te digo «señora», me abro, me giro, me callo, me dejo hacer, me dejas chorreando con dos órdenes, pero también quiero saber si me vas a abrazar cuando apague la luz, si mañana me vas a escribir un mensaje decente y no un emoji seco, si me vas a presentar a alguna amiga, si vas a venir conmigo al cine, si voy a existir fuera de la cama, vamos.

—Si estás solo conmigo, lo que quieras. Si no, no. Yo no comparto.

Otra vez la risa idiota. El cerebro me empuja al sí y el estómago se queja, y yo sigo hablando, por no llorar.

—Tía, esto huele a ultimátum con lacito. Tú me das exclusividad y yo te doy exclusividad, vale. Pero tú me pides que cierre el chiringuito sin promesa de nada estable. Al menos dímelo bien entonces. Dime que me quieres cerca, que vas a aguantar a mis amigas en Nochebuena, que no me vas a *ghostear* si mañana me da un ataque de inseguridad y te llamo tres veces, que no voy a terminar en terapia por ti mientras tú haces yoga y te haces la ausente.

—Te he dicho lo que hay. Elige.

Se me cae el alma al suelo un segundo, la recojo, me enjuago la cara con el dorso de la mano, respiro.

—Vale. Pues yo te digo lo mío. Me tienes muy fuerte. Me tienes mirando tus uñas, tus pestañas, tus cejas, midiendo la distancia entre tu boca y la mía. Y me doy éxtasis con eso, porque es un juego que me calienta y me vacía la cabeza. Pero no voy a tirarme del balcón laboral sin una red mínima. No soy una heroína. Soy Alaska Vázquez, tengo facturas, tengo hambre y tengo orgullo cuando me conviene.

Ella no contesta. Hace ese gesto de ajustar la postura y me rasca el mentón con el dedo. Se me enciende todo, de la tripa hasta el cuello. Me muerdo el labio. No digo nada. Mi cara dice «amarra», mi mente dice «negocia», mis piernas dicen «abre», mi cuenta bancaria grita socorro.

—Ven conmigo a la cama —le suelto, bajito—, y mientras me follas, suéltame algo real. Un dato, una promesa pequeñita. No te pido un piso ni un anillo, te pido que te quites la máscara cinco minutos. Dame eso y ya hablamos del curro.

Ella me clava las palabras.

—No comparto. Luego si quieres hablamos lo demás.

Me sube el fuego y me baja la paciencia. Me aparto un palmo. Y me pongo de frente con esa pose de señora que friega y manda, muy teatrera, muy yo.

—Pues nada. Fin del turno. Cierra tú. Yo me quedo con las piernas temblando, gracias. Si mañana me despierto y me has escrito algo que no sea un emoji, hablamos. Si no, ya me verás en historias probando pintalabios y cobrando, que la vida sigue.

Las velas dan una luz cutre que me deja la piel de gallina. La terraza se queda fría. Yo más. Y aun así me río para dentro, porque vaya cuadro.

—Última llamada —digo, ya en la puerta, empujándola hacia fuera —. Si no compartes, aprende a cuidar. Si no, me pierdes. Y yo no pienso perderme a mí.

Cierro. Y me oigo a mí misma diciéndome «mañana te arrepientes, mañana le escribes, mañana te arrodillas otra vez». Y otra voz me contesta por dentro cabreada: «mañana nada, niña, mañana cobras, te haces las uñas y te compras un kilo de chocolate». Y si ella quiere, que se moje. Que me diga «ven».

Y aquí estoy. Con ganas. Con miedo. Con risa floja. Con las piernas marcadas y el corazón con escalofrío. Y con una única norma que me repito hasta en la ducha: yo juego, yo gozo, yo obedezco, pero yo también elijo.

Capítulo 13

Estoy delante del espejo, en bragas, con un sujetador sin relleno que me aplasta emocionalmente y un pintalabios rojo en la mano.

Tengo UNA PUTA HORA para dejar de ser la pava con resaca de lágrimas que fui anoche (o hace cinco minutos, ¿quién controla ya?) y mutar en la diosa del sexo. La clienta de hoy no es cualquiera, no: es mi señora VIP, la abogada que viene apurada por la vida y me paga más que una noche en el bingo. De esas que te sueltan toda la mierda emocional mientras tú le das un masaje y te cuenta que su ex es una psicópata y el jefe un hígado con corbata, y tú le das el plus con final feliz y caricias personalizadas. Básicamente, soy su oasis con sexo y, si hace falta, con charla profunda.

Le molo yo, le va mi rollo de chica con calle que sabe lo que quiere, o al menos fingirlo muy bien. Cada vez que aterriza en Madrid, llamada al canto. Soy su parada obligatoria, su caprichito exótico, su momento de «voy a pagar una pasta para que alguien me haga sentir que todavía estoy vivita y coleando».

—No quiero ir —bufido de niña de ocho años cuando ve espinacas en el plato.

Mi fantasía: caer desmayada. O llamarla y decirle: oye, te juro que hoy tengo narcolepsia, que me caigo redonda, que me he contagiado de tristeza crónica y mi coño ha pedido la baja. Pero luego me acuerdo de la cuenta corriente y la fantasía se va al váter.

Vega se asoma por la puerta justo en mi punto álgido de autocompasión. Me remira de arriba abajo.

—¿Y ahora qué movida te tiene atrancada, diosa del melodrama?

—Anda, cállate un poquito —le suelto mientras intento hacerme la raya del ojo. Si parezco un mapache, culpa suya. En mi cabeza le arrojo el lápiz, dardo ninja: ¡zaca! Vega neutralizada. Qué paz, de verdad.

—Dice la que anoche quería orgía bajo las estrellas, con farolillos y makis —me pincha, que le encanta el salseo.

—Pues hoy no tengo el cuerpo. Estoy rayada. Y me duele todo.

—Y otra vez por la colega esta, claro. —Pone voz de madre de barrio—. ¿Qué te ha hecho hoy la dómina rubia? ¿Te ha puesto deberes de sumisa o te tiene castigada sin postre?

—Nada, tía. Que la tipa me ha salido intensa. Que la muy cabrona ahora quiere exclusividad, ¿sabes? Y si quiero seguir en el castillo encantado del sexo, tengo que colgar el tanga de leopardo. O sea, dejar el curro —le explico con aspavientos y pataleta incluida.

—Pero bueno, ¿y esa tía quién se ha creído que es? ¿La Papisa lesbiana de Roma? —Vega se cruza de brazos, ofendida—. ¿Y tú qué le has dicho?

Yo en mi fantasía le he montado un pollo que ni en *Sálvame Deluxe*, con gritos, lágrimas y un «¡tú no me vas a decir a mí lo que tengo que hacer con mi vida, so mamarracha!».

—Pues… que no. O sea, sí pero no. Pero… igual sí, pero muy poco. Pero en el fondo… igual hasta la entiendo. Muy poquito, ¿eh? De esos poquitos que si pestañeas se va.

—Ilumíname, Lasky, que no llego. ¿Me lo dices en serio? Una tía que todavía firma como «misterio burocrático» ya quiere decirte cómo pagas el recibo de la luz. ¿Nos hacen un test de tontas en la puerta o es que lo llevamos de serie?

—¡No es tan fácil, Vega, joder! —exclamo, tirando el pintalabios al lavabo—. Que no es una orden marcial, ni me lo ha gritado ni exigido. Solo lo ha dejado claro: ese es su límite, no le mola. Igual que tú con los pies helados en la cama, pero multiplicado por mil.

—Ajá, clarísimo, vamos. Ahora tienes que montar tu vida alrededor de sus condiciones para gustarle. ¡Venga ya, Alaska, espabila, que hasta la nevera tiene más personalidad últimamente!

—¡Tía, bájale! —le meto la voz porque me sube calor por la nuca —. Que a ver, tampoco es tan raro que, si le importo, pues no quiera que comparta sábanas con media provincia. ¿Tú podrías? ¿Te molaría que tu rollo tuviera la agenda llena y cobrara por horas? Ni de coña, ¿no?

—No. Pero lo que tampoco haría es meterme en un jardín con alguien que sé que se dedica al noble arte de dar placer por pasta y luego molestarme porque mi churri tiene más citas que el médico de cabecera.

—Ella no sabía que iba a pillarse, porque esta está pilladísima, Vega, te lo digo yo, que no estoy flipando. Yo creo que ni se lo veía venir, la pava seguro pensaba echarme un par de polvos y desaparecer, y ahora va y se raya. Es que se le nota mogollón, la pobre. Y a ver, no voy a mentir, me mola un poco verla celosa… que le suma puntos de persona normal. —Me entra la duda—. ¿O soy yo la tóxica aquí?

—Anda ya, lo que me faltaba a mí por oír —dice Vega, con cara de que le estoy dando arcadas existenciales—. ¿Pero tú? ¿Tú qué coño quieres? —Y me clava esos ojos suyos igualitos a los míos, pero en versión «o sueltas la verdad o te parto la cara».

Me miro en el espejo del pasillo. Labios rojos, base medio regular, ojeras con historia. Estómago apretado.

—Ni idea, tronca. Quiero a la rubia. Me flipa. Y no quiero dejar el curro de golpe. ¿Qué hago, me apunto a limpiar portales entre polvo y polvo y a rezar para pagar el alquiler?

—Pues más te vale ir sabiéndolo, Alaska, porque estás a un kiki de convertirte en la sombra de esa tía.

—Joder, no me rayes así —protesto, medio a la defensiva, medio a puntito de liarme a llorar—. Que ni la conoces, ni sabes cómo es. No es la típica manipuladora, que aquí la única que me come la cabeza soy yo misma. Esta me cuida de verdad, Vega, me trata…

Me callo en seco. Porque tampoco sé qué sigue ahí. ¿Me trata de qué? ¿De «te quiero pero si puedes no respires fuerte»? ¿De «te hago sentir especial hasta que llegue el Uber»?

—¿Qué? ¿Cómo te trata? ¿Cómo a una niña que hace todo lo que ella quiere?

Asiento, claro. ¿Y cómo no voy a asentir? Es que lo que me sale por dentro no tiene explicación que lo resuma bien. Me tiene pillada, coño.

—Me he enamorado, Vega. Nunca me había pasado. Me pongo nerviosa, me sudan las manos, me da por escuchar baladas en

Spotify y eso ya es señal de alarma.

Vega suspira, de esas veces que parece que se le va a escapar el alma por la boca. Da un pasito atrás, buscando perspectiva para analizar el desastre que tiene delante. O sea, yo.

—Pues nada, Alaska, esto es lo que hay —termina con esa paciencia de madre que ya no tiene fuerzas para más—. Hazme un favor serio: no confundas un orgasmo con que te quieran. Placer es una cosa, querer es otra. Mañana pides cita con la psicóloga y le cuentas este follón, tía.

Se va. Me quedo plantada en mitad del salón con el pintalabios fatal. Intento no tocarme la cara para no empeorar el cuadro. Me miro de lejos y parezco presentable; me acerco un poco y me veo el contorno corrido. Por dentro hay atasco de pensamientos y ninguno tiene dirección.

Agarro la chaqueta y el bolso, plan de salida rápida, piloto automático activado, pasos cortos, respiración normal. No abras WhatsApp de Nat, tira para la puerta.

Y entonces suena el timbre y me pega un susto que me pone los pelos de punta, me retumba el abdomen, se me seca la boca, noto el pulso hasta en las sienes.

Abro y está Nat, con su abrigo negro, el pelo repeinado, la mirada limpia pero afilada, nada de risas, los labios en reposo y la postura recta. Se cuela en casa y cierra con un toquecito de cadera que me anula cualquier escapatoria absurda, deja el bolso en la silla del recibidor, me mira entera de arriba a abajo y me corrige el pintalabios con el pulgar, lento, seguro, sin decir nada, el dedo tibio, el roce justo. Yo tengo la boca a punto de abrirse para chuparle la yema y llevarme mi barra de labios de vuelta, pero me aguanto por no hacer el numerito a los tres segundos de verla.

—¿Vas a irte? —Su tonito me suelta el reto del año: elige bien.

Me pongo el traje mental de escort que se sabe la tabla del ocho, factura bien y no regala cancelaciones ni por Reyes.

—Tengo una cita con una clienta —me sale de carrerilla—. Cerrada desde hace días, ya pagó, tiene el *outfit* montado y el coche en camino.

Nat se planta en el marco de la puerta con los brazos cruzados, parece la guardiana de una discoteca de Serrano con la lista en la mano. A mí se me encoge hasta el pendiente del cartílago. No levanta la voz, pero el ambiente baja unos grados, mi piel lo nota, el aire pesa, y me siento atrapada. Y oye, me pone un poco.

—Es una noche, nada más —añado, y me oigo suplicar en Dolby Surround—. La hago, la cierro y vuelvo. Y si quieres pactamos, firmas, reglas, me pones alarmas en el móvil, lo que te apetezca. Solo te pido no dejar tirada a una señora por WhatsApp con un emoji triste.

—Yo no te he pedido nada, no tienes que pedirme permiso.

—¿Perdona? ¿Cómo que no?

—¿Qué tengo que pedirte yo, Alaska? Haz lo que te salga. No soy tu dueña ni tu jefa ni tu novia. Si te quieres ir, vete.

Tengo la lengua en huelga y a la vez me pide guerra. En mi cabeza ya hay portazo con banda sonora de festival, yo con tacón clavado y ventilador que me da pelazo. En paralelo me veo dándole un beso en la frente y soltando «vale, dirige tú, dime dónde me pongo, que yo firmo». Sí, fatal. Lo sé. Ella sigue ahí, estatua. Lo disfraza de frialdad, pero le tiembla un poco la mandíbula, detalle mínimo que a mí no se me escapa ni de broma.

—Te estoy diciendo que esto es un hasta luego, Mari Carmen. Cierro tema, vuelvo, nos reímos, me cacheas si te apetece y seguimos.

—Tú misma me dijiste que tu cuerpo es tu imperio. —Dedo arriba —. Que nadie te pone puertas. Ni yo. Pues perfecto. Decide.

—No es capricho, joder, es responsabilidad profesional. No dejo a una señora colgada en Telegram con un *sticker* de gatito y un lo siento, soy humana.

—Entonces —dedito arriba otra vez, funcionaria de mis nervios— no hay más tema. Vete. Si eso toca, vete.

—¿Y tú qué? ¿Te vas a quedar ahí fingiendo que te da igual?

—Sí. —Da un paso al rellano—. No voy a hacer teatro ni voy a suplicarte. Lo que no trago, no lo trago. El drama te lo quedas tú.

—¿Esto qué es entonces, tía, la liga mundial del drama lesbiano? ¿Gana la que más aguanta mirando al horizonte sin llorar?

—Tú sabrás —me suelta—. Yo venía a ver si aquí queda algo vivo.

—Pues joder, me estás pidiendo que mande a paseo mi vida por un polvo de lujo y cuatro frases bonitas susurradas en la cama. ¡Si te tengo ubicada desde hace dos telediarios y medio, Nat!

—No. Yo he dicho que no comparto mis juguetes. Si tú puedes con eso, adelante. No soy la mala por decirlo en voz alta.

Me pican los ojos y me como el orgullo. La tía esta saca la artillería pasivo-agresiva y ni se le mueve un pelo. No monta numerito, solo límites. Y esos límites me duelen y me excitan, qué vergüenza admitirlo, porque la idea de pertenecer un rato me enciende botones internos que ahora mismo están en noventa y cinco por ciento y piden carga rápida. Fantasía exprés: su rodilla entre mis piernas en el recibidor, mi falda arriba sin pregunta, mi espalda arqueada contra la pared helada, su voz en mi oreja diciendo «quieta», mi móvil tirado en modo avión, la clienta cancelada con un audio de ocho segundos y yo temblando con ganas de dejarle un *souvenir* con dientes en el hombro.

—No sé qué hacer —susurro, y bajo la cabeza medio centímetro, reflejo pavloviano.

—Sí lo sabes —contesta—. Lo que pasa es que no te gusta.

Silencio. Yo con el bolso colgando y el estómago dando vueltas. Ella recta, con la espalda firme y la razón pegada en la cara. Y en mi cuerpo hay un pique raro entre la profesional de calendario y la mascota voluntaria de Nat, y me dan ganas de decirle que vale, que lo que ella diga. No lo digo. Pero mi cuello se inclina un poco y mis piernas se pegan, señal interna de alerta de calentón absurdo.

—Al suelo —dice bajito.

Mis rodillas se flexionan medio centímetro sin permiso. Me escucho respirar, mi pulso se desordena y me entra la risa porque qué humillación tan tonta, y qué ganas tengo de darle el gusto. No me arrodillo del todo porque sé que si lo hago me quedo, y la clienta me deja *review* de dos estrellas y me cierran la cuenta en la *web*. Me enderezo. Me muerdo el labio. Me odio un poco. Me encanto un poco.

—No puedo —escupo—. Pero quiero. Y ese es el problema. Quiero quedarme y que mañana me mandes un audio con lista de

normas, y a la vez quiero mantener mi curro limpio y no quedar fatal.

—Tu decisión.

Me quedan quince minutos para salir decente. Me veo en el espejo del pasillo con maquillaje de guerra y cara de niña que pide recreo. Me tapo la boca, respiro, pienso en mandarle a la clienta un audio con voz rota, hablarle de fiebre, de gastro, de una urgencia veterinaria del gato. Pero me digo «no seas cutre, Alaska, eres cortesana, no *community manager* del embuste».

—Si me quedo, me vas a mandar —digo—. Lo sabes. Y yo voy a obedecer y a reírme por dentro de lo gilipollas que soy. Y luego me va a dar ataque de culpa. Y si me largo…

—Mañana no me esperes.

Me aprieto el bolso al pecho. Estoy a punto de decir «vale, bloqueo a la clienta, cojo el móvil y mando Bizum de devolución, me desnudo, me pongo de rodillas y cierro sesión en el mundo». Estoy a punto. Pero no soy tan valiente o tan inconsciente. O las dos. Me rasco la nuca, sonrío sin ganas, le miro la boca, me trago el gemido que me sube por la garganta solo de verla plantada con ese mando invisible.

—¿Y si… me quedo?

—Entonces mañana sabrás lo que es que alguien te escoja de verdad. Sin peros.

La voz se me atasca un momento, sin saber si lo que acabo de oír es una amenaza, una promesa o solo un delirio mío después de tres días sin dormir bien. Sea lo que sea, te juro que me pone los pelos tiesos y las bragas al borde de un ataque de ansiedad.

Me muerdo el labio haciendo tiempo y mirando el reloj del móvil, indecisa. No tengo ni puñetera idea de qué hacer, pero tengo clarísimo que delante de mí no hay solo un pibón, esto es una de esas bifurcaciones vitales que en las pelis se ven tan chulas en blanco y negro.

—Entonces… —me sale un susurrito con voz de «¿me echas la bronca o me pides matrimonio?»— ¿O sea que ahora sí vamos a rollo novias o qué?

Ella me echa una mirada que hace que yo fantasee con vestidos blancos y considere contratar una *wedding planner*.

—¿Vas a ser mi novia, Nat? ¿Nos vamos a poner a hacer cosas de novias?¿Vamos a hacer cosas serias o solo las otras, las de correrno s y gritar palabras raras?

Por primera vez la noto dudar, titubeo real, el ojo húmedo a punto de hacerme pupita en el pecho, me da ternura, me ablanda, odio esto y a la vez lo quiero.

—¿Eso es lo que quieres tú? —me pregunta con voz que no suena a comando militar ni a *dominatrix*, sino a persona real que igual tiene ataques de ansiedad por las noches.

—Que yo… yo qué sé —balbuceo—. Que a ver, no es solo sexo para mí. Qué quieres que te diga, se me ha ido de las manos. Me levanto y me huele la almohada a ti, y no la pongo a lavar porque soy gilipollas. Me ducho y me imagino cualquier cosa menos funcionar como persona. Y me flipas, Nat, hasta el punto de que un poco me pienso dejar el curro por ti. Solo que a veces, contigo, siento que me tengo que desconfigurar entera para que tú no salgas por la puerta.

—¿Eso no es lo que todo el mundo te pide?

—Sí. O no. Lo que sea contigo me jode el triple.

Nat se acerca. Un solo paso y ya, pero juraría que me agarra del estómago y me da la vuelta.

—Mira, Alaska. —Se coloca delante y me agarra por la cintura—. Yo no sé ser una novia Disney. Pero si dejas ese curro y apuestas por nosotras, yo voy a intentarlo de verdad.

Yo me imputo en la siguiente fantasía: yo con delantal de lunares, cortando zanahorias, ella afilando látigos y poniéndome una lista de tareas en ruso en la nevera. Viva el amor radical.

—A ver, cariño, ¿esto es una propuesta romántica, es una amenaza, o pasamos directamente a contrato blindado con orgasmo y cláusula de que me puedo largar si te pones más intensita que yo?

—Es una advertencia. —Sonríe, por primera vez desde anoche no parece que le salga fuego por los ojos. Y eso ya es progreso—. Te puedo dar todo lo que tengo, Alaska. Lo bueno y lo regular. Lealtad, placer, lo que me dejes. Elijo, eliges. Pero sin truquitos.

—¿Entonces tú también te vas a portar bien o aquí la única que tiene que darse de baja de la vida pirata soy yo?

Necesito que me lo diga todo claro, fin los charcos emocionales.

—No tengo a nadie más —me lanza segura—. No desde que entraste tú dándolo todo, con ese pintalabios y esos ojos que tienes. Si te quedas, Alaska, que quede claro: ni hay otras, ni va a haberlas. Palabrita de rusa.

Me tiembla el labio y, sinceramente, no sé si es porque acaba de meterme un subidón, porque me entra pánico escénico, o porque estoy a dos minineuronas de tirarme sobre ella. O puede que sea todo junto, porque mi cuerpo es muy de montar efectos mariposa, pero versión drama lésbico. Por primera vez desde que empezó este culebrón entre porno y *thriller* raro, siento que esto ya no es el sustito de «ay, ¿y si no le gusto?». Nah. Esto es miedo nivel «como se pire, me hago testigo de Jehová para no volver a sufrir».

Porque, vamos a ver, Nat no es de las que suelta faroles. No sé si es alérgica a los mariscos, si llora con *Titanic* o si le dan repelús los payasos, pero la tía, cuando se pone seria, se pone seria. Así que si ahora se esfuma, dudo que la vuelva a ver, y eso me da más miedo que quedarme sin trabajo.

Se mueve hacia la puerta, y yo, sin pensar, le agarro la muñeca. Me sale del cuerpo, reflejo puro.

—Espera.

Nat frena. Yo dejo de hiperventilar y me entra una calma rara.

—Escúchame —digo, tragando orgullo, saliva y nervios—. Lo de esta noche… es solo una cena. No voy a acostarme con ella. Ni un dedo le toco. Ni dejo que me toque, vamos. No puedo plantarle el fantasmón así, le debo al menos la despedida decente, ¿no? Pero sexo, ni por asomo. Te lo juro y lo rejuro.

—¿Seguro? —duda ella.

—Solo quiero cerrar esto bien. Decírselo en persona, que estoy en otras. En algo que todavía no tengo nombre para ponerle, pero que me tiene haciendo el pino interior. Quiero acabarlo normal, como gente civilizada y no como esas histéricas que dejan a todas colgadas con un emoticono. ¿Me sigues el rollo?

Silencio. Noto cómo la mandíbula me vibra, la vergüenza me trepa por la garganta y las ganas de soltarle otro *speech* me bailan dentro. Pero ella no me suelta la mano. No sigue andando.

—¿Vas a contarme la verdad después? —me suelta, mirando, yo qué sé, mi karma o mi aura.

Asiento tan rápido que me choco el cuello con la barbilla.

—Te narro hasta los ingredientes de la ensalada, tronca. Lo que quieras: te hago el *after action report*, la *review* TripAdvisor, el *moodboard*. Si hace falta te traigo el *ticket* del restaurante y lo analizamos juntas, versión bolleras intensas máximas.

Se le escapa una sonrisilla minúscula, de esas que si te pilla el sol piensas que la has soñado.

—No hace falta el *ticket*. Pero sí quiero que cumplas tu palabra.

—Trato hecho —respondo, tan solemne que casi me arrodillo—. Prometido delante de la Virgen de la ansia viva.

Nat baja la vista a mi mano, la gira y entrelaza sus dedos con los míos. Yo, por dentro, «Houston, se me cae la ropa interior».

—Solo te pido una cosa —me lanza, con voz de jefa.

—Dime, reina, ¿qué se te antoja? ¿Que te traiga la cabeza de mi clienta en una bandeja de plata o que me tatúe tu nombre en el culo con tinta invisible?

Se ríe porque no puede evitarlo. Gracia le hago, eso es seguro. Pero enseguida se pone seria.

—Cuando salgas por esa puerta, le vas a decir a tu jefa o a la cúpula sindical de escorts, que te vas del negocio porque estás con Natasha Velikanova. Quiero que lo sepan. Así clarito. ¿Sí?

Y yo ya me veo presentándome en la agencia: Bea, cariño, que me he echado una rubia dominante que huele a peligro y me dice que o cierro el chiringuito o me corta el suministro de cariñitos. El amor es así, jefa, ya sabes. Porque casi suena romántico, sí, pero de la boca de Nat sale con vibraciones de amenaza fina.

—¿Te apunto en la agenda del móvil como *Domina* rusa de mis noches o prefieres mi amada misteriosa de los martes y los jueves?

Me aprieta la mano, no me suelta, yo aprovecho y me pego un poco más, por si acaso esto se pone místico. Y me besa. De verdad. Sin orden, sin regla. Me come la boca, despacio, firme, me agarra la

nuca, yo respondo, se me va el equilibrio, me olvido del reloj, del pintalabios, de la cena entera. Me calienta el cuerpo y me deja temblando.

—Vale, vete —murmura.

—Pero… ¿esto es permiso oficial o modo «mejor vete no sea que me dé la vuelta y te monte una escenita de celos en directo»? —le pregunto, medio coña, medio esperando que me dé una excusa para quedarme en casa haciéndole mimos y jugando al *Twister* en pelotas —. Que voy a estar en el restaurante de al lado del Ritz, ¿eh? Si no confías en mí, puedes venirte a tomar una copa al bar y vigilarme desde la distancia, como si fueras mi ángel de la guarda con abrigo caro y ganas de gresca.

—No —dice, y me clava esos ojos azules que parecen dos cubitos de hielo en un vaso de vodka—. No hace falta.

¿No? ¿No qué? ¿No le importa que vaya o no confía nada en mí? Con esta tía todo puede ser verdad. A mí me sirven las dos. Me sirve que me deje suelta pero atada en la cabeza, me sirve que me marque las reglas y yo juegue a cumplirlas, me sirve saber que si me desvío un centímetro me cae bronca y cama. Me guardo la risa, respiro, asiento, le doy otro pico rápido, me recoloco el vestido, cojo el bolso, me repito el mantra cero sexo y camino a la puerta con el móvil vibrando, con su olor pegado en la lengua, con la certeza rara de que hoy, si lo hago bien, vuelvo y me premio a lo grande, rodillas al suelo, manos donde ella diga, y yo feliz, actriz principal de mi propio circo privado.

Capítulo 14

El restaurante es elegante sin pasarse, bonito, discreto. Estoy en una mesa para dos, frente a Marina, que lleva un vestido burdeos y esa sonrisa suya de «te he echado de menos, pero no lo diré porque soy abogada y tengo una reputación que fingir».

—Estás más guapa —dice, nada más sentarse.

—Y tú más estresada —le contesto, porque tiene ojeras de posguerra y el cuello tenso.

—Barcelona me exprime. —Suelta el bolso en la silla con drama—. Pero Madrid me salva. Una semana aquí es un chute de terapia, pero sin diván ni recetas.

Me río, porque lo suyo siempre ha sido así de melodrama chic. Marina fue mi salto al vacío, mi primera clienta, y de las buenas, si es que eso existe. Es imposible sentirse seria mientras cobras por escuchar cómo su ex la dejó por una *coach* de pilates y, de regalo, le limpias los mocos y le sostienes el moño cuando se le va la sobriedad y empieza la función: Oda al trauma sentimental en tres actos.

Lo nuestro es un experimento que no entiende mi terapeuta ni falta que hace. Mitad confidencias, mitad kiki con factura, nada de ñoñerías, buen servicio postventa, que se resume en: aquí no hay para siempre, reina, pero sí para todo lo demás, como la MasterCard. Si hay que llorar, se llora. Si hay que sacarse una teta para aliviar tensiones, pues también.

Todavía me acuerdo de la primera vez, yo estaba nerviosísima, ella impoluta, traje sastre y cara de «hoy empapelo a alguien por usar mal un punto y coma». Yo, recién bajada del centro, pensé: «esta me va a poner a recitar el Código Penal mientras me enjabona con aceite de lavanda». Pero al final, resultó ser más normal de lo que parecía.

Caen un par de copas de vino, y no de ese peleón que te deja resaca de tres días. No, no. Marina es de las que sabe que la vida es muy corta para beber vino malo o tener orgasmos mediocres. Amén, hermana, predica con el ejemplo.

—¿Qué, mucho filete nuevo en catálogo o sigues con las de siempre, las que ya controlas a nivel gato, trauma y manías? —pregunta cruzando las piernas con coreografía de internado caro.

Lo del filete me saca la risa. Me veo detrás de un mostrador cortando lonchas de cariño y envolviendo en papel dorado ratos de compañía. Si me pongo fina, hay clientas que buscan lomo y otras piden picadillo para sofrito emocional. Nada que objetar.

—Pues ya sabes, lo de siempre. Las fijas, que ya son como de la familia sin discusiones por el mando de la tele, y alguna que otra alma en pena que aterriza en mi consulta sentimental en busca un milagro para el clítoris y un apaño para el corazón roto. Vamos, que mi coño se está convirtiendo en el Lourdes de las lesbianas desorientadas.

Marina se parte. Esa risa suya que va entre adoptarme o empotrarme en el baño, plan A y plan B compatibles. Mi sarcasmo le funciona mejor que el CBD. Si cobrara por cada carcajada, me retiro antes de Navidad.

—Tenía ganas de verte —me dice bajito—. Tú me centras.

Me dan ganas de darle un folleto mío con fallos, erratas y foto sin filtro. Yo la centro, dice. Si me pierdo hasta en el pasillo del súper. Sonrío, que para eso he venido.

—Ah, sí. ¿En qué eje? ¿X, Y o ese de «sácame de aquí»?

—Me recuerdas que no todo es firmar y aparentar que tengo el coño blindado. Que hay vida fuera. Contigo me acuerdo de que tengo carne.

Y qué carne, Maritere. Me bebo el vino de un trago. Necesito azúcar rojo en vena. Llevo el día con la mandíbula crujiéndome, el pecho apretujado, el chichi despistado. Y aún me queda noche.

Arrancamos la cena y, mira, postureo máximo. Marina se pone finolis y pide tartar, carne cruda con estética, yo pongo cara de experta y asiento, sí claro, degustación internacional, y me pido una ensalada para hacerme la saludable, aunque por dentro estoy

pidiendo queso derretido y una pizza familiar entera, con borde relleno y todo. La ensalada verde esa me mira con miedo, sabe que la voy a dejar morir sola.

Mientras ella brujulea con el tenedor homenajeando a su tartar, nos entretenemos rajando de jueces con más odio a las mujeres que caspa en la toga, de su exnovia, que ahora es madre bollera y que seguro que hasta el carrito del crío es vegano y habla cuatro idiomas, y de ese sueño suyo de tener una mansión en Menorca, rollo narcotraficante arrepentida pero con vistas al mar y piscina infinita. La charla fluye sola, como siempre: nivel amigas de toda la vida, pero con facturas cruzadas. El típico guion: ella se cree que me va a sorprender, pero yo ya me sé hasta el final con música de ascensor.

Y de golpe se me corta la risa. Entra Nat. No entra discreta, entra segura, con la cabeza alta. A mí se me tensa la espalda sin decidirlo. Viene con una tía que parece una villana de anime, pelazo liso hasta la cintura, piernas infinitas y cara de china.

Se me desordena el pulso y empiezo a respirar mal, noto náuseas y la silla me resulta pequeña. En mi película mental me levanto, le tiro el vino a la cara, grito «traidora» y me voy rodando por el suelo hasta la puerta, el restaurante aplaude, la acompañante me pide perdón. Pero nadie se levanta. Nadie me mira. Me quedo quieta, sola, el vino se me pega al vestido, el suelo está frío, y descubro que sigo ahí, que no me he movido, que no tengo piernas. Que a lo mejor nunca las tuve. Y sigo sonriendo, por si acaso alguien aplaude igual.

—¿Estás bien? —me pregunta Marina con el tenedor en alto.

Yo solo quiero fundirme con la silla y desaparecer por debajo. Intento sonreír, me sale una mueca rara, aclaro la garganta, trago vino por obligación, anestesia cutre pero me sirve.

—Sí, sí, todo de lujo. Tonterías mías —respondo, con los pelillos del culo en guardia—. Me ha dado la impresión de ver un fantasma. Igual el vino me sienta raro hoy.

Marina me pone cara de «no te lo crees ni tú, churri» pero decide castigarme con indiferencia profesional y se lanza con la última del juzgado, que si un magistrado con teorías de foro oscuro, que si una

abogada que pide aplausos por respirar. Yo asiento, digo «ajá», pero mi alarma interna está sonando a todo trapo.

Y mientras la tía se enrolla, yo juego al «no mires, no mires, oh, mierda, ya he mirado». Tengo el ojo pegado a Nat, que está a tres putas mesas, en primera línea panorámica.

Ni me saluda ni me hace un gesto; ni siquiera pone ese morrito que usa para dejarme tonta. Está tranquilísima, de charleta con la *geisha* del inframundo que la acompaña; las dos, con risitas: ji, ji, ja, ja. A mí se me congela todo. Me dan ganas de ponerme a gritar: «¡Sorpresa, ya no me hace gracia!», pero me contengo.

No pillo nada. A ver, vale que le dije exactamente en qué silla iba a estar sentada, sí, pero ni en mis delirios más chungos (y ojo, que tengo de sobra para hacer un *thriller* con todo lo que me monto en la cabeza) pensé que iba a tener los ovarios de plantarse aquí tan pancha… ¡y encima con una acompañante! ¡Qué nivel de villana Disney, versión barrio, señora!

La copa se vacía sola. O eso quiero creer, porque ya llevo tres y empiezo a notar que este vino es mentiroso y traicionero. Siento la cara achicharrándose y la lengua afilándose para soltar sandeces a velocidad ultrasónica. Marina, que lleva el hígado entrenado y el decoro intacto pase lo que pase, va brindando conmigo y ni le afecta. Profesional del bebercio: una copa aquí, una indirecta allá, la reina del aguante.

Nat sigue en su burbuja, pegada a la otra, cuchichean y se ríen de vez en cuando, yo cojo aire y lo suelto con ruido, me corrijo la postura, me recoloco el *top*, me recuerdo que llevo braga mona, detalle inútil, pero me da seguridad.

—¿Otra? —pregunta Marina con un arqueíto de ceja que dice «sé-que-estás-a-punto-de-implosionar-pero-disimula-cariño».

—Sí, por favor. —Le hago una señal al camarero, que en realidad lo que necesito es un desfibrilador y un cubo de hielo para la cara, él asiente y trae otra botella con prisa.

El calor me sube por el cuello. Pero no es solo el vino, qué va. Tengo tensión en el estómago, la garganta se me cierra, me siento rabiosa y me da vergüenza ajena de mí, todo junto, mix especial Alaska humillada, añada del año.

¿Qué necesidad tenía Nat de presentarse? En serio. Le conté dónde iba a estar; le prometí que no iba a acostarme con nadie, que era una cena de despedida: «gracias por el trabajo, te mando factura, un abrazo y para casa». Yo, inocente, creyendo que iba a confiar, que iba a entender que no todo gira en torno a su controlito. Qué risa; qué panoli.

«¿Confiar en mí?», dice mi cerebro saboteador. ¿En Alaska, la escort de Malasaña que juega a cambiarse con su gemela y cobra por horas? Novia de manual: cero. Soy la que escondes detrás de la puerta si aparece tu madre con una tortilla y ganas de charla.

¿Por qué iba a confiar en mí? Y aun así, la pringada confiada soy yo. Me comí el cuento de que no tenía a otras, que no iba a jugar a dos bandas, que yo era plan único. Me tragué esas miradas de tiburón que me lanza; me creí esa ceja alzada que me deja blandita y medio idiota. Ahora mírame: sentada con mi copa y sudando por dentro y por fuera.

Ella se planta aquí, versión vigilancia discreta patrocinada por su ego, y me monta un numerito de celos pasivo-agresivos que huele a casposo; me deja el *mood* por los suelos y el coño seco. Le doy otro trago al vino. Y otro. Y otro más. Ya he perdido la cuenta y, sinceramente, me la suda.

Marina me observa. Pero ya no con esa sonrisilla coqueta de «a ver si cae algo esta noche». Ahora lo hace con atención, con cara de abogada lista que huele la mierda a kilómetros.

—¿Qué pasa, Alaska? —pregunta con voz seria.

Yo me hago la fuerte, tipo actriz de teatro de colegio público.

—Nada.

—Ya. ¿Y por qué tienes esa cara de que te acaban de romper el alma?

Suelto aire, cojo la servilleta y me la paso por los labios, teatrera total.

—Marina, no puedo seguir con esto. No puedo follar contigo esta noche. Ni quedarme. Ni cobrarte. Ni nada. Estoy hecha un desastre.

Ella parpadea, se le cae la postura de *killer* y aparece la persona. La mesa se queda rara, el camarero pasa y deja un bol vacío que nadie pidió, yo pienso en pedir *gyozas* para no llorar, soy idiota.

—¿Qué?

—Lo siento. Te lo explico. Es que… estoy viendo a alguien. Bueno, «viendo» es una palabra grande. Follando. Pero también sintiendo cosas. Ya sabes. Y está aquí. —Le señalo la mesa de Nat con disimulo. O eso creo, porque el nivel de discreción que manejo con varias copas de vino encima es dudoso—. Ella, la rubia… es la causante de mi drama.

Marina gira la cabeza, mira dos segundos, vuelve, bebe aire. Y suelta un susurro que me deja sin pestañas.

—Madre mía, Alaska. ¿Tú sabes con quién estás liada?

—¿Qué quieres decir? ¿Es famosa? ¿*Supervivientes*? ¿*GH VIP*? ¿Sale en los *stories* de algún futbolista? —Intento sonar madura; sueno pava. Me doy asco y ternura a la vez.

Ella se inclina sobre la mesa. Mira de reojo hacia Nat y la otra mujer, luego vuelve a mí. Su tono baja, su copa queda olvidada.

—La china de la cara perfecta es Rashel Velikanova.

Velikanova. El apellido de Nat.

Mi cerebro busca parentescos en la nube; no me carga nada, me falla el wifi interno. Pareja, prima, contable, guardaespaldas, analista de datos… yo qué sé. Con que no sea su mujer, me vale.

—¿Eso existe? ¿Rashel? Suena a catálogo de cuchillos o a filtro de Instagram que te deja la piel sin poros y la moral por los suelos.

—Existe. Rashel Velikanova es la mano derecha de la reina de las sombras, Irina Popova. Escúchame en serio, que no estoy de broma.

—Irina Popova suena a diva del pop.

—No, cariño, nada de música. Popova es mafia rusa: *dossier* eterno, rumores de blanqueo, empresas pantalla, barcos, obras de arte y gente que paga en efectivo. Nivel «imposible tocarles un pelo, imposible dejar de temblar cuando entran donde tú cenas *sushi*».

Mi estómago da un vuelco, pero sigo bebiendo, porque el vino es mi valiente compañero en esta situación.

Me giro medio centímetro y pillo a Nat mirándome, dueña del cotarro, sexi y peligrosa, esa mezcla que me deja sin voluntad.

Me escribe al móvil.

Nat: No te muevas 👀

Me entra una corriente por la espalda y asiento sin pensar. Soy un chiste, soy obediente, soy su muñeca. Luego lloraré en el taxi y, mañana, volveré a decirle que no me controle, que yo soy libre. Y volveré a ponerme de rodillas en el salón porque me da la gana y porque estoy fatal y feliz.

—Marina, te debo una cena, te debo dinero por las molestias, te debo un masaje, te debo un chiste bueno, te debo todo. Pero hoy no puedo.

Marina me aprieta la mano, me lee la cara entera.

—Te vas a ir ahora mismo, ¿no?

—Me voy a ir cuando ella me deje levantarme. —Me sale una risita miserable que no me gusta, pero es verdad. Maldita sea. Y ya que estoy, indago—. ¿Y la mía, Nat? ¿Esa también está en el club de las señoras que lavan billetes? —pregunto, metiéndome el vino hasta el esófago para que no se me note el tembleque.

Marina posa la copa, pone cara de señorona que ha visto muchos divorcios y que, si quisiera, podría sacarme del talego con una llamada y tres amenazas veladas. Abogada de las que no preguntan quién fue, sino cómo lo tapamos, vaya.

—A ver, cariño, no tengo el expediente completo de la muchacha. Pero a esa rubia de genética privilegiada que algunas envidiamos con toda nuestra alma pecadora, la tengo medio fichada.

Y yo, que me veo en el espejo haciéndome el *harakiri* con el mondadientes del canapé, grito por dentro: si no me lo cuenta ya, empiezo a masturbarme emocionalmente con teorías locas.

—¡Escúpelo ya, por el amor de Dior, Marina!

—Vale, tranquila. Te cuento, hace un par de años, en el bufete se lio un pollo enorme: demanda gorda contra una empresa que olía a soborno y a billete pasado por lavadora, de esas que mandan la pasta a Moscú en aviones privados con las alas forradas de metálico. Vamos, evasión fiscal a lo grande. La rubia esa se pasó todo el juicio plantada en la última fila sin mover ni una ceja, con cara de mandamás y con esa energía de *bodyguard* bollo que te pone nerviosa hasta si eres heterosexual perdida.

—¿Tú me vacilas o qué? —la atajo—. Se apellida Velikanova, igual que la otra. Me lo plantó hoy en la cara: «Deja el curro ese de

cobrar orgasmos ajenos porque me toca el coño que te folles a cualquiera y, por cierto, me llamo Velikanova, venga, le dices a tu jefa que estás conmigo». Así, toda emperadora de la mafia, como si mi jefa fuera a saber quién es.

—Es que tiene árbol genealógico para flipar, puede que lo sepan.

—Explícate ya, coño, Marina, me tienes atacada.

—Vale, te cuento lo que sé. Rashel Velikanova estuvo casada con un tal Boris Velikanov. Boris era un capo gordo de la red Popova, nivel organigrama con flecha roja y alerta de *criptos* raras. Se divorciaron, pero Rashel se quedó con el apellido, con el negocio y con una colección de empresas que huelen a playa lejana sin chiringuito ni Hacienda. Y Natasha Velikanova —me dice, señalando con la barbilla—, la tuya, la rubia, es la hermana menor del Boris en cuestión.

Me quedo paralizada; ni respiro ni nada. Marina podría robarme el bolso y yo seguiría aquí, en pausa, procesando que mi último enganche sexual es una versión porno y postsoviética de *Los Soprano*. Y yo creyendo que lo máximo que ocultaba era una ex en Londres y un trauma con los plátanos.

El restaurante se me apaga de golpe y me planto en una mesa larguísima: todo el mundo brindando con vodka, tías con chándal retro de Adidas chillando en cirílico, billetes en el aire, servilletas por el suelo, caviar sin cubiertos y un abuelo plantado en la puerta con una escopeta corta. Una fantasía cero saludable, pero me nace sola.

—A ver, Marina —intento que la voz no me salga temblona—, ¿me estás diciendo que la rubia por la que me estoy dejando atar como un lechón y que me haga cosas que no sabía ni que existían en el catálogo de perversiones humanas… es una especie de sicaria con abdominales de acero y un pasado turbio? ¿Que, en vez de un *satisfyer* de última generación, lo que tiene en la mesilla de noche es una pipa con silenciador y una lista de gente a la que hacerle una visita de cortesía?

Marina se encoge de hombros, sin perder el gesto serio.

—Sicaria, sicaria… —susurra.

Y yo, chica, en ese microsegundo me monto ya una peli de Tarantino versión bollera: Nat con traje negro, salto imposible entre

edificios, recita versos en ruso sin despeinarse y le cruje el cuello a un señor trajeado solo con levantar una ceja.

Yo detrás, desde una azotea cutre, con prismáticos y una libreta con tapas de purpurina, tomando notas para mis memorias no autorizadas. Como en los ejercicios del centro: observa, apunta, no hables, sonríe. Aprendí bien. Ahora lo llamo humor, pero sigue siendo obediencia con purpurina.

—No sé si es la palabra exacta, Alaska, pero, vamos, que de monja de clausura tiene poco, y de bibliotecaria con gafas de pasta y problemas de timidez, menos todavía.

Yo estoy a dos frases de sacar la grabadora y el bigote falso.

—Pero, vamos a ver, Marina. —Me pongo en modo periodista pirata—. ¿Esto te lo ha chivado el *Cosmopolitan* versión conspiranoia o me hablas de datos serios, expediente sellado, timbre en la carpeta y gente con traje gris y gesto muerto?

Marina pone cara de «niña, escucha más y habla menos».

—Esa tía no es una civil, te lo digo yo. La vi semanas en el juicio que te he dicho. Ni movía un músculo. Observaba. Los de seguridad del juzgado apretaban la mandíbula cuando entraba. No es una acompañante. Ni la secretaria. Y, si además se va de copas con la cuñada, que es la jefa dos, la Natasha esta no está limpiando mesas en la pirámide del hampa. Está arriba del todo, con llave del ático, vistas al talego, jacuzzi dorado y minibar con vodka que no venden en el AhorraMás.

Visualizo mi esquela: «Alaska, murió como vivió: empotrada, confundida y oliendo a perfume caro de otra». Pero a Marina le pongo la cara de cuando me preguntan si el orgasmo ha sido de verdad.

Se me desmonta la escena entera, la mesa ya no es mesa, la servilleta se me pega a los dedos, el vino me sabe a colonia, y yo quiero abrir la ventana, sacar medio cuerpo y gritar que no estoy preparada para citas con gente que puede abrir cajas fuertes sin mirar.

Y ahora qué, me digo en estéreo, con eco interior. ¿Sigo tirando del hilo y me doy el homenaje hasta que la realidad me parta las uñas y me deje en leído? ¿Le pregunto si entre polvo y polvo

entierra cosas en jardines ajenos o le sonríe a señores con maletines en aeropuertos pequeños? ¿O le mando un WhatsApp con berenjena, gotitas y un ja, ja, ja mal colocado, nivel lesbiana que no ha ido a terapia desde 2018?

Mi entrepierna, dato clínico, se activa solo con pensar en Nat. Todo lo demás se me prende, también.

Y mi instinto, que a veces acierta, me sopla otra idea al oído: Nat podría echarnos un cable a Vega y a mí con lo nuestro, y de paso yo compruebo si el cable es de cobre, de oro o electrificado.

—Corazón, si esa rubia es tu novia, yo no me despido de ti ni con dos besos —bromea (o no) Marina, dándome un empujoncito en el brazo—. Llámame si vuelves a estar libre, y ten cuidado, en serio.

Me manda un beso volador, gira el bolso y desaparece entre el gentío. Yo me quedo plantada en la silla, con el vaso sudando en la mano y el corazón a golpes de batería. Me niego a mirar a Nat, ni de reojo, ni en reflejos, ni en la pantalla del móvil, así que, tirando a cobarde con clase y experiencia en escaqueos, me levanto con lo que me queda de temple, que es poco, y me voy directa al baño, único lugar donde puedo montar drama sin camarero testigo.

Me planto delante del espejo, que por cierto, me devuelve una imagen que ríete tú de las pelis de terror. Las manos me tiemblan y el rímel mejor ni te lo cuento. Me mojo la nuca con agua fría, a ver si se me reinicia el sistema operativo y dejo de parecer un cuadro.

A ver, pava —le digo a mi yo interior, que tiene más calle—, no montes el numerito, no le hagas un audio de siete minutos a tu hermana ahora, respira, coloca el labio, sube el mentón y sal a preguntarle a la señora rubia qué cojones pinta aquí con la cuñadísima Corleone.

Y hazlo sin llorar, sin tembleques, con los dos ovarios en su sitio; y, si te tiembla la voz, finges alergia al hielo picado y ya. Plan sencillo, plan factible, plan del pueblo.

Y justo cuando estoy a punto de convencerme de que puedo ser una mezcla entre Mata Hari y la Veneno, con un toque de Belén Esteban en sus mejores tiempos, se abre la puerta. ¡Chan! Entra Nat. Se apoya en la pared, brazos cruzados, carita de «todo bajo control, incluida tu libido y también tu respiración y tu vida entera».

—¿Te estás escondiendo de mí? Te he dicho que no te levantaras.

Me giro despacio y el cerebro me dibuja dos opciones a todo color: una, soltarle un bofetón de telediario; dos, lamerle la cara hasta que se ría y me perdone todo sin saber qué he hecho. Estoy fatal y lo sé y me da igual, oye.

—¿Te parece que esto es esconderme? —Me giro con actitud de sobrada—. Estoy intentando no meterme un Lexatin con el postre, por si te interesa saberlo.

—Estás temblando.

—¿Ah, sí? Será porque vienes a espiarme mientras cenas con tu maldita cuñada de la mafia rusa.

Ella ni titubea.

—Así que ya te contaron.

—¿Y tú qué pensabas, que iba a veros y a seguir masticando con el clan Velikanova clavado en mi cogote?

Da un paso. Se acerca. Lento. Mortal.

—Te molesta que esté con mi cuñada y te enfada que a mí me moleste que estés con una clienta.

—Lo que me revienta es que hayas venido a vigilarme, Nat. Que, después de lo que hablamos antes, aparezcas aquí, tan fresca, y con otra tía, además. Que yo no sabía que era tu cuñada. Estoy… mira, indignada.

Ella sonríe, con ese gesto de «me lo estoy pasando increíble con tu histeria adorable».

—Eres tú la que está cenando con una mujer con la que follas.

—¡Te lo avisé! ¡Te informé como una lesbiana responsable en una relación no monógama temporal de transición! ¡Que esto, en lenguaje bollero, es declaración de no guerra!

—Y, sin embargo… —susurra, arrinconándome entre el lavabo y la pared—. Mírate. Celosa a más no poder. Desbordada. Intensita. Muy tú.

—¡No estoy celosa! Estoy… ¡confundida! Y cabreada. Y sí, puede que celosa un poco. Pero me lo has puesto en bandeja. Acción y reacción. Lo has hecho para eso. ¿Qué edad tienes tú? ¿Doce años?

—Tú eres la que, después de unas semanas, ya me exige respuestas, besos en la frente y estructuras relacionales. Yo solo

estoy cenando con mi cuñada.

—¡Cuñada mafiosa! —La apunto con el dedo—. ¿Quieres hablar de eso? ¿De tu historia? ¿De lo que no me cuentas mientras me atas como si me conocieras desde la infancia?

—Te conozco más de lo que crees —me susurra—. Y tú a mí igual. Cada vez que te arrodillas para mí.

Mirada directa al corazón y a las bragas, claro.

—¡Yo no me arrodillo! Bueno, solo a veces… pero es con argumento narrativo, ¿vale? Me agacho con intención dramática, que hay diferencia.

Nueva fantasía patrocinada por mi cerebro: me arrodillo, sí, pero para sacarle los grilletes del bolso y ponérselos yo; que quede preciosa de rabia y bien obediente.

En la realidad, su mano ya explora terreno, mis medias ceden antes que yo y me quedo callada y quieta.

—¿Quieres que pare? —me suelta con una voz grave que me sube la tensión y me baja la coherencia.

Mi cerebro intenta firmar un «no, cierre de sesión, Alaska, recupera el control». Pero abro la boca y sale un *sí* triste que no aprueba ni mi yo del espejo.

—¿Segura? —repregunta, ceja levantada, reina del salseo psicológicamente agresivo.

—No —se me escapa en bajito, nivel reunión de Alcohólicos Anónimos: «Hola, me llamo Alaska y vengo a recaer».

Y entonces me besa. Me aprieta contra el mármol del lavabo.

Y yo me rindo. Otra vez. Protestando, por supuesto, mientras ella me levanta la falda.

—Esto es muy inapropiado. Hay gente cenando a diez metros. ¿Y si entra alguien?

—Te callas —dice, deslizándome las bragas a un lado—. O te pongo una servilleta en la boca.

—Eso es manipulación, cariño. Emocional, administrativa y corporal —le rebato, aunque me estoy deshidratando del morbo.

—Y física, guapa —replica ella. Y ahí ya ni protesto. Me gana siempre la última palabra, la muy hija de Putin.

—Jooooder…

Qué pena doy: mitad vestida, mitad tirada, bragas haciendo tope en la rodilla, mi amor propio en la puerta pidiendo un cubo de cerveza y el orgullo con el móvil en modo avión para no enterarse.

Mi yo intelectual se tapa los ojos con dos posavasos imaginarios y se pone en modo silencio. La Alaska animal aplaude con ganas, pide bis, pide remix. Me viene a la cabeza que un día soñé que opositè para abogada del Estado, y aquí estoy gestionando mi caso más difícil: recurso contra mí misma por reincidente, con prueba pericial en mármol.

Capítulo 15

Hace un mes desde la noche del restaurante, treinta días, setecientas veinte horas, una lista absurda de alarmas en el móvil que ya ni sé para qué puse, y el resumen es que he tenido tantas sesiones de sexo que voy funcionando con ibuprofeno, cremitas y estiramientos en la alfombra.

Hablé con Bea, que aparte de jefa debería tener una placa de Reina del WhatsApp con venenito.

«Cuando vuelvas, no esperes que te reserve las clientas *premium*, corazón de arroz».

Eso me puso, con un emoji irónico de estos que dan ganas de lanzar el móvil. Qué fina mi Bea, siempre lanzando indirectas como cuchillitos jamoneros. Lo mismo te dice que tienes buena piel mientras te recuerda que eres prescindible, todo a la vez.

La cosa es que le pedí una pausa temporal. Lo dije así, con tono de «voy a irme a meditar a Bali», pero sin los ahorros, ni Bali, ni la iluminación. Solo tengo… algo de pasta. Ahorrillos. Un fondo que no me durará mucho si sigo pidiendo *sushi* caro y comprando lubricantes con nombre en francés.

Y eso me tiene preocupada, claro. Porque… ¿qué coño voy a hacer? ¿De qué voy a vivir? ¿Qué plan tengo? ¿Dejar de ser escort para qué? ¿Para convertirme en… la mascota sexual oficial de la mafia rusa?

Pero cada vez que me entra ese pensamiento productivo que te dobla el cuello, *pum*, lo tapo rápido con un tampón emocional marca Nat. No falla: mi anestesia instantánea. Nat, Nat, Nat. Su boca, que arrastra las sílabas sin prisa; su voz, que me deja quieta; sus manos, que localizan mis puntos débiles; esa mirada que calibra todo y registra mis gestos, mi respiración, mis cambios de tono. Sabe en qué día del ciclo estoy por el sonido. No me pregunta: lo detecta. Y

yo me quedo atenta, entregada, riéndome por dentro porque me estudia mejor que mi ginecóloga.

Estoy en un lío emocional de primera. Me entretiene, me calma y me pone nerviosa al mismo tiempo. Salir no quiero: prefiero el mareo. Me da un subidón raro que me gusta y me asusta. Y yo, que siempre digo que no me engancho… mira, enganchada. Y encima lo narro con esta tranquilidad de persona que se cree muy lista mientras mete la cabeza en el horno y posa para Instagram.

Y entre fantasía y realidad, me invento otra vida: Alaska, la escort retirada, desfilando por la alfombra roja de algún sitio caro. Y entre tanto *glamour*, Nat me saca del brillo y me mete en su realidad: taller privado, persianas bajadas, ventilador ruidoso, y me enseña a usar metralletas sin hacer el ridículo, a mirar al frente sin parpadear, a entrar y salir de un sitio con cara de que no pasa nada. Me suelta sus mandamientos criminales, todo en plan «te lo digo por si un día te sirve». Yo asiento, me río, me lo aprendo de memoria. No doy detalles, pero los tengo. Señor agente, es teoría. Y sí, también hay prácticas: postura, respiración, nervios controlados y un par de trucos que guardo bajo la lengua para cuando los necesite.

Pero, vamos, que paso de fantasías. Que últimamente mi vida es una fantasía real, de las que se hacen, se sudan y luego te quedas con la mirada fija en el techo, preguntándote si te han cambiado el sistema operativo mientras dormías.

Hemos hecho cosas. Cosas que me dejan temblando. Nada extremo: no me ata al radiador ni me pasea con collar por la calle. Pero ha metido una palabra nueva en nuestro diccionario: castigos.

Te ríes cuando ella se pone intensita. Castigo.

Prefieres ver un capítulo de *MasterChef* antes que *mindfulness* a ritmo de *cunnilingus*. Castigo.

Abres la boca para opinar, o sea, existir. *Zas*. Castigo.

Y yo monto el numerito: puño en la cintura, discurso de señora combativa versión hilo de Twitter, todo muy militante, muy «yo soy libre y no me manipula nadie y bla, bla». Luego llega la realidad y termina pasando lo de siempre: muslos abiertos y cara enterrada en el colchón.

Yo, que en mi vida había suplicado por nada —y créeme que he tenido motivos de sobra para suplicar—, ahora doy pena. El otro día, sin ir más lejos, me soltó que me estaba pasando de lista y me puso a copiar con mi mejor letra, folio en blanco, boli Bic, sin opción a borrar y con presión de Selectividad en el pecho.

Diez líneas de reeducación: *no debo provocarla si no estoy preparada para las consecuencias*. Ella, detrás, paseándose con calma, palmada sorpresa de vez en cuando, mano que no paraba quieta, y yo intentando que la última línea no se me fuera del renglón. Como antes, cuando escribir recto era lo único que me salvaba de la bronca. Qué rápido se aprende a obedecer si te lo enseñan bien. El final fue un desastre. Ella se rio bajito, risa de villana guapa. Una risa suave, sádica, deliciosa. Yo, enfadada un segundo y luego ya con la entrepierna mandando. Qué sorpresa.

La tía encima es creativa. Me cayó en casa con un *plug* con cola de zorro, sí, pelito real y todo. Yo hice *show* de señora decente, manos a la cintura, gesto de ofendida, que eso había que hablarlo y que no todo vale. Ella tranquila, convencida. Puse morro, hice teatro, invoqué derechos humanos y, al final, me comí mis palabras y pedí agua fría. Y otra ronda. Yo preocupada por el futuro cercano, visualizando a mi hermana abriendo la lavadora, viendo la cola esa girando entre las toallas, llamando al grupo del centro para organizar una intervención con café de cápsula y rosquillas de oferta.

Estoy muy colocada sin sustancias. Ella habla poco, manda mucho y me despierta cosas que yo había apartado: sin trauma, sin drama, solo placer. Cedo el control de forma consciente y temporal. Me relaja y me acelera, y yo tan pancha, que, para una vez que algo me ordena la cabeza, no voy a poner pegas.

Lo sé: voy en caída libre y ni me apetece agarrarme a nada, porque la razón la tengo ocupada con algo mejor: la boca de Nat y su plan para esta noche. Toca consecuencia por reírme ayer en su cara en pleno intento de orden: risa en su terreno, falta grave en su república independiente del dormitorio. Tócate el coño.

No lo cuento para dar envidia, lo cuento porque me tiene blandita, me tiene lista para pedir perdón por adelantado y firmar donde haga falta. La habitación ahora parece un spa caro, penumbra

bien puesta, incienso de gama pija. Yo en camiseta y bragas, sentada en la orilla de la cama, en ese punto inútil de «para qué me visto si me lo va a quitar en dos gestos».

Nat me observa desde enfrente, piernas cruzadas, mentón firme, muequita de que esto va a ir a su manera y yo haré pucheros y luego gritaré su nombre. Si tuviera una copa de vino en la mano la ficharían para portada de revista lésbica de lujo.

—Te has pasado —dice con ese tonito teatral que me calienta y me pone borde a la vez.

—Era broma. —Saco el mentón, orgullito arriba—. Una broma buena, admítelo. Nivel la audiencia pregunta.

—Te reíste mientras te daba una orden —suelta con ese punto de regidora que lleva dentro.

A mí esa palabra no me hace efecto. Orden. Se me enciende la risa, me da alergia de patio, me acuerdo de Educación Física con chándal de poliéster y ya me entra picor en la lengua.

—Perdona, pero dijiste «pon la lengua ahí, despacio, no tan fuerte, más arriba, baja un poco, vuelve al centro». A mí, con tanta instrucción técnica, se me escapó la risa; y te juro que era risa de cariño, no de vacile. Y ahora mira: noticia de última hora, Alaska en la UCI por bocazas.

—Ahora te voy a dar unos azotes —dice ella.

El estómago me da un vuelco y me odio por necesitarlo; se me tensa el culo por su cuenta.

—No, no, no. Paso. Que no. Eso no.

—Alaska… —Levanta una ceja y me atraviesa.

—Desde el principio te lo dije: azotes, no. Mi frontera. Línea Maginot. Te lo rubrico con sangre menstrual si hace falta. Y no es teatro: me da miedo.

Se queda impasible. Ni pestañea.

—No será fuerte. No es para hacerte daño. Es un juego.

—Sí, el juego de devuélveme el culo sin marcas.

Suspira, se pone seria, se acerca y se sienta a mi lado, mi braga ya pide el cambio. Me mira con cariño de adulto responsable que te quita las llaves cuando ya vas contentilla. Me tiene comida. Lo sabe. Lo sé.

—Ven aquí, túmbate sobre mis piernas —me dice dándose palmaditas en los muslos.

—Perdona, ¿esto qué coño es, un internado victoriano? ¿Me vas a sacar una vara o algo de eso? ¿Vas a tocar la campanita para llamar a la señorita Rottenmeier del BDSM? —Me oigo y me haría un *zasca*, pero es que me sale solo.

—Sobre mis piernas —repite, firme.

—Te juro que esto es humillante —digo ya con el culo en tensión preventiva—. Me siento una cría a la que van a azotar por robar caramelos, y ni me gustan los caramelos, soy de croqueta, de torrija, de bocado con fundamento. ¿Hay versión educativa con croquetas? ¿Se puede gamificar esto?

No se ríe. La bruja se muerde la esquina del labio, ligera curva, ojos de «me matas con tus tonterías», y me toca la espalda con la palma abierta, suave, que me dan ganas de tumbarme y callarme ya. Me quedo pensando en mi palabra de seguridad, que la dijimos por WhatsApp —plan serio, nada de bromas—, y me sale un susurro que ni yo esperaba.

—Una vez me azotó una clienta. —Abro hilo para blindar mi sagradísimo trasero—. Me prometió suavidad y me atizó un set entero que me dejó fina. Tres días con el culo sensible: sentarme dolía, andar dolía, el váter era una ruleta rusa. Ella se fue a prepararse una infusión de hibisco y, ya si eso, que me apañara. Ni abrazo, ni palabras, ni agua con azúcar. Me quedé con el drama y con el culo al rojo técnico.

Y ahí, justo ahí, sucede el milagro: Nat se parte. Carcajada entera, sin filtro, de persona que un domingo se pone chándal y hace tortitas. Se le arruga la nariz y se le escapa aire por la comisura. Me da la vida y me da rabia a la vez.

—¿¡De qué te ríes!? —la increpo, dignísima, superofendida y súper, superfascinada, todo mezclado—. Esto es serio. El culo no olvida.

—Te juro que tienes alma de monologuista, Alaska. Tiene mérito relatar tus traumas con risas.

—No te creas, ¿eh? Que deja huella emocional. Y física.

Entonces se me acerca, me agarra la pierna, y en ese segundo se me olvida de qué estaba hablando. Hay ternura, pero de la sucia, con promesa de problemas. Me mira bien, sin perder ese rollo de quien lleva las riendas.

—No soy esa señora, cariño. No te haré daño. Esto no va de eso. Si te asusta, lo dejamos. Pero si un día te apetece… Te lo juro, sé hacerlo y encima me pierdes así, confiando en mí.

Le miro las manos, que deberían ser patrimonio de la humanidad. Y la boca, que, sinceramente, también. Pienso que soy idiota. Estoy empapada y lo disimulo fatal.

—¿Cuántos serían, entonces? Pero todavía no he dicho que sí, solo quiero valorarlo.

—Cinco.

—¿Y si lloro después?

—Te achucho.

—¿Y si me entra hambre?

—Te frío las croquetas que quieras.

¡Qué fantasía, Jesús! ¿Dónde hay que firmar para que esto lo cubra la Seguridad Social? Me levanto con pose de recoger un premio absurdo en una gala cutre de barrio; en realidad voy a premio a peor actriz fingiendo que no está excitadísima. Sí, cariño, te dejaré azotarme.

La aviso mientras me desnudo; no quiero sustos:

—Pero ni te flipes, ¿eh? Aquí no quiero frases de *madame* sado cutre. Si me sueltas un «has sido mala, vas a aprender», te casco un guantazo en la cara y ni *aftercare* ni pollas.

Se ríe. Risa informada, de quien detecta que vengo con el culo apretado y la cabeza en zigzag. Ya le he firmado la autorización para vacilarme, y me gusta. Me mira; yo me coloco el pelo detrás de la oreja, puro paripé, y me quedo en bragas, que ya ni pintan.

—Ven. —Se da en el muslo con la mano, seco, sitio reservado.

Voy. Protestando por protocolo, fardando de chulería inventada, con el corazón acelerado nivel atraco y el coño mojado, atento, listo para liarla.

Me tumbo sobre sus piernas en plan sacrificio absurdo, deseando que se le olvide el numerito del conteo y me azote sin patrón, que el

caos me pone a cien y yo vengo a eso.

—Esto es un episodio de *horror show*, ¿eh? —me quejo—. Ni erótico ni nada, esto parece penitencia medieval o *sketch* cutre de *La que se avecina*.

No responde. Me recoloca. Pierna aquí, rodilla allá, espalda recta, caderas centradas, abdomen apretado, respiro. La palma me recorre la espalda, baja por la cintura, se para en los muslos, se queda un rato, tantea. Notas: calor, sudor, nervios, hambre. La humedad a su bola. Las bragas pegadas, el algodón pidiendo una toalla.

—¿Te duele algo? —pregunta, con voz de enfermera.

—Solo el orgullo.

—Lo vas a necesitar firme.

—Firme está tu cara viniendo aquí a fustigar a un alma cándida, ¿eh? Que igual no me ves muy seria, pero ahora mismo estoy redactando mi testamento, dejando mis bragas a la ciencia.

Me sonríe. Soy tan adivina que lo sé aunque no le veo la cara. Y de pronto, ¡*PAM*! Un golpe. Seco. Claro. Redondo. Casi me vuelvo etérea.

—¡JODER! —pego un alarido, y lo peor es que se me escapa superagudo y cero sexi—. ¿Eso era suave? ¡Me ha vibrado la vida! Igual me has recolocado una vértebra.

—Era de prueba.

—¿De prueba de qué, de incendio? ¿Esto es un *escape room* del dolor y no me han dado las pistas?

No me muevo. El cuerpo me traiciona y a mí ya me va bien. Me pica todo y me caliento. Segundo. Estoy tensa nivel tabla de planchar, me duelen hasta las pestañas, y aun así el gemido sale fino y bajito, caprichoso, mentiroso, delator.

—¿Cómo estás? —pregunta.

—Sufriendo —le suelto, uña y carne con la telenovela interior, aunque en realidad pienso que madre mía, qué fantasía de dolorcito consentido.

El tercero cae justo sobre la nalga izquierda. Yo suelto un quejido que se me cuela entre los dientes.

—¡Eso ha sido con mala leche, Nat! —refunfuño.

—Eso ha sido porque me dijiste que no tenías glúteos para el castigo.

—¡Ay, pues perdón por no tener culo Kardashian! ¡No todas podemos entrenar el glúteo tres veces por semana con entrenador personal y látigo!

Ella se ríe. El cuarto viene distinto; es suave, cachondo, de esos que en vez de «ay» te hacen murmurar «mmm». Más promesa que penitencia. Y ahí ya empiezo a perder la ironía. Se me acaban los chistes y los muslos me tiemblan. Las manos ya no sé si agarran las sábanas, la realidad, o yo qué sé, solo sé que jadeo.

—¿Quieres parar?

—Sí. —Pausa—. Bueno. No. —Otra pausa—. Joder, no sé. ¿Esto es normal?

—Te explico la teoría. —Modo profe—. Calentamiento primero, golpes amplios y repartidos. Nada de ir al mismo punto, que se satura. Ritmo constante, respiración guiada, exhalas al impacto. Palmada plana para sonido y cosquilleo, palma en copa para vibración más profunda, base de la mano si quieres picor rápido. Alterno derecha e izquierda para que el cerebro no anticipe.

Me toca, me estruja, me acaricia. Y cuando pienso «vale, ya he pasado la humillación de rigor», llega el quinto. ¡PLAS! En todo el centro. Como si firmara con boli permanente que este culo ha visto gloria y escarnio en la misma noche. Y yo, literalmente, me deshago sobre sus piernas.

No digo ni pío. Solo respiro fuerte. Ella se pone en modo cariñoso: manos, brazos, arrullo, hasta me creo que todo esto es amor y no tortazo consentido. Cierro los ojos y me dejo hacer. Un alma flamenca vibrando de trasero.

—¿Estás bien? —pregunta en voz baja.

—Creo que he visto a Dios. Llevaba tacones y olía a cuero.

Ella me hace dibujitos en la espalda. Y me planta un beso en el omóplato, que si esto fuera *Anatomía de Grey* me desmayo de la emoción y viene la doctora macizo a reanimarme.

—Esto es solo nuestro —me susurra.

Yo, que soy fácil pero no tonta, me lo trago como si fuera dogma de fe. Pero, ojo, lo que de verdad me pone más es saber que ella

está igual o peor, temblando y apretando los muslos. Se le nota en la respiración, en la forma en que me agarra, en el calor que me llega de sus piernas. Y mi radar de premio extra me vibra. Hoy hay *jackpot*.

No me muevo, me quedo encima de sus piernas. Ella cuela la mano entre mis muslos en *slow motion*, puro delito. Sus dedos me rozan el clítoris y te prometo que tengo que mirar de reojo para asegurarme de que no estoy en una sesión de espiritismo bollero y que es solo la rubia con ganas de guerra.

—Esto no es castigo, ¿eh? Esto deberías facturarlo aparte —jadeo sin pizca de vergüenza, que la vergüenza me la dejé en la adolescencia.

—Es parte de todo, preciosa.

—Estás con discurso de tarotista de madrugada en una TDT cutre —murmuro—. Te falta la túnica y el ventilador.

No responde. Sonríe en silencio, yo lo noto en la respiración. Sus dedos bajan. Yo estoy empapada. Mi cuerpo le abre la puerta. A mí me da la risa tonta y se me quita en tres segundos por una razón evidente: me aprieta el clítoris y me pulsa. Una, dos, tres. Mi cadera sube sola. Mis piernas se abren. Mi boca se llena de palabras que no sirven para nada.

—Esto no es justo, que ni puedo mirarte —murmuro—. Aquí la rubia manda y Alaska a rezar la salve mientras tanto, vaya modernidad de feminismo.

Ella se parte a carcajada limpia. Me dan ganas de proponerle matrimonio antes de que me haga el favor de dejarme en coma dos minutos. Porque claro, no falla: lo hace. Me mete dos dedos y se me borra la pose. Adiós sarcasmo, hola gemido que me sale fino y eléctrico. Me tiembla la rodilla, me tiembla el labio, me tiembla hasta el moño.

La tía mueve la mano despacito, controla todo a lo ingeniera sexual titulada *magna cum laude*. Me arqueo, me retuerzo, y el placer me sube por la espalda. Y yo, que todavía intento hacer ver que controlo, me noto un hilito de voz que dice lo contrario.

—No voy a correrme —digo en modo actriz de método, temblando.

—Ya lo estás haciendo, payasa.

Se me cae el cuerpo hacia delante y me agarro a su muslo. El orgasmo me entra limpio y me atraviesa el vientre en oleadas cortas. No pienso nada, solo suelto aire, tiemblo, suelto más aire y me quedo afónica dos segundos. Me da besos por la nuca, por la espalda, por el hombro.

Me quedo blandita, pegada a ella, con la cara en su pierna, notando la piel caliente. Me acaricia el pelo, me aparta un mechón de la cara.

—Muy bien —susurra—. Respira.

—Estoy respirando —susurro también.

Se ríe. Me saca los dedos despacio, me los apoya en la boca sin teatralidad. Los chupo con cariño, sin vergüenza. Me besa la frente.

—¿Estás bien?

—Estoy divina. Traumada y emocionalmente atacada, pero divina.

Se ríe con esa risa suya de bruja sexi y abogada defensora de mis bajos instintos. Me achucha, me arrastra, hace la recogida de cuerpos gentil y me acurruca en la cama, como si ahora fuera la niñera blandita y no la malota que me deja marcas con arte.

Y yo, cómo no, me voy durmiendo encima, la boca se me abre sola. Soy incapaz de estar callada, ni después de un apocalipsis erótico.

—No me ha gustado, ¿eh?

—Ajá.

—Que no. Los azotes, fatal. Ha sido lo menos *woke* del mundo.

—Claro, claro.

—He fingido, te lo juro. En nombre de la Virgen del Sado *Light*, lo he fingido todo. Pero por ti, que conste.

—Por supuesto, tú siempre sublime, actriz revelación del año.

—Correrse no cuenta. Es un espasmo, involuntario, el cuerpo decide por libre. Puede haber sido alergia o un cable cruzado. Se me disparó el botón y ya.

—Totalmente, pasa y listo, sin medalla.

—¿Te ríes de mí, cabrona? —le suelto con media sonrisa y una pataleta de orgullo roto.

—En la vida, oye, palabra de señora azotadora.

—Tía, eres una timadora, una tramposa y seguro tienes orden de busca y captura en al menos media Europa. Si quieres, firmo la extradición ahora, pero con beso en la nuca de regalo. Te digo otra —sigo—. El azote tres me ha dejado girada, me vibró el ojo.

—Estabas temblando, Alaska. Temblando bonito.

—Pues me dio frío. Me dio la risa. Me dio de todo menos gustito. Y la mordidita esa del final, ilegal en diecisiete países.

—Te mordí suave.

—Suave mis narices. Me has dejado la marca de la sonrisa en el coxis. Si mañana no puedo sentarme, te pido Bizum por las molestias.

—Te hago masaje y te pongo cremita.

—Si metes crema, que sea con final feliz, gracias. Y por favor, menos discurso. Me dices qué quieres, claro y al grano, que yo obedezco feliz si hay instrucción concreta. Si me sueltas poesía, me distraigo, me pongo a pensar en la lista de la compra y luego pasa lo que pasa, que se me escapa la risa en mitad de tu escena de regente.

Y como la jefa que es, me achucha fuerte, me besa el cuello, y ahí ya me licuo del todo. Me ha ganado. Pero admitirlo en voz alta… hasta ahí no llego. Eso sí, si sigue así, igual bajo la guardia. Bueno. Depende.

Capítulo 16

Yo no madrugo, y si alguna vez aparezco en pie a las siete es por error o porque la vida decide fastidiarme para variar. Hoy abro los ojos antes del despertador, sin café, sin queja, sin nada. Motivo del prodigio, que lo dejo por escrito: Nat ha dormido conmigo.

Lo repito despacito, con guión teatral en la cabeza: se-ha-que-da-do. Nada de recoger bragas a toda prisa, nada de desaparecer por el pasillo con zapatillas en la mano, sin huida táctica. Me abraza, respira tranquila, suelta ronquidos suaves que me rozan la oreja y me entra una calma rara para esta hora tan criminal, y yo, que soy muy mía, ya estoy montando temporada nueva en mi cerebro.

La rubia soviética y la golfa del ático desayunan churros en Malasaña, discuten si pedir dos porras más y un chocolate, y al final caen tres, luego paseo por la plaza del Dos de Mayo, beso tonto en la esquina de la farmacia, y ya que estamos, compra impulsiva en una tienda de plantas. Me veo con un batín bordado con iniciales, alfombra nueva, hipoteca a treinta años que ni entiendo y un grupo de WhatsApp de la comunidad donde yo opino de luces led del portal mientras riego una monstera bautizada Rosalía.

Me levanto en silencio, me quedo un segundo viendo si se despierta, le toco el pelo y retiro la mano porque me entran los nervios, me echo desodorante a toda prisa, me lavo la cara con el gel más caro que tengo y, en el espejo, me veo con los ojos hinchados. Abro la ventana, entra aire, pienso en churros otra vez, pienso en la posibilidad real de que esto no sea un parche de madrugada sino un inicio, y me dan ganas de gritar, pero no, respiro y me voy a la cocina.

Estoy haciendo café, la moka hace sus ruiditos, yo abanico el vaho con la mano, cuando entra Vega con el moño apretado igual que yo y, para rematar, con la misma camiseta de Nirvana que

pillamos en el mercadillo, ni pactado, qué esperpento de genética, de verdad.

—Quién eres tú y qué has hecho con mi hermana —suelta con ese tonillo de «te pillé en la movida, maricona».

—Cállate, pesada —le digo, y se me escapa una sonrisa boba.

—¿Café para la mafia rusa? ¿Le vas a echar cianuro o solo una nube de leche de avena?

—Café básico, tía. Sin químicos. —Tonito de «entiéndeme, por favor, que soy débil».

Y en esa, aparece la protagonista de mis pensamientos húmedos. Nat. Despeinada, camiseta blanca de esas que se pegan al cuerpo en sitios estratégicos, sin calcetines, cara de «me acabo de despertar y vengo sin armas, *sorprais*». Yo por dentro no piso freno: en mi cabeza, Nat entra, me agarra la cara, me besa, me dice que adoptemos un perro feúcho de la perrera, firmamos papeles, yo subo una *story*, nos llueven corazoncitos, suena de fondo una balada y Vega aplaude lento. En la vida real parece sorprendida de seguir viva en mi casa.

Se queda quieta. Mira a Vega. Luego a mí. Luego vuelve a ella.

—Pero esto qué es. ¿Quién de las dos es la gemela malvada?

Ya tenemos la escenita ridícula servida. Vega se ríe a carcajada limpia, yo ruedo los ojos, la cafetera pita.

—Soy Vega, para lo que quieras y para lo que no —dice pasándole el escáner con los ojos, revisión completa, etiqueta y todo—. Si hay pasta por medio, me hago pasar por Alaska un rato, se negocia.

—Vega, ¿puedes parar? —refunfuño, y en verdad lo único que quiero es que Nat esté tan cómoda que abra mi cajón, coja un calcetín *random* y se lo ponga aquí mismo sin vergüenza ni pedir permiso.

Nat sonríe suavecito y a mí se me dispara la dopamina, me quedo tonta, me entran ganas de ponerle un cepillo de dientes en el vaso rosa de Barbie, de enseñarle dónde guardo el aceite de oliva bueno, de que se duerma en el sofá mientras pongo un documental y le tapo los pies con la manta de cuadros.

Me entran ganas de parar en mitad de la cocina y gritar RONCA AQUÍ CADA DÍA, HAZLO POR ESPAÑA, pero me aguanto, todavía no

me he vuelto tan loca, o lo disimulo mejor, que también.

—Café básico, Nat, aquí no se envenena nadie, salvo mi orgullo si te sabe flojo

Nat asiente, da un sorbo, cierra los ojos medio segundo y yo hago inventario de todas las decisiones que me han traído hasta aquí, incluida aquella vez que me peiné con espuma de bazar, y pienso que igual tenía que haber estudiado para ser panadera, menos drama, más bollos, pero no digo nada, asiento yo también, bebo, me quemo un poco, sonrío.

Suena el móvil de Nat, nada discreto, a todo volumen. Ella mira la pantalla y se le apaga la cara. Se queda rígida, con los hombros arriba y las cejas fruncidas.

—Perdón —suelta cortante, y se pira al salón en un *sprint*.

Atiende la llamada. Escucho palabrillas sueltas en ruso que seguro quieren decir «supermercado», pero a mí me suenan a: «Alaska, vas a palmar». Mi oreja detecta drama. Me llegan trozos: *da, nyet*, nombres, y mi cabeza traduce otra cosa: Alaska, recógete el flequillo que se lía. El tono trae urgencia, ese color que da miedo en cualquier idioma.

Me acerco a paso herido: suficiente para que se note que me arrimo, pero tampoco demasiado, no vaya a ser que me coma un *zasca* en cirílico.

—¿Nat…? —susurro.

Me mira, pero no me ve. VACÍO en mayúsculas, versión soviética.

—Tengo que irme. —Voz de funeral, ganas de morirme yo.

—¿Qué? ¿Ahora?

—Sí. Ahora.

—¿Me puedes decir al menos si te has puesto en modo Terminator por accidente? Dímelo, ¿eres un robot, Nat? ¿Te van a explotar unos sables láser de las orejas si te hago un chiste malo?

—Lo siento, preciosa.

Rebota la taza en el fregadero, ni un mísero amago de sonrisa. Ni una arruguita simpática. La muy villana. Y se va directa a la puerta.

—¿Pero qué ha pasado, tía? —Vega aparece por la esquina.

Nat se detiene un nanosegundo y me clava esa mirada nivel código rojo. No pasar. Prohibido el paso a Alaska la cotilla.

—Nada. Cosillas.

—Pero ¿bien o tipo «voy a buscarme la vida en otro planeta»?

—No es nada. Es solo que tengo que solucionar una cosa.

Pura mentira. Está regular tirando a fatal y no suelta ni medio dato. Se pira. Ni un triste beso ni nada. Me deja plantada en la cocina con el café frío y una energía vengativa que me pide quemar el edredón de invierno por entretenimiento.

Me entra el impulso dramático de correr por el pasillo y gritar su nombre hasta que salga la del quinto A quejándose, pero me quedo en el rellano, que una tiene límites y los vecinos ya me odian por el «karaoke» del sábado.

La mañana se me va en el sofá, camiseta viejuna, pinza en el pelo, calcetín desparejado. La tele está puesta en basura en directo: una tertulia que no escucho, una reposición cutre de concurso con famosos. Invento diálogos en mi cabeza que Nat jamás dirá: «En realidad soy agente doble, nos vamos en moto al amanecer; me he apuntado a zumba y por eso he salido corriendo; mis padres han aterrizado sin avisar y tienen talento para arruinar citas».

El móvil lleva en la mano más tiempo del recomendado por la OMS de la autoestima. Actualizo WhatsApp, Telegram, Instagram, hasta la *app* del tiempo, por si de pronto aparece una alerta de ciclón emocional.

Pienso muy fuerte en mandar texto dramático: «No pasa nada, solo he muerto un poquito, gracias por tu interés, reina». Abro chat, escribo, borro, repito. Me autocensuro con la técnica de meter el móvil bajo el cojín y sentarme encima.

Y entonces suena el timbre y yo ya me imagino a Vega gritando «¡Glovo!», mano estirada, preparada para agarrar la bolsa aunque el pedido sea del vecino. Pero no, abro yo, y no hay repartidor, hay Nat. Nat en plan básico, con vaqueros, camiseta sin frase, chaqueta de cuero abierta, pelo revuelto y la mirada perdida. Viene cansada, con los hombros caídos y la piel pálida. Y yo, en vez de soltar un discurso, pienso en ofrecerle un ColaCao, sentarla en el sofá y taparla con mi manta de ositos del Primark, porque la veo floja y me sale la enfermera que llevo dentro.

Respira, hace una pausa larga y suelta:

—Tenemos que hablar

Me atraviesa un temblor. Esa frase yo solo la uso para pedirle a Vega que deje el baño respirable después de sus dramas intestinales, así que mi cabeza se acelera. O me deja, o me lanza un plan ilegal con caretas y cámara GoPro: robar un banco y terminar en las noticias locales.

Me quedo en el pasillo, quieta, esperando que diga que es broma, pero no. Llega la intriga, la cara neutra y la sensación de que ni un canal cutre compraría este capítulo. Estoy lista para lo peor. La manta está a mano, el chocolate también.

—¿Está Vega en casa? —pregunta.

Asiento. No me sale más. Mi sarcasmo, que suele funcionar hasta en la cola del pan, hoy no arranca. Se queda atascado en la faringe y molesta.

—¿Qué?

—A tu hermana también le toca esto. Si está, que venga

Se me enciende el pánico. Si pide refuerzos, mal. No sé qué pasa, solo sé que no es bueno. Lo noto en el estómago y en los pezones, que se me ponen duros sin motivo.

—¡Vega! —berreo, alarma doméstica—, ¡ven ya, rápido!

Nat se queda en mitad del salón. No se sienta, no toca el sofá, ni aparta el cojín. De pie, tensa, cara quieta. Yo no la toco, no vaya a llorar y no sepa dónde colocarla.

Vega aparece por el pasillo, arrastra los pies, pijama arrugadísimo, moño mal hecho y cara de odio silencioso por despertarla.

—¿Qué pasa ahora? ¿Te mueres? ¿Tu mafiosa ha ejecutado a la del quinto por los ruidos o qué te ocurre? —lo suelta del tirón, sin parpadear.

Le basta con ver a Nat para entender que hoy no. Se le cae la gracia. Arruga la nariz y cierra la boca.

—Dice la jefa —aclaro, sin saber dónde mirar, con los brazos cruzados y el cuello encogido— que hay reunión.

Las tres nos caemos de culo en el sofá. Bueno, ellas dos se sientan: una rodilla sobre otra, posturita elegante. Yo, en cambio, aterrizo con arte, y en cuanto mi trasero toca el cojín, suelto un gemido involuntario.

—Perdón, ¿eh? Sé que no es el momento de sacar mis penas glúteas, con el drama flotando y aquí todas queriendo lágrimas.

El drama lo disimulo, pero las posaderas dolidas, ni con magia negra.

—¿Quieres un cojín? —salta Vega, con tono de: «tía, cállate y céntrate, que esto es serio».

Intento recolocarme con entereza, respiro como si fuera a sacar un churumbel en vez de enfrentarme al drama del milenio, y me giro a mirar a Nat. Mi Nat, la que hace media hora era mi diosa empotradora y ahora es… pues un avatar pálido con cara de que está a punto de anunciarme que me echan de la serie justo cuando me había aprendido el guion.

—Lo que voy a contaros ahora es importante. Escuchad hasta el final. Si después os apetece mandarme a cagar al monte ruso, adelante, prometo no ofenderme.

Vega se cruza de brazos. Yo me aferro al cojín. Ni mu digo. Solo asiento, así, con cara de figurita de pesebre empanada.

La mitad de mí piensa: «Alaska, sal de aquí y hazte la amnésica, no preguntes nada, ignóralo todo». Pero la otra mitad, la que ya pilla vicio por la rubia esta y encima le encanta el cotilleo, está sentada en primera fila, descorchando fantaseo: ¿Drama? Sí, hija, sí, ponme doble ración y con fuegos artificiales. Si mi vida se va a la mierda, que sea con intros, *recaps* y alerta de salseo. Que si me van a petar la existencia, por lo menos que me expliquen el argumento antes.

Capítulo 17

Nat respira y se viene arriba con la intensidad.

—Lo primero —dice con tonito acelerado—, no soy detective.

Vega y yo nos giramos a la vez, la ceja arriba, la postura espejo y una sincronía que da risa. Yo me guardo la pullita y dejo que la otra haga de portavoz, que para enfangarse lleva carnet.

—¿No me digas? —Vega suelta una risita corta con mala leche—. Pues qué bajona, tenías pinta de protagonista de esos libros del kiosco, edición detective con orgasmos y pistola, tapa brillante y todo.

—Ya lo sabíamos, Nat. Igual te piensas que somos tontitas, pues no —remato yo.

—Bueno, Alaska, sé que tu amiga te dijo quién es mi gente. A estas alturas supongo que me has googleado. Y he estado haciendo de detective, que conste, no os mentí del todo —lo suelta con la voz más plana de su catálogo. No levanta ni media sonrisa. Se nota que hoy ha venido a tirarnos encima el camión del drama.

Yo me maldigo fuerte, porque no, no la he googleado, ese nivel de pardilla manejo.

—Hace diez años, Irina, mi jefa, se enteró de que su padre había tenido una hija. Solo un par de papeles viejos, una referencia en una carta, una sombra de datos.

Yo, que tengo cine en la cabeza, veo a la tal Irina con turbante y una copa de vodka, soltando: «La sangre tira de la sangre, hermanita», y detrás un mayordomo ruso con bigote escondiendo cosas en un arcón. Lo peor es que ya me imagino el final de esto. Me lo dijo el primer día, que cuando todavía no sabía que éramos dos, sospechaba que éramos nosotras. Y ahora, con esta cara suya, este tono, esta intro, se me acelera el pulso, me sudan las manos, me dan ganas de abrir una ventana.

—¿Y a nosotras por qué coño nos cuentas esto? —pregunta Vega, que ahora lo que tiene es hambre de salseo real, no de cotilleo flojo.

—A ver, paciencia, os cuento. No fue de un día para otro, ni de broma. Al principio fue misión imposible: no había pistas, todas las puertas cerradas. El padre de Irina ya estaba muy mal, Alzheimer avanzado. Ella le preguntaba, intentaba rascar algo, pero no era fiable.

—Entonces te contrató —meto yo, medio entornando los ojos—. Para buscarla.

—No, al principio tiraron de investigadores privados. Exfuncionarios con vicios, favores pendientes y cartera suelta. Hubo pagos, sobres por debajo de la mesa, hasta extorsiones. Mi cuñada llevaba la parte técnica.

—¿La asiática intensita del restaurante?

—Esa. Rashel es muchas cosas: te parte un brazo si la cabreas, te hace un arroz frito que flipas, se queda fría si sale el tema de política y te hackea Tinder Rusia solo para cotillear con quién ligan nuestras primas. Pero que nadie se líe, se deja la piel por Irina.

—¿Y tú? —pregunto, ya con el cuerpo en tensión.

A Nat se le traban las pestañas. Parpadea raro, se le corta el ritmo. En su escala, eso es tope alto. Me entra una risa nerviosa que no saco y me cruzan por la cabeza tonterías como que es una princesa ucraniana en fuga. Boda con oligarca cancelada, teles grabando.

—No os voy a hacer el truco de ocultaros nada, aquí va todo, que ya tenéis un pie dentro —suelta. A Vega y a mí no nos hace falta hablar. Lo dice en plural, clarísimo. Estamos dentro. Me agarro al respaldo de la silla. Esto es serio—. La cosa es que Boris…

—¿Tu exmarido? —interrumpe Vega, que ya se ha montado la genealogía rusa en su cabeza.

—No, maja. Mi hermano. Me saca veinte años, así que hermano y un poco bisabuelo. Cuando mi padre pilló el primer vuelo a Rusia y nos dejó aquí de recuerdo, yo tenía doce y dos granos en la frente que ya avisaban de que la vida iba a exigir paciencia. Mi hermano se

quedó con el marrón, se curró el papel de cabeza de familia, pero a regañadientes, cariño lo justo.

—Entonces tú eres rusa, rusa, de pasaporte y frío polar, ¿no? Acento no tienes, pero hija, la pinta… más mafia que tú solo el fiambre de imitación del Carrefour —suelta Vega, finísima.

—Mis padres son rusos, pero yo nací en Madrid. Mis viejos eran inmigrantes que se buscaron la vida. Mi hermano eligió otra cosa: trabajar para gente peligrosa. Y terminó metido con Irina Popova, la diva de mafia. Mi madre y yo a la gresca por todo, él siempre desaparecido. Criar, ni a mí ni a su hijo Ivan, que aún perdía dientes. Por suerte estaba Rashel. Y luego Irina, que mandaba.

—Se convirtió en tu jefa también, ¿no? —pregunto, atenta, porque estas historias me quitan el bostezo.

—Irina me fichó en tiempo récord. A Boris lo quería, pero era rígido, de trato seco. Yo, además, salí bollera y a mi hermano eso le tocaba los cojones. El instituto me parecía un coñazo, no me daba la gana estudiar. Prefería memorizar matrículas rusas, colarme en reuniones clandestinas y entrenar el arte de mirar torcido a los polis de paisano. Rashel e Irina llevaban la academia: ruso, informática, entrenamientos y detectar si una ensaladilla trae cianuro de regalo. Los primeros encargos fueron fantasía. Tenía enchufe del bueno y se me daba fetén. Fui subiendo a toda leche en el organigrama. Yo quería ser como ellas.

—¿O sea que sí? ¿Que eres mafiosa de pura cepa? —le suelto, y en mi cabeza suena el Kalinka.

Y Nat por primera vez deja de hacerse la dura y asiente, aviso claro de que esto va en serio.

—Sí, Alaska, sí. Podemos llamarlo así. Lo de Irina es un consorcio de empresas, mitad legal, mitad «no preguntes, cariño». Inmobiliarias, seguridad, obras de arte, joyas, contratos turbios, lo típico. Sin tráfico de armas, ni drogas, ni trata, nuestro terreno es el cotilleo digital y un poco de movimiento sucio.

Y yo me quedo entre fascinada y cagada, que es mi estado favorito últimamente, valorando si quiero que Nat me suelte el resto o si me conviene más darle al botón imaginario de *reset* y que

vuelva a ser la bollera mala del súper, que me mantenía tranquila y me daba chistes malos para el grupo de las del centro.

—La finca es una especie de urbanización pija. Está la mansión de Irina, y después, repartidas por el terreno, otras casitas donde vivimos los que curramos para ella.

Yo, de inmediato, visiono la escena: mansionaza de la mafia, con matones haciendo flexiones y corriendo en círculos. Limpiadoras chechenas. Conductores serios en traje negro. Cocineras con cuchillos dignos de película japonesa escondidos entre las acelgas. Señores retirados de los marines rusos haciendo yoga en el porche, uno en la posición del Perro Boca Abajo con la pistola asomando por el pantalón del chándal. O sea, lo normal.

—¿Entonces tú qué? —Vega arquea la ceja hasta casi despeinarse la frente—. ¿Eres la jefa del *chill out* en la mansión o solo te dejan regar las plantas carnívoras?

Nat mira al suelo y te juro que, por un segundo, la tía se reduce dos tallas, pero solo por dentro, ¿eh? Por fuera sigue midiendo metro ochenta y llevando esa aura de que sabe romperte las piernas con la mente. La veo sacándose la armadura y, por un segundo, fantaseo con quitarle yo el traje y ponerle una bata de estar por casa y crema de centella asiática para curar los traumas.

—Cuando cumplí los dieciocho me regalaron una cabañita en un árbol, chiquitaja, sí, pero con wifi, una pasada, la verdad, y lo mejor, solo mía. Y ahí es donde arranqué en serio con el curro. —Se restriega la nuca—. Porque yo, ilusa, pensaba que en nada me ponían de lugarteniente de la mamá jefa. O por lo menos de mi cuñada. Y luego, toma hostia de realidad: encarguitos cutres del tipo ordenar papeles. La pistola solo la he usado en el campo de tiro, ni una persecución, ni un drama. Me pasaba los días ordenando archivos de seguridad y haciendo de escolta. Me sentía… nada. Invisible.

—¿Y ahora sí te han dado supermisión de buscar a la hermana secreta, o solo era para callarte? —pregunto—. ¿Estamos llegando ya a esa parte, o qué?

La observo en silencio. Porque verla así, vulnerable, me descoloca. Estoy acostumbrada a la versión de Nat que te arranca la

ropa con una ceja. Levanta la vista y me mira de lleno. Esa mirada ya no lleva juego ni seducción ni control. Solo verdad.

—Vale… la historia se tuerce. Vamos por capítulos. Pasó algo e Irina se cabreó en serio conmigo y me mandó a la Conchinchina, pero en versión Madrid–Toledo, con resignación incluida. Entre que me quiere mucho, pero solo cuando no le molesto, y Rashel que es mi hada madrina y siempre me saca de todo, pues acabé de detective en busca de la princesa perdida.

—¿Y tú… averiguaste algo? —le saco, con esa vocecita de cuando tienes miedo de que te respondan, pero te haces la chula porque no sabes hacer otra cosa.

—Ella lo hizo para entretenerme. Pero yo me lo tomé en serio. Tenía casi claro que eras tú. O tú —dice, mirando ahora a Vega. Y luego vuelve a mí—. Otro día os cuento cómo lo averigüé, porque de verdad, soy un genio y además tengo suerte. Desde la primera vez que te vi, te seguía por puro morbo profesional y porque, la verdad, estás muy buena. Me flipaba que me pillaras espiándote como un pervertido desde el coche y ni llamaras a la poli ni hostias. Pero claro, os vi subir juntas, gemelitas, y mi cabeza, amor, colapsó.

—¿Por qué? —pregunto.

—Porque yo buscaba a una chica, no a dos. Y verte clonada fue un palo. Otro fracaso épico de la tonta útil.

—Pero claro… entonces dijiste «ya que estoy aquí, pues me la follo» —salta Vega, que en fina nunca se queda.

—Exacto, chata. Si no era la heredera, pues… no sé. Me quedé a celebrar la decepción a mi manera.

Y yo, para variar, me ardo entera. Me pica todo. El culo, el pecho, la lengua. Todo.

—¿Entonces qué? ¿Me investigas, me follas y a otra cosa, mariposa? —le suelto, que para dramitas siempre tengo cuerda.

—Lo separé totalmente del curro. Me gustas mucho, de verdad. Pero a veces tienes cada tic, cada gesto raro… en serio, a ratos era como si me estuviera empotrando a la versión *beta* de Irina.

—¿Y qué hiciste? ¿Te fuiste al bazar a pillar un test de ADN de esos que te regalan con las compresas? —suelta Vega, que ya va modo sarcasmo cabreado.

—Más o menos. —Se le escapa una sonrisa malvada—. ¿Te acuerdas en el súper, el pollo ese que montaste que casi salimos a bofetadas por un pelo? No fue accidente, lo arranqué yo. Profesora de malas artes, para servirles.

—¡Lo sabía! —grito—. Vega, te lo dije.

—No lo llevé a analizar porque ya os tenía descartadas por ser dos, pero el día que Rashel te vio, alucinó. Lleva semanas con la matraca de analizar el pelo. Y yo cada día viéndote más parecida. Al final lo mandé al laboratorio y aquí el resultado, recién salido, con aroma a giro raro y ruso —suelta tan tranquila—. No hay duda. Sois hermanas por parte de padre de la jefa. Hijas del mismísimo Mikhail Popov.

—No puede ser —digo. Porque no sé qué más decir.

Vega me clava la mano y yo le devuelvo el apretón por si esto es uno de esos sueños raros y me tengo que despertar.

Mira, llevamos años especulando con el misterio *papá*: que si era agente secreto, bailarín de reggaetón, que si vendía pollo adobado en Lavapiés de tapadillo.

Mamá solo decía, y cito literal: «es un cabrón ruso con mucho dinero y poca vergüenza». Y ahora, toma: giro dramático estilo mafia rusa.

—Solo lo sabe Rashel, de momento, pero lleva unas ganas de decírselo a Irina que me da miedo. Esto lo va a petar ya. Y os aviso: os va a reventar el Google Calendar, la vida y las ganas de seguir siendo pobres. Irina lleva años buscándoos y os quiere cerca, bajo ala y chequera si hace falta. Familia, cariño y sí: aquí se viene a ser millonaria también, no a medias tintas.

Si me echan agua fría, burbujeo. Vega, a mi lado, igualita, pero ella mantiene la compostura mientras yo me imagino diciendo «gracias» en ruso o tirándole el móvil a la cabeza a alguien, por si es broma.

Como mucho tocaba un padre con bigote y panza cervecera, pero de herencia, drama mafioso y millones, ni de coña.

Y claro, a mi cabeza le falta tiempo para hacer el Tony Montana versión Vallecas: yo vestida de mafiosa Paloma Cuesta, con traje blanco barato, tacón dorado, labios rojo chillón, soltando billetes a la

trabajadora social que no para de poner pegas. Vega, mientras, tunea un Lada fucsia, pegatinas de flamencas, alerón de quita y pon y el logo a lo grande de «Las Hermanas Caradura». Le pongo a la fantasía un maletero lleno de fajos y un chihuahua con jersey de lentejuelas.

Me da la risa tonta y al mismo tiempo siento que me tiembla el párpado izquierdo, y de repente se me enciende la bombilla de las venganzas. Ejecuto un pensamiento que suena a broma aunque no lo es y me digo que igual va tocando ajustar cuentas pendientes, lista de enemigos, prioridad alta, emojis de cuchillito y copo de nieve, que ahora resulta que tengo apellido para respaldar el *mood*.

Miro a Vega y Vega me mira. No hace falta hablar. Las dos lo pensamos. Una llamada, dos, tres, y media ciudad se pone nerviosa. Y yo con ganas de estrenar familia, chequera y venganza, todo en un mismo paquete, y con un *outfit* de Zara si hace falta, que lo de ir temática mafiosa tampoco me viene mal para la foto de perfil.

Ahora me río de mí misma, porque me conozco, doy dos pasos y ya me creo la versión esta nueva de mí. Pero aviso, si alguien me debía algo, que vaya pasando por caja. Que soy buena, sí, pero también soy Popova, aparentemente. Y no tengo plan de dejarlo pasar. Que luego se me acumula el trabajo y no me da la tarde entre Nat, Rashel, Irina y la pelu, que encima necesito tinte urgente para salir mona en el organigrama.

—Joder… —susurro. No sé si lo que viene ahora es una ovación, un ataque de nervios o un brindis con un chupito de vodka de marca blanca. Me faltan referencias. ¿Qué se hace? ¿Hacemos fotos de carnet familiar así en chándal? ¿Pedimos cita en Zara para la ronda de ropa de nueva rica? ¿O directamente imprimimos camisetas de «Ilegítimas pero monísimas»?

Pero claro, la realidad siempre te hace la cobra cuando menos te lo esperas, y Nat, con voz de misa negra, suelta la bomba:

—Solo hay un pequeño problema…

Y ahí ya, se me sube la vida a la garganta. Si esto fuera una peli rusa de verdad, ahora se iría la luz, los perros empezarían a aullar y seguro que un cuadro caería de la pared, pero aquí lo único que cae es mi esperanza, en caída libre. Miro a Vega, miro a Nat. Por dentro,

ya estoy mandando audios de emergencia al chat del Centro: «Chicas, si esto acaba en timo nigeriano, que alguien abra el vino».

Capítulo 18

—¿Qué problema? —pregunto, con una voz que suena finísima. Mis cuerdas vocales ya han firmado la baja médica. Igual es alergia a la riqueza, quién sabe.

—Que tú y yo no podemos seguir juntas, Alaska, lo siento, joder.

Mi cerebro peta. Se me piratea la cabeza y tardo dos siglos en procesar que esto no es la típica broma de cuñado. ¿Sabes esa sensación de abrir el regalo tope grande y encontrar dentro papel de váter? Pues igual, pero peor todavía. ¿Cómo reacciono a esto? No sé si quemar algo o aplaudir de la histeria.

—Pero ¿por qué? ¿¡Qué estás diciendo, tía!?

—Que ya no podemos seguir con esto —me suelta, seria. Agacha la mirada, pero solo para subirla después, firme para cagarse—. Porque cuando Irina se entere de que existís, que sois dos y que una de vosotras y yo hemos estado… ni de coña lo acepta.

Me veo en el limbo entre meterle una bofetada metafísica o arrancarle la camiseta a dentelladas para ver si así dejo de escuchar gilipolleces. Porque claro, una puede ser sentimental, pero lo de dejar que te arruinen el calentón sin poner resistencia… eso sí que no.

—¿Irina? ¿La de la búsqueda legendaria? ¿La misma que, según tú, va a hacernos pasillo de bienvenida con tarta, orquesta y fondo de pantalla de Unicef? ¿La que ni siquiera sabía que veníamos en *pack* de dos por uno?

—No lo entiendes. Sí, se alegrará. Os querrá. Os protegerá. Pero te aviso, Alaska, os va a apretar fuerte. Os va a controlar y a mí me va a querer fuera del tablero.

—¡Pero eso te lo estás inventando tú, Nat! —le grito, con la voz medio rota, medio diva en *full performance*—. Hazte mirar ese trauma, porque igual la Irina esa es supermoderna, nos monta una boda por todo lo alto y se viene arriba con la bandera arcoíris. Igual

hasta le mola la movida lésbica y nos compra un *set* de sábanas nuevas.

—Irina no es homófoba ni abuela carca, no lo digo por eso. Está casada con una supermodelo que vais a flipar cuando os diga quién es, y lleva siglos evangelizando a la hija para que salga bollo y zurda. Pero con su familia, ahí sí que no juega a la democracia: como le metas la zarpa en su corral, te la corta, te la fríe y te la mete en un táper para llevar, con lacito, para que no protestes. Te lo juro, Alaska. Si me ve en modo manoseo contigo, me deporta a Mordor y ni cartas.

—Ajá, pero tú entonces, ¿qué? ¿Eres familia o qué cojones eres, Nat?

—Yo soy parte del chasis. El engranaje, la grasa de la máquina. Y los engranajes no se lían con las princesitas nuevas. Viene en el manual de la mafia: regla número uno y escrita con permanente. Y tú todavía no lo sabes, pero yo ya me lo he tenido que tatuar en la frente.

—¡Pues sal! —grito, poniéndome de pie—. ¡Mándala al carajo! ¡Ven conmigo! ¡Haz lo que te salga del coño, que para eso te lo has ganado!

—Alaska… —Me mira con cara de lunes y resaca—. No puedo.

—¡Que no puedes! ¡Por favor, que te crio! ¡Esto no es la cárcel de *Orange is the New Black*! —progresa mi drama.

—Para ti no —me suelta con la cabeza baja—. Para ti esto es solo otra puerta por la que colarte. Pero para mí es todo: la jaula, el lujo, el sueldo fijo, las deudas a la mafia, la familia que te aplasta. ¿Sabes lo que es eso? No se deja así como así, que yo aquí no soy la prota de una comedia romántica, Alaska. Ojalá.

—¿Y yo qué? ¿Yo qué soy? ¿No te importo? ¿Todo esto ha sido solo por pasar el rato?

—No digas eso —dice Nat sin levantar la voz, pero con los dientes un poco apretados.

—¡Pues es que me lo pones fácil! En cuanto hay que mojarse, puf, pasas de mí, que a mí ni me han avisado para la despedida.

—Para el carro, Lasky. Respira antes de que te dé un chungo de esos raros. —Vega se levanta y se cruza en medio de las dos, girada

hacia mí con cara de «no la líes ahora».

—¡Es que me está dejando, Vega! ¡Me está dejando porque una señora que ni me conoce va a decidir que lo nuestro es pecado mortal! ¡Que no es justo, joder! ¡Yo no valgo para dramas rusos!

—No he dicho eso —susurra Nat, aún desde el sofá.

—¡Pero lo piensas! ¡Lo pienso yo también, qué coño! ¡Que no me eliges! ¡Y lo peor es que me tratas como si yo fuera la cría ingenua por creer que esto podía ir a algún sitio!

—Porque lo eres —responde, por fin dejando que algo se rompa en su voz—. Eres ingenua. Y eres una cría. Y eres libre. Y no sabes lo que es estar atrapada en algo tan grande que ni siquiera puedes pensar en dejarlo sin poner a todos en riesgo.

—¡Te juro que ojalá supiera! Pero resulta que lo único que yo no dejo que me programen es con quién follo. Y a tu jefa Irina si le molesta, pues mira, que se apunte el disgusto en su diario. Me planto ahí y se lo recito en ruso si hace falta.

—Y ella te sonreirá. Te abrazará. Te invitará a comer. Y luego me mandará a patrullar Siberia, con bufanda de castigo y todo. ¿Te crees que aquí las cosas se arreglan con discurso de película lacrimógena? No, Alaska. Aquí, lo que se pierde, se pierde de verdad.

Silencio. Vega me coge la mano. Me mira pero no sabe cómo calmarme. Yo me dejo caer al sofá. Me duele el culo, sí, pero comparado con el dolor de orgullo, de pecho y de esta cosa asquerosa que llaman corazoncito… lo del culo es un esguince menor.

La cosa es sencilla: me está dejando pero sin dejar, el *ghosting* legendario. Y lo peor: seguro que ya venía con el discursito de «te dejo porque, yo qué sé, los astros» ya impreso en la cabeza, con su sello de calidad y todo, por si había dudas.

Y encima, tú fíjate la fantasía turbia que llevo dentro del cráneo: una parte de mí quiere pegarle un mordisco en la oreja solo para ver si sangra igual que yo, la otra está a esto de ponerme de rodillas y suplicarle que no se pire. O lanzarme a una escena final: borrar todos los audios, quemar los sujetadores como ritual de despecho, lanzarme por la ventana del drama pero con colchón por si acaso,

porque tampoco es plan de matarme y perderme la escena del reencuentro dramático en la próxima temporada de mi vida.

Pero nada. Aquí estoy, quieta. Quietísima. Porque ni sé si la odio o si la quiero. Igual todo a la vez.

—¿Por qué se enfadó Irina contigo? —pregunta Vega, con voz tensa, porque sabe que cambiar de tema es lo único que puede salvar esta mierda de conversación.

Yo ni la miro. Que como cruce la mirada con alguien ahora mismo, fijo que lloro. Nat se remodela la cara versión bloque de cemento, posturea en el sofá y parece que va a escupir una verdad incómoda.

—Venga, va, suéltalo, ¿qué le hiciste a la jefa? —insiste mi hermana, que es como un perro de presa con la boca llena de preguntas.

Nat resopla. Se lleva una mano al pelo, se despeja un poco el cerebro antes de verbalizar lo que sea.

—Pues yo me pasaba todo el puto día con rutinas: Que si entrena, que si aprende a escribir en ruso, que si acompaña a la doña de turno a ver si respira bien y no la han envenenado con el té… Y claro, mientras ellos iban de mafiosos *serious business*… pues yo me entretenía. Guardas, cocineras, la de las plantas… cualquiera empotrable y mayor de edad.

—¿Tú eres consciente de la peli porno mental que acabas de desencadenar en mi cerebro? —le espeta Vega.

—Es un lugar grande. Aislado. Mucha gente. Y yo… era joven. Entre unas y otras, me hice un currículum sentimental bastante grande. Fama tuve, y ni me molesté en disimular.

—¿Pero tú es que te tirabas a la peña así, sin pudor ni leches? —pregunta mi hermana—. ¿Quiénes sois allí, *Los Serrano* reviviendo en versión erótico-festiva?

Ella ni titubea:

—A muchas, aunque alguna me salió listilla y tuve que aplaudir desde la grada. Pero vamos, había cuernos, llantos. Maridos cabreados que me amenazaban con partirme la cara. Y yo sonriente, con mi pase VIP de hermana de Boris. Como mucho Irina y Rashel me decían que me controlara un poco.

Vega abre la boca para preguntar, pero yo la interrumpo, porque mi cabeza, a esas alturas, ya ha dibujado todo el *spin off*: Nat en bata, cigarro en la boca y un harén de cocineras esperando turno detrás de la puerta…

—¿Y entonces qué? ¿Te follaste a la mujer de la jefa o algo por el estilo? —le aprieto, porque mi curiosidad no descansa, aunque ahora mismo la mandaría a hacer sentadillas por lista.

Nat traga tan fuerte que parece que se le va a quedar atascado el empaste del trauma entre los molares. Hasta le veo brillar el sudorcillo en la frente. Un gustazo verla sufrir, te lo juro.

—A su mujer no. A su amiga, Sabina Rey. Que no sé si es hasta peor.

—¿Sabina Rey? —salta Vega, que se le ponen los ojos como platos y ya solo le falta el babero—. No fastidies, ¿la doctora potente? ¿La exmodelo de mandíbula de adamantium, la misma que sale en portadas y da charlas de «cómo arrasar sin despeinarte»?

—Esa, sí —dice Nat, y yo ya estoy por recitarle la biografía de Sabina y preguntarle por su horóscopo.

Vega y yo flipamos sin disimulo, como dos marujas maratoneando *Sálvame* pero versión rusa. Que lo siguiente es que Sabina, la diosa médica, lleva bufanda de plumas y pistola humeante en la bata.

—Sabina e Irina… —explica Nat, y le pone voz de documental—. Son mejores amigas. Están enamoradas, están enfadadas, están casadas con otras, se ignoran, se buscan, no sé, eso es de otro nivel que solo entienden ellas. Pero tú te acercas a menos de dos metros y te chisporrotean las cejas por la tensión sexual.

—Flipo, ¿te has follado a Sabina Rey, Nat? —pregunto, ya sabiendo por dónde va el desastre.

—Sí —admite—. Llevaba a Sabina en coche, paramos en casa de Irina para dejarle unos papeles. Y ahí, soledad, cristales tintados, vestido blanco y esa mirada suya que te dice que le das igual, pero igual no. Y claro, soy de carne, no de mármol.

Me imagino la escena: Sabina, vestida de boda canalla, yo… digo, Nat, de chofer sexi. Y claro, el vestido vuela, ellas se lían, yo les echo agua con una manguera para que se calmen.

—Sabina me miró —sigue Nat—, y no me contuve. Fui a por ella.

Vega y yo hacemos el silencio más intenso del siglo. Tan intenso, que yo en mi cabeza ya me he encendido un cigarro, les filmo la secuencia y lo subo a TikTok con la banda sonora de *Juego de Tronos*.

—¿Te liaste con la exnovia intocable de tu jefa omnipotente? ¿La amiga, la casada? —le suelto, y la voz se me va rara, mezcla de celos absurdos, risa nerviosa y ganas de un autógrafo con dedicatoria.

—Sí.

—Eres idiota —se burla Vega—. ¿Y os pillaron, no?

El salseíto, cortesía de mi hermana.

—Mmmm… define pillar —musita Nat, que ya parece que está sentada encima de agujas.

—Suéltalo ya, venga —insiste Vega, con los ojos haciendo chiribitas.

—Sabina iba atrás y yo delante haciéndome la dura, pero temblando porque la tía impone. Empezó con sus bromitas, me soltaba frases de esas suyas de jefaza… la tensión subió hasta que la muy cabrona se puso colorada y, *boom*, ya, que sí, que nos liamos. Nos metimos en el asiento de atrás del coche. Sudores, delirios, el drama, el espectáculo, y yo pensando que nadie había visto nada. Pues JA. Al salir Sabina la primera, ahí estaba Irina en pose de jefa.

Yo ni respiro, Vega suelta un silbido.

—¿Y?

—Me miró. Repito: ME miró. No dijo nada. Solo se fue. Pero esa noche me llamó y me preguntó directamente si me había tirado a Sabina.

En mi imaginación: por favor, quiero que alguien me pille en ese plan solo para poder contarlo en una entrevista.

—¿Y tú? —Vega, sádica como siempre.

—Yo fatal. Mentí mal. Me pilló entera.

—¿Y entonces qué? ¿Te metió en un calabozo con cucarachas tamaño chihuahua? ¿Te mandó a Ucrania a pelar patatas bajo la nieve?

—Me dejó en la nevera, básicamente. Meses comiendo silencio de menú del día, con permiso para respirar, pero no para tocar la vida real. Hasta que un día me dijo que si quería volver a ganarte mi sitio, que buscara a su hermana.

—¿Y ese fue todo el castigo?

—Eso… y prohibición exprés de follar con nadie de la finca. Ley seca. He hecho voto de castidad, chicas. Yo con la libido arriba y el convento de clausura bajando la persiana.

No te imaginas la fantasía que me entra: Nat con sotana y rosario, ensayando *Laudamus Te* con el coro y flagelándose cada vez que se le pasa una tía por la cabeza. Me aguanto la risa porque no sé si en esta escena pega más un chiste, un abrazo o una ofrenda de clínex. O ya puestos, invitarla a llorar a la ducha y, si cuela, a la cama, donde todo se resuelve mejor.

—¿Y tú qué hiciste, bruja? ¿Te diste una vuelta por el mercado internacional a ver si caía algo? —Vega está en su salsa cotilla, claro.

—Alguna tentación rocé, no te creas. Pero con el miedo metido hasta el hígado. Lo de jugarme la desheredación por un polvo… paso. Así que me puse a buscar a la famosa hermana Popova.

Aquí yo tendría que aplaudirle la desgracia o suscribirme a su *podcast*, pero lo que me pasa es que me vuelve el cabreo.

—Entonces, ¿qué me toca? ¿Vas a pasar de mí por ser la hermana secreta de la reina del cártel? ¿Me toca hacer gárgaras con agua bendita y silencio lésbico de penitencia perpetua?

—Alaska —me dice bajito, y juro que me entra un frío raro—. Es que esto no puede ser. Ya lo entenderás.

Ahí, madre mía, se me descuelga el ánimo por el esófago. Porque ni grita, ni monta escenón. Solo lo suelta y me deja partida en canal.

—¿Y yo qué hago, eh? ¿Me desconecto? ¿Me saco las ganas a base de tila y YouTube de meditación? ¿O qué, me corto la lengua para dejar de pensar en ti cada vez que intento tocarme?

—Alaska… —Y me lo dice así, triste, que me raya más. Baja la mirada, como si todo pesara una tonelada, y la veo. Esa grieta. Esa herida que las tías duras intentan tapar, pero huele igual a drama. Y fin.

Capítulo 19

He dormido dos horas. Si a tiritar, llorar a rachas, insultar en voz baja a Nat y saltar de Wikipedia a foros rusos le llamamos dormir. Busco a Irina Popova en todos lados: prensa vieja, Telegram, cuentas raras y un blog de conspiraciones.

Vega tampoco ha dormido. Pero está mucho más entera. Por dentro está flipando, lo sé. Aunque haga como que no, aunque se ponga seria y diga que hay que pensar bien las cosas, yo la conozco y ya la veo abriendo Canva para diseñar camisetas con «MAFIA SÍ, POBREZA NO». Si saco a Nat del cuadro, los polvazos recientes y ese portazo en la cara de reina del *ghosting* presencial, yo estaría igual que ella, con listas de gastos de rica y ensayo de gritos de heredera de jet privado.

—Nos parecemos mucho —suelta por enésima vez, pasándome una foto de Irina veinteañera. Me dan celos de mí misma, fíjate.

Y sí. Joder, sí. Somos muy parecidas.

—¿Has visto, *madame* Freud? ¡Qué pelos! —Le señalo la pantalla —. Es que tenemos EL MISMO jodido corte. ¿Lo nuestro viene en el ADN? A este paso, lo próximo es encontrarnos un tatuaje de una metralleta en la rabadilla. O peor, una mariposa de esas noventeras.

—Baja un cambio —responde ella, sin dejar de mirar la pantalla—. Yo qué sé. Será casualidad… o la conspiración genética. Pero mírala, de verdad, mírala: tiene cara de villana fina, de esas que si un día te secuestra, acabas preguntándole cuál es su receta secreta de bizcocho y si acepta Bizum para el rescate. Qué reina la tía.

—Una reina mafiosa, con mujer supermodelo, hija y lista negra donde tú y yo vamos a entrar en cuanto le digan que una de sus hermanitas ha estado… emperifollándole el chocho a la escolta.

Vega intenta no reírse. Pero falla.

—Hombre, la primera en la lista eres tú, majísima. —Se carcajea —. Sé que no debería reírme, ¿eh? ¿No está fatal que me descojone,

verdad?

—Mal no, lo siguiente. Un desastre. Pero oye, gracias por animar el funeral familiar —respondo con ojos rojos y moquillo, sin saber si lloro de pena o de risa.

He llorado horas. La almohada está húmeda, la cara me escuece, los ojos arden. Una parte de mi drama va por lo de tener una hermana millonaria que aparece de repente, el resto lo firma Nat. Esa bruja, esa cabrona divina, esa rubia letal.

Cierro los ojos y solo veo su espalda alejándose, su «no puedo», su cara, y me vuelve a temblar todo.

—¿Y si no me rindo? —me sale de la nada, más para montar la película que por esperanza de verdad—. ¿Y si me planto en su casa con la cara hinchada, llorando a grito pelado, y le digo que no pienso desintegrarme porque a ella le dé por ponerse en plan rusa trágica?

—¿Tú te oyes hablar? —dice Vega con gesto de mandarme callar.

—No me oigo. Tengo la cabeza con ruido, repito frases, una radio interna que solo emite eco y mierda.

A Vega se le escapa un suspirazo de madre de tres adolescentes fans de Rauw Alejandro.

—Ay, Alaska… Lo de Nat, ok, es intenso, pero hija, ¿te has enterado de que nos ha caído del cielo una hermana? ¡Y que la señora no es la del Mercadona! Que viene con helicóptero, guardia personal, finca y matones. Poder, tía, poder. Esto es muy real. Y tú… llorando por el chichi que más problemas te ha traído.

—Ya, pero es que viene todo junto.

Se queda callada, me pasa un pañuelito con autoridad y me hace sentir peor y mejor a la vez.

—No puedes quedarte aquí sufriendo por una tía que te ha sellado el pasaporte. Te ha dicho adiós, Alaska, te ha dejado.

—No me ha dejado porque no me quiera.

—O lo mismo sí y es una excusa. Céntrate; procesa, piensa y no te hundas así, coño, que esto es lo más gordo que nos ha pasado en la vida.

—¿Y si le escribo? —digo, flojito.

—Que no, Lasky, coño. —Me clava un dedo en la barriga que casi me perfora el apéndice.

—¿Y si me hago pasar por otra y le pido una cita? —estiro un poquito el drama, por joder.

—Te encierro en el baño, te lo juro.

Abro una vez más las fotos de Irina. Capo de la mafia rusa, vida blindada, sonrisa blanquísima y mirada que te toma medidas. Abro pestañas nuevas: socios, negocios, licencias, quién firma contratos, quién le corta el pelo.

Irina puede ser familia o enemigo. Nat puede ser amor o herida. Yo puedo ser la paz o el incendio. Y de momento, soy la que investiga, la que observa, la que no escribe a la rubia, la que no corre al abrazo de la capo. Hoy solo café, Google y paciencia.

—Te quiero, eres todo para mí —murmuro.

—¿Me lo dices a mí o al fantasma de Nat?

—A ti, pesada.

—Jo, tía, eso es arte del que se escribe en la puerta de un váter, al lado de «Te quiero, Leti. Llámame».

—Gracias. Estoy practicando para cuando venga Irina y haya que soltar discursitos en cenas de embajadas o en un juicio.

Nos reímos, berreamos y nos agarramos, pequeñas y temblonas de los nervios. Lloramos con lagrimones, un festival. Vega me estruja tan fuerte que casi me saca el aire, o los gases, nunca se sabe con el estrés.

Los días siguientes pasan lentos. No hemos sabido nada más de Nat ni de Irina. Ahora mismo estamos tiradas en el sofá con una pinta que ni las presas del primer día en la cárcel. Y mira que la semana ha sido chunga, ¿eh? Todavía me acuerdo del martes, yo en bragas, pegada al cojín y llorando a moco tendido mientras zampaba donuts caducados. Ahora vamos a peor. Cervezas abiertas, bolsa de patatas en modo cementerio (*rest in peace, chips*), y un hummus sospechoso en el que yo he mojado una galleta María.

Vega lleva puesta su camiseta favorita, esa que pone «Dame Drama o Dame». Yo llevo la coleta peor hecha de la historia, con horquillas que pinchan el cerebro y pelos sueltos que van por libre. No sé ni qué cara tengo para existir en sociedad. No pienso mirarme al espejo. Hay límites.

Y entonces, *pum*, golpe a la puerta. A la puerta de casa, no al timbre del portal de la plebe. Nos miramos y se me queda la boca seca.

—¿Tú has pedido algo?

—Eso no es Glovo —dice Vega, con esa voz seria que solo usa cuando la vida peligra o cuando se le ha acabado el papel higiénico.

Nos levantamos a la vez, sincronizadas como dos leonas bebiendo birra caliente. Sin hablar, a lo gemelas telepáticas del subidón ansioso. La boca se nos seca y el corazón se nos sube a la garganta. Vega al pomo, yo pegada detrás. Abrimos.

Es ella. Nuestra nueva hermana. Jefa suprema del aura chunga, tosiéndole encima a la vida entera si le da la gana. Morena, *classy*. Lleva un abrigo largo y negro y unas botas que si te dan una patada acabas en urgencias. Me quedo empanada con su cara, la nariz idéntica, pero más grande, los ojos igual de verdes que los nuestros…

De fondo aparecen: Nat, quieta, pegada a la pared del descansillo, brazos cruzados, en trance *frost*, Siberia *mood*. Y a la derecha: la otra, la tal Rashel, que tiene pintaza de llevar un sable samurái debajo de la gabardina, *geisha* tecnológica total.

—Hola chicas —dice Irina. Su voz es baja. Seria. Y tan firme que me dan ganas de pedir perdón en tres idiomas por si acaso.

Me quedo petrificada en la puerta, que si parpadeo igual se me cae un ojo del susto. ¿Respondo? ¿Me hago la muerta? Hago la muerta, pero con los ojos abiertos. Dura, tiesa, transparente, por si alguno se equivoca y piensa que aquí hay compostura. Ni hablar. Estoy a un microdesmayo de arrancar a rodar por el pasillo.

—Eh… hola —me sale, pero me suena como cuando despiertas de la siesta y no sabes si vives en 2024 o en la era de los dinosaurios—. ¿Vienes a… matar a alguien?

Vega me fulmina, debería denunciarme por hermana enajenada y solicitar la custodia de la casa. Yo qué sé, mejor soltar la gilipollez y romper la tensión antes de morir de un infarto por quedarme callada.

Irina se marca un arqueo de ceja que dice «¿de verdad estas criaturas son de mi sangre?», como si acabara de heredar a dos

Tamagotchi y no estuviera segura de querer alimentarlos.

—No, cariño. Vengo a conocer a mis hermanas pequeñas —suelta muy tranquila.

Ni Vega ni yo abrimos la boca, que bastante tenemos con intentar procesar que esta señora nos acaba de llamar hermanas.

La dejamos pasar, bueno, apartamos el cuerpo y ella entra decidida. Como si nuestro pasillo de gotelé *vintage* y pelusas fuera desde siempre suyo. Nat y Rashel se quedan en el pasillo, flipando. Seguro.

Irina Popova mira alrededor con respeto tenso y un horror discreto que me perfora la autoestima.

El salón está fatal. Patatas por el suelo. Tres latas de cerveza en la mesa. Un sujetador en la silla. En el centro, un bol con restos de galletas flotando en hummus. Mi legado.

Solo quiero desaparecer detrás del horno, pero mi cuerpo no coopera. Ni siquiera me sale el desmayo teatral.

Vega, claro, se pone la careta de *hostess* de antro chic. Saca sonrisa de «aquí no ha pasado nada» y lanza el *speech* de embajadora de lo cutre:

—Perdón por el caos —le sale. Dan ganas de abrazarla… y de ahogarla en el hummus, porque menuda cara dura.

Irina asiente, gesto mínimo de señora que ha tratado con la Interpol y aun así esto le exige más paciencia.

Durante un nanosegundo me olvido de que puede mandar a alguien a Siberia a lomos de un oso y me la imagino en Nochebuena haciendo tortitas. Me entra una punzada entre dulce y rabiosa que no sé manejar. Quiero eso y me da miedo quererlo.

—¿Queréis que me siente? —pregunta, como si pedir permiso para sentarse en nuestro caos fuera protocolo de embajadas o algo.

En nuestro sofá hay una manta arrugada, un cojín con forma de pepino y… sí, una zapatilla que no sabemos de quién es.

—Claro, sí, sí, perdón… ¡dejo sitio! —Y empiezo a hacer el numerito de levantar cosas a velocidad récord. No sé dónde tirar la zapatilla, así que la camuflo tras el cojín.

Se sienta. Cruza las piernas. Nos mira. Otra vez. No se lo cree. Yo tampoco, pero lo mío se me nota más.

—Sois preciosas —suelta, y el corazón me da un salto. Vega mira al suelo de la emoción o de la vergüenza, que a saber. Yo intento sonreír pero se me desencaja la boca. Mira, yo para los dramas familiares no estoy preparada.

—Lo siento mucho —dice, con voz grave, de esas de confesionario, pero con elegancia. Una mezcla perfecta entre «vale por cien traumas» y «si te abrazo, igual lloro y me pringo el abrigo de marca». Ni un alma respira. De ese silencio incómodo que solo puedes rellenar con galletas en hummus, pero ni de coña me entran.

—¿El qué? —pregunta Vega, con esa vocecilla que le sale cuando estamos en modo «niña rota pidiendo explicaciones».

—Todo. No haberos encontrado antes. No haberlo sabido. No haber estado…

Y empieza con el relato, y yo me monto la fantasía: cámara lenta, musical en ruso de fondo, ella buscando, nuestro padre inventándose cuentos y yo saliendo de un *casting* para ser la hija rebelde. Y, atención, giro dramático: Alzheimer. Papá sin memoria, pistas, laberintos… Mira, ni la serie *Dark*.

Siento algo raro en el estómago. No es hambre. Es otra cosa. Vega asiente, yo me muerdo el labio. No quiero llorar más. No delante de ella.

—Os pido perdón. Ya sé que no compensa nada, que habéis estado solas y que eso deja marcas. —Nos mira y hasta los ojos se le ponen brillosos. O sea, ojo, la jefa de las jefas, la tía que podría enseñarte el ruso de una bofetada, a un pelo de arrancarse con el llanto. Si ella cruza esa línea, aquí nos da el síncope—. Quiero conoceros. Si me dejáis, quiero cuidaros. Ser lo que soy. Vuestra hermana mayor. Y sí, la edad me da para madre, no me escondo.

Ay, mira, ya: la Alaska dura, macarra y con chistes a flor de piel se derrite. Me tapo la cara con la mano, mitad vergüenza, mitad miedo, mitad ilusión, sí, llevo tres mitades, déjame.

Vega me busca la mano, sudor frío, tembleque compartido, y pienso: ¿pero esto es real? ¿Esta tía es la misma que va a destruirme o reconstruirme? Yo qué sé. Me siento enana y diosa a la vez, un paquete de emociones locas. Solo rezo para que la nueva

familia incluya terapia obligatoria, un spa de vez en cuando y, si se puede, un poquito de cariño, tampoco pido tanto.

—Yo tenía rabia con todo —digo, ya que estamos—. Con la gente que sí tiene familia, con los domingos largos, con las fotos de cenas felices en Instagram, con los vecinos que te preguntan por cortesía y luego ni te miran. Y ahora vienes tú y nos traes esto que no sé si es un regalo o una granada.

—No voy a empujar —responde—. Estoy aquí. Mañana también. Y pasado. Y si no queréis verme, os mando desayuno, flores, y me callo hasta que me digáis «ven».

Yo respiro raro, que no es bonito pero es real. Pienso en mí de niña pidiendo turno para sentarme en una familia, pienso en la Alaska de ahora mirando a Vega, mi equipo entero en una silla, y pienso en esta tía dispuesta a poner orden sin invadir. Y me sale una risa triste, que también existe.

Después de otro rato mareando la perdiz con charla inofensiva y preguntas blanditas, Irina se levanta. Yo me quedo petrificada. No quiero que se vaya… O sí. Bueno, no sé. Ahora mismo soy un pollo con ansiedad viendo pasar la batidora. Estoy tan exprimida emocionalmente que, si entrara un gato y me maullara «hermana», igual le hago heredero.

—No quiero agobiaros —termina Irina, y se arregla el abrigo como si fuera la guardiana del Trono de Hierro preparándose para la tormenta. Tiene ese nivel de paz que solo pueden tener las que han hecho pilates, yoga con cabras y probablemente, han enterrado alguna ex en el jardín. Así, serenidad con historial delictivo—. Solo… quería veros. Miraros.

A mí por dentro se me ha hecho un nudo en la garganta. De verdad, necesito llorar ya o me explota algo por dentro; fantaseo con hacerme un ovillo en su regazo y pedirle que me arrope, que todavía colecciono traumas infantiles.

Ella avanza hacia la puerta paso a paso, mide emociones y cuando abre le da una epifanía de jefa intensa. Se gira, sonriéndonos.

—Se me olvidaba —suelta, muy diva olvidadiza—. Esta es Rashel. —Y aquí, por favor, que alguien toque fanfarria, porque apunta al

descansillo con un dedito *supermainstream*—. Mi amiga. Aunque suena poco llamarla amiga. Es como una hermana.

Rashel saluda con dos deditos desde el fondo del plano, apoyada en la pared. No se acerca.

—Encantada —dice Vega, más puesta que yo en los buenos modales.

Yo agito la mano con gesto de «hola, perdón, tengo los nervios en la boca del estómago y aun así estoy sonriendo porque soy un cuadro».

—Le dije que no hacía falta que subiera —sigue Irina, señalando a Rashel—, pero le va la investigación. Y ahora mi mujer me va a poner verde porque no la he traído. Me va a decir que me adelanto, que no sé compartir, que soy un desastre para las emociones. Y tiene razón, yo qué sé, nací así.

—No mientas —salta Rashel—. Tu mujer me quiere en todas tus movidas. Soy el control de calidad.

—El comité de cotilleo elevado —remata Irina, haciéndose la seria.

Nos sale la risa de nervios, pero risa auténtica. Porque, si no me río, me da un parraque y tienen que llamarme una ambulancia especial para bolleras ansiosas.

—Aquí tenéis mi número personal. —Saca una tarjeta y se la encasqueta a Vega—. Mañana quiero invitaros a casa. Si os apetece. Ya conocéis a Nat, así que la mandaré a ella a recogeros, ¿vale?

Nat. *Boom* en la frente. La nombra sin mirarla, yo sí la busco y la encuentro al fondo, muy quieta, ojos puestos en mí un segundo, un micro choque que me recalienta las orejas. En mi cabeza entra música de *Rocky* y mi cerebro produce dos *trailers* distintos: en uno le suelto una colleja elegante y en el otro le planto un beso que nos deja a las dos con la boca tonta. En la vida real me quedo con media sonrisa que no sabe a dónde ir y un «hola» en *mute* que no sale de la garganta.

—Mañana —respondo al aire, porque si le hablo a ella me explota el pecho—. Todo bien. Planazo.

Irina se despide con ese amago que no le sale ni abrazo ni apretón de manos, es un medio intento de cercanía versión *beta*,

vamos. Y claro, yo, que soy una sensible de mierda, pero lo disimulo con chistes malos, visualizo a Irina en modo osito ruso, apretándome fuerte y diciéndome: «Te quiero, pequeña Alaska», con banda sonora de violines y, de fondo, nieve cayendo y un oso bebé con bufanda haciéndome gestos de ánimo.

—Nos vemos mañana, chicas —dice Irina, y me peina el alma con ese tono de jefa tranquilota que me calma y me pone nerviosa a la vez.

Rashel la sigue con paso de pasarela *mid season*, me guiña al pasar. Nat se queda medio segundo más de lo debido, me barre la cara, baja la mirada y *PUM*, portazo. Silencio. Ni viento. Vega y yo quietas, mirándonos sin saber si acabamos de conocer a la realeza, a la mafia o al jurado de un *talent show* caro.

A mí me tiembla algo en el centro, no sé si es hambre, esperanza, miedo o todo a la vez servido en bandeja de ansiedad.

—Lo de mañana —murmura Vega muy bajito—. ¿Vamos, no?

—Vamos. Si me da un ataque, tú me abanicas con la tarjeta de Irina y me tiras agua en spray facial, no me dejes hacer el ridículo sola.

—¿Estás bien?

—Estoy fatal y estoy bien —le digo—. Me apetece abrazar a Irina, odiar a Nat, besar a Nat, dormir tres días, hacer una tortilla, bailar y meterme debajo de la cama. Todo en el mismo minuto. No se puede ser más eficiente.

Nos reímos otra vez, que al final es lo único que nos sostiene. Y ahí me quedo, clavada en el pasillo, con la palabra mañana enganchada a la lengua, pegajosa y brillante, y un montón de ganas de que llegue y de que no llegue nunca, todo a la vez, que esa es mi especialidad.

Capítulo 20

Vega hace *moonwalk* hasta el sofá y se deja caer con un suspiro.

—¿Tú lo has entendido todo?

—Sí.

—Mentira gorda —se me escapa—. Te tiembla el entrecejo, señal de no has pillado ni media.

—No… —resopla, se aparta un mechón—. Estoy flipando. Me caigo para delante y reboto. Y aun así, Alaska, la pava va en serio. En serio, serio. Esto no es una broma cutre.

Asiento, aunque me zumba el cerebro. Irina Popova, empresaria, mafiosa, hermana mayor salida de debajo de una baldosa y, si nos tragamos el culebrón familiar, posible solución a medio catálogo de nuestras movidas.

La noche se nos va en teorías y cotilleo del duro, repasamos lo poco que sabemos, cero patatero, y abrimos pestañas a lo loco. No pego ojo. Vega tampoco. ¿Quién duerme con esto encima?

A las cinco estamos tiradas en el suelo, *tablets* por todas partes, cables enredados y la bolsa de patatas ascendida a animal de compañía. Reddit se convierte en nuestro oráculo, aunque según Reddit, Irina se crio con lobos exmilitares de Siberia. En otro hilo la llaman «empresaria del año» y en el siguiente le atribuyen tres pasaportes, dos islas y un gimnasio privado con *ring* en el salón. Internet arde con fotos borrosas de señora *random* con abrigo enorme. Wikipedia se edita y se desedita y un *bot* nos mete en un canal de Telegram donde venden cursos para hacerse capo en treinta días, diploma en PDF incluido.

—Tía, mira esto. —Vega me pasa la *tablet*—. Hay un tipo que dice que Irina le cortó la cabeza a un tipo con una catana.

—Pásame el enlace de ese, pero antes escucha esto. —Le tiro mi móvil—. Uno asegura que es hija secreta de Putin, desayuna caviar y recita insultos en ruso antiguo cuando se cabrea.

—Me cuadra. Mejor fuente que los de Ana Rosa.

Nos da risa con hipo, dolor de abdomen y lágrima fea. Entre carcajada y carcajada me entra un plomo en el pecho. Nostalgia, ansiedad, ganas de morirme un ratito y volver.

La bolsa de patatas nos mira. Los memes nos bendicen. Si seguimos así, mañana daremos por hecho que Irina aterriza en un trineo con renos de alquiler, nos adopta oficialmente y nos entrega un piso en Moscú con calefacción central que no falla. Que nos quiten lo nerviosas.

—Vega…

—Mmm.

—¿Y si nos está mintiendo?

—¿Irina?

—No. Nat. ¿Y si esto es guion de peli indie lenta y yo soy la pringada que sale en los créditos con nombre mal escrito? Igual eso de que Irina no lo va a permitir es farol y pasa de mí y ya. Aunque ojo, Irina muy maja, sí, ¿has visto cómo sonreía? Cuando alguien es tan simpática me salta la sirena. Esa sonrisa me da alergia.

Vega pone su cara de sensata. Le tiembla la ceja, señal de me da la razón aunque suene que no. Baja la voz, tan bajo que me vibra el suelo.

—Nat no te está mintiendo, Lasky. Puede que mañana te arranque el corazón y se lo guise con cebolla, yo qué sé, pero a mí me pareció de verdad. Sincera. Aunque se guarda cosas, seguro, que no nacimos ayer.

Respiro mal. Se me atasca la vida entre el esternón y ese agujero negro donde guardo dramas y *tickets* sin tirar. Me enderezo, me cruje algo, no me importa lo más mínimo.

—Hay que jugar bien nuestras cartas, Vega. Esto lo cambia todo. O nada. Y si cambia, que nos pille listas.

—O nada, hermana. Igual nos conoce, le damos pereza y pasa, tradición familiar.

Se me rompe algo. Parcheo con cinta de carrocero emocional.

—Si pasa de nosotras que le den. Acabamos de conocerla. A ti no te suelto en la vida.

Nos quedamos mudas diez segundos, reloj del horno marcando una hora que no existe. El cerebro me hace *clic*. Pongo voz de jefa de operación sin experiencia.

—Estrategia. Investigación, observación, paciencia. Mirar por dónde van los tiros, literal y figuradamente. Nada de ir de frente. Queremos info real. Queremos saber si de verdad es capo de la mafia rusa o si solo tiene contactos y mucha pose. Y no pedimos favores gordos hasta entender qué juego lleva, Vega, que nos conocemos. Cautela total.

—Y si al final resulta útil, le soltamos eso en lo que nos podría ayudar —remata Vega con los ojos abiertos de emocionada nivel chuches.

—Sí, pero sin parecer pedigüeñas. Primero miramos, luego disparamos preguntas. No quiero acabar en una sala sin ventanas firmando papeles que no entiendo.

—Yo quiero creer. Esto me da ilusión. Igual por fin algo sale bien.

Vega se ríe, me choca la mano, me pasa otra patata. Abrimos un Word cutre con columnas: pistas, fuentes, sospechas, chistes malos. Guardamos capturas de pantalla, tiramos de traducción en ruso. Vega hace un mapa de relaciones en una servilleta. Yo le saco foto. Todo muy CSI de barrio.

—Y si al final nos hace *ghosting* —murmura—, nos vamos al plan B.

—Patatas, Netflix, manta. Y volver a empezar. Y juntas siempre.

Llega el día D, la hora H: ahí está el cochazo negro reluciendo. Y ojo, que no es el carro de Nat de siempre, no, es un Mercedes de los que dejan claro que hoy tu destino es el maletero o la adopción por la mafia, nada entre medias.

Vega está en éxtasis: lleva media hora dándose a la interpretación, probando ángulos imposibles, poniendo morritos y usando filtros de esos que te ponen cara de hada pero alma de choni. Todo para sacarse una *story* diciendo «deseadme suerte #ConociendoAMiHermana #IrinaPopovaTeDonoMiAlma».

Yo, pues nada, me retoco el rojo pasión ese que ya es mi personalidad entera. No sé si es para el retrato oficial de heredera

ilegítima o por si hay funeral hoy mismo y quiero salir decente en las fotos.

Bajamos y Nat ya está en el asiento del conductor, cara de seria, mandíbula tiesa, ojos enormes que según les dé la luz me mandan un beso o me abren una zanja. Ni hola ni pollas. Lleva el volante agarrado con las dos manos, uñas cortas, un anillo fino que no tenía ayer. Vega se lanza al copiloto y su mochila cae con un golpe sordo. Yo me dejo caer atrás con las rodillas contra el respaldo, el móvil en la mano y el estómago en huelga.

Arranca. La tensión se sienta con nosotras y me aprieta el pecho.

—¿Estás bien? —pregunto con mi vocecita de niña buena, la de cuando finjo que no tengo el corazón en la tráquea, a ver si cuela y recuerda que yo era su juguete preferido.

—Sí —suelta seca, sin regalo.

Siguiente intento, me hago mi peli en la cabeza, plano en blanco y negro, yo cayéndome redonda en cámara lenta, ella rasgándose la blusa en la Fontana di Trevi por mí, final en el acueducto de Segovia con grito que llega a Guadalajara. En la vida real solo me sale insistir, versión abuela en sobremesa que repite anécdota.

—¿Dormiste?

—No mucho.

Traducción interna: ni me mires. Me entra el modo cuñada investigadora, subo *Falcon Crest* mental, igual saco trama.

—¿Rashel también vive en la finca?

Asiente sin mirarme.

Vega se vuelve, gesto de «acaba ya, pesada», y se pone los cascos. Yo sigo. Soy plasta profesional.

—¿Podemos hablar?

—¿De qué? —Nat suelta un suspiro largo. Baja un poco la velocidad. La luz del semáforo le da en la mejilla y le marca un brillo raro.

—De nosotras. De lo nuestro, coño. No me dejes en este limbo. Me niego a quedarme colgada después de lo de ayer.

—Alaska, no…

—Ayer… —Se me atasca la garganta; me raspa—. Ayer me miraste.

—Te miro siempre.

—Pues entonces no me cuadra. ¿Por qué no? ¿Por qué no podemos vernos? Irina parecía maja, Nat. No va a meterse si se quiere llevar bien conmigo. Y si hay que esconderse, se hace. Quedadas con hora de espía, mensajes con emojis raros, coche aparcado lejos, yo me adapto.

—No tienes ni idea todavía de quién es Irina —dice, plana—. Y no es solo ella. Es todo. Hay un sistema. Una red. Una cosa que se te mete dentro y ya no sueltas.

—¿Y tú? ¿Tú no formas parte?

—Sí.

—¿Y yo qué soy, entonces? ¿Un *bug*? ¿Un virus? ¿El pantallazo azul ese que te arruina la mañana?

—No. —Respira—. Eres un error… pero uno que me gusta. Uno que quiero borrar y guardar a la vez.

Me araño la palma con las uñas. No llores. Ni se te ocurra.

—No me tomes por tonta. Te lo digo en serio. No me hagas la jugada de las miradas intensas, el «te quiero, pero no puedo». No te lo compro.

—No puedo estar contigo y ser leal a ella, Alaska.

Zas, directo. Me pega en el centro del pecho.

—Pues elige.

La voz me sale tranquila y fría, mano helada y cara ardiendo. Di que me eliges. Dilo. Dilo ya. Ella pestañea, cambia de carril, se humedece los labios. Todo lento, real.

—Ya lo hice —susurra.

Me trago el grito. Vale. Mensaje recibido, Alaska. Vete a la mierda con elegancia. Fantasía instantánea para no romperme: ella me mira y añade «te elijo a ti, Pikachu», nos largamos en un Panda azul a *Benidorm*, cartel de neón, churrería canalla; en vez de azúcar, orgasmos en servilleta; café cortado y polvo en el almacén entre sacos de harina. Risa con eco. Final feliz. Corten. Vuelta a la cabina de la amargura: no hay Panda, no hay Pikachu, no hay churros.

Cambiamos a camino de tierra. El coche vibra y me recoloca las tripas. A la derecha hay olivos en fila; a la izquierda, cipreses altísimos; arriba, un dron que nos mira un segundo y se larga. En la

garita, el guardés levanta la mano. Los perros ladran sin ganas. Río por dentro de pura rabia.

Entramos. La valla se cierra detrás de nosotras con un *clac* que me retumba en el cráneo. Nat aparca junto a la puerta principal, apoya los dedos en el volante. No se gira. No me pregunta. No me toca.

Vega me clava la mirada y me busca los nudillos; dos toques y ya sabemos el resto. Si llegamos a once sin temblar, entramos. Respiramos a la vez, contamos en silencio y cuando llega el once, nos miramos y nos quitamos el cinturón sincronizadas. Abrimos las puertas. El sol me pega en los párpados. Cierro los ojos un segundo. Arriba, Alaska. Cierro de un portazo, por vicio. Me recoloco la camiseta que se me sube, me ajusto el sujetador que me corta y me saco el pelo de la boca. Miro de reojo a Nat; sigue en su asiento, quieta, dedos tensos. Ni un «luego». Nada.

Camino hacia la entrada con las piernas duras. Me late la sien, me pica la piel del pecho y me sube el calor. Me muerdo la lengua hasta que me sabe a hierro. No llores, tonta. Me río sola, sin ganas. Me recoloco la mochila en el hombro y sigo, con el estómago en hielo y una voz dentro repitiendo en bucle: «Te has enterado. Ya está.»

Respiro y me enfoco en este universo nuevo en el que estamos entrando, verde bonito, árboles perfectos, caminos de tierra sin una triste piedra y cada veinte pasos una cámara gigante que te suelta en silencio un «*smile for the mafia, darling*», me entra risa nerviosa y a la vez una punzada rara en el estómago, Vega y yo avanzamos derechitas, con la dignidad justa y la inseguridad por las nubes.

Irina está plantada en las escaleras como si fuera la portada de *Forbes* y el conserje de la mansión a la vez. Va tan conjuntada y planchada que me dan ganas de darle un lametón solo para ver si sabe a dinero viejo o a perfume de ricachona. Sonríe, así rollo «bienvenidas a mi humilde imperio», y yo no sé si echar a correr o hacerle una reverencia.

Obvio, le sonrío también, porque es lo que toca, aunque por dentro estoy en modo drama: el alma podrida, el corazón hecho puré y la fantasía de tirarme por los setos si la cosa se pone fea.

Y en ese microsegundo, me imagino mil cosas: que Irina nos da un abrazo, que nos reparte la herencia en sobres rosas, que nos adopta como mascotas de diseño y nos pone un collar de diamantes.

—Buenas —suelto, que me sale una voz medio fina medio barrio, y me río bajito para arreglar lo que sea que esté estropeando.

—Cariño —dice Irina, y se me mueven los hombros solos, me da un microabrazo que huele a flores y a agenda repleta—. Gracias por venir.

—Gracias a ti por invitarnos —respondo, y me arde la cara, no por vergüenza, por saturación de estímulos, por ganas de preguntar mil cosas y por miedo a que me caiga un *no* en toda la frente—. El lugar está fuerte, nivel catálogo de lujo, si toco algo me multan, ¿no?

—Tranquila —añade, con esa calma que tienen los que manejan el plan—. Pasad.

—Antes de pasar —digo, y me late fuerte el cuello, que no se ve por el pelo y menos mal—. Solo necesito saber una cosa rápida, no es interrogatorio, es guía de uso. Si entramos, ¿esto va en serio?

Irina me clava la mirada, no para intimidar, para asegurarse de que mis neuronas entienden, y asiente, lenta, sin teatro.

—Va en serio.

A mí se me suelta una risa tonta que es miedo disfrazado, es esa mezcla tan absurda de alivio y cabreo, felicidad y ganas de patear una papelera por los años en silencio, por las fotos que no tengo, por los cumpleaños que no estuvo y por todo lo que hemos pasado cuando podríamos haber tenido todo esto.

Irina se acerca medio paso y no dice nada grandilocuente, solo me toca el brazo, sin presionar, y me hace un gesto hacia dentro. Me noto el sudor en la nuca, el corazón haciendo ruido, el orgullo herido reclamando justicia, la niña perdida pidiendo que alguien le ponga nombre al miedo, y digo que sí con la cabeza, poco, porque si lo hago muy grande me pongo a llorar y hoy he traído máscara *waterproof* pero no quiero probarla delante de gente rica.

Entramos. Me sorprende un calor raro en el pecho, algo que dice «por fin», y me da rabia que me dé alegría, me da alegría que me dé rabia, y cojo aire otra vez.

—Irina —suelto, y me sale una voz más suave—. Yo hago chistes porque si no me rompo, no te confundas, no estoy jugando. Me jode querer esto y me da paz a la vez. Y no sé dónde poner las manos, ni los ojos, ni la mochila de todo lo que traigo.

—Ya tienes dónde ponerlo —contesta ella—. Aquí.

Me muerdo el labio, asiento, miro a Vega para asegurarme de que sigue aquí, que no me estoy inventando todo por culpa del déficit de atención, y avanzo, un paso, otro, y otro, rezando sin rezar para que no haya trampas, para que si las hay pueda esquivarlas.

—Ah, y una cosa más —digo, porque soy imbécil pero honesta—. Si en algún momento te dan ganas de salir por la tangente, dilo, no nos lo envuelvas en silencios, preferimos verdad fea a promesa bonita.

Irina asiente, Vega también, yo respiro, y por primera vez en mucho tiempo no me siento invitada, me siento parte, con miedo, sí, con ganas de huir, también, pero con una ilusión torpe que no había sentido nunca, y me permito un mini brindis mental con Coca-Cola fría, sin confeti, sin banda sonora, solo el sonido de mis pasos y el de tres mujeres que, al parecer, están construyendo algo que me da vértigo y hambre a la vez. Esto promete y yo no estoy lista, pero mira, ya que he venido, que empiece la música.

PARTE 2

NAT

Capítulo 21

El estómago me da vueltas. Ni el recuerdo del vodka helado me sienta bien. Misión cumplida, sí, *check* en la lista, pero la he jodido a lo grande. A Alaska. A nosotras. Me miro las manos, me escuecen las yemas de tanto apretar, y siento un calor pegajoso en el pecho. Respirar se me ha vuelto un puto trámite. ¿Cómo voy a mirar a Alaska después de lo que le he dicho?

Rashel, la única que sabe el marrón que llevo, no me suelta. Me agarra del codo, de la muñeca, me vigila con ese ojo de halcón que me dice «ni se te ocurra». La tía lleva el moño tan tirante que debe dolerle el cuero cabelludo, y su paciencia es corta. Su mano me pesa en el brazo, firme, y su voz, cuando me suelta un «sigue», es la única orden que obedezco sin rechistar. Está pegada a mí, lista para frenarme si me da por secuestrar a las gemelas, que sería el titular que le faltaba a Irina.

Mantengo la distancia, la de siempre: la sombra obediente. No molesto, no hablo, no existo. Miro el suelo, cuento las putas baldosas para no mirar a otro lado, me muerdo la cara interna de la mejilla. Estoy hecha polvo. El corazón me retumba en el cuello, las rodillas me avisan con un temblor sutil. Aun así, respiro profundo por la nariz, cierro las manos en los bolsillos y dejo que el cuerpo avance en modo automático. La cabeza, te lo juro, está en huelga.

Cada vez que Alaska me lanza una de sus miradas, el estómago se me encoge. Se queda callada, y yo me repito: «A ver, Natasha, explícame este caos». El pulso lo llevo disparado y la mente en modo pánico. Fui cobarde, sí, lo admito. Pero fue mi único puto plan para no destrozarme del todo. La dejé antes de que esta mierda me explotara en la cara. Me odio por la decisión, y a la vez, me alivia. ¿Qué clase de mierda es esta, Nat? Miedo, alivio y culpa. Un cóctel cojonudo.

Voy con el uniforme de rigor: raya del pantalón que parece sacada de un anuncio, botas que brillan lo justo, el pelo pegado con gomina y el pinganillo puesto, aunque hoy solo suene mi ansiedad. Pongo mi mejor cara de escolta modelo. Nadie, nadie, tiene que notar que debajo de esta americana el pecho me arde. Me coloco la chaqueta, cuento hasta cuatro, como me enseñó Rashel para no hacer el ridículo, y me digo «Nat, para adelante, coño». Al menos eso me sale bien: camino recta, con ritmo. A falta de un psicólogo, me queda la pasarela.

Entramos en la mansión Popov y, colega, el silencio es espeso. Las paredes devuelven el eco de los pasos, huele a cera y a flores caras, y las alfombras se tragan el resto. La luz fría rebota en las paredes, todo reluce, y aunque suena música suave de fondo, la tensión vibra bajo mis pies. Aquí no chirría nada, excepto yo.

Claro, todos los ojos van a ellas, inevitable. Alaska camina con el mentón en alto, el pelo suelto, los ojos afilados de cuando está concentrada y lista para soltar un dardo. Vega, a su lado, es la misma genética pero con otra vibra: labios apretados, hombros tensos. El personal de servicio se mueve, abren puertas sin hacer ruido, atentos a la escena. Yo voy midiendo la coreografía. Madre mía, qué cuadro. Tanto lío para esto y ahora siento el pulso temblándome en la muñeca, escondido en el bolsillo.

Misión cumplida. Le traje a Irina Popova a sus hermanas, dos por el precio de una. Cualquiera estaría pidiendo un ascenso y brindando. Yo voy tensa a rabiar, midiendo cada paso. ¿Esto es la gloria o el destierro? La respuesta depende solo del humor de Irina, de lo que sepa, de lo que quiera saber. La respiración me zumba en los oídos, guardo la sonrisa por si toca, y me repito que hoy ganamos todas. Incluso yo, la que más pierde. Qué ironía, colega. Y qué verdad.

Irina, la Reina Popov. Y te juro que ese apodo no es postureo de Instagram. Se lo ha ganado a base de mirada gélida y agenda peligrosa. He visto a políticos de esos que te hablan con la barbilla muy alta quedarse mudos delante de ella, y a empresarios tragar saliva como si les hubieran puesto un cactus en la garganta.

Pero hoy la veo y no es la reina de hielo que te congela. Sus ojos están vidriosos, la sonrisa le raja la máscara de dureza, y le noto un temblorcito en los dedos. Me dan unas ganas tontas de ponerle una manta y decirle: «Tranqui, jefa, que esto es bonito». Me contengo, claro; con Irina me pongo recta y no me sobra ni un gesto. Lleva un traje impecable, cortado al milímetro, tela que huele a dinero serio. Yo me miro mis botas y maldigo no haberles pasado el trapo antes de entrar.

A su lado, como siempre, Julia Sinmiedo. Y el apellido le queda que ni pintado. Supermodelo internacional, morena, cuerpazo, cuello largo y cero filtro. Hoy va peinada de revista, tacones que suenan duros en el mármol, uñas que brillan. Va vestida de desfile, pero es la más cercana de todas: ojos encendidos, sonrisa gigante. Está más emocionada que Irina, y eso ya es mucho decir. En cuanto las gemelas cruzan el umbral, aplaude a rabiar, hace ruido, calienta el ambiente.

—¡Por fin! —salta, y se nos echa encima, abrazo fuerte que te cruje la espalda. Irina le toca el antebrazo con esa mano suya que avisa: «Cariño, protocolo». Toque mínimo, autoridad máxima. Cualquiera se para. Julia no, se lo salta con cariño y me lanza una mirada cómplice, pillándome las ganas de soltar el personaje. Yo me aguanto la risa y activo la cara neutra número tres de mi catálogo.

Y en esas, aparece Svet, la hija de ambas. Diez años, curiosa y con un desparpajo que ya firma la casa. Se pega a Julia y mira a Alaska y a Vega, intentando encajar nombres y caras a toda velocidad. Se queda muy quieta, atenta a todo. Para ella son nuevas, dos tías que no tenía ubicadas y hoy tienen nombre, voz y sitio. Le veo las ganas de preguntar, la ilusión y un puntito de susto.

Sabina y Amaia están detrás, como fichas clave en este tablero familiar que se gasta Irina. Sabina, rubia platino, delgadísima, con ese porte de «soy la jefa y no te lo pregunto». No gesticula, no le hace falta. Si me mira de arriba abajo, siento el pulso en la nuca y me recoloco la chaqueta. Tiene esa energía de mando que respeto y, lo confieso, que me pone un poco. Pero Nat, hoy toca control. Me lo repito, porque Irina tiene ojos hasta en las macetas.

Amaia, la otra mitad, es puro sol: pelirroja, rizo vivo, pecas que piden aire. Sonríe y la tensión del cuello se me afloja un grado. Además, esa erre vasca que se gasta me resulta… cálida.

Parecen sacadas de una portada, pero hoy vienen en modo «equipo de apoyo emocional con laca». Ceden el foco, asienten, aplauden con la mirada. Se les nota la emoción, pero saben dónde están: dando soporte sin robar cámara.

A su lado, Mikel, el hijo de Sabina. Veinte tacos. Casi dos metros de chaval con rastas rubias impecables. Va de casual, pero se nota la pasta: vaqueros rotos de marca, zapatillas blancas que dan miedo de lo limpias que están. Se apoya en la pared, un poco tímido, pero educado. Me mira de reojo, con esa cara de «¿todo bien, tía?». Me cae bien. Mantiene el ambiente en vibración baja, y eso hoy es oro.

Al otro extremo, mi sobrino Ivan. También tiene veinte. Mirada intensa, como si se creyera el protagonista de una peli de gánsteres. Es mi problema y mi ternura en un solo paquete. Me irrita y me puede a la vez. Se cruza de brazos, y yo hago lo mismo. Levanta esa ceja Velikanov, herencia maldita de mi familia, y aprieta la mandíbula cuando algo no le cuadra. Descaro controlado. Hoy va de macarra de *boutique*: bomber, cadena fina, botas. Me río por dentro. Ese gusto lo ha pillado en casa, qué le vamos a hacer.

Mikel e Ivan se entienden sin soltar palabra, un dúo inesperado pero inevitable. Yo, tía responsable y con fama de pesada, pienso que como monten el numerito, les paro en seco y los mando a respirar al pasillo. Lo digo con cariño, ¿eh? Me sacan canas mentales, pero me gusta verlos ahí, medio críos y ya con ganas de meterse en el lío.

Ven entrar a las gemelas y su radar se alinea al instante. Giran la cabeza a la vez, mirada de reojo, media sonrisa que ya sé descifrar. No hablan, pero lo sé: «una para cada uno». Se me tensa la nuca. Siento el pulso subir. Quieta, Nat, no vas de santa. Me muerdo la lengua, guardo mi voz de mando para logística, no para este juego. Aunque la mala leche me pide salir, y fuerte.

—Ni se os ocurra —murmuro entre dientes, bajito, con una sonrisa que avisa de que hoy no hay barra libre.

La vibración les llega. Ivan endereza la espalda. Mikel pestañea rápido. Bien. Mirar, vale. Decir algo bonito, si es con respeto, también. Tocar, no. Pensar antes, sí. Y tú, Nat, respira.

Vera, la hija de Sabina y Amaia, se planta delante y sale disparada hacia Svet sin decir ni mu. Se le cuelga del cuello, la aprieta y suelta un chillido. Svet la recoge al vuelo, la gira, y las dos se parten de risa, lloran y ríen a la vez. Pura energía. Ruidos, brazos, pelo en la cara, zapatillas golpeando el suelo y miradas furtivas a las gemelas, que ya están como locas mirándolos a todos.

Y claro, pegadita a Rashel está Ana Malagamba, su mujer. A Malagamba la veo y me entra el protocolo sola. Es un puto *bulldozer* con rapado moderno, chaqueta de cuero que suena a «no me toques los ovarios» y unas botas que podrían abrir latas y, si hace falta, puertas blindadas. Le brilla un *piercing* en la ceja, le asoma un tatuaje geométrico por el cuello y me saluda con un gesto mínimo, muy de jefa. Apenas un «qué tal» con la barbilla, pero sus ojos llevan *zoom* automático. Se pasean por las gemelas: arriba, abajo, giro, *clic*, archivado.

No es que dé malas vibras, al revés, es vibra de jefa responsable, ¿sabes? Parece que está tomando notas para un informe secreto con portada en negro mate y grapas doradas. «Atentas, chicas, Malagamba está pasando lista; sacad sonrisa de carnet, que esto cuenta para nota», me digo por dentro, partiéndome. Y me da paz, colega; tenerla ahí es como tener a la profe guay vigilando el examen: si salta algo raro, ella lo pilla antes de que explote y, encima, te presta un bolígrafo.

El ambiente es apoteósico. Las gemelas Popova son recibidas como herederas legítimas de una saga temida y admirada. No van disfrazadas de princesas, qué va, van de ellas: pelo bien, tacón con dignidad y esa manera de caminar que dice «me tiembla un poquito la rodilla, pero ni te atrevas a notarlo».

Yo avanzo medio paso detrás, en mi sitio. Y me fijo en ellas. Me dan una ternura que me puede, lo reconozco. Están nerviosas, claro que lo están, se les nota en el pulso, pero mantienen el tipo. No entran en el salón como víctimas, sino como iguales, como Popovas de fábrica, pero con ese *upgrade* de barrio que las hace únicas.

Julia, que es un corazón con tacones, presenta a todos, pero no aguanta ni dos segundos sin soltarlo:

—¡Dios mío, pero si son igualitas que Irina! —La voz, llena de entusiasmo, arranca una carcajada de Amaia.

Irina le lanza a Julia la miradita de «contén el *show*, por favor», pero Julia es Julia, y la discreción se la sopla.

—¡Oh, vamos, Irina, no me digas que no piensas lo mismo!

Irina carraspea, se recoloca el porte de reina de hielo… y adiós. Los ojos los tiene brillando, lo noto incluso desde mi sitio. Se le ablanda un milímetro la cara, solo un milímetro, que es Irina.

Yo, mientras, me doy la orden interna: No mires a Alaska. Repito: no la mires, Nat. Porque como me enganche a esos ojos verdes que me han tenido en coma emocional estas semanas, se me cae la máscara de profesional y aquí se entera hasta el jardinero de que tengo un punto débil con nombre y apellidos.

Así que clavo la vista en el marco de una puerta, cuento las molduras (doce, por cierto) y respiro hondo. Pero es inútil. Giro la cabeza y los ojos se me van. Alaska me devuelve la mirada con un destello que no sé descifrar: ¿odio? ¿dolor? ¿desafío? Todo junto.

Julia chasquea los dedos y el *hall* se llena de vida: alguien baja el volumen de la música ambiental, el mayordomo abre de par en par las puertas del salón y por un segundo me parece que la casa misma respira.

Alaska y Vega avanzan despacio, con esa manera digna de caminar que han improvisado en cuestión de horas: hombros atrás, cabeza alta… y los dedos de una apretando los de la otra como si fueran una sola criatura con dos nervios centrales y una sola batería compartida. Están guapas, no de escaparate; de haber pasado lo suyo y seguir con luz en los ojos. Me da orgullo aunque no me pertenezca.

No sé qué cara llevo yo, seguro que de guardia civil, pero Rashel me roza el codo con los nudillos. Minigesto en dialecto Rashel: «no te me incendies, Nat, respira por la nariz y deja el drama para luego». Malagamba, a su lado, lo pilla todo. Ese radar que tiene detecta mentiras a tres habitaciones de distancia y microinfartos a dos. Me pregunto si Rashel le ha contado algo.

Me encantaría quedarme clavada en este momentazo de película. Pero la memoria es una cabrona y me arrastra de vuelta a la semana pasada, al despacho de Irina. Rashel y yo la estábamos esperando.

El despacho es brutal, todo cristal hacia el jardín. Mesa impecable, bolígrafos alineados, rollo museo. El aire helado, claro, para mantener la calma. Yo, por dentro, temblando, las manos frías y los pies anclados al suelo. Rashel miraba el móvil sin tocarlo, ese gesto que ya me avisa de que el salseo va a ser serio. Yo solo repasaba la frase clave en mi cabeza, por si me trababa.

Irina entró, se sentó, cruzó las piernas, dejó el móvil boca abajo y nos clavó esa mirada de «al grano, que no tengo tu tiempo». Respiré hondo. Había ensayado mil veces con Rashel, pero al final solté lo básico, con la voz más seca y grave de lo normal:

—Las encontré.

No dijo nada al instante. Solo un parpadeo lento y un apretón de dientes. Luego soltó el aire despacio, como si se quitara un peso de encima. No sonrió, pero vi el alivio. Victoria mínima. Rashel, que es la eficiencia en persona, le puso dos sobres delante: papel grueso, clips, la foto de las gemelas y mi informe.

—¿Gemelas? ¿Dónde? —preguntó, sin subir el tono.

—Madrid. Malasaña. Viven juntas. No sabían nada.

Al soltar eso, me dio un pinchazo en el estómago. Pena y rabia por todo lo que se han perdido. Irina solo murmuró:

—Mi jodido padre…

Y ahí lo dejó. Quedó claro que ese capítulo se cerraba otro día.

Guardó los informes, le dio un asentimiento a Rashel y luego me miró a mí. Me sostuvo la mirada, sin pestañear. Me sentí desnuda de todo el orgullo y el cansancio.

—Te dije que así te ganarías tu sitio, Natasha.

Y yo, que ya iba calentita, le solté:

—No me merecía que me apartaras así.

Fue la verdad más peligrosa que he escupido en años. El pulso me iba a cien.

El aire se tensó. Irina inclinó la cabeza. Luego se levantó, rodeó la mesa y se puso a mi altura.

—Siempre te he cuidado, ¿sabes? Soy tu madrina. La última vez que pisé una iglesia fue en tu bautizo, por cierto.

Me callé lo de siempre, que me entero tarde de las movidas importantes. Me contó que Boris se le plantó delante conmigo en brazos y le soltó: «Esta niña va a necesitar a alguien que le enseñe a no tener miedo». Y que le pareció una gilipollez enorme, pero desde entonces me ha enseñado todo y me ha quitado marrones sin que yo me enterara.

—¿Mi hermano dijo eso? —pregunté, bajito.

—Tal cual. Estaba encaprichado contigo, eras su ojito derecho.

—Pues menos mal, que si no… —solté, por sacar algo.

Me guardé las manos en los bolsillos. Ella siguió, cero azúcar:

—Te piensas que te desterré. Lo hice un poco. No busques eufemismos. Fue por Sabina. Por eso. Por la forma —apretó la boca — tan torpe en que elegiste demostrar que eras libre. Y también para que no te cayera una tormenta encima y espabilaras.

—No pensé que era una ofensa contra ti —me defendí, ladeando la cabeza. Miré a Rashel de reojo. Seguía callada.

—Lo fue. Aunque no se lo digas a Julia —replicó Irina con una sonrisita. Ahí volvió la chispa de antes de este enfado estúpido: la mujer, no la reina—. Jamás. Ya no importa, pero no se lo digas.

—No se lo diré —prometí. No por miedo, sino porque sé lo que cuidamos aquí.

—Bien —asintió, seca.

Me sostuvo la mirada un segundo que se me hizo largo. Luego escribió algo en un papel con su letra apretada. Arrancó la hoja, la dobló en dos y me la puso en la mano. Me cerró los dedos con un toquecito. Rashel carraspeó al fondo. Sin ruido, pero estaba.

Abrí la hoja. Vi el número y se me fue el aire. Un millón. Conté los ceros dos veces, porque con los números yo voy sobrada, pero ese me dejó tiesa.

—No puedo… —balbuceé.

—Lo que me has traído no se paga. Aun así, aquí cerramos con hechos, no con palmaditas.

La punta del papel me rasgó la palma. Me dieron ganas de guardarlo en el bolsillo y no sacarlo nunca. El «gracias» no me salió.

Se me apelotonó en la lengua.

—Si no lo quieres para ti, inviértelo en lo que te dé la gana —añadió—. Pero acéptalo.

Asentí sin voz.

—Y otra cosa. Quiero que entres en JARSI.

JARSI, uf. No es solo un nombre que da miedo. Es el centro, el puto núcleo. Es donde se deciden las cosas que la gente normal ni se imagina, donde se arreglan los marrones que la ley deja pudrirse. Yo sabía lo que hacían, claro, siempre desde la barrera, desde mi rol de operadora de drones. Eso sí, soy la mejor en eso, colega, y me mantuvo en el juego. Volaba esos bichos con más horas que un piloto de línea. Leía sombras, detectaba el viento en los auriculares. Mantenía la distancia.

—No de mercenaria —remató Irina, sin subir la voz—. Tu opinión importará, tu voto contará.

Hostia. Voto. Mi pulso ya estaba a cien.

Me enderecé sin pensarlo. La espalda se me puso rígida. Sentí un calor tonto en las orejas. Me salió una sonrisa mínima, pero de esas que duelen de pura satisfacción. Apreté las manos, quieta. El temblor lo guardé en el estómago.

—Y no te confundas: no te compro. Te reconozco. Y te pido que dejes de hacer cosas por miedo y empieces a elegir estar.

—Vale —dije, y me sonó a susurro ronco—. Lo haré.

Rashel soltó un chistido de aviso.

—Si entras —añadió, muy seria—, puntual cuando te llamemos. Y trae criterio, no excusas.

—Claro —respondí. Esa sí me salió con voz firme. La profesionalidad siempre me salva.

Irina se inclinó, bajó la voz un montón, casi un secreto.

—Y otra cosa: yo te tengo cariño. Te considero familia, Nat. Lo de buscar a mi hermana no fue un castigo. Te encantaban las pelis de detectives, de cría te pasabas el día espiándonos y apuntando cosas en una libreta. Sabía que eras capaz y no me he equivocado. Meterte en JARSI antes no era seguro para ti, eras joven y estabas un poco dispersa. No fue solo por lo de Sabina. Eso fue la gota. Tenías que aprender a obedecer y no a mandar tanto. —Hizo una

mueca—. Te di la misión más importante que podías llevar en ese momento.

Sentí un calor raro en los ojos, ¿sabes? Parpadeé varias veces, intentando que no se me notara el nudo que me subía a la garganta. Iba a hacerle el saludo ese de «gracias, jefa», pero me cortó con un gesto.

—Ya está. Relájate, que no estamos en un desfile.

—Sí —dije, y me dejé caer en la silla, sintiendo el aire frío en la espalda. Alivio. O algo así.

Rashel giró la cabeza y me hizo un gesto con la barbilla: «te estás ganando la silla, pero no te flipes».

—Luego te paso el protocolo de entrada —añadió—. Léelo.

—Lo leeré.

El silencio en el despacho se hizo gordo. El papel doblado con el número me quemaba la palma.

—No te vuelvas a meter en un lío por demostrar que eres libre, ven y dilo antes.

—Vale.

Rashel, siempre la abogada del diablo, remató:

—Que conste, si la lías, la arreglas.

—Ya lo sé.

Vuelvo al *hall* como si emergiera de debajo del agua. Julia, con su alegría militante, ya está organizando a todo el mundo. Sabina y Amaia cuelgan los abrigos de las gemelas. Luna, que tiene un radar para el salseo, ya se las está metiendo en el bolsillo a base de charla fácil. Vera y Svet desaparecen por el pasillo, descalzas, se oyen sus risas rebotando. Esto es un circo, uf. Siento el pulso acelerado.

Mikel e Ivan, los muy niñatos, están midiendo a las gemelas frente a un espejo. Me acerco lo bastante para que huelan mi colonia, que es el aviso de que la tía Nat está cerca.

—Si lo que estoy oyendo es lo que creo que estoy oyendo —les suelto, sin alzar la voz ni un ápice—,el resto lo pensáis en silencio.

Ivan, mi sobrino por lo que más quiera Rusia, se gira con esa media sonrisa adolescente que me saca de quicio.

—Tía Nat, si no hemos dicho nada.

—Ese es el problema, colega. Os oigo los pensamientos.

—Nos portamos, te lo juro. —Mikel se encoge de hombros con humor—. Son… impactantes, eso es todo.

—Son familia —le corrijo, clavándoles una mirada que aprendí de Malagamba—. Y están asustadas, aunque no lo parezca. Tratadlas como os gustaría que os trataran si de buenas a primeras os cambian el apellido y os meten en una película, ¿vale?

Mikel asiente, serio por un segundo. Ivan también. Bien, al menos pillan las jerarquías. Pueden ser dos gallos, sí, pero cuando les hablas como a soldados, miran de frente.

Vega está en modo invitada humilde total. Pregunta si hay que descalzarse, dónde deja el bolso, si puede tocar algo o si mejor mira y calla. Me da una ternura que me revuelve. No sabe que aquí podría entrar con las botas llenas de barro, gritar su segundo nombre y todos la recibirían igual de contentos. De hecho, ni le da tiempo a acabar la frase, porque Julia la abraza sin avisar y se la lleva directa al salón de los retratos. Paredes llenas de cuadros dorados, focos bien puestos y ese silencio de sala importante donde todo suena limpio.

Alaska, mi Alaska, se queda medio atrás. Está alineando su ironía con el marco de una puerta, preparando el comentario perfecto. Joder, qué guapa está con esa tensión.

—No soy de museos —murmura, casi para sí—. Pero si hay vitrina con aperitivos me adapto, ¿sabes?

—Hay de todo —responde Julia—. Y si no lo hay, lo inventamos.

Irina se ha quedado un instante quieta, respirando. Joder, qué momento. Nunca la he visto tan… humana. No desarmada, porque Irina no se desarma, pero sí con esa coraza abierta para que entre un poco de aire. Cuando me ve a medio paso suyo, me lanza una mirada de «gracias» sin decirlo. Le devuelvo un minúsculo asentimiento. A veces, en esta casa, un gesto tiene más densidad que tres discursos.

—¿Les enseñamos la finca? —propone Amaia. Esa tía tiene un superpoder para detectar cuándo hay que moverse para no llorar.

—Vamos —se anima Irina, volviendo a ser la guía segura.

Atravesamos el corredor de las columnas hacia el jardín central. La puerta de cristal se abre con ese susurro hidráulico que avisa de

que aquí el dinero no hace ruido. El aire de la tarde me golpea, fresco y húmedo. Huele a césped recién cortado y a lluvia, un olor limpio que no pega con el drama que llevamos encima. Las gemelas salen detrás, sincronizadas sin querer, las veo moverse con esa cadencia que me pone nerviosa.

Alaska ladea la boca, escaneando el laberinto de setos.

—Si me pierdo en este laberinto, que alguien me deje migas de pan —suelta, con ese humor seco tan suyo. Me mira de reojo, buscando mi reacción. Joder, qué lista es—. O tú, rubia, silba.

Me muerdo la cara interna de la mejilla. El manual profesional dice que las sombras no silban. La parte de mí que ya no es sombra, la que quiere saltarle encima y besarle la boca, se calla por obediencia.

—Piscina —dice Irina con el brazo en guía—. Fondo limpio, robot nocturno, agua salada. No me tiréis crema dentro, por favor.

Me muerdo la lengua para no soltar un comentario. Me pica la palma. Nos quedamos mirando el lago artificial, el agua lisa total. Ni un ruido, ni una hoja. Me veo el gesto tenso en el reflejo. Me fuerzo a relajar el rostro, pero la sonrisa me sale torcida. Me la recoloco, que siempre me queda fatal.

—Ahí está el lago —añade Irina—. Sirve para mirar y para fingir que meditáis. Patos auténticos, a veces muerden.

—¿Sabéis que no se les puede dar pan duro, no? —comenta Vega, y me sorprende lo rápido que se ha metido en el papel de tía responsable.

—Ni se me ocurre —contesta Julia, que es un amor, pero con mano dura—. El animalista rastafari —señala a Mikel sin mirarlo— nos tiene al día con la dieta de los patos y de cualquier bicho de la finca.

Vega lo mira, escaneándolo con esa mirada idéntica a la de Alaska. La veo calcular algo. Ivan, mi sobrino, aprovecha el hueco.

—El pan duro es para mi padre —dice con ese tono de chulo que me saca de quicio.

—Tu padre no muerde —dice Irina, cortante.

—No siempre —remata Rashel, y se ríe sola.

Seguimos. El viento trae tierra húmeda y ese resto de cloro que me recuerda que esto es como un balneario de lujo. Irina camina dos pasos por delante, la espalda ya firme, recuperando su porte. Yo me ajusto la manga, meto las manos en los bolsillos para no tocar nada y cuento faroles encendidos. A veces, contar me basta para no hablar de más.

Seguimos por el jardín y se abre la pista de tenis delante. Brilla el verde, impoluto. Las líneas cortan limpio y la red está tensa de verdad. Me quedo clavada en la entrada, sin pasar del marco.

—Esta es nueva. ¿Quién juega aquí al tenis? —dice Sabina con su interés habitual.

—Me da apuro pisarla —digo, y retiro el pie un poco.

—Písala, que para eso se puso —dice Irina, y me abre la puerta con el codo, bajando la voz—. Hay raquetas en el banco. Por si te animas.

La cuerda de una raqueta me llama. La toco con un dedo. Tensa, fría. La mandíbula se me carga sola, el pulso me sube.

Seguimos hacia el invernadero. La puerta chirría y entramos. El calor me cae encima, espeso. Huele a tierra mojada, a hojas cortadas, a ese dulzor que te confunde. El suelo cede un poco y deja marca. Las hojas están llenas de gotas gordas y me dan ganas de tocarlas todas. En una esquina, focos apilados, trípodes en fila y un fondo enrollado. Un ventilador enorme apunta a un rincón marcado con cinta roja en el suelo. El goteo del riego es lo único que se oye.

—Julia lo usa de estudio fotográfico —explica Irina, apartando una maceta con el pie.

—Siempre me ha gustado la fotografía, no solo posar. —Julia sale desde detrás de unas alocacias con un cable en la mano—. Focos aquí, pantalla allí. El ventilador ya calibrado para pelo al viento. Si os reís, os soplo sin piedad.

—Te creo —le digo. Me sale media sonrisa y la mandíbula me cruje. Me la masajeo con dos dedos, mirando el ventilador para disimular, porque el calor me está matando.

—Cartelitos hechos por Svet —añade Julia, orgullosa—. Rotuladores de punta fina. Letra redonda. No se acepta crítica.

—Acepto sobornos —dice Svet. Ya está delante de una planta de maría con una etiqueta que pone «Helecho». Le pasa la mano a las hojas con una seriedad rara. Esta niña es un caso.

—Muy discreto todo —murmura Sabina aguantando una sonrisa. Esa planta es suya.

Julia enchufa un foco y se enciende de golpe. La luz me da en la cara y parpadeo. Me entra una risa corta por la nariz. La cinta roja en el suelo vibra con el aire del ventilador, y por un segundo me imagino a Alaska posando ahí y me da un subidón. Me acerco medio paso y vuelvo atrás. El calor se me pega en la nuca. Me guardo las manos en los bolsillos para no tocarla.

Salimos y Julia nos señala la caseta de madera.

—Ministerio de los Secretos, presidido por Svet. Pasad de una en una u os banean.

—Turno. —Svet se planta en la puerta con un llavín de colores—. Enseñad las manos. Nada pegajoso.

Entro medio cuerpo. Corcho con notas, frases en rotulador, pegatinas de gatos con gafas, una linterna pequeña, un candado de juguete colgando del pomo y dos libretas brillantes con purpurina que se pega a los dedos.

—Contraseña del día —Svet se aclara la voz—: caviar.

—Vaya humildad —digo, y miro las manos de las niñas. Una lleva «caviar» pintado en la palma, otra «caviar?» con una interrogación.

—La cambiamos cada media hora —dice Vera, orgullosa.

—Luego se os olvida —le apunto.

—Para eso la mano. —Me la planta en la cara sin miedo—. Y si llueve, mala suerte. Nueva contraseña: agua.

—Veo coherencia —dice Alaska desde la puerta, apoyada en el marco. Me mira y me sube las pulsaciones sin tocarme.

Volvemos al pasillo de piedra. Los mayores hacemos rotación de sonrisa, una por cabeza. Me toco la mandíbula. Está de acero. Inhalo por la nariz. Exhalo.

—Este sitio da buena cámara para la primera foto de familia —dice Sabina, mirada técnica, ya midiendo la luz. Levanta el móvil y lo baja. Lo vuelve a subir. Lo vuelve a bajar, frunce el ceño, duda del balance. Le encanta un teatro.

—Sabina. —Amaia le toca el brazo, suave—. Primero merendamos, luego haces tu película.

—Vale. —Sabina guarda el móvil despacio—. Yo obedezco. Me duele, pero obedezco.

—Vamos a la sala. —Irina nos hace un gesto—. Hay pan recién hecho, mermelada de frambuesa, queso que huele a verdad. Si os portáis, os saco tarta.

—Hoy va de presentación oficial —dice Julia al grupo entero—. Nada de discursos, nada de poses. Si sale foto, que salga sin avisar.

—Prometo portarme bien durante diez minutos. —Svet levanta tres dedos—. Con prórroga si hay tarta.

—¿Todos sois familia? —me suelta Vega en bajito, mientras nos quedamos un poco atrás.

—No todos —respondo—. Aquí hay de todo: lazos de sangre, amigos, gente que lleva años currando con Irina y gente que está porque se fía de nosotras. Funciona.

—¿Y tú? —entra Alaska, sin mirarme del todo, con ese tonito de examen sorpresa—. ¿Tú qué eres aquí?

—Yo soy de la familia, ya os lo dije. Me han criado aquí, me regañan aquí y estoy para lo bueno y para lo que toca aguantar.

Lo digo y me pongo a la vez nerviosa y orgullosa. Las dos cosas me caben en el cuerpo sin pelearse. Alaska asiente sin mucha fiesta. Se le mueve la comisura, apunta algo en su libreta mental y se le queda medio intento de sonrisa que no termina.

Volvemos hacia el ala este. Julia mandó poner una mesa larguísima «para que esta familia aprenda a hablar sin gritar». Se le pilla la intención sin esfuerzo. Vamos pasando por los cuadros y Svet se planta delante de uno de Mikhail joven. Se queda mirando el perfil un buen rato, concentrada total, y al final le agarra la manga a Irina.

—Se parece a ellas —dice con toda la seguridad.

Irina traga; lo veo en la garganta y en el parpadeo. Julia le pasa la mano por la nuca sin llamar la atención. Nadie hace escena.

Mikel e Ivan ya se han apuntado voluntarios para descorchar botellas. Malagamba les da una palmada seca en el hombro que significa «sin tonterías, señores». Luna se sienta cerca de Vega y le

pregunta por el barrio, por los bares, por dónde salen. Vega le cuenta dos anécdotas con su encanto callado y yo me sorprendo de ver cómo, sin querer, la mesa empieza a comportarse como una mesa normal.

—¿Y tú? —Julia arrastra la silla sin miedo al ruido y se planta frente a Alaska—. ¿Qué necesitas para sentir que esto no es un plató?

—Tiempo —responde Alaska, afilada y honesta a la vez—. Y una salida de emergencia por si me da por huir. —Señala con el mentón la puerta lateral—. Esa me sirve.

—Te la dejo abierta —dice Julia. Va, gira el picaporte y la deja entornada. Qué *crack* es Julia.

Irina preside, pero no pisa. Maneja la mesa con calma. Piensa cada frase antes de soltarla, no por teatro, por costumbre.

—Venga, orden —dice, y ya estamos todos mirándola—. Sabina y Amaia, nuestras amigas de media vida; su hija, Luna; su hijo, Mikel; Vera, reina del club de las detectivezas infantiles junto a Svet; Malagamba, el martillo de los vagos; Rashel, mi tormenta favorita; Ivan, el socio de aventuras de Mikel y la desgracia genética de Nat, que ya la conocéis; Julia… mi mujer, mi casa, mi fiebre. Y vosotras —termina, ya mirando a Alaska y a Vega—, mis hermanas. Bienvenidas a esta familia.

Alaska asiente sin moverse mucho. Vega se arregla el flequillo y dice gracias sin decirlo.

A mí se me acelera el pulso y noto calor en las mejillas. Encaja todo de golpe. Lo de Boris y su frase idiota del bautizo, que me rebotó días, ahora tiene sentido: una madrina guía.

Y además: ese millón sirve para hacer cosas, no para dejarme quieta; JARSI está disponible, no me limita; no es una zona prohibida, es un sitio de puertas abiertas con llave para todas.

Y aun así, mi cabeza está en el mismo sitio: en esa chica que me suelta chistes a bocajarro, que me odia un poco y me quiere un poco más. Qué bien me sienta la contradicción para merendar.

—Oye —me susurra Ivan, plantándome delante un plato con tarta de queso que brilla—. ¿Entonces… ya estás otra vez dentro?

—Más que tú —respondo sin mirarlo, y corto un trozo mínimo para que no tiemble el tenedor.

Levanto la vista por puro vicio y me encuentro con la mirada de Alaska. No aparta los ojos. Dos segundos contados. En nosotras, dos segundos dan para estropearlo todo o arreglarlo. Esta vez, no sé. Bebo un sorbo para ocupar la boca y para que no se me escape un «perdón» o un «espérame» o la épica estúpida que me sube cuando me mira así. Sigo entera. Bien.

Irina se inclina hacia las gemelas.

—Luego os enseñaré la biblioteca. Y el archivo. Y el sitio donde guardo cosas que no quiero olvidar.

—¿Y si no queremos olvidar lo de hoy? —pregunta Vega, inesperadamente valiente.

—Entonces lo repetimos —responde Irina sin dramatismo.

En ese momento, las niñas interrumpen con una bandera hecha de manteles pequeños sujetos con pinzas. Han escrito «club Popov nivel 1» en rotulador. Julia aplaude sin vergüenza, Sabina hace una foto, Rashel se tapa la cara para que no se le note la humedad en los ojos. Malagamba sonríe de medio lado, que en su tabla de equivalencias es carnaval.

Yo me hago otra promesa, que ya sé que me paso con las promesas, pero esta me la apunto: no volver a fallar. De escolta, no. De aprendiz, tampoco. De desterrada, menos. En igualdad. Madrina de segunda generación de mí misma. Si no existe el título, me lo invento.

Y, si se admite mi pequeña herejía, me pongo deberes: volver a mirar a Alaska un día de estos sin que se me corte la voz. O con la voz temblando, pero sin miedo. Me vale cualquiera de las dos. Crecer no es bonito. Es útil.

Julia levanta la copa.

—Por las Popova —declara.

—Por las Popova —repetimos.

Yo bebo. No por la sangre, que de esa vamos servidas. Por la casa. Por la puerta entornada, que ventila y no espanta. Por el millón, que pesa y no me aplasta, y por el derecho a decir que no y que sí. Por la palabra «madrina», que ya no me suena ridícula en mi

propia boca. Por Boris, que siempre llegaba tarde y aun así me empujó a llegar viva. Y por ellas dos, que esta noche han cruzado la puerta sin deber nada a nadie y nos han dado más de lo que nadie pedía. Yo, que siempre llego con casco, hoy me lo quito. Un segundo. Luego ya veremos.

Capítulo 22

Dentro sigue el jaleo. Se oyen copas, música y carcajadas, pero aquí fuera el aire entra limpio y, por fin, respiro sin prisa. Enciendo un cigarro que no voy a fumar. Me sirve para tener las manos ocupadas y no destrozarme las cutículas. Le doy dos caladas al vacío, lo dejo encendido y lo uso de excusa para estar quieta un minuto. Me guardo el mechero en el bolsillo por si me entra la ansiedad de los dedos, que me conozco.

Las gemelas ya están en modo casa. Han bajado los hombros, se han soltado el pelo y se sientan sin tensión, con las piernas cómodas y la espalda en paz. Vega se ha puesto a contar una historia de barrio que no tiene desperdicio y Amaia le sigue la corriente, riéndose y dándole golpes suaves a la mesa cada dos frases. Julia aparece con algo más de picar porque no puede evitarlo (se está contagiando peligrosamente de mi madre), y hasta Irina tiene cara de «bien, esto va». Sabina y Luna cuchichean con sonrisa cómplice, Malagamba vigila sin molestar y las crías ya han ido y vuelto tres veces con cualquier excusa.

Alaska también se relaja. Tiene un vaso frío en la mano, se toca el flequillo, suelta algún comentario bajito y la mesa le ríe la gracia. Sonríe y se le enciende la cara entera. Me alegra verla así, de verdad, me da paz verla bien. Y sí, me fastidia un poco que esa sonrisa no sea para mí, me hace un bulto en el pecho que no invito a nadie a probar. Me lo trago con deportividad, saco el humo que no existe y me digo que hoy toca cuidar el ambiente y sumar. Ya tendré tiempo para mis dramas en el coche de vuelta. De momento los observo desde fuera.

Ivan, el muy espabilado, no pierde ni un segundo. Se planta al lado de Alaska, invade su burbuja personal y le suelta la labia pegado, bajito, con esa sonrisa que debe practicar delante del espejo. Mueve las manos, se inclina, le sostiene la mirada un siglo. A

ver, chaval, ¿qué te crees, que eres el único con un máster en ligoteo?

Mikel hace lo mismo con Vega. Le pregunta cosas, se ríe fuerte, le enseña algo en el móvil y le ofrece bebida sin pedir permiso a nadie. Dos tíos, cada uno a lo suyo con su conquista, todo en directo, sin cortes.

Me tenso, no me mola nada este numerito, este despliegue de testosterona barata, pero no voy a montar el *show* aquí.

Me vigilo. Cuento hasta diez. Me repito que Alaska se defiende sola, que si a ella le da la gana, lo corta de raíz. Pero mis pies ya se mueven solos. Me acerco un paso a la cristalera, activando mi radar. Y sí, soy la loba celosa, ¿y qué? Me da un poco de vergüenza ajena, pero más me da que se piense que soy de piedra.

No sé qué me jode más ahora mismo: si ver a Alaska soltando una risa por la gracia que le hace Ivan, o darme cuenta de que, joder, nunca le he preguntado si le van las chicas o si es de esas que van a dos bandas. Es que ni se me pasó por la cabeza. Punto. Siempre he dado por hecho que la cosa iba de mujeres, pero ¿y si no? Ahora me pica la posibilidad, me quema por dentro.

Me recoloco la chaqueta por pura manía, porque noto el calor subirme por el cuello. La garganta se me cierra. Necesito un vaso de agua, pero de esos que te bajan la fiebre. Y un protocolo de calma. Sonrío lo justo, pongo la cara de no-pasa-nada y clavo los pies en el suelo. Aquí me quedo.

Rashel se materializa a mi lado, y no es que no haga ruido, es que yo estoy tan metida en mi película que no la oigo llegar.

—Te vas a resfriar.

—Estoy bien —gruño un poco a la defensiva.

—No, estás tensa —me corta, y joder, tiene razón. Lo noto en los hombros y hasta en el culo.

Me suelta una sonrisa que me baja el pulso sin esfuerzo. Se sienta a mi lado sin prisa, con esa paciencia suya que me calma más que cualquier charla. Al final hablo yo antes de que se me salga todo por los ojos.

—No puedo con esto, Rash, no puedo.

—¿Quieres que les pare los pies a esos dos? —me suelta con media sonrisa, ya sabiendo la respuesta.

—Quiero partirles la cara —lo digo tan bajo que ni yo me oigo.

Se ríe flojito y me deja una mano en el hombro que me centra.

—Ay, Nat… te lo dije y te lo repito: disimula mejor. Cantas a la legua y aquí hay ojos en todas partes.

—¿Pero por qué? En serio, Rash. ¿Por qué no puedo estar con Alaska?

Me giro hacia ella, lista para subir el tono y montar la escena, pero Rashel se queda ahí, tranquila, joder, esperando que saque lo que llevo atragantado.

—Tienes fama, ¿sabes? —suelta por fin—. Si tuvieras fama de cursi, de velitas y cenas románicas, sería otra historia. Pero aquí todo el mundo dice que a ti te va el sado, que eres intensa, que mandas mucho… esas cositas tuyas. —Me guiña un ojo, sin mala leche, dato objetivo, no juicio.

—¿Y qué? —respondo sin azúcar.

—Y que a Irina no le va a hacer ni pizca de gracia imaginarte haciéndole esas «cositas» a la niña.

Joder, la palabra «niña» me revuelve el estómago. ¿Niña? ¿Pero qué niña? Alaska no es una puta niña. Es una mujer. Y me pone. Cierro los ojos un segundo, respiro, me controlo.

—No es una niña. Es escort, por favor. Cobra, pone límites, elige, se cuida. Y no la he enseñado yo, te lo juro. Sabe más que yo, la puta verdad es que manda ella más que yo, Rash, te lo digo.

—Tiene veinte años —me corta, todavía con la sonrisa—. Para ti es adulta. Para Irina son crías. Y tú tienes veintisiete, Nat. Sigues novata para unas cosas y, a la vez, te verá demasiado experimentada para Alaska. Esa mezcla no le va a cuadrar nada.

—Pues que se actualice —murmuro—. Alaska no es un cachorrito. Tiene cabeza, trabajo, ganas, carácter… y si quiere estar conmigo, es decisión suya. No estoy cazando a nadie, no voy detrás de chiquillas.

—Lo sé —asiente—. Yo te conozco y no te pinto de villana. Pero aquí la etiqueta te precede. Y con ellas recién llegadas, todo es lupa. Irina no va a leer matices. Va a saltar directo a «prohibido».

—Vale, fama tengo —admito, porque es verdad—. Pero también tengo control. Siempre. Con Alaska he sido clara, muy clara. Nada de locuras, nada de cruzar líneas sin hablarlo antes. Consentimiento, comunicación y cuidado. Y si me dice que no, es no. No soy una aspiradora de personas, joder. Y menos con ella. Me pone, sí, pero no la obligo. Y eso lo sabe. Siempre. Y ha sido así desde el principio, cuando no sabía quién era.

—Te creo —dice, tranquila—. Pero espera el momento, Nat. Deja que se acomoden, que Irina respire, que la casa las abrace. Luego ya haces tu movida, con calma y con plan.

—No me encanta esperar.

—Pues practica diez días. —Sonríe—. Y si no puedes, te vas a la cocina a pelar patatas con tu madre hasta que se te pase la ansiedad. Gratis, terapia incluida.

Me muerdo la lengua. Sé que lo dice sin maldad, pero me arde.

—Yo las he encontrado.

—Por eso Irina te ha premiado. Pero no confundas las cosas. No estropees todo lo que has conseguido.

Suelto una carcajada seca, sin humor.

—No estoy jugando con Alaska. Esto es muy jodido.

—Lo sé. —Rashel me pasa la mano por el brazo despacito—. Hablaré con Irina, te lo prometo. No hoy, no en caliente.

—Diez días —repito, sin ganas.

—Diez es un decir, ya veremos, Nat. Pero te juro que muevo ficha. Mientras tanto, sin escenas. Si necesitas desahogarte, me escribes. O te vienes y te pongo a estudiar ruso hasta que se te vaya la cabeza.

—Vale.

Rashel me analiza un segundo.

—¿Vas a poder?

—No sé. Pero voy a intentarlo.

—Bien. Eso ya ayuda.

Vuelvo a mirar a Alaska. Ivan se inclina a su lado y le suelta algo al oído. Ella ladea la cabeza y suelta una sonrisa pequeñita.

—El niño —me sale solo. Con cara de tragedia.

Rashel me gira la cara con un dedo, un aviso.

—El niño es mi hijo, ¿recuerdas? —pregunta, seria de mentira.

—Precisamente. Y mi sobrino, ¿recuerdas? —le digo dándole un toquecito en el hombro.

Ella se ríe sin ruido, ese gesto que hace cuando ya me tiene calada.

—Relaja. Hará su numerito cinco minutos y se le pasa.

—No estoy relajada. Me pongo tensa, me sube el calor y me dan ganas de apartarlo a empujones. Y encima ni sé qué derecho tengo a decir nada.

Rashel me sostiene la mirada.

—¿Te importa de verdad?

—¿Tú qué crees? —No aparto los ojos. Se me nota todo en la cara y paso de disimular.

Asiente, lenta, firme.

—Entonces, Nat. ¿Esto no es una de tus épocas de «me da igual todo y luego ya veo»?

Me río, pero sale feo, seco.

—No, joder, me importa. Me apetece que le vaya bien, me apetece que no salga de aquí pensando que somos un zoo, me apetece que no se coma un lío por mi culpa. Y me apetece que el chavalito no me haga de telonero justo hoy, hostias.

—Pues haz lo que mejor haces cuando te da la vena protectora —me dice bajito—: cabeza fría, sin gestos, y si necesitas soltar la energía, te das una vuelta por el jardín y vuelves.

—Cabeza fría, dice. Me vendría bien una ducha y dos litros de agua. Habla con ella. No vayas a venderme. Pero habla con Irina si no quieres que me vuelva loca, Rash.

—Voy a cuidarte el terreno, no a venderte. —Señala a Ivan con la barbilla—. Y a ese ya le explico yo el protocolo.

—Gracias. Y oye, dile también a Alaska que si me ve seria no es que me haya enfadado con ella. Estoy intentando no liarla. Pero no le digas que yo te he dicho que se lo digas. Ya sabes a qué me refiero.

—Lo apunto. —Se ríe bajito y me aprieta el brazo, caliente, seca, muy ella—. Mensaje fantasma. Recibido.

—Y otra cosa… ¿qué os creéis, que no puedo tener una relación amorosa normal con nadie? —Suelto el humo del cigarro y juego con el filtro frío entre los dedos—. ¿Que solo quiero sexo sucio y ya, o qué?

Rashel me mira con esa cara de conocerme entera y sonríe con toda la boca. Se lo piensa un segundo antes de contestar.

—Algo así.

Me inclino hacia ella. Miro hacia dentro de reojo: Alaska se está partiendo con algo que le dice Ivan; le da en el brazo, se le arruga la nariz, mete la cabeza en el hombro de él. No me ayuda.

—¿Quieres la verdad? Con Alaska lo que estaba haciendo ya a última hora era teatrillo. —Busco sus ojos y los aguanto—. He tenido que hacer un esfuerzo enorme para mantenerlo y no ponerme moñas.

Echo la espalda contra el cristal. El frío me despierta. Suelto una risa sola, me sale demasiado alta, me muerdo la lengua para frenarla.

—¿Teatrillo, Nat? —No me compra el discurso.

—Que sí, Rash. Pero mírala ahora. La princesita Popova. ¿Tú crees que me voy a atrever a azotarla ahora que sé quien es? ¿A ponerla de rodillas? No puedo ya con esa pose. Me oiría y me daría vergüenza.

Rashel me da un golpecito en el brazo, aviso de «para, que estás entrando en detalles».

—Eres una descarada.

—Descarada sí, pero con actualización —bajo más la voz, la garganta tensa—. Con Alaska ya no puedo tirar de mando y orden. Se me ha descolgado la mano, tía. Aunque lo pidiera, le diría que no. Y le propondría manta, comida decente, ducha caliente y mimos. Sin juego. Algo bien. De verdad. Me oyes decir esto y te entiendo la cara. Estoy a dos *clics* de ponerle un piso y un perro salchicha. Me dan ganas de pegarme a mí misma. Y aun así, me sale cuidarla. Me nace solo.

Rashel me observa un rato. No suelta el chiste fácil. Me deja espacio. Yo me recoloco la manta en los hombros y fijo la vista en un punto para no parpadear de más.

—Entonces vas en serio.

—Te lo estoy diciendo. —Aprieto la manta hasta clavarme las uñas —. Haría cambios de verdad por ella. Borro números. Guardo juguetes. Cierro chats. Llamo a la terapeuta y me siento en la silla sin patalear. Lo que toque. Lo que me pida. Es que… joder, me tiene. Me tiene pillada. Se me descoloca todo. Y me da miedo decirlo en alto, pero aquí estoy.

Su sonrisa es pequeña y no aprieta.

—Estás perdida, Natasha Velikanova.

No le discuto. La boca se me queda seca de golpe y me muerdo el labio hasta que duele un poco.

—Tengo miedo.

Ni pestañea. Me deja el hueco.

—¿De qué?

—De que Alaska no espere, Rash. De que me borre del teléfono y del mapa. De que encuentre a otra persona y me cierre la puerta. De perderla sin haberla tenido bien. Y de quedarme con todo esto dentro sin sitio donde ponerlo. Sí, soy dramática. Hoy me toca.

Suelta aire con calma, sin juicio. Se me acerca un poco, me sube la manta a la nuca y se queda ahí, sin empujarme a nada.

—Céntrate. Piensa en todo el cuadro, Nat. Si Irina se puso furiosa por lo de Sabina, imagina su reacción cuando se entere de que estabas dejándole el culo rojo a su hermana recién encontrada.

La carcajada me sale directa y me tapo la boca con la manta.

—Joder, Rashel. Dicho así me siento delincuente.

—Dicho así es la versión que va a ver ella. Piénsalo.

Niego con la cabeza, indignada, quejica profesional.

—Nunca he entendido por qué montó tanto follón con lo de Sabina. Está casada con Amaia. Ella está con Julia. ¿Qué coño le importa lo que yo hiciera con Sabina? Me enfada. Me enfada que se meta en mis movidas, que me juzgue, que me ponga límites. Pero claro, es Irina. Y yo soy yo. Maravilla de sistema.

Rashel me mira con cara de «Nat, por favor», y se ríe sin querer.

—Porque Sabina es Sabina. Y con ella no hay línea recta, ya lo sabes.

No me vale. Se me cruza el cable.

—¿Y qué? No me aclaras nada.

—Entre ellas hay historia. Mucho vivido. Varias fases. Lo saben todas. Se quieren, se cabrean, se protegen. No es una amistad cualquiera. Lo que sienten no se ha apagado.

—¿Me estás vacilando? ¿En serio? ¿Siguen liándose? Suéltalo entero, tía, te lo pido. ¿Y a Julia no le importa? Eso sí que no me cuadra.

—No sé si se lían o no. Eso es de ellas. Pero, pase lo que pase, Julia lo sabe. Amaia lo sabe. Lo sabemos todas. Y ahora tú, más o menos, también. Bienvenida al club de la información que no pediste.

Me quedo sin palabras un momento. Ha dicho mucho y a la vez ha esquivado medio mapa, muy en su línea. Me hierve la cabeza y me da risa por dentro de lo absurdo que es todo. Pero me da igual. Que jueguen sus ligas. Yo estoy mirando a Alaska. Que está apoyada en la mesa, tonteando con Ivan, con el flequillo mal puesto y esa camisa que me da ideas que ahora no tocan. La manta me sobra y me falta a la vez. La veo ahí, tan ajena a todo este drama familiar que nos rodea. Y me entra una punzada en el pecho, de esas que duelen de verdad.

—Entonces… no tengo ninguna oportunidad, ¿no? —La voz se me rompe al final y me cabreo conmigo por blandita.

—Claro que la tienes —Rashel lo suelta sin dudar—. Pero no hoy. No ahora. Tendrás que estar fina, cariño. Y, sobre todo, tendrás que aprender a esperar.

Asiento sin hacer ruido. Me guardo el orgullo debajo de la manta y me juro no liarla en cinco días seguidos. Récord personal, si cae.

—Que sí, Rashel. Que sí.

Ella me aprieta el brazo antes de levantarse.

—Anda, piensa un poco con la cabeza, no solo con las tripas. —Me sonríe como si yo fuera una chiquilla—. Y no fumes, que te sienta fatal.

Se va hacia dentro sin prisa, la puerta se la come y yo me quedo en el jardín con el cigarro apagado, los dientes apretados y la cabeza a mil. Lo tiro a la papelera, me paso las manos por la cara.

Aquí estoy. La tipa del control, la que hace listas para todo, la que corrige horarios ajenos con una ceja, y ahora me siento idiota. Idiota y cobarde. Me he pillado. Me he encaprichado a lo bruto y no lo digo. No se lo digo a Alaska. No le suelto que se me ha metido muy dentro y que no hay manera de sacarla. Tampoco le digo que voy a pelear por ella. Primero Irina. Primero cerrar ese tema sin ruido. Prefiero que Alaska piense que lo nuestro terminó, que se coloque en su sitio, que se agarre a su nueva familia y entienda que su vida cambió. Y cuando lo hable con Irina, con calma y sin escenas, con Rashel al lado para ayudarme si me quedo corta, entonces sí. Entonces iré a por Alaska.

Muy bien, jefa, planazo.

Abro el móvil, entro en su chat, escribo «hola» y lo borro. Vuelvo a escribir «cómo lo estás llevando?» y lo borro. Muy adulta, sí. Me río sin ruido y el estómago se me encoge.

Me gusta. Mucho. La boca grande, la piel clara, esos ojos que no parpadean cuando se planta. Te mira y lo pilla todo al momento. Si miento, lo nota. Si me pongo estupenda, me corta con dos frases. Es bajita; me cabe entera en un abrazo. Me sale cuidarla, aunque sé que odia que le organicen la vida. Me lo guardo. Se me escapan cuidados tontos: el vaso de agua donde lo deja siempre, la chaqueta doblada, una alarma para que no se salte la comida. Y yo, muda.

Pero no es solo la atracción física. Lo mejor es lo que piensa y lo que suelta. Va rápido. Enlaza ideas a toda velocidad. Responde sin filtro, con ese punto ácido que me hace gracia. Me mira y ya sabe por dónde voy. Se nota que ya se conoce mis gestos y que se divierte un poco con mi pose de jefa. Yo, postura recta, gesto serio, dando órdenes, y por dentro aguantando la risa por alguna burrada suya. Es muy graciosa. De verdad. Más que nadie que he conocido en esta casa, en esta vida de mierda.

La cabeza no para. Ni idea de lo que siente por mí. No sé si me va a esperar. Igual ya la perdí y yo aquí, armando planes que no valen. Me doy dos palmadas suaves en la cara. Luego te rayas, Nat. Ahora no. Paciencia, aire y a funcionar.

Vuelvo al salón y el calor me sube a la cara. Huele a vino y a velas, suena música suave, hay risas, copas que chocan, platos que

van y vienen, sillones ocupados. La gente habla a mi alrededor, en corros de conversación, pero yo apenas los escucho. Me siento un poco fuera de sitio, un poco en otro planeta, pero me recoloco. Tengo que hacerlo.

Y de repente, la puerta principal se abre de golpe. Y no con un empujón normal, no. Martina entra a toda pastilla. No anda, corre de verdad. Y Martina nunca corre. Ella es de ritmo constante, sin prisas, todo bajo control. La he visto mil veces en acción: fui su escolta un tiempo, aunque ella ni se enteraba. Yo estaba por ahí, en segundo plano, tomando nota de todo, resolviendo los marrones pequeños antes de que se volvieran bolas gigantes. La tengo fichada de observarla, más que de hablar con ella, y sé cómo funciona su mecanismo interno. Por eso, verla así me pone los pelos de punta.

Se parece un montón a Julia, su madre: la misma piel morena, esos ojos amarillos que lo ven todo, los rasgos marcados. Pero su mirada es diferente, más profunda, más para dentro, más concentrada. Es rara, sí, pero de esas que molan. Va a lo suyo, necesita sus tiempos, no siempre te sigue el juego. Eso me gusta de ella. Y aun así, tiene criterio y una cabeza que funciona de maravilla.

La veo entrar con la respiración acelerada, las mejillas rojas, el pelo despeinado, las llaves en la mano haciendo un ruido que me perfora los tímpanos. Me adelanto sin pensarlo, el cuerpo ya en modo trabajo.

—¿Qué ha pasado?

Me mira y le cuesta enfocarme. Se queda dos segundos parada, ordenando las ideas. Con ella funciona así: primero procesa lo que siente, lo digiere, y luego suelta la frase. Esos segundos a mí se me hacen eternos, me comen viva. Me pregunto qué mierda es tan gorda como para descolocarla así.

Al fondo, Julia se levanta al instante, sus ojos fijos en su hija. Irina gira la cabeza, seria, y la casa entera se calla.

Martina se aparta un mechón de pelo que le molesta y dice:

—¿Podríais informarme del motivo por el que nadie contesta mis llamadas? Supongo que debo presuponer que estáis totalmente ajenos a los que está sucediendo, ¿no?

Todos en el salón sacan el móvil, con la cara pegada a la pantalla, esperando que alguien diga algo, que alguien dé la clave de lo que está pasando. Pero Martina solo respira agitada en medio del salón. Yo me quedo sin moverme, con la sensación de que justo ahora empieza la parte complicada de la noche y no tengo ni idea de qué hacer con las manos, ni con la cabeza, ni con el corazón.

El silencio se rompe en dos cuando Irina da un paso al frente, su rostro inexpresivo. Y de golpe tengo claro que lo que va a decir Martina puede cambiar la noche entera. Y mi vida. Y la de Alaska. Y la de todos. Me entra un escalofrío que no es de frío. Es de saber que se viene la buena.

Capítulo 23

Nadie habla. Ni una tos, ni una silla moviéndose. Oigo mi respiración y la de media mesa. Martina se explica por fin.

—Está ocurriendo algo inusitado en la red. Un fenómeno de atención masiva, un pico de tráfico que no se registra habitualmente.

Nadie entiende nada todavía. Julia frunce el ceño, Irina aguanta seria. Rashel ya está abriendo su portátil.

—¿Qué pasa, hija, Martina? Suéltalo ya —la apremia Julia, avanzando hacia ella, impaciente.

Martina la mira un segundo, se recoloca las llaves en la mano y prosigue, más directa:

—Una de las niñas —señala a las gemelas con la barbilla, sin ni siquiera mirar— ha publicado hace escasas horas un *post*. Concretamente en su cuenta personal, con un alcance que supera los cien mil seguidores activos. Por cierto, soy Martina, encantada. —Ahora sí las mira.

Vega se tensa. Alaska también. Yo noto el golpe en el estómago antes de oír el resto.

—El contenido —continúa Martina, con una calma impropia del momento— es una declaración bastante explícita. Cito textualmente: «Hoy conoceremos a nuestra hermana mayor, Irina Popova». *Hashtag*: #ConociendoAMiHermana #IrinaPopovaTeDonoMiAlma. La red ha estallado.

Se hace un murmullo ahogado en la sala, un rugido bajo que crece. Irina no se mueve. Julia abre los ojos de par en par. Las gemelas se miran entre ellas, pálidas.

—Madre mía —dice Rashel tecleando asustada.

—Está siendo replicado sin control —añade Martina—. La frase ha escalado a *trending* global en menos de tres horas. Irina es primera tendencia en tres países europeos, además de Rusia.

El aire se hace espeso. Miro a Alaska, que aprieta la mandíbula, y a Vega, que hunde la cara en el vaso. Martina, en medio, parece un oráculo soltando datos mientras todos intentamos digerir la magnitud.

Nadie se atreve a hablar primero. Todos han sacado el móvil y comprueban por sí mismos lo que ocurre. Martina, como siempre, clava el último clavo sin emoción en la voz:

—El asunto ya no es privado. La revelación es pública.

—Bien —se mete Irina, por fin—. Gracias. Se encienden los teléfonos de crisis. Amaia, Ana, conmigo. Julia, dame diez minutos y volvemos con las niñas. Sabina, Rashel y Luna, control de daños.

Julia asiente y les roza el brazo a Alaska y a Vega. Yo me giro hacia la mesa y saco mi lado práctico, que para eso sirvo.

—Tranquilas —les digo bajito, con la voz más neutra que me sale, aunque por dentro me arde la boca por soltarles «¿pero qué coño habéis hecho?»—. Nadie os va a perseguir por el jardín. Bebed agua, comed algo. Esto lo gestionamos. Si os preguntan, «estamos en familia y no hay declaraciones». Si alguien insiste, me lo pasáis. Y nada de responder a mensajes raros. Si os escribe alguien diciendo que os conoce de antes, captura de pantalla y se lo decís a Rashel de inmediato.

No digo nada más. No toca. Vega asiente. Alaska me sostiene la mirada y no aparta la cara. Se levanta de la silla de un tirón, el vaso aún en la mano goteando sobre el mantel, y se gira hacia su hermana con los ojos bien vivos, la postura lista para guerra.

—¿Pero tú eres idiota o qué? —grita, y a mí me da un subidón verla así, tan intensa, tan guapa cabreada—. ¡Ya la has liado!

Vega abre mucho los ojos, se nota que está desconcertada. Se aprieta contra el respaldo, no entiende por qué la están juzgando en público.

—¿Qué? ¿Qué pasa? Solo puse que iba a conocerte… —Mueve la cabeza de Irina a Julia y vuelve a Alaska—. ¿Qué tiene de malo?

—¿Qué tiene de malo? —Alaska aprieta los dientes, la vena en el cuello marcada. Uf, me pone—. ¡Pues ya ves que todo!

Vega la mira. De verdad no entiende. Y esa incomprensión me da un pellizco en el pecho, porque ahí se ve lo inocente que es.

—Respira —le digo a Alaska, más bajito, y le pego un codazo suave para que se calme—. Agua, un trago y seguimos. Nadie os va a comer.

Le paso una servilleta para el vaso y, por primera vez desde que la conozco, me coge algo sin discutir. Pequeño milagro del día.

Sabina da un paso al frente, su voz entra con calma pero con la firmeza de quien sabe que la broma se acabó.

—Escucha, bonita. Irina no es cualquiera. No hablamos de una *influencer* con apellido llamativo ni de una empresaria de revista. Nadie tenía que saber aún que han aparecido dos herederas legítimas de la reina del hampa.

Vega parpadea, como si las palabras no le entraran de golpe.

—¿Herederas de qué? —Su voz se quiebra a la defensiva.

Amaia entra en la conversación, directa, sin adornos.

—Cariño, esto es una bomba. Tu *post* ahora mismo lo están leyendo personas que no deberían saber que existís. Y entre ellos no solo hay fans. Hay enemigos. De Irina, de su gente, de todo lo que representa.

Julia ya se ha adelantado y se coloca frente a las gemelas. No levanta la voz, pero la autoridad le sale hasta por los dedos.

—No os dais cuenta de lo que habéis hecho. Ahora mismo habéis encendido una bengala gigante diciendo «aquí estamos». Eso os pone en peligro. Aquí, ahora y en cada paso que deis. No es broma.

Alaska se lleva las manos a la cara y resopla haciendo mucho ruido. Vega la mira, desconsolada.

—Pero… yo solo quería compartirlo… —Se le quiebra la voz y las lágrimas le caen sin disimulo.

Claro que no lo entienden. No saben qué significa crecer bajo un nombre como Popova, ni lo que implica tener un apellido que despierta lealtades y odios por igual. Son crías en esto. Han vivido sus vidas como si fueran normales y ahora se sientan en una mesa donde cada gesto tiene repercusión política, económica y personal. Y no tienen ni idea.

Vega se tapa la cara y Mikel, que estaba cerca, se mueve sin pensar: le pone la mano en el hombro, la acerca un poco y le

susurra algo que no alcanzo a oír. Ella se gira y se deja caer, llorando contra su pecho.

Alaska la mira, contrariada, como si quisiera ir a arrancarla de ahí, pero se queda congelada, con la rabia cruzada con la pena.

—Respira —le digo a Vega, pegadito al oído—. Bebe un poco de agua. Nadie te va a echar la bronca. Te explicamos y ya está.

Veo el gesto de siempre entre ellas. En pleno caos, Vega estira la mano buscando a su gemela, y Alaska, tras unos segundos de duda, se la agarra con fuerza.

Julia se agacha un poco hacia ellas y suaviza el gesto.

—Tranquilas. No os culpamos de querer compartir vuestra alegría. Solo que ahora tenéis que entender que vuestra vida ha cambiado. Que lo que digáis o hagáis ya no es solo vuestro. No estáis solas, pero tampoco estáis en un mundo inocente.

Me acerco, bajo la voz.

—Respirad. Aquí dentro está todo controlado. Nadie entra, nadie os toca. Pero a partir de hoy no podemos seguir haciendo como si nada. Y hoy, lo siento, no os volvéis a vuestro piso tan tranquilas.

Vega se tapa la cara con las manos y Mikel le pasa un vaso de agua que ella no toma. Alaska la abraza por fin, incómoda pero firme, la agarra fuerte protegiéndola aunque la bronca anterior aún siga caliente.

Sabina aparece por el lado de Alaska y les pone una mano en el hombro a cada una, maternal.

—No la machaques. No lo sabía. Teníamos que haberlo previsto nosotras. A ninguna se nos ocurrió que había que avisaros de esto.

Alaska asiente sin mirar a nadie, solo abrazando a su hermana. Yo, mientras, siento ese pellizco que me da cuando las veo juntas: dos niñas, muy listas en lo suyo, muy graciosas, muy fuertes… pero absolutamente inexpertas en esto. No saben todavía en qué tablero acaban de entrar.

El tiempo se espesa. La casa retoma poco a poco su murmullo, vasos que suenan, alguien que se mueve en la cocina, una risa forzada aquí y allá. Pero todos sabemos que falta la segunda parte de la tormenta.

Irina tarda, pero vuelve. Entra al salón con paso tranquilo, aunque cada músculo dice otra cosa. Se acerca a la mesa, a las gemelas, que ya están más calmadas: Vega con los ojos hinchados, Alaska aún con la mandíbula tensa. Yo me muevo apenas un paso, el cuerpo se me adelanta a la cabeza, pero me freno a tiempo.

La jefa apoya las manos en la mesa. Los nudillos pálidos. Se inclina un poco y habla sin dulzura, cortando el aire.

—Escuchad. A partir de ahora no podéis volver a salir solas. Donde vayáis, va seguridad. Igual que todos en esta familia.

Vega asiente al instante, bajita en la silla, los hombros juntos. Ni respira. Alaska, en cambio, se despega del abrazo de su hermana, se levanta de golpe y aprieta los puños hasta que se le marcan las venas.

—¿Perdona? No necesitamos niñera.

—No es negociable —responde Irina sin parpadear—. Tu nombre ya está fuera. Eso te convierte en objetivo, te guste o no.

—Me da igual. No pienso llevar a nadie pegado controlándome.

La sala se queda rígida. Ni el hielo de los vasos suena. A mí me arde la palma, necesito meterla en el bolsillo para no tocar nada. Me muerdo el carrillo. No es mi turno. Pero quiero que lo sea.

Irina se endereza un centímetro, la espalda a plomo. No sube la voz.

—Eso no lo decides tú, Alaska.

—A mí no me manda nadie. Y tú menos. Nos conocimos ayer y ya estás soltando órdenes.

Un choque limpio. El salón contiene el aire. Me entra una risa negra que me sube a la garganta. La empujo abajo como si tragara un hueso. Alaska plantada, la barbilla arriba, la mirada en fuego. Irina, fija, la mandíbula en su sitio. Se miden. Me vibra el muslo contra la silla. Me calmo por fuera. Por dentro, ni de broma.

Irina no cede un milímetro. La mirada sin calor, el tono con freno. La conozco. Está clavada a la mesa para no avanzar.

—Da igual lo que digas. No vais a volver a vuestra casa. No vais a pisar vuestro barrio. Y tampoco vais a regresar a ese trabajo. Ahora sois Popova, Vega lo ha hecho público y no vamos a poder parar el impacto.

—No te confundas, Irina —lanza Alaska, con la lengua afilada—. Nosotras somos Vega y Alaska Vázquez. Tu padre no nos dio su apellido, nos dejó tiradas. No lo queremos ahora. Y vamos a hacer lo que nos dé la gana, ¿vale? Empezando por largarnos hoy a nuestra casa.

El suelo me retumba bajo las suelas. Alaska lo dice sin temblar. Me pongo rígida para no moverme. Sé lo que viene. La bronca se huele. Yo cuento en mi cabeza del uno al cinco en bucle para no abrir la boca.

—Ni hablar —cierra Irina—. Vuestra dirección ya está en varios sitios. Esa puerta no se vuelve a abrir sin hombres delante. Punto.

—¿Hombres delante? Me parto. ¿Tienes idea de lo que es tener vida? ¿De salir sin que te miren dos gorilas desde el coche? —Alaska suelta una risa seca.

—Tengo idea de lo que es que te intenten romper la vida —contesta Irina, sin gestos—. Y tengo idea de lo que es que te arranquen a alguien en un semáforo. No voy a arriesgar a dos crías que llevan mi sangre.

Un murmullo ahogado de alguien al fondo. Vega se encoge más y busca la mano de su hermana a tientas. Alaska la esquiva con un gesto. Yo me quemo por dentro. Las uñas me dejan medias lunas en la palma.

—Te repito que no nos vas a encerrar —Alaska no baja el tono—. No somos un trofeo. No eres mi jefa. No me conoces.

—Me basta con lo que sé —dice Irina—. Tu cara está en todas partes. Ya os están siguiendo por las redes. Hay gente que ve dos hermanas y huele debilidad. Van a tirar ahí.

Vega se humedece los labios, mira a Alaska con pánico manso. Irina afloja un paso, pero no se aparta. Yo aguanto la respiración sin darme cuenta y la suelto de golpe. La risa de antes ya no existe.

Julia se adelanta un paso. Se coloca entre las dos sin levantar la barbilla. La voz suave, templada. Las pupilas, grandes.

—Escucha, cielo. No es un capricho ni un castigo. Hay peligro real. No hablo de cámaras ni de fans pesados. Hablo de gente que hace daño. De gente que no va a dudar.

—¿Qué gente? —salta Alaska, áspera—. Dame nombres. Dame datos. Porque todo esto me suena a cuento para tenernos quietas.

—No podemos decirte nombres ahora —interviene Rashel—. Sí puedo decirte que hay avisos, que hay movimientos raros cerca de vuestro portal, que ya han intentado meterse en vuestra agenda. Tenemos pruebas. No podemos dejaros solas ni una hora.

Alaska parpadea, los ojos rojos de rabia contenida. Las aletas de la nariz se le abren. Mira a Vega. El pulgar temblando. Se le escapa un susurro. A Alaska se le resbala la terquedad un segundo. Vuelve a mirar a Irina. Tensa el cuello.

—Y si digo que no, ¿qué? —dice bajando la voz un poco—. ¿Vas a mandarme a dos tipos al baño? ¿Vas a cerrar con llave?

—Voy a protegerte. Aunque me odies. Aunque me grites. Ya me odian otros por cosas peores. Puedo con una más.

Se hace un hueco de silencio raro. El reloj del pasillo clava dos golpes. El teléfono vibra en la mesa y nadie lo mira. Quiero poner una mano en el hombro de Alaska, apartarla dos pasos, sacarla a respirar y que me escuche. Me quedo clavada.

—Mira, Irina —Alaska baja medio tono, pero sigue dura—. No he venido aquí para que me metáis en un coche con un tío armado que no conozco. Quiero dormir en mi cama. Quiero ducharme en mi baño. Quiero abrir mi nevera y comer lo que me dé la gana. No es negociable.

—Esa cama ya no es segura —Irina no flaquea—. Esa ducha tampoco. Esa nevera, menos. En dos días, vuestra casa será una romería. No vais a exponer a los vecinos. Se acabó.

Vega asiente, muy despacio. La veo tragarse el llanto con dignidad. La mano no suelta la de Alaska. Julia respira hondo y baja un poco más la voz, sin azúcar.

—Hay un protocolo, Alaska, cielo. No vamos a encerraros bajo tierra. Os daremos habitaciones aquí, llaves, espacio. En cuanto se pueda os llevamos a por vuestras cosas con escolta. Se cambian rutas, se cambian teléfonos. Y luego decides con la cabeza fría. Hoy no.

Alaska se pasa la lengua por los dientes, furiosa. Se cruza de brazos. Mira a todas, una a una. Vuelve a Irina.

—No me fío de ti.

—No hace falta —murmura Irina—. Fíate de que no voy a dejar que os pase nada.

—Eres muy lista —contesta Alaska—. Se te ve. Pero a mí no me metes miedo.

Irina inclina la cabeza un milímetro. Ni un gesto más. Julia alza la mano y la apoya en el antebrazo de Alaska, con tacto ligero.

—Fíate de todas —dice—. No vamos a dejar que os pase nada.

Alaska aguanta. Mira a Vega. Vega le dice algo al oído, una frase corta, audible solo por ellas. Alaska cierra los ojos un segundo. Los abre. Asiente, mínima.

—Un día —escupe—. Uno. Me quedo un día. Luego, hablamos.

Irina tarda dos segundos en responder. Se los toma. Suelta el aire. La tensión no baja, pero se coloca.

—Un día. Y mañana a primera hora, hablamos las cosas con calma.

El salón recupera un poco de sonido. Una silla cruje. Alguien tose. Yo suelto el aire por la nariz, lento. Y me trago la risa que me subía hace un minuto. Porque la escena ya no tiene nada de graciosa. Aquí todo puede saltar por los aires en una sola frase.

Capítulo 24

La tele me lanza destellos azules y rojos a la cara y el mando me vibra en la palma, caliente, porque acabo de palmar. Joder. No doy una. Pantallazo de derrota, musiquita de burla, botón de reintento provocando. Me hundo un poco más en el sofá. Los pies en la mesa. Calcetín rojo en un pie, negro en el otro. Mi pijama es el más cutre del cajón. Tela con bolitas, costura que pica en el hombro y camiseta de propaganda de un festival de electrónica que Luna me endiñó en una noche tonta de risas y mensajes de voz de tres minutos que ahora dan vergüenza ajena.

El móvil sigue con el iconito de avioncito en la esquina, paz garantizada. Ni correos, ni notificaciones, ni llamadas de Irina o de mi madre. No. Hoy no. Me zampo un bol de ganchitos que ya perdieron la crocancia. Blanditos, un poco rancios, perfectos para no tener que masticar fuerte. Dedos naranjas, mando pegajoso, migas por el sofá, por la camiseta, por mi dignidad. La alfombra ya tiene salpicaduras y el suelo pide fregona desde la puerta.

Hoy me declaro en descanso oficial. Sin dramas, sin urgencias, sin gente. Hoy soy la Nat en pijama que necesita paz. Lista de tareas: una línea: disfrutar de no hacer nada.

Marca de verificación mental. Nada de culpa.

Mi Casa del árbol suena a fantasía, y sí, mola un montón. Es mi refugio dentro de esta mansión gigante. Está a cinco metros del suelo, agarrada a las ramas, con una ventana enorme con vistas al bosque y al lago. Entra el olor a pino y madera limpia, y eso ya me baja el pulso.

Aquí hay wifi potente, la consola nueva que me tiene viciada y tiras LED mal pegadas que hacen parches de luz violeta. Aquí no hay mármol ni servicio pendiente de mis antojos. Aquí hay mis cosas, mis ruidos, mi respiración sin máscara.

Enciendo una vela con olor a bosque. El aroma me coloca en modo suave. Pongo una *playlist* tranquila, nada que me hable de superación, nada que me empuje a salir. Solo acordes que hacen hueco.

Me dieron un millón de euros y un sitio en JARSI. No está mal, no me quejo. Actualicé la tele a una gigante que casi no cabe en la pared y cambié el colchón por uno que me recoge la espalda sin chistar. También me compré calcetines nuevos y sigo usando los desparejados. Prioridades claras.

Aquí mando yo. Y sí, a veces, sentada en esta cabaña, me viene Alaska a la mente. Su risa, su descaro, sus ojos que saben demasiado. Me gustaría que trepara la escalera y entrara por la ventana, que dejara la chaqueta en cualquier parte y se quedara a mi lado sin plan. Me muerdo el labio, aparto la idea. No. Hoy solo quiero paz y mis ganchitos blandos.

Han pasado dos semanas desde el *post* de Vega. Dos semanas en las que la mansión se ha tragado a las gemelas y no las suelta ni un minuto. A estas alturas ya saludan por nombre a media plantilla y a toda la familia ampliada. Presentación, cafecito, anécdota reciclada y otra ronda. Me río solo de pensar en la agenda social que se están comiendo. Plan sin descanso, pero al menos hay comida rica en cada parada y regalos tontos que van acumulando en su cuarto.

Yo las veo poco. Un cruce rápido en el pasillo, hola y hasta luego en la mesa grande, fin. Y ni de broma me he quedado a solas con Alaska. Cuando la tengo a tres pasos siempre hay gente pegada. Además, me sobra un vistazo para saber que sigue con el enfado subido. Se le nota en la boca apretada, en la postura tiesa, en el móvil que no suelta. Está enfadada con todo: con el encierro, con Irina, con los escoltas, con el control del teléfono. Y conmigo. Ese enfado le da energía. Lo reconozco a la primera.

Vega es otra historia. Se mueve por la casa con una naturalidad que me deja loca. Un día coloca flores con Julia, al siguiente está en la cocina cortando verduras, al otro acompaña a Luna a la piscina. Tiene un don para caer bien y para ofrecer ayuda sin invadir. Se pasa horas jugando al escondite con las peques, diría hasta que lo

propone ella, pregunta por recetas, se ofrece a poner la mesa. Está feliz. Se le nota en la piel, en la risa, en el paso.

El resto va a lo suyo. Irina ya salió a la palestra y dijo lo que tenía que decir «las he encontrado, están en casa». No hubo opción de esconderlo. Ya había fotos y nombres circulando. Mejor contarlo con su versión y cerrar la puerta a inventos. Y oye, no ha pasado nada serio. Ni *paparazzi* en las vallas, ni coches dando vueltas, ni locuras. Lo único que cambia es lo de siempre aquí: cuidado al salir, escolta asignada, horarios, teléfonos con doble verificación. Protocolo estándar. A nadie le hace ilusión, pero funciona.

De momento no hay salidas hasta que el tema baje en redes. Y, además, Irina no se fía ni un centímetro de Alaska. Nadie lo suelta en alto, pero todo está diseñado para que no se escape en un arrebato. Ella no se entera, porque suficiente lleva encima, pero hay ojos en cada esquina, rutas cerradas en el mapa, puertas que hoy no se abren y agendas revisadas. Si pregunta por algo, se le ofrece un plan alternativo con pizza y película. Si insiste, se negocia con cariño. Es agotador, sí, pero más agotador sería arreglar un susto. Y aquí no queremos sustos.

Les ofrecieron una habitación a cada una, con su llave, su armario y su cama nuevecita. Dijeron que no, que querían dormir juntas, que todavía no tenían la cabeza tranquila y que por la noche se calmaban hablando. Me lo esperaba y me pareció lógico. Entonces Irina hizo un gesto muy serio, abrió un cajón del despacho y sacó la llave de la habitación de Mikhail. Llevaba años cerrada. Se la dio a Julia y le dijo que la dejara lista ya. Julia se puso en modo jefa de obra y Vega se pegó a ella con una libreta, una lista de compras y el móvil echando humo.

En dos días aquello fue un desfile: pintura, lámparas, colchones XXL, cortinas que no dejan pasar ni un rayo, un armario gigante, una mesa con enchufes de sobra, wifi propio, una ducha en la que cabe una cuadrilla, una neverita con agua fría y fruta, una cafetera que no hace ruido y un rincón para zapatos que haría feliz a cualquiera.

Vega pidió organizadores transparentes y un espejo de cuerpo entero con luz regulable.

Julia llamó a medio Madrid para que llegara todo rápido y revisó la instalación hasta que no saltó ni un plomo. Irina pasó un momento, miró en silencio y solo dijo «bien».

Yo escuché todo el montaje desde el pasillo y vi entrar cajas, flores, fundas y un técnico tras otro. Una habitación para princesas. Ni la he visto, ni ganas.

Dos semanas. Y aquí estoy, en pijama, con el culo pegado al sofá y la consola echando humo, mientras las gemelas aprenden a ser Popova en tiempo récord. Y yo, como siempre, mirando desde las ramas.

Sigo con mi partida, estoy a punto de pasar un jefe que me tiene amargada desde hace tres noches. Mi personaje, una guerrera espacial con armadura morada, está al borde del abismo. El sudor me gotea por la frente. Solo un movimiento más, un ataque certero, y este cabrón cae.

Y entonces, una voz chillona que me rompe el trance me sacude desde abajo.

—¡Tía Naaat! ¡Baja ya!

Pego un bote y casi tiro el mando al suelo. Me asomo por la ventana y veo a Ivan dando vueltas con su motillo ridícula por abajo.

—¿Qué coño quieres, criatura del averno? —le grito, con la voz ronca todavía de no hablar en horas, o de gritarle a la pantalla.

—¡Que te vistas! —me contesta—. ¡Que ha venido mi viejo y te estamos esperando, te han mandado mil mensajes!

Se me deshace el poco buen humor que tenía.

—¿Tu padre ha venido? —repito, con el culo un poco encogido.

—Sí. Y la abuela ha hecho de comer. Están tus hermanas también y los demonios rubios. Comida familiar Velikanov, edición completa. Vamos, que si no bajas, mi viejo se cabrea.

Cierro la ventana con un portazo y suelto un bufido. El jefe del juego se me escapa, mi guerrera espacial se desintegra y yo, la todopoderosa Nat, tengo que bajar a socializar. Justo lo que necesitaba: un domingo de penitencia con mi familia.

Mi madre… ah, mi madre. ¿Por dónde empiezo con ella? Tiene casi setenta, pero te juro que está más fuerte y anda más rápido

que todos nosotros juntos. Habla alto y claro, no necesita repetir las cosas.

Boris la trajo aquí para que viviera como una reina, pero ella no sabe estarse quieta. No cobra, no firma papeles, ni leches, y aun así todo pasa por ella. Decide el menú de la semana, que si hoy toca estofado, mañana sopa de col y pasado, más col. Hace la lista de la compra, fija horarios, despierta a quien se hace el dormido con un toque en el hombro y apaga luces cuando toca, sin preguntar si has terminado de leer.

Muchas veces su palabra pesa más que la de Irina, y a Irina le parece bien, la respeta. A Julia también. Nadie discute con mamá Velikanova. Si hoy dice estofado, hay estofado. No se negocia, y además sale de diez, así que nadie protesta. Yo, que soy la más rebelde de la camada, me como mis palabras con cada bocado de su comida. Es como un pacto tácito: te quejas, pero comes. Y luego te callas.

Mis tres hermanas pasan de los cuarenta, todas casadas, todas con agenda de familia perfecta. Viven en sus casas de la finca con sofá nuevo, cortinas planchadas y lista de la compra pegada con imanes. Tienen grupo de WhatsApp para todo: excursión del cole, torneo de pádel, barbacoa del sábado y mesa dulce de cumpleaños con cartelitos. Sus maridos trabajan aquí también, todos en cosas importantes. Sus hijos llevan el uniforme sin una arruga y hacen tres extraescolares por tarde. El *pack* completo.

Cuando me ven llegar con el pelo corto y la chupa de cuero, me miran de arriba abajo y me sueltan el «qué tal el trabajo» con pausa, como si la palabra «trabajo» fuese sospechosa. Luego me ofrecen una diadema «por si te apetece verte diferente». Me río por no pelearme. A veces me sueltan un «ya te calmarás» y yo pienso «no me da la gana». Y sí, me juzgan. Siempre hay un comentario de fondo, una pregunta con veneno suave. Yo soy la pequeña y, según el manual de familia, me tocaba ser la mimada. La realidad: soy la oveja negra. Por ser lesbiana, por llevar chamarra negra en verano, por currar con Irina en lo serio. Para ellas soy tema de sobremesa.

También digo lo bueno: si se me rompe un cable del portátil, vienen a traerme uno; si me quedo sin ibuprofeno, me dejan una

caja; si me olvido las llaves, me abren sin hacer drama. Logística, la clavan. Y me traen comida. Eso se agradece.

Me da igual, o eso digo. No quiero su vida ni por un mes. No tengo paciencia para maridos que se duermen viendo el partido, cenas de compromiso y vajillas que solo se usan en Navidad. Pero tampoco me apetece aguantar sus caras cuando les cuento con quién salgo o a qué hora vuelvo. A veces me muerdo la lengua, cojo un trozo de tarta y me pongo música en el móvil. Otras, contesto y se acaba la conversación. Y sigo. Porque soy yo y no pienso pedir permiso para existir.

—¡Nat! —Ivan vuelve a gritar desde abajo, acelerado—. ¡Venga, que mi padre se mosquea si no mueves el culo!

Encima Boris. El señor expectativas. Le quiero a mi manera, pero esa mirada suya de «endereza tu vida ya» me agota. No voy a firmar ese contrato, lo sabe y sigue insistiendo.

Pauso la consola y me levanto del tirón. Cierro la ventana del chat del juego, me meto el móvil en el bolsillo, busco calcetines iguales y fracaso. Me planto unos vaqueros, camiseta negra, la chaqueta de siempre, gomina, desodorante, llaves y listo. Si quieren princesitas, que suban a la mansión, que allí están las titulares nuevas.

Bajo las escaleras de dos en dos y ahí está Ivan, satisfecho y sosteniendo un casco que huele a sudor y gasolina.

—Sabía que salías. No te libras —me dice, encantado de conocerse.

—Ni que fueras tú mi padre —le gruño, quitándole el casco sin cariño—. Arranca.

Me subo detrás y él sale disparado. El ciclomotor vibra, mete ruido y me remueve el estómago. Me acuerdo de mi sofá, mi pijama y mis ganchitos blandos. Pero nada, jornada Velikanov en agenda.

Recorremos los caminos de tierra de la finca. Polvo en la boca, aire frío en la cara, ramas que rozan. Pasamos junto a las casitas, las cámaras giran, los perros del guarda dan el parte. Pido mentalmente un pinchazo de rueda, una señal caída. Nada.

El motor aguanta hasta la puerta de la casa de mi madre. Me quito el casco y me golpea el olor de siempre: col agria, eneldo, carne guisada con pimienta a lo loco. A mi barriga le gusta, a mi

ansiedad no tanto. Combo completo de infancia y domingo obligatorio.

Apenas piso el jardín y ya se oye el runrún de voces con risas que no terminan de salir naturales. La mesa ocupa media terraza. Hay platos hondos por todas partes, cuencos de *borsch* humeante, ensaladilla de patata en bandejas enormes, arenques abiertos con cebolla, pan negro en cestas, mantequilla, pepinillos, mostaza, vasos altos, botellas de agua y de *kvass*. Huele a cocina encendida desde las ocho de la mañana. Mi madre, fijo.

—¡Mira quién apareció! —salta la mayor, Oksana, con su voz de presentadora y el vestido de flores planchado a conciencia. Sonríe sin mover los ojos. El mensaje va directo: ya era hora.

—Pensábamos que estabas demasiado ocupada para tu familia —suelta Tatiana, la segunda, con su tono de examen sorpresa. Ni me mira; le da vueltas a la sopa y posa el cazo con gesto de juez.

—O demasiado cansada de tus… trabajos nocturnos —remata Katerina, la tercera, la del moño perfecto y la lengua rápida. Todo ordenado, todo crítico.

Yo les sonrío enseñando dientes. No me van a sacar ni media mala cara hoy.

—Qué gusto veros también. Me habéis montado un banquete.

Me siento en la silla vacía que queda en la esquina, acerco el plato, cojo una servilleta y dejo el móvil boca abajo. Estoy aquí, he venido, vamos a comer y a pasarlo en paz.

Mi hermano está sentado con su postura de jefe. Es grande, fuerte de gimnasio antiguo, cuello ancho, pelo rapado al milímetro, camisa metida por dentro, cinturón bien ajustado y un reloj enorme que da la hora exacta. Tiene los ojos muy fríos y la cara en modo serio. Me mira como si pasara lista. Yo me recoloco la camiseta, me quito una pelusa del pantalón y pienso: ya está, auditoría familiar.

Se levanta, me planta un abrazo rápido, un toque y fuera. Me quedo un poco en blanco, porque este hombre no reparte gestos cariñosos ni en Navidad. Si me abraza, la tarde va a ir mejor de lo que pensaba.

—Ya era hora, Nat —dice en ruso, bajito, su voz de cuando quiere que no le lleve la contraria.

—Ya estoy aquí, ¿no? —le contesto en el mismo tono. Nada de drama, nada de lamidas. Neutral.

Me suelta, me acomoda la silla con una mano y me señala el plato hondo que me ha puesto delante.

—Pórtate bien y come.

—Vale —le digo, y me río un poco porque el plato humea y huele bien—. Prometo no tirar nada.

Y ahí aparece la matriarca. Grande, gruesa, mandíbula cuadrada, moño apretado, delantal blanco encima del vestido negro. Los zapatos suenan en los azulejos, huele a harina y a su perfume de siempre que se pega a la ropa. Cuando avanza hacia nosotros, hasta Boris baja la cabeza. Aquí manda ella.

—¡Natasha! —Voz de trueno y dos besos en las mejillas—. Llegas tarde, ¿qué te crees, que la sopa espera por ti?

—No, mamá —respondo, automática, versión quince años, con el recuerdo de sus redadas de cigarrillos.

Me recorre entera con la mirada, niega con la cabeza y resopla.

—No sabes peinarte, no sabes vestirte. Menos mal que al menos sabes comer. Come y calla.

Me escurro entre los sobrinos que apenas me hablan y las hermanas que me taladran con los ojos. El *borsch* humea delante de mí, rojo intenso. Eneldo, ajo, remolacha, un golpe de vinagre. Me arde la nariz y me entran hambre y rabia a la vez. Mi madre reparte, canta órdenes a mis cuñados, corrige la posición de los cubiertos, empuja las sillas medio centímetro y vuelve a empujarlas otro. Nadie chista.

—A ver si esta vez comes en condiciones, Natasha —me espeta mientras me sirve otro cucharón que casi me quema la mano.

—Claro, mamá —respondo, y hundo la cuchara.

El sabor de siempre: ácido, fuerte. Me trae de golpe recuerdos de cocina caliente, toallas en el radiador, discusiones en voz alta, inviernos con sopa a diario. Miro alrededor: mi madre en la cabecera con el cucharón en alto, mi hermano mayor pegado al sitio de honor, las hermanas arregladas, los nietos rubios en fila. Y yo, en el borde, la que nunca entra en la foto sin que alguien frunza el ceño.

Me inclino hacia Boris. Tiene el pan bajo control: rebanadas exactas, ni una migaja suelta, tabla limpia, cuchillo recto. Le relaja cortar y a mí me pone nerviosa verlo tan perfecto.

—¿Y tú qué haces aquí, hermano? —bajo la voz, confidencial—. ¿Y dónde está tu… nueva novia?

Dejo ese «nueva» flotando un segundo, bien marcado.

Boris me lanza una mirada de aviso, aunque no se esconde.

—¿Nueva? Llevo años con ella. Está en Barcelona. Tenía cosas que hacer —dice, seco, y clava otra rebanada, todo cuadriculado.

Inclino la cabeza. Se me escapa.

—Ajá. O sea, cambiaste a Rashel por… ¿qué era? Ah, sí. Una que posa mucho y habla poco. Pura fachada.

Tatiana se atraganta con la sopa y me mira con las cejas arriba y el labio temblando. Su marido, Alexei, se ríe bajito y luego finge que no.

—Natasha, por favor —suelta Oksana con los labios apretados—. Hay niños en la mesa.

Me encojo de hombros, media sonrisa y una uña clavada en la palma.

—¿Qué? Rashel es guapa, lista y pisa firme. La otra es filtro, brillo y silencio. Ni una idea interesante, ni media.

Katerina no se aguanta.

—Mira quién habla de ideas. Tú no estás para repartir diplomas.

Voy a soltar la réplica, ya la tengo en la lengua, pero Boris me gana por velocidad. No sube la voz. No le hace falta.

—Basta —dice. Mira fijo primero a Katerina y luego a Oksana y a Tatiana, que de golpe recuerdan el mantel—. Nat no necesita vuestras pullas. Ha hecho algo que ninguno aquí ha hecho: encontrar a las gemelas. Eso importa y se respeta.

Nadie abre la boca. Solo suena el pan al romperse en sus manos. Me quedo quieta. No recuerdo la última vez que Boris me dio crédito delante de todos. Me entra calor en las orejas.

Los críos dejan las cucharas a medias y clavan los ojos en mí. Y nada, llega el interrogatorio.

—¿Las gemelas? —pregunta Oksana, tono de cotilleo—. ¿De verdad existen? Yo todavía no las he visto.

—Claro que existen —apunta Tatiana—. Lo contó hasta la prensa.

—Son de verdad —confirmo, me echo atrás en la silla y no escondo la sonrisa—. Respiran, comen, discuten y tienen más carácter que toda esta mesa junta.

Se arma un murmullo al momento. Los niños disparan preguntas en susurros. Mis cuñados se arriman entre ellos y hablan en voz muy baja con sonrisa de lado. Mis hermanas se inclinan hacia mí a la espera de detalles. Yo bebo un trago de *kvass*, frío, y les regalo dos segundos de suspense. Hoy me lo he ganado.

—¿Y cómo son? —insiste Katerina, con brillo de cotilleo en la mirada, la copa a media altura.

—¿Son guapas? —salta otra, y ya está, la pregunta de siempre, la única que creen que vale.

Boris me observa de reojo, se le estiran un poco las comisuras, pero mantiene la cara de soldado. Noto el giro. Hoy no soy la rara de la mesa. Hoy me miran a mí. Y sí, se me sube un punto, no voy a fingir lo contrario.

Me paso la lengua por los dientes, dejo el vaso en la madera, si supieran la mitad de lo que hay detrás…

Ivan, que llevaba un rato engullendo *pelmeni* en silencio, alza la cabeza, carraspea y suelta:

—Están buenísimas, ¿eh? Guapísimas las dos. Yo firmaba ahora mismo. Pero nada, mala racha: parecían iguales y me tocó la bollera —lo suelta con teatro de macho dolido, dándose golpecitos en el pecho, migas pegadas a los labios.

Se me escapa una carcajada seca. Me sale sola. Le endiño una colleja, floja pero clara.

—No hables así de ellas, imbécil.

—Mikel fue rápido y pilló a la hetero. Vaya putada —remata, caído en su silla, el dorso de la mano en la frente fingiendo tragedia.

—Ni se te ocurra acercarte —suelta Boris. La voz le sale grave, corta el barullo al primer golpe. Le señala con el dedo, directo—. A cinco metros, mínimo. ¿Me oyes?

Ivan resopla y echa el cuerpo hacia atrás.

—¿Y por qué no? Mikel ya se lio con Vega. Si la otra también fuera hetero, ya la tendría en la cama fijo.

Me atraganto con el vino. Me arde la garganta.

—¿Cómo que se lio con Vega? —Me giro hacia él. No me tiembla la voz. Los dedos, sí. Los escondo bajo la mesa.

Ivan enciende la sonrisa de payaso de cumpleaños.

—Pues eso. Besitos, arrumacos, manitas. Aún no se la ha tirado, ¿eh? —Levanta las manos, inocencia de plástico—. Pero dale tiempo. A Mikel no se le escapa ni una.

Tatiana pega un chillido que hace mirar a media mesa.

—¡Qué barbaridad! ¡Ese chico debería tener más cuidado! ¡Hablamos de una princesa!

Boris apoya los codos y gruñe, cansado de sermones.

—Mikel es el hijo de Sabina. ¿Tú crees que a Irina le va a importar? Si acaso le hará gracia.

Ivan entra en calor al oír eso.

—Y yo soy hijo de Rashel y tuyo. Tampoco le iba a importar, ¿no?

Oksana empieza a abanicarse con la servilleta, postura fina de fiesta privada. Le encanta su momento.

—Eso, eso. Con todo el lío ese de relaciones que tienen ahí dentro… Hasta Rashel se ha hecho lesbiana. Normal que a Natasha se le haya contagiado. Anda detrás de ellas desde pequeña, pegada a sus faldas.

Es increíble su habilidad para siempre hacer un giro en la conversación para tirarme la pulla. Se me tensan las muelas. Me rasca el paladar. Se me ocurre una respuesta de esas que dejan marca. Me la guardo. No pienso enfadarme con ellas hoy.

Pisadas en el césped. No hace falta mirar para saber quién es. Aun así, miro. Irina entra por el jardín, recta, tranquila. No sube la voz.

—Cuidado con lo que dices, Oksana —dice, sin apuro—. La próxima vez, piénsalo dos veces antes de hablar de mi familia.

A Oksana se le apaga el foco. Se le sube el color desde el pecho hasta las orejas. Bien.

Irina rodea la mesa sin prisa. Va directa a Boris. Se abrazan fuerte. Yo aparto el vaso para que no lo tiren.

—¡Irinushka! —Mi madre le cae encima con dos besos de ventosa, uno por mejilla. Le sujeta la cara con las dos manos y le hace bola

los mofletes—. Ven. Come. Estás en los huesos.

—Ya… ya he comido.

—¡Siéntate, siéntate! —Mi madre prácticamente la encaja en la silla de al lado—. ¿O qué? ¿Eres muy importante para comer con nosotros?

—No, Lidia, pero… —balbucea Irina, muy reina, muy jefa, medio risa, medio pánico.

—¡Nada de peros! —Le da un toquecito en el brazo y *zas*, plato de *borsch* delante—. ¡Come! Tienes cara de no ver la cuchara desde la semana pasada.

Mis hermanas levantan la vista y se muerden las manos para no estallar. Yo fijo los ojos en el caldo, porque si miro a Irina me sale una carcajada. Me pego la servilleta a la boca y respiro por la nariz.

Irina obedece. Se rinde con elegancia. Cucharada uno. Cucharada dos. La veo tragar, resignación pura en la comisura, esa cara que solo le sacan Julia y mi madre.

—Está muy bueno, Lidia —dice diplomática—. De verdad.

—¡Claro que está bueno! —Mi madre se infla—. ¿Qué pensáis? Aquí se cocina en serio. En la mansión ustedes no quieren nada ruso. Aquí sí. Esto es comida de verdad. Mira el color, mira la grasa buena. Sana.

Mis hermanas se miran, dientes escondidos tras los dedos. Yo bajo la cabeza y doy otra cucharada, porque si no, me traiciona el aire.

—Bueno, ya está, he probado —intenta Irina, levantándose a cámara lenta, silla atrás sin ruido, muy de espía.

—¡De eso nada! —Mi madre le planta la mano en el hombro con fuerza y la baja—. El plato entero. Y después *pelmeni*. Hay muchos. Con cebolla. Calentitos.

—Lidia, de verdad, tengo que…

—¡*Pelmeni*! —Mi madre abre los ojos como si hubiera visto al Papa, pero ruso—. Los pruebas. Yo me ofendo si no.

Irina me mira. Socorro silencioso. Yo me tapo la boca con la servilleta y asiento con cara de funeral. La Reina Popov abatida por mamá Velikanova. Día grande. Apunto mentalmente la fecha.

Bajo supervisión directa, Irina ventila la mitad del plato. Respira hondo, se arregla la falda del traje y me lanza un gesto seco.

—Natasha, ven conmigo.

—¿Yo? —pregunto, por hacer el trámite. Ya sé que sí.

—Sí. Ahora. —No hay hueco para bromas. Ni una grieta.

Boris levanta la mano como si alguien le hubiera pedido permiso. Mis hermanas cuchichean sin pudor. Mi madre protesta porque Irina no tocó los *blinis*. Ya no hay vuelta. Irina me pilla del codo y me saca del ruido. Me seco la palma en el vaquero. No ha venido por Boris. Ha venido por mí. Y lo que trae no suena a cháchara.

Capítulo 25

El aire huele a tierra mojada y a leña vieja. Subimos por el sendero de la finca, rectas, sin prisa. A lo lejos ladran los perros y la grava suena bajo las botas. Irina no suelta palabra al principio. Mira al frente, abrigo abierto, manos a la espalda. Va repasando el camino con esos ojos suyos de controladora. Yo me guardo las manos en los bolsillos y me callo. Con Irina no hace falta empujar nada: cuando está lista, habla.

—No sé qué hacer con Alaska —dice por fin. Le sale una voz baja, gastada—. Con Vega es fácil. Es abierta, es dulce, se apunta a todo. Pero con Alaska… —Mueve la cabeza, medio frustrada—. Le caigo fatal. Todo lo que digo le sienta mal. Y no lo entiendo. Imagino que es por tenerla aquí metida, pero ahora mismo no tengo otra. Me ha llegado a decir que las tengo secuestradas.

Me fijo en el temblor que se le escapa. Esta no es la Irina de las reuniones que te deja tiesa con un gesto. Esta es otra. La que admite que no controla la situación. Me muerdo la risa porque visualizo a Alaska soltándole eso tan tranquila.

—No le des bola —le digo—. Te provoca para ver si aflojas. Está acostumbrada a ir a su aire y le da alergia que le manden. Aun así, está contenta, aunque no te lo vaya a reconocer. Te lo digo yo.

Irina suelta una risa pequeña, sin gracia.

—Me siento culpable, Natasha. Por no haber puesto Madrid patas arriba hasta encontrarlas. Porque hayan estado solas en un centro y tuvieran que salir adelante… —baja la voz— prostituyéndose.

—No prostituyéndose, Irina. Escorts —la corrijo sin drama, con la voz más plana que puedo. Aunque sé de sobra lo que hacía Alaska, lo que ha hecho. Ella misma me lo dijo. Vega es otra historia. También lo sé porque Alaska me lo cuenta todo, a veces sin querer, a veces con esa mirada de «mírame, que soy fuerte». Y lo es, joder, lo es.

Me lanza una mirada que corta.

—¡Es lo mismo! —salta, indignada—. No lo soporto. Si hubiera sabido esto unos años antes, las habría adoptado, las habría criado yo, les habría evitado todo. Para mí siguen siendo niñas.

—No son niñas. —Cruzo los brazos y la miro directa.

Irina suelta aire por la nariz, pesado.

—Hasta hace muy poco lo eran. Mañana cumplen veintiún años —lo dice con ternura y gravedad metidas en la misma frase; se le nota en la cara, en las manos quietas—. Veintiuno, Natasha. Y me parecen tan crías… Quiero protegerlas. De mis enemigos y de todo lo demás.

—No puedes protegerlas de todo y lo sabes. No las trates como niñas o se van a rebelar. Alaska se va a rebelar. Vega creo que va mejor con un poco de guía.

Cierro la chaqueta hasta el cuello. Empieza a subir el frío de la tierra. Ella se queda masticando ideas. Se le curva la boca, medio divertida.

—Esta mañana tuve una bronca monumental con Alaska —dice con orgullo nada disimulado—. Me tuve que aguantar la risa. No me tiene ni un poquito de miedo. Se me planta delante, me desafía. Eso es Popov auténtico. Igual que mi padre. El muy cabrón, si estuviera vivo lo mataba yo misma…

Me paro y la miro con las cejas en alto.

—No, Irina. No se parece a tu padre. Se parece a ti.

Se queda muda. Me sostiene la mirada. Verde puro, menos cálculo, hay otra cosa y no lo tapa. Le dura un segundo, pero está. Me hace gracia por dentro verla ruborizada y orgullosa a la vez. Yo me mantengo seria. Me aguanto el gesto.

Seguimos andando. Son las cinco y poco y el sol ya se esconde detrás de los árboles, la mansión aparece al fondo, las ventanas ya tirando a naranja por la luz de dentro. Irina respira hondo, suelta el aire y recupera su tono de mando. La fuerza vuelve a la postura, pero la vulnerabilidad no se va del todo, y yo la noto.

—Quiero pedirte un favor —dice despacio, eligiendo cada palabra —. No es una orden, ¿vale? Ya no trabajas para mí. Trabajas conmigo. Puedes decir que no y lo aceptaré.

—Qué miedo me das cuando empiezas así —le digo, medio en broma, medio en serio.

Sonríe un poco, sin mirarme, como si no quisiera darme la victoria.

—Alaska me ha dicho que quiere salir hoy. Ir a su casa, recoger sus cosas y luego celebrar con sus amigos su cumpleaños. Voy a dejarlas. Y te digo más: me alegra que quieran celebrar. Quiero verlas felices. Pero no pueden ir solas. Y ya me ha dejado claro que no quiere ningún «maromo» siguiéndola. He pensado que va a tragar mejor si vas tú.

Me detengo. Me recoloco el pelo.

—¿Quieres que vaya con ellas?

—Quiero que vayas al mando. A su casa aún no. Primero llévalas a un centro comercial. Que se compren lo que quieran, sin límites. Ropa, zapatos, móviles, lo que se les antoje. Que estrenen todo esta noche si les da la gana. Y luego que queden con sus amigos o con quien sea. —Asiente, seria—. Contigo irá Luna. Tiene su edad, se entienden bien. Y aunque las gemelas no lo sepan, Luna irá armada, pistola pequeña en la riñonera, pero ya la conoces: va a estar más en pasárselo bien y en la fiesta que en vigilar. A distancia os seguirán Alexei y Antón, pendientes de cualquier cosa rara. Pero delante… tú estarás al frente. Tendrás que cuidarlas sin que se cabreen demasiado. Pero ponte firme si ves peligro. Te lo pido como un favor, igual que a Luna.

Me observa y espera. Me cruzo de brazos, me soplo el flequillo y me tomo dos segundos. Si digo que sí, Alaska me va a mirar con ese odio silencioso que se le da tan bien. Si digo que no, Irina puede empezar a darle vueltas a cosas que no quiero que sospeche.

—Vale. —Se me enciende una alerta suave, de las buenas. Locura controlada. También me da ternura que me lo pida y no me lo imponga—. Voy. Pero yo elijo el centro comercial, controlamos horarios y la hora de vuelta no se negocia. Y me debes un café gigante del bueno.

—Te compro la cafetería entera si hace falta —responde, ya con esa media sonrisa de «trato hecho».

—Perfecto. Entonces me voy a cambiar y aviso a Luna. Y que Alexei y Anton se dignen a no respirar encima, que se note poco.

—Se notará poco —dice, y por primera vez suena tranquila.

Yo asiento, estiro la espalda y me enciendo un poco por dentro. Plan tarjetas sin tope, amigos, posible drama y yo de niñera responsable. Un sábado normalísimo. Y oye, me apetece.

—¿Y Mikel? —pregunto, levantando la ceja y aflojando el paso.

Irina frunce el ceño, de verdad perdida.

—¿Mikel? ¿Qué pinta Mikel aquí?

—Pues que, según me ha contado Ivan, a Vega y a él se les cambia la cara cuando el otro aparece. —Me cruzo de brazos, feliz con el chisme—. O sea, que hay tema.

Irina se queda callada un segundo, descolocada. Luego intenta recomponerse, pero le sale flojo.

—No digas tonterías. Son críos… además, Vega…

—¿Lo aceptas entonces? —la corto, inclinándome hacia ella un poco, con intención.

Irina suelta aire, con ese gesto que no sé si es rendición o que está cansada de tener que ser la jefa.

—Como me acabas de recordar, no es una niña, Nat. No puedo meterme en con quién decide salir. Mikel es un buenazo. Y… —se le traba la voz un instante— además, ¿quién le dice a Sabina que su hijo no le pega a Vega?

Se le escapa una risa breve, casi en confidencia, que a ella no le sale a menudo. Ahí se abre un hueco real.

—Ajá. O sea, Sabina te ablanda —le tiro, directa, aprovechando que está flojita.

Irina me mira de reojo, ni confirma ni desmiente, y al final sonríe con esa media sonrisa suya, cansada y orgullosa a la vez.

—Sabina me ablanda. Siempre.

Y por un segundo, la veo normal, con sus lealtades y sus líos.

—Y ya que estamos de confidencias… —le digo arrimándome—, ¿qué dice Julia de eso?

Irina gira la cabeza despacio y me clava una mirada llena de guasa.

—Con Julia no te equivoques, Natasha. Julia es mi mujer. Y la que manda de verdad en esta casa.

Se me escapa la risa.

—¿Tú? ¿La Reina diciendo que manda otra?

Resopla y se le curva la boca sin querer.

—Nat, en esa finca hay varias que mandan más que yo. —Va contando con los dedos—. Julia, Sabina… y tu madre, sin ir más lejos.

Me río fuerte.

—Lo de mi madre lo firmo. Hoy casi te hace beberte dos litros de *borsch*. Con pan y con cara de «tú calla y come».

Irina se ríe de verdad, a carcajadas.

—Y sin escapatoria. Me rellenaba el cuenco y punto. Cualquiera le dice que no.

Seguimos hacia la mansión todavía con la risa pegada. Por un momento se nos olvida el protocolo, las jerarquías y la mala leche acumulada. El jardín está una pasada de bonito y las luces del porche ya están encendidas.

La risa se me apaga poco a poco, a la vez que me van entrando unas ganas tremendas de decirle que parte del cabreo de Alaska tiene mi nombre. Que en ese combo de enfado y rebeldía también estoy yo. Me pica la lengua por contárselo, por soltarlo y ver qué hace ella con eso. Pero decido seguir el consejo de Rashel y no lo hago. Todavía no. Me muerdo el labio, levanto la cabeza y asiento. La dejo hablar, la dejo reír bajito, la dejo ser blanda un rato más. Y me lo guardo. Lo de Alaska y yo se queda conmigo, de momento.

Ni una hora después estoy al volante de uno de los todoterrenos blindados de la finca, cruzando la M-40 rumbo a Las Rozas Village, que brilla en el horizonte.

A mi derecha, Luna va en modo escolta discreta. Sus ojos de gata pillan cada movimiento en los retrovisores, está atenta a cualquier coche que se acerque demasiado. Yo me agarro al volante, porque lo que pasa detrás es para perder la paciencia.

En el asiento trasero, Vega y Mikel van a su bola, medio enredados. Risas, susurros, un «¿quieres probar esto?» con una bolsa de chuches entre ellos y manos que se buscan a ciegas.

Y Alaska… joder, Alaska está justo detrás de mí. Noto su mirada en la nuca, un cosquilleo que me pone el cuerpo en alarma. Me sube el pulso. Sé que me va a pinchar en breve. La tengo calada. No me pienso dejar, con ella mantener la pose profesional es una broma que solo yo me creo.

—Conduces igual que mi abuela —suelta con ese tonito de «voy a joderte la tarde» que me crispa—. Y mi abuela está muerta.

Mikel suelta una carcajada y casi se atraganta con una gominola. Tose, pide agua con la mano, no le doy nada. Que se apañe.

—Pues mira, nos viene genial, porque hoy quiero que lleguemos vivas —respondo—. Si te aburres, te dejo el volante y te grabo para TikTok cuando nos pare la Guardia Civil.

—Qué bruta eres, Alaska —dice Mikel, todavía con la nube pegada al paladar.

—¿Bruta? —Alaska no afloja—. Si nos estampamos en la rotonda porque la señorita piloto frustrada no pisa el carril izquierdo, ¿a quién le voy a echar la culpa?

A ti, joder. Me muerdo el labio. La lengua pide guerra. Yo no.

—A ti, por hablar tanto —le suelto, sin mirarla. Aprieto el volante. Nudillos blancos.

—Hablar tanto, dice —replica rápida—. Al menos yo suelto frases completas. Tú gruñes y te crees misteriosa.

Luna levanta una ceja y me mira de lado. Se me encoge el estómago. Le sostengo la mirada un segundo, neutral. Cara de trámite. Dentro hay ruido. No se me nota. O eso quiero.

—Relájate, Alaska —digo plano—. Yo estaba en mi casa con la consola y ahora soy tu chófer gratis para llevarte a tirar de tarjeta. Bastante zen me mantengo.

—Te falta una camita de clavos para completar el *pack* —murmura, nada discreta. Lo oye todo el coche.

Respiro el aire frío de la rejilla. Huele a chicle de fresa y a su perfume. A ella. Se me calienta la cara. No. Fuera. Reseteo.

—Te has echado colonia para el viaje —dice—. Muy formalito todo.

—La llevaba puesta —respondo. Mentira a medias.

—Ya. —Y chasquido de lengua.

Vega se ríe de algo que Mikel le cuenta al oído. Él le acerca la bolsa de chuches y ella rebusca lo rojo sin mirar. Escenita de dos. Se creen invisibles. Yo preferiría no verlo, pero lo veo en el espejo. Alaska me da un golpecito en el respaldo con la puntera.

—¿Te tiembla el pulso siempre o solo cuando te hablo? —clava—. Pregunto por seguridad vial.

—Me tiembla porque me estás dando golpecitos en el asiento, guapa —le digo—. Y porque no cierras el pico.

—Ay, perdón, jefa. Me callo. —No se calla—. De todas formas, si te pones nerviosa, avisa y te guío. Aunque a ti se te da mejor lo de guiar.

Luna gira la cabeza un poco más. Bastante más. Sonríe, intrigada.

—No necesito guía —respondo—. Necesito silencio. O música.

Subo la radio. Pop cutre. Alaska resopla.

—Pon algo que no me dé ganas de saltar, Nat.

—¿Te apetece saltar? —pregunto, y me arrepiento al segundo.

—Depende del sitio —contesta, bajito. Se la oye igual.

El volante me deja las palmas húmedas. Alaska se inclina y me roza la nuca con el aliento. Piel en alerta. No la miro. Ni una vez.

—Eso sí, te doy un punto a favor —dice, con veneno dulce. Ha encontrado el hueco.

Luna ladea la cabeza, atenta. Huele tensión. Maldita sea.

—¿Ah, sí? —murmuro. Ni regalo espejo ni nada.

—Si nos estrellamos, no me toca aburrirme. Tendré con quién discutir en el infierno. Me agotan los silencios.

Se ríe. Sonido corto, peligroso y pegado a mi oído. Me trago un insulto y un beso. Los dos.

—En el infierno te sientan en ventanilla y te dan un megáfono —le digo—. Con suerte no te oigo.

—A ti te quitarán el carné. Por conducción temeraria emocional —remata ella.

Mikel aplaude una broma que no ha pillado. Vega le roba otra nube y Luna me mira otra vez. Le sostengo el gesto, sin drama.

El coche avanza. Señal de salida. Acelero un punto. Llegar antes no arregla nada, pero me da algo que hacer con el pie. Me recoloco en el asiento. Hombros abajo. Aire a tope.

—Abróchate bien —digo al final—. Si freno, sales volando, y no pienso recoger piezas.

—No te preocupes —responde—. Aguanto más de lo que crees.

Y claro que aguanta. Yo también. A ratos.

Vuelvo a subir la radio. Un poco más. Mikel tararea fatal. Luna baila con los hombros. Yo cuento señales. No me salto ninguna. Por ahora.

Las Rozas Village, ay, el sitio es de postal, de ese tipo de postal que te mandaría una amiga pija desde un viaje a ninguna parte. Fachadas impecables de mentira, farolas de hierro forjado que no alumbran nada real, flores perfectamente colocadas en cada esquina, me dan ganas de pisarlas… Hasta el aire huele distinto, a caro.

Vega va delante, camina ilusionada. Cada escaparate le roba un «¡ay, qué bonito!» y un «madre mía, qué precios», todavía no le cabe en la cabeza que puede llevarse medio centro comercial si le da la gana.

—Este bolso es precioso… —dice, acariciando uno en el escaparate de Gucci. Luego ve la etiqueta y da un respingo, un salto que me hace reír por dentro—. ¡Dos mil euros! ¿Quién se gasta eso en un bolso?

La voz le sale entre indignada y alucinada. Yo me muerdo la lengua para no soltar una carcajada, para no joderle el momento de asombro. Podría decírselo, claro, que Irina le compra diez si le sonríe, y de paso le regala la tienda entera. Pero no, me gusta verla así, midiendo cada céntimo, calculando si vale la pena, con esa humildad que aún no se le ha borrado, esa que me recuerda de dónde vienen.

Mikel no se le despega ni medio metro. Va con ella como si Vega fuera una atracción magnética. Le toca el pelo, la coge de la mano, la mira con una alegría que no disimula.

—Os estáis pasando con el pasteleo —murmura Luna a mi lado. Manos en los bolsillos, media sonrisa de siempre, mirada de «me entretengo, pero no lo admitiré jamás».

—¿Y qué? —responde Mikel, feliz—. A mí me funciona.

—Pues bájale el azúcar, que empalaga, hermano —lanza Luna, en tono plano, sin veneno, con su sello.

Vega le da un codazo a Mikel. Él suelta una carcajada que hace girar a una señora con abrigo de pelo. Vega le planta un beso rápido y él se queda bobo. Yo me reiría alto, pero me aguanto. Sigo recta. Mis comisuras se quejan.

Detrás, Alaska resopla. El aire le tiembla alrededor. Tiene los hombros duros, las manos en puños flojos, ese ruidito de lengua contra el diente que me conozco. Sé que no es por Vega y Mikel. Este sitio le sienta mal. La gente mirando, el precio en negrita, los dependientes olfateando tarjetas. Igual también le sienta mal que yo vaya a dos pasos. Igual me lo merezco. Dos por uno.

—¿Y tú, no piensas mirar nada? —le pregunto al pasar frente a Dior. Todo cristal y luces frías.

—¿Para qué? —responde ella, seca, con esa sonrisa de cabreo fino que la delata desde la entrada—. Yo quería ir a por mis cosas, no a disfrazarme de maniquí caro.

Me gusta su respuesta. No lo digo.

—Pues haberlo dicho antes de arrastrarnos hasta aquí.

Luna me lanza una mirada medio divertida, medio perdida. Se le mueve el *septum* y se le escapa una sonrisilla de lado. Me estoy delatando con cada palabra que suelto. No necesita más para pillar que aquí hay tema. Entre Alaska y yo. Nadie sabe que me la llevé a la cama y la dejé sin voz. Nadie sabe que la quiero. Ni ella. Y ahora no puede saberlo nadie. Me aguanto. Me muerdo la lengua. Me obligo a respirar.

Vega y Mikel se pierden entre perchas en diez segundos, arrastrando a Luna, que ya va tocando lentejuelas como una urraca. Desaparecen rumbo a una selva de vestidos que brillan con los focos. Me quedo con Alaska, clavada a medio pasillo. Fenomenal. Mi plan del día es básico: aguantar y no meter la pata.

De reojo, localizo a Alexei y a Anton. El primero vigila a distancia, con cara de pocas bromas. El segundo se va tras los tortolitos con actitud de fan que no tiene nada mejor que hacer. Alaska ni lo huele. Yo ya estoy montando mi mapa mental. Me pagan por esto. Ojalá me pagaran por pensar en ella. No me daría el día para gastar.

—¿Ya feliz? —dice, con ese tonito que araña—. Vigilándome hasta cuando respiro.

—No es personal. Es mi trabajo —le suelto, seca. Todo lo demás se queda bien guardado.

Da un paso. Se coloca demasiado cerca. Mal. Me llega su olor, mango y flores. El pulso se me dispara. No por el aire del centro, que está frío y seco. Por ella. Por lo que me mueve por dentro.

—Podrías, no sé… disimular un poco. Igual hasta sonreírme.

—Alaska. —Retrocedo por instinto—. No juegues conmigo.

Se ríe bajito. Se le enciende la mirada. Le hace gracia mi pose de guardaespaldas siesa. Si la dejo, se crece. Otro paso. Me toca el dedo y el cuerpo se me tensa de arriba abajo. Me aparto al instante. La sonrisa se le cae. Se le queda la mandíbula dura.

—¿Qué coño te pasa? —susurra, limpio, afilado.

No respondo. Miro el suelo. Mis cordones están fatal y me agarro a eso. No le miro la boca. No me doy ese permiso. Me lanza otra mirada que corta. Da media vuelta y se mete en un probador. Entra con la cadera suelta y me deja con las manos en el aire.

Me quedo en la entrada, pegada a la cortina y mirando el reflejo distorsionado en el espejo de al lado. Se oye el plástico de las perchas, el crujido de la tela al subir. El corazón no baja.

—Entra —dice desde dentro, sin subir el volumen.

—No —respondo, baja.

—Entra —repite. Hay una pausa—. O habla aquí, que total ya me estás haciendo guardia.

Miro a Alexei. Manda un mensaje con el móvil, ni me mira. Anton ha desaparecido. Me meto y cierro la cortina detrás. El cubículo es estrecho. Está de espaldas, desabrochando un vestido. Se le marca la piel, tiene los hombros tensos. Me aparto a la pared.

—Alaska —digo—. No podemos estar juntas.

—Ya me lo has dicho. Y no me da la gana.

—No es un capricho.

Se gira. Los ojos le brillan de puro enfado. Se cruza de brazos. No hay pose. Está dolida.

—Tampoco lo mío.

—No me mires así —le pido.

—¿Así, de qué? ¿De persona? —Se acerca—. ¿De tía a la que te follaste y ahora le pones un muro?

—Baja la voz.

—No estoy gritando.

No lo está. Pero duele igual. Me lanzo a lo que sé hacer: poner límites.

—Ya te lo he explicado, Irina, el curro, todo.

—Tu curro no es el problema. Ni Irina tampoco.

—Sí lo es. Y tú también. —Me sale sin filtro y me arrepiento al segundo—. Mierda. No quería decirlo así.

—Pues ya está dicho. —Respira hondo—. Soy un problema para ti. Vale. ¿Y lo que me hiciste creer? ¿Eso era mentira?

Me quedo callada. Se me calienta la nuca. Me duele no tocarla. No me muevo.

—No te mentí —digo—. Me importas. Mucho. Y aun así no puedo darte esto.

—No me des discursos —me corta, cerca, casi pegada—. Dame un motivo que no parezca una excusa.

—Te hago daño si te lo doy. Y te hago daño si te lo quito.

—Ya me estás haciendo daño. —Se le rompe un poco la voz, nada dramático, real—. Dímelo a la cara, Nat: ¿me quieres y te piras? ¿O no me quieres y te piras igual?

Me muerdo el labio. Ella espera.

—Te quiero —digo—. Y me quedo a tu lado para cuidarte. Para que nadie te toque. Y para no tocarte yo.

—Qué cruel eres.

—Es lo único que puedo hacer sin joderte la vida.

—La vida me la jodo yo solita. —Se acerca más. Me roza el antebrazo con el suyo. La piel me arde—. Bésame. Y luego me dices que no.

—No.

—Cobarde.

—Llámame lo que quieras.

Se queda quieta. Aprieta los dientes. Se le humedecen los ojos, pero no llora. Niega, chiquito, apenas.

—No voy a soltar esto —dice, bajito y muy en serio—. Te aviso. Te voy a buscar cada día.

—No lo hagas.

—Lo voy a hacer. —Respira—. Sales tú o salgo yo.

—Salgo yo. Y ponte el vestido negro. Te queda brutal.

—No me des órdenes.

—Es una petición.

—Pues vale.

Abro un hueco. Salgo. Me recoloco el pinganillo que no llevo, puro gesto vacío. Levanto la vista. Alexei me clava una mirada rápida. Asiento, neutra. Me coloco donde toca, de estatua. Por dentro, no me queda un centímetro libre.

Alaska aparece hecha una furia, nunca la he visto así. No es solo enfado; está frustrada, dolida de verdad, y se le nota hasta en la forma de respirar.

Sin decir nada, se mete en la primera tienda pija que tiene delante. Coge perchas al azar: un abrigo de lana de Burberry, un vestido de seda que cuesta lo mismo que un coche pequeño, unos zapatos imposibles. Ni se los prueba ni mira precios.

—Esto, esto y esto también —ordena, dejando caer las prendas en mis brazos.

—¿Talla? —pregunta el dependiente, ya con brillo en los ojos.

—La más pequeña. Me da igual —dice Alaska, seca.

Yo recojo todo sin chistar. Me convierto en su asistente, su percha humana, su contable y su mochila. El dependiente no pierde el tiempo. Ofrece agua, ofrece una silla, ofrece otra bolsa más grande. Asiento y pago. La cifra me da un golpe suave en el estómago. No digo nada. Cargo con las bolsas y sigo.

—¿Y esto? —dice Alaska, sacando un bolso de piel con incrustaciones—. Venga, también.

Lo suelta en el mostrador sin mirarme. Ni una pausa. Va arrasando con todo. No me da ni un respiro. Está en modo princesa malcriada, caprichosa, insoportable. Yo sé que no va de ropa. Yo sé que va de nosotras. De lo que no podemos. De las ganas que yo misma también siento y no dejo salir.

—¿Te vas a quedar ahí mirándome o piensas moverte? —me dispara, con una mirada dura que me da de lleno.

Aguanto el golpe. No respondo. Respiro y sigo su ritmo. De tienda en tienda. Más perchas, más bolsas, más «¿quiere que se lo envíe a casa?» y yo firmando recibos como si fuera mi cardio del día. En una nos ofrecen champán. Digo que no. Me llevo una botella de agua y una sonrisa automática. Las bolsas me dejan marcas en los dedos. Me pican los hombros. Me callo y continúo.

Cada palabra suya me pincha. Odio verla perder esa chispa que lleva de serie. Quiero pararla, que nos sentemos en un banco, pedirle que me escuche. Decirle que no me hace falta verla envuelta en seda para quererla. Que ya me tiene trastornada. Que me tiemblan las manos y no es por el peso. Que quiero, pero no puedo, y que eso me parte en dos.

Pero no lo digo. Me lo trago. Porque si suelto una promesa ahora, aquí, en medio de todo este caos, quizá luego no la cumplo. Y ella no se merece más líos. Ella merece la verdad, merece claridad, merece risas, merece planes, merece desayunos en la cama. Merece todo lo que yo no puedo darle. Todavía no.

En la cuarta tienda le acercan una gabardina. Le queda de diez. Me mira en el espejo a través de su reflejo. Un segundo. Nada más. Ahí está la Alaska que conozco. La que baila en la cocina. La que me manda audios de tres minutos hablando de chorradas. Le guiño un ojo, muy leve. Se muerde el labio. Baja la guardia medio milímetro.

—¿Te gusta? —pregunta, por fin un tono normal.

—Me encanta. Tú estás bien hasta con una camiseta vieja —respondo, sincera y bajito.

Por detrás aparecen los demás y Alaska cambia el plan. Se engancha al brazo de Vega, no suelta ni una palabra y tira de ella hacia delante. Ni me mira. Me aparta de la jugada sin despeinarse y me aguanto.

Lo pillo. Ahora necesita a su hermana, punto. Así que me quedo a unos pasos, calladita, con las bolsas cortándome la circulación y cara de que todo bien. A Mikel lo entretengo con cualquier chorrada: que si esas zapatillas no combinan, que si mira ese escaparate, que si luego pillamos algo para comer. Le hablo de lo que sea, me invento

planes, hasta le digo que tengo un dolor raro en el hombro para que me sujete una bolsa. El objetivo es que no se pegue a Vega y que Alaska pueda respirar con ella.

Pero Mikel no es idiota y yo me quedo sin repertorio. Se me escapa en cuanto me giro y vuelve a acercarse a Vega, pegajosito.

Luna me mira de reojo con su media sonrisita de «te voy a chinchar». Se lo veo venir.

—Están buenísimas, ¿eh? —suelta, tan tranquila.

—¿Quién? —le contesto seca, aunque lo sé de sobra.

—Las gemelas. Joder, si no estuviera con Martina —se muerde el labio, me aguanta la mirada—… yo me tiraba a Alaska.

Me toca los ovarios. Literal.

—Cállate, Gata —le suelto, más borde de lo que quería.

Ella se ríe, feliz porque me descoloco. Me dan ganas de darle con una bolsa en la cara, pero pesa y me voy a partir la muñeca. Conozco a la gatita desde que era una mocosa, desde que apareció en la mansión con doce años para entrenar con Irina. Desde entonces, la niña *premium*, la hija de Sabina. Siempre llega antes, corre más, entiende todo a la primera. Más fuerte, más rápida, más lista. Y más guapa, con ese aspecto tan andrógino que gusta a todo el mundo y que encima le sale natural. Y ligona, la tía no falla.

Aunque a mí no me va, ¿eh? Nunca he intentado nada con ella porque no es mi tipo: muy masculina, muy alta. A mí me mola llevar la batuta, no ir con el cuello en tensión. Pero aunque me joda, la cabrona me cae bien. Tiene chispa, es descarada, te hace reír aunque vengas cruzada. Y eso me cabrea, porque no puedo odiarla y punto, siempre me quedo a medias.

Me da un codazo suave, divertida, tiene un radar para mis mierdas.

—Relájate, tronca. Solo quería ver tu careto. —Se calla un segundo, me mira fijo, preparándose para preguntar algo serio—. Que por cierto, me lo ha dicho todo, venga, ¿qué pasa con vosotras?

Yo miro al suelo, a mis botas llenas de polvo, a las bolsas que me cortan los dedos. Con Alaska no pasa nada porque no puede pasar. Es la hermana pequeña de Irina. Fin. Me muerdo la lengua para no decirlo en alto. Porque sí que pasa. Me vibra el pecho cuando me

roza, cuando se me engancha a la mirada sin querer. Pero soy una cobarde y me fastidia admitirlo.

Me quedo callada demasiado rato. Luna me mira de reojo y se le escapa una sonrisita de víbora simpática.

—Anda ya, Nat… —canturrea—. Te traiciona la cara. Se te enciende todo el puto cuerpo cada vez que la tienes a tres metros.

—No digas tonterías —gruño, intentando que suene convincente y sonando a tragedia.

—Tonterías, dice. Mira, yo seré lo que sea, pero ciega no. Tú quieres a Alaska en tu cama, en tu ducha y en tu mesa del salón. Y ella te mira y se le nota que no te odia nada. Es más, me la juego y te digo que ya ha pasado algo entre vosotras.

Noto el calor subirme al cuello y maldigo para mis adentros por no controlar mejor mis gestos.

—Luna, corta ya. No tienes ni idea.

Ella suelta una carcajada suave, cargada de malicia divertida.

—Claro que tengo idea. Y más de la que piensas. Estás deseando atarla a la cama.

Se me cae el alma a los pies. Quiero morirme aquí mismo. ¿Cómo coño se ha enterado de eso?

—¡Joder, Luna! —se me escapa demasiado alto y media peña se gira. Bajo la voz—. ¿Quién te ha contado esa mierda?

Se ríe más todavía, gozándolo y encantada con mi reacción.

—Nadie, tía. Bueno sí, que lo sabe todo el mundo, que te van el cuero y las fustas. —Me guiña un ojo—. No te rayes, tronca, que yo no juzgo. Al contrario. Ojalá más tías supieran lo que les gusta de verdad en vez de andar con tanto cuento.

Me tapo la cara un segundo con la mano. Si supiera que me tiré a su madre… no estaría con esta simpatía.

—De verdad, cállate ya —murmuro, rendida—. No puedo hacer nada. Paso de que Irina me reviente la vida.

Pero Luna no perdona, sigue apretando donde duele, con esa mezcla suya de descaro y ternura.

—Eh, Nat, escucha —me dice seria, pero sin perder la chispa—. Si de verdad te mola Alaska, haz algo. Pero hazlo bien. Tú pasa de

Irina. Habla con Julia. Si a ella le entra la movida, Irina se lo come con papas.

—¿Con Julia? —pregunto, desconcertada.

—Sí. Irina se hace la jefa, pero si Julia lo aprueba, se acabó el drama. Además, Julia te tiene cariño. Te lo curras bien y te deja vía libre.

Me quedo en silencio, dándole vueltas. Me viene a la cabeza la charla con Irina de esta tarde. Luna me da un golpecito en el brazo para aliviar la tensión.

—Venga, tía, no te rayes tanto. Lo único que te digo es que si quieres comerte a la gemela, hazlo antes de que se te escape y se vaya con otra.

Sus palabras me atraviesan más de lo que quiero. Me siento expuesta, pillada, y aun así, agradecida. Porque dentro de todo ese cachondeo hay un consejo real.

Antes de que pueda contestarle, Vega nos llama desde delante:

—¡Chicas, venga, que llegamos tarde!

Mikel está ya colgado de su brazo otra vez, como si no existiera nada más en el mundo que ella, idiotizado. Alaska va a su lado, todavía con ese gesto orgulloso y un poco herido que se le ha quedado después de lo del probador.

Yo recojo las bolsas que aún cargo y alcanzo al grupo. Vamos todos juntos hacia el bar donde esperan los amigos de las gemelas para celebrar su cumpleaños. La noche en Madrid apenas empieza, y siento que la mía… está a punto de complicarse mucho más.

Capítulo 26

El bar está en Vallecas. Mesas corridas, tubos parpadeando, paredes reventadas de fotos del Rayo y camisetas firmadas. En la entrada huele a fritanga, cerveza y humo de cachimba. Me llega a la garganta y me abre el apetito y la mala idea a la vez.

Entro detrás de todos y al instante me noto fuera de onda. Aquí hay chavales con gorras planas, cadenas gordas que tintinean, uñas que me hacen pensar en arañazos, camisetas de marca pirata y zapatillas blanquísimas que no han pisado barro. Voces altas, risas rotas, un reguetón chungo saliendo de un altavoz barato que suena a lata. Me aguanto el gesto y tiro para dentro.

Los amigos de Alaska y Vega ya están. Unos diez. El más mayor tiene cara de no llegar a los veintitrés. Se levantan en cuanto las ven y montan jaleo. Les tocan el pelo, los hombros, las manos. Hay abrazos por todas partes y esa energía de barrio que te empuja.

—¡Las gemelas! —grita un flacucho con chándal del PSG—. ¡Qué guapas, troncas!

Una morena con *piercing* en la nariz se lanza a por Vega y le encaja un abrazo que le cruje la espalda. Dos besos con ruido, manos en la cintura, mirada de cariño de toda la vida.

—Tía, no me creo que estéis vivas —escupe la morena, con risa nerviosa—. ¿Dónde os metéis? ¿Cómo os va con la movida esa?

El corrillo se cierra. Les tiran preguntas encima.

—¿Qué hacéis ahora?

—¿Es verdad todo?

—¿Cuánta pasta movéis? Venís finísimas, cabronas.

Vega se ríe con su dulzura de siempre y abre el paraguas de las respuestas seguras. Habla sin soltar nada importante. Se sienta rápido y les pregunta por sus movidas. Sabe llevar la mesa. La respeto. Me da una ternura que ni te cuento.

Alaska, en cambio, entra segura y mandona. Se deja abrazar, se deja tocar, reparte besos al aire, aprieta nucas, da palmadas. Yo la conozco. Está tapando la mala leche conmigo. No quiere que nadie huela el veneno. A su gente le pone ese teatro. Les gusta verla en modo estrella del barrio que no se corta.

—Eh, miradla —dice un tipo con tatuajes mal hechos en los nudillos—. Tiene pintas de pija.

—¿Pija yo? —responde Alaska, cabeza atrás, cuello tenso, sonrisa letal—. Anda, si vosotros seguís igual de mataos.

Risas. Brindan. Piden otra ronda. El camarero asiente con la ceja y trae vasos pegajosos. El hielo suena y se me seca la boca.

Yo me quedo un poco aparte, al lado de Luna. Ella tarda dos minutos en hacerse reina del chiringo. Rifa chistes de fútbol, suelta «máquina» por aquí y «bro» por allá. Se le arriman. Mikel va igual de suelto, feliz, vigilando a Vega con ojos de novio entregado. Le sale protector y le sienta bien.

—Tú eres el hijo de la doctora, ¿no? La de la tele —le suelta uno con un poco de vacile.

Mikel no se achica.

—Ese. Pero hoy no soy el hijo de nadie. Hoy soy el novio de Vega.

La mesa estalla. Aplauso, abucheo cariñoso. Mikel se crece. Vega se sonroja y baja la mirada. A mí se me escapa media sonrisa. Solo media.

Sigo en alerta. Mis ojos van de la puerta a la ventana, del pasillo a la barra. Sé que Anton y Alexei están fuera y que me cubren, que si algo se mueve, lo ven. Aun así no bajo la guardia. El cuerpo me vibra. Me sudan las manos. Respiro por la nariz. Estoy lista para saltar.

Y entonces, Alaska. Me mira de lado. Sonrisa fina. Veneno suave. Sube la voz para que llegue a todas partes.

—Y esta de aquí —me señala con la barbilla— es mi niñera. La que me han puesto para que no me porte mal.

Las carcajadas revientan.

—¿La niñera? Qué fuerte.

—¿Cuántos años tienes, Alaska?

—Escolta y todo. Nivel negocio.

Yo aprieto los puños debajo de la mesa. Me arden las mejillas. Ella sonríe y me clava los ojos. No me muevo. Me entra rabia, y ganas, y hambre. Todo junto. Me escuece. Más de lo que quiero admitir.

Alaska se pasa la lengua por el labio superior y me mira un segundo más del necesario. Lleva *gloss* de fruta. Le brilla. Me enciendo. Me gustaría agarrarle la cara y probarle la boca. No puedo. Es la línea roja que tengo firmada. Me la sé. Me la salto en la cabeza, pero no con el cuerpo. Aprieto los muslos y me río bajito para disimular.

Ella se gira y sigue con su *show*. Habla al oído de una amiga, suelta un chiste verde, se agacha a recoger un mechero y me ofrece una vista que me calienta entera. Me pide un trago con la mirada. Le paso mi vaso. Apoya los dedos en el borde donde yo he puesto la boca. Bebe. Me devuelve el vaso sin romper ojo. Me tiemblan los dedos.

—Tranquila, niñera —me dice flojito, solo para mí—. Me porto fatal, pero hoy te voy a dejar respirar.

Se me escapa una risa que no es risa. Le sostengo la mirada. No voy a saltar. No aquí. No delante de esta peña. Me muerdo la lengua y cuento hasta cinco. Luego hasta diez. Luego hasta nada.

El reguetón sube. Alguien saca el móvil y graba. El camarero trae patatas alioli y bravas. El humo de cachimba da vueltas. Yo sigo en mi sitio. Estoy entera y estoy rota. Nadie lo nota. Mejor.

Alaska se mueve en la mesa, se pone enfrente y me vuelve a mirar. Me guiña. Esa guiñada me hace el día y me jode la noche.

No digo nada. Me coloco bien la chaqueta, me remango un poco y me prometo sobrevivir a esta cena sin perder la cabeza. Ya habrá rato para perderme. O no.

Y entonces una de las amigas, rubia oxigenada con *shorts* imposibles, se sienta al lado de ella y le toca el brazo, luego el muslo, con confianza. Y Alaska se deja, hasta se ríe.

Se me enciende todo. Luna lo pilla al vuelo. Me da un codazo, se me pega y me sopla al oído:

—Tía, relájate. Te va a dar un chungo.

—Se está dejando sobar, ¿tú la ves? —escupo bajito, clavando las uñas en la servilleta.

—Pues claro. —Luna suelta una risita—. Te está calentando para verte sudar. Te quiere mirando. Te quiere picada. No me seas básica.

—No tiene ni puta gracia, Gata, no te rías.

—Tiene toda la gracia. Y encima te pone guapísima cuando te sube el celo. Te brillan los ojos y todo.

La fulmino con la mirada y ella se carcajea, feliz de la vida. Luego baja el tono y me agarra la mano un segundo, apretando:

—No te rayes, mira. Si la rubia cree que te pasa por encima, no se entera de nada. Alaska te folla con la mirada. Y a ella no le está poniendo buena cara, está fingiendo, fíjate bien. Esas dos no están tonteando, están hablando algo serio.

No respondo. Me da miedo creerla. Me da miedo soltar el control. Porque la quiero y no puedo tocarla. Porque la quiero y no debo. Y la quiero. Y la quiero. Y me callo.

Alguien grita desde el otro lado de la mesa:

—¡Eh, que las gemelas ahora son millonarias! ¡Soltad la pasta!

Se monta el cachondeo, bromas, botellines que chocan. Vega intenta poner orden, dice que no, que están todos invitados pero que no se flipen. Alaska levanta la mano y suelta un «que sí, que sí, yo invito», con sonrisa de niña mala, y la peña aplaude.

Yo sigo muda, me trago el ácido y la ansiedad y agradezco que Luna esté a mi lado, dándole al chiste y apagando focos. Si no, ya me habría largado. Bueno, no, porque no puedo. Porque soy la sombra que protege. Porque tengo que joderme y punto.

Echo un ojo a la puerta. Fuera, Alexei y Anton siguen al quite. Dentro, yo soy el fantasma en la esquina, la que vigila, la que respira hondo y aprieta dientes, la niñera con placa invisible.

Y cuando Alaska se sienta y le sigue hablando al oído a la rubia oxigenada, entiendo que mi curro más jodido hoy no es la puerta. Es mi cara. Es que no se me note nada. Es aguantar. Es no romper la copa. Es no morderle la boca delante de todos.

La cena se estira y se retuerce. El camarero ya ni pregunta, deja rondas enteras y se pira. Huele tanto a fritanga que me dan náuseas.

Y Alaska en el centro, reina del ruido, copa en la mano, ojos encendidos de una forma que no le había visto antes, risa que me suena falsa. La rubia se le pega más, le pasa la mano por la cintura, le toca el pelo, le roza el muslo. Yo clavo la mandíbula, noto el latido en las encías. No puedo dejar de mirar. Me enveneno. Y sigo mirando. Una vez. Otra.

Dentro de mí hay dos voces que no se callan. Una me pide levantarme, cogerla de la muñeca, llevármela al baño y marcarle el cuello. Bajarle el aire, pararle el juego, recordarle cómo se me queda muda cuando la aprieto. Volver a ser la Nat que la dejaba temblando y feliz. La otra me ordena que me esté quieta, que respire, que no monte el número.

Controla, Nat que la jefa te corta la cabeza. Resiste o la pierdes. Resiste o te pierdes. Uno, dos, tres, respira.

Alaska vuelve a levantar el vaso, voz alta, sonrisa peligrosa:

—¡Que viva la mala vida!

Todos repiten, chocan vasos, jaleo. Yo me acerco. Le cojo la muñeca con calma, firme, piel caliente bajo mis dedos.

—Ya has bebido suficiente, ¿no? —le digo bajito, para ella y para mí.

Se ríe, dulce y venenosa, mirándome a los labios:

—¿Qué pasa, niñera? ¿Me vas a mandar a la cama sin postre?

La mesa se parte. Yo me callo y espero a que se callen. Ella me da un toque con la punta de los dedos, se libera la muñeca y se bebe el trago, feliz de su drama.

Cierro los ojos un segundo. Me muero de ganas de agarrarle la cara y acabar con el teatro. Meterle la mano bajo la falda, pegarla a la pared, callarle la risa con la lengua y dejarle claro quién es quién. Que no se olvida. Que el cuerpo no olvida. Que yo no olvido.

Respiro. Uno. Dos. Tres. Luna me pisa el pie por debajo de la mesa y me devuelve a la silla.

—Tranquila, loba —me dice brindando—. Queda noche.

Me peino con los dedos. Le sostengo la mirada a Alaska. Ella entiende. Se muerde el labio. Baja un poco el mentón. Se ríe. Me mata. Y yo aguanto.

Uno berrea:

—¡A la discoteca! ¡Que la noche no se va a bailar sola!

Sillas que rascan, billetes tirados, vasos medio llenos que casi vuelan. Los chavales se ponen las gorras bien bajas, cadenas brillando, olor a humanidad que pica. La rubia se le cuelga del brazo a Alaska, pegada, marcando terreno, sonriendo demasiado.

Alaska, tambaleándose un poco, se apunta en cero coma:

—¡Dis-co-te-eee-ca! —me canta, alargando cada sílaba, con ese brillo en los ojos que me revienta el pecho.

Me planto delante, cortándole el paso, firme.

—No. Ni de coña.

Se para el ruido. Me miran todos, esperando el drama.

—¿Cómo que no? —salta uno, flipado—. ¡Si estamos todos! ¡Veeenga, que esto pide perreo!

—De eso nada —repito, cruzándome de brazos, clavada—. No voy a meterlas en una discoteca. Hay demasiada gente, demasiada tontería, demasiada probabilidad de que la lieis.

Alaska me suelta una sonrisita torcida que me pone de malas y de buenas a la vez. Está guapísima, sudadita. Pero con la rubia aún pegada a su brazo. Yo noto el calor subirme a la cara. Me pica el celo, me pica el miedo, me pican las ganas de quitarle la copa de un manotazo y llevármela a un baño. Me muerdo la lengua. Respiro. Otra vez.

Ya están todos a puntito de arrancarse, cuando Luna se adelanta y corta el tema de una:

—Eh. —Levanta una mano, tranquila—. Parad un segundo. Que estáis en modo estampida. Vamos a ordenar cabezas, ¿vale? Primero elegimos sitio, porque entrar un grupo tan grande no es tan fácil. Mi amiga Berta trabaja en un sitio muy chulo en Chueca. Vamos allí.

Los chavales la escuchan, asienten sin rechistar. En dos frases los enfría. Les suelta un plan rápido y todos dicen «vale, vale, ok».

Luna se me acerca y me roza el hombro, voz bajita:

—Relájate, Nat. Si aprietas más a Alaska, se te sube a la mesa y te baila. Y tú te mueres.

—No entiendes, Luna. Con ella… han pasado cosas. Y por eso está así, porque yo no sé llevar esto. No sé.

—¿En serio? —Luna parpadea, se le escapa una risa estruendosa.

—Sí. —La miro seria—. Pero te callas. Ni una palabra. A nadie.

Levanta las manos, dramática.

—Palabra de bollera. Cerrado. Tía, ahora me encaja todo mejor. Pensaba que solo había tensión, pero ya te la has trincado, qué cabrona.

Me froto la cara. Estoy cansada y caliente por dentro. Le cuento lo esencial, sin morbo, lo justo para que entienda el desastre que llevo en el pecho. Luna escucha, ojos abiertos, su sonrisita no se quita ni con agua fuerte. Cuando acabo me da un golpecito con el codo.

—Eres la hostia, Nat. —Se ríe—. Tú, la dura, la profesional, la de los nudos, y vas y te enganchas de la más chula del barrio. La hermanita de la jefa. Te gusta el deporte extremo, ¿eh?

—Gata… —gruño, medio roja, medio contenta porque me entiende.

—En serio. —Baja la voz, burlona pero suave—. Esta no es tu patrón de siempre. La Popovita no es un perrito ni un juguete. Se nota que la piba tiene carácter. Te va a retar y te va a pedir que estés a su altura. Esta tía tiene más cabeza de la que enseña.

Le voy a contestar, pero ya se pone todo en marcha. Salimos en manada hacia el metro. El metro; se me tensa el cuello solo de pensarlo.

Yo, que voy en coche hasta para ir a por pan, ahora bajo unas escaleras mugrientas con una panda de críos medio borrachos gritando consignas de reguetón. Huele mal. Los focos parpadean. Siento los huesos en alerta.

Ellos se mueven sueltos, se saben el mapa, saltan tornos sin despeinarse, empujan puertas al ritmo de sus risas, sueltan chistes de barrio que me arrancan una sonrisa aunque no quiera. Yo voy detrás, controlando bolsos, caras, manos que se acercan demasiado. Me arde la nuca. Quiero tener ojos en la espalda.

Alaska camina dos pasos por delante, la rubia a su lado, gira la cabeza y me mira por encima del hombro, lenta, descarada. Me come con la mirada y se muerde el labio. Se me aprieta el estómago. Sabe lo que hace. Sabe que la quiero cerca. Sabe que no

puedo tocarla, que no debo, que me está prohibida por contrato y por orgullo, y, aun así, me enciende.

—Respira. —Luna me roza los nudillos, discreta, y susurra—. Te va la marcha, pero hoy vamos a jugar fino. Tú y yo, Nat. Las llevamos sin perderlas ni perdernos.

Asiento. Un latido, otro. El tren llega con un ruido feo. Las puertas se abren. Los chavales entran en avalancha. Yo me pego a Alaska. Ella me huele, se ríe bajito y me roza el brazo. Un toque. Un segundo. Suficiente para que me vuelva a subir el calor y para que me acuerde de su boca en la mía, de sus manos agarrándome del cuello, de todo.

Para rematar, va borracha. Se ríe más alto que todo el mundo, tropieza. Me hierve la idea de protegerla. Me vibra el cuerpo. Me muerdo el labio. Pero no soy yo quien la sujeta cuando da el traspié. Es la rubia oxigenada, que se le vuelve a pegar y le habla al oído. Me dan ganas de apartarla de un empujón suave.

Cambiamos de línea y los amigos de las gemelas arrancan con las batallitas en cuanto cerramos puertas. Yo intento hacerme la profesional: mirada al frente, control del entorno, manos quietas en el bolso. Bah. Al minuto ya tengo la oreja en modo radar, porque me llama la atención lo que sueltan.

—Si es que eran las reinas del centro —larga un chaval con gorra, colgado de la barra con las dos manos—. Alaska siempre con sus libros, parecía ella la profe. Nos daba clase a todos, la piba.

—Alaska la profe y Vega la que lo organizaba todo —añade la del *piercing* en la ceja y uñas azul eléctrico—. Cuando quería algo, te lo hacía creer necesario. Mano izquierda total.

—Vega no era empollona, era de repartir el trabajo… y al final acabábamos haciendo nosotras lo que ya había calculado ella.

—Y yo —salta otro con mochila de gimnasio—, vivo gracias a Alaska. Cómo mandaba la colega. Me decía «lee esto» y yo sin rechistar. Me salvó el curso.

—*El Quijote* nos lo contó ella —remata el de la gorra—. Mejor que el profe. Parecía que se lo sabía. Nivel *boss*.

Yo miro de reojo. Vega sonríe y baja la cabeza, monísima, entre tímida y orgullosa. Alaska, en cambio, se revuelve, cruza los brazos,

se encoge en el asiento, recoge los pies.

—Dejad ya la chapa —protesta a media voz—. No era para tanto.

Insisten. Les encanta recordarlo. Y a ella se le clava cada frase. No lo quiere aquí. No conmigo delante. Esa Alaska lista, la que lee, la que enseña, la que tira del grupo, la deja expuesta. Yo lo noto. Ella también.

—Chapa ninguna —se queja la rubia oxigenada—. Que hasta salisteis en las noticias por sacar la nota más alta de Madrid en selectividad. Mi abuela os llama «las de la tele» desde entonces.

Me entra un calor tonto que no me favorece nada. Yo ya sabía que Alaska no es una chica del montón. Se le nota en cada respuesta rápida, en cada mirada que corta en seco, en cada dato que suelta sin despeinarse. Oírselo a sus colegas me remata. La imagino con sus apuntes, mandando callar en el pasillo, explicando verbos, repartiendo caña con esa boca que tengo ganas de morder. Me da igual la rubia. Me dan igual todos.

—Bueno, bueno —se mete el de la gorra, haciéndose el gracioso —. Y lo de Don Jota, qué. Venga, contad eso. El Don Jota, el director. Ese estaba muy encima de vosotras, eh.

Alaska levanta la cara, fija los ojos en él. No dice nada, pero se le marca la mandíbula.

—¿Qué dices? —salta Vega, seca.

—Nada malo, tía —el de la gorra alarga el chicle de la broma—. Que erais las niñas de Don Jota. Autorizaciones a la primera, el despacho siempre abierto. El cartel del Día del Centro con vuestras caras ahí, enorme. Director fan. Yo me reía.

—No éramos sus niñas —corta Alaska, más baja—. ¿De los castigos no te acuerdas?

—Ya —añade la del *piercing*, con risita floja que no le sale—. Y en tutoría siempre: «A ver qué opinan las hermanas».

—Porque participábamos —remata Vega, sin moverse—. Punto.

Silencio. El vagón pega un tirón. Un bebé llora al fondo. A Alaska se le clavan los dedos en el bolso. Vega aprieta los labios. A mí se me eriza algo que no enseño. Me dan ganas de poner una barrera invisible entre ellas y el grupo. Me quedo quieta. Me sale bien quedarme quieta.

—Déjalas en paz con ese tema, Jona, no tienes ni idea. —La rubia suelta una carcajada fea. Nadie la sigue.

El momento se queda tieso. Lo noto en el aire, una especie de humedad que no ventila. Alaska se despega del asiento, carraspea y entra en modo desvío.

—¿Queréis una historia de miedo? —dice—. El señor de seguridad del instituto llevaba dos parches y no era pirata. Uno tapaba un grano. Fin. Premio.

Se ríe sola. Dos risas sueltas por educación. Le falla el *timing*. Quiere ruido. Quiere distraer. Quiere que yo mire. Yo miro. Yo sigo cada movimiento. Le tiembla un poco el pie y lo esconde bajo el asiento. Se toca el pelo, luego se arrepiente y baja la mano.

—Mi abuela dice que el metro te roba centímetros —salta la del *piercing*—. Por eso yo mido menos. Culpa de la línea seis.

—Tu abuela mide lo mismo desde los ochenta —le suelta Vega, con media sonrisa que se le escapa y le apaga el enfado un segundo.

—¿Alguien tiene agua? —pregunta Alaska.

Le acerco mi botella sin hacer escena. Ella la coge sin rozarme. Bebe. Me la devuelve. No nos miramos. Yo la deseo. Yo me contengo.

Los colegas ríen y se hacen los graciosos, felices con su propio eco. Luna me suelta una mirada de «tranqui, todo bajo control» y yo asiento sin mover la boca.

Y Alaska… Alaska se pega más a la rubia, se ríe muy alto, gira la cara hacia mí para que me llegue bien. No me tranquiliza saber que lo hace para provocarme. Se le nota en los ojos el teatro descarado y, aun así, consigue encenderme.

Quiero cogerle la mano, apartarla y decirle que ya. Que estoy. Que no necesito más pruebas. Tengo tantas ganas que me duelen los dedos de no tocarla. Pero no lo hago. Me quedo en mi sitio, con la espalda recta, con la boca seca, con el corazón a un ritmo que no afloja.

Ella se gira un segundo y me aparta la vista. Ya está. Ahí lo tengo. Está jugando y está huyendo. Las dos cosas. Debajo de esa fachada de chula hay otra capa que no enseña a cualquiera. La quiero

entera. Lista, borde, sensible, mandona, borracha y cabezota. La quiero aquí, a mi lado, sin adorno y sin pose.

La rubia le dice algo al oído. Alaska se ríe y le aprieta el brazo. Yo cuento hasta cinco. Me toco la muñeca para no ir directa. Sé que si doy un paso se me va la vergüenza. Que si la toco una vez no paro. Que si le digo ven, viene. Y por eso me quedo quieta. Y me callo.

Capítulo 27

Nos tragamos medio Madrid en metro y cuando salimos a la calle, llevo los nervios acelerados. La noche ya va sola, gente de fiesta por todas partes, gritos, risas, taxis con música hortera. Los niñatos tiran hacia delante y yo me limito a ir detrás, con ese punto de «no me apetece nada» que me muerdo para no decirlo en alto.

Aparece el cartel del bar de Berta y siento el murmullo del bajo en el esternón. Todo petado. Colas largas, porteros con traje planchado y cara de lunes, luces que parpadean y un tránsito constante de peña que entra y sale sin mirar a nadie. Demasiadas puertas, demasiada gente, demasiada sombra, y yo con el cuello rígido. Me caliento por dentro con ese nervio raro que me enchufa el cuerpo entero.

—Relájate, Nat, vas con cara de multa. —Se ríe Luna, se sacude el pelo rosa y se mete en la cola con una seguridad que me da envidia.

—Tú no ves nada —le digo medio en broma, medio en serio, moviendo el cuello para no quedarme tiesa.

—Veo que necesitas un chupito. —Me guiña—. Y tal vez dos dedos.

—Idiota. —Le doy un codazo y sonrío sin abrir la boca.

—De ginebra, tía. De ginebra.

No paro de mirar. A la izquierda, un grupito de chavales con capucha fuma y suelta carcajadas. A la derecha, un coche negro pegado a la acera con las luces apagadas. Dos tíos hablan sin moverse de la puerta. Cámaras arriba, seguridad en cada esquina. Todo me enciende la alerta. No es paranoia y hoy no me pillan con la guardia baja.

Entramos. Golpe de calor y golpe de música. La pista está llena de cuerpos pegados, luces estroboscópicas, perfume barato y ginebra derramada. No me da tiempo ni a mirar bien, porque Alaska

ya está en el centro. No pide permiso. Se abre paso y todo se ordena alrededor de su cintura.

La borrachera que lleva es importante, su sonrisa ladeada que me pone mala y el brillo en los ojos lo reconozco a kilómetros. Preciosa y jodidamente sexi. Me pica la lengua de ganas de pedirle que se venga conmigo, me arde la palma de la mano con la idea de subirle el vestido y robarle el aliento en un portal. No puedo. Me repito esa frase con voz de carcelera. No puedo. No debo. Me jodo.

Vega y Mikel ya se enrollan en un rincón. Me acerco a Luna y ni hace falta hablar.

—Tú vigila a Vega —le grito al oído.

—Y tú a la bruja —responde ella con maldad cariñosa y un guiño.

—Niña mala —corrijo, y me muerdo una risa.

—Te escribo si vomita o si desaparece —dice, levantando el móvil.

—Y yo si pierdo la paciencia —respondo.

—No la pierdas. O sí. Luego me cuentas. —Y me planta una colleja que me tienta devolverle.

Me coloco a distancia, clavada en Alaska. Ella se quita de encima a la rubia oxigenada que la venía sobando desde la cena. Respiro. Un alivio rápido que me atraviesa. Bien, una menos.

Me dura dos segundos. Se gira y se engancha a otra. Morenita, falda ridícula, *top* brillante que aguanta de milagro, tacones suicidas. Guapa de discoteca, risa chillona, pestañas enormes. Se pega con descaro y yo noto el latido en el cuello. La tía no disimula. Va a por premio. Le sube las manos por la cintura, la acerca, se pega a su muslo. Me sube la rabia.

Alaska la deja. Se ríe, le baila al ritmo, brazos al cuello, mirada sucia y divertida que me taladra. Me mira de reojo. Sabe que la miro. Quiere que la mire. Quiere guerra. Me tienta. Me provoca. Me castiga. Y yo, que llevo días portándome bien, sudo de verdad.

Me acerco sin tocar a nadie, esquivo empujones y siento la música dentro de los dientes. No bebo, no bailo. Vigilo. La morena le dice algo al oído. Alaska suelta una carcajada que me perfora y le muerde el labio sin miedo. Aprieto la boca. Me duelen las muelas.

La pista gira, la gente se roza, el suelo pega, el DJ sube el volumen, una copa se rompe muy cerca y nadie se inmuta. Mi

mirada no se mueve.

La morena le mete mano a Alaska sin vergüenza, le sube los dedos por la espalda, se graba cada curva, y ella responde con esa cadera que yo conozco demasiado bien.

Lo hace para mí. Lo hace porque sabe que me jode.

Me acerco otro paso. La mano me tiembla. El instinto me pide cogerla de la nuca y decirle basta, ya está, se acabó el numerito. Me pide darle órdenes con la voz baja y el aliento en su oreja. Quietita. Rendida. Conmigo. La razón me da un cachete. Soy su escolta. Estoy aquí para mantenerla a salvo. No soy su novia. No soy su nada. Hoy soy policía de discoteca con corazón blando y bragas en guerra.

Le escribo a Luna con una mano, sin dejar de mirar.

Yo: Estás bien?

Me responde al segundo.

Luna: Vega bien
Mikel bien
Yo bien
Tú fatal
Yo: Cállate ?? ❤️‍🩹

Me rio sola. Un poco.

Alaska me vuelve a mirar. La muy zorra sonríe, me enseña la lengua apenas un segundo. La morena cree que ese gesto es para ella. Pobrecita. No entiende nada. Yo sí. Alaska me dice «ven». Alaska me dice «atrévete». Alaska me dice «quémate». Y yo me quemo pero no me muevo. Me quedo. La vigilo. La quiero. La deseo.

La morena baja la mano, Alaska la frena con la muñeca y le marca el ritmo con una firmeza que me dispara la imaginación. Me trago un quejido. Quiero ser esa muñeca. Quiero ser ese control. Quiero ser la única que la toca. Qué tortura.

El bajo golpea, la luz roja cae, la azul sube, el calor aprieta, el vestido de Alaska se sube un poco, la piel le brilla y yo la observo con rabia y con risa. Estoy viva. Estoy cachonda. Estoy trabajando. Todo a la vez. Todo mal. Todo bien.

Me prometo una cosa: si pasa una línea, la saco de aquí por las malas. Y si no la pasa, me la invento. Porque no puedo más.

Pasa una hora y me desespero. Alaska ya no camina, se bambolea. Va doblada, bonita y peligrosamente borracha, con esa media sonrisa torcida que es su sello, los ojos mojados y las caderas haciendo ese vaivén que no es baile, es puro mareo. La morenita de la minifalda se le pega al costado con uñas rojas y cara de lista, le engancha la mano y tira de ella hacia el lateral de la pista.

Lo veo todo clarito. No dudo. La quiere llevar al baño.

Me abro paso a codazos, con la vista clavada en esa melena negra que se balancea. La otra la lleva cogida de la muñeca, posesiva, marcando terreno. Me enciendo por dentro. La gente salta, grita, me empujan, la música me machaca el cerebro y, de golpe, la pierdo.

—Joder —escupo, apartando a un grupito de chavales con cubatas—. Quítate, colega.

Uno me suelta un «eh, tía, relájate» y me corta el paso.

No hay tiempo. Lo aparto de un empujón y rebota contra una columna. Ni me giro. Sigo.

Las vuelvo a ver, al fondo, cruzando la puerta de los baños. Me hierve la sangre y acelero. Pasillo, sudor, codazos, protestas. Una tía me suelta que mire por dónde voy. Otro me agarra del brazo para darme la charla. Le clavo los ojos y me suelta. Sigo. No me para nadie.

Entro al baño y el olor me pega: perfume, humo, lejía. Luz blanca que no perdona. Ahí están.

Alaska con la risita floja, pestañeando lento. La morenita empujándola a un cubículo. Van a cerrar. Meto el pie. El golpe retumba. Se giran las dos.

—Ni de coña —me sale grave, tensa, limpia de dudas.

La morenita me recorre con la mirada, chula perdida.

—¿Qué pasa? ¿También quieres entrar, guapa?

La noto echada para delante y me sube el pique. Doy un paso, le invado el aire, sin sonrisas.

—Suelta la puerta. Ahora.

—Nat… —Alaska arrastra las sílabas, la risa le sale tonta y eso me cabrea más—. Déjala, que no pasa nada.

¿Que no pasa nada? Siento la tensión en el cuello. Yo sé que me hierve la sangre por celos, pero no puedo soltar esa verdad aquí.

—¿No pasa nada? —La miro y me arde el pecho—. Te estás cayendo y a ti te cuido yo. Y ya.

La morenita chasquea la lengua, teatral.

—Mira, chunga, si quiere divertirse conmigo, ¿qué coño pintas tú?

No pienso. Actúo por instinto de propiedad y por la orden de Irina, que me la sé de memoria: proteger. Le pego un empujón seco y la despego de Alaska. La dejo contra la pared, lo justo para que entienda que aquí se acabó la fiesta.

—Lárgate —le digo, sin temblar.

Se queda un silencio raro. Las del espejo giran el cuello, salseo gratis. Una suelta un «hostia» bajito y se tapa la boca para que no se le vea la sonrisa.

—¿Quién coño te crees que eres? —escupe la morenita, rojísima entre rabia y vergüenza.

—Soy la que te está diciendo que te vayas antes de que te parta la cara. Soy su escolta y no me voy a arriesgar a que se encierre ahí borracha con una desconocida. No me compliques el protocolo de seguridad. —Lo suelto con esa calma que me enseñó Irina y que huele a peligro fino, aunque por dentro me dé risa la excusa.

La otra se afloja medio centímetro. Intenta disimular con un bufido, con dos insultos tontos, y se pira. Bien hecho.

—¡¿Estás loca o qué?! —Alaska me ladra con la voz pastosa, chocando con la puerta del cubículo—. ¡¿Quién te ha pedido que vengas a joderme, eh?!

—No me lo pidas —le digo pegadita, bajito, para ella y solo para ella—. Ya sabes por qué estoy aquí y que no puedo tener nada contigo ahora. Pero no te voy a dejar sola con cualquiera. Ni borracha. Ni nunca.

Empujo la puerta, entro con ella y echo el pestillo. El sonido seco resuena. El cubículo es pequeño, huele mal y a ella. Alaska me mira con los ojos brillantes, rabiosa, borracha, preciosa.

—Te pasas de lista, rubia… —Su voz es un susurro cargado de reproche, pero también de algo más, algo que me arranca el aire de los pulmones—. No eres nadie para decidir por mí.

—Soy tu niñera, ¿no? —Le digo con retintín—. Y no voy a dejar que te líes con la primera zorra que te mete mano.

—¡Estás celosa!, ¡gilipollas!

Me empuja con la palma en el pecho. No tiene fuerza. Se le doblan las rodillas. La agarro de los brazos. La sostengo, pegadas. El plástico del cubículo cruje. Me entra hambre de ella y me arrepiento al mismo tiempo. Me jode desearla. Me jode más no besarla.

Nos quedamos a un palmo. Respiramos fuerte. El aire está caliente y cargado. Sus pupilas brillan. Mis uñas le marcan suave. No aparto la mirada. El espacio es ridículo. Una puerta que no cierra bien, paredes húmedas, la música amortiguada. Ella huele a tequila y menta. La tengo en mis manos y me contengo. Me contengo mal.

Entonces sonríe torcida. Peligro en la boca. Juego en los ojos.

—¿Qué pasa, Nat? Mucho guardia de seguridad, mucho sermón… y a la hora de la verdad, eres una cobarde.

—No es eso, joder. —Me sale la voz ronca—. No me provoques, Alaska, por favor.

—Claro que es eso. —Se me pega más—. No me tocas y tampoco dejas que nadie me toque. Celosa y cobarde.

Me quedo muda un segundo. Podría soltarle un discurso. Volverle a decir que su hermana me corta el cuello si me pilla. Que llevo semanas durmiendo mal por su culpa. Que me la imagino y me despierto sudando. Que aquí, ahora, me tiembla todo. Que la quiero y me pone. Que quiero portarme bien y me sale fatal.

Ella sigue, afilada.

—Si tú no me vas a follar, alguien me va a follar. No pienso hacerme monja, ¿sabes?

La agarro más fuerte, la pego a la pared sin hacerle daño. Notas de alcohol y sudor. Labios rojos, respiración rápida. Se me tensa el abdomen. Se me moja la boca. Le rozo la muñeca con el pulgar. Tiro de ella lo justo para que me oiga bien.

—Cállate, Alaska. No sabes nada.

—Sé bastante. —Sonríe con mala idea—. Si tú no me quieres, habrá otra. Siempre hay otra.

—No te flipes. No es que no te quiera. Es que quiero vivir. Necesito el permiso de Irina.

—Me da igual su permiso —me contesta, chula—. Yo te quiero a ti. Ahora. Ya.

Se me rompe la disciplina. Le miro los labios. Ella mira los míos. No hay distancia. La pared nos roba espacio. La mano me tiembla y la aprieto más fuerte. Ella no se queja. Me busca con la cadera, descarada. Me roza el muslo. El cerebro se desconecta. La moral hace mutis. Me entra risa nerviosa.

—Eres una lata —susurro—. Una lata irresistible.

—Demuéstralo.

Me muerdo el labio. Cierro los ojos un instante. Los abro. Estoy. Soy adulta. Ella es adulta. Le aparto un mechón pegado a la sien. La boca me pide su boca. La nariz me marca su olor. El pulso me martillea. Me acerco. Me paro a un milímetro. Le dejo el control.

—Di que quieres —le digo, bajito.

—Quiero —responde sin dudar—. Te quiero a ti.

Y en esa palabra se me cae la defensa. Fin del juego limpio. Ella gime suave. Me agarra la sudadera. La mano se me va a su cintura.

Y entonces pasa. Sin aviso, se dobla, se agarra la tripa, se pone blanca y vomita. Directo a mis botas.

—Joder, Alaska. —Me aparto un paso, tragándome el asco a pulso.

Yo aguanto sangre, peleas, huesos que crujen al romperse y marrones con una sonrisa, pero el vómito me jode viva. Me agarro al marco de la puerta, cierro los ojos un segundo y me repito en bucle: no vomites, no vomites, aguanta.

Ella se encoge, le tiemblan las piernas, se le corre el rímel con las lágrimas en una mezcla pegajosa. Maldigo por dentro. Aun así, me agacho y le sujeto el pelo con mano firme y la respiración cortita para no tragarme el olor.

—¿Ya? —le gruño al oído—. ¿Estás bien? ¿Aguantas?

Me cede el peso sin fuerza, soltando arcadas que me van cortando la paciencia. Me noto el corazón a toda leche, la piel

caliente y una rabia rara que se mezcla con ganas de cuidarla y con ganas de estampar mi frente en la pared para resetearme. Y sí, entre toda la peste, me llega su perfume y me entra un deseo cabrón de besarle la nuca. No toca. Está para el arrastre.

Cuando por fin deja salir todo, la levanto y la saco del cubículo con el brazo en su cintura, ignorando risitas y cuchicheos de las tías que están fuera. Alguna graba. Otra se tapa la nariz. Yo voy roja, sí, pero no de vergüenza: pura furia serena.

La planto frente al grifo y abro el agua a tope. Le enjuago la cara y ella apenas protesta, solo se tambalea. Me mira, borracha y rota, con un orgullo torcido que me tensa el cuello. Me aparto un segundo, respiro, le mojo la nuca otra vez.

El agua le baja por las mejillas, el maquillaje se va en churretes por el lavabo. La sostengo y siento la vibración de su llanto. Tengo el estómago al límite, pero mi cuerpo no se mueve. Me quedo. Aguanto.

—Venga, fin de la fiesta. Nos vamos a casa.

Ella me mira con los ojos vidriosos y suelta una carcajada rota que se deshace en un puchero.

—¿Casa? Esa mansión no es mi casa.

Me muerdo la lengua. La frase me golpea en el centro. Baja la cabeza y se le escapa un sollozo que intenta tapar con una sonrisa. No puede.

—Yo no tengo casa, Nat. Nunca la he tenido.

Se aparta media distancia y me empuja con las manos temblorosas.

—Alaska, ya. Vámonos y ya está.

—¡No me digas lo que tengo que hacer! ¡No eres mi novia!

No me gusta verla así, pero menos me gusta verla perderse. La agarro de los brazos más fuerte. Le clavo los dedos lo justo para que me sienta.

—No, no soy tu novia —le digo al borde—. Y me jode. Pero ahora mismo te voy a sacar de aquí entera. Y lo voy a hacer aunque me mandes a la mierda.

Ella forcejea, lloriquea, se balancea. La morena de antes asoma la cabeza con cara de chiste malo. La miro mal y se esfuma sin decir ni

pío. Alrededor, móvil en alto, risitas flojas, morbo barato. Me da igual.

—¡Suéltame! —grita Alaska, ronca de alcohol—. ¡No quiero irme, no quiero! ¡Joder!

La alzo un poco y la pego a mí. Ella patalea y me insulta entre sollozos, me golpea el hombro con los puños blandos.

—Basta ya, Alaska —le susurro al oído, directo—. Para, por favor.

Siento su respiración caliente contra mi clavícula y un escalofrío me recorre la espalda. Podría besarle la frente, podría decirle que la quiero desde la primera noche, podría perderme en su boca y que el baño reviente. No lo hago. No hoy. No así.

La saco y la gente se aparta. La música truena ahí fuera y ni la registro. Solo oigo a Alaska, bajito, cabeceando contra mi pecho. La llevo recta a la salida, esquivando cotillas, apartando manos, frenando cámaras que pinchan. Me detengo en la puerta, ajusto su peso, le recojo el pelo.

—Tranquila, enana —le digo con cariño—. Esta noche, ducha, agua y dos ibuprofenos. Mañana ya discutimos, mañana ya le sonrío a tu hermana y finjo que no quiero morderte la boca.

Ella resopla, medio risa, medio llanto, me aprieta con los dedos.

—Eres una pesada, Nat.

—Y tú una tentación muy mala —susurro.

Nos piramos. Se acabó la fiesta, el drama, el sudor y los temazos.

En la puerta de la discoteca, agradezco el silencio, me da el aire de la madrugada y me despeja un poco. Luna aparece al instante, móvil en alto, ojos de halcón. Me ve con Alaska medio colgando del brazo y suelta un silbido.

—Hostia… vaya cuadro.

—Me la llevo —le digo, directa—. En taxi. El coche está en Vallecas. Mañana vemos quién lo rescata.

—Ok. Yo cierro aquí. —Me da un toque en el hombro de colega que entiende—. Ánimo, jefa.

Sus ojos se me meten dentro. Lo pilla todo. No dice nada más. Mejor.

Levanto a Alaska como puedo. Se me engancha al cuello, tibia, pesada y guapísima. La arrastro hasta un taxi. El conductor me mira de reojo, cara de «otra noche con premio», pero se calla cuando le doy la dirección. Cierro la puerta con ganas. Silencio. Motor, neones, Madrid pasando sin vergüenza.

El trayecto se hace eterno. Casi una hora de tortura rica. Alaska se derrumba contra mí y me ocupa el costado, el pecho, la vida. Respira raro, huele a alcohol, a piel caliente, a discoteca. Se acurruca en mi hombro sin pedir permiso. Yo me doy el mío y la rodeo. Firme. La sujeto. Me tiembla la mano y aun así le acaricio el pelo, despacio, con hambre y cariño.

Ha estado tan cerca. Yo he estado cerca. Si no hubiera vomitado, me la habría comido ahí mismo. No voy a poder aguantar mucho tiempo. No quiero. Mi cuerpo la pide. Mi cabeza la frena. Maldita sea, Alaska.

Le bajo la boca al oído. Le hablo flojito.

—Alaska… te quiero. Lo voy a intentar. Te lo juro. Necesito tiempo.

Ella no contesta. Duerme. Respira y me calienta el cuello. Yo sigo, porque me quema dentro, porque o lo digo o reviento.

—Soy leal a Irina. Le debo mucho. No quiero fallarle. Quiero que lo acepte, que lo apruebe, que lo celebre. Necesito tiempo para que eso pase. Pero te prometo una cosa… —Le aprieto el brazo—. Nat nunca miente. Nunca.

Cierro los ojos un segundo. Me escuece decirlo y a la vez me calma. Lo suelto y me quedo sin aire, pero más viva. El taxista tose y yo me río sola. Le subo la pierna a Alaska un poco para desengancharle el tacón, le beso la sien sin ruido.

Llegamos a la mansión. Casi las cuatro. Jardín mudo, puerta enorme, luces bajas. Julia nos abre en bata de seda, mirada fría que corta y manos suaves que curan. Me mira a mí, mira a Alaska. No pregunta. Me la quita de los brazos con delicadeza.

—Yo me ocupo —dice, seca, firme.

Desaparece con ella por el pasillo. Yo me quedo en la entrada, inmóvil unos segundos. Me vibran mis palabras en la garganta.

Tiempo. Eso es lo que tengo. Eso es lo que me falta. Eso es lo que voy a pelear.

Le mando un audio a Luna: «Llegamos. Viva yo. No me dejes cagarla». Me contesta con tres corazones y un diablo. Sonrío. Respiro. Me toco la muñeca donde aún siento la piel de Alaska. Me arde. Me mola. Me da miedo y me da vida.

Feliz cumpleaños, Alaska. Te debo una noche entera, sin taxis, sin secretos, sin frenos. Y me la voy a cobrar contigo.

Capítulo 28

El jardín de la finca es de revista, te lo juro. Es domingo a mediodía, un frío de narices, pero el sol pega fuerte sobre las mesas largas, con manteles blancos y todo el *show*. Hay bandejas de carne a la brasa que brillan, vino abierto… Y sí, las guirnaldas del porche, apagadas, rollo decoración de boda.

Yo piso el césped mojado con cuidado, intentando no resbalar, y me hago la elegante. Entro con las manos congeladas, buscando ya el primer trago que me calme. Irina y Julia están a tope, organizando el cotarro. Yo me quito de en medio, no vaya a ser que moleste. Me da la risa ver a todo el servicio, un ejército silencioso que aparece y desaparece dejando platos perfectos.

Huele que alimenta. Me sirvo un chupito de golpe. Entra suave, me da el subidón que necesito. La familia está en el centro, dándolo todo. Luna ya está soltando burradas con Valeria, tienen ya un montón de botellines encima de la mesa. Amaia, con las peques pegadas, cortando la carne con esa calma que tiene. Sabina, impecable, con su abrigo claro y cero estrés. Y Ana, la rockera madura, copa en mano, me guiña al pasar y le mete un sobeteo a Rashel en el culo que me deja helada. El resto pululando, charlando, sentándose poco a poco.

Y en esas, aparece Alaska. Por el porche, jersey negro, coleta alta. Me mira, tranquila, qué guapa es. Trago aire, trago vodka. No puedo con esto, te lo juro. Se sienta a mi lado, cruza las piernas. Yo hago el paripé de estar fascinada por el pan. Mentira. Yo solo quiero su boca. Sonríe, se humedece el labio, y a mí se me revuelve el estómago entre el deseo y el pánico. No hago nada. Me porto bien. Miento, claro.

Irina me pide que acerque unas sillas y yo voy. Rashel me roza la espalda al pasar y me lanza esa mirada de «hoy, Nat, ni se te ocurra liarla». Asiento, me recoloco el pelo, disimulando. Alaska me mira y

siento el calor subirme al cuello. Le paso una copa. Me roza los dedos un segundo. La rodilla me tiembla, pero la culpa es del puto frío, no de ella.

Ivan llega tarde, claro, con Mikel dándole collejas y descojonándose. Detrás entran las amigas de anoche, las del barrio: la rubia oxigenada ya no va tan intensa a la luz del día, y la morena bajita, con su chaqueta de cuero, saluda a todo el mundo y se sienta auditando el cotarro. Luna las presenta. Vega está que no cabe en sí, feliz y nerviosa a partes iguales, hoyuelos a tope y dientes fuera.

Valeria grita «¡brindis!» y se apropia de la botella. Ana aplaude a muerte. Caen dos platos nuevos y la mesa se aprieta más. Yo cuento copas, Irina cuenta copas, y entre mirada y mirada, Alaska me suelta:

—¿Te fumas uno conmigo luego?

Asiento, sin pensarlo. Ella se lame salsa del pulgar, y mi cabeza se prende en fuego. Me guardo la guarrada que le diría. No por falta de ganas, sino por protocolo. Sé que soy idiota, pero me toca contenerme.

El sol me da en la cara, pero los tobillos los tengo helados. Hay ruido, risas, brindis, todo muy familiar. Pero yo estoy a otra cosa: la que me importa está a un metro. El pulso me va a su bola. Lo noto en la garganta, en las manos. Ella está ahí, hundida, con gafas de sol aunque no hacen falta, pelo revuelto, cero maquillaje, con ese rollo de «no me toquéis». Huele a resaca desde aquí. Pasa del plato, juega con el tenedor, sonríe lo justo cuando la felicitan. Vega, en cambio, va a tope: reparte abrazos, agradece, se ríe sin parar, con Mikel pegado como una lapa.

—Bueno, bueno —lanza Amaia, a ver si se animan—. ¿Ya sois oficialmente adultas?

—Depende —suelta Vega, con brillo—. Si me van a seguir cuidando así, yo no firmo la madurez.

Risas generales. Alaska solo levanta una ceja. Le pesa hasta el aire. Luna entra con la sidra en alto y la señala:

—Esta ha vuelto por los pelos —dice—. Fijaos en la cara de muerta que trae.

Alaska baja las gafas un segundo, le clava los ojos, voz rota:

—Baja el volumen.

Otra ronda de carcajadas. Julia la mira con ese cariño de madre, Irina con una mezcla rara de cabreo y orgullo.

Yo no puedo dejar de mirarla. Aunque esté hecha polvo, me tiene pillada. Me jode verla así de frágil en medio de todo este jaleo. Me duele no poder ir, acariciarle la nuca y decirle: «tranquila, estoy aquí». Me duele el puto límite. Me duele el apellido que lleva. Muerdo el borde del vaso y respiro. Me toca ser la de la cabeza fría, pero el cuerpo no ayuda nada.

Sabina, impecable hasta cuando se descojona, nos corta el rollo.

—A ver, ¿qué se han pedido las cumpleañeras? ¿Un coche, un piso en la Castellana, o la vuelta al mundo? —pregunta, con ese tono de que lo paga ella si hace falta.

La morena del barrio, que ni pincha ni corta, salta:

—A mí con una moto me vale.

Lo suelta con toda la alegría, y claro, la gente se parte. Rashel, ya con color en las mejillas, avisa.

—No les metáis ideas, que a Irina se le va la olla y mañana hay una Harley en la puerta.

Irina no la desmiente. Sonríe, brinda y bebe tranquila.

El jardín está a tope de ruido, voces, humo y risas que chocan con el frío que hace. Vega brilla, está en su salsa. Alaska se esconde, se hace la pequeña.

Y yo aquí, pensando cómo coño me pego a ella sin que parezca que la estoy acosando. Me repito que nanai, que no me sale a cuenta liarla delante de todos. Pero sigo contando los minutos para el puto cigarro.

Alaska me busca con la mirada por encima de las gafas de sol. Me hace un gesto mínimo, casi imperceptible. Lo pillo al vuelo: «Luego», dice sin abrir la boca. Se me afloja la rodilla. Me toco el pelo, me hago la interesante mirando el pan. Me sirvo más vino, que hoy no toca agua. Me imagino ese patio vacío, solo nosotras. El mechero, la calada compartida, sus dedos rozándome, su voz pegada a mí. Joder.

Sabina, que no pierde el ritmo, retoma.

—¿Entonces, hay planazo para la noche o se me van a dormir?

—Hay sobremesa larga —dice Vega, con calma—. Y ya veremos.

Vuelvo a mi sitio, a mi esquina. Hago de guarda, de colega que no puede ser nada más. Me río cuando toca, vendo normalidad. Pero por dentro voy a tope, eléctrica. Con ganas, con cuidado.

Irina hace el gesto de siempre, golpea la copa con la cucharilla y el jardín se queda en pausa. Brindis oficial. Gritos, besos, *flashes*.

Se ponen a berrear un coro que suena a culo, pero da igual, porque aquí la movida es hacer ruido y posturear de felicidad.

Alaska apoya la frente en la mano y suelta un suspiro corto. Sonríe lo justo. Yo levanto la copa, choco con quien pillo y me bebo el vino sin atragantarme. Y espero. Porque después de comer siempre toca el cigarro. Y con el humo, a veces, pasan esas cosas pequeñas que son las que me dan la vida.

Irina vuelve a golpear la copa. El ruido se cuela entre las risas hasta que todo el mundo se calla.

—Bien —dice, sonriendo con orgullo—. Hoy es un día de los buenos. Las gemelas cumplen ya veintiuno. Y he estado dándole vueltas a qué regalarles.

Todos giramos la cabeza a la vez. Alaska y Vega están juntas, guapísimas, con ese brillo que les sienta de lujo. Vega se recoloca el pelo y Alaska cruza los brazos, se nota que le agobia ser el centro de atención.

—Podría haberos comprado un coche —sigue Irina, en tono de broma—. O dos, o tres. Un barco, si os da por ahí. Podría mandaros a recorrer el mundo en primera clase, con todo pagado.

La gente se ríe. Sabina levanta una ceja como diciendo que ella firmaba lo del barco. Valeria aplaude flojito y ya está grabando con el móvil porque esta tía no se pierde ni un momento.

Irina alza una mano y el patio obedece.

—Pero he decidido hacerlo diferente. Hoy quiero que pidáis vosotras. Lo que os apetezca. Pedid un deseo. Y que no sea un dragón o superpoderes, ¿eh? —suelta, y la gente se ríe. —Algo que yo pueda daros. Lo primero que os venga a la cabeza.

Se hace un silencio de esos que cortan. Todos los ojos se les clavan.

Vega se estira, pone cara de susto divertido. Alaska aprieta la boca y mira el mantel.

—Venga, princesas —las apremia Irina—. Pedid.

Yo sonrío como si estuviera tranquila. No lo estoy. La deseo cerca, delante de todo el mundo, con la familia mirando, con la jefa a un metro. Alaska levanta la vista y me encuentra. Se le afloja el gesto, se le escapa una sonrisa pequeña. Bajo la mirada porque soy idiota y también porque no quiero que nadie pille el secreto.

Vega se muerde el labio, piensa un segundo y suelta con voz clara, infantil total:

—Una habitación llena de Barbies.

Barbies. Tal cual. Se me escapa la risa. Me sale sola, cortita, y se contagia por la mesa con risitas raras, de esas de no saber dónde meterse.

Alaska se pone roja hasta la nuca. Le mete un codazo a Vega.

—¡Vega, cállate, por favor!

—¿Qué? —dice ella, sonrojada pero firme—. Es lo primero que me ha salido.

Yo sigo clavada en Alaska. Tiene ese brillo en los ojos que me avisa que la han tocado. Vega se da cuenta, baja el tono, y arranca con el drama de verdad.

—Cuando nos llevaron al centro, con ocho años…

—¡Vega, no! —salta Alaska, intentando cortarla.

—Solo pudimos llevarnos una puta Barbie. Una. Para las dos.

El jardín se queda mudo, hasta el viento para. Noto el frío en las piernas y a mí se me encoge algo en el pecho, ese nudo que no me gusta.

—Era lo único que teníamos de casa —sigue Vega, agarrándole la mano a Alaska—. Y Alaska la cuidaba que daba miedo. Nivel vigilancia veinticuatro horas. —Levanta las cejas—. Peor que la que nos habéis puesto a nosotras.

—¡Vega, basta ya! —protesta Alaska, incómoda, roja.

Vega aprieta el agarre.

—A los once años la… digamos que la perdimos.

Silencio que pesa tres toneladas. Alaska baja la cabeza, mastica la rabia en silencio. Joder, me lo trago con ella y me arde la garganta.

Vega la mira con ese cariño de hermana que sabe dónde duele.

—Con lo chula que era, y lloró a moco tendido por la Barbie esa.

La mesa murmura. Sabina, Julia, Irina, todas tocadas.

—La animaba como podía —sigue Vega, con una sonrisa triste—. Fantaseábamos con pedir un deseo, un cuarto entero lleno de Barbies.

Alaska resopla, pero ya sin fuerza. Solo está roja. Y yo, viendo ese color en sus mejillas, me desordeno. Me tienta la curva de su cuello, el pelo pegado a la cara por los nervios, esa boca que muerde palabras. Estoy fatal. Me porto bien. Me callo. Me siento una santa y una idiota.

—Y bueno… —Vega se encoge—. Es lo primero que me ha venido a la cabeza. No lo digo en serio. Ya no las queremos.

El silencio pesa. El frío ya no molesta tanto. Todo el mundo mira la escena y yo solo veo a Alaska. Los nudillos blancos, la espalda rígida.

Irina, reina del control, rompe esto sin despeinarse. Se levanta, camina hasta las gemelas y les pone una mano a cada una en el hombro. El jardín se queda quieto. El viento mueve las ramas, alguien apoya otra copa fatal.

—Bueno —dice, y se la oye en todo el patio—. Ya habéis escuchado a Vega. Barbies o no Barbies, estamos para celebrar. Pero quiero que me digáis qué queréis de verdad. Lo que sea.

Vega se queda quieta, ojos brillantes. Baja la cabeza y suelta una risita nerviosa. Yo, sin pensar, acerco la silla y rozo la rodilla de Alaska con la mía. El calor es instantáneo. Me mira un segundo y se le afloja la boca. Yo sonrío, me hago la loca. A ver qué suelta Vega, porque si no, me como a Alaska aquí mismo.

—Pero ¿en serio? —pregunta, buscando la trampa.

Irina asiente. Julia, pegada a ella, también.

Vega se destroza el labio con los dientes y arranca despacio:

—Yo… lo que más quise durante años fue que nuestra madre volviera a por nosotras.

Se hace silencio total. Alaska gira la cara, resopla.

—Pasaron los años y entendí que no iba a pasar. Entonces empecé a fantasear con que apareciera nuestro padre y nos sacara

de allí. Tampoco. —Hace una pausa y respira unos segundos. Nadie mueve una silla—. Después me decía que estaría bien que alguna familia nos acogiera. Tener una madre, aunque fuera temporal. Alguien que nos cuidara un poco.

Alaska tiene los ojos llenos, pero no dice nada. Lo aguanta. Vega suelta una risa rara.

—Ahora habéis aparecido vosotras. Y ya sé que somos mayores para que Julia e Irina nos adopten. —Se encoge de hombros, vacilona—. Pero me flipa pensar que tenemos familia. Que puedo asumir que vosotras vais a ser nuestras madres. O algo parecido. Lo siento, pero sois demasiado mayores para veros como hermanas.

Julia se lleva una mano al pecho. Irina pestañea para no llorar, pero llora un poco, suave.

—Lo que quiero es quedarme aquí. Estoy feliz. Esto es un sueño. Y yo no me iría de la mansión. Me entretengo todos los días. Tengo paz. Punto. Aunque si Alaska no se quiere quedar, me iré con ella cuando podamos salir y estar seguras. Eso tenemos que hablarlo ella y yo.

Miro a Vega y, joder, la tía es valiente hasta para pedir regalos. Alaska, en cambio, baja la mirada al mantel. Está rígida, expuesta delante de todo el mundo y a mí me duele por ella, ¿sabes? Me revuelve verla así.

Irina da un paso y las abraza a las dos con esa fuerza que no negocia. Sin discurso, sin drama. El abrazo se deshace despacio y, cuando parece que vuelve el aire, Vega se seca las lágrimas con el dorso de la mano. Suelta, entre una sonrisa y un puchero:

—Bueno… hay una cosa que sí te quiero pedir. Pero no para mí, que yo ya estoy servida, ¿eh? Es para mi hermana. Porque ella es tan orgullosa que no va a soltar ni mu.

Alaska levanta la cabeza de golpe. Tiene los ojos húmedos, rojos del llanto reciente y del vino.

—Vega, no —avisa, voz baja y dura—. Cállate, tía. ¿De qué vas?

—Déjame —insiste Vega, dulce pero firme, sin apartarle la mirada —. Tú no lo vas a decir, pero este es tu sueño. Y mi deseo es que se cumpla.

Alaska aprieta los labios hasta que le tiembla la comisura. Se revuelve en la silla y la pierna se le va sola, nerviosa, golpeando la pata. Tres personas giran la cara. Silencio gordo. Vega suelta la bomba, clara, voz de presentación:

—Os presento a Alaska V. Tiene cuatro novelas publicadas por su cuenta en plataformas. Y son buenas, ¿eh? Novela erótica para lesbianas. Fijo que a más de una por aquí le apetece echarles un ojo.

El aire pesa. Lo oigo. Alguien deja el tenedor y hace ruido sin querer. Un hielo choca contra el cristal. Yo me apunto buscar esas novelas y leerlas en cuanto llegue a casa.

Alaska se tapa la frente con la palma. Baja la cabeza y se encoge. Se quiere hacer invisible.

—¡Vega, para ya! —escupe entre dientes, furiosa, con las orejas rojas—. Te estás pasando.

Esa rojez le sube por el cuello. Me calienta entera. Aparto mi copa. Necesito manos libres o la miro mal y me la lía.

Vega sigue, sin freno:

—Quiero ver sus libros en una biblioteca de las grandes —dice, y le lanza una caricia de ojos que arrastra bronca—. Si le metéis un poco de pasta en publi, se venden solas.

Las miradas van a Alaska. Ella se esconde en la copa de vino y gira el tallo sin beber.

—Y, ya que estamos, también siempre quiso estudiar Literatura en la universidad —suelta Vega, más emocionada—. Y nos apuntamos, ¿eh? Yo quería otra cosa, pero fui con ella. Vamos juntas en todo.

Hace una pausa. Alaska intenta cortarla. Vega levanta la mano y sigue.

—Teníamos beca y todo… pero la realidad nos comió. Trabajo, turnos, cuentas. Y dejamos la uni.

A Alaska se le encharcan los ojos. No es orgullo. Es rabia. Impotencia. Miedo a que le veamos lo que no quiere enseñar.

—Ya está bien —dice con voz ronca—. Corta.

—Vale. Luego lo hablamos. Que si digo una más me cruje —remata Vega, fresca, y se sirve agua como si nada.

Nos quedamos todos un poco tocados. El murmullo tarda en volver. Irina les promete que hablarán del tema sin meter mucho más el dedo. Julia suelta una broma tonta sobre la tarta, alguien pide más vino, las niñas vuelven a reírse con cualquier chorrada. El ambiente afloja y la gente respira.

Alaska no. Sigue rígida, clava los ojos en el plato, mandíbula dura, hombros arriba. Tiene las manos en las rodillas, dedos clavados. Está tragando vergüenza y le raspa. Lo veo: va a llorar. Y no puedo no verlo.

Debería portarme. Línea recta. Disciplina. Me la sé. Y me la salto. Espero a que el ruido baje lo justo y le cojo la mano. Tibia, húmeda. Alaska me mira un segundo. Orgullo herido, furia guardada… y otra cosa que me empuja. No digo nada. Me inclino, la rodeo, la pego a mí. Tiembla un segundo y se ablanda. Me encaja la frente en el hombro. Respira áspero, desordenado. Estoy aquí. Lo necesita. Yo también.

Su aliento me calienta el cuello. Siento su pecho contra el mío. El roce me sube por la piel. El pelo me hace cosquillas en la boca. Le sujeto la cintura con las dos manos y noto el calor a través de la tela. Huele a piel limpia y a nervios. Me muero por besarle la cara, por morderle la boca. Me contengo. La aprieto más. Quiero taparle el ruido, el pasado, la vergüenza, esa voz que le dice que molesta. Quiero darle calma y ganas. Las dos.

—Tú ganas —le susurro al oído.

Y me cae encima la verdad. Estoy rompiendo mi norma, mi lealtad a la jefa, mi disciplina. Lo sé. Me da miedo. Y aun así no la suelto. Hoy no. Es la hermana pequeña, sí, pero es mayorcita; yo también. Esto nos pasa a las dos y no pienso fingir que no. Peligro hay. Ganas también. Y ya está: estoy perdida. Y me gusta.

Capítulo 29

A ver, no sé si alguien pilla el rollo con el abrazo, ¿sabes? Pero seguro que sí; ninguna de estas mujeres es tonta y a todas les flipa el salseo. Yo, por dentro, me siento libre, pero a la vez cagada, te lo juro. Tenía que hacerlo, punto. Y ya. Nos separamos y la música sube, tapando el momento. En las mesas quedan vasos a medias. Alaska ya está en otra onda. Se le relajan los hombros, la noto menos tensa. Y claro, no soy imbécil: es por el abrazo y por lo que le solté al oído. Me mola demasiado. Me ha jodido la cabeza.

La veo ya más suelta. Me busca con la mirada, esa media sonrisa que me mata y se muerde el labio. Me pasa un vaso, me roza los dedos y, joder, me sube un calor al cuello que no es normal. Respiro hondo para no empotrarla contra la mesa. Se ríe con Svet y Vera, y se pone a chinchar a Irina, pidiéndole dos rondas de vodka. Mantiene el ritmo sin quejarse. Yo, pues de cara estoy tranquila, pero por dentro voy eléctrica. Si me roza un poco más, me delato fijo.

—Venga, Irina —dice Alaska, brindando—. ¡Una más!

—Tía Alaska, te va a tumbar —salta Svet, con los dientes azules por la piruleta que se está comiendo.

—A mí no me tumba —responde Alaska, mirándome de reojo—. ¿Tú qué dices, Vega?

—Que luego lloras —contesta, seria.

—Nunca —dice. Se bebe el chupito.

La fiesta se alarga hasta las ocho. Entra el frío del jardín y la peña se dispersa. Los más jóvenes se piran a la piscina climatizada. Me invitan, claro. Me apetece un montón, pero me conozco: si la veo en bikini, no duermo en una semana.

—¡Nat, vente a la piscina! —me grita Luna desde la puerta, con la toalla al hombro.

—Otro día, tía —le suelto, sin levantar la voz.

—Ya te vas, ¿eh? —pregunta Alaska, cerquita, con esa media sonrisa.

—Sí. Y pórtate bien —le digo, bajito, casi un susurro.

—Tarde —me susurra ella, rozándome el antebrazo al acercarme el abrigo.

Ya en casa repaso el abrazo. Su mano en mi espalda, su respiración en mi cuello, mi cuerpo pidiendo más y mi cabeza recordando que aún no. Salgo en albornoz, tiro el pelo hacia atrás y abro la ventana. Entra aire frío. Dejo el móvil en la mesilla. Vibra. Mensaje de Alaska.

Alaska: Te has dormido?
Yo: Sí
Alaska: Mentirosa
Estás pensando en mí
Yo: Qué creída
Alaska: Pues ven y me lo discutes

Me mojo los labios y no respondo. Ni de coña me precipito. Me hago una infusión, doy vueltas por el salón, recojo dos vasos, apago la música y dejo el móvil boca abajo. Bajo la luz, me doy una ducha larga. El agua me relaja un poco, pero me deja más encendida.

Vestirme, ¿para qué? Me tiro en el sofá, enciendo la chimenea, la consola, y a tomar por saco. Llevo un par de horas dándole a los botones y a las ganas. Estoy entre feliz, nerviosa y orgullosa, con un calentón que no se quita ni con agua fría. Me repito lo de «calma, Nat, ve despacio», y escondo el móvil debajo de un cojín para no escribirle una burrada. Hoy me la he jugado y he ganado, y ese subidón no me lo quita nadie.

No me concentro una mierda en la partida. Me revientan en la primera esquina y ya paso. Apago la consola del tirón. Mi cabeza está ocupada con Alaska, punto. Me quedo mirando el techo, dejo el mando tirado, me aflojo el albornoz y me lo abro del todo. Me entra el aire y me da un escalofrío que, mira, me gusta.

Cierro los ojos y me voy directa a su ático, a la primera noche. Recuerdo la luz cálida, el olor a ella, el pelo suelto, cómo se hacía la dura y no se resistía nada. Siento su piel caliente en mi mente, su

boca mordiéndome suave, esos ojos clavados en mí, la respiración cortándose cuando le agarraba las caderas y le susurraba al oído que era mía.

Se me enciende todo. Estoy mojada y lo noto al tocarme. Me acaricio despacio y se me escapa un gemido que me da igual. Me aprieto el pecho, me pellizco un pezón, me tiembla el abdomen, el pulso va a mil. Me acerco la mano a la cara, me huelo, me chupo los dedos sin prisa. Saben a mí y eso me pone. Me mojo los labios y vuelvo a bajar la mano.

Me acaricio, me abro un poco con cuidado, rozo, juego con la punta en círculos, la respiración se me acelera a lo bestia. Me muerdo el labio y digo su nombre en voz baja: «Alaska, joder, ven». Me la imagino con su lengua ahí, su mano sujetándome el muslo, su risa pegada a mi boca.

Me doy un poco más fuerte y el cuerpo me tiembla entero. Me agarro al borde del sofá con la otra mano, me dejo llevar, el albornoz abierto, las piernas que no me aguantan. Estoy a puntito. Me falta un empujón y ahí, justo ahí… ¡*pum*!, un golpe seco en la puerta que me corta la corriente. Me quedo con la respiración a medias, el clítoris en protesta y una mala leche que me da hasta risa.

—¿En serio ahora? —susurro, entre el calentón que se me ha cortado y el cabreo.

Me miro los dedos, aún brillantes. Seguro que es mi hermana con un táper o mi madre con un discurso *random*. Me recojo el albornoz a lo bruto, hago un nudo sin ganas, me seco la mano en el muslo (¡joder, qué calentón!). Me veo en el reflejo: mejillas rojas, cara de pillada total. Voy a la puerta con cara de pocos amigos, pensando en soltar un «¿qué coño quieres?» y volver a mi sesión exprés, que me la ha dejado a medias.

Abro, y ¡*zas*!, es ella. Alaska. Plantada ahí, con un abrigo rojo largo, el cuello subido hasta las orejas, las manos metidas en los bolsillos y unas zapatillas que traen medio bosque pegado. El pelo suelto, mojado por el frío, las mejillas rojas, las pestañas con gotitas, y esa mirada que me taladra. Está guapísima. Joder. Se me corta el aire de golpe y el cuerpo se me enciende otra vez, pero con un subidón de adrenalina que me hace temblar las piernas. Y yo que

venía de pensar en ella… Me pone a cien, pero a un nivel que no es normal, ¿eh? La veo y se me olvida hasta mi nombre.

Me asomo por encima de su hombro, modo paranoica on. Fuera no se ve un alma, solo arboleda oscura y el camino iluminado. Si alguien la ficha aquí, mañana me toca un sermón de Irina con música de violines y cara de funeral.

—¿Tú estás bien de la cabeza? —le suelto, la voz me sale en un susurro ronco, los ojos pegados a su boca sin querer.

—Hola a ti también —me contesta, y me lanza esa media sonrisa que me provoca unas ganas de liarla que no son normales.

La agarro del brazo y la arrastro para adentro sin pensarlo dos veces. Cierro y me quedo con la espalda contra la puerta, intentando que el corazón me baje el volumen. Llevo el albornoz atado a lo bruto, el pelo hecho un desastre y el pulso a tope. Ella baja la vista a mi nudo, se muerde el labio, vuelve a mirarme y suelta una risita corta que me sube la temperatura.

—Bonito *look* de estar por casa, ¿eh? —dice, descarada.

—No mires —respondo, y me recoloco el lazo del albornoz, que amenaza con traicionarme en cualquier momento—. ¿Se puede saber qué coño haces aquí?

—Venía a saludar. Y a ver si me invitas a quedarme —responde, quitándose el abrigo con calma.

—Genial. Pues pasa, deja barro por todos lados, que igual mañana lo friego con mi billete a Siberia.

—Relájate, nadie me ha visto. He venido por detrás. Además, no te voy a dejar sola con ese albornoz que pide plan.

Me mira de arriba abajo sin pudor.

—Alaska —la aviso, aunque no muevo un dedo para apartarla—. No me tientes —susurro—. No llevo nada decente debajo.

—Perfecto —contesta—. A mí me gusta lo indecente.

Me suelta una carcajada suave y yo sonrío sin querer. Se acerca otro paso. Siento su aliento tibio, su nariz rozándome la mejilla, el tacto de sus dedos en mi cintura por encima de la tela. La casa está en silencio, salvo mi respiración y la suya, que se mezclan y me vuelven loca.

Se ríe bajito, satisfecha, y me da un beso mínimo en la comisura, uno de esos que no son nada y lo son todo, y me deja colgada. Me agarra del lazo y lo aprieta, dejándolo más firme, como diciendo: «Tranquila, no voy a liarla. Aún».

—Venías a por azúcar, ¿no? —le digo, medio borde, medio riéndome, y me acerco lo justo para sentirle el frío en la piel.

—Venía a por ti —responde bajito, y me toca el brazo con los dedos helados. Se me eriza todo.

Le acaricio la mejilla y me da igual que los dedos me huelan a sexo, me da igual todo. Tiemblo por el susto y por el calentón.

—Te queda bien el albornoz —dice, y ladea la cabeza, con guasa —. Pensé que me ibas a abrir en vaqueros.

—Sí, claro, y con un pastel en la mano. ¿Has visto la casa de Rashel? —Señalo hacia la ventana—. Está encendida entera, y demasiado cerca.

—No nos está mirando nadie —contesta, segura, y da un pasito más—. ¿Puedo pasar o me vas a interrogar en la entrada?

—Pasa —resoplo, y la empujo con suavidad hacia el salón. Cierro las cortinas de un tirón, apago la luz del pasillo y vuelvo a mirarla. Está guapísima, yo estoy perdida, y me muero por hacer todo lo que no debo.

—No te preocupes —susurra con gesto serio de mentira—. Nadie sabe que estoy aquí.

La miro con una ceja arriba.

—¿Seguro?

—Bueno… —añade, medio sonriendo—. Vega. Mis dos amigas. Mikel. Ivan. Y Luna.

Resoplo tan fuerte que me vibra el nudo del albornoz y una pelusa del sofá sale volando.

—Genial. O sea, todos.

—Tranqui —contesta mientras se pasea por mi salón, cotilla total —. Nos cubren. No van a decir nada. Rashel y Ana nos han dejado su casa para seguir de fiesta y dormir allí. Nadie va a ir poniendo mi ubicación por ahí. Y si preguntan, estoy con Luna fumando en el porche o echada en el sofá con Ivan roncando al lado. Lo tienen controlado.

Se asoma a mis estanterías, toca una vela, huele el aire, mira la manta tirada, la pistola en su funda, la chimenea. Abre un cajón y le doy un manotazo suave.

—Ese no —le suelto, rápida.

Como si no conociera de sobra mis juguetitos.

—Vale, vale. —Se ríe y lo cierra—. Me gusta tu casa. Huele a ti.

Me muerdo la lengua para no soltar la burrada que quiero soltar. Vuelvo a la ventana y abro un poco la cortina. Fuera sigue negro. A lo lejos, la casa de Rashel brilla con las ventanas encendidas.

—Si se enteran…

—No se va a enterar —responde, segura, acercándose por detrás. Me roza la cintura con las manos frías y me quedo erizada entera—. De verdad. Estamos cubiertas. Y además están todos a su rollo.

—Estás muy segura —digo, girándome. Me queda a dos dedos.

—Estoy muy segura.

No aparta la mirada. Le brillan los ojos. Yo me río bajito, nerviosa y contenta a la vez.

—No puedes venir así de guapa y con unas zapas llenas de barro.

—¿Y qué hago? —Alza los hombros—. ¿Me descalzo? ¿Pido hora? ¿Te escribo un mail? —Se quita las zapatillas. Lleva calcetines negros con pelusas blancas y barro. La sudadera le cae a la cadera y los pantalones le marcan esas piernas que me tienen loca—. ¿Vas a seguir regañándome o me vas a invitar a agua, a una cerveza… o a ti?

Me echo a reír, medio ahogada.

—Primero te invito a la alfombrilla del baño, que me estás dejando huellas. Luego el agua. La cerveza después. Lo otro ya se negocia.

—Qué mandona —dice, mordiendo una sonrisa—. Me gusta.

La cojo de la mano y la llevo al baño. Le doy una toalla pequeña y me arrodillo para quitarle los calcetines. No digo nada, pero me mira con esa cara y se me acelera todo.

—No deberíamos —murmuro, concentrada en su tobillo.

—No estamos haciendo nada.

—Aún —se me escapa, bajito.

Le seco los pies, le paso la toalla por los dedos y me mira como si ya le hubiera dicho que sí a todo. Me levanto demasiado cerca. Huele a ella. Me aparto un poco porque soy una idiota responsable y porque me tiembla el pulso.

—Vale —respiro—. Agua. Y te comportas.

—Me comporto fatal —contesta, siguiéndome al salón—. Pero puedo intentarlo si me miras así.

Voy a la cocina y abro la nevera. Cojo dos botellitas de agua. Le paso una. Nos rozan los dedos y me recorre un cosquilleo.

—Brindamos porque nadie se chive.

—Brindamos porque me has dejado entrar —responde chocando el vaso—. Ya era hora.

Me siento en el brazo del sofá; ella se planta entre mis rodillas.

—Vas fuerte —le digo, bajito.

—Voy a por lo que quiero. —Se encoge de hombros—. Y me gustas. Mucho. Y no me apetece irme a dormir al sofá de Rashel pensando en tus cortinas cerradas.

Me fijo en su boca, vuelvo a sus ojos.

—Alaska…

—Dime que no me quieres, que quieres que pare —susurra—. Y paro. Pero no lo vas a hacer porque me quieres. Y tú no mientes, ¿no?

¿Me escuchó anoche? Claro que me escuchó anoche. Le aparto el pelo despacio. Sonríe. Apoyo la frente en la suya un segundo para centrarme. Suelto el aire y me río bajito sin querer. Me mira con ganas y se me acelera el pulso. La agarro de la cintura y la acerco un poco más.

—No me mires así en mi casa —susurro.

—Pues bésame ya, joder —dice, chula.

Cierro los ojos un instante, lista para rendirme del todo. Y justo entonces, un mensaje vibra en su móvil sobre la mesa. Nos quedamos quietas. Nos miramos. A la vez, soltamos una carcajada.

—Si no es el apocalipsis, seguimos.

—Eres imposible.

—Soy tuya cuando me dejes —remata, tranquila, y me tiende la mano como si me llamara a bailar.

Camino hacia ella con el corazón acelerado, ya sin pudor. Me paro delante y le agarro la barbilla con dos dedos.

—Última vez que vienes sin avisar, no me gusta —le digo, suave.

—Mentira. —Me tira del albornoz con cuidado; el nudo afloja y se me escapa un suspiro que me delata—. Te encanta. Relájate. —Voz bajita, la yema en mi clavícula—. Nadie va a decir que estoy contigo.

—Más te vale —contesto, le miro la boca y aún resisto. Pero joder, la tenía en la cabeza hace diez minutos con todo lujo de detalle.

Me pega a ella por la cintura, yo le agarro la sudadera por detrás y la acerco más. Hay silencio fuera, el pestillo echado, la cortina cerrada, y mi miedo baja el volumen. Queda el deseo y sus manos heladas calentándome a pasitos. Me separo un segundo, respiro, le remiro la boca y suelto una risa corta.

—Vale.

Me hago la dura, un poco más de teatro barato. Ya sé lo que va a pasar y lo quiero, pero me doy el capricho de un paseíto. Me voy a la cocina abierta al salón, abro la nevera y saco dos birras heladas. El imán abridor de Baby Yoda hace su trabajo y las chapas caen a un cuenco. Le paso una.

—Toma. Y no la apoyes en la mesa que deja marca —le digo, por decir algo que no sea «súbete ya encima».

Alaska gira despacio sobre sí misma, curioseando.

—Tu casa es de ensueño. Qué fantasía, Nat. Es preciosa. No me la imaginaba así.

—¿Ah, no? ¿Cómo la imaginabas? —pregunto, con la birra en la boca y cara de curiosa malvada.

—Una mazmorra, todo negro, velas por el suelo, cadenas en las paredes y una bola de pinchos girando en el techo —suelta, tan ancha. Le pasa un dedo a mi pistola; la dejo, no está cargada.

—La bola de pinchos llega el martes, cariño. —Le guiño—. Y las cadenas están en el armario del pasillo. Pero hoy te enseño el salón y te doy de beber antes de que empieces a pedir cuerdas.

Se me escapa una carcajada. Sigo su mirada y me fijo en mis estanterías llenas de Funkos de *Star Wars*: Leia, Vader, Grogu, Ahsoka, un *stormtrooper* cabezón. Los posters de pelis, el de *Kill Bill*, el de *Hereditary*, uno viejo de *Amélie* que me regalaron.

Ella mira donde yo miro y se ríe también. Vuelve, se sienta a mi lado, pega su muslo al mío en el sofá. Bebemos en silencio. Se oye mi reloj de pared, el gas de las birras, nuestra respiración un poco alta. No hace falta nada más.

—En realidad no sé nada de ti —dice bajito—. Esta tarde me abrazaste delante de todos. ¿Ya se te ha quitado la tontería?

Me la quedo mirando, botella a media altura. El nudo del albornoz pesa. El de la garganta, más. No se me nota.

—Me voy a vestir —murmuro—. Me siento ridícula así.

Intento levantarme y no me deja. Me agarra de la muñeca, me empuja suave hacia atrás y se me sienta encima. Quedamos a un palmo. Me mira la boca, yo la suya. Me sube las manos a los hombros y me aprieta un poco contra el respaldo.

—No te vayas —susurra—. Me gusta verte así.

—Si te quedas encima, te quito la sudadera con los dientes —le digo, directa, de las de antes.

Sonríe sin vergüenza.

—Ahí está mi chica.

—Tu chica no —corrijo suave—. Tu perdición un rato.

Me pasa la nariz por la mejilla y me habla al oído. Me roza el lóbulo. Se me eriza la piel del cuello.

—Dime otra.

—O te mueves o te muevo yo. Elige —respondo, y le cojo la cadera para que note que voy en serio.

Se le escapa un suspiro cortito. Me apoya la frente y me sostiene la cara con las dos manos, firme.

—La tontería a mí no se me ha pasado. Voy a besarte ya.

Me da un beso lento, sin prisa, con esa calma que me enciende más que todo lo demás. Le pongo las manos en el culo y la acerco más. El albornoz aguanta por inercia y me río, porque esto ya no tiene vuelta.

—Brindamos y seguimos —le digo, chulita.

Chocamos las botellas a un centímetro de nuestras bocas. Bebemos otro trago, dejamos las birras en la mesita y ya no finjo resistencia. La quiero cerca y la tengo encima. Vale, ya, que pase lo que tenga que pasar.

La beso de verdad. Despacio, firme, sin prisas. Me sabe a cerveza fría y a su boca dulce. Me toca el pelo con una mano, me aprieta la cintura con la otra y me sale un suspiro que me afloja todo. No es solo hambre. Es paz. Es un *sí* clarísimo que me atraviesa.

Se me humedecen los ojos, no me avergüenzo. Me separo un poco, le rozo la nariz y lo digo sin filtro.

—Te necesitaba. Te echaba de menos.

—Yo también —responde pegadita.

Me besa ahora más hondo. Me sostiene con los muslos encima, me abraza fuerte, me acaricia la cara, lenta. Chocamos dientes y nos entra la risa tonta en medio, y me encanta, porque esto también somos nosotras. Le muerdo el labio suave y me mira con una ternura que me remata.

Le meto la mano por debajo de la sudadera y le toco el abdomen. Está frío, pero se le pone caliente al instante, justo donde la palma. Ella no se queda quieta, mete la suya por mi costado, por debajo del albornoz. Uñas cortas, roce de algodón y piel.

—Oye, que no es una locura, ¿eh? —le digo al oído, porque me sale del alma—. Te quiero de verdad. No solo para liarnos y ya.

Es la primera vez que se lo suelto a una piba y no me da vergüenza ni me pesa. Me mira, súper en serio, sin esa chulería de pega. Se me ablanda algo por dentro, una movida rara, pero intento que no se me note en la cara de jefa.

Me acaricia el mentón con cuidado, me besa los párpados, la mejilla, la boca otra vez. Se me libera el pecho, me entra aire de verdad. Me dan ganas de quedarme así, horas, sin más, sin que nadie pida nada.

—Qué bien me haces —le suelto, porque es la verdad.

—Qué bien estás. —Me aprieta contra ella—. Aquí. Conmigo.

Asiento y vuelvo a su boca. Este beso, aparte de ponerme, me coloca. Me recoloca la cabeza, el alma, todo. La echaba de menos a lo bestia.

Me quedo con las piernas abiertas lo justo y las manos en el borde del sofá, tensas. Alaska no se baja de mí. Me sostiene la mirada y me suelta esa sonrisa torcida que me enciende y me provoca.

—¿Ya no mandas, sargenta? —me suelta, lenta, seductora, con esa voz que me da un subidón.

Hoy solo quiero mirarla, dejarla hacer. Que me lleve donde quiera.

—Hoy no —respondo bajito, casi sin voz—. Hoy mandas tú.

Se quita la sudadera sin prisa. El *top* se le sube, le descubro la barriga y joder, me arde la boca. Está caliente, guapísima, con esa seguridad nueva que me pone tierna y me excita a la vez. Me aparta el flequillo con los dedos fríos, me deshace el nudo del albornoz sin soltarme la mirada y me agarra el pecho con la mano abierta, firme, dueña total. Lo es.

Baja la cabeza y me besa un pezón primero, luego el otro. La lengua húmeda, la boca suave, un punto de dientes que me eriza. Me arqueo sin querer.

—Así, quieta —susurra.

Me muerdo el labio para no pedirle que siga ya, de golpe. Me chupa, me lame, me sopla aire frío y luego calor, y me prendo rápido. Me aprieta una teta con una mano y con la otra me sujeta la mandíbula para que no gire la cara. Quiere que la mire. La miro. Me hierve la piel y por fuera mantengo la cara alta, por puro orgullo.

—Te estás portando bien —dice, burlona y dulce.

—Estoy intentando no suplicarte —le confieso, sin aire.

—Sin prisa, Nat —murmura, pegando la nariz a mi pecho.

Baja besos por el esternón, por la boca del estómago, y sube a morderme el pezón en el punto exacto. Se me escapa un quejido. Me tiembla la barriga bajo su lengua. Me acaricia los muslos por dentro, no llega, y ese no llegar me acelera.

—¿Así te gusta, Nat? —me pregunta al oído, pelvis con pelvis.

—Me gusta todo lo que me hagas —admito, blandita, con voz que no reconozco.

Se ríe contenta. Me besa la boca una vez, corta, firme, y se separa. Se levanta, se desnuda sin teatro, se deja solo las bragas. Vuelve a encajar la cadera en la mía y apoya su calor en mi pubis. La siento húmeda a través del algodón. La cabeza me da un chispazo. Me aprieta las manos al sofá para que no me mueva y, con el pulgar, me abre un poco. Me acaricia despacio, círculos pequeños, paciencia pura.

—Estás muy mojada —dice, grave.

Se humedece los dedos con la lengua y vuelve. Nada cursi. Directa. Me conoce de sobra.

—Es tu culpa —respondo, medio risa, medio gemido. Mirando esos ojos verdes tan bonitos que tiene.

—Me encanta.

Me aprieta el clítoris con el dedo y después lo alivia, ritmo corto, constante, sin perder el pulso. Su respiración me roza la boca; la mía se rompe en trozos. Me observa con atención, me estudia, y yo me dejo. Me cuesta quedarme quieta y me flipa a la vez.

—¿Quién manda? —susurra, juguetona.

—Tú —respondo sin dudar.

—Repite.

—Tú mandas, que ahora eres una princesita —le suelto, con guasa.

Se inclina sin bajarse de mí y se lleva un pezón entre los labios mientras me trabaja con la mano. Le agarro los antebrazos para no mover la cadera. Me vibra el cuerpo entero, me sube una oleada de calor desde el vientre, me moja más.

—Más —pido—. Pero igual.

—Eso es, pídeme —me contesta con una sonrisa que me taladra.

No me acelera el ritmo. Me sostiene en el borde, exacta, a milímetros del descontrol. Me besa la lengua con calma, me humedece la boca, me muerde el labio y me suelta un suspiro que me entra directo al pecho. Me mira fija, segura.

—No te escondas, Nat.

—No me escondo.

Me roza por dentro de los labios, sube, baja, vuelve a subir. Me separa con dos dedos y me masajea en el punto. Me tiemblan los muslos y se me escapa un insulto bajito. Me sostiene más fuerte las manos. Le tiro la cadera buscando, y me frena con el peso sin dejar de darme justo ahí.

—Así —dice.

—Estoy a punto —le aviso, sin vergüenza.

—Dámelo.

Asiento, cierro los ojos un segundo y ella me los abre con el pulgar en la barbilla.

—Aquí —me dice—. Conmigo.

Se me contrae todo, me corre un calor redondo, la respiración se me va en una ráfaga y me agarro a su antebrazo hasta clavarle las uñas. Me dejo ir en su mano, en su mirada. No aparta la vista ni el ritmo hasta que me aflojo del todo.

Respiro. Me tiembla todavía la boca del estómago. Me besa la frente, la nariz, la comisura. Me suelta las manos y las llevo a su espalda, a su cintura. Me entra una ternura tonta.

—Ven aquí —le digo, pegándola más.

—Aquí estoy —responde, y se me acurruca encima, caliente, con esa sonrisa que me arregla el día.

Le muerdo el hombro, suave. Le bajo los dedos por la espalda hasta el elástico. No quiero que se acabe. Quiero estar con ella así, sin durezas, sin guerra. Y darle la vuelta a todo lo que nos alejaba, pero sin perder la chispa. Yo, que antes mandaba hasta el aire, ahora solo quiero decirle que sí a todo. La miro. Tiene el pelo desordenado y la boca húmeda, me calienta solo verla mirándome sin prisa.

—¿Ya no eres la jefa? —me vuelve a picar.

—Hoy no —susurro—. Hoy soy tuya. Te quiero —se me escapa sin plan y me arde la cara.

Alaska se detiene un segundo, me sujeta la nuca y me besa con una ternura que me deja blanda, entregada, con las manos temblando contra su cintura.

—Yo también —dice pegada a mis labios—. Sigue conmigo.

Me pego a su pecho, aún sentada, meto la cara entre su cuello y su clavícula y respiro ahí. Me late fuerte en la oreja. Le beso la clavícula, le muerdo un poco, me aferro.

—¿Qué más me enseñas? —digo, con la voz rota.

—Manda tú —propone, provocándome.

—Hoy no. Venga.

Se quita las bragas sin teatro, me busca las manos y me las coloca en su cintura. Sus dedos me aprietan y me dejan quieta.

—Tócame cuando te lo pida —me avisa—. Hasta entonces, quieta.

—Sí —respondo, dócil, y me sorprende lo fácil que me sale.

Se desliza por mi muslo, apoya su centro en mi piel y empieza a frotarse lenta, con hambre. Está caliente, húmeda. Me moja el muslo y me saca un gemido que intento tragar y no puedo. Me mira fijamente, se muerde el labio y me usa sin pudor. Me rindo. Me tengo que agarrar al sofá para no tirarla al suelo.

—Tetas —pide.

Me guía las manos con calma, me coloca los dedos donde los quiere, aprieta, afloja. Abro la palma, rodeo los pezones, los pellizco cuando ella quiere. Me hace decir «sí» y «más» y «así» sin vergüenza. Me conoce de memoria y aun así me descubre cosas nuevas.

—¿Te gusta verme? —pregunta, marcando el ritmo con la cadera.

—Me encanta —contesto, roja y feliz, con la boca abierta.

—Pues mírame —ordena, y me sube la cara con los dedos, firme.

La veo correrse encima de mí con un suspiro largo, la tripa en tensión, los ojos muy abiertos, preciosa. La sostengo por debajo del culo para que no se pierda el ritmo y la acompaño con la cadera, suave, paciente. Se me escapa su nombre entre dientes. Cuando tiembla, la abrazo fuerte y me la llevo a la boca: pezones, hombro, cuello, lo que encuentro. Me hunde los dedos en el pelo y me deja hacer.

Nos quedamos pegadas un rato, sudadas y tranquilas. El albornoz en una esquina, su ropa tirada. Me acaricia la cara con el dorso de la mano, con cuidado, como si yo fuera frágil y no esa mujer que antes apretaba hasta romper. Hoy me dejo.

—Entonces… ¿ya no mandas? —repite, con esa sonrisa que me derrite y me cabrea un poco.

—Cuando me miras así, no.

Me besa la frente, me acomoda la manta en la espalda y vuelve a sentarse sobre mí. El peso justo. El calor justo. Tranquila, segura, dueña de sí y de mí. Le agarro la cara, la miro de frente, sin corazas, con los ojos picándome por dentro.

—Quédate —le pido, ahora sí, sin rodeos.

—Me quedo —responde sin dudar—. Y mañana también, si quieres.

—Quiero.

Nos reímos bajito. Baja la cabeza y me vuelve a besar el pecho, lenta, como quien saborea lo que es suyo. Me tiembla el vientre y, por primera vez en años, no tengo ninguna gana de recuperar el mando. Aquí estoy bien. Aquí quiero estar. Y eso me pone más aún. No puedo. No debo. Pero la elijo.

PARTE 3

ALASKA & NAT

Capítulo 30

ALASKA

Pues mira tú, que yo llegué a la MANSIÓN con el plan ridículo de pasar una tarde, jugar a ser millonaria por un rato, y *zasca*: llevo más de tres meses aquí y contando. ¿Maleta? Por favor, eso es para la gente organizada o para exiliadas rusas, yo llegué con una mochila de tela y el móvil sin batería. Todo gracias a Vega, la reina de la estrategia cutre.

La versión oficial es la del «pobrecita que quería saber quién era su hermana rusa y lo lio todo». Yo sé la verdad. Vega no sé si es muy lista o le faltan piezas, pero intención tiene, y agenda también. Te hace el *tour* del jardín mientras suelta ubicaciones a la Interpol con la otra mano, y luego finge sorpresa. Resultado de su operación de inteligencia: ahora vivimos aquí, con guardias que nos dan los buenos días y nos cuentan el parte del tiempo. *Forever*, dicen. Yo digo, ya veremos.

Ni una semana y ya teníamos cónclave de abogados, carpetas, sellos y un cacao mortal. Tema del día: cambiar el apellido en el DNI para facilitar la herencia. Vega, que oye campanas y ya está aplaudiendo:

—Sí, por favor.

Yo, con mi Alaska Vázquez tatuada en la frente y en el alma:

—Ni hablar.

El abogado parpadeó.

—Facilitaría trámites.

—Y a mí me facilitaría la vida que me trajeran croquetas a la cama. No por eso me llamo Croqueta Vázquez.

Lo que pensé: si el saldo lleva seis ceros, se me afloja el discurso y me vuelvo el Dalai Lama del papeleo. Lo que dije:

—Mi nombre es mi tarjeta de presentación, mi currículum, mi aura. Me lo quitas y me quedo en calcetines. Y no soy espía de película que estrena pasaporte cada martes, así que nada.

Irina arqueó la ceja, hizo una llamada, otra, y al tercer día nos sentó y soltó la bomba sin templar:

—Un tercio de la casa para cada una. Y una pensión que os permita vivir. La gestiono yo, por razones obvias.

La traductora interior: la casa para vosotras, la pasta la muevo yo. Y yo, que con el nombre me hago la dura, con el dinero me vuelvo pragmática en dos segundos:

—Perfecto. Que sea legalito y ya firmo.

Firmé. Me tembló un poco el pulso y me dio risa floja. Un tercio de la MANSIÓN. Ni en mis fantasías más ridículas, esas en las que tengo un ejército de unicornios que me traen el desayuno y un dragón que me enciende el cigarro.

Esto va en serio. Escritura plastificada, con sello y todo. Dónde está guardada no lo suelto ni con maratón de resumen de *Crepúsculo* en bucle. Respeto por mí misma tengo poco, pero algo queda.

La cosa es que aquí no solo hay ladrillo y piscina con agua raruna. Aquí hay familia de la que te persigue con comida, y no es broma. Primera noche, me dio ansiedad de nevera y bajé a la cocina a las cuatro y pico, sin discreción. Luz encendida. Aparece Julia, bata floral, moño apretado, me mira de arriba abajo y sin preguntar me planta un bocata de salchichón ibérico que me arregló el alma y el azúcar. Me lo comí con una alegría que daba vergüenza ajena.

A la noche siguiente, otro plato ya listo, con una nota absurda que decía «por si pasa un oso polar». Me reí sola en la encimera y casi me atraganto con la tortilla, tuve que beber agua a morro del grifo, muy fina.

Lo del control del horario es real. Un día vuelvo tarde de pasear por el jardín, que aquí el jardín es como una excursión. Pasillo, foco en la cara, portapapeles, y el guardia al que ya llamo Paco porque me cae bien.

—Hora de entrada.

—A ver, Paco, me entretuve mirando la luna.

—Apunto retraso leve.

Luego viene el gesto maternal, me tocan el brazo y me preguntan si cené. Te fichan, sí, pero no por deporte. Te fichan porque les importas, y a mí que me controlen con cariño me da menos urticaria cada día.

La logística diaria tiene su gracia. Irina insiste en que hay que tener plan de seguridad. Yo asiento con cara de directora de operaciones, y por dentro estoy organizando *riders* de *sushi* para toda la casa, camisetas iguales que pongan Equipo Mansión y una *playlist* con Aitana y Bad Gyal para la motivación.

Irina me mira como si estuviera firmando hipotecas con un boli del chino, pero me quiere, se le nota en que me guarda *croissants*.

Y aquí sigo, haciéndome la dura con el apellido y a la vez loquísima con mi nueva vida de nómina que cae sin que yo tenga que tirarme a nadie, desayuno puesto sin levantar una pestaña, escoltas que me protegen y esa sensación rarísima de que por fin alguien me pone una bufanda sin que la pida.

A veces fantaseo con salir en moto con la banda sonora de *Kill Bill* en bucle y el casco mate, sin espejo para no ver mis decisiones, y me veo aparcando lejos, viviendo sola y comiendo *ramen* de supermercado, pero luego me acuerdo de la piscina, de la mesa siempre llena y de la cama gigante, y digo para mí: otro mes no me mata. Ser Popova tiene letra pequeña, hermana, pero compensa.

Antes, Vega soltaba que odiaba ser escort con voz de querer meterse debajo de la cama y cerrar la puerta por fuera. Y yo, que me pienso graciosa y me merezco un premio cutre por intentarlo, soltaba chistes que no arreglaban nada. Ahora la oigo y lo cuenta sin temblar, rápido, sin pausas, sin la culpa pegada a la lengua, sin esa mirada de que va a romperse. Yo me quedo quieta, que no quiero tocar la paz y que se rompa el hechizo, bueno, no es hechizo, ya me entiendes, tranquilidad.

Lo de Mikel lo iba a dejar para otro capítulo, pero no me lo puedo callar, que reviento: mi hermana se ha enamorado. La misma que llevaba el corazón blindado y una lista negra peor que la de Arya Stark en el sexto capítulo, ahora tiene novio. Y no uno aleatorio, no,

Mikel, que no empuja, acompaña, que tiene paciencia infinita, que pregunta lo justo, que escucha de verdad y que viste con gusto.

Ella no se había enamorado nunca, puerta blindada, triple vuelta, y además estaba lo de que solo tendría sexo si se enamoraba, así, puesto sobre la mesa desde siempre, lo que venía a significar virgen. Sí, escort y virgen, dos palabras seguidas que le explotan el cerebro a cualquiera que no entienda a Vega. Y yo preocupada, porque sabía muy bien de dónde salía el bloqueo, pero ahora la veo con Mikel y me entra aire a los pulmones, porque cuando él la mira, a Vega se le caen los hombros, suelta peso, deja de pelear con el aire y se ríe. Y cuando ella se ríe, yo dejo de morderme los padrastros.

La mansión se coló en nuestra vida y ya no hay manera de echarla, y mira que al principio pensé que me iba a volver loca perdida. Pero oye, la costumbre es perra y una termina adaptándose a todo, hasta a las reglas nivel Hogwarts sin divertidos hechizos, que en vez de Filch tenemos a Irina: horarios, puertas que no se abren, guardaespaldas y la elección diaria entre tres tipos de agua mineral, por si andabas corto de sentido del absurdo.

Confieso que me mordía la lengua para no gritar que tenía síndrome de encierro, pero ya ni eso. Será flojera, será acostumbramiento, será que la tarjeta sin límite me hace de clonazepam y ya está. Me he vuelto casi funcional en esta vida de ricos, que dicho rápido suena arrogante, pero en mi caso es pura supervivencia.

Y sí, lo de la mafia es real, aunque no coincide con lo que yo me imaginaba, la mansión tiene *vibe* de parque temático, todo pulcro, bonito, estético, habitantes incluidas. Fachada de vida de ricos estándar, pero rascas un poco y salen jerarquías serias, protocolos, armas que no ves aunque sabes que existen, sensores hasta en los floreros, puertas que hoy no, mañana tal vez, matones vestidos de mayordomos, y secretos, muchos, de esos que no se cuentan ni en confesión ni en terapia.

Ni Vega ni yo somos tontas, así que nos ha costado un poco soltar el cuerpo y confiar, lo vivimos con la intensidad habitual, que ya me conoces, pero guardamos agenda paralela, plan A, plan B y teatrillo.

Estamos aprendiendo el sistema, quién manda, quién obedece, qué cara ponen cuando mienten. Escuchamos con la oreja pegada a las puertas, hacemos excursiones nocturnas, abrimos habitaciones y cajones que de día están cerrados con llave y mala leche, y lo apuntamos todo. Horarios, salidas, entradas, lo que hacen cuando creen que nadie mira, qué armas llevan, quién escolta a quién, quién finge que no ve nada. Yo llevo una libreta con pegatinas viejas y un boli mordido; Vega prefiere grabarlo en el móvil y luego lo renombra con títulos de canción para despistar, y sí, me río cada vez que pongo Tulsa y en realidad es el mapa del pasillo C.

Y está Mikel, que no es idiota, pero está enamorado. Le ha contado a Vega lo justo para que se nos cayera la ficha y parar en seco, porque ya estábamos dispuestas a jugar el papelito de adolescentes que nos han endosado aquí, dejarles el marrón a ellas y largarnos a tomar helado sin mirar atrás. A estas alturas tengo claro que se van a ocupar, sí, pero me huelo que no en la dirección que nos conviene. Total, que hay plan nuevo en marcha, versión *beta* con mejoras y doble fondo, y cuando lo tenga fino te cuento todo.

Ahora el temita estrella. Nat.

Te juro que gran parte de la rabia venía por ella, aunque luego lo tapara con cosas absurdas: que si el zumo de naranja con pulpa, que si el mayordomo respiraba fuerte, que si la luz del pasillo me hacía cara de zombie, mentira todo, puro entretenimiento para no llorar.

El cabreo real era que Nat, la divina, me dejó. Así, con la excusa de que Irina iba a estorbar. Plan ministra de asuntos lésbicos que firma permisos oficiales, me lo soltó y yo casi perforo otra pared de la mansión con los gritos que me tragué. Y reconozco que le tenía bastante manía a Irina al principio por ese tema. Que te dejen porque ya no les pones, ok; que te dejen porque hay otra, pues a llorar al edredón; pero que te monten un dramita con una tercera que ni me ubica y que supuestamente va a caer del techo a lo Darth Vader a cortar nuestra historia, mira, se me encendía la cara y me picaban las manos. Y yo ahí con la sonrisita de princesa pija que me sale por reflejo y que me cae fatal cuando me la veo.

Entre paredes doradas y gente circulando, una tiene que actuar todo el rato, y Nat al acecho, siempre atenta, siempre a un metro, con ese olor a crema cara que me desactiva la neurona del autocontrol.

Yo aguanto mucho, sí, pero ese tono bajito suyo y esos toques de muñeca me reblandecen, lo admito, y por dentro quería gritarle que estaba pilladísima, susurrado en mi cabeza para no dinamitarme la autoestima. Aun así, tocaba fingir interés por los planes de la familia nueva, que si *brunch*, que si cóctel. Y yo calculando rutas de escape, escaleras de servicio, horarios del chófer, todo, una locura.

No podía más, tampoco pensaba volverme invisible para evitar a Nat. Ya hice el panoli otras veces y paso; en esta me puse a pelear. Igual en otra dimensión soy una dramática y me tiro de los pelos, pero aquí la carta ganadora era provocarla en mi cumple, maniobra para distraer, discusiones mudas, vasos que en mi cabeza salían volando, todo muy juvenil y cero maduro. Encima esa noche me enteré de algo feo de verdad y se me borró cualquier intención de comportarme en plan adulta. La provoqué con la táctica más vieja y más *teenager* de la historia, y mira, será un clásico por algo, funcionó.

Al día siguiente me abrazó delante de toda la familia y yo me lancé mentalmente a la alfombra roja pensando que por fin iba a parar la tontería y me soltaría un beso que cerrara el episodio, pero no, tocó esperar, a Nat le va la previa eterna.

Por la noche fui a su casa del árbol, te juro por Britney que entré y mi cabeza empezó a disparar referencias de Wes Anderson y Peter Pan, todo ordenadito, todo mono, con lucecitas y cojines que combinan. Ahí Nat por fin bajó la guardia y yo tuve que repetirme que estaba interpretando a una persona seria, cuando en realidad me daban ganas de cantar YMCA a todo pulmón.

Desde entonces, sí, tenemos rollito a puerta cerrada. Rollazo, más bien. Nada de amor Disney con hada repartiendo certificados, aquí la madrina real es el mayordomo que me mira torcido desde el desayuno.

Nat tiene miedo de Irina, y no hablo de sustito tonto, la respeta tantísimo que a veces pienso que llora en la ducha cuando Irina le

suelta los buenos días.

Nat promete verdad, pide tiempo. Todo muy correcto, y yo con la paciencia contada en días, no en meses, porque una tiene límites y el rímel *waterproof* tampoco hace milagros.

Mi rubia peligrosa ha mutado, y no a lo X-Men, aunque ojalá un día saque garras. Se transformó, ya no es la que mandaba y me dejaba con la cabeza dando vueltas; ahora va con ternura que pide abrazo cada diez minutos, y dirás «drama», pues no. Me tiene obsesionada igual.

Tiene la casa montada en vitrinas, colección de *Star Wars* en plástico sin abrir, etiquetas en perfecto estado, luces calibradas, y yo pensando que un día en vez de sexo me pedirá montar Legos y allí estaré poniendo piececitas por colores, sin rechistar.

En la cama la cosa cambió, y creo que tengo récord mundial de gente que pasa de los mordiscos a los mimitos en dos semanas.

La Nat actual es muy tierna, me rodea con los brazos, me habla al oído con voz dulce y yo cedo sin pelear. La otra noche me llamó *princesa* y no me reí solo porque tenía la boca ocupada, y sí, piensas bien. Acabo igual de blandita, aunque una parte de mí aplaudiría si sacara algún juguetito de un cajón. Lo que sea. Que una también es fan de la variedad y del catálogo completo.

Nos colamos por la mansión a dúo, buscando huecos donde rozarnos sin que la familia se entere. La gente rica suelta que el dinero no da la felicidad y yo digo que da habitaciones vacías a todas horas, ascensor privado para arrumacos y un coche con asientos reclinables que en la práctica es sala VIP de polvos clandestinos. No exagero, eso está pasando y ojalá el tapizado hable, aunque mejor que no.

No tenemos la suerte de Mikel y Vega, que ya deben de haber estrenado hasta el Kama Sutra en la bodega. Y nosotras creyendo que lo nuestro es lo máximo, inocentes totales.

Luna y Valeria hacen de barrera humana y avisan con códigos secretos; palmadas, tos fingida, pasos contados, el catálogo entero.

Rashel, divina, lo suyo ya es genético, suelta «no quiero saber» y se planta cascos de piloto de avión, aunque oye todo igual. Está

convencida de que el día en que Irina pille que guardamos más secretos que el Vaticano, la mansión explota. Literal.

Hasta que llegue el apocalipsis, nosotras seguimos buscando huecos, que la vida no espera y la libido tampoco. Vive la vida.

Julia y Svet son mi entretenimiento personal, como ver un *reality* pero sin la edición cutre ni gente tirándose de los pelos. Julia mola. Si se calla algo, es porque se ha dormido. Mantiene a Irina en modo zen, cosa difícil, y su guerra constante con Svet me divierte.

—Svet, vasos —dice Julia, que reparte tareas a dedo y encima acierta.

—Yo quiero Nesquik —responde la mini Irina, agarrando el bote.

—Te lo ganas si no preguntas nada raro —le digo, sabiendo que no va a pasar, y aun así me flipa, porque esta niña tiene mala leche fino *gourmet* y me alegra el día.

Entra Irina, la leyenda. En la calle dicen que es *la Padrina* —y lo será, seguro, en el *Monopoly* de la mafia— pero en casa, se le derrite el hielo en las venas. Discute con Julia, pero seamos sinceros, Julia le gana con una ceja. Yo quiero esa habilidad. Y a Svet no hay quien la aguante cuando se pone digna, pero a Irina se le cae la baba y la deja hacer lo que le da la gana (para desgracia de Julia).

A Vega la trata como si se temiese que se deshiciera entre sus manos, pero en serio, mi hermana la abraza, la otra casi llora y Vega termina saliendo con dos móviles nuevos y unos pantalones de chándal *vintage* que cuestan una fortuna. Claro que sí.

—¿Tú qué? —me suelta Irina, señalando el sofá—. Luego hablamos.

Yo asiento, con cara de persona responsable, y por dentro recuerdo nuestro paseo por la Casa del Libro de Gran Vía, que para mí es templo y para ella fue examen oral. Me dejó coger de todo, yo salí con la bolsa a reventar y en el coche nos pusimos intensas sobre autoras viejas, autoras nuevas y rencores familiares.

—Tía Alaska, pregunta científica —salta Svet, que ya tiene vaso, cacao y la lengua afilada—. ¿Por qué Nat siempre aparece donde tú estás y además sonríe cada vez que tú hablas?

El vaso me tiembla medio milímetro. Luego nada. Yo manejo.

—Porque es mi escolta, jefa —respondo con puntilla—. Misión aburrida, aguantar mis monólogos y vigilar que no me coma una planta venenosa del jardín.

Aprovechando el amor fraternal-soviético, le vendí la idea a Vega de que pidiera que Nat fuese nuestra escolta. Plan maestro. Al principio, Irina puso cara de «manda huevos», y que Nat ya estaba en el círculo, ese club de mujeres peligrosas y elegantes donde algún día quiero que me metan, pero bueno. Total, le preguntó a Nat si quería volver a hacer de guardaespaldas personal *deluxe* y, sorpresa, dijo que sí. Llevábamos semanas mascando la idea y ni se le notó en la cara. Ahora tenemos excusa para salir de la mansión juntas. Bendición.

Julia me mira de reojo, Irina finge que no oye y arregla un tenedor que ya estaba recto. Vega se sienta, enciende el teléfono nuevo y yo envío una plegaria laica para que no salte ninguna notificación con nombre peligroso.

—Escolta con sonrisa —replica Svet, que no suelta el hueso—. Y tú te peinas más cuando viene. Dato.

—Me peino porque tengo cámara frontal y autoestima variable. Y porque en esta casa la gente tiene ojos y memoria. Fin del hilo.

—¿Memoria de qué? —Irina ataca, suave, que es su versión de interrogatorio—. ¿Algo que deba saber?

—Memoria de que la última vez que vino la yaya rusa —para quien no esté al día, hablo de mi suegra secreta— me pilló leyendo erótica en la piscina y me gritó por el título —respondo, subida a mi tabla de sarcasmo—. Desde entonces, me peino por respeto institucional.

—Exagerada —murmura Irina, que está deseando el salseo.

—Recreo rápido —digo, levantando la mano—. Día de sol, yo en la tumbona, bikini de estrellitas, libro abierto. En portada salía una bombera sin camiseta sujetando una manguera. Aparece la yaya, cara de susto, alpargatas, me arranca el libro de las manos y suelta: «¿Esto qué, señorita?» —imito su acento que corta el aire—. «¿Lees basura?». «Literatura de calidad. Hay arco de personaje, hay conflicto, hay consentimiento, hay todo», le dije con mi cara buena —explico—. Ella me soltó unas cosillas en ruso que me sonaron

fatal. Y desde entonces, cierro el *flashback*, yo me hago raya al medio y leo en mi cuarto, por si acaso se monta comité.

Julia suelta una risotada, porque otra cosa no, pero las gracias me las ríe todas, y ya está montando otra bandeja. Abre la segunda nevera, la que nadie sabía que existía, y saca comida que no estaba ahí hace un minuto. Tiene dos hornos trabajando a turnos y ninguna pereza. Pasa entre nosotras con una seguridad que ni los azafatos en un vuelo lleno, me pone una aceituna en la mano y me guiña el ojo.

Irina me hace un gesto con la cara que yo leo cariñoso. Una ceja que sube, una esquina de labio que baja, ese código que entre nosotras ya va siendo idioma. Ojito, que la tía nos dobla en años y pico. Podría ser nuestra madre y me quedaría bastante tranquila, porque nuestra madre biológica nos parió joven del todo y con resaca a medias

Esta también viene con tramas dramáticas: nos contó cosas del hombre que nos engendró a las tres, que si era un gañán de campeonato, que si nos dejó sueltitas por ahí como si fuéramos setas silvestres. Yo la escuchaba y pensaba: ¿por qué todo en esta familia suena a *talk show* grabado en Telecinco? Encima ella lo contaba con ese tono de hielo, pero se le notaba (un poquito, poquísimo) que le jode.

Total, que aquí estoy yo, pegándome la buena vida en la mansión, desayunando panes que solo salen en Instagram y coleccionando traumas de familia en un álbum Panini imaginario. Lámina del progenitor ausente, lámina de decisiones raras, lámina *shiny* de orgullo mal gestionado.

Entre tanto, quedando con Nat casi diario. Planes secretos, besos furtivos, risas que hacen eco en el garaje. No dormimos juntas todavía, pero falta un soplido. Y lo que dormimos, se duerme gracias a dos factores claros: una red de cómplices nivel oro que nos cubre los horarios y el pequeño miedo a que Irina me dé por desaparecida si tardo en volver. Que te manden un audio de dos minutos a las tres de la mañana con respiración de madre preocupada te deja temblando durante un mes.

Irina ya no me cae mal. Igual estoy entrando en su club secreto de lectoras que, sin páginas, se vuelven locas. A veces me pilla en la cocina y me dice:

—¿Qué lees?

—Una novela de una tía que escribe con mala uva y ternura —le digo—. Sale una chica que miente regular y le sudan las consecuencias.

—Pásamela cuando acabes —responde, y me perdona el flequillo rebelde sin decir nada.

Con Nat traigo otra batalla. No paro de insistirle con que deberíamos contarlo todo. Que lo suelte ella a su manera, que yo respaldo, que no quiero esconderme ni un día más. Y entonces discutimos, pero en bajito, porque somos educadas, y me quedo diciendo cosas tipo:

—Me dejas en visto y me saltan las notificaciones emocionales.

—No es el momento —me dice, mirándome con esos ojos que me ponen blandita—. Dame margen.

—¿Cuánto margen? ¿Un trimestre? ¿Toda la vida? —Y me cruzo de brazos para no abrazarla, porque soy una rancia de pega.

Dos minutos me dura el enfado. Ella me agarra por la cintura, me pega a su sudadera, me dice mi nombre con esa voz que solo saca cuando hablamos en serio, y yo firmo la paz con un beso y otro y otro. Y pienso que esto, para la gente normal, se llama vida. Y que igual por fin me está saliendo.

Capítulo 31

ALASKA

Hoy tocan *Los Juegos del Hambre*, versión mansión, porque hay comida familiar y aquí cuando se juntan más de tres mujeres de estas parece que van a elegir reina, pero de las de *Juego de Tronos*, a vida o muerte.

La casa huele a especias que no sé ni leer, cúrcuma, curry, algo dulce que me da hambre instantánea. Julia va por ahí con la bandeja en alto, muy marcial, la mueve a una velocidad estudiada y no te creas que reparte paz; reparte jamón y choricitos picantes con la misma autoridad con la que en otra vida repartiría collejas, todo para que nadie proteste y todos terminen con la boca ocupada y la camiseta manchada.

—No toques con las manos, que te veo —me suelta, sin mirarme siquiera, y yo ya tengo una servilletita agarrada para disimular, porque soy previsora para lo malo.

Irina se planta en la entrada con la espalda recta, lista para el control de acceso humano, y no entra una mosca sin su aprobación. Me da risa porque lo gestiona en silencio, con gestos de ceja y un dedo que señala zonas. Funciona, que la gente obedece.

—Si vienes de triste, allí al fondo, y sin alargar —le dice a Nora que arrastra cara de domingo por la tarde.

Sabina entra y se hace un hueco ella sola, pelo rubio de diosa nórdica, ojos que te dejan sin frases ingeniosas, y la ropa da igual, un vaquero, un vestido negro, lo que sea, porque siempre transmite que puede largarse en cualquier momento con un agente secreto o darte tres frases y reordenarte el ego.

—Qué calor tenéis aquí, estáis a tope —dice, y a Asia, la novia de su hermana, le cambia la postura de golpe.

Yo la saludo con la mano, muy civilizada, y por dentro me pongo un traje largo, me cuelgo diamantes falsos y le digo «te odio y te admiro a la vez, reina rubia», y en realidad solo suelto:

—Hola, guapísima, hay jamón.

Detrás entra Amaia, pelirroja de rizos compactos, volumen real, mirada intensa pero de buen rollo, y cuando suelta una frase te sale responderle bien por higiene mental, porque impone sin levantar la voz.

—Hemos venido en taxi y el conductor ha puesto flamenco a tope, casi medito —dice ella.

Yo asiento y me recoloco el pelo detrás de la oreja con un gesto barato. Ella me mira la camiseta.

—Te queda bien el negro —suena amigable y jefa al mismo tiempo.

—Lo elegí porque disimula manchas —le digo, y no miento, que ya llevo dos gotitas de aceite.

Julia vuelve a cruzar, bandeja reluciente. Me aparto y activo mi papel de auxiliar de logística, que es intentar que nadie note que el cuenco de aceitunas ya está muerto y enterrado y la culpable soy yo, total, que empujo el cuenco vacío detrás del florero y sonrío a cámara imaginaria, muy natural.

—¿No había aceitunas? —pregunta alguien.

—Volaron, señal de éxito —respondo, y saco patatas de bolsa, edición sabor ajo y punto, para distraer.

En la mesa grande hay hambre real y postureo controlado, que aquí se habla y se mastica a la vez. El brillo de labios se renueva cada diez minutos y hay purpurina en párpados, hombros, uñas, yo qué sé, obligatorio por protocolo interno. Me encanta ese esfuerzo conjunto por respirar bonito mientras te comes un choricito con pan.

Sabina me roza el hombro al pasar, suelta una risa mínima y yo proyecto una huida en limusina con Rihanna, las dos tiradas en el asiento trasero, uñas perfectas, ventilación bien, y el chofer que se llama Ángel y me dice jefa. Pero me inclino sobre el jamón y corto una lonchita fina que me queda regular, pero entra, que es lo importante.

—Tú hoy estás muy niña bien —me suelta Luna al oído, pegándose mucho la muy cabrona.

Yo me atraganto un poco y bebo agua a destiempo.

—Es la camiseta sin arrugas, no te acostumbres —respondo, y me toqueteo la pulsera cutre que me regalé en un mercadillo.

Julia vuelve, deja la bandeja, palmea la mesa, coordina.

—Aviso: que nadie me deje los platos sucios por los muebles, que me da TOC —avisa.

Y todo el mundo «sí, sí, claro». Pero veo tres platos aparcados en el aparador, los recojo por reflejo y me siento útil, que siempre compensa.

Y yo, con todo este desfile, me pillo mirando a estas señoras y me digo que ojalá llegar a esa edad tan entera; piel luminosa, postura alta, paciencia media.

Total, que te cuento otro salseíto: en cuanto pisé esta casa el primer día y vi a Luna, se me paró el corazón un segundo y tuve que agarrarme al marco de la puerta para no hacer el ridículo.

Ese pelo rosa chicle inolvidable, esa mirada de «haz lo que quieras que yo no pienso fregar nada». Y yo ahí, con la cabeza en estéreo: es la misma Luna de Chueca de hace dos años, la del beso, la del chicle, la del desaparezco sin despedirme.

Corte a Chueca. Yo en modo vodka hasta arriba, entrando en una disco de bolleras, sudor ajeno, luces, humo, DJ con uñas fluorescentes, y de repente, *pum*, pelo rosa, cara cero madrugones. Ni hola. Me encajó un chicle verde en la boca, acto seguido me besó. Yo noté el pulso subido y las rodillas inestables. Mano va, mano viene; en dos canciones ya íbamos pegadas, coreografía sin haberla ensayado. Y yo pensando que esa noche era mi peli francesa autofinanciada, diálogos raros, mucho subtítulo y final abierto. Luego se esfumó entre focos, yo terminé apoyada en la cabina de Dj Toxic Kitty, me acuerdo del nombre porque acabé la noche con ella, a veces la memoria es selectiva y una hace lo que puede.

Yo iba alegre, borracha, melancólica, con ganas de inventarme una vida y de dormir tres días. Luna más zen o más colocada, me da lo mismo. Me juego las puntas del pelo a que ni se acuerda. Yo sí, que una tía así te deje un chicle pegado en la lengua y te baile

encima, eso se queda instalado, ojalá fuera al revés, ojalá borrado rápido, pues no.

Cabeza: estaba tremenda. Boca: hola, Luna, encantada.

Y ahora, por orden del destino con mala leche, resulta que es medio familia, que esto me lo cuentas hace un año y te digo que te sientes y respires. Estoy esperando que asome Tía May con la merienda y un contrato de adopción, yo firmo con boli de purpurina sin leer la letra pequeña. Ojalá tener de superpoder tragarme rodajas de chorizo sin pensar chorradas.

Pero vamos, que no lo puedo evitar porque Luna acaba de entrar con Martina del brazo.

Martina es su novia y también es hija de Julia, la que fue madre cuando aún veía series en tele de tubo y se soplaban cintas con el aliento. Martina tiene ese rollo de saber algo que tú no y no restregártelo, te mira, te escanea sin prisas, y cuando abre la boca suelta una frase exacta, ni una más ni una menos, y te ríes aunque no quieras.

—Nos sentamos aquí —dice, posa el bolso, coloca las llaves en fila, nos ordena el caos sin pedir permiso.

—Qué tal, Martina —digo yo—, hoy traes brillo en la cara, ¿hidratante o felicidad?

—Dormir seis horas —responde muy tranquila.

Se sientan juntas. Svet, que tiene manos de carterista porque según me ha confiado en secreto, Valeria la está enseñando, les birla el móvil en un parpadeo.

—Dámelo. —Martina ni pestañea, mano extendida.

—Solo iba a ver los dibus —dice la enana, ya con esa cara que le encanta de cachorro sancionado.

—No —Martina, en modo documental—. Retinas, dopamina, hábitos. A esta edad, poca pantalla. Te lees un cuento.

—Luego te cuento un chisme —le dice Luna.

—¿Hay chisme? —pregunta Svet.

—Hay dos —remata Luna, se guarda el móvil en el bolso con cierre de *clic*, fin del capítulo.

Yo la miro y vuelvo a pensar en aquella noche. Luna bosteza, me lanza una mirada de esas suyas, todo pereza y uñas perfectas.

—¿Qué? —pregunta, vaga, divertida.

—Nada —digo—, que me trae recuerdos el chicle verde.

—Era menta radioactiva —suelta ella, y se ríe con media boca.

Yo por dentro dándole a pausa, rebobinando, dándole a *play*, otra vez pausa, y por fuera muy normalita.

—Hay chorizo —anuncio levantando el plato—. Superpoder del día: masticar y callar.

—Ese sí lo tienes —dice Luna sin cambiar el tono, y me guiña.

Y yo ya tan tranquila, más o menos, que en esta casa una viene a por pan y se lleva trama, invitadas, recuerdos con purpurina mental y una novia silenciosa que te mira desde la otra esquina.

—¿De qué habláis? —se mete Mikel, con la boca llena.

—De tu currículum de okupa —le suelto—, que ya tienes más pijamas aquí que en tu casa.

—Falta el de rayas azules —dice Vega, que le ríe todas. Y le toca el brazo como diciendo «ya es tu salón».

Yo respiro, porque mientras no se pongan a hacer ruidos raros cuando yo estoy con mis vídeos de gatos, todo bien. Eso sí, el otro día pillé a Mikel poniéndole nombre a los cojines del sofá, versión Pokémon, y ahora si te sientas en el verde te dice que estás encima de Bulbasaur. A ver, yo me río, pero a la vez pienso que un psicólogo haría caja con esta casa.

Vera y Svet en su esquina, con sus gestos de cejas y microseñas. Se miran, se entienden, y yo ya veo que tienen plan para todo: la casa, el mundo y, si les pilla hambre, la nevera. Me cae bien Vera, pero yo con Svet tengo favoritismo y no pienso disimularlo, que venga Daenerys en dragón y me da igual, yo sigo votando a la peque. En mi cabeza llamo a un *reality* y digo «buenas tardes, vengo a nominar a Svet a mejor persona pequeña del planeta, gracias, España», lloro, me hacen plano de lágrima, sube música, y al segundo ella me mira, levanta una ceja, me suelta «¿qué te pasa, Alaska?», y se me cae el teatro interno.

—¿Vamos a sentarnos ya o qué esperamos? —lanza Julia desde la mesa, palmada incluida.

La gente se mueve, medio se sienta, medio se pelea por sillas, alguien ya está mordiendo pan y todavía no ha encontrado plato.

Aun así, Julia tiene esa voz que organiza a todo el mundo y a la vez te acaricia el lóbulo, así que obedecemos, porque luego te cae turno de baños y ahí no quiere verse nadie.

Irina llega con cucharón gigante y mirada de jefa, no perdona ni una, se inclina, besa en la frente a Svet, rápido y furtivo, y vuelta a la olla de baba, que yo no sé si es baba *ganush* o es puré, pero está espesito. Se cruza con Julia en la esquina de la mesa y empiezan su versión de guerra fría por la comida, que si esto va aquí, que si eso no se toca hasta que llegue tal, yo voy picando uvas para no meterme en su ONU doméstica.

Sabina, perfecta, se sienta en diagonal para favorecer perfil, me mira, me hace un escaneo completo en dos segundos y sonríe. Esa sonrisa suya de «ya me lo has contado sin palabras». Yo asiento con cara de «sí, tía, hoy he dormido, hoy llevo rímel, hoy no he perdido las llaves», y ella choca el vaso conmigo sin hablar, conexión wifi.

—¿Has probado mi ensalada? —Amaia a mi oreja, entusiasmo real.

—La he amado —respondo con seguridad que no tengo.

—¿Cuál te ha gustado más? —me dispara otra, y me quedo mirando los boles, verdes, más verdes, verdes con cosas.

Yo me hago experta: hojas crujientes, toque ácido, semillitas traviesas, sabor redondo. En mi cabeza *MasterChef* me aplaude, en la realidad no distingo cebollino de calabacín y rezo para que la que sea tenga queso, porque si lleva queso me vale todo.

—La del bol de los puntitos —improviso—, esa tiene pintaca.

—Esa es mía —dice Amaia, orgullosa. Menos mal.

—Vera, ¿plan para hoy? —pregunto, que ya me huele a conspiración.

—Orden, lista, limpieza por zonas, cena a las nueve, juego a las diez —responde con ritmo.

Svet me guiña. Yo bajo la mirada a mi pan y me hago la sorda.

—Vale, sillas para todos, móviles fuera, servilletas a la vista —indica Julia, última instrucción.

—Yo al lado de Svet —anuncio, que mi enchufe no lo suelto.

—Obvio —responde ella, medio sonrisa, y me doy por pagada. Y de pronto, preguntón existencial—. Tía Alaska, ¿pistacho o limón?

Decido pistacho y Svet me lo apunta, en la categoría «cosas complicadas». Añade una lista de travesuras nocturnas, solo para mi currículum ficticio de tía que no pone límites y Vera me hace el gesto cómplice. Somos un equipo, y yo, la *quarterback* del capricho infantil.

Miro a Nat, que está en el otro extremo, la distancia social, planetaria y una pizca lésbica. No se entera de qué va la movida, así que me hago la misteriosa con la copa en los morros, esperando mi premio a mejor actriz de reparto en escena amorosa no correspondida. Por dentro, fantasía: Yo lanzando la copa, Nat saltando sobre la mesa, *French Kiss* de fondo y Julia horneando galletas tranquilísima.

Entre un brindis y otro, Irina me atrapa.

—¿Qué tal los libros? —pregunta, sin mirar a nadie más.

—En cajas todavía —le digo—, pero ya les he hecho sitio.

Asiente como quien marca un gol en privado. Julia le toca la muñeca y la devuelve a la conversación general.

Y yo, que hace tres meses entré aquí con mi mochilita y un incendio, me descubro contenta en este caos organizadísimo. Nat me roza la espalda al cruzar. Nadie se fija. O todo el mundo se fija. Me muerdo el labio y cuento cinco.

A ver cómo acabamos hoy encontrando un hueco. En esta casa siempre aparece uno. Y si no, lo abrimos.

Después del café, esto se parte en tribus. En los sofás nos quedamos Irina, Julia, Sabina, Vega, Mikel y yo. Nat anda por el comedor con Amaia, Luna y Martina, jugando a ver quién puede tirar más migas al suelo y hacer reír a las niñas, todo muy Montessori.

Vega abre la boca y yo ya me preparo para una frase de esas que te sube el pulso, porque ella cuando toma aire trae fuegos artificiales. Y *zas*, en vez de frase, media merienda directa a la alfombra persa, ni aviso, ni gastroaviso, ni temblor de tripa, nada, expulsión y a otra cosa. Y no se queda ahí, repite, otra tanda.

El salón en pausa. Mikel da un paso, retrocede, da otro, se queda blanco, blanquísimo, junta las manos y yo le leo los labios: «que no me toque limpiar, que no me toque limpiar, amén».

Cuando quiero reaccionar, Julia y Sabina ya han desplegado el operativo: una le sujeta la melena como si fuera peluquera de *Fama a Bailar* y la otra aparece con toalla, agua, cuenco, amoníaco, y un jarabe anti-drama que ojalá existiera y me bebo en cuanto lo inventen. Juro que tienen la coreografía ensayada. Julia le habla a Vega como si fuera la reina Letizia pero simpática:

—Respira por la nariz, corazón. —Práctica, sin drama.

—Tranquila, mi amor. —Mikel blanco, más blanco, tan blanco.

Yo me quedo medio metro atrás, manos al aire, nada claro. Antes, Vega era completamente mi movida: yo sujetaba pelos, limpiaba lo que nadie quería mirar y ponía cara de enfermera de hospital privado. Pero ahora viene todo el *world tour* de familiares, y yo ahí, flotando, medio feliz porque ya no soy la pringada de guardia, medio dolida porque… bueno, ¿y ahora qué hago yo con este sentido de utilidad? Fantaseo con tirarme al suelo y fregar a lo bestia por puro orgullo, pero me muerdo la lengua, respiro, me coloco detrás de Julia y hago apoyo logístico.

Vega se planta, nos mira con toda la cara de cervatilla Disney, ojos abiertos y parpadeando. Resopla bajito. A mí me dan ganas de abrazarla, meterla en el baño, cerrar con pestillo y que no entre nadie, pero me contengo porque igual suelta un vómito sorpresa y hoy llevo el pelo aceptable, no me da la vida para otro lavado.

—Me pasa desde hace días —admite, inocente nivel documental —. Por las mañanas sobre todo, por las tardes… No sé, estoy rarísima.

Julia y Sabina se miran dos segundos, mirada telegrama, palabra clave en el aire. Es ese momento en que las madres huelen drama adolescente a tres metros y ya se creen brujas. Les falta el cuervo y la túnica. Que seguro que en el armario tienen una, si han visto tanto *Outlander* como dicen. Yo también la huelo, todo el salón la huele, me recorre un cosquilleo absurdo y me entra la risa nerviosa de idiota, luego me enfado conmigo misma por reírme.

Sabina se pone muy Madonna en los ochenta, aura de «te arranco la oreja si hace falta», suelta aviso para navegantes.:

—Un momento —dice—. Si a alguien se le ocurre hacerme abuela antes de los cincuenta, lo mato. Lo siento, Irina, reina. —La mira—.

Con todo mi amor, los mato.

Julia se le ríe en la cara.

—Ay, por favor, Barbie Siberia, que te veo el pánico desde aquí. —Julia gira hacia Mikel y hacia Vega, pero sobre todo hacia Vega, porque Mikel está muy ocupado siendo guapo y útil solo en las fotos —. A ver, los niños no son tontos. Sabréis de sobra lo que son los condones, ¿no?

—¡Sí! —saltan Vega y Mikel al unísono, demasiado rápido.

—Quiero decir… Casi siempre. —Mira al techo—. Hubo una… vez.

—¿Una vez qué? —Sabina le clava el azul glaciar.

—Una vez que no había y… —Mikel mira al techo—, fue rápido.

—Rápido no embaraza menos —dice Irina, dedo al aire.

Sabina se lleva la mano a la frente como actriz principal en telenovela turca y Amaia viene rápido hacia nosotros, con la escopeta cargada.

—¡Una vez! ¡Claro que sí! ¡Con una vez basta! ¿Habéis oído hablar de la biología? —Se gira a Sabina—. Dime que no, por favor. Dime que esto es una gastroenteritis de lujo.

—Podría —dice Irina, acero templado—. O podría no. Respirad. Se va a la farmacia. Y luego, si hace falta, ya sabes, rubia, eres médico.

Vega se asusta de verdad.

—¿Y si…? —se le quiebra la voz.

—Si es, ya veremos —le suelta Julia, apretándole la mano—. Primero se mira. Luego ya te riño.

Mikel, que ya está visualizando su vida como el padre adolescente de alguna serie cutre que nadie ve, suelta:

—No puede ser… —Pero ya tiene el espíritu derrotado.

Vega repite la *performance* de vómito. El estómago hace oleaje y yo, que soy vomitadora empática, me noto la náusea subiendo. Miro a Nat, que está en segundo plano negando con la cabeza. El zen personificado. O igual es que le da palo tener la animación a lo *Walking Dead* en medio del salón.

Alguien intenta convencer de que será gastroenteritis, quizá fui yo, quizá mi yo cósmico, da igual. Ni el universo lo tiene claro. Sabina ignora al mundo más que los premios Oscar al cine español: ahí, con el pelazo de reina malvada, cara perfecta tipo «no me altero

ni con Rita la cantaora», manos sin tembleque, limpia y recoge que da agobio de lo bien que lo hace. El asco no la visita, solo la autoridad.

—No me miréis así —gruñe—. Estoy indignada, pero esta niña no toca el suelo. —A Vega—. Arriba, bonita. Respira. Agua a sorbitos. Mikel, trae galletas. De las normales, no me vengas con quinoa.

—Sí —dice Mikel, y sale corriendo. Y claro, él ya sabe dónde se almacenan todas las cosas de la casa porque vive aquí, camuflado de pseudo-cuñado-que-no-cocina-pero-come-primero.

En ese momento aparecen Svet y Vera como si olieran sangre.

—¿Qué pasa? —pregunta Svet, ojos de radar total.

—Nada —dice Julia.

—¡Todo! —dice Sabina.

—¡He oído que puede que yo tenga por fin un primo! —Svet da un saltito, feliz.

—Entonces yo voy a ser tía —suelta Vera muy seria, orgullosa.

—¿Tía de quién, niña? —le digo para pincharla.

—De todos —responde, y se queda tan ancha.

Luna entra en diagonal, arrastrando a Martina.

—¿He oído bebé?, ¿por fin va a haber mezcla de apellidos y vamos a colapsar el árbol genealógico? —Aplaude.

Martina le da un codazo cariñoso.

—Si me permitís, considero que lo más probable es que a Vega le haya sentado mal el ceviche de setas que le han servido. Solo lo ha comido ella; es perfectamente posible que le haya provocado el malestar. Con todo respeto, me parece que estáis sacando una conclusión exagerada —dice Martina, fija, razonable.

—¿Quién ha hecho el ceviche? —pregunta Sabina, ojo clínico y ceja que sube. Yo pienso en control sanitario y en copa de catadora, que no se me escapa el miedo.

—Yo —dice Julia con la mano arriba—. Así que descartada la hipótesis del envenenamiento.

Mikel vuelve como si trajera el anillo único: galletas y agua, con una actitud de sirviente entrenado en *Downton Abbey* pero menos estirado. Vega mastica obediente, ojos enormes.

—Pero yo no quiero que te enfades —susurra Vega a Sabina, que le limpia la babilla con el dedo, maternal.

—Me enfado con la vida, no contigo —responde Sabina más flojito —. Y si eres bebé *factory*, yo seré la mejor abuela del planeta, ¿me oyes? —Se gira a nosotros—. Lo cual no significa que vaya a perdonar a mi hijo. —A Mikel—. Tú y yo vamos a hablar de logística y de látex hasta que aprendas a decir «sí, señora».

Mikel, con la sabiduría ancestral del superviviente, responde con un «sí, señora», tan bien puesto que hasta Alexa le haría reverencia.

—Voy a la farmacia —repite Irina en modo mando soviético—. Julia, ¿vienes?

—Voy —dice Julia, cogiendo el bolso—. Niños, sofá. Amaia, tú mandas aquí.

—Siempre —dice Amaia, pero le hace un mimo a Vega con una ternura que, de rebote, va y me ablanda.

—Nat, tú controla, que nadie salga, ya sabes —le dice Irina.

Nat asiente.

Svet ya está haciendo listas.

—Si es niña, se puede llamar Svetlana II —dicta muy seria—. Si es niño, SvetlanO.

—No —suelta Irina, que por primera vez hoy se parte de risa y casi se le cae el mando de la vida.

Yo hago respiraciones de postureo meditativo, me pilla una arcada tonta, se me pasa despacio. Miro a Vega, que tiene esa cara de «me gustaría desaparecer detrás del cojín pero no me dejan», y a mí me da una punzada rara, porque antes la habría limpiado con papel de váter de gasolinera sin mirar y ahora hay aquí medio Equipo A montando operativo. Siento que sobro, pero también me dan ganas de mandar a todas a la mierda de puro amor.

—Si al final es un virus, os vais a reír mañana —amenaza Luna, que acaricia la espalda de Vega como quien templa una cobra.

—Y si no lo es, también —remata Martina—. Luego.

Julia e Irina ya desaparecen por el pasillo rumbo a por el test. Yo ya estoy viendo toda la película en mi cabeza: la abuela iracunda, el drama, la musiquita tensa y, por supuesto, la aparición repentina de Carmen Maura diciendo alguna burrada.

Sabina me desconcierta. Tiene la ceja arriba y la sangre hirviendo, sí, pero no suelta el brazo de mi hermana, lo tiene bien pillado, a saber si para consolarla, para que no se escape, o porque necesita contacto humano cuando le sube el cortisol. Con la otra mano pelea con una mancha en la alfombra. Se agacha, frota, resopla.

—Tú sales —le dice a la mancha—. Y tú te sientas —le suelta a Vega sin mirarla.

—Estoy sentada —dice Vega, bajito.

—Más —ordena Sabina, y le encaja otro cojín.

Se me ocurre que en nada saca un trapo del bolso y se pone a secar lágrimas ajenas por inercia si la cosa se tuerce. Lo de abuela le queda raro, no me entra, no me cuadra en la cara ni en la voz. La tengo archivada en otra carpeta: tía que te enseña a maquillarte con resaca, nada de sopita cuando tienes fiebre. Pero la vida tiene mala leche, y si le caen nietos, la veo cambiando clases de inglés por clases de seducción para criaturas de diez años, tutorial exprés de ligue para fiestas de cole y quedadas para explicar que no se manda un audio de tres minutos diciendo hola. Y luego hay gente que suelta que ya no pasan cosas.

—Svet, frena con la lista —le digo—. Respira tú también.

—Vale, vale, pero necesito orden —responde ella, marcando un nuevo punto—. Punto tres: ropita neutra, nada de dibujitos chillones, que me alteran.

—Punto cuatro: que alguien tape la mancha —dice Sabina, sin rendirse—. Me desconcentra.

Me acerco y me siento pegada a Vega, cadera con cadera, modo apoyo emocional básico. Le hablo al oído, bajito, para que me escuche solo ella, porque si proyecto voz, Sabina me pone deberes.

—Respira, que aunque tu suegra quiera montar aquí un musical sobre maternidad precoz, estamos todas contigo. Y si esto al final es un virus, mañana nos reímos de toda esta película. Y si no, también, pero después de dormir y de que yo me coma un *croissant* gigante sin culpa.

Vega asiente sin aire, Luna le hace un gesto de los suyos de reírse de todo, Martina saca el móvil para cronometrar lo del test, y yo,

que no paro la cabeza ni aunque me desenchufen, pienso en nombres que no sean Svetlana II ni SvetlanO, y me entran ganas de montar una votación en el grupo de WhatsApp, luego recuerdo que siempre gana la peor opción y me quedo quieta, con la mano en su rodilla y una risita nerviosa que me traiciona y que me delata.

Ella ni mú, solo traga una galleta y me usa de almohada, como si yo no tuviera columna vertebral. Llega Mikel, experto en actos de ternura innecesarios, y le planta un beso en la frente.

Por si fuera poco, Svet nos tapa con la manta del sofá, Vera saca pecho y suelta: «Protocolo activado». Que a saber si habla de la *app* que se ha inventado ella sola o si de verdad se cree jefa de la CIA.

Luna, cómo no, se pone a hacer el indio por la sala. Ni payaso de hospital ni nada, más bien bufón de corte, pero sin cargos oficiales y con complejo de youtuber. Martina y Nat controlan el reloj y calculan cuánto tardarán en ir y volver a la farmacia.

Mientras tanto, mi cerebro se dedica a pensar tonterías. Primero cuento hasta cinco, porque mi cabeza nunca ha sabido esperar en modo silencio. Luego hasta diez. Luego pienso en si debería ir a mirar la puerta y gritar «¡sorpresa!» cuando vuelvan, solo por fastidiar. Lo malo es que igual abro y me las encuentro liándose un porro para ahogar los nervios y entonces ya la liamos. Pero nada, espero quieta, aunque por dentro me invento coreografías, guiones de novela absurda y teorías sobre si los test de embarazo funcionan peor si la persona está escuchando reggaetón. Luego solo mirar la puerta por donde volverán Irina y Julia con la respuesta.

Capítulo 32

ALASKA

Han pasado dos semanas desde el test. Positivo. Vega no lloró, ni un puchero, ni un gesto. Yo esperaba gritos, drama, mi mano en su boca para que no se despertara nadie, y nada. Se pasó siete días entrando y saliendo de su cabeza, asomaba un rato, respiraba, volvía a desaparecer, y yo sentada a su lado con cara de extra invitada a una gala en la que no me han dado acreditación. Si a mí me sueltan que estoy preñada me da tal ataque que me tienen que sedar con mariachis y un bocata de calamares y además pedir refuerzos.

—¿Entonces positivo? —le dije el primer día, muy bajito, por si el universo se arrepentía.

—Sí —dijo ella, sin temblar.

—¿Te abrazo o te tiro una manta y me voy? —probé suerte.

—Manta. —Y silencio otra vez.

Las mayores montaron un Consejo de Guerra Obstétrica en el comedor. Irina entró la primera, el gesto ese de jefa imposible, y soltó:

—Consejo ahora.

Julia apareció detrás con una *tablet* que daba miedo de lo organizada que estaba.

—He preparado puntos y recordatorios —dijo, tan pancha.

Amaia puso agua y galletas sin gluten.

Sabina llegó con un bolso que parecía una farmacia entera y esa cara de profesional que no te juzga pero te lee la vida.

Yo, en una silla, con el culo apretado. En el centro donde crecimos, a la que una se quedaba embarazada, se montaba piquete, cartel, discurso moral y castigo. Aquí nadie levantó la voz.

Aquí discutían entre ellas, planificando el futuro, como si la decisión fuera corporativa.

Julia abrió la *tablet* y soltó un rayo láser de eficiencia directamente a la frente.

—Ser madre joven incluye despertares cada tres horas, lactancia o fórmula, pañales, sueño partido, planes cancelados, revisiones, vacunas, logísticas varias, red de apoyo, guardería o sin guardería, formación, estudios. He hecho una hoja de ruta y un cronograma.

—Me pides un examen y suspendo fijo —murmuré.

—No hace falta suspender nada —saltó Vega, decidida.

Irina, que siempre da *vibes* de villana que se sabe la peli de memoria, se apoyó en la mesa sin despeinarse.

—Lo que tenga, lo tenemos —dijo, sin titubeo—. Entre Sabina, Amaia y nosotras hay dinero para mantener a cinco generaciones con colchón, educación y seguridad.

Yo pensé: ajá, te delatas. Está encantada. En mi cabeza ya veía un cartel de neón en la puerta del cuarto: Futuro Heredero. También una isla privada con toboganes y papeles firmados para que ningún *paparazzi* se acerque a menos de cien metros. Irina quiere familia grande, reuniones infinitas y un comedor que se extienda hasta otra planta.

Sabina se colocó el pelo detrás de la oreja y cambió el tono a modo clínico. Intentando convencer a Vega con tacto.

—Opciones hay. Interrupción voluntaria dentro de plazo, riesgos bajos, protocolo seguro, acompañamiento. Yo te explico todo y tú decides, sin presión.

Amaia asentía y le cogía la mano a Vega, plan calmante humano. No hablaba mucho, pero cada silencio suyo valía una conferencia de paz.

—Quiero tenerlo —dijo Vega, y ahí se acabó el debate filosófico.

Sabina no tardó ni tres segundos en girar la pantalla del móvil, impresionante su cara, por cierto. Pero no discutió.

—Agenda en marcha. Analítica, ácido fólico desde ya, ecografía en dos semanas, lista de vacunas, seguimiento de náuseas por franjas, descanso, hidratación, evitar riesgos. He creado una nota

compartida. Mira, he puesto emojis de jeringuillas y corazones para que no te aburras.

—¿Me vas a pinchar si me hago la loca? —pregunté yo, por eso de aportar humor.

—A ti también te vigilo —contestó, seria y maternal a la vez—. La red es para todas.

Al minuto ya teníamos alarmas, contactos de matronas, enlaces a artículos y una foto de un menú semanal que daba envidia. Yo veía la escena del día siguiente: Sabina en el pasillo con un tensiómetro, Vega detrás del sofá, yo con la bolsa de patatas abierta y Amaia diciendo «respira, no huyas, es un segundo».

Luego vino el debate estrella: dónde iban a vivir «los niños», que soy yo con mi ironía porque nos siguen llamando «niños» a gente de veintiuno que paga su móvil y sabe abrir una cuenta bancaria.

—Opción uno —anunció Sabina—. Con nosotras en el edificio de Chueca. Jardín en azotea, yoga, cenas ligeras, ambiente tranquilo, farmacia cerca, la doctora estrella en el piso de arriba, fundamental.

—Opción dos —soltó Julia, con formato presentación—. Con nosotras en la mansión. Habitaciones de sobra, chófer, seguridad, servicio que resuelve, la doctora estrella a domicilio cuando haga falta, y cuando no, seguro que está aquí también, silencio por la noche, todo a lo grande.

—Tercera vía. —Levanté la mano—. Piso para ellos. Tele grande, lavadora que no te habla, súper de barrio, vecinos ruidosos, vida real.

—No —respondieron todas a la vez.

—Explícito —me rendí—. Me callo.

Irina sacó un plano de la casa en una *tablet* secundaria. Tenía ya marcadas habitaciones, cuna, sitio para el cambiador, rutas para no tropezar, estoy exagerando pero me entiendes.

—Aquí estarían cerca, organizados, atendidos —dijo, sin respirar entre palabra y palabra.

Sabina asentía, pero le tembló un poco el ojo.

—En Chueca también —añadió—. Y hay algo clave: independencia guiada. Pueden aprender, sin estar solos.

—No van a estar solos de ninguna manera —cerró Julia, con voz de final de capítulo—. Se decide por logística, no por ideología.

Mikel, que hasta entonces había estado callado y apretando la rodilla de Vega por debajo de la mesa, dijo muy despacio:

—Lo que digáis. Queremos estabilidad. Yo trabajo, estudio, cocino si hace falta. Me organizo.

Tenían esa cara de gente que agradece que le armen el puzzle. Yo, por dentro, la pesada del grupo, tenía ganas de levantarme y soltar una arenga. No lo hice. Me guardé el discurso y me apunté a mí misma no caer en la tentación de montarles una cuna con mis manos porque fijo la dejo coja.

Ganó Irina, claro, la jefa suprema de la mansión y de los corazones blandos. Y no es que ganara por ser más chula, que también, sino porque tenía los argumentos de peso: seguridad, médicos a diez minutos en helicóptero por si a Vega le da un antojo de caviar a las tres de la mañana, cocina de la madre de Nat, que es como tener a Chicote en casa, y un cuarto que ya lo están pintado de un color neutro elegante que no asusta al bebé.

De postre, Sabina en guardia veinticuatro siete, y no me refiero a que pase por casa, no, instalada, con base de operaciones en la encimera, el tensiómetro al lado de las cucharillas del café y los guantes de látex en el frutero. Y nada, yo detrás mirando el espectáculo, porque esta mujer niega el título de abuela con una fe que ya la quisiera la iglesia para sus feligreses. En mi cabeza aparece con bata de doctora sexi, tacón fino, guante ajustado y una metralleta chiquitita escondida en el bolso, lista para defender al bebé de cualquier germen, de cualquier mirada mal puesta y de cualquier cuñada que opine sin que nadie le haya dado turno.

—Que a mí no me llame abuela nadie —dice Sabina nada más entrar en el salón, manos en jarra, coleta brillante—. Nadie. Si queréis, Sabi. Si queréis, La Rubia. Si os ponéis teatrales, Su Alteza, la Baronesa de los Abdominales, la Jefa de la Epidural, la Reina del Pilates. Abuela no. No me toca ese nombre. No tengo esa pinta.

No tiene pausa ni para respirar. Vega levanta una ceja, yo le doy al móvil para grabar, archivo «Sabina no abuela, episodio mil». Fin de la perorata y se activa el modo sanitaria: a Vega le toma la

tensión, dos veces, por si acaso; luego un pinchacito para el azúcar, otra vez por si acaso; le planta una tostada en la mano con un plato de fruta cortada, y anuncia con voz de presentadora que el bebé manda. Lo suelta y no tiembla. Me giro, saco la cabeza del armario, porque me entra risa. Esta mujer es ridícula, sí, pero útil, y yo amo lo útil, no me escondo.

Mikel, en toda aquella primera tormenta, habló una vez y ya. Lo recuerdo: silencio, todo el mundo mirando a Vega, yo a punto de soltar una burrada para bajar la tensión, y él va y suelta con voz suave, ese tono que no sabes si canta villancicos en un coro o da catequesis:

—Es el cuerpo de Vega. Ella decide. Yo apoyo lo que decida.

Ya está. No desarrolló tesis, no trajo una presentación, no nos dio bibliografía. Lo soltó, lo dejó flotando. Yo le puse punto en mi libreta imaginaria: bien dicho. Punto extra por decir que ella decide, que en esta casa no se oye mucho. Se nota que lo han criado dos madres. Tiene los básicos reventados de practicar. La empatía le sale sin esfuerzo y el protocolo del buen novio lo maneja sin manual.

Desde entonces está en modo papa-biblioteca. Pilas de libros por todas partes: crianza, sueño, pañales, apego, partos, lactancia, destetes, alergias, todo subrayado con rotus de colores que le quedan monísimos en el estuche transparente. En su móvil tiene una *app* que cada mañana nos informa del tamaño del bebé en relación con fruta y verdura. Ayer arándano. Hoy cereza. Mañana melocotón en miniatura. Lo juro, yo me despierto y lo primero que oigo es su voz de boletín:

—Equipo, actualización del día: cereza firme. Evitemos movimientos bruscos. Hidratación a tope.

Lo amo y me desespera a la vez, porque es tan tierno que me dan ganas de darle un beso en la boca, pero luego me acuerdo de que está con mi hermana y se me pasa.

A veces me lo encuentro sentado al borde de la cama, acariciándole la tripa a Vega y leyendo en voz alta un capítulo sobre rutinas de sueño. Le pone voz de audiolibro. Vega cierra los ojos y sonríe. Yo me apoyo en el marco y me sale un *ay* del fondo, porque el cuadro enternece.

En nada lo veo metido en la cocina con delantal de lunares y gorro de chef preparando papillas de batata con curry suave, presentadas en boles preciosos, todo con su etiqueta y su fecha, y mi hermana mirándolo con brillo de película francesa, y yo haciéndoles la ola desde el sofá con una birra.

Yo sigo un poco en *shock*, porque, a ver, en el centro, cuando teníamos once años y la vida era una santa mierda, hicimos un juramento de sangre con Ferrero Rocher y todo: que si un día nos daba por ser madres, sería a la vez. Sincronizadas, como con todo. O sea, nos veíamos las dos con los brazos tatuados con el nombre del crío, el *piercing* de mentira brillando y con los carros de los bebés tuneados para hacer carreras por Malasaña, con luces de neón y música a todo volumen, esquivando viejas y repartidores. Y mira la vida, qué cabrona es, que me escuece un poco admitir que no vamos a entrar juntas en el festival de la maternidad. Me da ese bajón.

La verdad, el mosqueo me dura cinco minutos, lo que tardo en verla sonreír a Mikel con esos ojos de borrego enamorado. Y pienso: bueno, pues perfecto así, que me viene de lujo. Porque el foco se ha quitado de mí. Ahora todo gira en torno a Vega y su tripa. Y yo, por fin, puedo respirar sin la cámara encima, sin esa sensación de que me están vigilando todo el día.

A Vega la trataban como a una princesita antes; ahora es princesa de porcelana edición limitada. Si tose, tres personas le traen agua. Si bosteza, Irina llama al chófer. Si dice «me apetece mango», a los diez minutos aparece mango cortado en flor con un palillo con su inicial. El otro día Mikel la tapó con una mantita y Svet montó un cartel de «No tocar» en la mesita. Me imagino que si Vega se tira un pedo, se activa una alarma de seguridad y el mayordomo aparece con un ambientador y una disculpa formal.

Y a mí, Alaska, anoche Julia me pilló en la cocina, mientras contaba cápsulas de ácido fólico como si fueran diamantes o las cabezas de sus enemigos, toda concentrada. Me soltó, con esa voz de «te estoy haciendo un favor por interesarme»:

—¿Y tú, Alaska? ¿Cómo lo llevas?

Le solté que cómo iba a estar, pues como si me hubieran subido a una montaña rusa de esas que te dejan los ovarios en la garganta y, de repente, ¡*zas*!, te dicen que la barandilla se ha ido de vacaciones a *Benidorm*. Grito, me río, me mareo, me entra el pánico, sudo purpurina y, al final, mira tú por dónde, me aguanto. No queda otra.

A Julia se le escapó esa risa que es como un «te entiendo, cariño, pero no te me vengas abajo que tengo una reunión». Y luego me plantó delante un plato de lentejas.

—Por si un día te toca a ti que no te pille sin hierro, corazón —me soltó con esa mirada de bruja buena que te da consejos que no pides pero que te salvan la vida. Yo me la imaginé con un gorro de pico y una escoba voladora.

Y bueno, la vida aquí es así de loca. A veces, cuando mi hermana se echa la siesta y Mikel se encierra a subrayar libros, yo me escapo con Irina. Vamos a ver el cuarto que le están preparando al bebé.

Irina toca la cuna con delicadeza. No es de las que sueltan un «estoy feliz» a los cuatro vientos, qué va. Tampoco hace falta. Yo la miro de reojo, disimulando que no la estoy espiando, y pienso: qué movida más rara es todo esto, pero qué bien nos ha sentado. El universo, después de darnos collejas a mano abierta, nos ha regalado a esta gente.

Y sí, claro que a ratos me pica la herida del pacto roto. Pero luego veo a Vega, que vomita menos que al principio (¡gracias a Dios!), que duerme mejor y se le pone esa sonrisa cuando Mikel, que ya es su mayordomo personal pero más guapo, le lee en voz alta que esta semana el bebé ya tiene párpados. Y se me pasa. O casi. Mi cerebro tiene un botón de «envidia *off*» que se activa solo.

Y mientras la atención de la casa está en la tripa de Vega, yo aprovecho el apagón de foco, ese momento en que nadie me mira, para colarme por pasillos que ya me sé de memoria. Me pierdo un rato, hago mis deberes, espío, escucho, descubro cosas nuevas, aprendo otras, y, si el universo es amable y los astros se alinean, me cruzo con Nat donde no nos ve ni el jardinero, ni el fantasma de Mikhail, ni Svet, que siempre está cotilleando. Aunque aquí, ya lo sabes, siempre hay alguien, hasta en el armario de las escobas, esperando el salseo.

En fin, que ahora andamos contando cerezas, que es el tamaño del bebé, ¿sabes? Yo, pues mira, hago de hermana de esas que se ríen para no llorar, empujo el carro de la vida cuando toca y, mientras tanto, aprendo a querer este caos con un plato de lentejas y abuelas que dicen que no lo son. En fin.

Capítulo 33

ALASKA

Hoy toca cine. Un plan así tranquilito, que si no nos metemos mano en la oscuridad y nos comemos unas palomitas XL, pues la vida es una estafa. Ya me veo yo en la sala, con la peli de fondo, una de esas románticas que te hacen llorar a moco tendido o de risa mala, y nosotras con las manos explorando nuevos continentes. La vida, mira, es de los valientes y de los que saben aprovechar un asiento reclinable.

Claro, Nat al volante, que si no conduce ella, el coche no se mueve. Yo de copilota con la ventana un poco bajada, que me gusta que me dé el aire en la cara y, de paso, ver si pillamos alguna señal de vida inteligente fuera de la mansión. Atrás, Vega y Mikel, que ya son novios de catálogo. Se miran, se ríen, se tocan la mano como si no llevaran meses en modo pegamento. Yo los veo y fantaseo con que se van a casar en una iglesia con cura travestido, pero luego me acuerdo de que son ellos y digo: nah, se casarán en un *Escape Room*.

Y detrás de nosotros, el otro coche, con dos escoltas que van tan serios que parece que se están jugando la vida en un concurso de miradas. Seguro que van con sus trajes negros, que parecemos los Backstreet Boys en 2001, pero en vez de cantar *I Want It That Way*, van recitando el manual de seguridad en ruso. Un drama.

Nunca pensé que ir al cine pudiera ser una misión de alto riesgo. Que si las entradas, que si las salidas, que si la gente, que si las luces que se apagan… Desde que vivimos en la mansión, todo tiene protocolo. Hasta para ir al váter hay que firmar un permiso y llevar un GPS por si te pierdes entre los azulejos. Llevamos todo este tiempo sin que pase nada, ni un susto, ni un *paparazzi*, ni un drama

de los buenos, y juro que a veces me parece que vivimos con mucha paranoia y mucha pasta. Hoy vamos a ver lo que pasa.

Nat va a lo suyo. La veo mirar cada segundo por el espejito retrovisor, los ojos clavados en el camino, las manos a las dos en punto del volante, la espalda recta. Está en modo agente secreta, pero su misión es que no se nos caiga una uña, porque los peligros, me parece a mí que se los inventan.

Y claro, desde atrás, la voz de Vega, que ya está con la ansiedad de las palomitas.

—¿Dulces o saladas?

Y Mikel suelta:

—Mitad y mitad.

Ay, si supieran que la vida no es tan fácil como elegir palomitas. Pero bueno, que sigan con su drama, que a mí me toca observar y, de paso, fantasear con que Nat me invite a un chupito de vodka en el baño y de camino me eche un buen polvo.

Me parto yo sola porque me viene el *flash*. La otra noche, después de follar hasta que los huesos me pedían la baja laboral, con el pecho pegado a ella, que olía a sudor rico y a ganas, solté mi bomba. La tenía guardada, ¿eh?

—Tengo que decirte una cosa —le dije, así, con la cara más seria que tengo, mi favorita, la que usaba cuando le prometía a mi hermana que iba a limpiar el baño y sabía que era mentira.

—Dime —respondió Nat, con la voz baja y la piel caliente pegada a la mía, que me daba escalofríos y calor a la vez.

—Teníamos un pacto. Vega y yo. De esas promesas que haces a los doce años con un chupachups en la boca, jurándote hermandad eterna y que te vas a tatuar lo mismo en el culo. Pues eso, que nos quedábamos embarazadas a la vez. Lo del parto y todo eso no lo pensábamos entonces, claro, éramos más de prometer cosas imposibles.

—Ajá.

—Así que he pensado una cosa: mañana vamos a una clínica y me inseminan. Tú y yo. Me apetece ser madre contigo, Nat. —Lo solté lo más convencida que pude.

Silencio. Pero no un silencio normal, no. Un silencio de los que huelen a peligro, de esos que te hacen mirar a ver si la silla se va a levantar sola y te va a dar una colleja. Luego la noté ponerse rígida. Literal. El músculo de la mandíbula marcando ángulo, el aire en pausa, la sangre huyendo de la cara.

—¿Mañana…? —balbuceó, con la voz atascada en la garganta.

—O pasado, no soy una talibana del calendario —le solté, así, dándome un aire de persona flexible y tolerante, que para eso tengo un máster en improvisar.

—Alaska, no juegues con esto.

—No estoy jugando.

Estaba jugando. Obvio. En mi cabeza ya me estaba partiendo de la risa, visualizando toda la escena. Nat se quedó blanquita, abrió la boca, la cerró, la volvió a abrir. La vi hacer un inventario en tiempo real, calculando los daños: banco de semen, citas médicas, Irina montándole el numerito de indignada, Julia intentando organizar el doble embarazo, papeles por todas partes, pañales que valen más que mi primera nómina, cochecito de bebé para ir por la mansión, si yo duermo aquí y tú allí, si Svet bautiza al feto en mitad del salón con vodka ruso… Era como ver a una general sin mapa, la pobre, con el mundo cayéndole encima. Me imaginaba a Nat intentando explicarle a su madre que iba a ser abuela de un bebé que no era suyo, con una cara de funeral que ni en un entierro de gánsteres.

—Si de verdad… —empezó, con una voz que no le conocía—. Si de verdad quieres esto, hay cosas que tendríamos que hablar. Yo… yo no… —Se quedó sin verbo, la pobre.

Me dio pena, pero poquita, ¿eh?, porque la escena era para enmarcar. Aguanté treinta segundos, quizá cuarenta. Me puse azul de aguantar la risa, el diafragma me dolía y todo. Mis neuronas estaban aplaudiendo, gritando «bravo, bravo». Hasta que exploté. No pude más.

—¡Que era broma, oso! —Me doblé en dos, con la risa saliendo a chorros—. ¡Mírate la cara! —Le di un golpe suave en el brazo, que la pobre estaba tiesa.

Se tapó los ojos con el antebrazo, respiró hondo, me dijo que era una imbécil (con cariño homicida, claro) y me apretó contra ella.

Luego me hizo jurarle por lo más sagrado que no iba a volver a hacerle eso jamás y yo asentí con cara de buena que no me cree ni mi sombra.

Pero en el fondo… en el fondo me sorprendí. Porque aunque no lo iba a aceptar así, tan fácil, tuve la sensación clarísima de que, si hubiese ido en serio, si de verdad le digo que quiero eso con ella, habría podido convencerla. No en un día, no en un mes, que la tía es más dura que el hormigón armado, pero habría caído. Y ese pensamiento me dio una paz rara, de tener la llave de algo secreto, un superpoder. Confirmación: Nat está enamorada de mí. Podría convencerla de cualquier cosa. De que se vista de Elmo para ir a la compra o de que adoptemos un gato que se llame Peligro. De todo.

De todo menos de contarle a Irina lo nuestro. Ahí no hay llave que valga, ni mapa, ni brújula, ni varita mágica. Topo con un muro y me vuelvo animal, un perro rabioso que quiere morder la pared. Me sigue cabreando, ¿eh? Me cabrea mientras pasamos la M-30 y Nat pone el intermitente; me cabrea mientras Vega canta bajito un *jingle* absurdo de un anuncio de compresas y Mikel recita horarios de sesión de cine. Me cabrea y a la vez me derrito cuando Nat me busca la muñeca con dos dedos en el semáforo y me hace ese toque de «estás».

—Hoy hay poco tráfico —dice Nat, profesional y preciosa.

—Porque todo el mundo está en su casa viendo series como gente normal —le respondo.

—O en el cine —apunta Mikel, el pobre, con esa cara de inocentón que tiene. En mi mente, Mikel es el típico que se pierde en la sala y acaba viendo una peli de dibujos animados en coreano.

—Ir al cine es un riesgo moderado —dice Nat—. Oscuridad, salidas múltiples, aglomeración… Me hacéis caso en todo, ¿entendido?

Si ella supiera…

—Ay, por favor —le digo—. Llevamos cuatro meses sin ningún susto. Lo vuestro con la seguridad ya es fetiche.

No se pica. La miro y pienso que es imposible, que esta mujer tiene un contrato con el diablo, porque ni un pestañeo, ni una

arruguita de estrés. Fijo que si le digo que me he enrollado con el jardinero, me suelta un «ajá» y sigue conduciendo.

—La seguridad es como el cinturón de seguridad —dice—. Molesta hasta que salva.

—Qué frase de taza, teniente. —Le guiño—. Y me la imagino con un bigote postizo, un uniforme de la Guardia Civil y una gorra que le queda fatal, pero con la misma cara de «aquí mando yo».

Vega se asoma entre los asientos, con el moño un poco torcido y la cara de que su bebé ya está pidiendo pizza con piña.

—¿Podemos pedir nachos? —pregunta.

—Podemos pedir el cine entero —dice Mikel, que cree en la economía mágica y que el dinero brota de los árboles, porque se lo regala su madre, claro.

Yo vuelvo a pensar en la noche de la broma y el latigazo de miedo en la cara de Nat. Me cabrea que no quiera decirlo. Me toca que en lo demás la siento mía: en la cama, en el pasillo, en los silencios, en su casa llena de muñequitos de *Star Wars* que no saca del plástico.

—¿En qué piensas? —susurra Nat sin mirarme, tiene un detector de pensamientos sucios instalado en el cerebro.

—En que si hoy me gustara la peli, sería un milagro —le digo—. Y en que te queda bien el papel de madre de gemelas. Fijo que si tuviéramos un bebé, le enseñarías a hablar ruso antes que a caminar, y a robar caramelos sin que nadie se entere.

—No me tientes —responde, y ahí está, el brillo que me prende. Y yo ya dejo de pensar en bebés y me la imagino de maestra de ceremonias, con un látigo de peluche y yo de alumna aplicadísima, pidiéndole más y más, hasta que me deje sin aliento y sin orgullo.

Llegamos al *parking*. El coche de atrás aparca en batería. Los escoltas se bajan primero, sincronizados. Paranoia, pero a la vez agradezco el gesto automático con el que Nat me detiene un segundo, su mano cruzándome la barriga antes de abrir mi puerta. Esa mezcla me define: me quejo y me gusta. Bienvenida a la contradicción, la que te amarra y te suelta, la que te quiere y te ignora, la que te cuida y te enloquece. Me veo a mí misma en la portada de una revista, con un titular que diga: la Popova más descarada y su amor prohibido con la escolta.

—Plan: sala tres, fila ocho, pasillo libre —enumera Nat.

—Plan alternativo: si es un bodrio, me duermo —digo—. Y si alguien me despierta, lo denuncio a Irina. Fijo que Irina os monta un juicio sumarísimo y os condena a cadena perpetua de películas malas.

Vega se ríe. Mikel nos manda callar como si él fuera el adulto, el pobre, con esa cara de que si se le cae un pelo se le estropea el peinado. Detrás, los escoltas hacen un gesto que significa «todo limpio», como si hubieran revisado cada esquina y cada asiento, y hasta el aire de la sala.

La película es un tostón. Un guion plano, unos diálogos aburridos y un héroe que, joder, me cae fatal de lo perfectito que es. Y el giro… el giro se huele a kilómetros, desde la cola donde ya te están timando con las palomitas.

A Nat la noto en modo radar, pero con la mano en mi muslo. Nadie nos mira, claro, porque nadie mira nada cuando el prota en la pantalla dice por tercera vez que tiene un plan. Me río por dentro: el oso amoroso hoy tiene garras de terciopelo.

Su dedo sigue un camino que ya se sabe de memoria. Un toque y mi piel ya está en modo *sí*, con todos los semáforos en verde y las sirenas de emergencia sonando a tope.

Me acerco a su hombro, inspiro su sudadera, esa mezcla de suavizante de ropa cara y olor a madera de su casa del árbol, que es mi paraíso personal. Mis muslos hacen equipo y se abren solos. La pantalla decide estallar en fuego, con explosiones y todo. Yo también, pero por la guerra que tengo montada aquí abajo.

Nat me pide silencio con un gesto. Su índice me roza a través del vestido, lo justo para que yo gima bajito. Ella se ríe sin risa, sus ojos brillando en la penumbra hacen que me sienta viva y absurda.

Desde al lado, Vega carraspea. Una vez. Dos.

—¿Podéis parar, no? —murmura, mosqueada—. Quiero ir al baño.

—¿Ahora? —susurro, sin ganas de ahora. Menuda cortarollos.

—Ahora —remarca, ese tono de «no discutas conmigo que llevo cereza dentro». Y sí, la cereza es el bebé, pero también es su mala hostia cuando le da la gana.

Nat recoge la mano en un segundo, la postura cambia: espalda recta, cuello atento, modo escolta activado. Veo el *clic*: de amante a seguridad en cero coma. Se inclina hacia Mikel.

—Vamos todos —susurra.

—¿Cómo que todos? —protesta alguien en la fila de atrás, hastiado—. ¿Qué es esto, excursión del IMSERSO o qué?

—Shhh —chorrea otro—. Callaos.

La gente sisea, nosotros nos levantamos. Vega marcha por el pasillo como una embarazada digna que no sabe si está cabreada con la película, conmigo, con el universo o con el pavo que no se calla. Mikel le ofrece el brazo, todo caballero andante. Ella acepta. Nat se queda última, yo a su lado, su sombra sexi.

A la salida, un hombre con gafas nos suelta un «¡al cine se viene a ver cine!» que me dan ganas de enmarcar y poner en mi salón, al lado de mi diploma de escort.

Salimos a los pasillos de Kinépolis Ciudad de la Imagen, y te juro que esto es lo más parecido a un aeropuerto que tiene el ocio madrileño. Alfombras eternas, de esas que parecen tragarse el sonido y las ganas de vivir, techos altos, carteles luminosos y veinticinco salas donde puedes perderte para siempre. Bares con cubos de palomitas enormes y gente que se mueve buscando su próxima dosis de entretenimiento.

A Nat, claro, le da hambre de mapa, que esta es de las que necesitan tenerlo todo controlado hasta el último milímetro.

—Baños del ala central. —Señala a la izquierda—. Vosotros delante.

Y yo, que ya me sé el protocolo, veo cómo los dos escoltas nos alcanzan desde otra salida, sincronizados.

Le dicen algo por el pinganillo y Nat le responde:

—No me llames jefa. Controlad por el otro lado.

Por dentro, me parto: es la jefa, sí, pero le da vergüenza que se lo digan. Qué dramas se montan los profesionales de la seguridad.

—Venga, cinco minutos, la niña mea y volvemos a la peli.

—No digas mea. Di ir al baño y ya está —susurra la muy señoritinga.

—Perdón, señora realeza, que no sabía que estábamos en la corte. Qué fina que se ha vuelto mi hermana desde que le ha dado por ser princesa de cuento.

Y entonces Nat se queda quieta. Sigo su mirada.

Un tipo, a unos doce metros, con una gorra que le tapa media cara y unos tatuajes que le suben por los brazos. No sé si es por mis prejuicios, por la película mala que llevo dentro de la cabeza o porque he visto demasiadas series de pandilleros, pero tiene pinta de esos que mi cerebro etiqueta como banda. Esto sí que no nos lo esperábamos.

Detrás de él, otro, que intenta disimular con la máquina de refrescos, pero que, te juro, no engaña ni a un topo con cataratas. Y luego otro, que se esconde detrás de un cartel de nachos.

—Cambia —dice Nat, casi sin abrir la boca, con una voz que parece sacada de un túnel.

—¿Cómo? —le digo, porque mi cerebro, a estas alturas, ya está en modo supervivencia y solo pilla lo básico.

—Ruta —me responde, baños del otro lado. Y pegados.

Y yo, que soy muy de obedecer cuando la cosa se pone fea, asiento con la cabeza. Nos damos la vuelta con una naturalidad fingida. Vega frena en seco, claro.

—¿Qué pasa? —me pregunta, con esa cara de no entender nada.

—Pasan tus planes, Vega, haz caso.

El tipo de la sudadera se mueve, no mucho, lo suficiente para acompañarnos, una sombra con malas intenciones. El segundo, también. Y a mí se me afloja la gracia, se me escurre por los dedos.

Nat me pone la mano en la espalda, una guía minúscula, pero que me deja claro que la cosa va en serio.

—Alfa y Beta, posiciones —dice en el pinganillo, con esa voz que me deja tan tranquila como nerviosa—. Los Trueno, tres a la vista. Despejad salida hasta el coche.

Nat acelera un poco por un pasillo lateral. Su mano en el bolso, yo sé qué hay y no me asusta que lo saque, me asusta que lo necesite.

Los pasos detrás se multiplican, no corren, aceleran lo justo.

—¿Los ves? —pregunta en bajo, sin mirarme.

—Sí.

Vega brama:

—Voy al baño AHORA. —Todavía no se ha dado cuenta de la que hemos liado.

Nat la mira, la ignora y decide. No hacia los baños. Hacia las escaleras de emergencia. Empuja una puerta gris con el icono del muñequito que baja. Se abre con un gemido metálico. Frío. El olor cambia: se vuelve a limpieza, a cemento. Luces de neón, paredes sin pósteres, eco. No entiendo esta decisión de Nat, ¿no deberíamos ir hacia donde hay más gente? Y ahora sí que me pongo seria, porque por fin entiendo que hay peligro de verdad.

Capítulo 34

NAT

—Recibido, visual negativo en vestíbulo —salta Beta en mi oído—. Planta 2 limpia hasta escalera.

—Copiado —digo.

La puerta de emergencias se cierra a mis espaldas con un golpe seco. En pasillo público pierdo control de perímetro; en escalera tengo ángulo, barandilla, extintor y un solo acceso. Prefiero cuello de botella. Mi cerebro hace inventario:

Recursos: dos apoyos a distancia, Anton y Alexei; rezan en mi pinganillo y, con suerte, rastrean plantas desde el plano robado. Un cuarto de mantenimiento a la derecha; llave en la puerta, luz dentro, carrito de limpieza, cubo azul, mopas, cinta americana, bridas y una caja de guantes. Extintores cada dos tramos, vitrinas sin alarma, manguera enrollada en el rellano. Mi arma en la funda, cargador completo, seguro revisado; me calma lo justo.

Activos: Vega, en estado, prioridad absoluta. Mikel, pobre, está rígido, sudor frío en la frente y cara de susto, aunque no suelta un grito ni por decreto. Ojalá fuese Luna, perdón por pensarlo. Y Alaska. Ah, Alaska. Rápida, imprevisible, foco perfecto en cualquier lío. Y joder, qué bien le sienta el peligro. Si no me tocara protegerla, esta mierda hasta tendría gracia; el miedo a que le pase algo me sube la tensión y me desordena el cerebro.

—Pared izquierda, pegados —susurro, fuerzo voz plana y me muerdo las uñas por dentro—. Mikel, tú con Vega. Alaska, conmigo. Pegadita. Muy pegadita.

Alaska me mira y se me tensa la espalda; la adrenalina me llega a las orejas. A la vez, se me aprieta el pecho; es un punto que solo ella me provoca. Respiro por la nariz, cuento hasta tres y echo a andar pegada al muro. Mikel sostiene el codo de Vega; ella aprieta

los labios y me lanza una mirada de «no me subestimes». Anton dice algo por radio, un chasquido, interferencias, y yo asiento en vacío porque total nadie me ve. El fluorescente parpadea otra vez; el pasillo hace eco. Desenfundo el arma, pruebo el peso.

Se oye un roce de suelas escaleras abajo. Otro arriba, más pesado, con pausa en cada peldaño. No arrastran los pies, no tropiezan. No son curiosos, tampoco son trabajadores del cine.

Empujo la puerta del cuarto de mantenimiento y cede con un chirrido largo que me pone los pelos en guardia. Vega entra. Está blanquísima, labios sin color, los ojos grandes. Mikel se queda plantado en el marco, hombros abiertos, bloqueo humano. Y Alaska, siempre rebelde, se niega a entrar sin mí. No se despega ni medio centímetro. Me roza el brazo. Noto su calor, su aliento en la nuca.

Y ahí aparecen. Uno desde abajo, gorra calada, tatuaje del Cartel El Trueno en el cuello. Otro desde arriba, chaqueta fina que le queda fatal, costuras tirantes, manos a la vista, venas marcadas. Un tercero se asoma medio cuerpo desde el descansillo inferior, apoyado en la barandilla, mirada depredadora. Han venido a vernos. A medir distancias. A repartir posiciones. Coordinados, los muy cabrones.

Levanto el arma. Modo «aquí no pasa ni dios». Triángulo alto, cuerpo de perfil, codos firmes, pulgar en el seguro, índice fuera del gatillo. Maneja esto, Nat. Puedes y, encima, se te ve bien al hacerlo.

—Suave, hermano —digo con mi mejor tono de «soy de barrio y no te tengo miedo», sin gritar, con una voz que va en serio—. Manos donde las vea, que no haya sustos, y cada uno por su camino.

El de la gorra sonríe. Dientes a la vista, mirada directa a mis manos, sin pestañear, disfrutón. Le encanta el momento. A mí me da pereza.

—Tranquila, mamita —dice con acento latino bien marcado—. No venimos a pelear. Solo queremos hablar con las hermanitas Popova.

Me sube el calor. No de miedo, de mala leche. Me raspa los oídos. Saben quiénes son y yo sé quiénes son ellos.

—¿Cómo coño sabían que estábamos en el cine? —pregunto en un susurro y sin apartar la mira del pecho del de abajo. Respiración controlada, exhalo en bloques, no me tiembla el pulso. O eso intento.

Silencio. Un latido. Dos. Detrás de mí, la voz de Vega, pequeña, rota.

—Subí una *story* —dice, apenas audible—. Con la peli… y la hora.

Alaska se gira hacia ella de golpe. Si en calma impone, cabreada corta el aire. Ojos encendidos, mandíbula prieta, hombros tensos. A mí me da una mezcla rara entre orgullo, miedo y ganas de pedirle que me grite más tarde, ya tú sabes. Ajá, genial, Nat, prioridades de diez.

—Joder, ¡Vega! —suelta en un cuchillo de susurro.

—Ya —corto, porque no es momento de terapia ni de que a mí se me vaya la olla con lo sexi que me parece Alaska cabreada—. Después hablamos de la genialidad de las redes. Ahora, conmigo. Todos. En foco.

Vuelvo a los tres. Mantienen la escalera ocupada en tres alturas. Reparten el espacio con calma y sin hacer ruido. El del descansillo inferior saca un plegable del bolsillo. Hoja mate, sin brillo, acero gris gastado, punta recta, seguro trasero. No lo levanta. Solo lo enseña, a media altura.

Aprieto más el empuñe. Seguro abajo, respiración corta. Veo el pulso del de la gorra en el cuello, regular. El de la chaqueta mira a los lados, calcula ángulos. El del cuchillo se humedece los labios y centra los ojos en mi arma.

—La charla no va a ser aquí —digo—. Si vuestros jefes quieren boca, que pidan cita y vengan sin juguetes. Hoy no hay reunión.

—No decidís vosotras —responde el de la gorra, con voz suave, sonrisa que se ensancha por puro vicio—. Nos llevamos a las dos, y ya allá arriba hablan.

—Ni de coña. Última opción: os dais la vuelta, os vais por donde habéis venido y os regalo este recuerdo de no haberos ido en camilla.

El del cuchillo hace un gesto leve con el hombro. El de arriba cambia el peso de una pierna a otra. Yo cuadro pies. Apunto al que se mueve más. No tiemblo.

—Baja el arma, mamita —dice el de la gorra—. No hace falta que esto se ponga feo.

—Feo ya está —respondo—. Último aviso. Uno. Dos. No llego al tres. El del cuchillo sube medio escalón. Le entra prisa. Yo bajo el seguro del todo. El sonido es mínimo, pero lo notamos todos. Se tensa el aire.

Podrían temer la pistola, sí, deberían. Pero ni pestañean. Normal. Espacio abierto de centro comercial, escalera de acceso a la planta -1 y una cámara con pilotito rojo me guiña desde la esquina.

La maldita Tueller en mi cabeza, a siete metros un cuchillo adelanta a un gatillo si no vas a fuego desde el primer latido. Y yo con tres en cuadro y el miedo real de que una bala pegue en metal y cambie de rumbo. Podría darle a los míos.

Manual de tiro: sin trayectoria limpia, sin blanco seguro, el arma no sale. Y si entra la poli, la ficha con mi nombre dice Natasha Velikanova, licencia y pistola, y yo empiezo tres casillas atrás en este puto Monopoly, pagando tasas y pidiendo perdón por existir. Me agarro a eso, a la manta del protocolo, me envuelvo en la excusa. La verdad va por otra calle: nunca he disparado a una persona. No sé si puedo. No sé si de verdad tengo las agallas.

El del cuchillo, alto, flaco, piel tensa y chulería barata, sube otros dos escalones. No me entra de frente; traza diagonal, bien enseñado, buscando línea. ¿Línea? La única línea que le interesa hoy es la que le parto si se acerca un paso más. No disparo. Aquí no. No con Alaska a dos pasos. No me tiembla el brazo, no. A mí me tiembla otra cosa por dentro, pero eso es secreto. Y tiene nombre de mujer.

Me muevo. Paso lateral, mano izquierda a su muñeca, presión en el radial, pistola arriba, lejos de su alcance. Giro cadera y tronco, bloqueo codo, le corto el impulso. La hoja roza mi americana, abre la tela y me araña piel. Escuece. Le suelto una patada en la tibia para romperle el ritmo. Nada, sigue enganchado. Cabeza dura.

—¡El extintor! —le suelto a Mikel con la garganta apretada de pura mala leche.

Mikel, planta ancha y nervio rápido, mete mano, saca el extintor del soporte de un tirón, seguro a un lado, y lo mete entre el de arriba y nosotros, bloquea el paso. No golpea, empuja. El de arriba

pisa mal y baja un peldaño sin querer. El de abajo calcula fatal, se tropieza y casi cae. Pena ajena.

El cuchillero intenta rehacerse y me gana un cuarto de segundo. Ya no le vale. Le estrello la muñeca contra el pasamanos. Cruje. Me regala un quejido corto. Remato con culatazo en la sien, golpe seco, sitio justo. Los dedos se le abren. La navaja cae dos escalones y rebota con un ruido metálico. Medio segundo. Nada. Todo quieto. Y la veo.

Alaska.

La hoja baja hasta su altura y ella la recoge al vuelo, agarre feo, palma hacia ella, puño tierno de quien nunca ha entrenado, pero decisión total en la mirada. No duda. Ni un latido de más. El tercero le entra con zancada larga para sujetarla. Ella adelanta la mano y suelta un corte horizontal instintivo, sin técnica pero con instinto de supervivencia. Le abre el antebrazo. Tajo limpio. Rojo inmediato. El tipo recula con un bramido y aprieta el brazo. El de la gorra escupe al suelo por orgullo barato. Se ponen serios. Hablo firme:

—Se acabó. Os vais andando. Esta vez no os sigo.

No bajo el arma. Ni de broma. No apunto a cabeza, no soy verdugo. Lo pillan. Se les nota en la cara tonta. Aquí no hay héroes, solo cámaras, sangre que empieza a juntarse en el primer escalón y la certeza de que hoy no les compensa. Retroceden. Uno, dos, tres peldaños. El de la navaja se tapa la herida con la mano y se le desencaja la cara. El de arriba aprieta dientes. Bravatas baratas, nada de valor.

—Le decís al jefe —añado en bajo, con tono claro— que si quieren «hablar», usan canales. ¿Estamos, compa?

El de la gorra me aguanta la mirada un segundo de más, rollo reto cutre. Luego se pira. Puerta de la planta -1, golpe de chapa, silencio con eco y el puto fluorescente sigue pitando.

No respiro hasta que el aire vuelve a ser aire. Pulgar en el seguro. Brazos abajo. Me chequeo las manos: firmes por fuera. Por dentro, un hormigueo fuerte me sube desde el estómago hasta los pies. No disparé, cumplí el protocolo.

—¿Te cortaste? —Le cojo la muñeca a Alaska. La piel se me queda en la mano, finita y caliente. Hay salpicaduras rojas,

pequeñas y tibias. Nada abierto. Ni un rasguño. Me mira con ese brillo raro entre susto y triunfo, y a mí se me afloja medio mundo.

—Creo que… lo hice —dice. La comisura se le sube un poco, sonrisa chula y temblor en los ojos. El pulso lo lleva a toda leche.

—Lo hiciste —le corrijo. Le paso el pulgar por la piel. Ni toalla ni gaitas. Piel con piel. Tiembla. Se me eriza todo el brazo. No la suelto. Ni de coña.

Mikel apoya el extintor, que hace un ruido de metal contra baldosas. Se ríe sin gracia, con la respiración rota. Vega, sentada en el escalón, cuenta en cuatro tiempos, muy aplicada, según le enseñaron: uno, dos, tres, cuatro. Otra ronda. Está pálida, pero está.

—Alfa, a rampa dos —marco al micro con el cerebro más frío—. Beta, cierras por menos uno. Tres tíos fuera. Uno tocado, corte leve. Sin más hostilidad en visual.

—Recibido —me entra la respuesta, los oigo a la vuelta de la esquina.

Agarro la navaja con un trapo de limpieza, bolsa de evidencia. Hoja con mancha, mango barato, una uña rota que no es nuestra. Me guardo el paquete. Escaneo el pasillo. Ni una sombra moviéndose.

Nos dirigimos al *parking* en bloque, estilo formación de patio de cole. Anton nos ve desde el control. El pobre ya ni habla; abre puertas, tarjeta, pitido, siguiente. Dentro del coche baja el volumen de todo. Cierro. Me dejo caer en el asiento delantero. Y llega el temblor fino, el que me delata y que solo detecta quien me ha visto en días malos: el meñique me vibra, el aire me pesa en la garganta. Una mano desde al lado, caliente, firme, me cae al hombro. Alaska. Aprieta. El pecho se me afloja.

—No vuelvas a subir una historia así —escupo sin girar la cabeza. La voz me sale tensa y fea—. Ni *story*, ni *reels*, ni mierdas, Vega. Sin pistas. Nada de hora, nada de sitio.

—Ya le he gritado —Alaska se adelanta, aún con el pulso a tope—. Pero te lo repito, Vega. Nada. ¿Me oyes?

—Sí —Vega apenas saca la voz. Cara de culpa. Cara de viva. Me vale.

—¿Por qué no has disparado? —pregunta Alaska, la muy bruta.

—No he disparado por las cámaras. Por la gente alrededor. Por mi apellido y la poli con ganas de papeleo. Y por no dormir en un calabozo con luz fluorescente que me deja mal la piel. Además, no vacías un cargador contra tres tíos con navaja si puedes sacar a los tuyos sin cadáveres. Y porque hay reglas, Alaska. —Le repito parte del decálogo de JARSI como quien repasa lo obvio—. No matarás, salvo en defensa propia o de terceros inmediatos. Ningún inocente en la línea de fuego. Si dudas, no disparas.

Me callo el resto. Me lo repito por dentro, donde toca: no dejaremos de actuar; somos sombra, sin firmas ni focos; los crímenes se exponen, no se fabrican; si tocas a una, nos tocas a todas; verdad documentada, aunque no salga en prensa; vives para volver.

Cruzo una mirada con los tres y saco el coche con una maniobra limpia de autoescuela: intermitente, espejo, rampa. *Ticket*, barrera, fuera.

En el retrovisor, dos guardas del cine miran la escalera con cara de «ya hemos llamado a la poli» y la radio pegada al hombro. Bien. Que recojan sangre, no casquillos. Que apunten que tocaron lo que es mío y que salió mal para ellos.

Llamo a Irina. Al otro lado entra su silencio exacto.

—Controlado —informo—. Tres hostiles. Los Trueno. Uno con arma blanca. Sin heridos de los nuestros. Regresamos.

—Te espero —dice. Lo suelta con ese tono seco, de timbre y sentencia. Y, aun así, me calma.

Cuelgo. Giro el cuello, despacio. Alaska me mira desde el copiloto con la sonrisa torcida de pelea ganada y ojos brillantes. Se me repite la imagen de su muñeca en mis dedos, el temblor, la sangre ajena en la piel. Un fallo y me la quitan. Un mal ángulo y no la cuento.

Me firmo una promesa simple, sin frases bonitas de taza: entrenar hasta que la decisión no me muerda. Que mis manos vayan al ritmo de mis ganas. Sin dudas cuando la cuestión sea ella.

Salimos a la tarde de Madrid. Semáforos, motos, gente con bolsas, bocinas a ratos. Todo aparenta normalidad. Dentro de mí no. Me va a durar. Hoy entiendo lo que significa de verdad

«responsable». No es nombre bonito para LinkedIn; es tragarte el miedo y dar la cara por los tuyos.

Capítulo 35

NAT

Amantis, calle Pelayo. El sitio huele a látex nuevo y a gel de melocotón, una mezcla dulce y química que me pega un subidón absurdo. La puerta hace un bip discreto al entrar. Hay estanterías a ambos lados con juguetes ordenaditos por tamaños, colores y funciones; arneses colgados con tallas y etiquetas; lubricantes con sabores; una mesa con libros de educación sexual; un par de maniquíes con lencería que no tapa nada.

Veo dos cámaras arriba del techo, una salida al fondo que da a un pasillo estrecho y otra que pone «Emergencia». Tengo fichada hasta la campanita de la caja.

Alaska me sigue a medio paso, respirándome en la nuca. Me la he pegado por orden de Irina, por mi cabeza y, vale, por mi cuerpo también. Me puede.

—No te pierdas, guapa —le digo con voz más ronca de lo normal. Me acerco un poco más de lo legal.

—Que no, sargenta —me suelta, y me roza la cadera con la suya. Contacto mínimo, electricidad máxima. Me sube el calor por la espalda y tengo que tragar saliva para que no se me note la sonrisa babosa.

Me muevo entre vitrinas. Toco una caja, leo otra, hago tiempo. Ella me sopla detrás la oreja sin querer y yo hago ver que examino un paquete de velas. La dependienta carraspea. Me aguanto la risa.

Han pasado dos semanas desde lo del cine. Dos semanas largas y raras. La primera consecuencia, la gorda, cayó sobre Vega. Rashel, jefa tecnológica, le confiscó el móvil bonito y le endosó uno de teclas. Pantalla pequeña, sin *apps*, sin cámaras decentes. Llamadas y SMS. Punto. Rashel le dio un discurso de protocolo, rastreos, metadatos, geolocalización, gente mala con tiempo libre. Media hora

de lista de errores. Vega asintió en bucle, ojos de cervatilla castigada. Ni una queja. Se quedó con el Nokia gris y le puso una pegatina de estrella, que me da ternura y pena a la vez. La he pillado dos veces tocando la pantalla a ver si se mueve el icono. No se mueve nada. Se fastidia.

La segunda consecuencia me raya y me alegra un poco: Irina le está enseñando a Alaska a usar un arma sencilla. A mí me toca no poner cara rara. La parte que me alegra es otra: Alaska en el tatami tres tardes por semana. Mi regalo en mitad del caos.

Entrena conmigo, con Luna y con Valeria. En el *dojo* de la mansión. Colchonetas limpias, cinta americana en las esquinas, altavoces que a veces hacen de DJ y a veces de ventilador, guantes en un cesto, botellas de agua alineadas porque yo las alineo. Hay un espejo que deforma un poco, suficiente para que Luna se mire y haga poses, y suficiente para que yo le diga que baje la tontería.

Luna y yo medimos un metro ochenta y llevamos años con katas, patadas y repeticiones plastas hasta que sale bien sin pensar. Valeria no llega a nuestra altura, pero es monitora de *kickboxing* y de defensa personal; pega sin avisar, coloca el peso con ciencia, te corrige con una ceja en alto y te desmonta cualquier excusa. Lleva las uñas demasiado largas, cinta en los dedos y un moño tenso. Me cae bien aunque me lleve la contraria solo para entretenerse.

—No soy un saco, soy un garbanzo con ojos —protestó Alaska el primer día, a los diez minutos, sudada, flequillo pegado, a punto de tirar la toalla que ni había usado.

—Eres bajita, delgadita y un poco enclenque —le solté sin azúcar, con sonrisa escondida—. Por eso te doy técnica. Y te la aprendes. No hay plan B.

—¿Y si hay plan C? —intentó.

—Plan C es repetir —le corté.

Le cuesta. Se ahoga rápido, los cuádriceps le piden ambulancia, la respiración se le dispara y le duele hasta el orgullo. Se le hincha la vena del cuello, aprieta la mandíbula y debate cada corrección como si le fuera la hipoteca. Valeria le desmonta el drama con calma santa: postura, manos arriba, talones activos, mirada al centro. Se lo repite sin subir el tono y le recoloca el pie con dos dedos, le ajusta el

mentón con un toque, le sube los codos hasta que ve hombros despiertos. Yo me desespero un poco con las dos, me muerdo la lengua, cuento hasta diez y vuelvo a contar. Valeria se distrae fácil, hace chistes y me suelta que parezco sargento. Le doy la razón por dentro y por fuera no, que luego se crece.

—Dejad la comedia, nenas —las corto cada dos por tres—. Guardias altas. Pies vivos. Alaska, cadera baja. Valeria, vigila sus manos. Luna, no la humilles. Luego me toca a mí consolarla y no me da la agenda.

—Qué agenda, si vives aquí —responde Luna, feliz de escucharse.

—Silencio y a currar —remato.

Luna es una petarda feliz. Entra, sale, barridos limpios, nos tumba a todas con esa sonrisa que irrita y encima pregunta si estamos bien. Cuenta repeticiones cantando, se toma los descansos para peinarse y aún le sobra aire para hablar de series. Yo marco ritmo, cronómetro en mano, cuento repeticiones, corrijo rotaciones, coloco empeines con dos dedos, acerco agua cuando toca y no antes. Tengo fama de seca. Me la gano a pulso.

A la segunda sesión, Alaska ya no miraba el reloj cada dos minutos. A la tercera, le salió una evasiva limpia. Sombra, entrada, yo amago directo, ella giró un poco de cadera, quitó línea, no cerró los ojos, soltó aire y el golpe pasó de largo. Se plantó. Me miró. Me chocó las palmas con emoción y se le iluminó la cara. A mí se me movió algo en el pecho y me negué a que se me notara.

—Bien. —Asentí con la cabeza, seca.

—¿Solo bien? —me picó.

—Repite —le dije.

Se la hice repetir. Otra. Otra. Otra. Hasta que salió igual cuatro veces seguidas. Le cambié el ángulo y se la hice repetir otras cuatro. Me insultó bajito. Me llamó pesada. Me lo merezco y me da gustito raro. En una de esas me pisa un pie sin querer, me arranca un taco, se queda blanca, nos reímos las dos y seguimos.

Le doy veinte segundos. Se los gana. Cuando se vuelve a encender el cronómetro, me mira con odio de mentira. Si me odiara de verdad, no volvería mañana. Y vuelve. Tres tardes por semana.

Yo hago que no me tiemble la voz al decir «bien» y me guardo la sonrisa para la ducha.

Las gemelas no han pisado la calle en muchos días. Ni una salida. Después del cine nadie discute. Fuera no está seguro. JARSI sigue en marcha y no se para por nuestra anécdota. Irina y las demás se largaron de la ciudad hace tres días. Maleteros con bolsas negras, mochilas con logos tapados, listas de contactos en papel, abrazos cortos. A mí me dejan la seguridad de las gemelas. Me lo tomo en serio. Reviso turnos, cámaras, rutas internas, contraseñas, puertas, botiquín. Julia, que es un ángel y tiene mano para todo, se queda en la casa, organiza, pone orden, cuida a Svet, vigila a Vega y me manda partes cada dos horas. Mi móvil suena a diario más que el microondas.

Antes de irse, Irina me miró fijo, esa mirada seca que te quita el aire.

—No te despegues de Alaska —dijo.

Y yo obedezco. Ni de su cuerpo, ni de su nombre, ni de su sombra. Por protocolo, por misión y, sí, porque ya no sé separarme. Me gustaría contárselo a Irina, ponerlo encima de la mesa, asumir las consecuencias. Me sube la culpa a la garganta cuando lo pienso. Me imagino su gesto tenso, una orden corta, puerta cerrada entre Alaska y yo. Me da pánico.

Alaska se mosquea con el secreto, con tanta norma, con tanto control. Ella no quiere esconderse. Yo intento calmarla con cariño, con juego, con sexo sin fuegos artificiales ni promesas que no puedo sostener. Funciona a ratos. Siento que el margen se me reduce cada día. No quiero llegar al punto en el que explote todo. Evito dramatizar, pero me veo en el espejo y veo las ojeras. Me río de mí, de mi plan de chica lista. Chica lista mis narices.

Vuelvo al presente. Alaska me señala un vibrador transparente. Levanta una ceja. Yo alzo otra. La dependienta se acerca por fin.

—¿Buscáis algo concreto? —pregunta, amable, profesional.

—Sí —respondo—. Discreción. Y una bolsa opaca.

Alaska se ríe, me da un codazo. Me mira con brillo en los ojos. Me tienta. Me entra miedo y ganas en el mismo lote. Cojo la cesta. Sigo con la misión. No suelto su mano.

—¿Compramos algo que vibre o algo que ate? —pregunta Alaska y se mete en la sección de silicona médica con paso decidido, nada de vergüenza y los ojos brillando.

La sigo. Estanterías altas, luz blanca, cajas con fotos que dan risa y nombres de cohete. Otra dependienta nos saluda con la barbilla.

—Primero miramos, a ver qué hay de nuevo —le suelto.

No quiero ir a saco y pillar lo primero. Alaska me lanza una mueca de niña traviesa y me pone la temperatura en una zona muy concreta.

Es nuestro primer rato solas en días. Elegí la tienda por ubicación y porque no hay cámaras invasivas. Anton y Alexei se han quedado en la puerta con bolsas de otra tienda para el teatro de pareja en compra compulsiva. Uno le sujeta el codo al otro de manera muy natural para dos tíos con espalda de nevera. Yo llevo el *ping* en el reloj, por si hay movida. No es romántico, pero lo necesito.

Alaska hunde los dedos en un cuenco de prueba de texturas. Juguetea un segundo y lee en voz alta con voz de locutora calentita:

—Silicona grado platino, hipoalergénica.

Me mira con cara de examen.

—Aprobado —digo, y me sale media sonrisa—. Sin poros, se limpia fácil. Nada que deje restos.

—Señora Velikanova, qué seria es usted en la ferretería del placer.

Me aguanto la carcajada. Por fuera, pose de señora seria. Por dentro, una enana saltando con pancarta de «sí a la higiene». Cojo un arnés negro, sencillo, tiras suaves, hebillas decentes. Lo peso. Lo visualizo en su cadera, ajustado, firme. Me imagino su espalda recta, manos en mis caderas, respiración al ritmo que diga ella. Me lo guardo y se lo pongo en la mano.

—Esto te va —digo, con ese tono que le afloja la rodilla izquierda —. Estable. Ajuste rápido. Sin costuras que rocen.

—¿Me estás pidiendo en matrimonio? —Me sube una ceja, afilada, la muy cabrona.

—Te estoy pidiendo que entrenes también con esto —respondo.

Le sube el color a las mejillas. Me lo bebo. Anoto la temperatura subida. Me entra un orgullo idiota.

Me llega la memoria de la semana pasada. Entrenar con Alaska es delicado: quererla mucho y, a la vez, enseñarle dureza. Ella me busca la risa cuando se cansa. Se tira al tatami literal para que la levante. Yo cuento cinco antes de ayudarla. No por fastidiar, por hábito de cuerpo. Valeria protesta con su discurso de «déjala respirar», y yo le planto otra serie. Luego Alaska me caza una llave limpia y yo suelto aire, cedo espalda y caigo con un poco de *show* para que se lo grabe: puede conmigo. Después, fuera del tatami, cierro puerta, la pego a mi pecho y le beso la nuca hasta que los quejidos cambian de categoría. Hago caso a Irina: «no te separes de ella». Mensaje recibido. Cumplo.

—Ese me da miedo —Alaska señala un *plug* gigante con base cromada del tamaño de un pomo serio.

—Ese me da risa —respondo—. No es para hoy. Ni para nosotras. —La imagen me cruza y me reacomodo el pantalón por reflejo.

Alaska suelta una risa y ya me tiene. Le dura dos segundos. Levanta otro juguete. Pequeño, discreto, base magnética.

—¿Y esto?

—Eso sí —digo al vuelo—. Silencioso, batería decente, vibración profunda. Cabe en mi bolsillo y no canta.

Ella entiende el código. Bolsillo igual a noche fuera y mano larga.

Lo echo a la cestita. Pillamos lubricante de base acuosa, sin glicol y sin aromas. Todo claro, envase con el dibujo de una bomba.

La dependienta se acerca sin invadir.

—Cualquier duda, estoy aquí —murmura con voz suave, sin juicio. Bien.

Alaska pesca unas esposas con peluche rosa fosforito y me las pone casi en la nariz. Pone cara de «esto nos da historias para medio año».

—Para que veas —dice, orgullosa de su hallazgo hortera.

Se las quito con dos dedos y las cuelgo atrás.

—Peluche no —digo, seria pero con el chiste en el borde—. Se humedece y atrapa bacterias. Tampoco aguanta nada. Si te sueltas, me hieres el orgullo profesional.

—Mi plan era abrazarte fuerte, no escapar del penal —me contesta.

—Pues te abrazo sin pelusa —remato.

La verdad es que no quiero andar con esos juegos ahora, intento que lo nuestro respire con cosas simples. Me propuse equilibrio sexual: ni maratón ni ayuno, placer que se entiende, consentimientos que se oyen. Y relación de pareja normal, dentro de lo que cabe.

La cestita ya pesa. Paso en modo repaso: materiales correctos, limpieza sencilla, nada de fieltros, nada de cadenas cutres.

—Eres la muerte del peluche.

Me encanta que me llame así.

—Soy tu vida con manos limpias —le respondo, y la miro directo a los ojos. Ella sabe que lo digo de verdad.

La dependienta reaparece con el mismo tacto.

—Si necesitáis tallas de arnés, tenemos probadores —ofrece, sin presión, señalando el fondo con una mano educada.

—Gracias —le digo, y miro a Alaska. Aquí no, ni de broma. Me veo explicando marcas rojas en el espejo del probador y me entra la risa.

Alaska me regala una sonrisa entera. Peligro. Cuelga de su dedo un collar de cuero suave, negro mate, cierre bonito, interior forrado.

—¿Y esto? —pregunta con esa voz que me pide juego sin gritarlo.

—Eso después de correr dos kilómetros —le digo, con una sonrisa que ya es apuesta—. Si aguantas el cardio, hablamos.

—Abusona —contesta. Me encanta que me llame así.

Me voy a la zona de cuerdas, toco el algodón trenzado. Me encantaría enseñarle dos nudos seguros, pero sé que su atención se iría a otra cosa en un segundo. Vuelve a mirarme los muslos. Luego la boca. A lo que no podemos hacer en un comercio con música amable y gente.

—Nat —dice, bajito, y se pone seria—. Lo de Valeria enseñándome… ella es buena, pero a veces se pone payasa y yo me contagio. Si me ladras, me enfado; si me miras así, aprendo.

—Lo sé —le contesto con un vistazo directo—. Por eso te ladro lo justo y luego te miro.

Me doy el gusto de arrastrar el pulgar por el interior de su muslo.

—Cadera baja. Brazos vivos —le recuerdo, y sé que entiende.

—Piensas mucho.

—Siempre, guapa. —Me río un poco—. Y ahora el doble.

—¿Y en contárselo a Irina, también? —me pregunta sin mirarme.

Se me contrae algo por dentro, un músculo que solo ella sabe tocar. No miento.

—Pienso en eso, sí. Más de lo que te imaginas.

—Porque yo me estoy quemando —dice sin rodeos, y me sujeta la mirada—. Y lo sabes.

Lo sé. Lo detesto y lo entiendo. La besaría ahora mismo, a saco, pero no. Ni aquí ni ahora. Le hago un gesto de «luego, te lo juro». Ella chasquea la lengua, pero agarra la cestita con esa sonrisa que me gusta.

—Añade un cinturón de anclaje.

—¿Para qué? —me pregunta aún un poco mosqueada, pero con esa cara de inocente que no engaña a nadie.

—Para que no te pierdas, cariño, cuando te pida que empujes —le suelto, y le guiño un ojo, que se entienda la indirecta.

—Me voy a perder igual. —Se ríe, y me toca la espalda de esa manera que me enciende el cuerpo.

Pagamos, la dependienta mete las compras en una bolsa discreta. Me ofrece una tarjeta de fidelización, paso. Salimos. Antes de cruzar la puerta, miro a todos lados: reflejos, sombras, caras que esperan. Los chicos están a veinte metros, liados en su conversación de pareja, con bolsas en la mano. Nos miran de reojo. Bien. Presentes. La calle es un jaleo de voces, motos, olores a pan y a humo. A mí solo me llega la risa de Alaska, y ya me vale.

—Vuelta directa a casa —anuncio, sin referéndum.

—¿Ni un café? —se queja, poniendo ojitos.

—Café en la cocina, guapa. Te lo hago yo —remato, con tono de victoria pequeña.

—¿Con arnés? —me pincha, y se ríe sola.

—Solo si te haces veinte sentadillas bajas sin quejarte.

—Bruta —me dice, pero le sale con una sonrisa.

Nos movemos por Pelayo, hacia la boca del metro, pero ni de coña vamos a bajar ahí. El coche nos espera en la esquina. La bolsa golpea su muslo a cada paso, y sí, me distrae. Se me escapa una

sonrisa idiota. A lo lejos huele a lluvia y a tierra húmeda; nubes gordas, luz rara. Noche con plan, y no del que cancelo a última hora.

No me despego de ella. Ni de la orden. Ni de la línea que todavía no hemos cruzado con Irina. La culpa me da punzadas. No podemos vivir a escondidas en una casa que nos protege. El día de contarlo está encima. Elegí traerla aquí porque necesitaba darle algo que no fueran alarmas y ejercicios. También porque necesito recordar que mi curro no es solo cerrar puertas: es abrirle una a una vida que no duela.

—Hoy, al llegar —le digo, y le sonrío—, entrenamos veinte minutos. Luego… probamos la batería, guapa.

—Sí, jefa —se burla, y la palabra que me crispa cuando la escupen otros se me ablanda en su boca y me pone a mil.

Cruzamos. Pelayo se queda atrás. En mi cabeza hago el inventario de siempre, pero hoy hay un hueco que no me asusta. Es pequeño, sí, pero cabe un vibrador silencioso, una promesa difícil y el primer amago de valor para cuando vuelva Irina, decirle la verdad. Y, joder, me hace ilusión, me pone cachonda solo pensarlo.

Capítulo 36

NAT

La casa del árbol es un rectángulo de madera y silencio que cruje cuando respiro. Hoy la calma no firma. Mesa despejada, lámpara baja, ventana abierta al bosque, negro salvo dos farolas. Huele a resina, polvo fino y café de esta mañana. Arrastro semanas largas: protocolos reforzados, guardias dobladas, simulacros con Alaska en la pista, informes a Irina con notas en rojo, moretones discretos, sueño cortado. Cansancio que no confieso ni al espejo.

Ordeno la casa y, de paso, la cabeza: cada cosa a su sitio, miedos doblados, culpa metida en el cajón. El móvil en modo avión, reloj en la repisa, notificaciones en cuarentena. Aflojo los hombros. No cuela. Aun así queda un rincón revuelto, justo aquí, bajo el esternón. Late la ansiedad y espera a que llegue ella y lo ponga patas arriba. Me gusta. Esta tensión me enciende y me mantiene despierta. Mira qué básica soy.

Llama al timbre una vez. Puntual. Joder. Ni margen para la duda. No miro la mirilla. Oigo su peso cambiar de pie en el rellano, ese ritmo suyo que mete prisa sin hablar. También suelta un suspiro corto. La espalda se me eriza y el calor me baja a la entrepierna. Abro.

Entra con la gabardina que se compró en su cumpleaños y una sonrisa peligrosa. Pelo recogido a lo rápido, mechones sueltos que le dan ese punto de desastre perfecto. Ojos con brillo de travesura. Uñas granate, labios con brillo. Me escanea de arriba abajo y a mí me sube el calor. Las manos piden salir del bolsillo y las encierro.

—Agente Vázquez —se presenta con voz grave que me sube el pulso—. Vengo por una denuncia.

—¿Cuál? —pregunto sin apartarme de la puerta. La voz me sale más ronca de lo previsto.

—Exceso de prudencia en esta dirección. Pena máxima: dos besos antes de entrar.

Me mira con cara de premio a mi existencia. Se me escapa una sonrisa de idiota. Le aparto un mechón de la frente con el pulgar. Piel caliente. Cumplo la pena: uno suave en la comisura, otro más cerca de la boca. Tiemblo. Meto un tercero en el nacimiento de la mandíbula. Ese no cuenta, pero me deja con hambre.

Cierra la puerta con la espalda sin soltarme la mirada y deja la gabardina en la silla.

Joder. Disfraz de policía del catálogo de *sex shop*: camisa azul muy corta, ombligo a la vista, línea de piel que me vuelve loca. Botones plateados, una placa de plástico con «OFICIAL» plantada en el pecho. Falda corta. Medias negras con liga fina. Un cinturón con funda absurda. Piernas que me suben la temperatura. Levanta el mentón, se aclara la voz, mano a la cadera. Perdida, y aún no ha sacado el atestado.

—Documentación, por favor.

Tengo entrenamiento para clavar cara de mármol. Con ella, fracaso. Me río por dentro y me tenso por fuera un milímetro. El juego me activa. Ya no distingo entre mandar y querer que me manden.

—¿Y si no colaboro? —pregunto con tono neutro.

—Se activa el protocolo —dice, solemne, ojos fijos—. Registro completo. Y sanción.

—¿Sanción? —La boca se me queda seca por puro susto ilusionado.

—Una noche entera sin tocarme.

—Tienes demasiada imaginación.

—Y tú muy poca últimamente —responde con un guiño y da un paso—. Tranquila, traigo material didáctico.

Abre el bolso con parsimonia exagerada. Asoman unas esposas, una libreta con talonario de multas de broma, una porra corta de goma, un silbato, un pintalabios rojo que pide estreno. Yo asiento seria.

Rebusca y saca un estuche negro, sobrio, elegante. No tengo que verlo por dentro; sé lo que es.

—¿Inspeccionamos la escena del crimen? —pregunta, y me tiende el estuche con cuidado, dos manos, pulgares alineados, respeto en el gesto, sonrisa que anuncia lío.

No lo cojo.

—¿Sabes lo que estás pidiendo? —pregunto, con la voz más baja, más íntima.

—Sé lo que estoy reclamando —corrige, con esa mirada que me atraviesa—. Y sé que lo echas de menos. Aunque te hagas la buena.

Buena. La palabra me cae en la lengua. Desde que supe que es Popova, desde que acepté que la quiero, dejé el juego en un estante muy alto. Ya no me salía. El mando se me quedaba blando. Ella lo notó y no insistió… al principio. Después empezó con bromas, toques, miradas. Hoy se ha presentado en uniforme. Hoy viene a por su territorio.

—Te recuerdo que en tu casa mandas tú —me suelta, con esa cara de inocente que no engaña ni a un tonto.

—¿Yo?

—Sí. Tú. Yo solo… testeo las medidas de seguridad, ¿sabes? —Hace sonar unas esposas con un chasquido tan ridículo que me dan ganas de reír—. Por ejemplo, estas.

—Eso no inmoviliza ni a Svet, que es una cría —resoplo, porque me da la risa con su numerito.

—Entonces tendrás que sujetarme tú.

Debajo del disfraz de policía cutre, aparece la Alaska que me pone loca, la que viene a por mí sin rodeos. Se acerca un paso, luego otro. El estuche roza mi estómago. Se le dilatan las pupilas, o igual es la luz del pasillo, y yo ya hago inventario de todo: cerraduras echadas, persianas bajadas, móvil en silencio, botella de agua en la mesa. Soy ridícula y lo sé; preparo logística para follar en mi propio salón.

La llevo directa a la mesa de la cocina. La siento en el borde, con las piernas colgando y esa pose de «aquí estoy, ¿a qué esperas?». Yo me hago la dura y le enderezo la placa de policía de plástico con solemnidad ridícula. Ella me mira desde abajo, barbilla alta, ni rastro de vergüenza. Se muerde el labio despacio. Nada de truco: es suyo,

es Alaska, limpio, medido, y me deja sin aire. Yo, entregada y encima feliz.

—Hoy quieres provocarme, ¿verdad?

—No. Hoy quiero recordarte quién eres, Nat. —Clava los ojos en los míos, sin parpadear.

La frase me deja con la espalda tensa y el pecho apretado. Sé quién soy en una escalera de emergencia, con la adrenalina arriba, en una sala llena de cámaras o en un pasillo que huele a peligro. Aquí, en mi casa, me he dejado ablandar por el puto amor y por el miedo a perderla. Ella no me pide daño ni circo. Quiere que volvamos a jugar con descaro, con esa mala idea divertida de antes, cuando la ciudad ni nos registraba y yo iba de invencible por pura cabezonería. Invencible, mis narices.

—Deja el estuche ahí, Alaska —ordeno con tono seco.

Ella deja el estuchito en la silla, sin una palabra. Sonríe poco, manda mucho más de lo que sabe. Qué rabia me da lo bien que me tiene.

—Y ahora, quítate la ropa.

—¿Resistencia a la autoridad? —me pincha, sonrisa fina, dientes a la vista. Calor al cuello. Soy facilona, qué le voy a hacer.

—Sumisión irónica a la autoridad —corrijo—. Y sin teatro, agente.

Se desabrocha el botón de la falda con una lentitud que me quiere matar. Tira del cierre, el metal suena en la casa en silencio. Se descalza con un toque contra la pata de la mesa. Espera la risa. Me río.

—Sigue —ordeno.

Ella se quita la camisa de un tirón, pelo alborotado, ojos fijos en mí. No baja la vista ni por error. Yo me planto delante, manos en la cadera, metida en el papel hasta el fondo.

—Último aviso, agente —bajo la voz—. O coopera o redacto informe con fotos.

—Qué dura. —Se ríe—. Lo echaba de menos.

Yo también. No lo digo. Me acerco hasta que nota mi aliento. Ella rueda los ojos, pero traga. Ahí está mi Alaska: chula, obediente cuando quiere, mía ahora.

—Bien —digo—. Empezamos. Y no me hagas repetir las órdenes.

Me tiembla la voz. Muy jefa, sí, y el pulso hecho un tambor de mierda. Me froto las manos en el vaquero para quitarme el sudor y aparentar control. No me conviene ir de bocazas y hoy me lo grabo a fuego.

—Solo una cosa: olvida un rato a Irina, los protocolos y tu apellido mafioso. Quiero que dejes de tratarme como si me fuera a romper, Nat. Y… quería ponerte nerviosa con lo que traigo ahí, a ver si todavía se te despierta algo por el cuerpo y te acuerdas de lo que te gusta.

La imagen me deja tensa. No por el nivel de piel. Por lo que arrastra. Ella me da espacio, sí, y a la vez me lo discute con cada mirada. Me mide palabra a palabra. Quiere que coja el control del juego, ese que con ella ya no me sale automático y me da un pelín de miedo. Y lo irónico: si le sigo el guion, al final obedezco yo. Planazo.

—Tú no vas a llevar nada, Alaska —decido, con la voz firme, por fin la voz me hace caso. Si quiere sado *light*, le sirvo ración y postre.

—¿Ah, no? —me suelta con ese tonito que tienta y pica a la vez.

—No. —Le cojo la muñeca. La piel caliente, el pulso rápido, una cicatriz mínima cerca del hueso que siempre me distrae—. Hoy jugamos.

Nada de teatro. Exhala por la nariz, lenta. El cuerpo se le coloca solo, espalda bien rectita, hombros sueltos, barbilla en alto. Me mira con brillo en los ojos. No es mirada dócil, ni falta que hace. Es elección. Me elige. Y pesa. Y me puede. Y sí, me da miedo y me gusta, las dos cosas juntas, qué sorpresa, yo complicándome la vida, sin novedad.

—Normas, Alaska —le digo, firme, con un puntito de guasa, que el protocolo también calienta si se usa bien—. Si algo no te gusta, lo dices alto y claro. Si te pasas de lista, te paro. Y si te ríes en mi cara… me lo cobro, con intereses y recargo.

—Lo de antes, ¿no? —pregunta, con inocencia falsísima, esa que me da ganas de morderle la sonrisa.

—Lo de siempre, guapa —remato, la agarro de la cintura y la acerco. La mesa está fría y le arranca un suspiro que me sube directo al pecho. La tengo pegada, la piel arde bajo mis manos.

Preparada. Yo también, aunque mi estómago haga piruetas de circo cutre.

Mis manos van por piel que conozco de memoria. No busco, ya sé el camino y no me pierdo.

Ella suelta medio chiste, chulita. Se lo corto con los labios. Cierra la boca y se ríe por dentro, luego la risa se muere y el pecho le sube rápido. Me enseña el cuello sin hablar, oferta clara. Ese cuello ya es territorio familiar, sin poesía barata.

—Más seria —le ordeno al oído, la voz ronca, la boca muy cerca.

—Vale, jefa —responde—, y ese susurro me excita; ese sí me acelera.

Le rodeo las muñecas con el cinturón de la gabardina y hago un nudo simple. No aprieta. Le queda precioso el pequeño cruce de las manos, un gesto de entrega que me alimenta el ego sin vergüenza. Podría soltarse en un segundo, lo sé, y me da subidón que ella también lo sepa. No se suelta. Se queda quieta, la mirada clavada en mí. Yo le recorro el rostro con los dedos, trazo la línea de la mandíbula, la comisura de los labios, la curva del cuello. La dibujo con la boca y con el cuerpo, sin prisas tontas.

—¿Te acuerdas de cuando me pedías que te doliera un poco? —le pregunto con voz de seda.

—Me acuerdo de que no te temblaba el pulso.

Me calienta esa memoria. Le tomo la barbilla con firmeza, la obligo a mirarme con dos dedos en la mandíbula. Alaska quejica, Alaska lista, Alaska bravita; hoy se presenta otra versión: regalo sin lacitos, disciplina voluntaria.

—Y yo que quería usar el arnés contigo —se atreve—. Hacerte un «arresto ciudadano».

—Después —prometo—. Cuando te lo ganes.

Me mira con hambre y con guasa. Yo marco tiempos. La contengo cuando se acelera, le pido palabras. Le cuesta obedecer, le fastidia el verbo, le duele el orgullo. Lo hace fingiendo que no.

—Más —murmura. La voz le sale rota y limpia.

—Pide bien.

—Por favor.

—¿Por favor, qué?

—Por favor, no pares.

No paro. Le recorro los brazos, las costillas, el vientre. Le beso las clavículas, le muerdo suave el hombro, le paso la lengua por el hueco de la garganta. Le aprieto los muslos con las manos, le separo las rodillas, le sostengo la nuca.

Le doy, la suelto, la vuelvo a poner en línea. Le digo cuándo, dónde y cuánto. No le robo nada; se lo devuelvo con extra. Me pongo seria un segundo y me sale fatal, me río sola en su cuello.

—Eres muy lista —le digo, y ella me mira medio descolocada—. Demasiado para mí.

—No. —Se ríe, hundida en el placer—. Tú eres la lista. Yo te sigo.

—Mentira. —Le muerdo cerca del oído—. Esto lo querías tú. ¿Te duele? —pregunto en su cuello, y le marco las muñecas atadas.

—Me gusta —susurra, y se me deshace en un suspiro largo.

Le aflojo el nudo lo justo para que pueda mover las manos un poco. Le beso las marcas que ha dejado, rojas y limpias. Me mira con esa mezcla de orgullo y rendición que me hace tragar saliva. Le paso el pulgar por el labio inferior y me lo chupa sin vergüenza.

—Déjame ponerme el arnés y lo hago como tú quieras —murmura, testaruda hasta para suplicar.

La ignoro y la desnudo del todo. Le paso la palma por la espalda, de arriba abajo, y le cuento lunares. Uno, dos, tres. Ella tiembla, yo también. Me mira, asiente. Sigo. Y no paro hasta que me pide agua, y luego más, y luego repite lo del arnés. Y yo, que me hago la dura, ya estoy abriendo el maldito estuche. Qué poco me dura el teatro.

Fuera ya es tarde; el reloj marca las once. Dentro hay olor a piel caliente y a vela medio apagada. Yo regreso a un sitio que daba por cerrado, antes prohibido; ahora entra aire, hay luz, hay salidas claras y todo bajo control. Es un juego antiguo, sí, pero con reglas nuevas y un placer que me desborda. No soy la de antes; soy la que puedo ser con ella, y me flipa.

La pongo de pie con cuidado. Le paso la palma de la nuca a la cintura. La llevo a la pared de madera barnizada; su calor pega contra la tabla fría y suelta un suspiro que me perfora el estómago. Le sujeto las muñecas sobre la cabeza con una mano; los dedos le rodean los huesos finos y noto la tensión dulce, el tirón justo.

Con la otra marco ritmo, lento, fijo, cabrón, de esos que sacan temblor y mirada perdida. Le exprimo un gemido con paciencia. No hay violencia; hay control y ganas. No hay público; solo nosotras y esta fiebre privada. El pelo se le pega a la frente y yo me siento una reina cutre de barrio haciendo un cuadro precioso en dos metros de cocina.

—¿Te lo ibas a poner tú? —pregunto con malicia limpia.

—Tal vez.

Sonríe, vencida y orgullosa a la vez, ojos brillantes, boca húmeda.

—Otro día. Hoy mandas poco.

—Ya —dice, y ese «ya» me cae dentro con calor.

No mueve un músculo de más. La espalda recta, la boca firme. Los dedos, en cambio, no aguantan quietos; le tiemblan apenas, le sudan. Suspira y me mira fijo. Por fuera, hielo. Por dentro, se le desordena todo y me llega entero.

A veces pienso que se le nota el oficio de escort. Entra en la gente sin pedir permiso. Ajusta el tono, el ritmo, la distancia. Detecta lo que quiero antes de que yo lo nombre. Me corrige la postura con un toque mínimo, abre la boca en el segundo exacto, clava la mirada y me vuelvo torpe. Conmigo no sobreactúa, no hace paripé. Me empuja, me provoca, cede, y joder, me encanta.

—Nat. —Le tiembla la voz. Me llega directo—. Te quiero.

La frase me atraviesa el pecho y me deja sin aire. La beso sin pensarlo. Labios calientes, dientes que chocan, lengua que pide y da. Sabor a menta y a nosotras. La beso porque quiero, porque la he echado de menos sin saberlo. Ese beso me calma y me enciende a la vez. Luego respiro, vuelvo al tono, a la altura que me pide, al juego.

—A la mesa —ordeno con la voz más grave de lo normal.

Obedece con esa ironía suya que no molesta, que calienta, que alimenta mis ganas. Arrastra la silla sin vergüenza, me lanza una sonrisa lateral que me prende las orejas. Mi cabeza por fin se despeja; la culpa se aparta.

No hace falta que ponga el paso a paso. Lo de después es conexión pura, de la que te deja las piernas flojas y la mente en blanco. Inevitable, brutal, limpio, justo. Quedamos pegadas un rato,

respiración fuerte, sudor salado, piel que no quiere distancia. Yo intento hablar y solo me sale una risa tonta; doy pena y gloria a la vez.

Apoyo la frente en la suya; noto su calor y la respiración agitada. Se ríe un poco con una risa ronca que me puede. Tiene las mejillas rojas y una marca de mi boca en el cuello que me da orgullo de barrio. Está exhausta, y yo igual.

—¿Y bien, oficial? —jadeo, voz rota—. ¿Estoy multada?

—Estás absuelta —contesta—. Por buen comportamiento.

—Ahora, tranquilita.

—Qué aburrida —protesta en broma y me pellizca la pierna.

—Cállate.

Le traigo agua, bebe y me mira. Me da risa, porque lleva una pinta de desastre que no manda ni en su flequillo. Se sienta en el suelo de madera, espalda a la pared, piernas estiradas y dedos jugando con el borde de la alfombra. Yo, frente a ella, piernas cruzadas, cuento en silencio el descenso de la adrenalina y el regreso a la calma. El piso huele a sexo y a vela ya apagada; la ventana empañada me chiva que ha subido la temperatura de verdad.

—Me pone a mil lo listilla que eres —digo sincera.

—Me pone que lo admitas —responde; se le escapa una sonrisa que me remata—. Y… —alza el arnés con dos dedos— me pone que me lo hayas negado hoy. Me encantan tus *no*. Son un reto, una promesa de que luego caerá un *sí* más potente.

La admiro. También me asusta, y no poco. No lo digo; no hace falta. Ella lo sabe, lo siente. Apoya la cabeza en mi rodilla. Yo me quedo quieta, disfruto su peso y su calor. Le aparto un mechón que le tapa la ceja, me relamo, vuelvo a respirar normal.

—Te vas a reír —confiesa, con esa voz que me llega hasta el fondo—. Cuando venía para acá pensé tres guiones distintos por si te ponías en modo monja tibetana. Tenía chistes, tenía plan B, tenía discurso emotivo con lágrimas. No me ha hecho falta.

—No. Me has traído de vuelta. No me dejes irme más.

—No pienso.

Nos quedamos calladas un rato, el silencio se vuelve cómodo, cálido. La casa del árbol se enfría un poco y cierro la ventana. Cuando vuelvo, Alaska se ha puesto la gabardina, sin nada debajo y sin abrochar, y me tienta apretarla de nuevo contra la pared, besarla hasta que se le olvide dónde está. Me contengo; le debo calma, le debo este espacio.

—Tengo que decirte algo —empiezo, y no es el momento, pero la verdad empuja: lo de Irina, la culpa, las ganas de confesarlo todo y que caiga lo que tenga que caer. —No puedo prometerte que…

—Ya —me corta con suavidad, con una sonrisa que me desarma —. Lo sé. Pero hoy no. Hoy necesito que seas simple.

—¿Simple? —pregunto, con una ceja levantada.

—Sí. Ya has sido jefa, maestra, verdugo bueno y novia intensa. Hoy… —me sonríe con descaro— no hemos terminado.

—¿No? —pregunto, con la voz más suave de lo normal.

Se pone de rodillas sobre la madera, con una agilidad que me sorprende, y me coge de la cintura.

—Hoy manda hasta que yo diga basta.

El corazón me da un golpe seco y me quita el aire. Esa línea fue su regalo del día uno, y la guardo en secreto desde entonces. Me llega otra vez, directa, una promesa limpia. Me inclino. Le enciendo la mirada con la mía. No parpadeo. Me pongo seria, porque este juego es serio y es nuestro. Le tomo las muñecas con decisión limpia, el pulso a toda pastilla, y siento el *clic* en la cabeza: foco.

Y, antes de recuperar el timbre que me pide, pregunto lo único que hace falta para que todo esté bien, claro, nuestro:

—¿Palabra de seguridad?

Capítulo 37

NAT

Hoy ha vuelto Irina y no voy a darle más vueltas, ni a la cabeza, ni al corazón. La he parado en el pasillo, le he soltado que necesito hablar con ella esta tarde, sin falta. Podría rajarme, Me tienta largarme, montar un simulacro de incendio, inventar un informe urgente o declararme víctima de una gastroenteritis explosiva. Soy especialista en excusas nivel campeonato cuando me cunde el pánico. Pero no. Se lo prometí a Alaska, y cuando le prometo algo a ella, es palabra de Nat. No se rompe. Lo haremos juntas, sí o sí.

Juntas, pero con coro. Vega se ha apuntado. Y cuando se lo conté a Rashel, dijo que venía también. Rashel tiene un efecto raro: te mira y te frena. A Irina le basta un cruce de ojos con ella para parar. Me vale. Así que aquí estamos, las cuatro, listas para lo que venga.

El sitio es La Sombra Dorada. No tiene ni rótulo ni luces de neón. Es una puerta ciega en un callejón discreto, con madera vieja, un marco de hierro y un pomo de latón que brilla con forma de luna torcida. El portero nos escanea un segundo de más; no hace falta tarjeta, el tío archiva nuestras caras en su nube cerebral y abre. Dentro, una escalera alfombrada gris carbón desciende en curva; amortigua el paso y la música va llegando suave. El aire cambia de golpe: temperatura más baja, humedad justa, olor a *whisky* de gama alta y madera encerada.

La penumbra es exacta. Ni faro ni cueva. La clientela encaja con el sitio. Yo también. Aplauso interior para el buen gusto y para mi capacidad de parecer que pertenezco.

De la barra llega tintineo fino. Buen presagio: aquí se bebe bien y se paga mejor. Tras la barra, botellas ordenadas por tonalidad, del ámbar al negro; etiquetas sin polvo; hielo grande y transparente que no diluye la bebida en un minuto; cítricos con corte recto y cáscaras que brillan; una carta corta con clásicos bien escritos y un par de rarezas para postureo. Un barman con peinado perfecto remueve un vaso mezclador sin aspavientos.

En el fondo, biombos bajos y visillos japoneses con caída perfecta. Un gesto y queda todo cubierto; conversación a salvo, móviles dentro de fundas opacas, reloj tapado y acuerdos que no salen por la puerta.

La seguridad no destaca, pero está. Dos cámaras camufladas en rosetones del techo, lente minúscula que se confunde con la moldura. Señal de salida discreta, luz de emergencia suficiente para no tropezar. Nada de bronca de bar de barrio. JARSI usa este sitio de territorio neutral; nadie se hace el bruto, todo el mundo cobra lo que quiere y los problemas se resuelven con dinero o con miradas, no con hostias.

Irina ha llegado antes. No trae escolta visible. Nos espera en un reservado semicircular, en un sofá bajo de cuero negro con una mesa pequeña de mármol veteado. No está mirando el móvil, ni se distrae con el ambiente. Tiene la postura de una mujer que acaba de volver de donde sea y ya está donde siempre, en su sitio, controlando. La luz le dibuja un filo en la mejilla, un detalle que me chiva que está tensa. Me ve y no sonríe, pero me hace sitio con dos centímetros de gesto.

Alaska entra detrás como entra ella cuando decide no estorbar: Abrigo negro que le marca el torso, coleta alta que deja al descubierto esa nuca que me vuelve loca y la cara limpia, sin una pizca de maquillaje, no le hace falta, es perfecta al natural. La miro y mi cabeza se queda en blanco; mi cuerpo reacciona y ya.

Detrás de ella, Vega llega potente, en su salsa. Chaqueta abierta; ya se le nota esa curva dulce en la tripa bajo la seda de la blusa. Avanza más despacio y se sienta con cuidado, mano a la barriga.

Y Rashel, que cierra la fila con su paso firme, ni rápido ni lento, con ese aire elegante que es su marca personal. Le hace un gesto con la cabeza a Irina, una sonrisa mínima.

—Buenas noches, chicas —saluda Irina, y su voz es neutra, pero su mirada ya escanea cada rincón, cada persona, cada sombra.

—Buenas —responde Rashel.

—Hola —añado, y me sale en un hilo. Fantástico, Nat, otro aplauso.

Alaska se sienta a mi izquierda. Justo donde sé que si alargo la mano, la rozo. Vega se sienta al otro lado de Alaska, su escudo protector, y Rashel se planta junto a Irina. La distribución perfecta para que mi corazón haga *boom-boom* sin parar.

El camarero aparece sin ruido. Traje impecable, zapatos que no suenan, mirada atenta sin invadir. Deja un posavasos de piel ante cada una, centrado al milímetro. Irina pide vodka en vaso bajo, sin hielo. Rashel té negro, bien caliente. Zumo de naranja sin pulpa para Vega y una cerveza para Alaska.

—Agua con gas —pido yo. Hidratación y control; no me fío de mí.

El camarero asiente sin anotar nada y desaparece. La memoria forma parte del *show* y el *show* está montado para que nadie levante la voz.

Yo fijo la vista en la veta del mármol para no clavarla en la nuca de Alaska, recoloco el flequillo y respiro por la nariz. Me tiembla la pierna derecha bajo la mesa; cruzo las piernas y la paro. Irina me mira de refilón y yo enderezo la espalda un centímetro más. Vale, Nat, profesionalidad. O un intento.

Respiro, intento calmarme y cuento. Sí, la contadora compulsiva ataca de nuevo. Es eso o salir disparada. Lámparas: siete. Dos con tulipa dorada, una con polvo, otra parpadea y me da rabia. Salidas: dos evidentes con puerta pesada y portero aburrido, y la tercera detrás de esa cortina fea que nadie mira, mi favorita desde siempre. Aplico protocolo: pulgar en la clavícula, aire en cuatro, suelto en seis, hombros abajo. Nivel dios, sin abuela. Y aun así, me tiembla un poco el labio. No recuerdo una charla que me dé tanta cosa desde… ni idea, mi memoria selectiva me protege.

La Sombra Dorada existe para soltar lo que fuera del local se castiga o se niega. Aquí las paredes aguantan. Y además es el único sitio en el que Irina no rompe vasos. La tienen fichada, le ponen vidrio grueso o directamente plástico. Dato relevante para la paz mundial.

Siento el roce de la rodilla de Alaska contra la mía. Sutil, directo, eléctrico. Le devuelvo el toque, un poco más largo, un poco más atrevido. Su perfume se me queda en la nariz. Sus uñas pintadas de negro driblan el borde del vaso vacío, me mira de reojo. Esta noche.

Se lo vamos a decir esta noche. Juntas. Sin discursos épicos, que me conozco.

El camarero deja el vodka con cuidado. El cristal suda, el hielo canta. Irina no bebe; deja el vaso ahí y me mira con esa paciencia con fecha de caducidad. Dedos tensos, mandíbula marcada, pie que golpea el suelo con ritmo militar. Nerviosa. Lo sé. Está en modo francotiradora de emociones, y yo soy el objetivo que se ha puesto diana en la frente por voluntad propia. Bravo.

Abro la boca. La frase sube a la lengua con todas sus letras, ya sin plan B, sin red, sin chiste de apoyo.

Y entonces vibra el puto canal seguro en el bolsillo. Dos veces. Código ámbar. Nunca falla: la vida espera a que inhale para hacer su numerito. Es Alfa. Anton, vamos. Saco el móvil sin teatro, giro la muñeca como quien mira la hora de cortesía, y aun así siento el corazón dar un salto que me deja sin aire. Mensaje corto:

> «Cambio de disposición en la entrada. Hay caras conocidas alrededor. Controlado. Recomiendo sala de espejos».

Levanto la vista y Rashel ya me está mirando. Nos bastan los ojos, siempre. Inclina la cabeza un centímetro, en señal de «Tranquila». Irina no pregunta; observa. Alaska se queda quieta, según me prometió. Y Vega se lleva la mano a la barriga sin darse cuenta, tic nuevo desde hace dos semanas.

—¿Todo bien? —pregunta Irina, y no es cortesía; es control.

—Todo en orden —respondo, con voz profesional, y señalo con la mirada el visillo del fondo, la sala de espejos con acceso directo a la cocina y de ahí a la salida técnica.

El camarero lo entiende de inmediato, se acerca con discreción de oficio y nos ofrece trasladarnos a nuestra mesa habitual.

Irina asiente. Nos desplazamos con sincronía de equipo. Nada de prisas ni de drama. La tela cede y detrás aparece un cubículo silencioso, forrado de espejo ahumado y madera. La mesa es pequeña, las sillas son cómodas, la luz más baja. Desde aquí solo se nos ve si nos da la gana.

Corro el visillo hasta que queda pegado. Me siento con la espalda firme, orientada a la puerta y a la junta del panel, para vigilar sin que se note. Las manos por fin se secan. La cabeza, no.

Miro a Irina. A Rashel. A Alaska. Las tres en cuadro, luz baja, madera barnizada. Tengo la frase lista. Tengo el orden. Tengo el motivo.

Irina me capta. Curva un dedo sin ruido.

—Habla.

Inspiro y abro la boca, pero Vega me corta.

—Voy al baño, no aguanto, lo siento. —Se toca el costado—. Y… joder, tengo un hambre seria. Me comería una vaca, y soy vegana.

—Ve —asiente Irina, sin levantar la voz—. Pido comida mientras vuelves. Así no perdemos tiempo.

Alaska se levanta con ella sin mirarme. Golpecito sordo en el estómago. Las dos operan en dúo; ya no pienso en eso, pero lo noto. El escolta de interior se despega de su esquina, dos pasos detrás, distancia limpia. Yo no me muevo. Soy jefa de su seguridad, la sombra de Alaska, la que mide riesgos y rutas. Hoy me quedo sentada a la mesa de las que deciden. El cuero me sujeta la espalda. Raro no ir pegada a Alaska y, a la vez, respiro mejor sin tener que cronometrarles la ida y la vuelta del baño. Me guardo la energía para la frase. La que va a mover el tablero.

Irina alza dos dedos. El camarero aparece al instante.

—Cinco hamburguesas. Una vegana. Las otras, de carne, al punto. Patatas aparte, bien doradas. Dos ensaladas verdes. Agua con gas, otra ronda de té y un vodka más.

—Que la mostaza sea la casera —añado—. Y pan pequeño, caliente.

Salivo. Las hamburguesas de aquí son absurdamente buenas. Pan caliente y crujiente, carne que sabe de verdad, pepinillos finos, cebolla sudada hasta quedar dulce, queso en su sitio y esa mostaza que te obliga a cerrar los ojos un segundo. Hoy la necesito ya. Y luego hablo.

—¿Cómo estaban los chicos de Bratislava? —Irina corta el silencio.

—Cumplen —responde Rashel—. La ruta por Lisboa es más limpia. Menos manos, menos sorpresas.

Negocios. No las justicieras. Yo escucho por oficio, aunque ya no sea mi función directa. Hoy se me escapan datos por la rendija de la atención. Me tiembla un dedo. No hace frío. Me repito el plan para no salir corriendo: en cuanto vuelvan las gemelas, lo digo. Lo digo y ya. El cerebro va en una sola dirección: Alaska. No hay botón de apagado.

Bebo agua a sorbitos rápidos y me cae un hilo en la mano. Detalle fino para disimular. Irina gira el vaso sin probarlo; uñas impecables, mirada fija en nada. Rashel revisa el móvil debajo de la mesa; pantalla que ilumina el mantel un segundo, bloquea, vuelve a encender. Yo cuento respiraciones. Ocho. Nueve. Diez. La cabeza me da una vuelta.

Las gemelas regresan antes de que llegue la comida. Corren el visillo y entran juntas. Se me pegan los pies al suelo. El escolta se repliega fuera, donde debe.

—¿Me he perdido algo? —pregunta Alaska, rozándome el hombro al sentarse.

—Pan de oro y logística —masculla Rashel con su misterio de siempre. Lo suelta sin explicar. Habla de la francesa con la que tratan ahora. La mejor falsificadora del continente. Me da intriga pero ahora mismo me da más igual.

Me sube el pulso un punto y medio. Es ahora. Labios secos. La lengua pegada. El cerebro decide joder un cable justo en el momento clave. Abro la boca para largarlo todo, para decirle a Irina lo que llevo guardado desde hace semanas. Preparé versión A, B y C. Solo necesito que la voz salga sin un gallo.

Pero claro, dos camareros entran con una bandeja enorme y cinco campanas de plata. Las destapan y una nube de olor tibio, a pan, a plancha, a mostaza, a jugo salado, llena todo el cubículo, me envuelve. Yo sonrío por puro reflejo.

Alaska y Vega se miran. A Alaska se le cae la expresión; funeral total. Ni parpadea. Echa la silla un dedo hacia atrás, huidiza del plato, con repelús real. Vega pierde color; parece que se marea. Ahí van: se agarran las manos bajo la mesa. *Clic* de hermanas. Lenguaje de ellas. Nadie más lo entiende.

—Perdón —dice Alaska, y la voz se le rompe por un sitio que yo no le conozco—. Llévensela, por favor.

—¿La suya? —pregunta el camarero, educado, con cara de no entender nada.

—Todas —escupe Alaska, con un tono que me congela—. No quiero verlas. Ni de coña.

Irina no pregunta el porqué. Nunca suelta esa palabra cuando alguien que le importa se queda sin aire ni voz.

—Llévenselas —ordena, ya directamente al camarero, con su voz de jefa—. Traiga fruta. Y pan. Y… sopa. Lo que sea, pero que no sea eso.

Cierran las campanas, recogen los platos y el olor se retira. El aire queda raro, falta algo.

Rashel hace tintinear la cucharilla en la taza y corta el silencio un poco. Yo no veo otra cosa que la mano de Alaska enganchada a la de Vega bajo la mesa. El pulgar va y vuelve en bucle, caricia de tranquilidad. Me da pena y me da un ataque de torpeza emocional.

—Yo… —empieza Vega, incómoda, apenas con voz.

—No —la corta Alaska, seca, tajante—. Ahora no.

—Alaska. —Vega se pone seria, serísima—. Se lo voy a contar.

—He dicho que no.

—Ahora no estamos solas, lo decimos ya —prosigue Vega, firme de una forma que me sorprende; no es la suya.

Miro a Irina. Está quieta, en modo pensar. Miro a Rashel y me hace un gesto pequeño, de espera. Yo, por dentro, hago inventario mental: hamburguesas, asco, mano, secreto. Nada encaja en mi cabeza. Se me tensa el cuello. ¿De qué va esto? ¿Qué está pasando?

—Me da igual —protesta Alaska, y no está chula; no es la Alaska de siempre—. No es el momento, Vega, cállate.

—No —corta Vega con otra voz, más fuerte y más determinada—. No vamos a esperar más. Cada día cuenta para ellas.

La frase no encaja. Se planta en medio del reservado y nos deja descolocadas. «Cada día cuenta para ellas». ¿Quiénes? La cabeza me hace ruido. Me entra calor en la nuca.

Busco el borde del asiento con la mano y lo agarro fuerte. No quiero temblar ni montar el numerito. Tenía el maldito discurso

preparado, mi gran verdad con Alaska, con su orden de puntos y todo, superdramática yo, y ahora eso se aparta sin aviso, a un lado, fuera de plano. Porque aquí hay algo más gordo todavía.

—¿Qué pasa, chicas? —suelta Irina, impaciente.

Alaska le agarra la mano a su hermana ahora por encima de la mesa, sin esconderse, aprieta. Rashel, que siempre tiene una solución rápida, le planta un vaso de agua delante a Vega con un «toma» silencioso. Ella gira el vaso con un dedo. Lo hace lento, fijándose en las gotitas que resbalan. Cuando habla, no calienta motores ni se va por ramas.

—Entramos en el centro con ocho años, ya lo sabéis. Dos mochilas de tela hechas polvo, zapatillas con agujeros en la puntera y la idea absurda de que mamá volvería si nos portábamos superbién. El resto se resume fácil: llorar la primera semana hasta quedarnos sin lágrimas, pelearnos por la litera de arriba, escondernos detrás de los columpios para que no nos vieran las cuidadoras. Éramos enanas y peleonas. Allí… al principio nos trataban bien. El patio era grande, nos daban cacao de desayuno y las cuidadoras tenían camisetas de colorines.

Alaska fija la mirada en un punto del mantel, concentrada. No la interrumpe. Ni un resoplido. Irina apoya la muñeca en el borde frío de la mesa y la otra mano encima. Postura de grabadora humana. La conozco. Miro a Rashel: manos entrelazadas, espalda en tensión, ceño en modo analítico.

—El director nos «adoptó» —sigue Vega, y hace comillas en el aire—. Nada de papeles ni juzgado ni movidas legales. De trato. Nos sacaba del jaleo, nos revisaba los deberes con paciencia, nos daba meriendas extra «porque sí». Y regalos tontos, que para nosotras eran un tesoro: pinturitas, pulseras de hilo, libretas con portadas brillantes, chicles de fresa, gomas con olor. Los demás decían que éramos sus favoritas. Nos reíamos y ya. Éramos dos crías. Veíamos lo bueno y punto.

Hace una pausa mínima. Rashel no parpadea. Yo tampoco, porque veo venir de qué va esto. Me pican los ojos, no sé si por puro susto.

—A los once —la voz de Vega se afina— empezó a llamarnos a su despacho. Primero a mí, luego a las dos. A pedirnos «cosas». Con la puerta cerrada. Nosotras no entendíamos al principio. Después sí. Y no lo contamos. Nos daba miedo. Nos daba vergüenza. Pensamos que la culpa era nuestra por aceptar meriendas y regalos. Por ser «las favoritas».

El cuerpo me avisa antes que la cabeza. No necesito el resto. La palabra «cosas» pesa. Irina tensa la mandíbula, ese milímetro que anuncia tormenta personal. El pulgar le aprieta la otra mano. Alaska no suelta a Vega. Le sube el agarre, le cubre los dedos con los suyos, firme.

En el silencio me cae la ficha: ya estamos dentro del lío. Una vez más Vega no tiene ni idea de lo que va a provocar esto. Y no hay marcha atrás. Me gustaría tener una frase inteligente. Lo que tengo es un nudo en la garganta y un «joder» bajito que no me atrevo a soltar.

—Al principio eran… bueno, posados, ¿sabéis? —Vega se rasca la muñeca, busca palabras que no den arcadas—. Enseguida aprendimos de qué iba el rollo, era siempre lo mismo: fotos, un silencio que te comía por dentro, y si no soltábamos prenda, premio. Nos sacaban a comer una puta hamburguesa. Como si fuera la gran recompensa por callarnos.

Alaska mira al vacío y ahí pillo su «llévensela de aquí» tan claro como si lo hubiera gritado yo misma.

—Luego, la cosa se puso peor, claro —sigue Vega, con la voz más baja—. Se sumó otro de esos «cuidadores». Ya no eran solo fotos, no. Empezaron a grabar. Y a ver, ellos no nos tocaban, ¿vale? —Mira a Irina, dejando eso claro—. Pero nos forzaban a participar en escenas delante de la cámara que no queríamos ni en broma. Humillaciones. Cosas que te dejan sucia por dentro. Y si te negabas, venían los castigos chungos: menos tiempo en el patio, te quitaban las pocas cosas que tenías, ni una mirada amable. Aislamiento total. Te dejaban ahí, sola, con tu mierda, sin una marca en la piel, pero por dentro te doblabas, te hacían polvo. Nos quitaron hasta la Barbie. La puta Barbie.

Me acuerdo de mí misma, con once años, y siento que no puedo aguantar el peso de todo esto. Vuelvo a mirar a Irina: está tiesa, con furia en la mirada. Absorbe, procesa, lo guarda todo en su cabeza para usarlo después. Es como una máquina de precisión, y eso me da un poco de miedo, pero también me tranquiliza, porque sé que si Irina lo guarda, es para reventarlo todo.

—Alaska intentó pararlo, ¿eh? Hizo un montón de ruido, se encaró con ellos, se escapó un par de veces. Yo… —se encoge de hombros, con una expresión de cansancio antiguo— a veces obedecía para que se acabara antes. Otras veces no. Hubo semanas que no pasaba nada. Y otras, vuelta al despacho y al puto premio.

Premio. La palabra me cae encima. Me lo imagino todo como si estuviera allí, en ese momento: la puerta cerrada, la luz de tubo asquerosa, esos dos hombres y ellas. No quiero verlo, lo juro, pero se me mete en la cabeza y ahí se queda, fijo. Me da rabia no haber estado allí para haberle partido la cara a alguien.

—Paró cuando nos fuimos —remata Vega, con la voz casi inaudible—. Al menos, paró para nosotras. Las pequeñas nuevas… — no termina la frase. Ni falta que hace. El silencio lo grita todo.

Alaska retira la mano y se la lleva al cuello; la deja ahí, con los dedos clavados en la piel. Rashel inclina la cabeza un centímetro, lo justo. Irina no se mueve un pelo, pero la comisura de su boca se hunde y se contrae. No pregunta. No promete. Todavía no. La veo. La siento.

—Los nombres —pide Rashel, en voz baja, sin romper el hilo.

—Luego —dice Alaska, con una dureza que no va contra nosotras, va contra el aire, contra los recuerdos—. Ahora no.

Vega asiente despacio. No se echa para atrás. Le tiembla un poco el vaso entre los dedos. Está lista para tirarlo todo a la mesa, y yo, que poso cara de piedra, por dentro estoy malísima.

—Solo una cosa más. No fue un error. No fue algo que pasó una vez y ya. Era rutina. Días fijos, palabras fijas, el mismo puto camino hasta la puerta lateral para el premio. Y nadie veía nada. O nadie quiso ver.

Sé lo que viene. Lo veo venir sin ser adivina: Irina hará lo que hace cuando le tocan la casa y a los suyos. Pero no ahora. Ahora

solo se tensa. Y yo, pegada a ella, me tenso también. La espalda rígida, los hombros arriba, las piernas listas aunque mis rodillas ya avisan que son traidoras.

Vega bebe y se aclara la voz. Se pasa los dedos por la garganta, toma otro sorbo, respira hondo.

—Y cuando crecimos, fue peor. Ya sabían dónde apretar para que obedeciéramos. A veces metían a algún chico del centro, ¿sabes?, «para variar». Nunca… —gesto rápido con la mano, pura orden de borrar— llegó a eso. No nos violaron, ¿eh?

La sangre me sube a la cara. Ese «no nos violaron» me da en pleno estómago. Suena a rebaja del crimen, a descuento de mierda. Irina se tensa un grado más. Se le marca la mandíbula, arista dura que yo solo le veo en funerales y cuando cocina venganza.

—«Solo» nos obligaban a hacer cosas entre nosotras —suelta Vega, y le oigo una normalidad aprendida que te abre otra raja por dentro—. Ellos miraban. Grababan. Fotos, vídeos. Promesas de que nadie vería nada, que era «arte», decían. Si hablábamos, nos caían consecuencias. Amenazas, castigos. Yo pienso que deben de existir miles de imágenes por ahí, sueltas. No era solo morbo, ni de lejos. Olía a negocio. A veces se masturbaban delante nuestra.

El hielo ya ni suena. Rashel anota en su cuaderno mental lo mismo que yo tengo plantado en la frente en letras rojas: tráfico, pederastia. Tan claro que da náuseas.

—A los quince fuimos a la policía —interviene Alaska, firme—. Pensamos que nos ayudarían. Nos dijeron que no exageráramos, que teníamos suerte de que nos cuidaran. El director se enteró al día siguiente, claro. Tenía contactos. Y ahí llegaron los castigos de verdad: traslados a dormitorios peores, colchones rotos, duchas frías, sin patio, sin llamadas. Y separarnos. Eso dolía.

—Cedíamos —admite Vega— porque nos decían que, si no colaborábamos, las pequeñas nos sustituirían. Y nosotras… joder, no queríamos que pasaran por lo mismo. A los dieciocho… nos fuimos. Con los ojos cerrados, intentando apagar todo. No podíamos hacer nada —remata en un susurro, casi pidiendo perdón por haberse ido. Mira a Irina fijamente y le cambia un poco el tono. Peligroso—. No puedo dejar de pensar en que tú podrías hacer algo.

La frase se queda en medio de la mesa. A Irina se le corta la respiración; ya no escucha, calcula. Me da un vuelco ver su expresión. Rashel le posa la mano en el antebrazo con cuidado, intento de freno sin montar escena.

—Nombres.

No pregunta. Es un antes y un después. Alaska se muerde el labio y mira a su hermana. Vega asiente muy despacio, mandíbula dura, uñas marcadas en la palma. Alaska baja la voz, grave:

—Julián Amador. En el centro le decían Don Jota. Y Mauricio Toledo. Mauro.

Irina se levanta lenta. La silla no rechina. No mira a nadie. Saca el móvil. Marca un número de memoria. Habla bajo, en ruso, en ráfagas que reconozco: localización, verificación, silencio, nada de policía, ahora. Cuelga. Otro número. Tres palabras. Cuelga. Un tercero. Aún más bajo. La pantalla le blanquea la cara, vibra una vez, dos, y ella reparte trabajo sin abrir notas. Yo me doy cuenta de que estoy apretando la servilleta con ambos puños y que no sirvo ni para adorno.

Vuelve a la mesa. Rashel se coloca a medio camino, suave, firme.

—Ira —le advierte, con voz de «por favor, respira, que la vas a liar parda»—, con calma. Si entramos, con cabeza. Estrategia, tiempos, apoyo psicológico. Si esa casa arde, arden dentro niñas sin culpa. Nos lo vamos a comer nosotras también. Y no.

Irina atiende con el cuerpo. La mente ya está lejos. Conozco esa mirada y sé lo que traduce: el plan ya rueda. Sin comisaría, sin formulario, sin burocracia. Otra vía. La suya. Y yo detrás, que para eso me apunto a todo y luego lloro en la ducha.

—Nosotras lo coordinamos —insiste Rashel—. Mañana, a primera hora. Quiero mapa, rutas, puertas, nombres enteros. Teléfonos en cadena. Quiero saber quién entra, quién saca y quién vigila. Si vamos a lo bruto no llegamos al fondo.

Irina no discute. No promete. Baja la vista al móvil. Revisa, envía, recibe. Un pitido. Otro. Sus dedos se quedan quietos un segundo y, por primera vez desde que dijo «nombres», nos mira a las tres: a Vega, a Alaska, a mí.

—No volverá a oler hamburguesa en nuestra casa —dice tranquila. No habla de comida.

Silencio. Ni aplausos ni lágrimas. La Sombra Dorada frena el sonido de la calle; todo normal fuera. Aquí acabamos de cerrar una sentencia y a mí se me eriza el brazo, muy digna yo, que llevo chaqueta en interior para disimular nervios. Activo modo operativo: inventario, frío, foco. Me repito que no voy a vomitar. Superconvincente, gracias por nada.

Sé que cuando salgamos por esa puerta ya habrá gente que no es de aquí moviéndose fuera. Sé que esos tipos dormirán peor que hoy, o dormirán para siempre. No habrá denuncia. Habrá consecuencias.

—Bien —sentencia Rashel—. Mañana a las siete. Nada de heroicidades, Ira.

Irina la ignora con elegancia. Rashel ya sabe que va a pasar de ella y aun así lo suelta, por protocolo y por si el universo un día le hace caso. Aparta su taza a un lado. No roza a Irina. Las dos fijan la vista en el mismo punto de la mesa.

Yo quería confesar otra cosa esta noche. Y aún lo haré, lo prometo. Pero ahora mismo, con todo esto flotando en el aire, solo me cabe una puta palabra en la garganta, una que sale con una convicción que me llena, una lealtad que me recorre el cuerpo. Una que lo resume todo, que cierra el pacto, que nos mete de lleno en la batalla. Porque Irina no va a escuchar a Rashel, lo que sea, viene ya.

—Entendido.

Capítulo 38

NAT

La velada se hace eterna. Aquí las horas no avanzan rápido; hoy avanzan aún menos. Sé por qué. Rashel también. Las gemelas, creo que no. O se hacen las locas, que les queda de lujo. A veces no sé si Vega es ingenua o una cabrona estratega con todo medido al milímetro. No tengo claro si esto es lo que quería que pasara o si de verdad pensaba que la íbamos a acompañar a una puta comisaría a poner una denuncia y ya.

Tengo un vaso de agua medio caliente y una servilleta hecha pelotitas, obra mía, arte moderno de persona nerviosa. Mi móvil ahí, boca abajo, con el modo avión por si me da por mirar notificaciones que no existen. Me suena el estómago y me hago la sorda. En fin, profesionalidad.

Irina no suelta órdenes; dispara preguntas cortas, sin presión extra. No pide detalles raros, pide los justos.

—¿Recuerdas qué día de la semana solía ser?

—¿Qué cámaras usaban?

—¿Qué puerta sonaba?

—¿Qué frase repetían?

Su voz va bajita, firme. Pausas limpias. Ni una palabra de más. Si hubiera medidor de ansiedad, bajaría un punto cada vez que abre la boca. Me da envidia. Yo hablo y sube el medidor dos rayas mínimo.

Vega aguanta mejor cuando describe que cuando tiene que opinar. Le tiembla menos la voz si habla de marcas, colores, horarios. Tropieza cuando intenta explicar si algo le parecía bien o mal. Baja la mirada, respira por la nariz, suelta una frase, otra, y vuelve a lo concreto. La entiendo; a mí me preguntas «¿qué sentiste?» y se me funden los plomos. Dame datos y te hago una lista con números.

Alaska tiene la pierna en modo castañuela por debajo de la mesa. Por encima mantiene la cara de chula domada. Le sale regular, pero lo intenta. La uña del pulgar hecha polvo, la muerde y la suelta, la vuelve a morder. De vez en cuando suelta aire por la boca y mira al techo.

Irina no las deja solas. Les sostiene la mirada, les da espacio cuando hace falta y les cubre la mano con la suya sin montar escena. La he visto hacer llorar a hombres que no lloran ni en entierros. Esta noche baja el ritmo para dos chavalas que crecieron a empujones, sin nadie que las protegiera. Ni una palabra cursi, ni una caricia que sobre. Exacto lo que necesitan. Ojalá me aplicara el cuento la mitad de bien.

Rashel me da una patadita. No miro, ya sé que es su manera de decir «respira». Asiento sin mucha discreción. Tengo la espalda contracturada y la cabeza en bucle. Pienso en la comisaría, en la denuncia que intentaron presentar, en la puerta que se abre y se cierra, en el policía cansado que las miró sin verlas. Me cabreo un poco, me calmo, me vuelvo a cabrear.

—¿Te acuerdas de la primera vez que oíste esa frase? —pregunta Irina sin subir el tono.

Vega asiente con la barbilla. Le cuesta arrancar. Junta voz y aire y contesta bajito. Los dedos le bailan en el vaso, el hielo contra el cristal hace ese *tin* que me pone los nervios rectos.

Yo me quedo mirando la marca de agua en la mesa, redonda y perfecta, y me digo que se va a calmar, que Irina va a hacer caso a Rashel. Yo y mi esperanza de kiosco. Me acuerdo de quién es Irina y me río por dentro: claro que la va a liar.

A mí me entran ganas de pasarle a Alaska la palma por el pelo, de engancharle la muñeca con mi señal de «estoy», de sentarla en mis piernas y cancelar el mundo. No lo hago. No lo hacemos. Nos contenemos. En las miradas lo decimos todo: no te suelto, respira.

Rashel habla con una calma de psicóloga que no es, pero podría. Palabras cortas, no infantiliza, ajusta el tono. «Si no recuerdas algo no pasa nada, el cuerpo se acuerda a veces mejor que la cabeza», «no es vuestra culpa», «si sale a trozos, bien; si no, también; aquí no se empuja».

Va explicando en voz baja qué hace la memoria cuando la obligan a aprender lo que no debe: te apaga recuerdos, te deja huecos, te cambia el orden. Las dos escuchan. Vega tiene la mirada fija en un punto que solo ella ve. Alaska al principio ni parpadea. En un momento me pillo escuchando yo también.

La mesa cambia de platos sin que nos enteremos. Un camarero aparece y desaparece sin ruido. Nos deja pan tibio, fruta cortada, sopa con una hoja rara flotando que nadie toca. Pasa un rato, y luego otro, y luego tres. Canciones enteras, risas de otra mesa, la puerta del baño que se atasca y suelta un quejido. Cuando la garganta por fin se afloja un poco, pedimos algo y comemos de verdad: nada que huela a plancha, algo tibio que no ofenda. Arroz blanco, tortilla sencilla, crema.

Alaska se bebe el vodka a palo seco. Ni agua, ni hielo, ni limón. Directo. Se me revuelve el estómago al verla, y a la vez me calma que lo haga sin esconderse, sin postureo. Bien, honestidad en su máxima expresión. Me da estabilidad ver el trago sin teatro. Sus ojos siguen el vaso como si fuera lo único real en toda la mesa. El aire le sale de golpe, un suspiro que ni suena. Yo quiero arrebatarle el vaso y a la vez se lo pongo más cerca. Mi coherencia no vino hoy.

Vega da sorbos medidos de agua, un bocado lento de tortilla. Obediente al cuerpo y a Sabina desde lejos. Respira antes de cada trago, cuenta mentalmente, lo noto en el pulso del cuello. Está conectada a algo que solo ella escucha. Ni luces, ni gente, ni camareros la sacan de ahí. Irina casi ni toca su bebida. La gira, la huele, la deja. Rashel se aferra a su té. Lo coge, lo suelta, vuelve a cogerlo.

Las horas se amontonan. A las dos y pico cambian a una *playlist* de relleno. A las tres empiezan a subir taburetes en la barra de al lado. La puerta deja pasar aire frío de pasillo. Yo miro el reloj, miro el teléfono y miro a Irina. Mala idea: me mareo solo de seguirle el ritmo. Ella se prepara. No deja de coordinar cosas. Marca números, suelta frases cortas, recoge confirmaciones que no necesitan contexto.

La penumbra del club ya no da *confort*. Camareros con cara de cierre, vasos con menos ruido, música muy baja. Vega lleva rato

diciendo que está cansada. Lo suelta pidiendo permiso sin pedirlo: se toca el costado, mira el reloj, repite: «¿Ya nos vamos, no?». Irina la oye y la ignora con una suavidad feroz. Le pasa la mano por el hombro, le da calor y punto.

—Aguanta un poco —le pide—. Ya casi.

Y ese «ya casi», para Irina, no es promesa de cinco minutos. No. Es plan, programa, cuenta atrás que solo ella trae en la cabeza. Tiene nombres, llaves, ventanas y un mapa que no comparte. Cuando su teléfono vibra a las 04:03 no hay sorpresa. Es la hora que esperaba. Se levanta antes de que la voz al otro lado termine la frase. Lo único que dice no lleva verbo, solo esto: «Vamos».

Me tensa algo que no es miedo ni compasión por esos dos hombres. Ellos ya están condenados, aunque aún respiren. Lo que me roba aire son ellas: Alaska con vodka en vena, la risa borrada, la mandíbula firme, dura; Vega con sueño y una dignidad nueva que le crece en los hombros. Si Irina no las ha mandado a casa, si no ha hecho el gesto de «al coche y a la cama», es porque quiere que vean. Que vean lo que va a pasar. No es pedagogía; es familia. Lo va a hacer para ellas y con ellas.

Esta vez no hay JARSI, no hay plan con siglas, no hay informe, no hay paciencia. No hay pereza de sistema ni liturgia de expediente. Hay una noche que se abrió y dos niñas que se hicieron mujeres demasiado pronto. Hay una jefa que, por una vez, no va a delegar una mierda. Y estoy yo, con el miedo justo para mantenerme fría y el amor suficiente para no apartarme.

Alaska se incorpora despacio, un poco borracha, pero no se tambalea. Me busca el codo. Se lo ofrezco. Vega se alisa el vestido. Rashel recoge su bolso con un gesto e Irina ya está de pie del todo, el teléfono guardado, la cara de piedra pulida.

El portero, al vernos, abre sin preguntar. La calle huele a madrugada y a agua que no ha llegado a llover. En la acera, los coches esperan como animales quietos.

No pregunto a dónde. Lo sé. Y sé también, con una presión en el pecho que me avisa de que no soy indestructible, que por mucho entrenamiento y por muchos cursillos, esta noche trae cosas que no salen en los manuales. Cosas que te dejan distinta, que te ponen a

prueba, que te exigen elegir y apechugar. No hay simulacro. Nadie nos cubre. Y sí, me tiembla un poco la rodilla izquierda.

Subimos al coche. La puerta se cierra. La ciudad está rara: poco tráfico, semáforos que cambian sin nadie, un bar con la tele alta y cuatro clientes del turno de madrugada. Irina no mira atrás. Rashel tampoco. Vega apoya la frente en el cristal frío y dibuja un círculo de vaho con el aliento. Alaska cabecea, cansada; una mano en el regazo y la otra me busca los dedos. Los entrelaza y aprieta. Yo aprieto también. Me doy permiso para eso y para respirar hondo, una vez, sin hacer ruido.

El acceso a la finca se abre sin que nadie pregunte ni mierda. La barrera sube y la garita da luz verde con esa pachorra de siempre. Ni un pitido de interfono. Pienso en lo bien que funcionaría un control decente y en lo inútil que soy yo para montar uno. El coche de delante no para al pasar por la entrada principal; la bordea con toda la cara. Nos pegamos a su culo.

Pasamos la fachada iluminada de la mansión. Ventanas altísimas, luz cálida dentro; demasiado perfecta para este momento.

Tiramos recto, por donde se acaba lo bonito y empieza lo útil. Las luces de la mansión se quedan atrás y aparece otro tipo de iluminación, más baja y más fría. Más chunga.

La carretera interna se estrecha. El asfalto, antes ancho, ahora se queda en una tira. A la derecha, los setos del jardín formal terminan en un corte limpio. A la izquierda arranca la arboleda. Pinos altos, troncos oscuros, siluetas claras contra un cielo gris pálido que ya suelta agua fina. Las ramas se cruzan encima. El asfalto pierde el brillo negro y queda mate, con ese grano que, con cuatro gotas, empieza a reflejar focos y poco más. Farolas bajas marcan el camino cada treinta metros. Luz suficiente para el suelo, nada para las copas de los árboles. Túnel gratis.

—¿A dónde vamos? —pregunta Alaska, ya despierta del todo, voz ronca y curiosa. A mí se me encoge el pecho, lo justo para recordar que respiraba mal antes y ahora peor.

—¿Qué está pasando? —añade Vega, sin retranca, pura necesidad de entender. La adoro y me da miedo a la vez. Combo precioso.

El silencio se nos sienta encima. No pesado de película, pesado real, de no saber ni qué preguntar. El motor suena bajo, regular, con un *tic* que no sé si existía antes o me lo invento por nerviosa.

Las ruedas pisan la grava del segundo camino, el olvidado. El que se usa una vez al año y siempre a última hora. La vibración se cuela por las piernas y me da un aviso en la boca del estómago. A la derecha, la huerta: tomateras con cañas, plástico negro, olor ácido. A la izquierda, el bosque ya en serio, sin seto que lo pare. La línea de farolas se separa un poco más y el agua ahora cae con ganas. Los limpiaparabrisas hacen ese chillido odioso de goma. Me da risa nerviosa.

Miro el móvil. Una rayita de cobertura que va y viene. Perfecto para llamar a nadie. El coche de delante indica a la derecha con un parpadeo perezoso y desaparece tras una curva estrecha. Seguimos la huella brillante de sus ruedas. Me pican las manos y las meto bajo los muslos para no pedir que paremos. Me oigo pensar demasiado alto. Rashel respira por la nariz, control total. Irina suelta un *clic* con la uña en el borde de la puerta. Pequeño, constante. Ritmo de «no te rompas ahora».

—En serio, ¿vamos a algún sitio que no dé mal rollo? —pregunta Alaska, flojo.

Irina no contesta. Gira un poco más el volante y el coche entra en una zona con árboles más cerrados. El techo del bosque deja pasar poca agua y mucha oscuridad. Los focos iluminan troncos húmedos, corteza que brilla a parches, hojas pegadas al suelo. El camino bordea la última valla de la huerta y se mete de lleno entre pinos. Frena lo justo para no rompernos la cabeza y vuelve a acelerar. Mi estómago firma los papeles del desastre. Alaska se ajusta el cinturón. Vega le roza el brazo y me mira. No habla. Yo asiento, versión «todo bajo control» que no se cree ni mi reflejo.

Las farolas se acaban y solo quedan las luces del coche y la lluvia. El camino se estrecha aún más. Me muerdo el labio. Me siento valiente a ratos de tres segundos. Luego regreso a mi nivel normal, que es «no morir hoy, gracias».

Pasamos el cobertizo viejo, rectángulo negro de chapa baja, con el tejado encorvado, óxido por todas partes. Crujen las ruedas en la

grava y el terreno hace una curva amplia. La curva suelta el coche en un claro que se abre de golpe, sin cortina de árboles que lo tape. Lo ubico al instante y se me revuelve el cuerpo.

Detrás de la hilera de chopos, altos y flacos, hay un ensanche de tierra firme con rodadas marcadas, dos accesos laterales que no salen en ningún plano, un portón disimulado en el vallado de servicio y malla verde con remiendos de bridas. Farolas con bombillas fundidas, cámaras falsas con leds muertos y un cartel descolorido que prohíbe entrar. Si yo tuviera que despedirme de algo que no merece más mundo, algo que tiene que desaparecer, también lo haría aquí. Me recorre un escalofrío.

—Nat —susurra Alaska—. Dímelo tú.

La piel se me enfría, el pulso no baja. En la cabina, solo alumbra la luz cutre de mi móvil. Ilumina nuestras rodillas y un trozo de asiento, y ese poco de luz nos separa del resto. Tecleo con el pulgar, rápido y torpe porque me tiembla la mano. Apoyo el móvil en su muslo para que lo lea sin dudas. El mensaje:

> «No salgáis del coche, pase lo que pase»

Alaska lee. Se le quedan los ojos en la pantalla y luego suben a mí. Los tiene claros a rabiar y en esta penumbra brillan con mala idea. No asiente. No niega. Me da un toque con el pulgar en la base de la palma, gesto mínimo que vale por una frase entera: «te he leído. Lo he pillado».

Yo sé, con esa certeza que fastidia, que no va a hacerme caso. No se queda quieta ni cuando duerme; menos aquí.

Vega vuelve a preguntar, esta vez en alto.

—¿Irina? ¿Qué coño está pasando?

Irina mira un segundo por el retrovisor central. Sus ojos se cruzan con los míos en el reflejo y me aguanto la queja. Ella ha elegido esto. Nos ha traído para que veamos, para que estemos y contemos. No suelta ni una palabra. Ajusta el asiento y ya.

Rashel estira la mano hacia atrás sin apartar la vista de delante. No toca a nadie. La deja en el aire entre los respaldos, con esa

autoridad rara que tiene siempre. El gesto grita: «tranquilas, pero atentas». Y nos callamos. O lo intentamos.

Para el motor. Se oyen grillos, pero están en pausa, el mundo enmudecido, esperando. Más adelante, otra luz, pero no es de farola, es más baja, más fija, marca un punto en la negrura.

—¿Qué está pasando? —repite Alaska, ahora sí, con una rabia baja que me eriza la piel, una rabia que no es para nosotras, sino para la situación, para la incertidumbre.

Le aprieto la mano hasta que siento sus huesos.

—Mírame —le pido, en voz baja, mi voz apenas un murmullo que solo ella puede escuchar.

Se gira. Bajo la luz tenue del coche de delante le veo la cara: decisión y terquedad al mismo tiempo. Le prometo sin hablar que la protejo con todo, con mi vida si hace falta.

Y también entiendo que va a hacer lo que le salga del alma. Me doy por vencida. Me rindo a su voluntad porque la quiero a niveles que no recomiendo. Y sí, suena intensito; que alguien me retire el carnet de drama y me siente en la silla de pensar, por favor.

Capítulo 39

NAT

Delante, en la mancha de luz, distingo siluetas que no deberían estar ahí a estas horas. No cuento cuántas. No me da. Hago lo único que controlo: flexiono dedos, aflojo mandíbula, vacío la cabeza de basura y preparo el cuerpo para lo que toque.

Irina abre su puerta sin mirarnos. Ni una duda. Rashel va detrás, no para frenarla; para acompañarla, pegada a ella. En el asiento trasero, Alaska y Vega intentan moverse a la vez. Les barro el paso con el antebrazo, mitad caricia, mitad orden muda. Les enseño de nuevo la pantalla, el mensaje que ya leyeron y que, honestamente, van a ignorar.

—Por favor —añado. Esa palabra en mi boca pesa más que una orden. Me da entre risa y vergüenza suplicar, pero aquí estamos. Gran estratega, Natasha: apretar manos y decir «por favor». Premio Nobel.

Alaska pestañea lento. Las pestañas le rozan la mejilla. Se coloca un mechón detrás de la oreja y le tiembla un poco la mano. Vega traga saliva y ese trago suena seco. El aire que entra por la ventanilla está helado y huele a pino mojado y a tierra removida. De la oscuridad llega el cierre de un portón. Un *clic* metálico, corto, definitivo. Después no suena nada durante un segundo largo. Respiro, cuento hasta dos y sigo sin oír nada.

Irina abre nuestra puerta.

—Bajad —ordena.

Vega la mira desde la sombra, la mano aferrada al pomo, dudando entre salir y saltarme a mí por encima.

—¿Es una orden? —pregunta con un puntito de desafío.

—No —responde Irina, y habla con una calma rara—. Si no queréis, Natasha os lleva a casa.

Nadie contesta al momento. No hace falta explicar nada. Las gemelas entienden. Irina sabe que entienden. Y yo sé que todas sabemos que lo de «ir a casa» no está sobre la mesa.

Vega baja la primera, su chaqueta bien cerrada, el mentón arriba, desafiante. Alaska sale detrás, un paso más lento que el de su hermana, pero con la misma determinación. La lluvia le pega el pelo a la sien; se le forman hilos oscuros que le cruzan la frente. Yo resoplo; me sale una nube blanca y me tiembla la boca. Abro la otra puerta, rodeo el coche y me planto a su lado. No voy a dejarla sola. El suelo chasca bajo mis botas, agua y barro. El olor a pino entra limpio, fresco, tan perfecto que molesta en medio de esta mierda. Se me cala el pie derecho y suelto aire por no quejarme.

Oscuridad total. Solo los faros recortan siluetas y señalan charcos, piedras, ramas. El motor del nuestro ya está apagado; queda el *tic-tic* del metal al enfriarse. La arboleda cierra el paso, densa, sin huecos. El viento silba fino, típico de las horas previas al amanecer. Las hojas chocan entre sí; secas, repetidas. Me arde la nariz del frío y la chaqueta ya no abriga nada. Respiro este aire limpio y me da rabia que me guste.

En el claro, un tercer coche espera, quieto, motor frío. Capó negro sin reflejos, cristales oscuros, matrícula limpia. Acerco la mano a la linterna del cinturón y la retiro, por no quedar exagerada.

Anton y Alexei flanquean a Irina, uno a cada lado, pegados. Ni un respiro, esperan la señal. Irina levanta dos dedos, apenas un gesto, y ellos lo pillan al instante. La conozco y sé que para ella esto es solemne, pero también sé que está haciendo un poco de teatro. Para ellas.

Echan a andar sin prisa y cruzan el claro dejando huellas hondas en el barro. Yo me suelto el cuello de la chaqueta, intento parecer útil y me queda una mueca rara. Vega no mira atrás. Alaska sí me busca los ojos un segundo; me los clava y no sé lo que hay en su mirada.

Abren el maletero del coche. La bisagra suelta un gemido que me mete un latigazo en la nuca. Del fondo sacan a dos tíos. Sin bridas ni mordazas, aunque llevan la mirada rota. Les tiembla el cuello, les cuelga la baba. El viaje los ha dejado KO, y eso que ni hemos

arrancado de verdad. Los faros les revientan la cara con un fogonazo y se quedan traspuestos. Uno suelta un gruñido rabioso, el otro articula dos sílabas y le patina la lengua.

—¿Qué… qué es esto? ¿Quién…?

No terminan. Anton y Alexei actúan al instante. Empujón seco, sin paños calientes. Los dos al suelo, de rodillas, las manos por delante, las tibias chocando con piedras. El golpe me retumba en los dientes. El agua salta y me mancha los bajos del pantalón, que ya venía arrastrando mierda desde el primer charco.

Alzan la vista y nos ven. Las ven. Se quedan tiesos. La respiración se les corta. La lluvia ahora cae en líneas rectas, en un momento ya están empapados. Detrás, Anton y Alexei se quedan en la penumbra, grandes, inmóviles, sin cara. Imponen hasta sin decir nada. Delante, estamos nosotras. Y ellas.

Vega y Alaska a dos pasos, hombro con hombro, sin moverse ni un centímetro. Los dos tíos las ven y se les cae la fachada.

Las miro de reojo, a ver si pesco algo de sus cabezas. Misión imposible. Los ojos de Vega son cristal y cuchillo. Los de Alaska brillan raro. ¿Rabia? ¿Miedo del que avisa que viene curva? ¿Asco puro? ¿Sorpresa? ¿Una satisfacción turbia que ni tú ni yo admitiríamos en alto? Todo mezclado, según el parpadeo. Se me afloja el estómago. Me digo que yo controlo. Mentira.

La lluvia arrecia un poco y el cielo se queda con mala leche. Irina sigue muda y con la mirada fija en los dos. Rashel a mi izquierda, hombros encogidos, labios sellados, manos en los bolsillos, lista para sacar algo o para no sacar nada. Yo me recoloco el abrigo, intento que no se note lo nerviosa que voy. Y entonces, la mano de Alaska se cuela por detrás, me busca. Toque rápido, un roce que parece nada y lo es todo para mí. Nadie se entera. Yo sí.

Los faros les escupen luz a intervalos cuando pasa la lluvia delante, les deja la piel entre amarilla y gris. Uno tiene sangre seca en la ceja. Al otro le tiembla la boca. No los conozco a ellos, pero conozco la plantilla. Los de siempre: mandamases del bar y del grupo de WhatsApp, con el ego muy subido y la letra pequeña siempre a su favor. Presumen de control hasta que la mesa se da la vuelta. Entonces ya no pintan nada y la voz se les queda floja.

Anton da un paso. No hace falta más. Los dos pegan un respingo mínimo. El gruñón baja la cabeza. El balbuceador intenta hablar, se arrepiente. La lluvia machaca alrededor de nosotros, golpea el techo del coche, repica en las hojas de los árboles.

Vega se adelanta lo justo para que la vean mejor. La luz le pinta media cara y la otra media se queda oscura.

—Vamos al lío —dice con un tono que no le conocía.

El de la ceja sangrada mira a todos, rápido, sin saber dónde posarse. Me mira a mí, y me dan unas ganas tontas de sonreírle. No lo hago. Me muerdo el carrillo.

—No… —empieza el de la izquierda, voz pastosa—. No sabemos por qué… Oigan, por favor. Esto tiene que ser un malentendido.

—Jota, Mauro, os presento a mi hermana —escupe Vega.

Ellos miran a todas partes. Buscan huecos donde no hay. Aquí no hay más salida que pinos, barro y oscuridad. Anton le pone la mano en el hombro a uno, un toque breve. Alexei clava la bota en la rodilla del otro, firme, toda la suela.

—Señora —balbucea Mauro mirando a Irina—. Señora Popova. Lo hemos visto en los periódicos, en la tele. Sabemos quién es usted. No necesita esto. De verdad, no merece manchar su nombre por fantasías de crías resentidas. Déjenos terminar la noche en paz y mañana lo hablamos. Usted sabrá mover hilos. Nosotros colaboramos. No diremos nada de esto.

—Cállate —le corta Alaska. No sube el tono. Empieza a enumerar —: abuso continuado, captación de menores, coacciones, difusión de material íntimo, encubrimiento, amenazas, administración de fármacos sin consentimiento, falsificación de informes.

—Señora Popova —añade Julián—. Con todo respeto. Yo puedo garantizar orden. Estas niñas tienen mucha imaginación. Dicen cosas que no pasaron. O pasaron de otra forma. Hay informes. Hay terapeutas. No pueden demostrar nada de eso.

—Lo que pasó… —Mauro intenta una voz que no le pertenece; le tiembla la garganta—. Yo… pido perdón. Lo han malinterpretado, pero pido perdón.

La palabra se le cae al suelo, sin peso. Trago y me sube ácido. Me sudan las manos dentro de los bolsillos. Alaska sigue con la mirada

quieta, concentrada, mide respiración. Me pone nerviosa y me asienta. Vega está en otro sitio. Mentón arriba, hombros firmes, mandíbula en su sitio. No tiembla.

—¿A quién? —pregunta Vega, y la pregunta les golpea sin ruido —. ¿A nosotras? ¿O a las crías de las que abusáis ahora?

—No es así —Mauro se adelanta con prisas y rehúye ojos—. Y vosotras… ya entendíais. Nunca os tocamos… Y os cuidábamos. Os sacábamos… —Frena de golpe, se muerde la lengua; sabe que iba a decir una burrada—. No estamos orgullosos, pero…

Quiere reescribir el cuento en dos frases. Se les ve el plumero. Conozco ese tono. Lo he oído mil veces. Van tanteando compasión, buscan fisuras. Piensan que aquí todavía queda alguna.

—Señora Popova —insiste Julián, más blando—, nadie quiere faltarle. Las chicas están revueltas. Mezclan historias. Eso de los vídeos era material de trabajo, de terapia. Ejercicios de vínculo. La psicóloga lo avalaba. No hubo daño. No hubo nada sucio. Ni una orden de más. Hay protocolos. Papeles firmados.

Rashel se adelanta sin aviso y le cruza la cara con la mano abierta. El golpe suena seco. Un eco breve entre los troncos. Él se toca la mejilla, ojos húmedos y rabia mal escondida.

—Vuelve a decir «terapia» y te reviento los dientes —le escupe Rashel, a un palmo.

—Oiga, esto no es necesario —protesta Mauro, midiendo el tono, subiendo las manos a media altura—. Señora Popova. A usted la respeto. Me ocupé de sus hermanas, de que no las expulsaran, de que brillaran en los estudios. Hice lo que un buen tutor. Lo de esas… cosas entre ellas fue una dinámica puntual. Un recurso. Ninguna obligación. Ellas se lo tomaban a risa. Eran juegos. Yo cuidé.

—No me tomes por tonta —corta Irina, sin levantar la voz—. Y no me llames señora para venderme basura. Vuelve a mentir y no sales de este claro.

A Mauro le tiembla la nuez. No aparta la vista de la pistola, pero intenta sonreír. Se quita el agua de la cara.

—Vega, Alaska, ¿quién es quién? —suelta Julián, echado hacia atrás—. Por favor. Tenéis la vida hecha. Olvidad. Dejad esto aquí y cada uno a lo suyo. No os conviene.

«Olvidad». La palabra me pincha el estómago. Ya me calentó cuando la dijo Vega, aunque en su boca fue otra cosa. En la de este tío me enciende la mecha. Me entran ganas de abrir la boca y soltarles que «olvidar» no es un botón. Me muerdo la lengua.

—Ellas lo saben todo, saben quiénes sois y lo que nos habéis hecho —Vega ni sube ni baja el tono; va recta—. Y nosotras también. Os miro y no veo nada más que ese despacho de mierda. Veo la puerta cerrada. Veo la cámara en rojo. Veo la mesa pegada a la pared. No había arte ahí, ni juego. Nos jodisteis la infancia.

Mauro se encoge, se hace mínimo. Lo vuelve a intentar, torpe, con esa táctica vieja que se les ha quedado pegada:

—Vosotras… también veníais. No os forzamos. Sonreíais. Os gustaba. Jugabais con eso. Era un pacto. Nadie salió herido. No montéis un drama ahora.

«Os gustaba». Le sale con veneno rancio.

A mí me retumba la cabeza; la sangre me late en las orejas y pierdo el sonido un segundo. Alaska da medio paso. Un avance corto y limpio. Yo levanto el brazo medio palmo, reflejo tonto para pararla. Lo bajo. No soy yo quien frena a Alaska. Es Vega.

—No repitas eso —dice Vega sin levantar la voz—. Ni una vez más.

Alaska gira la cara un milímetro, la mira de reojo. Hay un acuerdo ahí, uno silencioso, de esos que no necesitan palabras. Me pilla descolocada. Me sube una risa nerviosa al pecho y la ahogo.

—Yo… —Julián busca aire, se pasa la lengua por los labios, mira nuestras armas y calcula—. Si queréis, hablamos. Mañana. Tranquilos. Podemos arreglar… No hace falta teatro. Decid lo que pedís. ¿Dinero? ¿Disculpas? Tengo despacho, tengo agenda. No hagáis esto.

—No —corta Alaska por fin, fría—. Aquí. Ahora. Manos a la cabeza.

No tarda. No pregunta si nos parece. Lo suelta y ya. Me sorprende su seguridad. Le queda tan natural que me da miedo que no sea natural. Alarga una mano y los apunta con el dedo.

Alexei retira la bota un segundo. Mauro duda. Mala decisión. Anton le aprieta el hombro y le hunde las rodillas en la tierra. Julián

levanta los brazos a medias, se queja.

—Esto es un secuestro —masculla—. Estáis locas. No tenéis ni idea de dónde os metéis. Yo llamo y viene medio mundo.

—No íbamos —dice Vega—. Veníais vosotros. Por nosotras. Y cerrabais. Y apagabais el reloj. Y pulsabais «*rec*».

Julián se revuelve. Se echa hacia atrás y choca con Anton. Me mira, busca una cara más amable. No la tengo hoy. No la tengo hace años, para qué vamos a engañarnos.

—Yo… —intenta—. Era distinto. Eráis listas. Sabíais lo que…

—No completes esa frase. —Vega le clava la mirada.

—Sois unas desagradecidas —escupe Mauro perdiendo la educación—. A mí me debéis todo. El expediente limpio, las becas, las notas. Me maté por vosotras. Y ahora venís a joderme la vida por cuatro recuerdos cambiados. No fui yo el monstruo de vuestra película. Fuisteis vosotras las que…

Alaska inclina la cabeza un grado. Silencio. Mauro cierra la boca, la abre. Aprieta los dientes.

—Nadie os va a creer —dice Julián, y ahí se le cae la máscara—. Tenéis fama. Tenéis fotos. Tenéis historias. Yo tengo firmas. Tengo papeles. Tengo abogados. Os vais a comer una querella.

—Quédate las firmas —responde Vega—. Quédate los papeles. Me dan igual.

Irina se abre a la izquierda, corta el ángulo y no suelta ni media. Marca terreno a su manera, seca, sin postureo.

Alexei no parpadea. Anton no suelta.

Detalle tonto que me zumba los oídos: Vega no mira al suelo. Ni raíces, ni piedras, ni ramas. Va recta. Va segura. Demasiado segura para este sitio de mierda. Han agarrado la situación por el cuello e Irina no interviene, las deja hacer, con la boca medio apretada, un punto alucinada. Miro a Rashel y está más tensa que yo, que ya es decir.

Cae un silencio de esos que te dejan la nuca húmeda. Ellos respiran fuerte, nosotras también. No sostienen miradas, se les nota la garganta tragando aire y bilis. Empiezan frases y las pisan, ponen excusas que ni arrancan. Un mosquito me roza la ceja y no me muevo. Yo venía mentalizada para gritos, para empujones, para

hostias, y me encuentro con este control. No sé si me alivia o me acojona. Las dos, venga, para no mentirme.

—Os vais a arrepentir —farfulla Mauro, con los dedos entrelazados en la nuca—. Esto no acaba aquí. Quién te pagó la matrícula. A ti también, Alaska. No me miréis así. Os poníais delante de la cámara. Pedíais foco. Teníais catorce y cara de veinte. No me jodáis.

Alaska no se mueve. Ni un músculo. A Julián se le escapa una risa corta, hueca, que él mismo mata con la lengua.

—No te va a salvar nadie —dice Vega, más bajo.

Da un paso. Luego otro. Llega junto a Irina. Ahí pasa algo que me deja tiesa: Vega le agarra la pistola de la mano. No solo no hay resistencia. Irina le ofrece la culata, la gira un pelo para que el agarre le quede firme, exacto. Se miran. Un segundo. En ese segundo, hostia, se firma algo.

—Tranquila —me suelta Alaska, suave, y no me mira. Lo dice sin aire de adorno, sin drama. Frío. Demasiado frío.

Mi cuerpo, el que se entrena para estas mierdas, me empieza a cantar una lista entera. Me coloco medio paso a la derecha, lo justo para tener clara la línea de fuego y el árbol de respaldo. Si suena un tiro, sé dónde tengo que estar. No quiero que suene. No por esos dos cabrones. Por ellas. Por Vega. Y, joder, sobre todo, por Alaska.

—Bajad la vista —ordena Alaska—. Solo quiero los nombres de los demás. No nos obliguéis.

—¿Y si no? —se le escapa a Julián, ya rojo, ya sin cuidado—. ¿Vas a disparar? Venga. Hazlo. A ver si tienes huevos.

El aire se encoge. A mí se me tensa la espalda. Vega no tiembla. Al revés. Respira una vez. Lenta.

—No me provoques —dice—. No estás en tu despacho. No estás al mando. Ya no.

Julián aparta la vista. Mauro carraspea, se muerde el interior de la mejilla. Vuelve a abrir la boca y al final no dice nada. Se le caen los hombros. Se rinde un poco. No lo suficiente. Se le nota el odio debajo. Se le nota que está contando minutos, que espera un fallo.

Vega levanta el arma. La lluvia nos empapa, resbala por las mangas, se mete en el cuello. El claro es barro y charcos, hojas

pegadas a las botas. Los faros del coche abren un cono sucio de luz y dejan el resto en negro. El pulso se me dispara a tope.

La veo: dedo fuera del gatillo, brazos extendidos, hombros tensos, postura sacada de un tutorial mal recordado. Torpe, sí. Y aun así hay una fuerza que me hace apretar la mandíbula hasta doler. Les apunta al pecho, de uno al otro, saltando sin ritmo.

Ellos tienen los ojos abiertos, las pestañas cargadas de agua, la respiración corta. El más alto tiembla. El otro tiene las manos medio levantadas, con la palma hacia nosotros y las muñecas rígidas. Les tiembla la comisura de la boca. Se les ve el miedo sin filtro y me da vergüenza ajena.

Irina se queda a un lado, un paso atrás. Cadera girada, peso en la pierna derecha, chorreando. Observa y mide. Vega no tiene ni idea de usar el arma, a ella no le ha enseñado. El seguro diría que sigue puesto. Irina no aparta la vista de la corredera ni un segundo. Me agarro a eso. Está lista para cortar en seco si hace falta.

—Más alto —dice Alaska, apenas un hilo, sin temblor—. Ahí. No bajes las muñecas —añade, casi sin aire—. Quietas.

Vega sube un milímetro. No mira a Alaska. No hace falta. Se le pega el flequillo a la frente, respira por la nariz, la boca cerrada a presión. El índice descansa recto en el armazón. Se le marca un tic en la sien.

—Eh, eh… tranquila —dice Julián—. No hace falta. Hablamos.

—Calla —escupe el otro, sin mirarlo—. No la provoques.

Irina no es tonta, joder. Aquí no va a cargárselos. Esto apunta a algo más grande. Quiere desmontar toda la red. Aquí huele a mierda en cada ladrillo del centro y, si estos dos desaparecen, se monta un desfile de preguntas, patrullas, informes y sellos. Ella ya tiene encima a la poli. Si ahora, justo ahora, dos tíos del sitio donde tenían a sus hermanas que acabamos de localizar se esfuman, el foco le entra a quemar.

Además se está pasando el decálogo de JARSI por el forro. Luego dirá que era personal. Las demás se le vienen encima igual. No le renta. A nadie le renta.

Irina cambia el peso a la otra pierna. Un gesto mínimo. Alaska lo ve. Yo también. Me entra aire solo hasta la mitad. Afuera estoy tiesa.

Por dentro se me desborda todo, pero no lo dejo salir. No aquí.

—Di otra vez que nos gustaba —suelta Vega, sin bajar el arma.

La voz le sale de otro sitio. Limpia, sin una sola duda, rabia pura. Me eriza todo.

—Vuelve a decirlo. Atrévete —dice Alaska.

Julián, el gilipollas, abre la boca y no le entra ni aire. Mauro intenta un «cálmate» que se queda en piedra. Sudor en las sienes, manos flojas, mirada perdida. Por fin.

—Teníamos once años —dice Vega. El arma, fija—. Once. Sonreíamos en vuestras fotos. Sonrisas de crías. Enseñé todos mis dientes para que me dejarais en paz. —Se le quiebra la voz un segundo. No hay pena ahí, hay filo. Brutal.

—Dilo bien —dice Alaska, recta, con esa calma que no pega con nada de lo que pasa—. En alto.

—Di que nos gustaba —repite Vega, y ya no tiembla nadie en nuestro lado.

Alaska lleva vodka corriendo por la sangre, pero no se nota nada. Ni un giro raro, ni un patinazo. Le agarra a Vega la muñeca que no lleva arma. Aprieta. No hace daño, la fija en el suelo. Y yo noto el cambio en Vega en un segundo. Baja el pulso. Luego Alaska sube la otra mano. A la de la pistola. La desplaza un centímetro. No la desarma. Se la pide sin palabras. Y Vega se la da. Despacio. Consciente. Joder, qué bordes tienen estas dos hasta para respirar.

—No tiembles —le dice Alaska, sin mirarla.

—No tiemblo.

Vega retrocede, se pone detrás, junto a Irina, y le coge la mano igual que hace con Alaska. Irina no pregunta. Le aprieta los dedos una vez. Superclaro. «Estoy aquí». No hace falta nada más.

Levanto la vista hacia esos dos. En cinco minutos han pasado de «esto es un malentendido» a «perdón, por favor» y a «os gustaba». Asco. Sus caras son una guía turística de fases. Se notan perdidos, pero la chulería les sale por los poros. Para eso no hay vacuna. Para lo otro sí que va a haber receta. Con dosis alta.

Vega baja el mentón por fin. Se me desbloquea el pulmón. No ha disparado. Por dentro ya lo sabía. No con Irina en un lado, dándole peso bueno, y Alaska en el otro, quitándole el peso malo. No así.

La Makarov ya no está en sus manos. Ahora la tiene Alaska, firme, cañón al suelo. La mandíbula le marca las mejillas y a mí se me pone la mía en espejo, porque soy una esponja emocional y una pringada. Respiro por ella en silencio. Los tipos siguen ahí, embarrados hasta las espinillas, mojados, balbuceando.

—Esto… Esto no va a arreglar nada.

—Calla —dice Irina sin subir la voz.

—Esto es un error —suelta el otro, y le tiembla el labio.

—Fue una elección —responde Alaska. Ni un titubeo.

Da un paso y yo me achico por dentro. No la había visto así. Seria en otra escala. Cortante. La Makarov pesa en su mano; la muñeca firme, el cañón hacia el suelo. Levanta la barbilla un poco y habla. La voz le sale limpia, sin nudos. Me cuesta respirar.

—¿Ya? —pregunta, de reojo a Vega.

—Ya —contesta Vega, seca, sin dudas.

—En «once», lo de siempre —remata Alaska.

—En «once».

La seguridad me da escalofrío. Me entero de menos de la mitad y eso me jode y me alivia. El claro huele a barro. Llueve sin parar. El agua chorrea por el flequillo de Mauro, le baja por la nariz. Anton y Alexei están detrás, quietos, los hombros anchos, las manos a la vista. Irina ni pestañea. Yo tiritando, los calcetines empapados dentro de las botas. La luz del móvil de Rashel da lo justo para ver sus caras.

—¿Qué… qué significa eso? —pregunta el más viejo, tragando agua y orgullo.

—Que hoy os toca pagar —dice Alaska—. Y responder sin teatro.

—No sabíamos que… —empieza Mauro.

—Sabíais de sobra —corta Alaska—. Sabemos lo de Soraya. Y no vais a tocar a nadie más. Manos a la vista. Las dos. Nada de genio. Ahora obedecéis.

—No vamos a mentir —responde Don Jota con miedo—. Pero…

—Ya —zanja Alaska. Y no suena a acuerdo. Suena a pared.

Doy un paso hacia ella y le pongo una mano en el hombro.

—Nat —murmura sin girarse—. No te muevas.

—No pensaba —respondo, me sale un gallo.

—Mejor —se mete Vega, y se le escapa media sonrisa que se le borra al instante.

—Última —dice, clavándoles la mirada—. ¿Quién decidió? Nombres. ¿A quién le vendíais los vídeos?

Mauro abre la boca. Don Jota la cierra. Tardan. Piensan. Se miran.

—Él lo sabe —dice Mauro, y señala al otro. Cobarde.

—Los dos —corrige Alaska—. No me regaléis cuentos. Nombres.

Y salen. Crujen al salir. Uno. Otro. Tres más. Cada nombre cae sin coartada. Yo cuento en la cabeza para no echarme a llorar de rabia.

—En once —dice Alaska, bajito; solo lo oímos nosotras.

—En once —repite Vega.

—Mírame.

Julián, el muy gilipollas, obedece al instante. La barbilla le brinca sin ritmo. Mauro baja la vista al suelo, estudia las piedras. Luego levanta los ojos hacia ella, busca un hueco, una grieta, un perdón que no llega.

—No sabéis lo que estáis haciendo —suelta Julián, la voz quiere sonar firme, pero le tiembla. Intenta ganar tiempo, lo noto—. Baja eso, Alaska Vázquez, sé que eres Alaska, te reconozco. Siempre fuiste la más inmadura de las dos. Siempre con tus fantasías, con esa imaginación. —Y ahí va, se le enciende esa condescendencia de mierda que siempre me ha puesto de los nervios, él, el puto adulto —. Deja el jueguecito, cariño. No hace falta montar esta escena. Esto te va a traer mierda. Baja el arma y salimos de aquí. Os vais a arrepentir.

A Alaska le resbalan sus palabras. Está contando en voz baja. Su mirada es una pared de hielo. Y a mí se me hinchan los ovarios. Doy un paso, ya me da igual todo. Me pongo a su lado, tan cerca que casi nos rozamos y le cojo la mano. La aprieto con nuestra señal silenciosa.

Julián, el muy cerdo, capta el gesto, me mira y suelta una risita que me dan ganas de arrancarle. Medio burla, medio veneno rancio.

—Lo sabíamos. Que eras lesbiana. Se te notaba.

Siento cómo la rabia me sube por la garganta. Las ganas de saltarle al cuello a Julián son reales. Ella me siente. Lo sé. Una chispa salta entre nosotras. Me busca con el rabillo del ojo y sin

apartar la vista de Julián, me habla a mí y a él a la vez, con esa voz que es pura dinamita.

—Mira, sí. En eso no te equivocas, esta es mi novia.

Me gira de la solapa y me besa. Fuerte, firme, con decisión. Yo le sostengo la boca sin huir, aunque Irina esté aquí, aunque todos nos miren. Le sabe a agua y a metal. La urgencia me atraviesa entera. Le agarro la nuca un segundo con los dedos fríos y no la suelto hasta que ella se separa.

Julián muestra los dientes en una sonrisa torcidísima. Mauro ladea la cabeza con mueca de «ya sabía yo».

—Pero te equivocas en una cosa —termina Alaska encarándolo de nuevo—. Ya no soy Alaska Vázquez. Soy Alaska Popova.

Cierra los ojos. Todos la miramos. Nadie llega a decir «espera», ni «qué cojones». Alaska sube la Makarov con un gesto corto, limpio, sin titubear; el pulgar empuja la aleta del seguro. El *clic* seca el claro. Yo lo oigo hasta dentro.

—Once —dice.

Boom.

El fogonazo es pequeño, una luz blanca que se traga la oscuridad por un instante, pero es suficiente. El trueno parte la arboleda en dos, rebota en los troncos mojados, se te mete en el pecho y te lo revuelve. El retroceso le sube el arma un dedo, pero ella lo amortigua bien, apenas se mueve. El olor a pólvora se me instala en la lengua, un sabor metálico y amargo. Y un puñado de gotas calientes nos salpican la cara y las manos, diminutas, inmediatas. Siento tres en la mejilla, una en el cuello. No miro abajo. No hace falta.

El mundo tarda un segundo en volver a su sitio. O quizás una eternidad. Los grillos, que antes no paraban, callan de golpe. De los árboles salen pájaros asustados en un estallido negro. Mis oídos hacen un *iiii* agudo que me lo taladra todo. El faro izquierdo del coche tiembla con el humo que sale del cañón del arma.

Mauro se queda de piedra, la boca abierta, la frase que iba a decir muerta antes de nacer, atragantada en la garganta. Anton no se mueve. Alexei tampoco. Irina tampoco. Solo respira, profundo, una vez. Rashel se lleva la mano a su propio pecho comprobando que

sigue ahí, que su corazón no se ha parado. Vega suelta un grito ahogado, un sonido que se le escapa sin querer.

Alaska baja el arma despacio, todavía en tensión, el pulgar sobre el seguro. No tiembla. No sonríe. No pide perdón. No hay nada en su cara. Vega le agarra el antebrazo. Yo doy un paso para situarme entre ellas y el resto del mundo, porque mi cuerpo va por delante de mi cabeza, porque la quiero proteger de todo lo que pueda venir ahora.

Nadie habla. Nadie puede decir ya «olvidad». La línea se ha cruzado.

La lluvia insiste, fría, constante. La sangre se vuelve oscura sobre la grava en la periferia de los faros, una mancha que se expande. Yo respiro por la nariz, hondo, hondo, y me repito el catecismo del oficio para que el corazón no me rompa las costillas. Todos miran a Alaska como si fuera un animal raro. Yo incluida.

—Alaska —digo—. Baja el arma del todo.

—Está baja —responde, sin subir el tono.

—El seguro —añado, por decir algo útil.

—Puesto.

Vega no la suelta. Le aprieta un poco más el brazo.

—No improvises ahora —le suelta, bajito.

—No estoy improvisando —dice Alaska.

Y, por debajo de todo eso, una línea que ya no se borra, que se me ha grabado a fuego en el cerebro: Alaska Popova acaba de cargarse a un tío y no ha parpadeado. Ni una sola puta vez.

Y yo sigo aquí, delante, haciendo de pared humana, porque me sale, porque la quiero, porque hoy no me da la gana soltarla.

Capítulo 40

ALASKA

No estoy en *shock*. No me arrepiento. No tengo miedo.

Y mira que soy de montar un numerito si me dejan, caída al suelo, manita en la frente, carcajada nerviosa para rematar, pero hoy nada, me lo digo y me lo creo, sin eco, sin lágrima de última hora, la cabeza en silencio útil y, en medio de eso, él, Don Jota, en la grava, punto oscuro en la frente, cierre limpio, la lluvia dejándolo mate y yo con una calma que me asusta y me sienta bien a la vez.

La pistola de Irina pesa más de lo que esperaba y ni idea de cómo la he mantenido donde tocaba, dedo justo, fuerza justa, el orden perfecto: seguro abajo, aire suelto, brazos firmes y un instinto que me viene de serie, no sé si de familia o de vicio *gamer*; en la cabeza se me enciende el aviso de trofeo platino, maestra del gatillo, y me entra una risa muda que se me queda por dentro.

El olor a pólvora me entra por la boca y raspa, me llega hasta los dientes y se queda ahí, pegado, y yo sigo quieta, el arma abajo, segura, la mano firme, respirando sin prisa, sin mareo, sin teatro, con el cerebro haciendo *zapping* y parando siempre en el canal que peor me conviene.

Vega me agarra por detrás, me planta la frente en la nuca y luego me cruza el pecho con los brazos, aprieta fuerte, tiembla un poco y no distingo si es frío, rabia o el *pack* entero. Le digo que estoy bien, que no me suelte, que me deje un segundo, y ella responde que ni loca, que me conoce, que mi bien no cuela.

Nat me encuentra la mano al primer intento, apretón contundente, no hace preguntas, se queda y ya, y yo agradezco que hoy nadie quiera salvarme de mí, porque hoy ya me salvé sola, con esta puntería cutre, con esta rabia que no se ha ido a ninguna parte.

A lo lejos, que en realidad es a tres metros, Mauro grita, tiene un ruido húmedo, se le caen las palabras, pide algo, ayuda, perdón, madre, no sé, todo sale roto, todo llega apagado por la lluvia fina, por los árboles, por el latido torpe en la garganta, y yo oigo un murmullo que no me mueve nada dentro.

Me salto a la película barata del futuro inmediato: hilo con fotos mías robadas de una noche lamentable, filtro desteñido, mi nombre mal dicho en un *podcast* de *true crime*, una tía redactora tomando notas con la uña rosa chillona tocando una pantalla, un reportero de canal local diciendo «vecinas en *shock*» y Vega en el grupo del centro poniendo que no cunda el pánico, «Alaska está bien, luego explicamos», emoticono de berenjena porque se le va el dedo siempre.

Respiro, vuelvo al suelo mojado, al barro pegado en las zapatillas, al chasquido de ramas, a la cara quieta de Don Jota, sin aire, sin ese gesto suyo de tipo invencible, con la piel ceniza y la boca torcida. Y me doy cuenta de que no hay épica, no hay música de cierre, no hay confeti, solo esto, silencio gordo, la lluvia fastidiando y mi brazo que por fin pesa. Y me sale decirle a la nada que ya estaría, que hasta aquí, que se acabó esta broma de mal gusto.

Digo en voz baja que no voy a soltar el arma hasta que alguien lo diga en alto, protocolo *random*, Nat responde que respire y Vega suelta que si me voy a desmayar preavise. Yo me río por dentro, se me escapa un ja corto, porque esto es serio y a la vez mi cabeza mete chistes sin pedir permiso. Y nada, sigo aquí, con el cuerpo mandándome notificaciones raras, con el ruido de Mauro perdiendo batería, con la certeza absurda y limpita de que hoy sí, hoy por fin, nos toca vivir sin ese miedo pegado en la lengua.

No estoy en *shock*. No me arrepiento. No tengo miedo. No necesito que me perdonen. No lo pido.

Por primera vez en mil años tengo paz. Vega pegada a mí, Nat agarrándome la muñeca, yo sin temblar y sin el runrún que me taladraba.

Desde que nos fuimos del centro, cargaba una mochila que no salía en ninguna foto. No por haberme ido, por lo que sabía que venía detrás. Allí, si faltaba una, metían otra. Todo rápido, todo frío.

Otra cría pequeña, con ojos abiertos de susto y la cabeza llena de polvo, repitiéndose el mantra cutre de «pórtate y todo irá bien», mientras el cerdo de la casa ya tenía la lista hecha. Se me cruzaban por la mente sus caras, esperando algo que no iba a llegar.

Me autoengañé a conciencia. Me solté discursos empalagosos, que igual el director y su colega se cansaban, que se les pasaba la tontería, que sin nosotras se iban a dormir y a coleccionar sellos. Vega y yo hicimos un pacto, escupitajo incluido, de no volver a hablar de esta porquería. Nuestra burbuja de oxígeno de mierda. Pero olvidar no es borrar un WhatsApp. Aquí no hay botón. El recuerdo se pega y ya puedes ducharte en lejía que no se va. Lo llevábamos encima, las dos, día tras día.

No sé si lo que acabo de hacer tiene un hueco limpito en ninguna ley ni en ningún sermón. Me da igual. Siento una calma que no me cabe en los brazos. Ese tipo no va a volver a poner una mano, ni a colocar una cámara, ni a cerrar una puerta para hacerle daño a nadie. Fin de la tontería. Fin de los premios. Fin del «arte». Fin del «ya pasó».

No me arrepiento. No tengo miedo.

Tengo razones. Y tengo paz.

Ni me entero de en qué momento Vega me suelta. Ni en qué segundo Irina me quita el arma. Solo sé que la pistola ya no me pesa en la mano y que ahora la lleva Irina Popova, la reina del control. Con la otra me coge la barbilla, me inmoviliza la cara y me planta esos ojos verdes igualitos a los míos.

—¿Estás bien?

No grita, no sermonea, nada. Yo esperaba el festival del reproche y me encuentro otra cosa. Un brillo. Orgullo. Mi hermana mayor está orgullosa de mí. Lo enseña sin vergüenza. Me entra calor y se me aflojan las piernas, y todo me parece raro y correcto a la vez.

—Estoy —digo—. Estoy fatal de estética, eso sí. Si me haces una foto, salgo a tendencia por loca peligrosa.

Irina me aprieta un poco la mandíbula, plan jefa de cocina cariñosa que no quiere que se le queme nada.

—Respira, Alaska. Lento.

—Estoy respirando.

Vega da un paso, me pasa la mano por la nuca y me huele el pelo. Nat asoma por mi lado, ojos grandes, labios apretados. Me roza la muñeca, suave, y por dentro se me enciende un neón de gracias que no sé decir en voz alta sin llorar y sin montar el drama.

Irina suelta un soplido mínimo.

—Alaska, escúchame. No estás sola. Ni ahora ni luego.

—Venga, bájame la música épica, Popova. —Me sale una risa tonta.

—Esto lo arreglamos. —Me aparta un mechón de la cara, gesto que me pasa un paño por el cerebro—. ¿Te duele algo?

Me duele una parte que no sale en radiografías. Casi lo digo, pero me guardo el drama.

—Estoy. Y tengo hambre. Mucha. Hacer justicia abre apetito.

Vega me da un golpecito en el hombro que dice «ya, céntrate».

—Primero salís de aquí —manda Irina—. Luego comes.

—Vale, mamá 2.0. —Me río, y a la vez me entran ganas de meterme bajo su chaqueta y quedarme ahí una semana. Mi cabeza siempre con planes raros.

Irina me baja la mano, la que me tiembla, y me clava la mirada de entrenadora que te prepara para el penaltito final.

—Mírame.

La miro.

—Estoy —repito, esta vez me sale firme y sin vibrato de flan—. Estoy bien, no voy a caerme, si me caigo me recogéis y seguimos.

—Te recogemos —concluye Irina.

Vega asiente con esos ojos enormes de anime triste y Nat me aprieta la muñeca una vez, señal privada que tenemos. Tres *clics* de seguridad, y yo me agarro a eso. Todo da vueltas y, aun así, por dentro se hace un silencio limpio que no me pide explicaciones ni me pasa factura. Respiro sin contar, sin crono mental, sin ese miedo que te mete el pie para que tropieces. Me viene el centro, la manta rasposa, el techo con manchas, Soraya con la voz rota. Y mis manos, por fin, no tiemblan.

—Irina —la llamo—. Lo volvería a hacer. Con testigos. Con cámara frontal. Con filtro bonito, eso sí.

Mauro nos rompe el momento con un sonido agudo y pegajoso, se le junta llanto con súplica y con invocación a gente que ya no atiende llamadas. Irina chasquea la lengua. Gira la muñeca, alza el arma y aprieta una vez. *Zasca*. El estampido me muerde el oído y me vibran las costillas. El otro cae de golpe. Después queda un silencio que te obliga a tragar y mirar al suelo para no irte a sitios raros.

Irina vuelve hacia mí y me atraviesa entera, me sube calor, me baja frío, me ordena el cuerpo sin tocarme. Hola, tema pendiente cerrado, dejad vuestro *like*, campanita y gracias por venir a mi TED Talk de justicia doméstica. Fijo los ojos en ella y respiro, que ahora mismo no doy para más.

Y lo único que me sale, con la lengua tiesa y el cerebro en pausa, es soltar en bajito:

—Lo de Nat…

Porque la veo ahí, entera, con esa cara suya cuando una mentira se estrella en directo, y me cae encima que la acabo de dejar vendida delante de Irina, eso no estaba en mi guion.

—Venga —me tranquiliza Irina—, que lo de Nat ya lo sabía. Solo esperaba a que lo soltarais. Ya lo hablaremos, ahora no toca. ¿Estás bien?

Asiento, no me sale nada más. Irina me agarra y me mete en un abrazo de madre que no negocia, sin aviso ni preguntómetro. Y yo me dejo, entera, sin teatro, sin esa resistencia de cartón que llevo de uniforme, se me afloja algo donde se guardan los sustos, me rindo un segundo y me sienta bien. Y me sorprende que me siento Popova de pura sangre y me da una risa tonta que me muerdo porque no es momento para carcajadas, aunque el cuerpo me pide soltarlas.

Irina cambia en un parpadeo, de calor a mando, de familia a jefa, lista para barrer el desastre con el mismo pulso con el que te hace sopa cuando te da fiebre.

—Lo que ha pasado aquí se queda aquí. A nadie. —Nos barre con la mirada una por una y se clava un poco más en Vega, que tiene los ojos mojados y la boca torcida—. A nadie. Y en especial: ni una palabra a Mikel. ¿Entendido?

Vega asiente, seria.

—Ni una palabra a Julia. Ni a Sabina —remata—. Ya encontraré yo las palabras… o el silencio.

Anton y Alexei esperan, traje negro pegado por la lluvia, sin pestañear, sin ganas de postureo. Irina mueve la barbilla dos veces, señal mínima. Ellos entienden al vuelo, se ponen a currar sin morbo ni preguntas, a eso han venido, servicio integral de desastres, sin *selfies* ni notas de voz.

Irina se gira hacia Nat, y me pega un pinchazo en el estómago que medio me gusta y medio me da miedo.

—Nat. —No Natasha, Nat, y a mí esa abreviatura me quema y me acaricia a la vez—. Nosotros nos ocupamos. Tú te llevas a las gemelas a tu casa. Descansáis. No salís de allí hasta que yo vaya a buscaros. Cuídalas. Confío en ti. Y ya hablaremos. Y no sufras, que no voy a matarte ni nada, por ahora. No me obligues a improvisar.

Si el pelo no me oliera a churruscado me parto, pero me contengo porque tengo dignidad baja pero no inexistente.

Nat parpadea grande, está tocada. No por los tiros, esa vida la tiene en la carpeta de Favoritos. Está tocada por mí, por lo que he hecho, no contaba con que yo apretara el gatillo, no contaba con que dejara de ser el chiste y me pasara al botón rojo. Se me abre un *ticket* mental: y si ya no me mira igual. Error 404, pareja no encontrada.

La miro buscando el *bug*, el punto donde se ha roto la interfaz. Ella me clava los ojos, da un paso y me aprieta fuerte, sin hueco para dudas, hueso con hueso, pecho con pecho, sin palabras, no hacen falta, el mensaje me llega.

Respiro, la lluvia sigue y me chorrea todo, pestañas pesadas, chaqueta pegada. No se oye más que agua y órdenes en volumen bajo. Irina ya reparte tareas sin levantar la voz, Rashel desaparece un segundo y vuelve con una bolsa que no quiero ni mirar, Anton y Alexei van y vienen. Yo floto sin flotar, en ese punto raro donde el cuerpo pesa y la cabeza se queda quieta.

—Vámonos —dice Nat, ronca, con la mano firme en mi espalda, gesto que me arregla la columna y la moral.

Asiento, le agarro la mano a Vega, tiembla, aprieta fuerte, uñas frías. Echamos a andar hasta el coche sin hablar, paso corto, cabeza

baja, respiración coordinada. Detrás se quedan Irina, Rashel, Anton y Alexei con la noche y su mierda, delante la puerta abierta, el asiento todavía caliente y nosotras tres respirando al mismo ritmo, cierro los ojos un segundo y le doy a guardar, carpeta nueva, nombre cutre, no toques.

Subimos y el coche huele a plástico mojado y a mi miedo recalentado, Nat arranca sin espectáculos, limpia el cristal con esa paciencia de gente que ha limpiado cosas peores. Vega se sienta en medio, yo le hago una mueca para que sepa que estoy, que no me he ido al hueco negro, que mañana desayunamos juntas.

Me entra la fantasía de irnos a un hotel con albornoz, pedir macarrones y poner un concurso cutre con presentador que chilla. Que Irina nos deje en paz veinticuatro horas. Que Mikel se pierda en una rotonda. Y que el mundo, por una vez, no pida recibo.

Nat me roza la rodilla y me baja la revolución. Me gustaría decirle «oye, perdona por lo de antes y gracias por lo de ahora. Y qué miedo me das, y qué bien me siento a tu lado, y qué mal me siento por haberme sentido bien apretando ese gatillo». Pero me sale un ruido raro que no es palabra y lo dejo ahí, aparcado, pendiente de revisión, que igual luego me atrevo, igual grabo un audio y se lo mando con un *sticker* hortera para rebajar drama.

Vega suelta un suspiro largo y me pregunta con los ojos si estoy bien, y yo le devuelvo un *sí* con la barbilla, con ese gesto feo que tenemos las dos, que no sale en fotos pero que dice más que veinte discursos de ayuntamiento. Nat me pone una mano en la espalda, la otra en el volante, y yo me prometo no volver a dejarla sola en ninguna escena rara, se me coló la heroína en el cuerpo y no me avisó, la próxima le doy la mano antes de que el mundo empiece a arder.

Lo que ha pasado aquí se queda aquí, lo sello por dentro, sin velas, sin juramentos, solo mi palabra y mi boca cerrada. Y me repito que mañana será otro día, peor o mejor, me da igual, pero nuestro, y que si alguien quiere detalles que se los invente, que yo hoy ya he dado suficientes explicaciones.

Capítulo 41

ALASKA

Es la primera vez que Vega pisa este templo y la muy pava sube los escalones como si tuviera ochenta años, un quejido en cada uno. Y mira que huele a bosque, a limpio y a Nat, que es un olor que ya no se me olvida nunca.

Entramos y la puerta suena a milagro que necesitaba. Vega, claro, se lanza a narrar su tour como si no viniéramos de una situación que nos ha dejado el corazón a cien. La tía se pone a señalar lámparas, que si ese ventanal, que si esas vigas, que si las plantas.

—Me siento en Hogwarts y aún no hemos llegado a la mesa —suelta con toda la cara.

A mí me entra una risa rara por dentro, de esas que no sabes si son nervios o que la vida es un chiste malo. Si pudiera, te juro que contaría toda esta historia por orden alfabético, solo para despistar a mi terapeuta del futuro y que no pille ni una.

Nat, la jodida, parece que tiene partículas subatómicas en los pies, va y viene por la casa. Abre armarios, cierra cajones, saca platos, todo a la velocidad de la luz. Vega y yo la observamos. Que alguien, por favor, la siente y le diga que no vamos a explotar, que respire un poco, que no es necesario tanto despliegue de energía.

Y nada, nos duchamos por turnos, yo soy la última. Cuando salgo, la mesa baja del salón ya está lista. Pan, queso, aceitunas del Mediterráneo, frutos secos, chocolate. Y para nosotras, vodka. El vodka, para Nat, es una religión, no se discute. Para Vega, zumo de naranja, que ahora tiene un bebé a bordo y alguien le dijo que la vitamina C es la vida.

Mi hermana mira mi vaso con ojos de pena. Si no estuviera embarazada, el vodka ya le estaría corriendo por las venas, pero claro, la responsabilidad es lo que tiene. Nat, que es muy de la

familia, le promete guardar una botella para cuando el bebé salga y ya pueda portarse como un humano funcional con derecho a jarana y a lo que le dé la gana.

Amanece y comemos, que es lo más surrealista de todo. Y aunque parezca imposible, hasta el vodka me da un calambre bonito en la garganta. Cada una en su película, ¿sabes? Vega parte el pan, ni una mención a lo que acabamos de vivir.

La casa se vuelve cálida con la luz que entra, la manta doblada en el sofá, los libros apilados sin sentido me calman y el cielo afuera, que trae señales de que no nos hemos muerto todavía. Me reviso las manos, buscando rastros de lo que ha pasado, y el drama se convierte en anécdota, la sangre solo existe como recuerdo, ahora soy otra, me lo juro a mí misma. Y me prometo escribir una carta a Agatha Christie para contarle lo fácil que es convertirse en la pista de un caso cerrado.

Cuando Nat insiste en que hay que dormir un poco, ni Vega ni yo movemos una pestaña, es que estamos enchufadas a la vida y a la muerte a la vez, con el cerebro haciendo un baile loco. Nat insiste en que vayamos a su cama, ella se queda en el sofá, como la heroína que duerme con un ojo abierto, vigilando el mundo. Yo le digo que venga a la cama, que hacemos hueco, que hagamos cucharita versión trío, porque qué menos, ¿no? Y ella me pone ese beso en la sien que es medio mimoso y medio «no te atrevas a contradecirme», y la entiendo, claro, esta noche necesita vigilar, hacer guardia, ser la extra de fondo mientras las protas, o sea nosotras, dormimos, o lo intentamos.

Dejo la puerta entornada, ni abierta ni cerrada del todo. Vega y yo nos tumbamos, cada una explosionando hacia su lado como si nunca hubiéramos compartido un miedo de los de verdad. Parecemos dos crías en versión adultas rotas, de esas que lo han visto todo y les da igual. Ella suelta un suspiro que le sale del alma, yo me giro. Le busco los nudillos, que es un gesto que tenemos desde que éramos enanas y jugábamos a adivinar cuál era el hueso más prominente para tranquilizarnos.

Un rayito de luz se cuela por la ventana, tímidamente. Por ahí afuera el viento y la lluvia hacen de banda sonora, un ruido de esos

que te calman el alma. Hay un silencio serio, sí, pero no de los que incomodan, de los que te dejan respirar. Ahora podemos hablar.

—Lasky… —susurra Vega, pegadita a mí, con esa voz que te sale cuando tienes miedo de que te lean los pensamientos, pero a la vez te mueres porque te los confirmen.

—Qué pasa. —Me hago la interesante, porque una tiene su orgullo y su método para dosificar el drama, y no voy a dárselo todo masticado.

—Lo has hecho.

—Te lo juré —susurro con un tono de mafia de barrio que me sale natural, porque a ver, si una tiene que ser la sicaria, que al menos sea con clase, ¿no?—. Lo tenía apuntado en la agenda, entre la cita del dentista y la compra de un buen aguacate.

—Habla en serio, no quiero chistes. —Se pone muy seria, y me espeta, agotada de rodar la vida entera y, encima, la mía—. Eso era una forma de hablar, Lasky, no me jodas, una fantasía de crías, un desahogo, un ojalá se mueran de boca para afuera, como cuando dices que te vas a apuntar al gimnasio en enero.

—Bueno. —Le aparto el pelo que se le pega en la frente y hago ver que estoy tranquila, aunque se me dispara el pulso y llevo la cabeza llena de avisos—. Al final lo has precipitado todo. Eres muy impaciente, Vega. Te lo digo sin mala leche, pero te lo digo.

—Aproveché el momento, ¿vale? Lo habíamos hablado y salió perfecto con lo de las hamburguesas, la tensión, el drama. Era el guion.

—Estaba Rashel y estaba Nat. El guion decía que había que hablarlo con Irina a solas, sin público, sin que Nat tuviera que tragarse el marrón. Me cabrea un poco que no siguieras el plan, con sus pasos, sus comas y sus «si pasa esto, hacemos lo otro». Que no era un capricho.

—A Irina le dio igual que estuvieran, Alaska. Ocho horas y nos los sirvió en bandeja, sin dudas, clarísimo.

—Sí, más rápido de lo que esperaba. Aun así, casi la liamos, tía. Irina no iba a matarlos.

—No estoy tan segura. ¿Viste su cara? Estaba furiosa. Le dio igual lo que dijera Rashel, le dio igual el decálogo, le dio igual el

protocolo. Yo la vi decidida.

—Eso lo dices tú. No sabemos qué iba a hacer. La Irina de negocios es una, la justiciera es otra y la de la familia es otra distinta. Igual pensaba en darles una paliza, amenazar, usar su método, acabar metiéndolos en la cárcel.

—Ha matado a Mauro sin inmutarse, Lasky. Porque no se callaba cuando hablaba contigo. La molestaba y le disparó sin mirarlo siquiera.

—No ha sido por eso, Vega. Y lo sabes.

—Iba a matarlos igual. Llevamos meses haciendo el canelo. Soraya ha muerto por esperar, por dudar, por no dar el paso. Joder.

—Hemos esperado porque no estábamos seguras. Una cosa es fantasear y otra esto. Si te metes, lo dejas cerrado por todos lados. ¿Y por qué le cogiste tú el arma antes? Porque tampoco estabas tan segura de que Irina fuera a hacerlo.

—Vale. No estaba al cien por cien. Y tampoco estaba al cien por cien contigo. Te vi con la pistola y me entró cosa.

—Pues ya ves que sí.

Vega se queda mirando al techo. Yo pienso que si esto fuera un directo, el chat estaría pidiendo contexto con emojis feos. Contexto hay.

Todo esto empezó casi al llegar aquí, cuando vimos el poder por todas partes, el dinero corriendo, la seguridad privada, las armas, los matones, las jerarquías, los secretos, todo levantado sin pudor y encima con acento ruso.

Lo hablamos entre risa y risa, lo soltábamos en alto para ver si sonaba a plan o a chiste, y cada día sonaba menos a chiste.

Fantaseábamos con contárselo a Irina, que ella los parara, que se acabara la broma. Se nos fue de las manos nivel tráiler de Marvel, sobre todo desde la noche de mi cumpleaños.

Meto *flashback*. Bar lleno, música cutre, yo con la corona de plástico torcida. Se me pegó Patri, la reina del salseo, con esa cara de venir a soltar una bomba. Y Nat enfrente, mirándonos.

Yo, por dentro, echaba humo por dos lados: por lo que iba a soltar Patri y por el rechazo de Nat en el centro comercial, que aún me tenía con la bilis saliendo.

Así que hice lo que hago cuando quiero que me dejen en paz: tonteo. Mano en su brazo, risa tonta, mirada intensa mal actuada.

—Tía, estás guapísima hoy, qué pestañas —le solté, y le aparté un mechón de la cara.

Nat miró. Patri picó y no picó, que me conoce.

—No me cambies de tema, Alaska. Tengo algo gordo —me dijo, clavándome los ojos.

Yo fantaseé con apagar la música, subirme a la mesa y dar un discurso de final de temporada, pero me callé.

—Dale, suelta —le dije, dándole mi vaso brindando por nada.

—La Soraya se quedó preñada.

Se me pusieron las manos frías. Soraya, catorce. Tenía once cuando nosotras nos fuimos. Llegó con seis, con la mochila de Dora y una nota cutre. La cuidamos mil veces. Le dábamos el último caramelo. La tapábamos por la noche. Era nuestra en todo menos en papeles. Nos fuimos y la dejamos allí, fácil de usar. Y lo habían hecho.

—¿Y el padre? —pregunté, y me tembló la voz.

—Decía que Mauro. Y que no quería abortar.

Me dio un vuelco. Me imaginé entrando al centro con Irina y media mafia rusa, metralletas, final con notificación de caso cerrado.

—¿Y qué ha pasado? Has dicho que estaba, ¿ha abortado al final? —le dije, y seguí con el tonteo, le toqué la cintura, le guiñé, teatro barato, y Nat desde la pared incubando su mal humor, y yo incubando el mío con ganas de mandarla a freír espárragos por lo del centro comercial.

—Una profe sustituta de su insti. Una tía intensa de las que no se callan. Denunció. Ha habido movida. La poli ha entrado. Preguntas, cara neutra, ya sabes.

Asentí. Me bebí el vaso de golpe. Me serví otro. Me dieron ganas de parar el cumpleaños, pedirle a Alexa que pusiera silencio y sacar una pizarra para empezar a dibujar un guion nuevo.

—¿Y la niña? —pregunté.

—Desapareció unos días. Dijeron que tuvo un aborto involuntario, hospital, sin visitas. Al volver, estaba fatal. No habla. No mira. Va del cuarto al comedor y ya.

Se me atascó el aire. Lo visualicé y no lo soportaba. Se había corrido la voz de que la obligaron. La arrastraron. La destruyeron por dentro. Me revienta escribirlo en mi cabeza y no poder borrarlo.

Yo lo quería quemar todo. Pero sonrisa. Teatro. Le hice preguntas a Patri, le seguí el juego de toqueteo para que Nat se rascara su ego o lo que tenga, abracé a Patri con fuerza, olía a colonia del Mercadona y a laca de salir, y me puse a beber para no pensarlo. Pero no se me fue. Se me quedó pegado.

Y ahí fue cuando dije basta en mi cabeza, sin discurso épico ni luces. Yo, mi rabia, Vega al lado, Irina al fondo y un plan que empezó con un cumpleaños y un tonteo de pega delante de Nat, que ni valía el drama ni la resaca que me comí después.

En esos días Vega le había confesado a Mikel que era virgen, que no había estado con nadie, que el sexo le daba un poco de miedo, un poco de asco, un poco de todo. Le explicó sus motivos, su aversión, el porqué, lo que nos había pasado en el centro, lo que habíamos visto, lo que habíamos vivido, lo que habíamos callado.

Mikel la escuchó sin juzgar, sin interrumpir, sin hacer preguntas raras. Le dijo que tenía que contárselo a Irina, a Julia, a sus madres, que ellas entenderían, que ellas ayudarían. Le insinuó que eran algo así como unas justicieras, unas vengadoras de la vida real, le aseguró que ellas se encargarían de que esos hombres fueran a la cárcel, que pagarían por lo que habían hecho.

JARSI. Él no lo dijo, pero, vamos, tampoco está Madrid llena de señoras discretas que arreglan lo que la justicia no caza. Yo ya me veía montando el hilo en Twitter: hablemos de señoras que te caen en casa y te organizan venganza.

Nos pusimos a investigar a saco. Hemeroteca, foros, Reddit cutre, grupos de Telegram, todo. Pillamos miradas, conversaciones medio susurradas y un par de detalles que Mikel dejó caer sin dejarlos caer. Y luego el recuerdo, porque yo había oído hablar de las justicieras en todas partes en su momento, titulares, debates, *podcasts*, el típico *trending* que te sale hasta cuando buscas recetas de *brownie*. Cuanto más escarbábamos, más encajaba todo. Me monté mi película. En mi cabeza, Irina y Julia entraban en el centro con pasamontañas, encontraban a Don Jota y a Mauro, *zas*, resolución

exprés, drones arriba, vídeos en 4K con su voz distorsionada y música de DJ.

También nos pusimos finas con el salseo doméstico. Vega inventó un juego para las niñas: esconderse por la casa y contar puntos si encontraban cosas curiosas. Que si a ver quién llega primero al cuarto de la plancha, que si pista nueva, que si debajo del sofá hay polvo y algo que parece un recibo. Yo iba detrás abriendo cajones, leyendo papeles que no ponían nuestro nombre, memorizando fechas. Preguntábamos a todo el mundo con cara de «no he roto un plato». Poco a poco se nos dibujó el mapa: quién manda de verdad, quién finge, a quién le dan ataques de limpieza a las tres de la mañana, quién tiene terapia los jueves, quién le debe un favor a quién. Una delicia.

La movida gorda: Irina. Por un lado, caza escoria. Violadores en serie, maltratadores, pederastas. Lo que se esconde detrás de tecnicismos y recursos legales. Por otro lado, tiene sus negocios. Nada de tienda de velas y yoga. Empresas, rutas, acuerdos, números que no salen en Hacienda. Nadie le pregunta. Nadie opina en sus asuntos. Nosotras lo vimos claro: la Irina negocio y la Irina justicia existen. A veces se cruzan, a veces no. Y por eso queríamos cogerla a solas, contárselo, encenderla justo como Vega ha hecho hoy, sin rodeos, sin medias tintas.

JARSI, oficialmente, se retiró. Desaparecieron del foco, fin del *show*. En realidad, siguen, pero en modo fantasma. Y aquí viene el detalle que nos hizo arquear la ceja: publicaron un decálogo en la *deep web* que ahora se puede leer en cualquier parte. Anónimo, claro, pero con su redacción pulida, nada de broma. Pedían perdón por haberse pasado de la raya, por lo de antes. Y decían que seguían, pero con normas nuevas. El punto uno decía no matarás. Se me quedó grabado. El resto eran límites, protocolos, excepciones que parecían escritas por alguien que ha visto muchas películas y ha hecho muchos informes.

Mikel nos dijo cárcel, justicia, leyes.

Nosotras dijimos no. La cárcel es lenta, es aburrida, es un chiste malo, y a esos dos les tocaba algo que no entra en ningún formulario. No queríamos verles fotos en la tele con pixelado y

cuatro años de entrevistas. Nosotras necesitábamos silencio y tierra encima.

Vega anoche no soltó ni una mentira; lo contó todo tal cual, pero le metió teatro, control de lágrima y esa manipulación fina que se gasta, y te lo digo porque la tengo estudiadísima, llevamos semanas con esto y desde el primer día repite que hay que ir de inocentes, de víctimas despistadas, sin confesar lo que queríamos de verdad, que los metieran bajo tierra, nada de cárcel, desaparición y punto, que pagaran por lo suyo, pero a nuestra manera. Si decíamos JARSI, nos devolvían «no matarás» y años de papeles. Si decíamos «Irina», nos devolvía orden y cierre. Por eso el teatro.

Vega estaba convencida de que, si la apretábamos bien, Irina reaccionaba, se encendía e iba a por ellos del tirón; y al final acertó, la muy cabrona.

La misma Vega insistió en pillarla con la guardia baja, sin margen para pensar, aunque hoy se ha adelantado y se ha lanzado sin calcular. La tenemos vista de sobra, la conocemos, nos leímos sus memorias, un libro suyo contando quién es, lo que ha hecho y sus motivos.

El libro estaba guardado con llave en un cajón de la biblioteca, cajón secreto que apareció en plan casualidad sospechosa, porque en esta casa todo huele a trama. Nos pegamos varias noches leyéndolo a escondidas, linterna del móvil al mínimo, modo avión, puerta encajada y ese miedo bobo a que nos cazaran.

Nos quedó claro que se vengaría por nosotras. Pero, joder, que Vega lo soltara delante de Rashel me abrió una duda seria, me hizo pensar que igual se torcía, que con Rashel delante, Irina se iba al modo superheroína buenista y no al modo hermana mafiosa que mete orden.

Para eso teníamos el plan B en desarrollo, por si el A se nos caía.

Forzamos un poco la situación el día del cine, elegimos un sitio con mucha gente, con cámaras, con ruido, creíamos que estábamos seguros todos allí, que no pasaría nada. Resultó una cagada seria.

Ese día nos entró la luz. Nos dimos cuenta de que los enemigos de Irina no son *fanfics*. Están fuera, se mueven, respiran, y ahora

nosotras salimos en su radar. Hola, objetivo, encantada, Alaska, la de las decisiones de mierda.

La idea original era que viniera alguien con foco: un *influencer* con hambre de clip, un periodista con prisa, un tiktoker con aro de luz, un tuitero con ganas de hilo. Que grabaran, que lo subieran, que ardiera internet y que Irina viera que el tema se nos había ido de madre, que no nos podía dejar sueltas sin saber defendernos. Además, pagamos a un colega para que viniera de incógnito y me agarrara rollo fan loco. Que yo ahí me iba a hacer la asustada, con lágrima en el borde del párpado y todo, y después le pediría a Irina que me enseñara a manejar un arma, a defenderme, a no quedarme tiesa. Sabíamos que Luna y Nat habían aprendido con ella desde crías, así que yo también. Era parte del plan, punto final, sin votación.

El día del cine se nos fue de las manos porque aparecieron los malos de verdad, de esos que te dejan la boca seca y las manos frías. Aprendimos un montón en una tarde. Quiénes somos ahora, quién es Irina, quién es Nat. Nos urgía saber en qué tablero jugaba Nat. Creíamos que iba pegada a la organización de Irina, nos cuadraba todo, y de repente nos recitó el decálogo de JARSI con una convicción que nos hizo entender que no podíamos hacerla cómplice de nuestros planes.

Hace tres días nos dijeron que Soraya se tiró de la azotea del centro, que se fue, que ya no podía, y nos dejó heladas y con un pitido fijo en la cabeza, estuvimos pensando en lo que le hicieron, lo que nadie quiso ver y lo que nosotras apartamos por miedo a rompernos en el camino, jurábamos que quedaba margen, que estaba a salvo y que lo suyo era hacerlo bien, hacerlo con cabeza y después sacarla de allí, y ya daba igual lo que juráramos porque ya no se podía.

Me fui al baño, cerré la puerta, apoyé la frente en los azulejos y me vi pidiéndole perdón a una cámara apagada. Luego salí y le dije a Vega que íbamos a hacerlo bien, que foco y calma.

La culpa no da tregua, te aprieta el pecho y te deja sin aire. Vega estaba que no se podía estar quieta, quería soltarlo ya, quería que pagaran, quería cerrar esta mierda de una vez.

Ella estaba dispuesta a todo: que los detuvieran, que los barriera un camión, que los metieran en la cárcel, lo que fuera, pero fin. Yo ahora sí que quería esperar, elegir el momento, asegurar, tener una salida clara. Sabía que si lo que decidían era mandarlos a la cárcel, antes me los pondrían delante, los miraría a los ojos. Y ahí yo tenía que tener en la mano el arma de Nat y apretar el gatillo, sin dudar, sin temblar, sin arrepentirme. No ha salido exacto, pero ha quedado bastante cerca.

—¿Has visto la cara de Irina? Alaska, esto ha sido fuerte. Todavía no me lo creo.

Yo inhalo hondo, me lleno los pulmones de aire, del aire de la mañana, del aire de la libertad. En el salón, Nat sigue viva, resoplando en el sofá. Le aprieto la mano a Vega, cutre y tierno, porque si no, se nos va la pinza.

—Pues sí. Ya está hecho, hermana.

Vega no habla, me pega la frente y ya. Nos conocemos desde el útero, con ese gesto nos hacemos un *ok* silencioso. Por un instante volvemos a tener once años y nos creemos que al juntar cabezas se pasan poderes.

—No me da pena, eh. —Pausa—. Por ellos, digo. Se lo merecían, han pagado, ya no van a hacer daño a nadie. Me preocupa que tú cargues con eso, que te pese y te quite el sueño.

—Tranquila, no me arrepiento. Y no pienso ir de víctima. Ni lamentos, ni lloriqueo, ni teatro. Ni en mis mejores delirios pensé que los mataríamos de verdad, que llegaríamos tan lejos, que íbamos a poder con algo así.

Nos quedamos pegadas, el cuerpo caliente y la cabeza más calmada. Fuera suena el bosque, pájaros, viento, lluvia. Dentro, nosotras también despertamos, pero con más ojeras, más marcas y miedo a la resaca existencial, a lo que venga, a las consecuencias.

—Si la poli nos pregunta…, igual nos interrogan, igual acabamos en un programa cutre de tarde o en la portada de algún diario con cara de psicópatas y el titular chillón.

—Me la suda, Vega. Estas tías lo arreglan fijo. Son las jefas, mueven hilos, tienen contactos. Vamos a confiar en ellas.

Me mira de lado y se le dibuja esa sonrisita que huele a 2012, cuando aún no nos había caído la tragedia encima.

—Por cierto, qué nivel, lo de «soy Alaska Popova» te ha quedado finísimo, Lasky.

Me entra risa, no quiero despertar a Nat que bastante arrastra. Se me va la cabeza un segundo, me veo jefa de banda secreta con capa que no se ve, botas de leopardo, verificación azul, un ejército de raritas bien coordinadas por Telegram y un *sticker pack* de nuestra cara inaugurando revolución en *stories*. Luego vuelvo a mí, frente contra Vega, manos pringadas de una historia que no cabe en un trabajo de ética ni con tipografía mini.

—Al final Irina ni se mosqueó por lo de Nat.

—Es que hoy se nos fue todo al carajo, pero a tamaño película de Tarantino —digo—. Con lo que hemos vivido, eso solo es trama secundaria, un pequeño detalle, una anécdota sin importancia.

Asiente y nos callamos, que a ratos el silencio es lo único que no da guerra. Vega cierra los ojos en dos parpadeos y yo le dejo la mano en la barriga, le hago círculos lentos, y resulta que me baja el pulso a mí más que a ella y me corta la taquicardia mental.

—¿Esto también ha sido un plan maestro? —le murmuro al oído.

—Esto nada que ver, tú. Impro total —responde medio dormida, medio en Narnia, medio en modo avión.

Me quedo mirándola y me sale un «ay, qué mona», y eso que yo no soy de derretirme. Le aparto el mechón rebelde detrás de la oreja porque si no lo hago me entra ansiedad. Escucho a Nat girarse en el sofá del salón, un crujido mínimo, y mi cerebro paranoico abre un expediente y me dice que hay cámaras, satélites y un dron en la lámpara, pero no, es la madera que hace su numerito y ya.

Por la ventana entra una luz apagada, de esas que te hacen hablar flojo sin que nadie te lo pida. Cierro los ojos con la mano cerca de eso que quizá un día sea una historia larga y quizá no. Y hoy me permito creer que todo huele bien, limpio y tranquilo, aunque sea una mentira útil que me estoy contando para poder respirar sin hacer ruidos raros.

A Vega se le desinflan las tensiones de la cara. Le apaño el mechón otra vez, pesada profesional, y le planto un beso en la

frente, cariñosa, sin discurso ni canciones. En cuanto compruebo que duerme, me escabullo por el pasillo sin hacer ruido, y en mi cabeza abro un portal y cruzo en un segundo, pero mis pies hacen su caminata y la madera se queja de cada paso.

Nat no está muy dormida. Ella tiene radar para las tormentas, los chismorreos y mis pasos torpes. Me ve llegar con un ojo abierto, levanta la ceja y me hace el gesto de «ven aquí», muy suyo. Mayo ha dejado la casa caliente y Nat solo lleva una sábana hasta la cintura, escenografía improvisada que da *likes* sola. Me tiro encima con toda la fe, cabeza en su clavícula, brazo a su cintura, piernas encajadas en este sofá ridículo que nos ha puesto el esqueleto en modo circo de barrio durante semanas y que ahora nos sirve de trinchera cutre y perfecta; aprovecho y le agarro la camiseta por el borde, un tironcito por la emoción y porque me creo la directora del capítulo de hoy, la *showrunner* con gafas de pasta que decide que aquí hay estreno.

—Fuera — le soplo al oído, bajito y mandona.

Se la quita sin hacerse la interesante y la lanza al suelo con un gesto que me da risa porque hasta para eso tiene estilo. Yo le planto la mejilla en el pecho, huele a calle mojada y a ese resto de pólvora que ni el diluvio de hoy se llevó. Me acaricia la espalda despacio. Cierro los ojos.

Los besos vienen tranquilos. Hoy no toca fuegos artificiales ni calentón de videoclip, hoy toca mimos de verdad, atención completa, cariño. La sábana se cae y ni la buscamos, fuera pena. La oigo respirar y me da la risa tonta por dentro: por primera vez en siglos, mi corazón no monta circo.

Se me dispara la vena teatral, pero se me escapa medio riéndome, con esa seguridad temblona que me sale cuando todo va bien y yo no me lo creo del todo.

—¿Tú me sigues queriendo o vas a hacer como Jon Snow con Daenerys? —pregunto, y me preparo para que me diga que soy tonta, que ya está, que me relaje.

Nat me gira la cara suave, me roza con los nudillos, todo muy *checklist* de gestos tiernos, y me planta un beso en la frente con ese cuidado de quien sabe hacer las cosas bien cuando le da la gana.

Nada de azúcar pastoso de serie americana, cariño con mala leche ordenada.

—Te quiero en martes guarro y en apocalipsis zombie. Y deja el numerito, que no te veo ni de heroína ni de mártir. Te vi parar a alguien que lleva haciendo daño desde hace mil, y ya tocaba. No voy a darte un discurso de heroína. No lo eres. Yo tampoco. Somos dos tías reventadas que hoy hicieron cosas difíciles. Mañana vendrán otras. Me vas a ver fallar, quemar el desayuno, perder la paciencia; tú vas a ser lista, torpe, blanda y piedra, todo junto. Y aun así, Alaska Popova… me tienes. Eres mi fascinación y mi problema.

—¿Eso incluye robarte camisetas por la noche? —la pincho, porque mi marca registrada es no saber cerrar un momento intenso sin meter una tontería que me salve de llorar.

—Sobre todo si las robas. Eso es amor real.

—Confirmadísimo por la ciencia.

Pienso en Irina, en el claro, en la rabia, en el disparo, en Nat. Fantaseo con que Wes Anderson dirige nuestra vida y el plano sale simétrico con música rarita, pero nada, tenemos sábana arrugada y pelos horribles.

—Irina hacía tiempo que lo sabía —le digo—. Me guiñó el ojo y te llamó Nat. Si eso no es luz verde…

—Estamos vivas —dice ella, seria y sin ironía—. Y tenemos un sofá y a tu hermana, que ronca poquísimo, ¿te has fijado?

Le planto otro beso rápido.

—Te quiero.

—Yo igual, con tu puntería Popova incluida.

—Tengo escuela, ¿eh? Aprendí de la mejor.

Se queda callada y yo me preparo para una frase épica, aunque ojalá dijera «pide *sushi*».

—Hazme una promesa. Si te necesito, dos toques y vienes. Si me rayo y me pierdo, me silbas. Si a ti te tiembla algo, te lo freno. Si a mí me tiembla, tú me aguantas el deshueve. La próxima palabra de seguridad la eliges tú.

—Mayo —le digo, porque es lo que hay y no se me va a olvidar

—Aprobada. Mayo será. —Y me besa en la sien.

Me acurruco más, recojo la sábana. Afuera el mundo arranca la mañana a regañadientes y nosotras aquí, en nuestro parque temático de cinco metros cuadrados.

Pienso en la Alaska mini, la que creía que proteger era ponerse delante y aguantar. Ahora descubro que proteger también es quedarme aquí, pegada, aunque todo haga ruido. Aflojo la mano, pero no la suelto. La sábana encima, el techo se me hace casi simpático. Cierro los ojos. Si algún día me preguntan cómo acaba nuestra historia, pido contestar así: dos respiraciones decentes, cero épica y una palabra de seguridad que nos sirve más que cualquier discurso. Mayo. Y la idea tozuda y dulce de siempre: nos tenemos. Por hoy, con eso me hago el mejor final alternativo.

Epílogo

ALASKA

La primera palabra de mi sobrino no es mamá, ni papá, ni agua. Va y suelta «abuela», delante de todo el clan. Lo juro por mi colección horrorosa de marcapáginas: no mira al techo ni habla con el router. Clava la mirada en Sabina, dedo acusador, ceja levantada nivel Popov. El enano señala y deja claro que ha venido a repartir inseguridades.

Sabina se lleva la mano al pecho. No se muere, pero le da un microinfarto de prestigio.

—Hay que joderse —se le escapa.

Yo ya tengo la risa atascada entre el cuello y la cabeza. Vega se tapa la cara, vergüenza ajena extrema. Mikel aplaude sin plan, que desde que ve magos en YouTube le sale solo, y yo no sé si espera conejos, más abuelas o un milagro. Irina sonríe por dentro; en su idioma eso es un dedo que tiembla. Julia ni duda:

—Normal, este crío sabe lo que dice.

Amaia saca una galleta a ver si el poeta repite.

Ana, que no pierde ocasión de pinchar a Sabina, levanta la birra y hace brindis, encantadísima:

—Por los títulos que te dan los críos.

Luna y Martina empiezan a pedir bis a grito pelado. Esto ya es el karaoke de fin de curso pero con baberos.

Svet apunta en la libreta «vocabulario crítico», con esa letra de profe que tiene. Vera protesta que antes toca «tita». Y Rashel, versión DIY absoluto, convierte un babero en pancarta del «TEAM SABI».

Yo, la tía sin filtro ni vergüenza, me doblo de la risa y me tengo que agarrar a Nat porque me voy del cuerpo. En mi cabeza ya estoy en modo presentadora de revista del corazón diciendo a la abuelita

rubia que sus nietos serán poetas, que se quede tranquila. No lo digo. De momento.

Nat está a mi lado, codo con codo. Se ríe, pero no quita ojo a Robin, que en nada le montamos una lluvia de confeti y me lo dejan del revés. Le doy un toque en la muñeca para avisar que sigo aquí; me contesta con dos golpecitos que en nuestro idioma significa «contigo». Me dan ganas de hacerle un *sticker* para WhatsApp con esa tontería.

La escena va en el ala oeste de la mansión, que ya no es ala, son dos casas enteras desde la reforma exprés by Irina. Entre nosotras, esta zona me mola, pero hay madera y enchufes para empapelar un Bricomanía. Tenemos dos mini-naciones: La República del Sol, versión Vega, Mikel y Robin, con espacio para siestas serias y un rincón para venerar la vitamina D; y nuestra comuna-cueva, el piso de Nat y mío, que parece biblioteca pública con estanterías que dan susto y baños que dan gusto. La cama es enorme; tardo en cruzarla y a veces uso el móvil para localizar a Nat con la linterna.

Nos encanta, sí, pero seguimos escapándonos a la casa del árbol. Treinta metros, una escalera que impone y la libertad de hacer el idiota sin público infantil. Bendito modo avión.

Total, que estamos tiradas en el salón cuando Sabina se arranca con su teatro y se dirige a Robin:

—Yo no soy abuela, bonito. Soy… —pausa dramática, batería de *naming* en la cabeza— la majestad en prácticas.

Robin no pestañea. Cierra el tema:

—Abuela.

Se monta el festival de la risa. Nadie se contiene. Hay bufido nasal, palmadas, sillas que suenan. Yo me parto. Vega entra en espiral. Mikel intenta que no se le note la lágrima. Nat sonríe con su cara de póker, pero yo la conozco y por dentro se está carcajeando. Yo solo quiero sacar el móvil, abrir TikTok y ponerle de banda sonora un aplauso de estadio, pero me contengo porque Sabina ya me mira con esa cara de «no me grabes que te reviento».

En ese caos aparece mi suegra. Sí, lo has leído bien, mi suegra. La madre de Nat se planta con un montón de tápers apilados, tapita que hace *plop* y etiqueta en la tapa. Cada uno pesa un kilo, además

trae empanada, albóndigas y, atención, una cosa misteriosa que está de escándalo; si preguntas qué es, te pone a poner la mesa y a callar. Lanza su clásico del club de madres del planeta:

—Si no coméis, os morís. Y no pienso criar yo sola a esta tropa, que ya tengo bastante con los otros.

Nos hace un repaso y yo ya veo listas, horarios y sanciones. Me cambia el humor al segundo, porque esta mujer me puede: llega, ordena, alimenta y te deja sin excusas. Le sueltas que no hace falta y te encasqueta bandeja doble, pan del bueno y un taco de servilletas descomunal. Quiero ser así de intensa y resolutiva cuando me dé la crisis grande; de momento la adoro en silencio y me pregunto si algún día podré rechazar un táper sin que me saquen del grupo de WhatsApp de la familia de Nat.

Entre nosotras, lo que me da la risa tonta es pensar que antes yo veía a Nat en modo jefa invencible, fría y difícil de leer, todo misterio y cierre de persiana. Ahora he descubierto que no era así: es una blandita profesional con manual de uso en dos pasos y unos ojos que me calman al instante.

Sabina se pone teatral y suelta la queja del año.

—¿Se puede saber por qué el niño dice abuela antes que mamá?

Julia le pone cara de pena y se le escapa la risa:

—Será porque no paras de decirle «abuela no», reina.

Y ya está. Aquí se ve quién es la Jedi de la familia.

Yo, mientras, me pierdo medio minuto fantaseando con que el crío la llama emperatriz suprema, le pongo una capa de disfraces del chino y le doy un palo de fregona, cetro resuelto, pero vuelvo rápido porque en mi casa la realidad siempre va dos pasos por delante de cualquier tontería que me invente. Por suerte.

Irina está pegada a la esquina, la guardiana de la morería. No mueve una ceja, solo nos observa con cara de que te va a hacer un inventario de motas en el pantalón.

Desde aquella noche en la arboleda ha pasado suficiente tiempo como para que haya salido temporada nueva de cualquier serie, pero aquí nadie abre la boca sobre el tema. Y cuando digo nadie, es nadie. Ni un meme ha circulado. Pero igual todo apesta a Irina. Se nota cuando las cosas son versión *premium made by* ella; cuando

ella mueve ficha nadie se entera hasta que ya estás dentro del plan. Se instalan silencios raros, duran poco y terminan en confesiones que no te esperabas.

A nosotras nos cayó el interrogatorio tipo policías de película española barata, pero sin poli buenorro, solo la sala más insulsa de la historia. Íbamos bien aleccionadas por Malagamba y la abogada, pero aun así, Vega, qué genia, llegó con su barriga, respiró hondo, miró al techo y se marcó *performance* sensible con una elegancia que ya la quisiera la Paula Echevarría en galas. El funcionario se derritió.

—¿Se encuentra bien? —nos soltó, pálido.

—Necesito aire —dijo Vega, bajito, con voz de directo en Instagram a punto de romper a llorar.

Y al instante, pañuelos, agua, caramelos, una silla mejor y la promesa de terminar lo antes posible. Yo estaba entre la risa y el susto, porque la tía contestaba justo lo necesario, pausas bien hechas, misterio controlado y ni un dato extra. Es la reina de los caretos, no se inmuta ni para pestañear.

Salimos de allí raras, con hambre, con sueño y con ese vacío que te deja un plan que no salió ni bien ni mal, solo raro. Yo asentía a todo para no explotar y por dentro ya me veía en París estudiando criminología y abriendo un *podcast* para destripar casos mientras desayuno, o directamente en una isla, con Nat, sin vecinos, con una olla industrial de palomitas y mi paz. Si me paran, digo que estoy rehabilitándome del drama.

¿Don Jota y Mauro? Tema cerrado. Están fuera del asunto. Ni me vienen sus caras, y yo para las caras soy buena, pero de ellos nada. Irina lo lleva todo ordenado en la cabeza, con una carpeta llamada «Asuntos resueltos», y ahí van, sin drama.

En los pasillos se oye que por fin cayeron los que tocaba. Se enteró todo el mundo en dos minutos. Esas redes donde nadie lograba entrar ahora están desarmadas, nombre por nombre, y los que mandaban ya no mandan. Irina y las demás lo dejaron todo cerradito.

—Que se pare todo el mundo y atentos —Luna a pleno pulmón, subida a una silla—. El crío va a soltar «abuela» por tercera vez.

Repeticiones sí, pero que sean de las que se comentan en Nochebuena.

Svet levanta la mano como si hubiera turno.

—Que diga «prima». El puesto viene con asiento y con dramas, ¿no?

Mikel, con ojeras de opositor, suplica con fe floja.

—Que diga «siesta», por el amor a la almohada.

Amaia reparte lonchas de jamón a velocidad de festival.

—Que diga «jamón». Si no se empieza por lo básico, aquí nadie hereda nada.

Rashel se parte y señala al bebé.

—Que en vez de abuela, diga abuelita.

Sabina le clava una mirada que le borra la risa y el orgullo en la misma pantalla. Luego agarra al bebé y se planta con él en alto, postura de foto oficial, con babas y sin protocolo.

Yo disfruto del jaleo, familia a todo trapo, pan pasando de mano en mano y el volumen creciendo. Me va el cerebro en turbo, mi vida nueva chocando contra la anterior y nadie se entera porque disimulo que da gusto. Ahora soy tía, versión pegajosa. Y he publicado a lo grande mi primer libro. Me dan ganas de hacerme una camiseta que ponga eso, o una chapita, y luego me rajo por vergüenza y me quedo callada limpiando migas como si fuera mi trabajo.

El libro está en librerías, perdido entre Paulo Coelho y manuales de bizcocho. Firmo ejemplares, sonrío, me piden *selfies*, y yo con la cara de premio triple del rasca y gana. Me escriben por Instagram: he reído, he llorado, gracias. Ahora soy la chica que escribe. En mi cabeza, reparto marcapáginas, salgo en *La Resistencia*, Rosalía me manda un DM con un «hola reina» y yo le contesto con un *sticker* de patito. En la vida real, bajo la cabeza, reviso tildes, y hago como que controlo.

—Que diga Alaska —suelto, por probar—. Así le ahorro a este niño años de terapia.

Me miran tres y se ríen dos. Mejor. Siguiente fantasía: que diga jamón y me fiche Campofrío de embajadora con sueldo y jamonero. Siguiente realidad: me toca limpiar la baba del hombro de Sabina.

Sabina besa al crío en la coronilla y hace silencio de misa. El bebé abre la boca, suelta aire, todos nos quedamos tiesos. Si dice «abuela», hacemos brindis. Si dice «jamón», cortamos otra bandeja. Si dice «Alaska», me planto una corona de cumpleaños del bazar y me monto un directo.

Y lo que de verdad hago, aunque me aplaudan por lo de autora, es esconderme detrás de las palabras y ver si cuela. A veces me lo creo, otras no. Hoy prefiero reírme y pedir otra rebanada.

A todo esto, Irina, en otra vida profesora del KGB, me va soltando secretos a pares. Nada de recetas ni tutoriales del hogar. Aquí se hablan temas que no van en ninguna agenda ni salen en el mapa. La jefa me llama al despacho con mezcla rara de interrogatorio, terapia y amenaza juguetona. Me dispara preguntas convencida de que llevo una carpeta con respuestas.

—Otra vez desde el principio.

Y ya ni resoplo. Hago teatro de borde, pero por dentro me flipa. Si apruebo, me entran ganas de subirme al techo y hacer el pino. Y no, no se puede. He preguntado. Tema de seguros.

Julia se sabe todas las normas y me las recita sin respirar. Rashel corta el territorio y te deja claro hasta dónde llegas. Sabina demuestra que se puede ir en tacón por terreno chungo y seguir con los pies perfectos. Amaia vigila que coma. Luna y Valeria deciden que sin sudor no hay flores, así que me arrastran al jardín a circuito supervivencia versión *Los Juegos del Hambre*, pero sin pantalones de cuero. Y Nat, ay, Nat, siempre en la escalera con su vaso de agua y esa cara de «tú puedes con todo», que no es por meter presión, pero antes de ella yo no podía ni con una bolsa de cinco cosas.

—Oye, escritora —Nat se me acerca y me pincha con el codo, me da igual, si lo que quiere es fastidiar el aura literaria—. ¿Ya has confesado en tu blog que tu suegra cocina mejor que tú?

—Mi suegra cocina mejor que cualquier humano, animal o ente del más allá. —Le doy un beso.

La madre de Nat, jefa de la cocina mundial, me planta otra albóndiga en el plato. Yo asiento, que hay que ahorrar energía para la digestión.

Mikel, con cara de estreno de obra nueva, suelta:

—¿Y lo de las casas nuevas? Que lo sepa todo el mundo, por si acaso.

—He estado a nada de dibujar planos, pero me ha dado pereza —le digo, que el talento sintético me llega hasta ahí y gracias.

Sabina no deja pasar una y desde su trono de madre-abuela-presidenta remata:

—Tendrás que dejar constancia universal de que Robin dice abuela. Si no, esto ni vale.

—En mayúsculas y con triple negrita —le aseguro; el evento lo merece, formato *prime time*.

Robin, enterado de que hoy es la estrella, no suelta su babero TEAM SABI, y yo juraría que domina la marca. Por el rabillo del ojo veo a Irina acercarse y ponerme una mano en el hombro. Su manera de decir que estoy en su equipo. Me entran ganas de firmar doce temporadas con HBO y pedir póster.

Cuando el salón se llena y cada cual grita su serie, su drama y su receta, yo me quito medio paso y me hago la misteriosa. En mi cabeza, Stephen King me aplaude y me deja pasar. Llegué con mi mochila barata y ahora estoy aquí, sin esconderme. Y hasta mando, aunque se me note el complejo.

He aprendido a reírme con mi suegra, en vez de rezar para que no me invite a su casa. También aplaudo el «abuela» más que los créditos finales de cualquier serie que no me mató a nadie que yo quería.

Dicen que escribir es soltar. Nat dice que es mentir con método. No sé quién tiene razón, pero esta mañana me ha robado el bolígrafo y ha dejado una nota en mi cuaderno: «No te olvides de comer». Supongo que eso también es amor.

Irina se asoma y me llama, voz bajita, firme.

—Alaska.

—Esa soy yo, jefa.

Me muerdo una frase que no me atrevo a soltar. Ya me cuesta mantener la compostura, y prefiero que mi reputación de escritora misteriosa aguante, al menos, hasta el postre. Pero me la repito por dentro, con esa mezcla de risa y vértigo que me atraviesa desde siempre.

Sí, tengo un libro en librerías. Pero lo importante no es la firma ni la foto. Lo importante es lo que revelan la sangre y el papel.

Ya no me escondo detrás de nadie. Ni del miedo, ni de mis hermanas, ni de Nat y todo el amor que siento por ella.

Ahora sé quién soy.

Soy Alaska Popova.

La heredera.